

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

TOMO XXIX
[2001]

ACADÉMICA

DISCURSOS DE INGRESO

HOMENAJES

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN OTROS FOROS

APÉNDICE. DISCURSOS PRONUNCIADOS
EN OCASIONES ESPECIALES

VARIA

MÉXICO, 2009

PC4831

A33

2009 Academia Mexicana de la Lengua

Memoria de la Academia Mexicana de la Lengua. —

México : Academia Mexicana de la Lengua, 2009.

516 p.

Tomo XXIX (2001)-

1. Academia Mexicana de la Lengua — Publicaciones
periódicas. 2. Español — México — Publicaciones periódicas.
3. Filología mexicana — Publicaciones periódicas. 4. Filología
española — Publicaciones periódicas. 5. Literatura mexicana —
Publicaciones periódicas. I. t. II. Ser.

La Academia Mexicana de la Lengua se reúne en sesión privada los segundos y cuartos jueves de cada mes, de 17:30 a 20:00 horas. Los mismos días sesionan su Mesa Directiva, de 9:00 a 11:30 horas, y su Comisión de Lexicografía, de 16:00 a 17:30 horas. La Comisión de Consultas se reúne con periodicidad semanal, cada jueves, de 12:30 a 14:00 horas. Todas estas reuniones tienen carácter privado.

Atención al público de lunes a viernes de 9:00 a 14:00 horas.

D.R. © 2009. Academia Mexicana de la Lengua, A.C.

Liverpool 76, 06600 México, D. F.

Conmutador: (+52 55) 5208 2526

Fax: (+52 55) 5208 2526, ext. 102

C.e.: academia@academia.org.mx

Sitio electrónico: <http://www.academia.org.mx>

Esta publicación ha sido
posible gracias al apoyo del



Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA
[2001]

MESA DIRECTIVA

Director: José Luis Martínez
Director adjunto: Ruy Pérez Tamayo
Secretario: Salvador Díaz Cántora
Censor: Tarsicio Herrera Zapién
Bibliotecario-archivero: José G. Moreno de Alba
Tesorero: Eulalio Ferrer Rodríguez

Miguel León-Portilla
Alí Chumacero
Ernesto de la Torre Villar
Silvio Zavala
Salvador Elizondo
José Pascual Buxó
Clementina Díaz y de Ovando
Carlos Montemayor
Arturo Azuela
Gabriel Zaid
Leopoldo Solís
José Rogelio Álvarez
Guido Gómez de Silva
Ernesto de la Peña

Margit Frenk

Ramón Xirau

Gonzalo Celorio

Margo Glantz

Enrique Cárdenas de la Peña

Jaime Labastida

Mauricio Beuchot

Gustavo Couttolenc

Elías Trabulse

ACADÉMICA

VIDA ACADÉMICA: AÑO 2001

Para la Academia Mexicana de la Lengua, el año 2001 fue especialmente fecundo en lo que se refiere a su participación en actividades de amplia trascendencia científica y social, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

Las tareas de investigación iniciadas en 1993 para la redacción de un nuevo diccionario de mexicanismos rindieron sus frutos: el *Diccionario breve de mexicanismos* (DBM), obra preparada por el académico don Guido Gómez de Silva y coeditada por la Academia y el Fondo de Cultura Económica. Por otra parte, la edición de la *Memoria del XI Congreso de Academias de la Lengua Española* (1998), a cargo de la gramática Maribel Madero Kondrat, vio también la luz.

Por lo que hace a la difusión del conocimiento, destacó la asistencia de varios miembros de la corporación a dos foros académicos internacionales, a saber: el XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, realizado en Nueva York del 16 al 21 de julio, al cual asistió don Guido Gómez de Silva para presentar el DBM, y el II Congreso Internacional de la Lengua Española, organizado por la Real Academia Española y el Instituto Cervantes en colaboración con las veintiuna Academias de la Lengua Española de Hispanoamérica, Estados Unidos y Filipinas, y celebrado, bajo el título de *El español en la sociedad de la información*, en Valladolid, España, del 16 al 19 de octubre. Acudieron a este último los académicos don Miguel León-Portilla, quien, en la sesión inaugural, pronunció el discurso “El español y el destino de las lenguas amerindias”; don Eulalio Ferrer, quien presidió la plenaria “El potencial económico del español” y el panel “El activo del español”, cuya sección “La publicidad en español” también coordinó; don Gonzalo Celorio y don Jaime Labastida, quienes presentaron, respectivamente, las ponencias “El Fondo de Cultura Económica en el orbe de la lengua española” y “La edición del libro de pensamiento en el español actual”, en la sección “La edición en español” del panel “El activo

del español”; don Guido Gómez de Silva, quien participó en la sección “El español de América” del panel “Unidad y diversidad del español”, con su trabajo “El *Diccionario breve de mexicanismos*”; don Ruy Pérez Tamayo, quien dio lectura a su ensayo “Importancia de la lengua española en el desarrollo de la ciencia en México” en la sección “El español de la ciencia” del panel “Nuevas fronteras del español”, y don José G. Moreno de Alba, quien participó en la mesa redonda “Unidad y diversidad del español” con la ponencia “Unidad y diversidad del español: el léxico”.

Con objeto de divulgar los frutos del quehacer académico, promoverlo y ponerlo a disposición de la sociedad mexicana, la corporación puso en marcha la primera versión de su sitio electrónico (www.academia.org.mx), donde se ofrece gratuitamente información institucional y obras de consulta lingüística. Con el mismo propósito, se organizó, en colaboración primero con el Instituto Nacional de Bellas Artes y después con el Centro de Cultura Casa Lamm, la tercera y cuarta ediciones del ciclo de conferencias *Diálogos de la lengua*. Todos los sábados del mes de junio, la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes acogió a un académico ponente: los días sábados 2, 9, 16, 23 y 30, fueron leídos, respectivamente, el recuento biográfico y literario titulado “José Rubén Romero, vida y obra” por don José Luis Martínez; la antología comentada “Galería evangélica de Joaquín Antonio Peñalosa” por don Gustavo Couttolenc Cortés; el ensayo “Los cafés decimonónicos. ‘Negros licores de los blancos sueños’: Manuel María Flores” por doña Clementina Díaz y de Ovando; la disertación “Juicio crítico de la medicina mexicana del siglo XX” por don Enrique Cárdenas de la Peña, y el texto “El náhuatl y el español, ¿lenguas en conflicto o en posible armonía?” por don Miguel León-Portilla. Por su parte, la Casa Lamm fue escenario, los días miércoles 12 y 26 de septiembre, y 3 y 10 de octubre, del ciclo de lecturas que con el subtítulo *Poesía en México* se realizó con la participación de doña Margo Glantz, don Salvador Díaz Cíntora, don Tarsicio Herrera Zapién y don Enrique Cárdenas de la Peña, quienes presentaron, respectivamente, los trabajos “Sor Juana: un sueño realizado”, “La *Loa de la infancia* de sor Juana”, “De Carl Orff a Manuel Ponce” y “Tres poetas médicos mexicanos de la era moderna”.

Asimismo, en el marco de la inauguración de las Jornadas sobre Cervantes y el *Quijote*, organizadas por la Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, don Salvador Díaz Cántora presentó su ponencia “España desde la óptica de Ricote”.

Por lo que hace a la vida interna de la corporación, tres hechos sobresalientes tuvieron lugar en 2001: la constitución, a principios del año, de la Fundación pro Academia Mexicana de la Lengua, presidida por don Alejandro Burillo Azcárraga y dirigida por doña Claudia Gómez Haro; la modificación, el 11 de diciembre, del nombre que hasta entonces llevaba la corporación, *Academia Mexicana Correspondiente de la Española*, por el de *Academia Mexicana de la Lengua* y, con objeto de promover el eficaz cumplimiento de las tareas sustantivas y gestión del patrimonio de la institución, la creación de la figura de gerente, cargo para el cual fue designado el historiador don Fausto Zerón-Medina.

Durante el año 2001, la Academia Mexicana de la Lengua incorporó a un miembro numerario, nombró a dos académicos honorarios y perdió, por fallecimiento, a dos de sus miembros en corresponsalía; celebró veinte sesiones ordinarias privadas y cuatro extraordinarias, llevó a cabo tres sesiones públicas solemnes para conmemorar a académicos desaparecidos, y una sesión pública solemne de ingreso. Algunos de sus miembros fueron galardonados con distinciones de carácter nacional e internacional.

INGRESO

El 24 de mayo, don Elías Trabulse pronunció su discurso de ingreso “La justa de los cometas. Don Carlos de Sigüenza y Góngora y la astronomía de su siglo, 1645-1700”; don Jaime Labastida estuvo a cargo de la respuesta.

NOMBRAMIENTOS DE ACADÉMICOS HONORARIOS

Don Antonio Alatorre, residente en la ciudad de México, fue nombrado el 13 de septiembre de 2001.

Don Carlos Fuentes, con residencia en la ciudad de México, fue nombrado el 23 de agosto de 2001.

FALLECIMIENTOS

Don Miguel de Anda Jacobsen, miembro correspondiente avecindado en Ensenada, Baja California, murió el 13 de junio de 2001.

Don Manuel Alvar López, miembro correspondiente en Madrid, España, falleció el 14 de agosto de 2001.

SESIONES PÚBLICAS SOLEMNES

La Académica Mexicana de la Lengua celebró tres sesiones públicas a lo largo del año 2001. El 29 de marzo, se hizo recordación de don Héctor Azar, quinto ocupante de la silla II, fallecido el 29 de mayo de 2000. En el acto participaron don Tarsicio Herrera Zapién y don Ruy Pérez Tamayo, quienes, respectivamente, dieron lectura a los trabajos *“Por Azar ante un baldaquino”* y *“Héctor Azar, el escritor”*.

Por su parte, don Octaviano Valdés, segundo ocupante de la silla XXXVI, séptimo censor, desaparecido el 29 de mayo de 1991, fue homenajeado el 11 de octubre en ocasión de conmemorarse el centenario de su nacimiento. Hicieron uso de la palabra don Arturo Azuela, quien leyó el texto “La tertulia de don Octaviano”; don Gustavo Couttolenc, quien presentó el recuento “Los géneros literarios cultivados por Octaviano Valdés”, y don Tarsicio Herrera Zapién, quien dio lectura al trabajo “Plumas en torno al mate”.

El 8 de noviembre, se conmemoró a don José Gorostiza, primer ocupante de la silla XXV, en ocasión de cumplirse el centenario de su natalicio.

Don José Luis Martínez y don Jaime Labastida pronunciaron, respectivamente, los discursos “Homenaje” y “Una interpretación de *Muerte sin fin*”.

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

Doña Margo Glantz leyó, el 11 de enero, el artículo “Payno: la utopía del robo”.

Don Salvador Díaz Cíntora, el 25 de enero, presentó el estudio “*Marijuana, mota y grifa*, tres arabismos mexicanos”.

Don Enrique Cárdenas de la Peña hizo lectura, el 8 de febrero, del ensayo “Juicio crítico de la medicina mexicana del siglo XX”.

Don Ruy Pérez Tamayo leyó, el 22 de febrero, la ponencia “Evolución de la práctica médica en México durante el siglo XX”.

Don Andrés Henestrosa dio lectura, el 8 de marzo, al texto “Refranero mexicano”.

Don Mauricio Beuchot presentó, el 22 de marzo, el trabajo titulado “Poesía y filosofía”.

Doña Margit Frenk expuso, el 19 de abril, su investigación sobre “*El Cancionero de Gaspar Fernández*, manuscrito de la Catedral de Oaxaca”.

Don Salvador Díaz Cíntora hizo lectura, el 11 de mayo, del estudio “De algunos mexicanismos relativos a la embriaguez”.

Don José Rogelio Álvarez, leyó, el 28 de junio, el ensayo “Los mexicanismos en Las tierras flacas de Agustín Yáñez”.

Don Tarsicio Herrera Zapién presentó, el 12 de julio, sus trabajos “*Carmina Burana*, coros latinos para multitudes” y “Composiciones poco conocidas del compositor y poeta Manuel Ponce y de sus amigos”.

Don Salvador Díaz Cíntora dio lectura, el 26 de julio, al estudio “El huitlacoche insomne y otras etimologías”.

Don Salvador Díaz Cíntora y don Gustavo Couttolenc presentaron, respectivamente, en la sesión del 9 de agosto, los textos “*La Loa de la infancia* de sor Juana” y “Los sonetos de la trascendencia de Joaquín Antonio Peñalosa”.

Don Ruy Pérez Tamayo presentó, el 27 septiembre, su ponencia “Importancia de la lengua española en el desarrollo de la ciencia en México”.

Don Andrés Henestrosa hizo lectura, el 22 de noviembre, del trabajo “Un raro coplanero”.

PREMIOS Y DISTINCIONES

En 2001, la Asamblea Legislativa del Distrito Federal confirió a don Andrés Henestrosa la Medalla al Mérito Ciudadano “por su destacada labor a favor de difundir, preservar y registrar los valores sociales, culturales y tradicionales de los habitantes de la ciudad de México”.

Don Miguel León-Portilla fue doblemente galardonado: le fue concedido el XV Premio Internacional Menéndez Pelayo por su “inigualable labor en difundir en el mundo la comprensión de las lenguas indígenas de América, su conocimiento y valoración”, así como el Premio Bartolomé de las Casas, en su X edición, debido a su labor como “decidido defensor de la cooperación Iberoamericana y de la fecundidad del mestizaje”.

También la vasta trayectoria de don Jaime Labastida fue reconocida en dos ocasiones: la República Federal de Alemania le otorgó la Cruz al Mérito (*Verdienstkreuz*), y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, por decisión de su Consejo Universitario, le concedió el doctorado *honoris causa*.

DISCURSOS DE INGRESO

LA JUSTA DE LOS COMETAS.
DON CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA
Y LA ASTRONOMÍA DE SU SIGLO, 1645-1700

Discurso de ingreso

Elías TRABULSE

Señor director, señor secretario perpetuo,
señores académicos, señoras y señores:

El día primero de octubre de 1878, don Joaquín García Icazbalceta pronunció ante esta ilustre Academia Mexicana un elocuente discurso en el cual proponía la elaboración de una Historia de la Literatura Mexicana en la cual debían participar todos los miembros de la recién fundada Academia. Esa magna obra debía abarcar las vidas y obras de todos los que, nacidos en estas tierras o venidos a ellas, hubieran dedicado sus esfuerzos al cultivo de las letras, la historia y las ciencias; de ahí que la Academia Mexicana debería acoger en su seno a aquellos que hubieran cultivado esas ramas del saber a efecto de que pudieran contribuir con sus luces, grandes o pequeñas, a la elaboración de esa obra. Ese llamado de don Joaquín, espíritu abierto si los hubo, nos da idea de que su concepción de la Academia Mexicana era vasta y generosa, de tal forma que mi presencia hoy aquí se debe más a su benevolencia y a la de los actuales académicos, sus herederos intelectuales, que a cualquier tipo de merecimiento que yo pueda aducir a mi favor.

He de añadir que ignoro si fui elegido como historiador o como científico; y es que los historiadores de la ciencia vivimos siempre divididos entre la seducción del hecho particular de la historia y la seducción de la teoría general de la ciencia. Nos debatimos entre dos mundos totalmente distintos. Vivimos siempre *nepantla*, y esto se echa de ver, pues, para los científicos. Pero sea cual fuere la hipótesis que haya prevalecido cuando mis temerarios amigos don Jaime Labastida, don Ruy Pérez Tamayo y el

lamentablemente desaparecido don Manuel Alcalá me propusieron ante esta Academia, no puedo menos que agradecer hoy aquí, a ellos, su confianza, y a todos los académicos su benevolencia al haberme recibido en este ya centenario recinto.

Fui elegido para ocupar el sitio que quedó vacante al morir el distinguido historiador y maestro universitario don Roberto Moreno de los Arcos. Investigador de amplios y variados intereses, los campos principales donde desarrolló su fecunda labor fueron la Historia del México Antiguo, la Bibliografía mexicana, la Historia de la Ciencia en México y la Historia de la Nueva España en el Siglo de las Luces. Desde fecha temprana mostró sus dotes de cuidadoso explorador de papeles viejos con sus obras sobre Teodoro de Croix (1967) y, posteriormente, sobre Joaquín Velázquez de León (1973), de quien escribió una detallada biografía. Estas dos obras abrieron al maestro Moreno de los Arcos otros temas que desarrolló en los años siguientes, sin embargo sus también viejos intereses sobre la Historia del México prehispánico le permitieron hacer aportaciones valiosas tales como su *Guía de las obras en lenguas indígenas* (1966), de consulta obligada hasta hoy, su estudio sobre *Las partículas del náhuatl* (1966) y su interesante trabajo titulado *Los cinco soles cosmogónicos* (1967). Simultáneamente abordó, como miembro del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, del cual fue investigador desde 1967, la pesada tarea de compilar junto con José Ignacio Mantecón, entre 1967 y 1978, doce *Bibliografías mexicanas*, así como otras cinco compilaciones bibliográficas sobre la Constitución de Apatzingán, sobre dos manuscritos científicos de la Biblioteca Nacional y sobre Antonio de León y Gama, entre otras.

Cualidad relevante del maestro Moreno de los Arcos fue siempre la facilidad, e incluso podemos decir amenidad, con que supo transmitir sus conocimientos sea en las cátedras que ocupó, sea en las muy numerosas conferencias que impartió en todo el país y fuera de él y que estaban todas ellas marcadas por el sello de la erudición. Esta actividad lo llevó a redactar diversos textos didácticos para estudiantes de secundaria y de estudios avanzados que tuvieron amplia difusión.

Como buen bibliógrafo —y también como buen bibliófilo— dedicó muchas horas a la preparación de textos clásicos de los siglos XVI al XIX, desde

el *Confesionario* de 1569 de fray Alonso de Molina hasta el *Cuadro histórico* de Carlos María de Bustamante, pasando por las obras de Alzate, Velázquez de León, Bartolache, Sonneschmidt y Granados y Gálvez, entre otros.

Pero fueron sin duda los temas de historia de la ciencia en México y los referentes al siglo XVIII mexicano los que más absorbieron sus cualidades de investigador. Prueba de ello son los más de veinte libros que dio a la luz y el centenar de artículos especializados que publicó en revistas mexicanas y extranjeras. Su libro sobre Alzate, Bartolache, Velázquez de León y Gamarra abrieron nuevas perspectivas sobre el Siglo de las Luces en nuestro país, como también las abrieron sus trabajos sobre Linneo y Darwin y la recepción de sus sistemas en México. La “Introducción” a su obra sobre Velázquez de León es, ella sola, una obra imprescindible para conocer el siglo ilustrado novohispano, pues no sólo replantea sus dimensiones culturales sino también propone una periodización precisa para esa época, que ha sido utilizada desde entonces por diversos historiadores de nuestro siglo XVIII.

Tan importante labor historiográfica no pasó inadvertida y, con oportunidad, el maestro Moreno de los Arcos recibió numerosas distinciones que sería prolijo enumerar aquí. Baste mencionar que en 1983 le fue concedida la beca Guggenheim, al año siguiente logró ser investigador nacional y en 1988 ocupó la presidencia de la Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología. Como sucede a menudo en nuestros ámbitos académicos, cuando un profesor logra descollar en la cátedra o en la investigación, se convierte, casi sin remedio, en candidato para ocupar puestos administrativos que, todos lo sabemos, resultan absorbentes y fatigosos; y pocas veces resultan esos esfuerzos suficientemente reconocidos. Y esto sucedió con el maestro Moreno de los Arcos en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1979 ocupó el puesto de director del Instituto de Investigaciones Históricas, en 1985 fue nombrado asesor del rector y poco después fue designado Coordinador de Humanidades. Estas responsabilidades junto a muchas otras que llenarían varias páginas, y que dejó de lado —cobraron una cuota sobre las tareas de Investigación que el maestro Moreno de los Arcos desarrollaba. Esto, sumado a su temprana desaparición, hizo que algunos proyectos no cristalizaran, con lo que la

historiografía mexicana perdió esas valiosas contribuciones que sin duda habrían salido de su pluma. Quizá aquí cabría recordar esa frase que no por manida ha perdido vigencia: *Ars longa vita brevis*. Sin embargo es obvio que, con su obra, el maestro Roberto Moreno de los Arcos dejó una huella perdurable y profunda, y por sus esfuerzos en levantar el velo que cubría algunas épocas de nuestra historia merece que lo recordemos con admiración y respeto.

Existen temas, libros y autores que siempre están junto a nosotros sin importar los años que pasen y los temas nuevos que estudiemos. Hace más de treinta años me acerqué a las obras históricas, poéticas y científicas de don Carlos de Sigüenza y Góngora por recomendación de mi maestro el doctor José Gaos. Desde entonces y hasta hoy don Carlos y yo iniciamos una amistad personal que ha sido tan sólida como duradera, y cabe decir que con el paso de los años mi admiración por él ha ido en aumento, hasta el punto que a veces he llegado a considerarlo como la cima de la cultura mexicana en la época en que México fue la Nueva España. No dudo, empero, en decir, en descargo de semejante y tan rotunda afirmación, que ese juicio de valor está dictado por la simpatía y la amistad y no puede considerársele imparcial. Volver hoy a hablar de Sigüenza y Góngora es pues un acto personal de amistad para con un interlocutor muerto hace tres siglos, con quien he pasado muchas horas de solaz intelectual, y a quien hoy deseo evocar aquí, esta noche, con ustedes.

A finales del siglo XVIII José Antonio Alzate afirmó que entre la época de Henrico Martínez y la de Carlos de Sigüenza y Góngora, es decir entre aproximadamente 1630 y 1680, había existido un “gran paréntesis” en el desarrollo de la ciencia mexicana ya que en ese lapso el estudio de las ciencias había caído en el olvido. Esta afirmación de uno de los más distinguidos científicos del Siglo de las Luces resulta paradójica pues fue precisamente en esos cincuenta años cuando se difundieron en México, a través de la cátedra de Astrología y Matemáticas fundada e impartida por

el mercenario Diego Rodríguez, los descubrimientos de la ciencia moderna en los campos de la astronomía, la física y las matemáticas. Gracias a su labor y a su obra —la cual ha quedado en su mayor parte manuscrita— fueron conocidos en la Nueva España autores como Kepler, Galileo, Gilbert, Neper y Cardano; y fue su labor docente la que creó una comunidad científica que hacia finales del siglo XVII tuvo como máximo representante a Sigüenza y Góngora. Sin esa tradición de apertura a la modernidad —tan limitada en sus alcances como se desee— es inexplicable la obra de este gran hombre de ciencia, y menos aún resulta comprensible que en 1681 se haya dado una polémica científica tan enconada y brillante como la que provocó la aparición del gran cometa de 1680.

Es indudable que uno de los capítulos olvidados de la historia de la astrología es el referente a los cometas. La irregularidad aparente de sus apariciones en marcado contraste con los armónicos movimientos de los planetas, el Sol y la Luna, llevaron a los hombres a considerar a dichos astros como portentos excepcionales. Su misma apariencia propició que desde remotos tiempos el ánimo humano contemplara con aprensión su aparición súbita en el firmamento. De hecho, en los siglos que preceden a Halley y Newton, cuando la astrología y la astronomía se confundían en forma por demás inextricable, los cometas eran los fenómenos celestiales que producían mayor terror.

Su forma y colorido pronto permitió clasificarlos. Se les atribuía carácter infralunar y por lo tanto compartían con la Tierra las propiedades de corruptibilidad y mudanza. Este carácter infralunar situaba a los cometas en la zona llamada “del fuego”, que quedaba, en la cosmología antigua y medieval, por debajo de las esferas supralunares que envolvían a la Tierra central. Las características de ese mundo ultralunar eran la incorruptibilidad y la inmutabilidad, de ahí que, por su evidente carácter esporádico, se pusiera en duda, desde los siglos IV y III a. C., su posible condición ultralunar.

La acumulación de acontecimientos históricos infaustos que coincidían con la aparición de los cometas labró desde hace muchos siglos su reputación de ser fenómenos fatídicos. Su mismo carácter, astronómicamente irregular, facilitó esta creencia que se agudizó conforme los males coincidían con sus apariciones. Algunos los creían sólo portentos que

advertían los males, otros los creían los causantes directos del mal, pero, en ambos casos, es asombrosa la larga lista de los males que en algún momento de la historia coincidieron con un cometa. Es lógico entonces que en la historia de la astronomía hayan sido los cometas tema favorito de disertaciones, debates, sermones y ruidosas polémicas. Y en el siglo XVII, en el momento en que nace la ciencia moderna con la Revolución Científica (y yo sigo creyendo en este hecho histórico contra los que actualmente lo ponen en duda), las polémicas se tornaron cada vez más enconadas ya que por su naturaleza los cometas eran los protagonistas idóneos del campo de batalla donde se enfrentaba la visión mítica y providencialista del cosmos con la nueva visión científica. Y es a través de uno de esos astros como quisiera exponer la manera en que se dio en el México colonial el tránsito de la astrología judiciaria a la astronomía científica, es decir de la concepción medieval del cosmos a la nueva cosmología mecanicista.

El 15 de noviembre de 1680 la población de la Nueva España contempló azorada a un vistoso y brillante cometa que atravesaba el firmamento hacia el oriente en su viaje hacia el Sol. A fines de diciembre, ya de regreso y obediente a su órbita, apareció nuevamente en los cielos nocturnos. Los cronistas de la época afirmaron que era “uno de los más grandes cometas que se hubiesen visto” ya que se desplegaba en el cielo en forma de un arco de varios grados. Su color era rojo intenso, de tal forma que su cauda iluminaba buena parte del firmamento el cual “parecía en llamas”. En Europa, Newton y Huygens lo observaron cuidadosamente, y este último hombre de ciencia afirmó, años después, que su imponente aspecto había atraído “la atención de los astrónomos de la época, difundiendo además un gran pánico en todo el mundo”. Y la causa de esto era que desde hacía mucho tiempo no se observaba un fenómeno similar. La cauda del cometa cortaba “desde el corazón de la constelación del Águila y las alas del Cisne hasta Casiopea misma”, lo que era garantía indudable de maleficios tremendos. El *Journal des Savants* afirmaba: “Todo el mundo habla del cometa que es sin duda la noticia mas importante del comienzo de este año [de 1681]. Los astrónomos observan su curso y el pueblo le hace presagiar mil desventuras”.

En la Nueva España el terror recorrió a la población. Una de las personas que se inquietó ante la aparición del astro fue la virreina condesa

de Paredes, la cual pidió consejo al entonces cosmógrafo real, don Carlos de Sigüenza y Góngora. Éste, para tranquilizar el virreinal ánimo, escribió un breve folleto al que tituló *Manifiesto filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*. En este breve texto Sigüenza se lanzó abiertamente contra la superstición del maleficio cometario: “lo que en este discurso procuraré será despojar a los cometas del imperio que tienen sobre los corazones tímidos de los hombres, manifestando su ninguna eficacia y quitándoles la máscara para que no nos espanten”.

Como era de esperarse el *Manifiesto* de los tímidos tuvo varios oponentes. El primero de ellos fue don Martín de la Torre, un erudito matemático radicado en Campeche quien contraatacó con un texto al que puso por título *Manifiesto cristiano en favor de los cometas mantenidos en su natural significación*. En esta obra su autor reivindicaba los derechos del hado a favor de los cometas infaustos a la vez que hacía una apasionada defensa de la astrología. Sigüenza y Góngora no perdió tiempo y le respondió con una obra, actualmente perdida, a la que denominó, en un momento de arrebatado clasicista, *Belerofonte Matemático contra la Quimera Astrológica*.

El segundo adversario de Sigüenza fue don Josef de Escobar Salmerón y Castro, quien escribió un *Discurso cosmetológico y relación del nuevo cometa* que tuvo la virtud de provocar la ira de don Carlos por las tesis astrológicas extremas que obtenía. Sigüenza nunca quiso responderle, “por no ser digno su extraordinario escrito y la espantosa proposición de haberse formado este cometa de lo exhalable de cuerpos difuntos y del sudor humano”.

El tercer oponente del *Manifiesto* de Sigüenza fue el jesuita Eusebio Francisco Kino. La polémica sobre el cometa de 1680 se originó de su crítica a Sigüenza. Kino había llegado a la capital del virreinato en 1681 proveniente de España. Iba en tránsito a las misiones norteanas de Sonora y Arizona. Sin embargo permaneció dos años en la ciudad de México y en ese periodo cultivó la amistad de algunos intelectuales mexicanos, entre ellos el mismo don Carlos quien le facilitó documentos y mapas de las regiones que iría a evangelizar. En 1683, poco antes de partir, le obsequió a Sigüenza un ejemplar de la obra que había redactado contra él en esos meses y a la que había puesto por título *Exposición astronómica de el cometa*.

Este pequeño libro estaba dedicado al virrey conde de Paredes, en contraposición al *Manifiesto* de Sigüenza dedicado a la virreina, hecho que provocó que a don Carlos se lo reprochara con aspereza pues no sólo contravenía las normas no escritas de la sociedad cortesana de la época sino, y sobre todo, porque era una forma de herir el orgullo criollo de un maestro universitario y cosmógrafo real. Esto explica la andanada de Sigüenza: “Ni sé yo en qué Universidad de Alemania se enseña tan cortesana política, como es querer deslucir al amigo con la misma persona a quien éste pretende tener grata con sus estudios. Y si no fue éste el intento del reverendo padre en escribir su *Exposición astronómica*, y dedicarla al excelentísimo señor virrey de esta Nueva España, imaginaría sin duda que se le darían repetidas gracias (y no fue así) de que desde Alemania había venido a esta septentrional América, para libertar a la excelentísima señora del engaño en que yo la había puesto, de que no deben ser temidos los cometas por ser falso el que son prenuncios de calamidades y estragos”.

La obra de Kino consta de diez capítulos e incluye una carta celeste grabada que ilustra el recorrido del cometa. Toda la obra es una defensa del carácter maléfico de los cometas y, como era de suponer, fue recibida con elogios pues era obvio que reflejaba el sentir de la mayoría, tanto de los intelectuales novohispanos como de los que no lo eran. El pequeño núcleo que apoyó a su adversario era sin duda representativo de la incipiente modernidad científica novohispana pero no lo era de la forma de pensar de la mayoría. Del libro de Kino se dijo, en cambio, que era “sólido y agudo en lo que toca a la astronomía, discurrido con erudición y sutileza y muy catholico, y ajustado en lo que mira a los dogmas de la Fe y piedad Christiana”, además de que ponía “un santo temor de Dios en las almas, constituyendo su cometa como un Azote a Espada, que la justicia de Dios cuelga del cielo, atemorizando a todos los mortales para que cada uno procure mejorar sus costumbres, y aplacar a Dios, contra nuestros pecados justamente indignado”.

La *Exposición astronómica* es representativa de una época todavía dominada por el pensamiento de Aristóteles y por el argumento de autoridad. Siguiendo al estagirita Kino afirmó que los cometas eran “una agregación o junta de las exhalaciones y vapores que, conspirados en uno, manan del

globo terráqueo”; aunque –añade– es también “probabilísimo bien como fundado en la mejor razón y Philosophia con que de acá podemos discurrir en cosa tan distante de nosotros, que los cometas se engendran de aquella vaporosa y pezgosa materia que exhala, o humea, el globo solar, de que suelen constar aquellas manchas del Sol”.

Además los cometas no se originaron con la creación del universo, sino que son habitual y constantemente creados ex profeso por Dios para servir de admonición a los hombres. Eran, entonces, como él dice, “tácitos amagos del altísimo y senos de divina severidad”.

De esta forma al definir en forma apriorística el carácter maligno e infralunar de esos “peregrinos engendros” que eran los cometas, el padre Kino fue *deduciendo* sus características astronómicas no con base en las observaciones (que dijo haber realizado en el puerto de Cádiz), sino a partir de las teorías científicas, que en ese momento eran ya obsoletas, de sus autoridades más socorridas, desde Aristóteles hasta Atanasio Kircher. Nos encontramos aquí con uno de esos momentos de crisis de la ciencia medieval enfrentada a los datos cuantitativos de la ciencia experimental moderna. Y Kino tuvo que enfrentar ese dilema: permitir que un paralaje hecho con precisión, lanzara a los cometas más allá de la Luna, a las esferas de lo incorruptible, era tanto como negar la posibilidad de que los cometas fueran enviados esporádicos de la divinidad, y antes que sufrir dicho men-tís de la ciencia el padre prefirió adaptar y arreglar los datos de sus observaciones de tal forma que sostuvieran y confirmaran sus hipótesis sobre el carácter infralunar, corruptible y maligno de los cometas. Sigüenza, que rehizo los cálculos del jesuita, llegó incluso a afirmar que sus datos habían sido inventados y que sus conclusiones estaban plagadas de “yerros todos enormísimos y por eso dignos de censurárselos”.

Pero esto, que para Sigüenza era clara y simplemente un acto de traición a la ciencia, puede comprenderse mejor si pensamos que para Kino el universo era sagrado, únicamente sagrado, pues Dios y su Providencia movían las esferas celestes, con exclusión de cualquier otro factor de carácter físico.

De esta manera la *Exposición astronómica* fue un último intento de hacer revivir el mito cometario por el uso de métodosseudocientíficos y de cálculos matemáticos manejados arbitrariamente. Casi podríamos decir que

esa obra pudo haber sido escrita, en prácticamente todos sus trazos, antes de que el cometa apareciera en nuestro cielo, ya que estaba redactada de antemano con cálculos y paralajes, en la imaginación fecunda, barroca y escolástica del jesuita misionero.

En su breve *Manifiesto* escrito como dijimos para tranquilizar a la virreina, Sigüenza y Góngora había afirmado que en fechas próximas publicaría una obra más amplia sobre el tema y, “que de prorrogarle Dios la vida”, lo perfeccionaría “muy en breve”. En dicha obra, de carácter puramente astronómico, pensaba dar a conocer sus observaciones del espectacular cometa, las cuales –afirmó– los “europeos entenderán más observaciones que las mías”.

Sin embargo todos sus planes cambiaron cuando leyó, con ira creciente, el libro que el padre Kino había puesto en sus manos. Y unas pocas frases despectivas del jesuita, que Sigüenza consideró dirigidas a él, eliminaron los últimos vestigios de su paciencia y de su prudencia que, cabe decirlo, nunca poseyó en grado heroico. Kino había afirmado que don Carlos tenía “trabajoso el juicio”, y que pertenecía a ese grupo de astrónomos “que tienen tanto cariño a los cometas (bien como enamorados de sus astrosas lagañas) que sienten de ellos lo mejor prometiendo lo más próspero”. Esto fue suficiente para que Sigüenza afilara su pluma e introduciéndola en un tintero lleno de vitriolo se lanzara a demoler la *Exposición astronómica*. Fue así como surgió una de las obras capitales de la historia de la ciencia en México, la *Libra astronómica y filosófica*, obra que trascendió su cometido de ser una mera refutación para convertirse en un auténtico manifiesto de la modernidad científica.

Desde el principio de la obra Sigüenza, devoto como era de la Compañía de Jesús, quiso aclarar que no atacaba a Kino como jesuita “sino como un matemático puramente matemático, esto es, en abstracto y como a un sujeto particular”, puesto que “duelos que tal vez se mueven entre los que se desvelan sobre los libros, [son] no sólo comunes, sino también lícitos y aun necesarios; pues, asistiéndoles sólo el entendimiento, casi siempre le granjean a la literaria república muchas verdades”. El título de la obra es sugestivo, y el autor confesó de dónde lo obtuvo: “en titular esta obra *Libra astronómica y filosófica* quise imitar al reverendo padre Oratio Grassis, que

con el mismo epígrafe rotuló el libro que publicó contra lo que del cometa del año de 1618 escribieron Mario Guidicci y Galileo Galilei”. Sin embargo el libro tardó varios años en publicarse y se hubiera perdido, como tantos otros manuscritos de Sigüenza, de no ser por el interés que en esa obra pusieron el virrey conde de Galve y el editor don Sebastián de Guzmán y Córdova, ambos estudiosos de las ciencias matemáticas y astronómicas. Gracias al mecenazgo de ambos la *Libra* fue rescatada y publicada en un tiraje reducido en el año de 1690. Ayudó a su publicación el hecho de que en diciembre de 1689 apareció un cometa que provocó nuevamente una ola de pánico. Sin embargo éste fue obviamente un pretexto. La razón básica para publicarla la expuso claramente Guzmán y Córdova en el “Prólogo a quien leyere” y que dice:

No es otro mi motivo, oh lector discreto, en hacerlo así, que darte en nuestra lengua castellana lo que falta en ella, que es este escrito [...] Más quiere decir en esto que lo que suena. Carecimos hasta ahora de quien tan metódica, astronómica y filosóficamente, como aquí se ve, haya llenado en ella este especioso asunto, y juzgando ocioso buscar de aquí adelante lo que autores extranjeros publicaron en sus propios idiomas o en el latino en esta materia, teniendo en este libro lo que hasta aquí nos faltaba, (bien sé que me lo estimarán los doctos) hacer común a todos lo que mi diligencia en guardarlo hizo propio mío, seguro de que no habrá quien lo lea, que no dé asenso luego al instante a tan bien fundamentada opinión.

La *Libra astronómica* consta de siete partes: cuatro de carácter polémico y tres científico. En esas cuatro secciones de controversia el método que siguió fue el de citar la obra de su opositor, glosarla o resumirla para, inmediatamente después clavarse a pico en ella y refutarla hasta en sus mínimos detalles.

Sigüenza tomó y analizó los métodos astronómicos, matemáticos y deductivos de Kino para mostrar su inconsistencia y falsedad. Empleó con el jesuita un método similar al que años antes Pierre Gassendi había utilizado para impugnar a Descartes, o sea que polemizó con las mismas armas de su adversario, de manera que pedía escolásticamente con disimulo mal encubierto, la corrección del planteamiento para después reargumentar

en forma silogística y desbaratar los sofismas y las falsas conclusiones. Y, como era de esperar de un personaje como don Carlos, la ironía no tardó en hacer su aparición. Así, a los que afirmaban que los cometas se formaban del sudor y exhalaciones, recomendó sudar copiosamente en tiempo de secas a efecto de hacer llover pues, de no aparecer cometa, aparecerán al menos nubarrones de refrescante lluvia. Y a los que aseguraban que los cometas acarreaban enfermedades y muertes les dice: “De este cometa le pido a Dios me libre, y a todos los míos, y con más instancia de disenterías, tabardillo, dolor de costado y sus semejantes, que son los verdaderos cometas, que así a reyes y ricos, como a particulares y pobres, quitan la vida”. En esa línea su vena cáustica parece inagotable.

De Kino afirmó que era “gran matemático” aunque constantemente se equivocara, falsificara o inventara sus cálculos; y a los predicadores, sacerdotes o religiosos, que subían al púlpito sólo a aterrorizar a los fieles con inventos sobre el maleficio cometario, les conminó a callar y no hablar de lo que ignoraban pues de lo contrario sólo provocaban “la burla de sí mismos ante los doctos”. Sigüenza con sus sarcasmos, abiertos o encubiertos, no respetó ni tradición ni autoridad cuando de asuntos científicos se trataba. Para él la ironía no dependía de las dimensiones del argumento burlón, sino de sus matices. Pocos en su época supieron injuriar tan profundamente con frases disfrazadas de lisonja.

Esta actitud nos permite evaluar su talla intelectual como hombre de ciencia moderno, para quien la astrología era una falacia y para quien en asuntos astronómicos sólo contaban los hechos comprobados, las observaciones y los cálculos. Así su ataque a la astrología lo hizo desde el seno mismo de ésta ya que durante treinta años elaboró, por pura necesidad económica, los lunarios, almanaques y pronósticos anuales que los editores le solicitaban. En esos textos astrológicos —que literalmente detestaba tener que hacer— se lanzó contra las creencias astrológicas lo que le provocó no pocas censuras de los calificadores del Santo Oficio quienes no entendían cómo alguien que atacaba a la astrología podía redactar lunarios y pronósticos a los que calificaba, en un momento de benevolencia, solamente de “bagatelas”. Y es que don Carlos no comprendía cómo podía la gente creer esas largas invenciones sin fundamento, pues los pronósticos

casi siempre resultaban fallidos con el consiguiente desprestigio del astrólogo. Esto explica que al hablar de esos almanaques y lunarios llegara a afirmar que, con ellos, “era más lo que perdía en crédito que lo que ganaba en reales, ‘porque’ es verdad constante —añadió— que si dura el mundo un millón de años lo mismo sabrán y errarán los astrólogos que entonces vivieren que lo que sabemos y erramos los que hoy vivimos”.

El escepticismo astrológico de Sigüenza y Góngora es la vía de acceso para comprender su mentalidad científica. Al negar una y otra vez la influencia maléfica de astros, eclipses y otros fenómenos celestes sobre la vida humana, afirmó su credo científico: “No hay más efecto de eclipses que vivir mal ni más remedio contra el chahuiztle que vivir bien”. Para este sabio criollo, la astrología se caracterizaba por la exactitud y el rigor, pues sus fundamentos eran la observación precisa y el cálculo matemático.

Es fácil comprender que esta actitud implicaba un rechazo absoluto del argumento de autoridad en asuntos científicos, lo que explica que don Carlos, congruente con sus ideas, afirmara que en ciencias nadie “puede asentar dogmas... porque en ellas no sirve de cosa alguna la autoridad sino las pruebas y la demostración”. Obviamente el primer autor al que rechazó, ante el escándalo del claustro de la Universidad de la cual era catedrático de Astrología y Matemáticas, fue Aristóteles. Su repudio no puede ser más claro: “Aristóteles, jurado príncipe de los filósofos, que ha tantos siglos lo siguen con estimable aprecio y veneración, no merece asenso... cuando se opusieren sus dictámenes a la verdad y razón”. Así, cometas eran “monstruos”, Sigüenza, afectando sorpresa, dice haberse quedado “suspenso... y con bastante miedo, recelándome —confiesa— de que las razones filosóficas que se me iban ofreciendo para propugnar mi opinión y opugnar la opuesta, por quedárseme dentro del cuerpo, me causen algún apostema que me lleve al hoyo”.

Su escepticismo científico lo extiende incluso a los autores modernos a quienes rechaza cuando sus afirmaciones sobre los cometas no estaban suficientemente fundamentadas: “Nadie, hasta ahora —afirma nuestro criollo—, ha podido saber con certidumbre física o matemática de qué y en dónde se engendren los cometas, con que mucho menos podrán pronosticarse”. Lo único que puede aceptarse son los hechos observados, verifi-

cados y medidos. Éste es el único camino a la verdad, lo demás pertenece al dominio de la fantasía. Los hechos observados “no deben examinarse mediante las ficciones de los poetas, sino con los principios y disposiciones de la naturaleza misma”. Y estos “principios y disposiciones” son los movimientos regulares predecibles y verificables de los astros. Ninguna excepción existe en el orden de la naturaleza. Todos sus fenómenos están regidos por leyes inmutables, susceptibles de ser perfeccionadas por observaciones sucesivas cada vez más exactas. Toda violación aparente de esas normas que rigen el mundo físico es debida no a la existencia de leyes, sino a la ignorancia de los hombres sobre ellas. Sin embargo el momento en que don Carlos se coloca realmente dentro de la moderna concepción de la ciencia es cuando afirma que la capacidad humana de comprender el mundo físico tiene límites difíciles de superar: “Los hombres no han podido alcanzar el conocimiento de la naturaleza de las estrellas, sus influencias y virtudes con evidencia física y matemática certidumbre, aunque apelen a las experiencias y observaciones, que dicen ser los fundamentos de este arte”. Esta afirmación nos permite comprender el alcance y los límites de la *Libra astronómica* ya que si bien, como dijimos, es un auténtico manifiesto de la modernidad científica, por otra parte está situada justo en el umbral de la nueva cosmología, que en esos mismos años aparecería en el horizonte científico europeo, pero no más allá. La razón es claramente explicable si acudimos a los hechos históricos.

Es indudable que los cálculos astronómicos hechos por Sigüenza del cometa de 1680 fueron realizados con precisión. Sus observaciones fueron efectuadas en diversas fechas lo que le facilitó el cotejo de las cifras obtenidas. Incluso llegó a comparar sus datos con los de otros astrónomos europeos, lo que le permitió afinar aún más sus cálculos. Al mismo tiempo, del otro lado del Atlántico, otro astrónomo y matemático, Isaac Newton, realizaba observaciones parecidas sobre el mismo cometa, midiendo en fechas similares a las de don Carlos, los paralajes del astro. Pero si los cálculos de ambos resultan similares (y basta para ello comparar la Quinta sección de la *Libra* con el Libro III, Proposición XLI, de la *Philosophia Naturalis Principia Mathematica* de Newton) las consecuencias deducidas son diferentes. Sigüenza midió para comprobar el carácter ultralunar de los

cometas y su marcha regular en una órbita muy amplia, lo que demostró plenamente. Los cálculos de Newton arrojan los mismos resultados, aunque éstos solamente fueron un punto de partida hacia resultados que nuestro criollo novohispano jamás imaginó. Newton demostró el carácter elíptico de las órbitas cometarias y la sujeción de esos astros a las leyes de la gravitación universal. En este sentido el gran cometa de 1680 es sin duda el más importante en toda la historia de la astronomía, pues fue la piedra de toque de la nueva cosmología mecanicista, es decir fue el astro que permitió a Newton establecer diminutivamente las leyes gravitacionales que rigen el universo. Esto explica que la *Libra astronómica*, y con ella las obras de otros autores que, como Sigüenza se abrían a la ciencia moderna, haya caído injustamente en el olvido. Sólo hasta nuestros días se le ha reivindicado después de casi tres siglos. Este destino fue común a todas las obras que abatieron la astrología judiciaria, sin importar su modernidad científica. Se diría que al matarla, murieron con ella. Perdido entre los intelectuales el miedo a los cometas, los doctos libros que favorecieron su liquidación sólo fueron objeto de curiosidad bibliográfica. Quedando los cometas “libres de las infamias que sin razón les imputan”, los libertadores fueron olvidados también.

Sin embargo, la *Libra astronómica y filosófica* trasciende y con mucho a esta clasificación, ya que no sólo fue una clara expresión de modernidad científica sino también, y éste es quizá su aspecto más perdurable y por ello más digno de recordación, una afirmación reiterada de lo que para Sigüenza y Góngora fue una constante en todas sus obras: la exaltación criolla de la patria. Si alguna idea atraviesa la *Libra astronómica* de principio a fin es indudablemente ésta. Más aún, podemos afirmar que no podemos comprender la modernidad científica de don Carlos si la disociamos de su labor de rescate y revalorización de la historia, la naturaleza y la cultura de lo que él, como buen criollo, ya consideraba su patria. No en vano firmaba sus obras con el título de “Presbítero Mexicano” que era, en esa época, tanto una afirmación como un reto. Visto bajo esta nueva luz resulta explicable y lógico que haya reaccionado tan violentamente a las críticas de un europeo. Su respuesta a Kino fue la manifestación tanto de su modernidad como de su criollismo. Sus conocimientos científicos formaban una unidad junto

con esa actitud que él expresaba abiertamente como “el gran amor que a mi patria tengo”. Esta característica hace de la *Libra astronómica* una obra singular dentro de la amplia literatura que provocó el cometa de 1680.

Si bien Sigüenza no es el creador de la prosa científica en nuestro país, sí fue el primero en dar a sus escritos científicos un sesgo peculiar, propio, donde nunca está ausente la exaltación de América frente a Europa, del Nuevo frente al Viejo Mundo. Este elemento metacientífico caracterizará gran parte de las obras de ciencias escritas en México en los siglos XVIII y XIX, como forma explícita de afirmar que el conocimiento científico era una de las dimensiones de la cultura, primero patria y después, ya en el siglo XIX, nacional.

De esta manera la *Libra astronómica* pasa de ser un texto abstruso y complejo de astronomía a ser una defensa y una afirmación de México y América ante Europa; y Sigüenza merece ocupar un lugar destacado en la larga lista de aquellos que en los cuatro siglos que siguieron al Descubrimiento de América, se opusieron a la condena y al estigma de inferioridad lanzada por los europeos contra el Nuevo Mundo. Y en Sigüenza no sólo se da la actitud defensiva, sino, como vimos anteriormente, en sus escritos aparece el contraataque. En múltiples pasajes de su obra sobre los calumniados cometas Sigüenza pasó, una y otra vez, de la astronomía más depurada a la diatriba de un americano que ha sido vejado en su orgullo intelectual:

Viva mil años el muy religioso y R.P. por el alto concepto que tuvo de nosotros los Americanos al escribir estas cláusulas. Piensan en algunas partes de la Europa, y con especialidad en las septentrionales, por más remotas, que no sólo los Indios habitantes originarios de estos Países, sino que los de padres españoles casualmente nacimos en ellos, o andamos en dos pies por divina dispensación, o que valiéndose de microscopios ingleses apenas se descubre en nosotros lo racional.

Puesto en esa línea de ofensiva intelectual don Carlos no se detuvo. Así, cuando Kino afirmó que las desgracias acaecidas en el mundo en los años de 1641 y 1644 habían sido causadas por un cometa aparecido varios años después, en 1652, y que ese cometa o “monstruo” de cualidades retroactivas había sido devastador, Sigüenza le respondió que lo único

monstruoso era argumentar con dislates tan grandes y devolviéndole el insulto al padre le dice que eso sí era prueba de tener “trabajoso el juicio”:

Está ya obedecido el R.P. en cuanto mandó y le sigue, por conclusión necesaria de estos cotejos, tener el juicio muy trabajoso quien dedujere y afirmare lo que aquí deduce el R.P. Por que ¿en qué razón, en qué juicio, en qué entendimiento (no digo de Alemán y cultivado en la Universidad celeberrima de Ingolstadio, sino de Americano y mal desbastado en la, aún poco célebre, de mi patria México) cabe el decir que, de lo sucedido por los años de 1641 y 1644 fue precursor, causa o señal, el Cometa que se apareció por diciembre de 1652?

Y como remate le lanzó un dardo más:

A estos primores llegan las especulaciones filosóficas de quien vino de la docta Alemania a enseñarnos las Matemáticas en la ignorante América.

Estas últimas líneas nos muestran hasta qué punto la prosa aristada y virulenta de nuestro sabio criollo trascendió su finalidad puramente científica para convertirse en algo totalmente distinto; y es con esta óptica como conviene que evaluemos y comprendamos los alcances que tuvo para México la aparición del cometa de 1680.

De esta forma fue como don Carlos de Sigüenza concibió y redactó una obra maestra que nos resulta cercana y actual a los que amamos la ciencia y la historia de nuestro país. Rememorar a esa ilustre figura, en gran medida olvidada pero aún viva y vigente, fue una forma de verlo hoy aquí, entre nosotros, en esta ilustre Academia Mexicana.

Muchas gracias.

RESPUESTA DEL DISCURSO DE INGRESO
DE DON ELÍAS TRABULSE A LA ACADEMIA MEXICANA
DE LA LENGUA

Jaime LABASTIDA
Académico de Número

Señor director de la Academia Mexicana de la Lengua
Señores académicos, señoras y señores, amigos todos

Pocas tareas tan gratas he realizado en mi vida, como la que realizo hoy, cuando respondo al Discurso de ingreso de don Elías Trabulse a la Academia Mexicana de la lengua.

El ingreso de Trabulse a esta institución (que se ocupa de lo más cercano y hermoso para el oído del hombre, digo, la palabra) corrobora una tradición centenaria ya de nuestra Academia. Aludo a un hecho decisivo porque, desde el momento de su fundación, han pertenecido a la Academia Mexicana, y esto constituye uno de sus timbres de orgullo, los historiadores más eminentes del país. En ese sentido, diré que no cabe duda de que Trabulse es, por derecho propio, uno de los historiadores contemporáneos que ya ha logrado el nivel de excelencia que sólo alcanzaron unos cuantos, acaso los más ilustres, los mejores investigadores de la historia de México, los que han sido a su vez miembros de nuestra institución. Hablo de investigadores de la talla de Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero, Manuel Orozco y Berra, Ignacio Bernal, Ángel María Garibay, ya fallecidos; de Silvio Zavala y Miguel León-Portilla, aún vivos y en plena actividad creadora: con los dos últimos, Trabulse forma el tipo de investigación histórica en México hoy.

Trabulse es un investigador que ha trabajado lo mismo en la historia económica que en la historia política; en la historia literaria que en la historia de religiones. Pero, por encima de todo, Elías Trabulse se distingue

por el enorme esfuerzo que ha desplegado al sacar a luz las fuentes de la historia de la ciencia y la tecnología en México. En este aspecto, su labor es única. Debemos reconocer en él a un hombre apasionado que indaga de modo incansable tanto en los textos impresos, antiguos y modernos, como en los archivos de México y el extranjero. Su objetivo consiste en mostrar, entre otras cosas, cómo la ciencia transforma las mentalidades, de qué manera provoca cambios en la sociedad. Trabulse es un investigador de las ideas, aún mejor: un historiador filosófico de la ciencia.

Otros historiadores se ocupan de la historia en tanto que tal, de la historia de la literatura económica. Trabulse lo hace también, especialmente en la economía y la literatura: así, sus hallazgos e interpretaciones de sor Juana son ejemplares, sin duda empero, el campo donde no tiene paralelo ni conoce par, al menos en México, es un espacio que parece pertenecerle a él solo y tomar como su coto personal, la historia de la ciencia y la tecnología.

Su aportación decisiva acaso sea su *Historia de la ciencia en México*, una magna enciclopedia en 5 volúmenes, que va del siglo XVI al siglo XIX.¹ Cuantos la hemos leído nos asombramos de esta obra monumental, a un mismo tiempo serena y apasionada, en la que se han recogido, con erudición y paciencia extremas, los textos más importantes de los sabios mexicanos, sea en la medicina o la astronomía, sea en la geografía o la historia, sea en la química o la física, sea en la arqueología o la paleontología, sea en la botánica o la zoología, en suma, en todas las disciplinas en las que Trabulse reconoce el esfuerzo propio de un investigador nacional. Con esto, Trabulse ha puesto en relieve, a un tiempo, los aportes y los límites de nuestro desarrollo científico: los aportes, porque demuestra los esfuerzos que, a lo largo de cuatro siglos, han realizado los sabios mexicanos; los límites, porque su trabajo es también una denuncia de los magros resultados que, en esos siglos, han obtenido nuestros investigadores: pocos han alcanzado relieve universal.

¹ Elías TRABULSE, *Historia de la ciencia en México*, cinco volúmenes, México, Conacyt y Fondo de Cultura Económica (t. I, *Siglo XVI*, 1983; t. II, *Siglo XVII*, 1984; t. III, *Siglo XVIII*, 1985; t. IV, *Siglo XIX*, 1985 y t. V, *Apéndices e índices*, 1989). En cada uno de estos volúmenes, Trabulse contó con la colaboración de otros historiadores nacionales; así, para el tomo I, de Susana Alcántara y Mercedes Alonso; para el II, de Alberto Sarmiento y María Pardo; para el III, de Concepción Arias y Cándida Fernández y para el IV, de Perla Chinchilla Pawling.

A partir de este trabajo inmenso, que consumió quince años de su vida y que culminó en 1989, Trabulse ha podido ocuparse de otros problemas relacionados con la ciencia en nuestro país y, así, en 1995 nos entregó una estupenda investigación en la que se dan cita el gusto tipográfico, la veracidad científica y el más intenso de los placeres estéticos. Se trata del libro *Arte y ciencia en la historia de México*² que avanza por un doble sendero. Por un lado, muestra el esfuerzo del científico que hace de su trabajo una obra de arte, es decir, de qué modo traduce a lenguaje iconográfico el texto escrito. Trabulse investiga los casos específicos en los que se presenta una clara relación, en la actividad científica, entre concepto e imagen y muestra la estrecha vinculación que hay entre la palabra —el signo verbal— y la imagen plástica —el signo gráfico. Por otro, muestra el esfuerzo de algunos artistas plásticos mexicanos que intentaron dar carácter científico a su tarea estética. ¿Es la de Trabulse una tarea arriesgada? Por supuesto, pero también es necesaria. No son pocos los científicos que se han esforzado por unir, en su trabajo, el rigor científico y el placer estético. Los matemáticos califican como bella una ecuación, si ésta es sencilla, los físicos dicen de una ley natural, si se expresa en una fórmula sintética, que es bella y nítida, clara y exacta. Quisiera recordar que Alejandro de Humboldt escribió, en un hermoso libro de su juventud, *Cuadros de la naturaleza*, que se proponía aplicar “la estética a los objetos de las ciencias naturales” o bien, “tratar de un modo estético las ciencias naturales”.³

Pero vayamos al texto que Trabulse nos ha leído hoy. Como lo han comprobado, ofrece en él otra prueba de su enorme talento de historiador. Ha elegido para su Discurso de ingreso un tema que le es particularmente caro, la figura señera del que fue, sin duda, el científico más riguroso de la época colonial: Carlos de Sigüenza y Góngora y su polémica con el jesuita Eusebio Francisco Kino, a propósito del tránsito del cometa de 1680 por el cielo de México. Permítanme hacer alguna precisión. Kino llegó a la

² Elías TRABULSE, *Arte y ciencia en la historia de México*, México, Fomento Cultural Banamex, 1995.

³ Alejandro de HUMBOLDT, *Tableaux de la Nature*, París, Guérin, 1866, t. I, Prefacio a la primera edición alemana, p. 3 (la traducción de Galuski se reproduce en la primera versión). En la edición de Firmin París, Didot Frères, 1850, t. I, p. 2, se ofrece la traducción de Ferdinand Hoefer. La edición española (México, Siglo XXI, 1999), a partir de la alemana, coincide con la de Hoefer.

Nueva España precedido de una enorme fama de historiador y de científico. Hasta sor Juana, deslumbrada por su talento, le escribió un soneto, sin duda admirable por su belleza, pero en el que se denuncia, por su carácter hiperbólico, el escaso conocimiento que sor Juana tenía de los asuntos astronómicos. Dice pues en los versos finales (habla de Kino): “todo el conocimiento torpe humano / se estuvo oscuro sin que las mortales / plumas pudiesen ser, con vuelo utano / Ícaros de discursos racionales, / hasta que el tuyo, Eusebio soberano, / les dio luz a las Luces celestiales”.

Ya hemos advertido, en las palabras leídas por Trabulse, la oposición que hay entre un discurso científico, racional, como el de Sigüenza y otro, el de Kino, retrógrado y oscuro. Sigüenza mide el tránsito del cometa en grados, lo observa por medio del telescopio; Kino, en cambio, lo mide en palmos (es obvio que los de la mano), sin hacer uso de ningún instrumento, con los ojos limpios (o sucios, mejor dicho). Kino posee la mentalidad del misionero llegado a la Nueva España en el curso del siglo XIV y no la actitud moderna de Sigüenza, formado en las teorías de Copérnico, Kepler y Galileo. Por esto, no es extraño que despliegue su trabajo religioso en las zonas áridas del Occidente en Sinaloa, Sonora y las Californias.

Creo que, a lo largo de la época colonial, Sigüenza sólo tiene otro espíritu científico a su misma altura: José Mariano Mociño, el ilustre botánico y explorador que acompañó a Martín de Sessé en la Expedición a Nutka, aquel que escribió los textos filosóficos más audaces publicados en la *Gaceta de literatura de México* por José Antonio de Alzate. Pero mientras que Mociño es un claro fruto de la ilustración borbónica, el inmenso talento de Sigüenza brilla como una estrella solitaria en el oscuro cielo de la España de los Austria.

Porque impulsara en este cuerpo, sin duda, la investigación histórica y porque su labor le dará lustre a la Academia Mexicana, celebro, sin disimular mi entusiasmo, el ingreso de Elías Trabulse a nuestra institución. Le doy, en nombre de todos los académicos, la más cordial bienvenida, diciéndole entra, Elías, ésta es tu casa.

CARTA DE ACEPTACIÓN AL SER NOMBRADO MIEMBRO HONORARIO

Antonio ALATORRE

México, 16 de noviembre de 2001

Querido José Luis:

Un día me dijo Cosío Villegas: “Su tocayo Gómez Robledo está tomando terriblemente en serio su candidatura para la Academia, se ha impuesto la obligación de hacer visitas protocolarias a cada uno de los académicos, según los usos de la Academia *Française*”. Lo que Cosío sentía (y yo también) era: apenas se puede creer que él crea necesaria esa *captatio benevolentiae*. Asistí, naturalmente, a la ceremonia de ingreso (en la Sala Ponce de Bellas Artes), y ese día —más bien noche—, viendo todo el aparato, y las caras solemnísimas de los académicos, me dije: ¡Qué bueno que yo no le tiro a eso!

A las repetidas invitaciones que me hacían Manuel Alcalá, Monterde y Yáñez siempre contesté *no*, y cada vez tenía que meterme en incómodas explicaciones. Y un día, durante la psicoterapia a que me sometí (y que buena falta me hacía), se trató de mi “ermitañez” y de mi resistencia a recibir “honores”. El terapeuta se empeñó en encontrar motivaciones patológicas. Y yo, después de decir que los “honores” serían un estorbo para mi tranquilidad de ánimo, reconocí que había en mi actitud, además de mis razones (las razones sin razón que sigo teniendo), *un* elemento psicológico, o sea una especie de soberbia. Entonces decidí decir *sí*, y se lo dije a Monterde, el cual se puso muy alegre: “¡Vaya, por fin! ¡No sabe usted qué falta nos hace!”

Pasó el tiempo, y vi que no hacía *tanta* falta: ingresaron Ernesto de la Torre y León-Portilla y creo que alguien más. Comprendí que la Academia

estaba atendiendo a compromisos previos, y que yo hacía cola en espera de que alguien tuviera a bien morir. Y entonces volví al *no*.

Acepto ahora a ser “miembro honorario” sólo porque tú me lo pides, y porque me aseguras que esto no implicará ceremonia alguna.

Espero que ya hayas recibido el *xérox* de mi *gachupín*. El artículo de Moreno de los Arcos es curioso, y creo que debería publicarse (aunque no en la *NRFH*: no es su estilo). Supongo que puedo quedarme con la copia que me mandaste.

Recibe un fuerte abrazo.

SESIONES DE HOMENAJE

POR AZAR ANTE UN BALDAQUINO HOMENAJE PÓSTUMO A DON HÉCTOR AZAR

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

A un hombre de teatro como don Héctor Azar, ¿qué mejor homenaje podemos rendirle, que evocar una serie de escenas artístico-sociales actuadas por él? En ellas nos ha quedado profundamente grabado el recuerdo de ese actor de la vida real, que siempre pensó al nivel de la escena, de la palabra y de la acción.

En fin de cuentas, el escenario es una buena imitación de la vida real, y la vida real es una buena imitación del escenario.

Acaso su vida se haya acortado cuando no encontró un escenario lo suficientemente grande para desplegar toda la actividad de que era capaz.

ESCENA I. TRIUNFO INTERNACIONAL

Se iniciaba apenas la década de los setenta. ¡Una gran noticia cultural para México! Radio Universidad Nacional transmitiría una fantástica novedad: la Compañía de Teatro Universitario de México acababa de obtener el Gran Premio Internacional de Teatro.

¿Sede? La ciudad de Nancy, Francia. ¿Obra representada? *Divinas palabras*, de don Ramón María del Valle Inclán. ¿Director? Nada menos que Héctor Azar, el hombre teatro, nacido el 17 de octubre de 1930, el que era capaz de convertir en escenario, lo mismo un desgastado salón de clases de alguna preparatoria, que un vetusto presbiterio de iglesia colonial.

Era él quien se había iniciado con el Teatro en Coapa, y había seguido como fundador de la Casa del Lago, y como creador del Centro Universitario de Teatro, y del Centro de Teatro Infantil, no menos que del CADAC, y quien había creado la revista teatral *La Cabra*, y quien dirigió la Compañía Nacional de Teatro.

ESCENA II. PEÑA DE POETAS

El querido colega académico, don Manuel Ponce Zavala nos solía invitar los viernes en la tarde por conducto del dinámico empresario don Ignacio Ávila, y del licenciado Víctor Maravell.

—¡Ven, Tarsicio! Los viernes en la tarde nos organizamos para dar vida a la Casa de la Poesía. El domicilio es allá en Coyoacán, calle Centenario. Es el famoso CADAC de Héctor Azar. Allí ya ha recitado Salvador Díaz Cíntora sus poemas latinos en hexámetros. Allí don Gustavo Couttolenc ha declamado muchos de sus sonetos, y don Alfonso Castro Pallares ha comenzado a leernos su *magnum opus*, el poderoso poema filosófico que piensa titular *El inasible poema roto*.

Y uno de esos bien recordados viernes, cuando entrábamos a la florida casona porfiriana que nos recibía semanalmente, alcanzamos a oír que el propio Héctor Azar les decía a varios periodistas:

—A ver, ¿cómo está eso? Yo apenas he oído rumores de que me otorgan este año el Premio Universidad Nacional en difusión de la cultura, y ustedes ya hasta me vienen a entrevistar como ante un hecho consumado. O sea que los comunicadores de noticias vienen a darle la gran noticia al protagonista de una de ellas.

ESCENA III. ELECCIÓN UNÁNIME

Una vez me sugiere don Manuel Ponce: —Vamos a proponer a Héctor Azar para que sea académico de la lengua. Podría ocupar la silla II, que fuera del fallecido don Francisco Monterde, también hombre de teatro y poesía. Sería Azar uno de los académicos más jóvenes (está cumpliendo 56), es muy dinámico, y puede aportar iniciativas muy valiosas.

Encantado, acepté firmar la propuesta junto con don Manuel Ponce, con su tocayo el bien recordado Manuel Alcalá y con su buen amigo Ali Chumacero.

Huelga decir que Azar fue electo académico por unanimidad en noviembre de 1986.

ESCENA IV. EN ORO PURO

Se llegan las Bodas de Oro sacerdotales de don Manuel Ponce. El 1 de diciembre de 1987 se organiza una concurridísima cena en el Centro Español del Centro Histórico, allá cerca de La Profesa, donde se celebra la misa solemne. El homenajeado, como que es fundador de la Comisión Nacional de Arte Sacro, cuenta como invitado de honor nada menos que al cardenal Ernesto Corripio.

Recuerdo que, entre los números presentados, una señora de la sociedad de Morelia interpretó al piano algunos de los vales mexicanos que más gustaban al festejado. Y quien aquí habla, leyó su soneto a Manuel Ponce, que termina:

Pues su vida es sonriente como el día.
Nace de su reír su poesía.

Y cerré con mi epigrama en que comparo los méritos del compositor Manuel M. Ponce con los de su homónimo el sacerdote poeta que honró a esta Academia Mexicana durante dieciocho años, del 76 al 94, y digo así:

*Un Manuel Ponce canta a una Estrellita,
y otro engendra poemas sobrehumanos.
A ambos Ponce la Patria necesita:
en el cielo vio aquel, chispa infinita;
pero éste pone el cielo en nuestras manos.*

En dicha cena de gala, Héctor Azar organiza uno de los números: varios actores jóvenes despliegan un mosaico de las poesías más admiradas del homenajeado padre Ponce. Allí no puede faltar su *Madrigal en la cruz*, que destaca en toda antología de poetas mexicanos:

Al infinito amor
no duelen prendas, y por eso quiso
que un ladrón le robara el Paraíso.
Yo, triste pecador,
sé que en amor divino no hay mudanza,
y en ser ladrón se funda mi esperanza.

ESCENA V. PONCE EN VOLUMEN

Por esos mismos meses se presentó felizmente el volumen editado por la UNAM en 1988: *Manuel Ponce. Poesía 1940-84*.

En Morelia presentaron el libro los poetas Alí Chumacero, Jorge Eugenio Ortiz y Héctor Azar. Luego, cuando se llegó la presentación en México, en uno de los auditorios del Palacio de Minería se escucharon discursos de los mismos presentadores.

Pero para esta ocasión fue también invitado quien aquí alza la voz. Para tal fin escribí mi ensayo “Manuel Ponce y su lira arquitectónica”.

Como fin de fiesta, Héctor Azar me pidió interpretar al piano algo de Miguel Bernal Jiménez. Yo les brindé una primicia: mi elaboración pianística de “A la víbora de la mar”, movimiento que inicia el celebrado *Cuarteto virreinal* del compositor Bernal, quien fuera por unos 20 años amigo y coautor, con Manuel Ponce, de obras como los villancicos ya clásicos: “El emplazado”, “En las pajas de Belén”, “Agua amarga” y “Cabalgata de los tres reyes”; y como unas austeras *Siete palabras* entre las cuales se incluye el citado *Madrigal en la cruz*, que ha sumado a su belleza la musicalización de Bernal Jiménez.

ESCENA VI. CASI CRÍTICO MUSICAL

Era Azar tan entusiasta admirador del compositor Bernal Jiménez, que una vez un crítico musical tenía ya publicados, en una popular revista, dos artículos en que despotricaba contra la vasta *Sinfonía México* del genio de Morelia. Para entonces se enteró el crítico de que su amigo Héctor Azar es admirador de Bernal.

El crítico se muerde la lengua y, para pegar los trastes rotos, redacta un tercer artículo sobre el mismo compositor, lo dedica a Héctor Azar, y en él exalta hasta las nubes la breve página titulada *Angelus*, piececita que Bernal había compuesto con la facilidad con que un arquitecto de abolengo traza una acuarela para descansar de la construcción ciclópea que formaban los cuatro magníficos movimientos de su citada *Sinfonía México*.

La influencia de Héctor Azar había inducido al crítico a reconocer que un compositor, no merece ser atacado a mansalva por el simple hecho de ser partidario del arte al servicio del bien, según proclamó en su conocido *Salmo*: “Señor, he nacido para cantar tus alabanzas; he vivido en tu casa como un jilguerillo”.

ESCENA VII. EN LAS ALTURAS

Héctor Azar tenía una posición ideológica equilibrada entre la izquierda y la derecha. Sabía seguir las actitudes oficialistas de su época, pero también sabía cantar las glorias de la tradición occidental. Así, allá por los años 85, se difundieron ampliamente las invitaciones para una puesta en escena muy novedosa. Si en siglos pasados se representaban pastorelas y dramas religiosos en los atrios y patios parroquiales, Azar decidió presentar ahora la pieza de teatro teológico conceptista titulada *Coloquio de los cuatro Doctores de la Iglesia*, que Hernán González de Eslava escribió a fines del siglo XVI.

Nuestro colega procedió a presentarla en la centelleante capilla de la Enseñanza, en esta misma calle de Donceles. Y la llevó luego a otras iglesias coloniales del mismo Centro Histórico. Así lo hizo en San Fernando, Colonia Guerrero, donde yo presencié la obra.

Allí comprobé cómo preparaba Azar a sus actores.

Ante todo, los tenía formados en una vocalización de alta escuela, similar a la operística. Aquellos muros de piedra retumbaban con la valiente declamación. Hasta llegaba a haber pasajes que el público no lograba entender, no por defecto, sino por exceso de volumen vocal. Esas clases nos servirían mucho a los oradores. Para ese fin, yo ya asisto a clases de canto.

HÉCTOR AZAR: *IN MEMORIAM*

Ruy PÉREZ TAMAYO

Dos meses después de la muerte de nuestro amigo Héctor Azar, escribí lo siguiente: “A fines del mes de mayo próximo pasado falleció en esta ciudad Héctor Azar. Yo me encontraba fuera del país y no me enteré sino hasta mi regreso, una semana después. Aunque nos conocimos hace muchos años, fue durante su desempeño como secretario de Cultura del estado de Puebla, en el gobierno del licenciado Manuel Bartlett Díaz, cuando nuestra amistad se hizo más cercana. Antes de eso Héctor había ingresado a la Academia Mexicana, lo que hubiera hecho posible encontrarnos dos veces al mes, pero como este cuerpo colegiado se tardó en responder a las propuestas de distintas actividades que Héctor hizo como nuevo miembro de número, y como poco tiempo después asumió la responsabilidad de promover la cultura en su estado natal, dejó de asistir a las sesiones de la Academia. Para mi fortuna, la incansable actividad de Héctor como promotor cultural me permitió colaborar con él con frecuencia, y cuando llegó como funcionario a Puebla estas oportunidades crecieron, especialmente porque teníamos muy buenos amigos comunes en esa ciudad”.

A fines de 1993, escribí lo siguiente: “En una visita que hice hace un par de meses a Puebla, mi buen amigo Héctor Azar, que ahora es secretario de Cultura de ese estado, me habló con entusiasmo de uno de sus últimos proyectos: el Magno Festival Palafoxiano (MFP). El inquieto y entusiasta Héctor se lanzó a organizar el MFP con la finalidad de dar a conocer parte de la rica cultura poblana por medio de exposiciones artísticas, conferencias, funciones de danza y música de los diferentes municipios, así como artesanía y variedad gastronómica en ferias regionales. Como era de esperarse, también el teatro y el cine forman parte del MFP. Regido económicamente por la más estricta austeridad, el MFP se apoya en la buena voluntad de cooperación que el gobierno del estado ha recibido

de diferentes instituciones, lo mismo locales que nacionales. Además, el MFP se está celebrando no sólo en la capital del estado sino también en otras Casas de Cultura que existen en la entidad, e incorpora las ferias y tradiciones que se celebran en el periodo asignado al MFP que es del 24 de septiembre próximo pasado al 20 de noviembre próximo, incluyendo la feria de Cuetzalan, el Huey Atlixcáyotl, las ofrendas de muertos de Huaquechula, y otras más. Los festejos se llevan a cabo los viernes, sábados y domingos de cada una de las 9 semanas. Conocedor de mi interés en la historia de la medicina y en los libros, y como buen zorro que es, cuando Héctor me invitó ya llevaba una lista de los tesoros que guarda la Biblioteca Palafoxiana, encabezada por el famoso tomo *De Humani corporis fabrica*, de Andreas Vesalio, publicado por primera vez en 1543 en Basilea. Éste es uno de los libros más importantes de todos los que se han publicado en la historia de la humanidad, ya que con él se inicia la medicina científica. Pero además, también es uno de los más bellos, pues está ilustrado con 77 maravillosas láminas realizadas en el taller del Tiziano, muchas seguramente por él y otras por sus ayudantes. La Biblioteca Palafoxiana posee un ejemplar de la primera edición de este libro (sólo hubo dos, la segunda en 1555) y yo desde luego acepté dar una conferencia sobre Vesalio y su obra en ese espléndido lugar, orgullo de mi querida Puebla y de todo México. Dos días más tarde Héctor me llamó a mi casa y quedamos ya firmes en la fecha y hora, que para mí resultó muy bien porque al día siguiente tenía yo otro compromiso académico en la misma ciudad de Puebla. Trabajé con gusto en la documentación de la mencionada conferencia, y cuando se llegó el día mi esposa y yo nos dirigimos a Puebla, pero al llegar y presentarnos con Héctor se nos quedó viendo como aparecidos y nos dijo, con un hilito de voz: “¡Se me olvidó...!” Pronto se repuso del susto y dando muestras de su carácter de organizador y ejecutivo, en unos minutos ya había arreglado todo para que esa misma tarde yo pronunciara mi conferencia en la augusta Biblioteca Palafoxiana, después de la que sí estaba anunciada. Héctor nos invitó a comer regiamente y después nos llevó a conocer el CADAC núm. 3 (el núm. 1 está en Chimalistac y el núm. 2 en Atlixco, naturalmente...), instalado en una vieja casa poblana restaurada con un amor y un gusto muy atlixqueño-árabe-histriónico, nos colmó de

obsequios poblanos (que nos encantan) y finalmente nos llevó a la majestuosa Biblioteca. Ahí escuchamos una espléndida y muy bien ilustrada conferencia sobre la restauración del Oratorio de San Felipe Neri en Querétaro y su transformación en museo por el arquitecto Flavio Salamanca, y después yo hice mi numerito sobre Vesalio. El resto de los programas que Héctor ha preparado para la segunda mitad del MFP es tan atractivo y tan variado como lo que ya se llevó a cabo, por lo que estoy seguro de que tendrá mucho éxito. Si el amable lector tiene pensado viajar a Puebla algún fin de semana antes del próximo 20 de noviembre, se encontrará con la agradable sorpresa de que durante 9 semanas de este año de 1993, Héctor logró que Puebla fuera la capital cultural de México. Y para aquellos que no se enteraron a tiempo o que este año no puedan viajar a Puebla para asistir al MFP, tengo la buena noticia de que Héctor Azar ha planeado que el MFP sea un acontecimiento anual.

Desde luego, Héctor es reconocido como uno de los creadores del teatro en México, desde su inolvidable labor al frente del Departamento de Teatro de la UNAM durante 18 años y después como fundador del Teatro del Caballito, del Teatro de la Ciudad Universitaria, del Foro Isabelino, del Teatro Espacio 15, del Espacio C, del Centro de Arte Dramático (CADAC), entre otros; así como por su obras como dramaturgo, entre las que destacan *Olímpica*, *La apasionata*, *Inmaculada*, *Los juegos de azar*, y otras más. Héctor tenía una maestría en Letras de la UNAM, y de su pluma surgieron libros de poesía, novelas y ensayos sobre diversos temas, además de las obras teatrales ya mencionadas. Uno de sus libros más divertidos se llama *Palabras habladas*, y eso es precisamente lo que es, porque Héctor era un conversador formidable, chispeante, fantástico e interminable. Sobre este libro escribí en 1990: “Mi admirado y generoso amigo Héctor Azar me envió su último libro, todavía chorreando tinta. Caracterizado en la contraportada como ‘Caja de carcajadas y conjunto de retablos burlescos’, el volumen no sólo es eso sino mucho más que eso. Estas líneas están dedicadas a intentar (no sé si lo logre, sólo soy humano) una descripción un poco más justa de este libro prodigioso. Para empezar señalaré que a pesar de ser una colección de relatos breves y en apariencia disímbolos, el volumen no adolece de falta de personajes: por sus páginas se pasean

Motolinía, el Barón von Humboldt, el doctor Gustavo Baz, san Agustín, san Cristóbal Ecatepec, Godot, Oteló, Lisístrata, Dantón, Electra, y muchos otros, estereotipos mexicanos pueblerinos, como hacendados nobles, revolucionarios viejos, borrachines incestuosos, beatas irredentas, las lindas suripantas y todo el resto de la humanidad doliente. Pero a pesar de su enorme riqueza de individuos nada está más lejos del directorio telefónico que este libro. Héctor Azar empieza contándonos historias (la primera, ‘La entrada de las ánimas’, es una de las mejor logradas de todo el volumen, quizá porque es la más autobiográfica) que pudieran o no ser inventadas, unas más y otras menos, pero que son genuinas porque no sólo son posibles sino porque además son profundamente humanas. Conservando su papel de dramaturgo del medievo español, Héctor transita cómodamente, tanto de ida como de vuelta, a través de todo el espacio de nuestra cultura ‘occidental’. Desde el *Aura post meridiem* de la p. 14 hasta el *Jamais, jamais, jamais*, de la p. 183, la reflexión es siempre la misma: cómo es, en dónde está y cómo funciona el hombre (y la mujer). En relación con las damas, Héctor es un verdadero maestro: la historia llamada ‘Tríptico de mujeres’ es un retrato delicioso de la provincia mexicana basado en forma magistral en tres historias de mujeres: Juana de Dios y su bocio, Clarita Cuautle Román y su dentadura de oro (y su chicle Canel’s), y Serafina y su embarazo pecaminoso. Héctor dice ser de Atlixco, pero en *Palabras habladas* más bien parece de Cholula, por lo mucho que la menciona y la describe, aunque también figuran Jonacatepec, con su Tallarín y su cocodrilo de biznagas, Chipilo y sus italianos, Tochimizolco y sus suripantas, y por todas partes el Valle de Puebla, con su cielo claro y su aire puro, y hasta el pueblo de Tacuba, esquina de Avenida Atzacapozalco y Calzada México-Tacuba, de donde salió *La palmera* para transformarse en *Zanella*, otro inolvidable personaje femenino más.

”*Palabras habladas* debe leerse con cuidado, porque su autor está dispuesto a todo y además lo hace con frecuencia. En vista de que Héctor tiene ciertas lejanas conexiones genéticas con el Islam, lo primero que leí de su libro fue el brevísimo texto titulado ‘En árabe’, en el que examina el significado del nombre de un pueblecillo andaluz, llamado Albaida de Aljarafe, mientras camina con dos amigos en derredor de la fuente coyota de

Coyoacán. Recomendando al amable lector que haga lo mismo, porque eso le dará la tónica del libro mejor que cualquier otra cosa. (Mi recomendación no es que camine en derredor de la fuente coyota de Coyoacán, lo que por otra parte puede hacerse sin el menor peligro de encontrarse con Héctor Azar y sus amigos, sino que inicie su lectura de *Palabras habladas* en la p. 145 del libro).

”¿Por qué le llamó Héctor Azar a su libro *Palabras habladas*? Definitivamente, no lo son; más bien son palabras escritas, palabras para leerse y releerse, para memorizar, copiar y repetir. En la sección llamada ‘Fábula’ (p. 153), después de una página muy a la Gabriela Mistral, Héctor incluye un grupo de textos denominados ‘Objetos, Cecilia, cosas’ que son todo menos eso. Cada página ostenta un título que no tiene nada que ver con su contenido, pero vale la pena leer el título y después el texto (por ejemplo, ‘Fuenteovejuna’ encabeza tres párrafos anarquistas que terminan con la recomendación de un nuevo juego psicodélico, el Pogo Stick). De esta última parte disfruté más que nada el poema ‘Los jóvenes del Valle’, en donde Héctor nos describe, nostálgico, certero e inmisericorde, a los que alguna vez fuimos ‘los muchachos’ de su generación, a los que nos tocó presenciar ‘el paso de la vida / al través de los visillos / cuidadosamente tejidos en crochet’. Héctor Azar empieza su libro de manera elegíaca y lo termina en forma nostálgica, poética y romántica, sin perder nunca su consabida vena crítica y su buen humor. Me felicito (y felicito al amable lector) de que Héctor haya publicado *Palabras habladas*. En estos tiempos, libros así nos hacen mucha falta.”

Con una mente inquieta y una capacidad excepcional de análisis, y además siempre de buen humor, su compañía era una fiesta para amigos y extraños. Su casa en Puebla (“de estilo mediterráneo”, según él) era colección extensa de dibujos y cuadros de artistas mexicanos, la mayoría dedicados afectuosamente a Héctor, junto con numerosas imágenes de santos, incluyendo una pequeña estatua de madera de la Virgen María medio quemada, que había sido recuperada después de un incendio. De padres libaneses y nacido en Atlitxco, Héctor era profundamente mexicano y católico, y llevaba ambas características con gran alegría y orgullo. Su talento y su promoción del teatro le valieron numerosos reconocimientos, como

el premio UNAM, el Premio Xavier Villaurrutia, las Palmas Académicas del gobierno de Francia, y muchos otros más. Visitar con Héctor la Casa de la Cultura de Puebla, con sus patios siempre llenos de niños ocupados y divertidos con los talleres organizados para ellos, o el Museo anexo a la Biblioteca Palafoxiana, con los tesoros rescatados del resto de los cuartos, remozados y transformados en aulas y talleres de encuadernación y restauración de libros, o los teatros antiguos de la ciudad de Puebla, reparados y repintados amorosamente, o asistir todos los años a las Jornadas Palafoxianas organizadas por Héctor con toda clase de actividades culturales, y después disfrutar de su hospitalidad generosa en su casa y en compañía de su familia, dejaron en mi esposa y en mí un recuerdo profundo y permanente de su amistad y un sentimiento inolvidable de gratitud.

Descanse en paz mi querido amigo Héctor Azar.

Muchas gracias.

LA TERTULIA DE DON OCTAVIANO

Arturo AZUELA

La cita era a las doce en punto de cada domingo en la casa de don Octaviano Valdés, en la colonia San Miguel Chapultepec. Lo que entonces fue un tiempo de profunda amistad, de la defensa de la pluralidad dentro de la unidad, ahora es material de leyenda, de sagas históricas, de anécdotas, de transfiguraciones literarias. En aquella biblioteca de don Octaviano, al fondo de su casa de la calle de Protasio Tagle, más allá de una jacaranda, una higuera, un níspero, entre sus colecciones de clásicos, de aquellos que forman la sólida preparación de un seminarista —su *trivium* y su *quadrivium*—, de los estudiosos del antiguo Pío Latino, de años en Roma, de las antiguas partituras del canto gregoriano, y no digamos de los textos con estirpe griega, ahí, entre los libreros que iban de los zócalos al techo, ya bien acomodadas las sillas, el sofá, los viejos sillones, lista la hornilla para preparar el mejor mate, el de Paraguay, de aquel nudo de la cordillera de los Andes, nos recibía don Octaviano todos los domingos. Por cierto que en una pared de la izquierda, destacaba su diploma de la Academia Mexicana. A la derecha, atrás de su escritorio, firme, elegante, de trato suave, como si para él no pasaran los años, de sonrisa fácil, mexiquense con la x en la frente y en la circulación, saludaba a uno y a otro, al jurista y al filósofo, al poeta locuaz y al crítico sabihondo, al politólogo de altos vuelos y al epigramista entrometido.

Por ahí rondaban, aunque nadie las escuchara, las voces de otros tiempos, las de los hermanos Méndez Plancarte, la de Ángel María Garibay, la de Gutiérrez Hermosillo, aquellos que, en compañía de don Octaviano, fundaron la tertulia en los tiempos de los coletazos de la cristiada, del maximato del “nopalito”, “el que gobierna está enfrente”.

La tertulia del mate llegó a ser sexagenaria, única en el mundo de la esgrima verbal, de los más variados juegos del lenguaje. Habría que hacer memoria, comparaciones, historia, estudiar ejemplos de otras ciudades, algo

de Madrid, de Buenos Aires, La Habana, Salamanca, la ciudad de México de aquel entonces. Ir al Pombo, al Gijón, al City Corner, al Café de Nadie, y tantas tertulias ahora extraviadas. Es casi seguro que, en nuestros lares, una tertulia de esta naturaleza no tiene parangón; no hay otra que en tiempo, en calidad, en diferencia de personalidades, de presencia de izquierda y derechas, geometrías ideológicas o filosóficas, se le pueda evidentemente igualar.

Por eso la figura de don Octaviano Valdés crece con el tiempo; al morir él, ese mundo de hallazgos y extravíos, de asombros y diversidades, de confrontaciones y revelaciones, se perdió para siempre. El famoso mate de doce a dos, aquella tertulia de cada domingo, luego de que don Octaviano había cumplido sus deberes sacerdotales en la catedral metropolitana, ese ámbito extraordinario de tantas personalidades, lanzas en ristes, caballeros andantes dispuestos siempre a la mejor discusión, esa reunión dominical requiere ahora, ¡quién lo iba a decir!, de la investigación sabia de un buen cronista o de un historiador que, sin haber asistido nunca, recoja los más disímiles testimonios de las generaciones que ahí convivieron. Bastaría, sólo para mencionar a los académicos, precisamente en este homenaje que rinde nuestra Academia Mexicana, que asistían al mate del padre Valdés para multiplicar las anécdotas, los recuerdos, las celebraciones, y, desde luego, la calidad de aquellas conversaciones —no faltaban las que terminaban en difíciles polémicas con los temas más complicados pero surgidos de la cotidianidad, de la revista de ayer, de la noticia de la semana.

Si la memoria no me falla, en primer lugar estaban Alfonso Noriega, Andrés Henestrosa, Antonio Gómez Robledo. A veces aparecían Manuel Alcalá, Alí Chumacero y Ernesto de la Peña. Y, desde luego, jamás faltaba Tarsicio Herrera. También se agregaba Ernesto Mejía Sánchez de la Academia de Nicaragua, ilustre rubendariano. Al menor pretexto, salían los nombres de Ángel María Garibay, Agustín Yáñez, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, José Rojas Garcidueñas. Desde luego, para no cometer injusticia, sólo me restrinjo en estas páginas a los de nuestra Academia Mexicana correspondiente de la Española; aunque también asistían miembros de otras ilustres corporaciones.

Don Octaviano Valdés vivió noventa años, nació en Cacalomacán, estado de México, el 21 de marzo de 1901, y murió en esta ciudad el 29 de mayo

de 1991. Hombre de pocas palabras, pero siempre observador dedicado y cuidadoso; dispuesto al mejor consejo, a escuchar con paciencia, jamás ofreció un halago de más, una palabra sin sentido. Para el mate dominical, era el mejor anfitrión como si él mismo esperara la llegada de los contertulios, con placer de amigo al recibirlos, al estrechar la mano, al mirar con suavidad detrás de sus gruesos lentes. Conciliador por naturaleza, aunque tuviera sus ideas propias, en las discusiones más acaloradas procuraba no tomar partido, como si supiera que su sola figura, su presencia elegante, sin decir una frase, tuviera un peso decisivo.

Su obra, fundamentalmente literaria, no sólo estuvo dedicada a la traducción y a la crítica. De joven, escribió dos libros de poemas, *Bajo el ala del ángel* y *El pozo de Jacob*. Fue traductor ni más ni menos que de *Rusticatio mexicana* de Rafael Landívar y publicó una antología de la poesía neoclásica mexicana. Muy conocidas son sus dos obras narrativas: *El padre tembleque* y *La cabellera de Berenice*. Además, *El prisma de Horacio* le dio fama, texto analítico, de una original valoración. A la Academia siempre llegó puntual, amable, comedido, siempre en su lugar, atento escucha y extraordinariamente disciplinado en todos sus quehaceres. Tal como su prosa, medida, elegante, precisa, ajena de los circunloquios o frases vanas, así también era su personalidad. Su obra y su vida, sus trabajos y sus días, estaban siempre entrañablemente vinculados. En su casa, en esas dos horas extraordinarias —el ahora conocido como el mate del padre Valdés—, tiempo que ahora, a la distancia, lo imaginamos como suspendido, aislado, inolvidable, que siempre echamos de menos, don Octaviano, alguna que otra vez, muy comedido, salía al jardín a dar un consejo pedido por alguno de los contertulios. Al paso de los años, supimos que aquellas pláticas no eran materia de confesión pero sí de los acuerdos más curiosos: alguna cita a pie de página, las entretelas de algún reconocimiento, la búsqueda de un premio, los caminos para ingresar a un seminario, los laberintos para llegar a esta ilustre corporación, las recomendaciones para no meterse en desafíos intelectuales, la mejor manera para llegar a la reconciliación con algún amigo. Y también, en muy pocas ocasiones, quizá un par de veces al año, sin hacer a un lado el mate, se servía una copa de *whisky* con motivo del onomástico de don Octaviano o por el afán de brindar en plenas fiestas de fin de año.

Hace más de diez años, allá por el mes de febrero de 1991, se suspendieron los domingos del mate. El padre Valdés estaba convaleciente a sus noventa años y no tuvimos tiempo de festejarlo como él se lo merecía. Para entonces, nuevas generaciones habían llegado a aquellos mágicos mediodías dominicales. El día del sol se había transformado y hasta entonces nos dimos cuenta de que la figura de don Octaviano era insustituible. Sólo y nadie más que él, con su paciencia, su tiempo, su goce, su espléndida amistad, era el único mantenedor de los domingos del mate. Sabíamos que detrás de su generosidad, de su amistad sin cortapisas, también había un mundo de muchas encrucijadas: por un lado, la gran sabiduría para irse de esta vida con profundas satisfacciones, en plena paz interior; y, por el otro, la profunda comprensión hacia los semejantes, el deseo de vivir, de aconsejar, de intercambiar opiniones y ayudar sin límites a la tan diversa gente que lo rodeaba muy bien. Sus días en la catedral, sus jueves de la Academia, su domingo del mate, sus atardeceres en su casa de San Miguel Chapultepec, sus lecturas nocturnas o de madrugada, todo un mundo armónico, cuando lo consideraba necesario, acompañado de amigos de toda la vida. Jamás lo decía, pero él sabía estar en su casa, ser emérito entre eméritos, decano de la más alta jerarquía, enemigo del hastío, señor de la discreción y, por lo tanto, el que lo alcanzó todo, el que tuvo y retuvo sin jamás perder la elegancia hasta la vejez más digna, gran conocedor de que el silencio es la mejor potencia del mundo, y que nada hay tan importante como lo verdadero.

Ahora que celebramos su centenario, qué mejor homenaje a don Octaviano que afirmar, una vez más, que él sigue todavía con nosotros y que, de acuerdo con su ejemplo, la gran satisfacción interior, la seguridad interior, no es un premio a la virtud, sino la virtud misma. Él fue de un instinto y de una experiencia admirables; como nadie él sabía que la obra, la realización de un proyecto de vida, unidos a la amistad, están por encima de todos los bienes, y que el modelo, el hilo de la vida se aflojaría si no fuese tocado por algunos sufrimientos. Bien lo sabemos, aquí, a nuestro lado, está don Octaviano Valdés, siempre sembrando para el otro, conocedor de la perfección de la naturaleza humana, sin permitir jamás que en el ánimo de los amigos queden cicatrices. Así murió don Octaviano, ejemplar lección de humildad, de vida profunda, multiplicidad de honras y de afectos.

IN MEMORIAM
DE OCTAVIANO VALDÉS VALDÉS

Gustavo COUTTOLENC

NOTA BIOGRÁFICA

Octaviano Valdés Valdés nació en Cacalomacán, municipio de Toluca, México, el 21 de marzo de 1901. Sus padres fueron don Gregorio Valdés y doña Rosalía Valdés.

ESTUDIOS

En Toluca (Colegio de San José, de los Hermanos Lasallistas), en México, D. F. (Colegio Patricio Sanz, de los maristas, donde cursó la primaria), y el Seminario Conciliar de México, para el estudio de las Humanidades. En Roma, Universidad Pontificia Gregoriana. Se doctoró en Filosofía (1924) y Teología (1927). Ordenación sacerdotal en Roma (1927).

MINISTERIOS SACERDOTALES

Capellán de las Religiosas contemplativas de San Bernardo, durante más de 50 años, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de México, Deán, Protonotario Apostólico y Vicario general del Arzobispado.

Catedrático en el Seminario Conciliar de México (1932-1967). Impartió diversas cátedras: Teología Natural, Psicología, Cosmología, Interpretación de Textos, Elocuencia, Arte Sacro, Griego e Historia Patria.

ACADÉMICO

Académico de número de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la Academia Española. Ingresó en ella en 1956, con el ensayo *El barroco: espíritu y forma del arte en México*.

EL ESCRITOR

Octaviano Valdés cultivó diversos géneros literarios, con gran fortuna en algunos de ellos; poesía: *El pozo de Jacob* (1933) y *Bajo el ala del ángel*, bajo el signo de la revista *Ábside* (1952). Ensayo: *El prisma de Horacio* (1937), *El barroco: espíritu y forma del arte en México* (1956).

Traducción en prosa de la *Rusticatio Mexicana* de Rafael Landívar (1942). La reeditó la Editorial Jus en 1965.

Antología, *Poesía neoclásica y académica*, selección e introducción de Octaviano Valdés (1945).

Biografía, *El padre Tembleque* (1961).

Novela, *La cabellera de Berenice* (1968).

Colaborador de la revista *Ábside*, treinta y siete colaboraciones (1947-1956). Además de cuatro artículos en la revista *Duc in altum* del Seminario Conciliar de México.

El poeta

Octaviano Valdés compuso dos libros de poesía: *El pozo de Jacob* y *Bajo el ala del ángel*. *El pozo de Jacob*, que el autor llama “primerizo” porque recoge la producción de su temprana juventud, es *romántico* por el contenido, la forma y el lenguaje. En efecto, el yo romántico y subjetivo, la realidad idealizada por la fantasía, el tinte melancólico, los héroes que hacen acto de presencia, el sentimiento nostálgico, preferencia por el paisaje, las ruinas y el sepulcro, lo extranjero y lo nacional, más algunos otros aspectos que lo caracterizan, allí se encuentran. La forma, libertad expresiva e impresionante, también está en él; amén del lenguaje enérgico y pintoresco, creador

de frases muy peculiares, de modo especial las compuestas de sustantivo y epíteto. También se debe tomar en cuenta lo arcaico y conservador que lo hace inconfundible.

Casi veinte años después, en 1952, aparece el segundo libro de poesía de Octaviano Valdés, *Bajo el ala del ángel*. Aquí, el poeta, en segura posesión del lenguaje, aunque empeñado en nuevas conquistas del mismo, tiene un exquisito y superior modo de decir.

Su entendimiento y oído van a caza de diversos rumbos para la expresión de lo bello. Selecciona fondo y forma para darnos su inspiración y su sensibilidad, ambas genuinas. Bien estarían en sus labios las palabras de Horacio: “*odi profanum vulgus et arceo*”, “odio al vulgo profano y lo rechazo”; se aparta de lo vulgar, porque es un aristócrata del arte. *Bajo el ala del ángel* es un memento vibrante y sublime en el panteón familiar: madre, padre, hermana.

El ensayista

Octaviano Valdés compuso dos ensayos: *El prisma de Horacio* y *El barroco: espíritu y forma del arte en México*.

Octaviano Valdés conoce a Horacio de primera mano, pues conoce el latín a la perfección, lengua del venusino. Nos contagia su saber horaciano y, con su sensibilidad artística, nos sumerge en el mar del poeta de Venusia: Odas, Épodos, Sátiras y Epístolas. El *Prisma de Horacio* de Octaviano Valdés estudia a Horacio como hombre y como poeta.

Horacio como hombre posee acabada nobleza, con aspiraciones trascendentales, espoleado por la muerte que conlleva un reproche por las obligaciones incumplidas. Horacio tiene amor por la vida. Es muy elevado su concepto de amistad que vivió con autenticidad. Orgullosamente romano por los cuatro costados. Patriota singular que compuso el *Carmen saeculare*, con motivo del centenario de la fundación de Roma, para que los ciudadanos romanos pudieran loarla. Como hombre, se sintió huésped temporal de la vida, con la *áurea* mediedad de su clase y fortuna; acostumbraba frecuentar su cava y apurar los vinos generosos. Era su *carpe diem* pero con su sabia moderación y equilibrada medida, cosa que también se

da en sus amoríos. Vivió constantemente reconocido a su padre de cuna sin prestigio, más con alcurnia de espíritu. (Octaviano Valdés presenta a Horacio amante de su justa *mediedad no mediocre*, empeñado en hallar el justo medio virtuoso.) Amnistiado, regresó a Roma. Gracias a Mecenas que le obsequió una quinta rural, pudo vivir tranquilo entre el campo y la ciudad, disfrutando de la creación poética y de la amistad.

Horacio, como poeta, según dice Octaviano Valdés, tiene el mérito indiscutible de habernos dado la estatura de sí mismo, encontrando el justo medio donde está el equilibrio. Cultivó la Oda, la Sátira, el Épodo, la Epístola. Bebió el espíritu griego, lo asimiló trasladándolo al Lacio, lo hizo latino, novedoso, distinto. Es moderno, actual siempre. Si bien se inspira en los poetas griegos, no los etiqueta y los vende; los recrea y nos brinda algo muy propio; da a sus recreaciones carta de ciudadanía, las latiniza, y sólo después las hace universales. Se cumple su “*non omnis moriar*”, “no moriré del todo”, pues su espíritu animará a otros espíritus por los aristocráticos caminos del arte.

Se puede resumir todo lo dicho sobre Horacio poeta en aquellas palabras que don Octaviano escribió sobre él: “Es fundador de artistas concienzudos que saben quemar una vigilia en el retoque de un pliegue y en el acatamiento de una coma”. Príncipe de la forma entre los de su tiempo.

Y mi juicio sobre *El prisma de Horacio*, bien mirado su logro, lo resumo en afirmar que don Octaviano, es uno, y muy prestigiado, de esa estirpe de artistas fundada por Horacio.

Antonio Gómez Robledo dice de *El prisma de Horacio* de Octaviano Valdés: “Es un libro de crítica. Pero es algo más. Es no sólo crítica artística, la que deja obra de arte al lado de la enjuiciada, sino una reconstrucción vívida del alma y el pasaje espiritual de Horacio y de su tiempo”.

Ni puedo omitir el juicio del destacadísimo hombre de letras, Alfonso Méndez Plancarte, sobre la misma obra que he comentado: “Espléndida y bruñida es la obra de Octaviano Valdés, al par que firme y luminosa. Tiene hallazgos y riqueza de imágenes. Esta obra es un poema. Es un libro pequeño, pero valioso. Trabajos como éste no son frecuentes”.

El mismo Alfonso Méndez Plancarte en un artículo que escribió en la revista *Ábside*, titulado *El prisma de Horacio de Octaviano Valdés*, dice ha-

blando de su elogiosa crítica: “¿Nos ciega la amistad y no todo es perfecto en este libro? Tras los elogios que nos ha arrancado su mérito y para conciliarles crédito de imparcialidad, le he rebuscado algunos reparos. Helos aquí, hasta apurar un estudio penetrante”.

Ellos son:

- 1) Una inoportuna evocación de Verlaine.
- 2) No es Horacio tan religioso como lo describe Octaviano Valdés.
- 3) Se extrema la ponderación de la libertad en el arte de Horacio.

Y acaba diciendo: “Pero, aun ellos, tales son muy pocos y de éstos algunos insignificantes, los únicos rasgos en que *El prisma de Horacio* pudiera lucir más límpida su exactitud. Me decidió a marcarlos el deseo de madurar mi juicio elogioso, y de probar que he vigilado mi amistad con el autor. Pero: Cuando el artista sabe dar con largueza, tiene derecho a hurtarse a ratos el descanso de algún cabeceo...”.

y si el poema abunda en esplendores,
no me ofende la mácula de una tilde.

El traductor

Como traductor de Landívar, autor de la *Rusticatio mexicana*, Octaviano Valdés alcanza un prestigio singular. No le va el dicho italiano “traduttore, traditore”, es un eminente traductor, pues, conoce a la perfección el latín y el español, además de su condición de poeta y prosista encumbrado. Mucho contribuye al éxito logrado el método que usó en la versión. Oigámoslo de su boca: “Me he esforzado en cumplir mi tarea buscando a lo largo de ella la vibración de giros y palabras, que responda mejor a nuestra sensibilidad contemporánea —hasta donde es posible sin traicionar al autor—, procurando excluir la fraseología y el vocabulario ya sonido,seudoclasicista, de espalda a la hora en que vivimos. Mi empeño en interpretar fielmente a Landívar ha pretendido ante todo, en ambicioso trasiego de palabras, encontrar el espíritu de sus pensamientos. Por otra parte, la esencia intelectual del pensamiento artístico va inseparablemente unida a la emoción estética que brota de la sensibilidad. *Considero que la*

diferencia entre la traducción fiel y una infiel consiste en la capacidad de captar no sólo el primer elemento intelectual, sino también el segundo, acaso más difícil de ser asido, porque es algo que no se define, sólo se siente. Tengo esperanza de haber sido fiel a Landívar, trasladándolo a prosa castiza, ágil, emotiva, y de haber interpretado con leales vocablos su pensamiento". Cualquiera de las páginas de su versión da testimonio de ello.

Existen otras traducciones de la *Rusticatio mexicana* de Landívar. Íntegras son las de Federico Escobedo Tinoco y la de Ignacio Loureda. La primera por ser en verso, aunque es parafrástica y literaria y hermosa también, cae en imprecisiones debidas a las exigencias del acento y la rima. La segunda, aunque tiene el mérito de haber sido la primera traslación completa, es según la acuciosa crítica de Octaviano Valdés, muy infiel, pues, en unos ciento setenta lugares, se aparta sustancialmente del original. Hay una traducción parcial, del primer canto de Landívar, *Los lagos*, en verso y mejor lograda que la de Federico Escobedo, y se debe a Joaquín Arcadio Pagaza. He oído hablar de otra de un traductor de nombre Regenos. No la conozco.

Antología

La imprenta universitaria, con el título *Poesía neoclásica*, volumen 69, editó la antología de poetas neoclásicos y académicos con introducción, amplia y profunda por cierto, y notas de Octaviano Valdés. Maciza la investigación de una treintena de poetas que pertenecen a una centuria muy elástica, que va desde fines del siglo XVIII hasta principios del XX. Es una faceta más de Octaviano Valdés que amplía al multiprestigiado poeta, ensayista, traductor, biógrafo y novelista, objeto de nuestro estudio.

El biógrafo

El padre Tembleque es la obra en que Octaviano Valdés se manifiesta como un biógrafo de gran valía. A partir de escasos datos históricos, logra una biografía novelada de fray Francisco Tembleque, natural del pueblo de Tembleque, en Toledo, de donde vino a la Nueva España en compañía de fray Juan de Romanotes, para evangelizar a los naturales de estas tierras.

En asuntos de evangelización sufrió mucho al encontrar dificultades para aprender los vocablos indígenas de la lengua náhuatl, por lo tanto le era imposible catequizar como había soñado. Se sintió fracasado y pensó volverse a España. Gracias a la dirección de fray Juan de Romanotes, se tranquilizó y prosiguió en su empeño, llegando a ser, con el tiempo, un aceptable lengua. Pero en medio de los menesteres del aprendizaje, encontró la urgente necesidad de llevar el agua desde Zempoala a Otumba que carecía de ella. Así lograría calmar la sed no sólo espiritual sino material de los habitantes de la región.

Fray Juan de Romanotes lo ayudó a llevar a feliz término sus propósitos, haciendo de él, indeciso y confuso, un hombre decidido y claro. La obra del acueducto desde Zempoala a Otumba, con riesgos y dificultades, nos muestra a un Tembleque distinto, ahora es decidido y maduro, ha encontrado su identidad y autorrealización. Fray Juan de Romanotes ha sido valioso agente de cambio.

Octaviano Valdés en su biografía siguió la regla de Guillermo Dilthey, el filósofo de la historia. A partir de él la norma es la siguiente: el historiador debe narrar sus historias como reales e históricas. Don Octaviano es un historiador que hace novela, y un novelista que recrea sus personajes como debieran haber sido. Y allí queda la biografía novelada del padre Tembleque, con primores estilísticos tan radiantes como las frases ambientales, “La cuchillada de luz infinita, fulguración de claridad desmesurada”. No menos emotivos son los mejores enunciados psicológicos de don Octaviano: “Genealogía de su desventura”, “perpetua alborada de inteligencia” y sobre todo, la estampa de Tembleque ya anciano porque “no atrajo la enfermedad del mando”.

El novelista

Octaviano Valdés asimismo escribió la novela que lleva por nombre *La cabellera de Berenice* que cumple con los requisitos del género: “Narración artística, es decir, bella en su concepción y en su forma; prosa llena de vida y colorido, porque es un género literario de carácter creativo. Toda novela supone la creación del ambiente, de los caracteres y de la trama. Por eso

la imaginación es la característica esencial del novelista; ésta es el don de concebir no sólo una idea novelesca, sino también su desenvolvimiento a través de episodios ordenados, que se cierran sobre sí mismos, es decir, que llegan a un desenlace cuyos elementos existían en aquella idea que fue punto de partida”.¹

La cabellera de Berenice, obra de juventud de Octaviano Valdés, como se infiere por su viaje de estudiante a Roma, la mención de cierto discernimiento vocacional al sacerdocio, parece ser un fragmento de su vida, historia propia y novelada por él mismo; sin nubes sórdidas, sin pantanos asquerosos y mórbidos, sin parchados de sexo aquí y allá, con cristalina sensibilidad y ternura, con prosa bella como toda la suya. Tiene cuestionamientos humanos luminosamente expuestos y coherentes, logra mantener la atención y un suspenso hasta el final, a veces intuido por el lector, lejana intuición que pide esperar hasta el fin.

Doy aquí parte del juicio que la novela en cuestión le ha merecido a Alfonso Noriega, recordando a Ortega y Gasset, quien reflexionando sobre la novela, distingue el quehacer del poeta y del novelista: “El poeta puede echar a andar con su lira bajo el brazo, pero el novelista necesita movilizarse con una enorme impedimenta, como los circos peregrinos y los pueblos migrantes. Lleva a cuestas todo el *atrezzo* del mundo.”

Novela de genuina verdad es la novela *La cabellera de Berenice* de Octaviano Valdés.

Colaborador

Colaborador en revistas, especialmente en *Ábside*, en donde se encuentran treinta y siete aportaciones de diversos temas:

- a) Algunos son adelanto de sus libros más bellos: *La idea de la muerte en Horacio* (de *El prisma de Horacio*); *La visita de fray Gerónimo* (en *Fray Francisco de Tembleque*); poemas: *El espejo*, *Clara ventana*, *Rosalía*, *Pequeño Dios*, *Elegía bajo la noche*, *Muertos míos* (de *Bajo el ala de un ángel*).

¹ Salvador CASTRO PALLARES, *Perceptiva Literaria*, p. 81.

- b) Un buen número de juicios críticos de varia temática: *Presencias y Poderíos* de Germán Pardo García; *Laudanzas de Michoacán* de Alfredo Maillfert; *La vida de Jesús* de Manuel Toussaint; *Vísperas de España* de Alfonso Reyes; *El grano de mostaza* de Alfonso Méndez Plancarte; *Espejismo de Juchitán* y *Genio y figuras de Guadalajara* de Agustín Yáñez; *Selva y mármoles de Joaquín Arcadio Pagaza* de Gabriel Méndez Plancarte; *Fray Margil de Jesús* de Eduardo Enrique Ríos; *Gabriel García Moreno y el Ecuador de su tiempo* de Richard Pattee; *Exégesis a una crucifixión* de José Clemente Orozco.
- c) Otros son estudios más amplios de algunos autores como: Joaquín Arcadio Pagaza *El poeta original* (14 pp.); *El apóstol de tierra caliente*, fray Juan Bautista de Moya (15 pp.).
- d) *Elogio fúnebre* de Gabriel Méndez Plancarte; *Varón justo y tenaz* a Alfonso Méndez Plancarte; etcétera.

Hagamos ya el elogio del varón ilustre que fue don Octaviano Valdés Valdés, hombre de ciencia divina y humana, de amplísima cultura, aplicado a la pulcritud en toda su persona, en su porte exterior y en su espíritu; cultivador de una anchurosa y cordial amistad, baste recordar la Tertulia del Mate frecuentada por muchos personajes de las bellas artes, de las letras especialmente, que en su cálido hogar y atraídos por la apertura de su pensamiento, lo frecuentaban gustosa y sabiamente, Tertulia prolongada por sesenta años, en torno al té mate dominguero; fiel consejero de muchos, entendido en la literatura popular y en la alta; creador de escritos poéticos y de prosa acendrada. Alabemos al autor de *Fray Francisco de Tembleque*, obra joyante, para mí la mejor en su género, de toda su producción. Sin olvidar al inspirado poeta de *Bajo el ala del ángel*, al ensayista aplaudido por la alta crítica *El prisma de Horacio*, al traductor de excepcional fidelidad y belleza al trasladar a nuestro idioma el poema *Rusticatio Mexicana* de Landívar, al acucioso hacedor de la antología de poetas neoclásicos y académicos del siglo XVIII, al novelista con su *Cabellera de Berenice*, al colaborador de la prestigiada revista *Ábside* y de otras. Gloria de la Academia Mexicana y de nuestras letras nacionales.

MEDIO SIGLO DE PAZ OCTAVIANA
*PLUMAS EN TORNO AL “MATE”**

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Hace un siglo, cuando nació el inspirado vate tabasqueño José Gorostiza, también nació en Cacalomacán, México, junto con la primavera —el 21 de marzo de 1901— el poeta, humanista, crítico, cronista y novelador don Octaviano Valdés. ¿Y por qué tantas especialidades literarias? Porque, como decía Ricardo Garibay exagerando un poco, “si eres bueno en un género, eres bueno en todos”.

Además de sus obras literarias, colocará a monseñor Valdés en nuestra historia literaria su rango de promotor de una tertulia dominical sin paralelo de duración (sesenta años bajo un solo anfitrión), y sin paralelo de unidad afectiva dentro de la pluralidad ideológica.

Se supo que había quien murmurara de don Agustín Yáñez, el más encumbrado contertulio, quien llegó a gobernador de Jalisco y a secretario de Educación: ¿Y qué va a hacer ese alto funcionario a casa de un cura? ¿Acaso irá para solicitar alguna absolución?

Algo similar se llegaba a censurar en Alfonso Noriega, el famoso “Chato”, maestro de jurisprudencia de tres presidentes: ¿Qué iba a hacer un constitucionalista a casa de un canónigo?

No digamos ya de Enrique González Rojo, el efusivo poeta y tenaz politólogo, mano cinceladora de estrofas refinadamente amatorias.

¿Qué iban a hacer todos esos liberales a casa de un eclesiástico de ejemplar ortodoxia?

He aquí la respuesta: Sólo a conversar sabrosamente de literatura. Desde luego, ése fue el objetivo inicial. Así lo anota expresamente monseñor

* Leído en el homenaje de la Academia Mexicana de la Lengua, Casa Lamm, 11 de octubre de 2001.

Valdés en la “Apertura” de las *Domínicas del mate*, álbum formado con una docena de textos memorables de los contertulios más relevantes del grupo:

“El año de 1932, sin programa ni propósito premeditado se inició la tertulia del mate con el padre Alfonso Méndez Plancarte, el poeta Alfonso Gutiérrez Hermosillo (y el anfitrión), atraídos por la común pasión de la literatura.” Y pronto fueron añadiéndose otros escritores que, como brillante coincidencia, han venido ocupando destacados puestos en la Academia Mexicana de la Lengua, al menos la mitad de ellos.

Así, llegó don Gabriel Méndez Plancarte, hermano de don Alfonso, junto con don Ángel María Garibay, uno y otro catedráticos del Seminario de México.

Fue cuatro años después cuando, al verse reunidos ellos cinco al calor del té cebado con la yerba “mate” paraguaya, comenzaron a fijarse un ideal. Si podían reunirse cada semana varios intelectuales de fuste y de alta formación, también podían crear una revista cultural.

Por esos años, don Ángel María Garibay es nombrado párroco de Otumba, estado de México. Los contertulios del mate, en una visita que hicieron a don Ángel, decidieron no sólo que el grupo siguiera unido, sino que cerrara filas en torno a la revista proyectada. Estaban a la sombra del ábside, o sea, la fachada posterior abovedada del altar parroquial de Otumba. De allí que titularan *Ábside* a su revista.

“El mérito principal de don Gabriel (primer director de la revista, antes de su hermano Alfonso) fue —dice el padre Valdés— su apertura de espíritu, que supo dar cabida en su publicación a prestigiados escritores de muy variadas ideologías, pero libres de fobias y coincidentes en el amor al ideal literario.”

La revista *Ábside* comenzó así su ameritada carrera, que la fue convirtiendo en toda una serie de antologías sobre literatura, historia y humanismo del más sólido metal. Porque es cierto que estaba abierta a escritores de muy variadas ideologías, pero todos eran de tendencias idealistas. Sus ediciones trimestrales tenían un promedio de 100 páginas, y llegaron a sumar 160 números.

Al correr de los años *Ábside*, fruto legítimo de la tertulia de don Octaviano, se convirtió en una revista nutrida con célebres colaboraciones.

Allí, por ejemplo, publicó don Gabriel sus vastas y ejemplares versiones métricas de Lucrecio, de Estacio y de Claudio Claudiano, no menos que sus traducciones de salmos e himnos latinos de don Guillén de Lamport, el precursor de nuestros libertadores, sepultado en la Columna de la Independencia

Y don Alfonso, su hermano, publicó allí nutridos estudios sobre poetas novohispanos así como sobre sor Juana, a quien él coronó con el espléndido epíteto de “emperatriz del idioma”.

Tiempo después, se añade al círculo del mate el gallardo poeta e historiador Alfonso Junco, quien acabaría dirigiendo la revista durante veinte años, hasta que falleció en 1975. Así cumplió *Ábside* el ciclo récord de 39 años.

Y no faltaron en *Ábside* el buen humor y las risas, con artículos como aquel que, durante la comida en un seminario, comenzaba a leer un estudiante en voz alta. El título era: “¿Por qué se fue al convento sor Juana Inés de la Cruz?” —¡Por Alfonso Junco! (Así, el autor del artículo parecía convertirse en algún galán de la joven Juana Inés en la corte novohispana.)

GALERÍA DE DIRECTORES

Continúa el desfile de Académicos de la Lengua en torno al círculo del “mate”. Ante todo, llega nuestro actual director desde 1980 —hace 21 años—, don José Luis Martínez, junto con nuestro anterior tesorero, don Alí Chumacero.

Se añaden muy pronto otros dos poetas: el michoacano don Alfredo Maillefert y el poblano don Francisco José Cabrera, este último convertido hoy día en el más fecundo poeta neolatino de dos siglos a esta parte.

Un segundo director de la Academia se anexa luego al “mate”: es el licenciado Agustín Yáñez, quien acude primero como novelista y luego se vuelve tan amigo de don Octaviano, que le solicita que bautice y apadrine a su hija Beatriz.

Por esos años se une también entusiastamente el “Chato” Alfonso Noriega, “Y por su medio —añade monseñor Valdés— ganó nuestra reu-

nión la sal epigramática de Francisco Liguori”. A él se deben cien epigramas regocijados, como éste dedicado al propio “Chato”:

Al pasar por su despacho, / El Chato me vio muy feo.
Y yo digo sin empacho / Que a él también yo así lo veo.

Y más tarde se incorporó a la reunión Andrés Henestrosa, a quien calificó monseñor Valdés de “escritor que sabe escribir con palabras que nos saben a recién nacidas; tiene la agudeza a flor de labios y flechas de amable ironía”.

Por las mismas fechas llega el prestigiado internacionalista y filósofo del derecho que fue el doctor Antonio Gómez Robledo, “el sabio de la tertulia —lo corona don Octaviano— tiene todas las respuestas para todas las preguntas humanísticas y de otras sabidurías”.

Con don Antonio acudían a veces sus hermanos, los padres jesuitas Javier e Ignacio Gómez Robledo. De cuando en cuando llegaba también don Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, a dialogar con la “inteligencia incorregiblemente razonadora” de don Antonio Brambila, precursor eclesiástico, allá en los años sesenta, de la amenidad eficaz de Juan José Arreola en las charlas por radio y televisión. Y se llegó a ver allí también al padre Joaquín Antonio Peñalosa, hoy recién fallecido en el 2000.

Y por allí se vio también a veces a un tercer director de la Academia, el atildado don Francisco Monterde, “caballerosidad y cortesía”. Y llegaron más y más académicos: “El Bachiller José Rojas Garcidueñas, no menos que don Porfirio Martínez Peñalosa”.

Y en el salón de don Octaviano han centelleado también las ocurrencias de otros destacados escritores: don Héctor Morales Savinón, “literato y distribuidor de alegría”, como anota el anfitrión, así como Ernesto Mejía Sánchez, Jorge Hernández Campos, Alfredo Leal Cortés —el incisivo narrador, a quien con el tiempo se añadió su hijo Alonso, también escritor— y los historiadores Rafael Aguayo Spencer —experto en san Felipe de Jesús— y Daniel Moreno.

El mate llegó a disfrutar a charlistas tan enjundiosos como los ya citados Juan José Arreola y Ricardo Garibay. Y todavía falta enumerar al

narrador José Crespo y al poeta Horacio Espinosa Altamirano, quien tan buenos versos dedicó al padre Valdés, como la estrofa en alejandrinos que cantan a los arcos del acueducto del padre Tembleque:

Octaviano Valdés lo narra y sabe a gloria,
Ascetismo en la prosa, patria de la memoria,
Memoria de la Patria sin el fulgor de espadas,
Los arcos que se fugan con las piedras izadas.
Como el hermano Sol y el agua por jornadas,
Tierra y cielo se enlazan sobre formas aladas.

Allí se vio también a los pintores Ángel Zárraga, Federico Cantú y a los dos Fernandos Leal, padre e hijo.

Si tres directores de la Academia han sido asiduos concurrentes al “mate”, también lo han sido un tesorero, Alí Chumacero y un bibliotecario, Andrés Henestrosa. Fuimos también contertulios dos secretarios. Uno, el actual, don Salvador Díaz Cíntora; y otro, quien esto escribe, recién ascendido al cargo de censor que detentara por decenios don Octaviano Valdés. Don Salvador regaló a la tertulia este epigrama para el pintor Fernando Leal Audirac:

Fernando, dulce hermano, / Rubio y barbado seguidor de Apeles:
Te me figuras un Maximiliano / que cambió la corona por pinceles.

Por su parte, el suscrito se lanzó al ruedo con un aguafuerte del debate entre Méndez Plancarte y Abreu Gómez, para ver a quién se elegía como editor crítico de toda la obra de sor Juana. Y escribí:

Abreu, seudoespecialista, / contra sor Juana arremete.
Plancarte al orden lo mete, /Y el que era gran sorjuanista
Acaba en gran “sorjuanete”.

Otros contertulios de diversas épocas han sido también don Pablo González Casanova, rector de la UNAM, don Antonio Martínez Báez, y diversos embajadores, como don Ernesto Santiago López y don Ricardo Guerra, el que fue esposo de Rosario Castellanos.

“LAS DOMÍNICAS DEL MATE”

Pues bien. Entre las iniciativas editoriales del citado círculo, estuvo la de *Oraciones*, el 27 de enero del 74, que se trasladó al ya mencionado folleto *Domínicas del mate*. Y no menos importante fue la que organizó don Arturo Azuela cuando dirigía el suplemento cultural de *El nacional*, durante 1986, en un número especial en que escribió el propio Azuela, además de Gómez Robledo, Henestrosa y el suscrito.

En la crónica del año 74, escribía Yáñez:

En las reuniones el padre Valdés va sirviendo el mate con exquisita, callada cortesía [...] escucha la dialéctica de blancos y rojos, los encendidos chascarrillos y cuentos, la lengua viperina de Andrés (son palabras de Yáñez) y los epigramas de Liguori [...] Mas ha sido creado el clima cordial de confianza donde tirios y troyanos hablan de todo lo divino y lo humano; filología y política, filosofía y chismografía [...] en fluvial, encontrada corriente...

Y continúa Yáñez:

Pero en las horas de problemas y crisis, de júbilos y dolores, el insigne humanista, poeta, novelista, crítico sutil, académico, ejemplar sacerdote y amigo, prodiga palabras más bien hechas tonos, timbres de bienhechora lentitud balsámica.

Tal es el secreto de cómo en cuatro décadas (e insistimos en que llegaron a seis) pervive un grupo cuya constancia, liberalidad e ingenio merecen pasar a los fastos de la cultura patria.

Hasta aquí Yáñez.

“LAS COPLAS” DE LIGUORI

El epigramista mayor del grupo, mi maestro en ese arte, don Francisco Liguori, dejó en las *Domínicas* sus rotundas “Coplas del mate”. Así comienzan:

Tertulias intelectuales / en México hay ya muy pocas.
 Hay grupos muy informales / que hablan a tontas y a locas
 Sobre tópicos banales: / poco seso y muchas bocas.
 Pero hay una que distingo / entre todas, y ésa es
 La que domingo a domingo / preside el padre Valdés.
 Ahí la semana extingo / como puntual feligrés.

Viene luego un somero católogo ágilmente rimado de los más relevantes contertulios:

Y en jocundo parloteo / hay amistosa refriega:
 El místico y el ateo, / Cantú y el Chato Noriega,
 Brambila y Méndez Arceo, / Henestrosa y Fausto Vega.
 Hablan Aguayo y Valdés / sobre cuestiones de credo,
 Y discuten con denuedo / Villaseñor, Leal Cortés,
 Garcidueñas y los tres / hermanos Gómez Robledo.

La estrofa siguiente rubrica el carácter inconfundible de nuestra tertulia: allí no brillaban los bohemios, sino los humanistas y los abogados:

A esa tertulia se agremia / todo el que se siente afín.
 No es una reunión bohemia; / se habla en griego y en latín,
 Y normas dicta Agustín, / director de la Academia.

INTERCAMBIO DE HERMANOS

Andrés Henestrosa, a su vez, tiene un memorable artículo alusivo: “Tertulia del padre Valdés”. Allí refiere que en un banquete de la revista *Letras de México*, lo sentaron junto a uno de los Méndez Plancarte, después de que él acababa de escribir sobre ellos, pero no los conocía en persona. El asunto era la consabida refutación del padre Alfonso a Abreu en torno a sor Juana. Un cuarto de siglo de tarea amorosa —aunque insegura— de Abreu había sido demolida por Méndez Plancarte.

Henestrosa reconocía que tenía razón el filósofo, pero creía que ese no era el modo, y así lo estaba alegando Andrés; “con un poco de res-

bios anticlericales”, reconoce. Nuestro decano sentía que la rudeza de Méndez Plancarte se debía a la posición política “de extrema izquierda” de Abreu.

Andrés le buscó pleito a Méndez Plancarte durante toda la comida. Pero el sacerdote contestó siempre apacible y conciliador. Ya al despedirse, dice el padre:

—Tuve gusto en conocerlo, Andrés Henestrosa. Mas usted ha padecido un error. Yo no soy Alfonso; yo soy Gabriel. Pero trate a mi hermano; es un buen hombre. Se van a hacer buenos amigos.

“Por tratar a Alfonso Méndez Plancarte —continúa Andrés— comencé a concurrir a la tertulia de don Octaviano y de los hermanos Méndez Plancarte. Llegamos a ser, en efecto, buenos, muy grandes amigos. Esa tertulia es la otra imagen de México que yo quisiera para todos. Aquella en que por encima de diferencias de credo político y religioso, unos mexicanos se reúnen para conversar de las cosas que los unen, de las dos repúblicas, igualmente amadas por todos.” Bello elogio de don Andrés a don Octaviano.

Por su parte, el vigoroso grabador Federico Cantú aportó al álbum colectivo un bello grabado de sus “Letanías Lauretanas”. Y ya consignamos del suplemento de *El Nacional* que aportó Arturo Azuela.

Por mi parte, a los 85 años de don Octaviano tuve el gusto de interpretarle un modesto recital en el órgano Hammond de mi hogar, instrumento adquirido por cierto con el importe de dos “Premios López Velarde” que tuve la suerte de recibir de FONAPAS Zacatecas.

Allí estrené para el grupo mi elaboración para órgano de concierto, del *Cuarteto virreinal* del genio de Morelia, Miguel Bernal Jiménez, sobre rondas infantiles mexicanas, comenzando por “A la víbora de la mar”. Fue allí donde entonó “Naranja dulce” mi hija Beatriz, a sus seis años de edad.

A su vez, mis otras dos hijas, Carolina y Virginia, entonaron villancicos del mismo Bernal Jiménez en recital solemne para otro académico, el poeta don Manuel Ponce Zavala.

LOS EXÁMENES DE DON OCTAVIANO

Monseñor Valdés, además, editó una continuación de *Ábside*: los folletos de “Las hojas del mate”. Comenzó con el folleto de Gabriel Méndez Plancarte, *Hidalgo, reformador intelectual* (1944, y aquí, 71); editó el librito colectivo *Luto por Agustín Yáñez* (1980); lanzó también su propia semblanza de *Ángel María Garibay* (1985), y asimismo publicó su folleto *Amado, Manuel José y otros exámenes* (1973).

Aquí refiere el señor Valdés que el arzobispo Labastida sí le guardó el secreto a Icazbalceta, respecto a su dictamen contrario a las apariciones guadalupanas, hace un siglo todavía no del todo documentadas, como hoy ya lo están. Pero cuenta don Octaviano que el canónigo Francisco de P. Andrade forzó el escritorio del arzobispo y extrajo el dictamen de Icazbalceta; lo tradujo luego en mediocre latín y lo envió a Roma. Valiosa y documentada aportación del señor Valdés.

Al respecto —digamos de paso— también el Patriarca Pérez negaba las apariciones guadalupanas, pero fue amonestado por don Porfirio Díaz. Dice mi epigrama alusivo:

Pérez, Patriarca tenaz, / negó las apariciones.
Saltó don Porfirio: —¡Vas /, por tu dictamen mordaz,
a ver desapariciones!

Luego, a raíz de que Paz lamentaba que no estuvieran reunidos en volumen los artículos del citado debate Abreu-Méndez Plancarte, don Octaviano hizo reunir hasta diez artículos de don Alfonso en *El Universal* de 1944-45, y los editó en el álbum *Crítica de críticas (sorjuanianas)* del 83. A mi vez, yo me he vuelto albacea de Méndez Plancarte y lo he llevado a reeditar al Instituto Mexiquense de Cultura (2000). Luego, en la velada académica del centenario del natalicio de don Octaviano, obsequié ejemplares a los contertulios sobrevivientes y a cuantos formaron una corona de admiración para el ilustre humanista.

Imitando a Liguori, alabé así los libros de monseñor Valdés:

Hay de amable amistad ameno trueque
 Cuando en cada dominica dimana
 Sesenta años ha, el agua franciscana
 Del que elevó los arcos de *Tembleque*.

Don Octaviano impide que se seque
El pozo de Jacob que insomne mana,
 Donde *El prisma de Horacio* se desgrana.
 Sin que su brillo a nadie ofenda, o peque.

Nunca su *Cabellera, Berenice*
 Extendió en firmamento más felice
 Que en tu casa, de *Amado y Othón* arca.

Y entre sorbos de mate y risa sana
 En tu *Rusticación tan mexicana*
 Nos cobija tu abrazo de patriarca

(1990).

Y don Octaviano ha de estar todavía saboreando en el Empíreo el enjundioso soneto que entonó en su honor Liguori, quien es también un alto poeta. Lamentamos que hoy no pudo acompañarnos, por estar ya muy minado en su salud:

Padre y maestro mágico, Octaviano
 –Augusto por su sacro ministerio–
 En santa soledad toca el salterio
 Del rey David y el cálamo horaciano.

De Landívar el *carmen rusticano*
 Vertió Valdés en el lenguaje hesperio,
 Y ejerció el humanista ministerio
 En prócer seminario mexicano.

Del pozo de Jacob no abrevó poco
 Y *Tembleque* brindó el acicate
 Para encauzar las aguas del barroco.

En ochenta y ocho años aún combate
Bajo el ala del ángel, y lo invoco
Escanciando amistad, saber y “mate”.

(1989).

APÉNDICE HISTÓRICO DE LA TERTULIA

Al día siguiente del homenaje centenario a don Octaviano Valdés, entrevisté al doctor Alfonso Castro Pallares, asistente a la sesión conmemorativa, y él me dio datos fundamentales para la historia del “mate” y de la tertulia de don Octaviano. Helos aquí muy sucintamente.

La costumbre de hacer tertulia en torno al “mate” la trajo a México don Jesús Pallares Torres (1891-1967), cuando regresó del Colegio Piolattino de Roma, allá por 1915. Poco a poco se fueron formando tres tertulias del “mate”. Una fue la de los padres del Seminario Conciliar. Otra fue la de los ex alumnos seglares del mismo, con el padre “Chon” Hernández. Y la tercera fue la consabida del padre Octaviano.

A esta tertulia asistían también, además de los ya citados, otros humanistas de talla completa, como fueron los sacerdotes diocesanos Salvador y Alfonso Castro Pallares. Don Alfonso también recuerda que ocasionalmente venía un obispo sudamericano, cuando llegaba a México a visitar a su hermano, embajador de Venezuela en nuestro país por los años 60. Y en la etapa inicial era asiduo el que llegaría a ser cardenal primado de México, don Miguel Darío Miranda y Gómez.

Por entonces llegó también a la tertulia el ilustre humanista ecuatoriano (traductor de todo Virgilio, todo Sófocles y toda la lírica horaciana), el padre Aurelio Espinosa Pólit quien, como ex rector de la Universidad Católica del Ecuador, dio cuenta en *Ábside* de cómo se cursaban allí las humanidades por esa época. Se ve así que la tertulia del padre Valdés llegó a atraer visitantes hasta de Sudamérica.

Nos refiere también nostálgicamente el padre Castro que él y su citado hermano sacerdote venían los domingos a visitar a sus primos don Julio y doña Chona Torres, y luego pasaban a saborear el “mate” en el estudio de

don Octaviano, a quien el matrimonio Torres, que nunca tuvo hijos, había adoptado por amistad.

Años después fue cuando, sombreada por los tres cipreses del jardín que cultivaban al fondo de su casa los Torres, don Octaviano construyó su sala biblioteca, que se volvió la sede clásica del círculo del “mate”.

El más grato recuerdo que el citado círculo trae al Padre Alfonso Castro es el de la presentación de su libro *Este barro glorioso*, en 1972. Se realizó durante una cena en casa de doña Guadalupe Dueñas (la cual acaba de fallecer en enero de 2002), y los oradores fueron el padre Manuel Ponce Zavala, también ocasional miembro del grupo, y el epigramista Francisco Liguori.

Una o dos docenas más de escritores fueron también concurrentes al “mate” dominical del padre Valdés, y descubrieron en él la más difícil forma de apostolado: la de ejercer la bondad en silencio, a pesar de hallarse bajo el más granado fuego verbal.

JOSÉ GOROSTIZA

José Luis MARTÍNEZ

Un libro juvenil de poesía, un poema extenso excepcional y una recopilación de escritos en prosa, firmados por José Gorostiza (1901-1973), son el sustento suficiente de uno de los mayores prestigios de la literatura mexicana.

Canciones para cantar en las barcas (1925) tiene una veta principal de poemas de arte menor, de juegos sutiles, imaginación plástica y palabras musicales, en los que la belleza del mundo, el amor y la melancolía se expresan en leves rasgos llenos de gracia fugitiva:

Los peces de colores juegan
donde cantaba Jenny Lind.
Jenny era casi una niña
por 1840
pero tenía
un glu-glu de agua embelesada
en la piscina etérea de su canto.

Además de esta veta de gracia aérea, Gorostiza deja constancias de otras especies poéticas. En *Nocturno* paga tributo a las parábolas morales que había impuesto el doctor González Martínez; en *Mujeres* hace un elogio sensual y sentimental de las muchachas de Córdoba; y en *Elegía*, que inicialmente se llamó *A Ramón López Velarde, Q.E.P.D. Elegía apasionada*—cuando se publicó en el número de homenaje (1º de noviembre de 1921) que dedicó *México Moderno* al poeta muerto el 19 de junio anterior—, expresa su duelo con trasposiciones muy elaboradas, que afinará en sus escritos posteriores sobre el mismo tema.

Cuando Gorostiza reunió en 1964 su *Poesía*, incluyó, a continuación de las *Canciones para cantar en las barcas*, una segunda sección que llamó *Del*

poema frustrado. Sólo el precioso poema llamado aquí *Preludio*—que en 1936 se publicó con el nombre de *Poema* en *Universidad* (tomo II, número 9)— y el *Épodo*, que incluye esta sección y repite pasajes del *Preludio*, parecen el arranque de un poema extenso, a la manera y con el estilo suntuoso de *Muerte sin fin* cuyo tema es la palabra:

Esta palabra que jamás asoma
a tu idioma cantado de preguntas
esa desfalleciente,
que se huela en el aire de tu voz,
sí, como una respiración de flautas
contra un aire de vidrio evaporada...

Los otros poemas no tienen relación con este *Preludio*. Son notables las series de *Lección de ojos*, y de *Presencia y fuga*, formada por cuatro conceptistas sonetos, que anticipan las lucubraciones de su mayor poema. En la *Declaración de Bogotá*, el diplomático que fue Gorostiza perturba la aridez de los discursos con la aparición de una presencia femenina, o de la poesía.

Muerte sin fin (1939), obra maestra fascinante, es un poema extenso de amplio desarrollo (773 versos). Su composición se ordena en una estructura nítida: diez secciones interrumpidas por un intermedio ligero y lírico y concluidas por un final súbito y burlesco. Por sus versos luminosos, está a la altura de la extremada elaboración poética de las *Soledades* y el *Polifemo* de Góngora, y su severa articulación filosófica lo emparenta con el *Primero sueño*, de sor Juana. Como en este poema, se propone también Gorostiza explicarse la sustancia y el destino de la existencia humana. Pero no se contenta, como la poetisa, con refugiarse después de su indagación en el misterio y el despertar. Gorostiza parte, de la más lúcida vigilia, a una serie de inquisiciones —con ciertas afinidades con doctrinas herméticas— que lo llevan a descubrir, tras de todas las apariencias animadas, el lívido frenesí que mueve la vida, la muerte sin fin, que alcanza al Espíritu de Dios.

Podría decirse que es el drama de la inteligencia “soledad en llamas”, como *El cementerio marino* de Valéry es, en última instancia, el drama de la conciencia.

La excelencia de *Muerte sin fin* es su magistral compenetración de la exposición filosófica y la extremada y matizada calidad poética. Algo como una disquisición hecha de piedras preciosas, que pocas veces son sólo decorativas y casi siempre son intensamente expresivas y significantes. Vaya, entre tantos otros pasajes memorables, éste del principio del poema:

Lleno de mí —ahíto— me descubro
en la imagen del agua,
que tan sólo es un tumbo inmarcesible,
un desplome de ángeles caídos
a la delicia intacta de su peso,
que nada tiene sino la cara en blanco
hundida a medias, ya, como una risa agónica,
en las tenues holandas de la nube
y en los funestos cánticos del mar [...]

y algunos versos aislados inolvidables:

su luna azul, descalza, entre la nieve
¡Oh inteligencia, soledad en llamas
la sorda pesadumbre de la carne
como un tardo tiempo de crepúsculo
un ardoroso incienso de sonido
constelada de epítetos esdrújulos
los himnos claros y los roncós truenos
y esbeltos címbalos que dan al aire
sus golondrinas de latón agudo;
y la febril estrella, lis de calosfrío
como una lenta rosa enamorada
por la entumida noche submarina
la golondrina de escritura hebrea
y el pequeño gorrión, hambre en la nieve
desnudo de oración ante su estrella
... la impúbera
menta de boca helada

De la poesía juvenil de Gorostiza, que él excluyó de su primer libro, se conocen trece poemitas, publicados en la revista estudiantil *San-Ev-*

Ank (1918) y en otras de la época, y fechados entre 1918 y 1927. Se han recogido bajo el rubro de “Poesías no coleccionadas” en el volumen José Gorostiza, *Poesía y poética*, edición crítica coordinada por Edelmira Ramírez, 1988, en la Colección Archivos. En este mismo volumen se da a conocer un fragmento del *Diario* inédito de Gorostiza; un retrato de su madre “Doña Elvira Alcalá de Gorostiza”.

Del archivo de José Gorostiza se han publicado algunos papeles inéditos. Terminada, sólo se encontró la *Suite en dolor de Luz Velderráin*, cinco sonetos sentimentales de la primera juventud del poeta, publicados en 1940 con preliminares de Alí Chumacero y Eduardo Lizalde. En la edición crítica antes mencionada, Mónica Mansour estudia y da a conocer —en “Armar la poesía”— esbozos de poemas, apuntes y proyectos literarios, especialmente los llamados “El semejante a sí mismo” y “La feria”. Estos proyectos son interesantes para conocer la compleja y rigurosa elaboración de la poesía que practicaba Gorostiza, con las lecturas previas de documentación, esbozos en prosa, listas de vocabularios pertinentes e intentos graduales de desarrollos en verso. Estos proyectos fechados entre 1930 y 1940, nunca fueron terminados.

Y en el número 0 (noviembre-diciembre de 1990), de la revista *Biblioteca de México*, Julio Hubbard vuelve a estudiar estos esbozos, especialmente los de “El semejante a sí mismo”, del que comenta:

Al parecer, este poema debía haber continuado la gran línea alegórica y desprender la conciencia del poeta del infierno de la incesante muerte para conducirlo a un purgatorio donde pueda, al menos, pretenderse “la fijación del ser, esto es, rehuir la muerte, encontrar la eternidad”.

Se publican también en esta revista *Tres paisajes en vidrio*, poemas inconclusos, unos aforismos, la respuesta a una encuesta y un breve fragmento de novela.

La *Prosa* de José Gorostiza (Universidad de Guanajuato, 1969), coleccionada por Miguel Capistrán, reúne comentarios sobre teatro, artes plásticas, música y letras, entre los que sobresalen estos últimos. La calidad de los juicios críticos de Gorostiza no ha sido suficientemente reconocida. Sobre López Velarde, una de sus grandes aficiones, escribió, además de la

Elegía a su muerte, dos preciosos textos en prosa: la conferencia de 1924 y el discurso de 1963, cuando se llevaron los restos del poeta a la Ronda, con recuerdos cordiales del “payo” y observaciones agudas sobre su poesía. Comentó con inteligencia obras de algunos de sus compañeros de generación: Torres Bodet, Novo, Eduardo Luquín, Martínez Sotomayor, Ortiz de Montellano, Gutiérrez Hermosillo y Pellicer. Y en las “Notas sobre poesía”, parte medular de su discurso de ingreso en la Academia Mexicana, en 1955, consignó con llaneza y sabiduría su poética. Guillermo Sheridan editó la *Correspondencia 1918-1928* de José Gorostiza y Carlos Pellicer (Ediciones del Equilibrista, México, 1993).

José Gorostiza nació en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, Tabasco, el 10 de noviembre de 1901, y a los 72 años, murió en la ciudad de México el 16 de marzo de 1973. Pese a su origen, no tenía un temperamento tropical, como el de su paisano y amigo de juventud Carlos Pellicer, según puede confirmarse en el epistolario de ambos, sino más bien el de un hombre del altiplano. Él mismo me explicó que ello se debía a su estancia juvenil en Aguascalientes, junto a su hermano Celestino, adonde su padre lo llevó para que hiciera sus estudios superiores en el Instituto Científico y Literario. Y estos años de Aguascalientes lo hacían relacionarse espiritualmente con Ramón López Velarde, que también había estudiado allí. Más tarde viene a la ciudad de México donde se inscribe en la Escuela Nacional de Jurisprudencia —estudia sólo el primer año— y dirige los *Cuadernos Literarios* que publica la Editorial Cultura. Junto con Enrique González Rojo, también poeta e hijo del ilustre poeta Enrique González Martínez, edita la *Revista Nueva* (1919) y, con Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano y el propio González Rojo, forman un Nuevo Ateneo de la Juventud. En los años del esplendor vasconcelista, se encarga de la edición de la revista *El Maestro*, donde López Velarde publicaría *La suave patria* en 1921 poco antes de su muerte, y es uno de los colaboradores de las hermosas *Lecturas clásicas para niños*.

En 1927 ingresó en el Servicio Diplomático en el que principiaría como escribiente hasta llegar, cuarenta años más tarde, a ser titular del ramo. Su primer puesto fue en Londres como canciller de Primera, de donde pasó a Copenhague como segundo secretario y a Roma, como primer secreta-

rio, comisionado también en Guatemala y Cuba. De vuelta en México, en 1938 es secretario particular del ministro de Relaciones Exteriores, general Eduardo Hay, y más tarde director general de Asuntos Políticos y del Servicio Diplomático y representante de México en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En 1950 y 1951 es jefe de misión en los Países Bajos y en Grecia y, en fin, subsecretario de Relaciones Exteriores y secretario del ramo. De su labor diplomática sólo queda un folleto de su pluma: *La tesis de México entre Chapultepec y Bogotá*, de 1948, a pesar de su reconocido prestigio. En sus últimos años estuvo al frente de la Comisión Nacional de Energía Nuclear.

Aunque nunca llegó a hacer vida literaria, pues se consagraba totalmente a sus tareas diplomáticas, José Gorostiza forma parte del grupo literario de los Contemporáneos. Él mismo contó que, cuando era secretario del ministro Eduardo Hay, en 1938, el presidente Lázaro Cárdenas llamó al secretario a las nueve de la mañana y le contestó don José disculpándolo. Dos veces más repitió el telefonema y finalmente le pidió a Gorostiza le dijera que deseaba que los secretarios de Estado estuvieran en sus oficinas a las nueve de la mañana. Entonces el secretario Hay preguntó a Gorostiza a qué hora llegaba, le contestó que a las ocho y lo instruyó para que a partir del día siguiente llegara a las siete, “por lo que pudiera ofrecerse”, “pero como a las siete de la mañana —comenta el madrugador José Gorostiza— nada sucedía en la Secretaría de Relaciones y estaba yo solo, en vez de mirar barrer a los mozos, me puse a escribir *Muerte sin fin*, y esto me obsesionó de tal modo que, a pesar de que trabajaba yo hasta las diez, once de la noche en Relaciones, a las siete de la mañana estaba yo en mi mesa de trabajo y terminé el poema en seis meses”.²

José Gorostiza fue electo miembro de la Academia Mexicana de la Lengua el 14 de mayo de 1954, y de número el 22 de marzo de 1955, ocupando la silla XXXV. Su discurso de ingreso se llama, repito, “Notas sobre poesía”, y le dio respuesta Alfonso Reyes. Ambos se publicaron en el tomo XV, de 1956, de las *Memorias de la Academia*. En 1968 José Gorostiza recibió el Premio Nacional de Letras.

² Recogida por Edelmira Ramírez en su edición crítica de la *Poesía y poética* de Gorostiza, Colección Archivos, México, 1988, pp. xlii-xliii.

En ocasión del centenario del nacimiento del poeta, un grupo de escritores propuso al presidente de la República, que los restos de José Gorostiza fueran trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres. La Academia Mexicana se asocia con entusiasmo a esta proposición que llevará a cabo uno de nuestros poetas mayores a juntarse con sus congéneres. Y de paso, para seguir la corriente de estos años, sugerimos que el nombre de este lugar de elección en el Panteón de Dolores, se llame Rotonda de los Mexicanos Ilustres.

Algunos estudios sobre Gorostiza: Andrew P. Debicki, *La poesía de José Gorostiza*, Colección Studium, 36, Ediciones de Andrea, México, 1962; Mordecai S. Rubín, *Una poética moderna. Muerte sin fin de José Gorostiza*, prólogo de Eugenio Florit, UNAM, México, 1966; Octavio Paz, “Muerte sin fin”, *Generaciones y semblanzas*, FCE, t. II, pp. 436-444; Emmanuel Carballo, “José Gorostiza”, *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, Empresas Editoriales, México, 1965, pp. 203-210; Mónica Mansour, “José Gorostiza y la cábala”, *Ensayos sobre poesía*, Biblioteca de Letras, UNAM, México, 1993, pp. 237-265; Evodio Escalante, *José Gorostiza. Entre la redención y la catástrofe*, Ediciones Casa Juan Pablos, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Instituto Municipal de Arte y Cultura de Durango, UNAM, México 2001; *Homenaje de poetas jóvenes a José Gorostiza*, Grabados de Beatriz Zurita, prólogo de Julio Ortega, compilación de Claudia Posadas, Resistencia, Sello Independiente, México, 2001; Gabriel Walfson, *Muerte sin fin: el duro deseo de durar*, Universidad Veracruzana, México, 2001; Arturo Cantú, *En la red de cristal. Edición y estudio de ‘Muerte sin fin’ de José Gorostiza*, UAM, Mascarones 1, México, 1999.

10 de noviembre de 2001

UNA POSIBLE INTERPRETACIÓN DE *MUERTE SIN FIN*
(EN EL CENTENARIO DEL NATALICIO DE JOSÉ GOROSTIZA)

Jaime LABASTIDA

Muerte sin fin, me urge decirlo, es el eje por donde pasa el centro del canon poético de México. Ningún otro poema mexicano, en ningún otro tiempo, ha alcanzado la dimensión, la densidad, la estatura que este poema tiene. Podemos reconocer, como de hecho reconocemos, en el primer círculo de nuestro canon poético, sin duda, a otros poetas, además de José Gorostiza; poetas de mayores registros tal vez, con una obra mucho más amplia que la suya, desde luego (de sor Juana Inés de la Cruz a Octavio Paz, sin olvidar jamás a los poetas fundadores de nuestra tradición que, por supuesto, es un afluente del río mayor de toda la poesía que se escribe en la lengua española, a un lado y otro del Atlántico: hablo, ya se sabe, de Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Enrique González Martínez, Ramón López Velarde, Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer). Pero ninguno de ellos nos legó un poema unitario, tan denso y complejo como *Muerte sin fin*.

La continua propuesta de interpretaciones y lecturas nuevas acaso sea evidencia suficiente de que este poema ocupa el centro del canon de la poesía mexicana y demuestra, de modo palpable, lo que aquí he dicho, *Muerte sin fin* ha sido leído (y elogiado) por los más grandes escritores de México, empezando por Alfonso Reyes (quien, con su certero sentido crítico, al responder el Discurso de Ingreso de José Gorostiza en la Academia Mexicana de la Lengua, lo comparó con Paul Valéry: lo llamó nuestro *Cementerio marino* y dijo de él que era, además, el “diamante en la corona de la poesía mexicana”). Supieron que era poema aparte todos los poetas de su generación (tanto Cuesta como Villaurrutia) y lo han leído con devoción lo mismo Alí Chumacero que Rubén Bonifaz Nuño. No hay otro poema mexicano que haya sido objeto de tantos libros, de tantos ensayos, tesis

y lecturas como éste. Sólo en fechas recientes han sido publicados otros tres libros más (uno de ellos, el de Arturo Cantú, de factura excelente). Sin embargo, pese a todo, me atrevo a honrar a Gorostiza, aquí y ahora, al proponer otra interpretación de este poema inmenso, acosado acaso por un desasosiego interno, ya que no me satisfacen del todo las interpretaciones que hasta hoy ha despertado su lectura. No quiero decir que mi interpretación sea la única válida; por el contrario, asumo por necesidad que *Muerte sin fin*, como todo gran poema, admite múltiples lecturas (que elevarán su número con el tiempo y, sin duda, habrán de enriquecerlo y de mantenerlo vivo). Eso hará que *Muerte sin fin* permanezca como el más alto paradigma de la poesía en México. Añado, por lo mismo, que ninguna de las interpretaciones podrá sustituir su lectura y que la mía no es otra cosa sino una invitación a su disfrute.

No voy a discutir de modo directo ninguna de las propuestas anteriores. Sólo quisiera subrayar que, entre aquellas que en verdad alumbran aspectos sin duda oscuros del poema, se hallan las hechas por Octavio Paz, Salvador Elizondo y Mónica Mansour y en fechas recientes, insisto, tal vez la más rigurosa, la más inteligente, la más puntual de todas, ya que pone en acto una concentrada, una atenta, una amorosa lectura del poema de Gorostiza (me refiero a la hecha por Arturo Cantú, fruto, acaso, de toda su vida: sé y me consta que desde hace casi 40 años Cantú ha leído y comentado el poema).

Octavio Paz ha señalado que *Muerte sin fin* posee “múltiples y acaso infinitos significados”. Por lo que a mí corresponde, creo preferible hablar de *un sentido* del poema y no de *un significado* de él, pues la poesía no puede ser tratada como el signo lingüístico (o sea, como Ferdinand de Saussure trata al signo, al analizarlo en su doble aspecto de significante y significado). Me inclinaría, en todo caso, a considerar válida la tesis de Jacques Lacan y admitiría, por lo tanto, que es el significante, el lenguaje mismo el que nos habla y el que gana siempre la batalla. Así, un poema (en este caso, *Muerte sin fin*) posee un *sense* y acaso este sentido pueda ser unívoco (en la intención del autor al menos). Creo que *Muerte sin fin* posee un sentido unívoco: pero su interpretación unívoca no excluye otras lecturas posibles. Yo también he matizado, y añadido que no poco, la interpretación inicial

que hice en 1969, o sea, 33 años atrás, en un libro juvenil, al que el año de 1994 añadí matices que modificaron bastante aquella propuesta original. Quisiera recordar que Salvador Elizondo ha dicho que la diferencia entre la propuesta hecha por Paz y la mía consiste en el número de significados que cada uno de nosotros le concede a este poema (en la interpretación de Paz, los significados son infinitos; en la mía hay uno solo). Elizondo, por su parte, dice que *Muerte sin fin* carece de significado: su centro, por ello, es vacío. A su vez, Mónica Mansour propone una lectura que marca un estrecho contacto entre Gorostiza, la Cábala y los libros gnósticos. En fin, ya lo dije, Cantú ha realizado una lectura puntual de la que deriva tesis sugerentes, entre otras, la de panteísmo.

Tampoco me ocuparé de los aspectos técnicos del poema, en verdad abundantes, pues ya los ha examinado, con rigor y al propio tiempo con sensibilidad suficiente, Mónica Mansour destacando los múltiples, los fértiles recursos de Gorostiza y que van desde los fonológicos (el ritmo: heptasílabos, eneasílabos y endecasílabos; las aliteraciones, paronomasias; las rimas asonantes, en las canciones, pues el poema está escrito en versos blancos); los morfosintácticos (anáforas, simetrías, hipálages, enumeraciones); los semánticos (el símil, las metáforas, las sinécdoques, los quiasmos, los constantes oxímoros), además de otros, de orden lógico y semiótico. Sólo he de proponer una posible estructura, orgánica, del poema.

Creo que *Muerte sin fin* responde, pues, lo haya sabido o no su autor, a la exigencia de una estructura arquitectónica, estructura que Emmanuel Kant le pedía a toda obra sistemática, es decir, que creciera de adentro hacia fuera (como crecen los organismos) y no por la mera suma de sus partes (de modo mecánico, por la adición, en este caso de un conjunto de poemas diferentes e inconexos). La queja elevada por Gorostiza en su Discurso de Ingreso en nuestra Academia fue ésta y no otra, precisamente: “En la actualidad —dijo—, el poeta no suele proponerse problemas de construcción”; así, para él, la palabra *poema* “implica organización inteligente de la materia poética”; añadió: “treinta o cuarenta composiciones suelen formar, unas tras otras, lo que el público llama ‘un libro de versos’...” Hizo luego un comentario acerbo, dentro del riguroso paréntesis, “¡Qué horrible expresión: un libro de versos!” Por eso, otra vez con Kant

(y, desde luego, con Harold Bloom), subrayo que el eje del canon poético en México pasa, de modo necesario, por *Muerte sin fin*.

De acuerdo con la tesis que acabo de esbozar, empezaré por tratar de captar el sentido que está presente en la culminación del poema (en el Canto IX) y no en los Cantos por los que el poema se inicia. Me pregunto, así ¿qué sentido tiene la canción última de ese Canto IX? Ahí se encuentra escrito que “todo se consume / con un mohíno crepitar de gozo, / cuando la forma en sí, la forma pura, / se entrega a la delicia de su muerte”. Ya se sabe que en el poema de Gorostiza la forma guarda aquella misma relación con la materia que se postula en la teoría aristotélica de las cuatro causas, es decir que la forma, al unirse con la materia, constituye la sustancia, la *ὑπόστασις*. La misma función que la forma cumple en la materia, cumple Dios en el conjunto del universo (en el poema de modo reiterado, se asume que esa función la cumple el vaso en relación con el agua). Así, pues, la forma se entrega, en el canto último, “a la delicia de su muerte”. Esta entrega hace que todo se consuma y que los seres se acojan “a sus túmidas matrices”. De esa manera, “unos a otros se devoran / al animal, la planta / a la planta, la piedra / a la piedra, el fuego / al fuego, el mar / al mar, la nube / a la nube, el sol”. ¿Hasta dónde llega este proceso, que alguna vez calificué de *involución* y que otros críticos (Mónica Mansour y Arturo Cantú, en fechas posteriores) han llamado *descreación*? Hasta un punto en verdad extremo: “hasta que todo este fecundo río / de enamorado semen que conjuga, / inaccesible al tedio, / el suntuoso caudal de su apetito, / no desemboca en sus entrañas mismas”. ¿De qué *entrañas* se habla cuando se dice “sus entrañas mismas”? Desde luego, de las entrañas de las que ha salido la creación entera. Versos atrás, dice el poema que “todo lo que vuela o nada, todo, / se encoge en un crujir de mariposas, / regresa a sus orígenes/ y al origen fatal de sus orígenes”, de donde quisiera conservar el adjetivo *fatal*: puesto que el origen *fatal* de los orígenes no es otro que la palabra de Dios.

Gorostiza añade en el siguiente verso del Canto IX (v. 710) que ese “fecundo río”, de “enamorado semen” desemboca a su vez “en el acre silencio de sus fuentes”. Me detengo un instante. ¿De qué “silencio” se trata? Creo que sólo del silencio que precede a ese momento en el que

Dios habrá de crear, como la emanación de su boca, al hablar, el universo. Este *silencio acre de las fuentes* posee un carácter específico: “es el primer silencio tenebroso”, allí, en ese τόπος extraño que podríamos entender también como un tiempo extraño, un instante, un tiempo; un τόπος, por lo tanto, que es un punto temporal y espacial a la vez, que sin embargo está fuera del tiempo y del espacio, allí, “en donde nada es ni nada está, / donde el sueño no duele, / donde nada ni nadie, nunca, está muriendo”, allí desemboca el “fecundo río de enamorado semen”. Quiere decir que el río se huela, que el semen se congela; que nada nace; que nada fluye. ¿Qué sentido poseen los versos finales de *Muerte sin fin*? Es obvio que la muerte se ha detenido: en ese instante, en ese lugar, en ese tiempo, en ese espacio nada ni nadie nunca está muriendo: en el instante oscuro, en el hoyo negro, en el silencio absoluto, hay algo, un residuo: “y solo ya, sobre las grandes aguas, / flota el Espíritu de Dios que gime/ con un llanto más llanto aún que el llanto”.

Gorostiza evoca aquí el Génesis en aquel instante en que el soplo, el aire, el πνεῦμα o el Espíritu de Dios se ha de cernir sobre la haz de las aguas. Pero, ¿qué hace Dios en el momento en que va a pronunciar la palabra que creará el mundo, según cree Gorostiza? Dios debería retroceder horrorizado ante la terrible posibilidad de la creación. Por esa causa dice: “como si herido –¡ay, Él también!– por un cabello, / por el ojo en almendra de esa muerte / que emana de su boca, / hubiese al fin ahogado su palabra sangrienta”.

Dios, *como si estuviera herido por algo tan delgado como un cabello, por la muerte que emana de su boca, hubiese ahogado al fin su palabra sangrienta*. Quiere que Dios, enunciado en el verso como Él, o sea, el sujeto pronominal de la tercera persona del singular, escrito con E mayúscula, la E mayestática, parece que *hubiese ahogado*: parece *como si hubiese*, en el modo subjuntivo del verbo haber y en el tiempo pretérito imperfecto, “al fin ahogado su palabra sangrienta”. El modo subjuntivo que utiliza Gorostiza en el verso, me indica que se trata de un deseo profundo. Parece decir, de modo condicional: “si el universo volviera al punto de su inicio; si nos situáramos en el instante previo en el que Dios va a hablar; si Dios hubiera sido herido apenas, tan sólo, nada más por un cabello; si Dios mismo hubiera sido alcanzado por la muerte

que emana de su boca, Dios, entonces, no *hubiese* hablado, sino que *hubiese abogado su palabra sangrienta*". No hay duda: la palabra de Dios, la palabra con la que crea el mundo, es una palabra sangrienta, es una palabra de muerte. ¿Qué propone Gorostiza? ¿Qué *desea* ese poeta implacable? Que Dios ahogue su palabra sangrienta; que se quede mudo; que no emita su palabra de muerte. ¿Esto es lo que *sucede* en el poema, si es posible que hablemos aquí de una *sucesión*?

Creo que *Muerte sin fin* puede ser entendido también en otro sentido. Dios es igual a Narciso: habrá de ver su rostro en el espejo del agua, digo, en el mundo que crearía si de su boca emanara una palabra sangrienta. ¿Qué ocurre? Nada: "Pero en las zonas ínfimas del ojo / no ocurre nada, no, sólo esta luz / —ay, hermano Francisco". Las "zonas ínfimas del ojo" son las de Dios, cuyo "sueño desorbitado... se mira a sí mismo en plena marcha". Este Dios, el de los primeros cuatro Cantos de *Muerte sin fin*, es un niño que juega y que sueña. Está asistido por la inteligencia. Dios, después de repetir su sueño una y otra vez ("sueño de garza anochecido a plomo / que cambia sí de pie, mas no de sueño"); Dios, asistido por la inteligencia (que es una "soledad en llamas, / que todo lo concibe sin crearlo"; que es un "páramo de espejos" que permanece "una, exquisita, con su dios estéril"); Dios, insisto, "reconcentra su silencio blanco / en la orilla letal de la palabra / y en la inminencia misma de la sangre".

Adviértase, pues, que el Canto IV en el que culmina la parte primera de *Muerte sin fin*, también concluye diciéndonos que Dios *reconcentra su silencio blanco*, es decir, que permanece mudo "en la orilla letal de la palabra". Es por demás claro: la palabra de Dios es letal, mata, asesina. Hay entonces una obvia correspondencia de temas y de versos entre los dos Cantos finales (el IV y el IX) en los que está dividido *Muerte sin fin*. En ambos se expresa el deseo de que Dios *abogue su palabra sangrienta*, según se dice en el IX; o que *reconcentre su silencio blanco / en la orilla letal de la palabra*, según el IV. ¿Por qué esa idea? Gorostiza cree que Dios juega; que, al parecer, el universo es bello y bueno, "ay, hermano Francisco", y hasta alegre. Sucede sin embargo que no es así, Dios con su "pueril austeridad graciosa / distribuye los mundos en el caos", "saca cintas de sorpresas". Pero la alegría es una actitud de candor extremo: en verdad, la *perfecta crueldad* de ese dios

pueril “no cede a límites”: “piensa el tumor, la úlcera y el chancro”. Para que nada de esto ocurra; para que no haya sangre ni dolor ni muerte, el mundo tendrá que ser un sueño. Entendamos que no se trata, como en Calderón, de que nosotros, los hombres, soñemos y que la vida sea un sueño del que habremos de despertar en la muerte, no. El universo entero es un sueño, desde luego que terrible, de Dios. Las tres citas de los *Proverbios* de Salomón, con las que se abre *Muerte sin fin*, acaso proporcionen la clave central del poema. Acudo sólo a la segunda de ellas: “Con él estaba yo ordenándolo todo; / y fui su delicia todos los días, / tendiendo solaz delante de él en todo tiempo” (8, 30).

¿Quién habla? La sabiduría. Si leemos un poco atrás, vemos que la sabiduría, que habla en primera persona, ha dicho:

Jehová me poseía en el principio de su camino.../ Antes de la Tierra. / Antes de los abismos fui engendrada; / Antes de que fuesen las fuentes de las muchas aguas, / No había aún hecho la tierra, / Ni el principio del polvo del mundo. / Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; / Cuando afirmaba los cielos arriba, / Cuando afirmaba las fuentes del abismo; / Cuando ponía a la mar su estatuto, / Y a las aguas que no pasasen su mandamiento, / Cuando establecía los fundamentos de la tierra, / Con él estaba yo...” (*Proverbios*, 8, 22-30).

¿Qué se desprende de esta larga cita, de la que Gorostiza, de modo por demás consciente, suprimió toda referencia a ese *antes*, a ese minuto previo a la creación del mundo? Que la sabiduría, que fue engendrada antes del universo, y a solas con Dios, le aconseja a éste que no hable; o sea, que *reconcentre su silencio blanco en la orilla letal de la palabra*; que *abogue su palabra sangrienta*. Por esto, Dios sólo habrá de soñar (o pensar, si se quiere decirlo así, ya que en el conjunto del poema *soñar* y *pensar* son equivalentes).

Creo, por último, que *Muerte sin fin* es una contrateodicea; que, al revés de la ingenua alegría de san Francisco por la creación; en contra de las tesis de Cándido, digo, de Leibniz, Gorostiza no ve a la creación como la gloria de Dios, sino como un mundo cruel y lleno de sangre, sin embargo, tampoco se acoge al sarcasmo crítico de Voltaire: éste no es el mejor de los mundos posibles: no se halla en él la bondad divina. Acaso Dios pueda vol-

ver a soñar el mundo y emitir otra vez su palabra; pero, si lo hiciera, debería soñarlo o pensarlo mejor. El poema es, por eso mismo, blasfematorio.

Gorostiza es, según dice Salvador Elizondo, “el gran poeta de la muerte mexicana”. No lo sé; no expresa el carácter de México sino que, más bien, lo construye, al exigir de nosotros una obra fina e inteligente. Acierta, en cambio, Elizondo al decir: “*Muerte sin fin* es la primera gran manifestación universal de la poesía mexicana de nuestro tiempo”, puesto que Gorostiza habla de la muerte del universo y carece de esos aspectos populares que, según etnólogos y antropólogos, le otorgarían la *identidad* arqueológica al mexicano y le obligarían a conservarse como una reserva ecológica.

El verdadero valor de *Muerte sin fin* consiste en ser el poema que, a mi juicio, inscribe a la poesía mexicana, por derecho propio, en la tradición culta, rigurosa, de la más alta literatura universal.

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN SESIONES ORDINARIAS

PAYNO: LA UTOPIA DEL ROBO

Margo GLANTZ

1. PAYNO Y SU ÉPOCA

Manuel Payno pasó a la historia por haber escrito una de las novelas mexicanas más importantes del siglo XIX, *Los bandidos de Río Frío*, texto sorprendentemente vigente hoy y poco conocido fuera de México. Pareciera que los sucesos allí relatados hubiesen sido sacados de la prensa cotidiana actual, y no de la prensa contemporánea a la cronología de su novela (más o menos situada entre los años de 1830 a 1836), por su sordidez, su escandalosa violencia, el estentóreo manejo que de ellos se hace, y sobre todo por la inepta soberbia con que los que gobiernan precipitan al país en la ruina. La novela habla, como su título lo indica, del bandidaje, los secuestros, la inseguridad en los caminos, la ineficacia de los transportes, los asaltos a mano armada, el contrabando, y sobre todo de la corrupción que penetra hasta las estructuras más profundas de la administración pública. México, país de folletín, como bien dice Carlos Monsiváis.

Pero los que ahora leemos a Payno olvidamos que no fue sólo un importante novelista del siglo antepasado, sino una muy importante figura política y un extraordinario economista que logró ordenar, durante sus breves gestiones como ministro de Hacienda, las finanzas internas y reducir la deuda externa. Basten algunos ejemplos bastante dramáticos, los enumero:

Las aduanas eran el principal ingreso del Estado, ingreso mermado casi íntegramente por la corrupción y el contrabando. Para subsanar estos problemas los sucesivos gobiernos anteriores a la guerra de Reforma y a la intervención extranjera solían endeudarse de manera escandalosa: doy un solo ejemplo: de un préstamo de 50 000 pesos (de entonces) hecho por un extranjero residente en México, el gobierno recibe 12 600 y se compromete a pagar el total a un interés altísimo. La deuda, obviamente, se acumula

y ante la imposibilidad de recabar el dinero que debería haber entrado como producto de las aduanas, Payno se ve obligado a recurrir a la indemnización que el gobierno norteamericano le entregó a México después de la intervención norteamericana. Cuando después viaja a Inglaterra para negociar de nuevo esa deuda, la situación es idéntica. La deuda externa se pagaba con el dinero que el país había recibido de los Estados Unidos a cambio de la mitad de su territorio, y si la deuda no era pagada el país era invadido o intervenido por las potencias extranjeras. ¿Pura coincidencia con la situación actual?

Los bandidos de Río Frío fue publicada por entregas en España entre 1888 y 1891 bajo el seudónimo de Un ingenio de la Corte. Al final de su vida Payno residió en el extranjero, primero, en París como agente de colonización del presidente Manuel González (1882-1885), luego como cónsul interino en Santander (1886-1889) y, finalmente, con el cargo de cónsul general en España, con sede en Barcelona (1889-1892), durante el régimen del general Porfirio Díaz. El investigador francés Robert Duclas¹ dedicó varios años de su estancia en México para armar la biografía de Payno, y entre sus múltiples hallazgos probó que el novelista no había nacido en 1810, como siempre se había afirmado, sino en 1820, fecha que nos demuestra que muchos de los acontecimientos relatados y los personajes retratados con tanto rigor, penetración y sabiduría en su novela, los conoció cuando era apenas un adolescente, aunque las circunstancias extraordinarias por las que pasaba la nueva república obligaba a sus dirigentes, como en casi todos los países de América Latina, a iniciarse en la vida política desde muy jóvenes. A los 19 años Payno ingresa a la aduana de la ciudad de México y poco después viaja a Matamoros a trabajar en la aduana marítima, bajo las órdenes de don Manuel Piña y Cuevas, para iniciarse en este tipo de negocios, en que su padre lo había precedido y que él perfeccionó, como lo demuestran sus escritos sobre economía y su breve aunque brillante actuación como secretario de Hacienda. José Emilio Pacheco aclaraba en 1985, en su columna “Inventario”:

¹ Robert DUCLAS, *Les bandits de Río Frío, Politique et littérature au Mexique à travers l'oeuvre de Manuel Payno*. Institut d'Amérique Latine, 1979.

El más hábil folletinista de México fue también el genial financiero que (un siglo antes de que hubiera escuelas de economía) logró, cuando el país estaba deshecho a raíz de la intervención norteamericana y sus incalculables pérdidas territoriales, que nuestros acreedores de Londres redujeran el interés del 5% al 3%, el pago de intereses y dividendos se hiciera aquí y los réditos insolutos se rebajaran de diez a tres millones de pesos.²

Payno continúa su carrera y sus viajes por el país y en 1842 es nombrado administrador de rentas del estanco de tabaco en Fresnillo, mientras el escritor Guillermo Prieto, su gran amigo, ocupaba el cargo de visitador de tabacos en Zacatecas; el tabaco, cultivo muy codiciado, cuya distribución estuvo muchas veces fuera de la ley, como bien se demuestra en *Astucia, o los hermanos contrabandistas de la rama*, de Luis G. Inclán, otra de las grandes novelas mexicanas del siglo XIX, cultivo que, sería útil subrayar, Payno ayudó a liberar en 1848, medida que trajo como consecuencia un desarrollo importante de la producción nacional de tabaco y la desaparición del contrabando. Payno sigue viajando por su país y por el extranjero; en 1845 va a los Estados Unidos, durante el gobierno del dictador Antonio López de Santa Anna a estudiar el sistema penitenciario en Nueva York y Filadelfia con una comisión del secretario de Instrucción Pública. Participa en la defensa de México durante la intervención norteamericana y es coautor, con Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, entre otros, de *Apuntes para la historia de la guerra con los Estados Unidos* (1848). Más tarde, también como obra colectiva, escribe una sección de *El libro rojo* (1870) con Vicente Riva Palacio, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre. Desde muy joven destaca como periodista, colaboró a partir de 1841 en el periódico *El Siglo XIX*, donde publicó muchos de sus artículos de costumbres. En la *Revista Científica y Literaria* hizo las entregas de su primera novela de folletín *El pistol del diablo* (1845-1846), texto que dejó inconcluso y retomó en 1859. En 1861 publica *El hombre de la situación. Novela de costumbres*, texto que empieza a examinarse y reeditarse; escribió además numerosos cuentos, varios de los cuales publicaría en *Tardes nubladas. Colección de novelas* (1871).

² José Emilio PACHECO, *Inventario*: “Bandidos de ayer y hoy”, *Proceso*, 441, abril de 1985.

Durante la primera mitad del siglo XIX se incorporó al ejército y obtuvo el grado de teniente coronel, se hizo cargo de varios puestos políticos y administrativos, pero su participación en el golpe de estado del general Ignacio Comonfort contra la constitución liberal de 1857, su oposición a la desamortización de los bienes del clero, su apoyo al Plan de Guadalupe del político conservador Félix Zuloaga, y, más tarde, durante la intervención francesa, su colaboración con el imperio de Maximiliano, lo alejan del partido liberal e interrumpen su brillante carrera política a partir de los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada. A la caída del imperio, o mejor, después de la restauración de la república en 1867, incrementa su actividad de educador y se convierte en profesor de la preparatoria, es electo varias veces diputado, y, como ya se ha señalado, durante la dictadura de Porfirio Díaz, de 1882 a 1893, es enviado al extranjero con puestos diplomáticos.

A lo largo de su vida escribió y publicó numerosos textos en muy diversas disciplinas: ensayos políticos, económicos, educativos, históricos. Pasó un tiempo en prisión y estuvo a punto de ser ejecutado: el escritor liberal Ignacio Manuel Altamirano, autor de varias novelas publicadas después de restaurarse la república en 1867 —*Clemencia*, *El Zarco*, *Navidad en las montañas*—, pronunció el 2 de julio de 1861 un exaltado discurso en el Congreso, allí pedía su cabeza:

Se nos quiere aquí conmover con la perspectiva de las desgracias que han sobrevenido a este hombre y ¿no hemos presenciado y estamos presenciando los efectos de su crimen? ¿Cómo se pretende que pese más en la balanza de nuestra conciencia ese siniestro consejero del infame Comonfort, que la dignidad de la república ultrajada por él?

¿Payno es culpable?, sin duda. ¿Por qué? Porque ayudó a don Ignacio Comonfort a dar el golpe de estado; es decir, a violar las instituciones y traicionar a la república en diciembre de 1857. ¿Ha confesado su crimen? Aquí está su libro, y ahí está su confesión. ¿Qué nos falta pues? Declararlo culpable. Eso es obvio y no lo harán sólo los que, teniendo ojos no vean, teniendo oídos no oigan; o mejor dicho, teniendo alma no tengan valor, teniendo patria no tengan patriotismo. Y después, ¿qué falta todavía? Lo que ha faltado siempre, lo que falta aún hoy, lo que preveo con indignación que seguirá faltando, el rigor para castigar. Y lo temo porque semejante conducta acabará por hundirnos; porque en ca-

sos como éstos, perdonar es suicidarse, es hacer la apoteosis del criminal en vez de condenarlo a la ignominia...

Castiguemos a Payno y en vez de arrojar a los pies de Comonfort las flores de la adulación y las llaves de la república, arrojémosle la cabeza de su cómplice.³

Para nuestra suerte, la amnistía de 1862 lo liberó. A pesar de estas violentas y quizá justas acusaciones de Altamirano, su labor como educador, economista, periodista, diplomático, jurista y escritor fue muy notable, aunque ahora, insisto, se le reconozca de manera primordial por haber sido el autor de una de las novelas más significativas del siglo XIX mexicano. Duclas piensa que Payno regresó a México a mediados de 1893, donde fue electo senador y luego presidente del senado. Muere el 4 de noviembre de 1894: su muerte pasó casi inadvertida.

2. LA NOVELA

En su novela, Payno recrea el pasado, reconstruye una sociedad que, en apariencia, ha desaparecido casi totalmente cuando la describe, recrea la etapa de la anarquía con su trasfondo indisoluble de huérfanos y bandidos, y al hacerlo, demuestra que, en resumidas cuentas, las cosas en México no han cambiado. Para armar la trama de su inmenso texto épico, pone en escena a un huérfano, un huérfano peculiar, representa al niño expósito, Juan Robreño. El periplo de Juan por la ciudad de México y luego por el entonces inmenso territorio nacional, su breve pertenencia sucesiva a cada una de las clases sociales y oficios de ese México situado entre la Colonia y la República, su inserción en un tipo racial específico –hijo de una criolla y de un mestizo– le permiten ser el protagonista de un mito de origen, el de una nueva conciencia gestada penosamente a partir de 1821. Sin ese personaje, sin el esbozo de su figura, Payno hubiese sido incapaz de montar

³ Citado en Nicole GIRON, “Las incertidumbres del liberalismo”, en Margo GLANTZ (coord.), *Del fistol a la linterna, Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno, en el centenario de su muerte*, México, UNAM, 1997, p. 149.

su mundo novelesco como una épica nacional. En el título mismo de la novela se hace referencia a los bandidos, y como bien lo advertimos al ir la leyendo, este tipo de hombres cuya ¿profesión? es ambigua está apoyado de manera estructural en un fenómeno de desclasamiento aún más periférico y sin embargo medular, el que produce la orfandad. México, un país donde las estructuras de bandidaje demuestran ser indestructibles porque se apoyan en una carencia de origen que fatalmente, en aparente círculo vicioso, engendra el bandidaje.

Antes de entrar en materia, creo pertinente subrayar que su conocimiento de las instituciones eclesiásticas, jurídicas y educativas, la tenencia de la tierra y el intrincado sistema de las corporaciones religiosas en México le otorgan a la narrativa folletinesca de Payno un fundamento profundo y sólido y sitúan con autoridad histórica varias de las aventuras que viven sus personajes. En varios episodios de la novela se pasa revista a los problemas de la propiedad feudal de quienes habían heredado su riqueza desde los tiempos de la colonia, se menciona la presencia, aún vigente, durante la primeras décadas del México independiente, de los Juzgados de Capellanías, institución eclesiástica de raigambre, por ejemplo en el caso concreto de las leyes que regían las propiedades del Conde de Sauz y la capacidad que tenían sus abogados para enajenar los bienes del marqués de Valle Alegre por deudas, así como de mantener en litigio, desde la época de la conquista, la herencia de los descendientes de Moctezuma II y, en la novela, específicamente el inmenso legado que parecería pertenecerle a Moctezuma III.⁴ Puede comprobarse asimismo la fidelidad histórica con que se analiza el aparato jurídico de la época, un sistema que sanciona los peores excesos a los que nos tiene acostumbrados la novela de folletín: la utilización de las leyes para favorecer las fechorías de los tutores y los abogados y los consiguientes cambios de fortuna de quienes están encomendados a su tutela, por ejemplo, en *El fístol del diablo*, el penoso futuro de las mujeres cuyo destino es perder su dote entregada a maridos irresponsables o malhechores, o en *Los bandidos*, el caso de doña

⁴ Cf. Andrés LIRA, "Propiedad e interpretación histórica en la obra de Manuel Payno", en Margo GLANTZ, *op. cit.*, pp. 1123-133.

Severa, rica heredera y esposa de Relumbrón, cuyos malos manejos la hunden en la ruina. En suma, podríamos decir que este tipo de folletín pertenece a la literatura realista, o quizá naturalista, como tímidamente nos sugiere el propio Payno en el prólogo de la novela: la sociedad que produce este género literario favorece los excesos que aderezan sus escenas melodramáticas más extremas.

La temporalidad histórica de la novela abarca acontecimientos ocurridos durante el periodo de la anarquía, mejor conocida en México como el santanismo, época en que Santa Anna ocupó y desocupó muchas veces y de manera intermitente la presidencia de la joven república mexicana. Durante su reinado, el país sufrió varias intervenciones extranjeras, entre ellas, en 1838, la francesa, conocida como la Guerra de los Pasteles, reclamaciones que Francia hizo desde su armada anclada en Veracruz por una deuda de repostería, guerra en la que el dictador perdió una pierna, enterrada luego con gran pompa, y origen de su seudónimo, “el Quince Uñas”, título asimismo de una novela de Leopoldo Zamora Plowes. De consecuencias más trágicas fue la derrota que sufrió el dictador en la guerra emprendida contra Texas cuyo costo fue la pérdida de una gran parte del territorio nacional: Santa Anna, de triste renombre, al frente de sus tropas rechazó sin éxito la invasión norteamericana de 1847, su actuación en esa guerra fue ampliamente analizada por sus contemporáneos, en los ya mencionados *Apuntes para la historia de la guerra con los Estados Unidos*, en *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto y en la segunda edición de *El fístol del diablo* de Payno, novela reescrita entre 1858 y 1859. Santa Anna, uno de los modelos históricos en que se inspirara don Ramón del Valle Inclán para escribir su *Tirano Banderas*.

En su novela más famosa, Payno ha hecho coincidir diversos sucesos de épocas anteriores o posteriores al periodo que abarca la narración. Según las deducciones de Duclas, la acción de la novela transcurriría entre 1820 y 1839. 1820, sería el año en que Juan Robreño empieza su periplo como niño expósito, el mismo periodo en que, de manera casi sobrenatural, se prolonga el embarazo de doña Pascuala, de cuya suerte depende la existencia misma del expósito, personaje indispensable del folletín. Y 1839, año de la ejecución del coronel Juan Yáñez, marcaría el final de la

novela. Nunca se habla en ella ni de la guerra de Texas (1836) ni de la intervención norteamericana (1847); en cambio se mencionan varias guerras intestinas, epidemias, ferias, invasiones de indios apaches, y multitud de cosas más, algunas revisadas en pasquines, uno de los géneros en boga caricaturizados en el texto, utilizado además para reafirmar la estructura del folletín: el primer capítulo de la novela se escribe siguiendo ese modelo, perfectamente idóneo para hacer circular el rumor y propagar las calumnias. El personaje en quien se inspiró la narración, el coronel Juan Yáñez, es conocido en el texto sólo por su apodo de Relumbrón, y su ejecución, junto con varios de sus cómplices, fue tristemente célebre en México. En las memorias de la marquesa Calderón de la Barca se describe la siguiente escena:

Hablando de ladrones y robos, tema inagotable en la conversación, me contaba el otro día el Señor [...] que en tiempo del presidente anterior, cierto caballero fue a palacio para despedirse antes de salir para Veracruz. Fue recibido por el presidente, que se encontraba solo con su ayudante el coronel Yáñez y le contó confiadamente que iba a llevar consigo una considerable suma de dinero, pero que estaba tan bien escondida en el doble fondo de un baúl, del cual le hizo una descripción, que aun en el caso de ser atacado por los ladrones era imposible que pudieran descubrirla, y que, en consecuencia, no creía necesario hacerse acompañar de una escolta. Este confiado caballero salió de México al día siguiente con la diligencia. Apenas había salido de la garita el carruaje, cuando fue asaltado por los ladrones, los que, por extraño que ello parezca, se fueron en derechura del mismo baúl que contenía el dinero, lo abrieron, rompieron el fondo y apoderándose de la suma allí escondida, se marcharon con toda tranquilidad. Fue una singular coincidencia de que el principal de los ladrones, aunque medio cubierto con un disfraz, tuviera un sorprendente parecido con el ayudante del presidente. Si esto no son coincidencias...⁵

⁵ Citado en Tomás de CASTRO y Antonio ALVARADO, prólogo al folleto intitulado: *Extracto de la causa formada al ex coronel Yáñez y socios por varios asaltos y robos cometidos en despoblado*, México, Ediciones Hispánicas, 1987, p. V. Folleto asimismo publicado por Enrique Flores, INBA-UAM, 1988.

3. NO ES ORO TODO LO QUE RELUMBRA

Aunque en el prólogo se nos avise de inmediato que la causa instruida en contra de Yáñez da origen a la novela, en ella se entretienen además múltiples historias y el famoso Relumbrón brilla por su ausencia hasta la segunda mitad del texto. Por ella han deambulado numerosos personajes, y de manera principal el ya mencionado Juan Robreño, vástago ilegítimo de una condesita y el hijo de un administrador de hacienda, cuya aparición en la novela desata la trama y provoca el parto súbito de doña Pascuala, la protectora de Moctezuma III, a su vez protegido por un pícaro licenciado o tinterillo conocido en la novela como Crisanto Lamparilla.⁶ Las aventuras de Juan Robreño nos permiten explorar uno a uno los lugares más importantes de la ciudad de México y pasar revista a todas las clases sociales e instituciones nacionales, entender el destino de las antiguas castas y de los indios, visitar las iglesias y las casas más acaudaladas, bajar hasta los basureros, circular por los mercados, los canales, las acequias, las guaridas de malhechores, las madrigueras de los indios, cenar en fondas deleznables o en las mansiones acaudaladas, frecuentar los teatros y escuchar embelesados a los cantantes de ópera, jugar al tresillo en las garitas o en los salones, bailar en las mansiones más aristocráticas de la capital, malvivir y malcomer en un orfanatorio, ir a los entierros, entrar a las pulquerías, las cárceles, los juzgados, participar y mercar en las ferias, leer libelos, asistir a juicios espurios, ser miembro de un ejército precario, promover pronunciamientos, morir súbitamente en una epidemia de peste bubónica, presenciar asesinatos y robos a mano armada en las carreteras más frecuentadas del país.

Entre esos personajes y en algunos de esos lugares podremos trazar conocimiento con Evaristo el tornero, maestro del huérfano Juan y asesino de su esposa Tules, ahijada de Mariana, la madre del niño expósito y protectora del aprendiz. También hemos conocido a la guapa y decidida Casilda, primera amante de Evaristo, y a la simpática y sensual verdulera Cecilia que trae sus frutas y verduras desde el lago de Chalco

⁶ Margo GLANTZ, "Huérfanos y bandidos", en Margo GLANTZ, *op. cit.*, pp. 221-239.

a bordo de sus trajineras, y más tarde, esposa del licenciado Lamparilla. Otro personaje importante sería el licenciado don Pedro Martín de Olañeta, garbanzo de a libra, como vulgarmente se dice, cuando alguien es extremadamente valioso y, además y por ello mismo extraño: con esta expresión se califica también una piedra preciosa de tamaño excepcional y de magnífico pulido y oriente. Olañeta es, cosa extraña en el medio en que se mueve, un abogado honrado a carta cabal y el componedor más avisado de cualquier entuerto.

Las ocupaciones rurales de varios personajes, la aparición de algunos miembros de la iglesia, curiosamente menos abundantes en el texto que otros estamentos de la vida nacional, y la actividad militar desplegada en la novela nos permiten recorrer varias regiones y conocer las costumbres de la aún enorme república mexicana. Y ya transcurridas cerca de 400 interminables páginas, para ser exactos en la página 454 de la clásica edición de Porrúa, trabamos por fin conocimiento con nuestro héroe, el coronel Yáñez, alias Relumbrón, a quien yo a mi vez introduzco con estas palabras de su creador, por si no nos bastase la muy elocuente e irónica presentación de doña Frances Calderón de la Barca:

El jefe del estado mayor presidencial, con quien comenzaremos a hacer conocimiento, era un hombre de más de cuarenta años, con canas en la cabeza, patillas y bigote que se teñía; ojos claros e inteligentes; tez fresca, que refrescaba más con escogidos coloretes que, así como la tinta de los cabellos, le venían directamente de Europa; sonrisa insinuante y constante con sus labios gruesos y rojos, que enrojecía más con una pastilla de pomada, maneras desembarazadas y francas, cuerpo derecho, bien formado. Era, en una palabra, un hombre simpático y buen mozo, aun sin necesidad de los afeites. Vestía con un exagerado lujo, pero sin gusto ni corrección; colores de los vestidos, lienzo de las camisas, piel de las botas, todo finísimo, pero exagerado, especialmente en las alhajas, botones y prendedores de gruesos diamantes que valían tres o cuatro mil pesos; cadenas de oro macizo, del modelo de las de la Catedral, relojes gruesos de Toskell, botones de chaleco de rubíes; además, lentes con otras cadenas más delgadas, en fin, cuanto podía poner de piedras finas y de perlas, permitiéralo o no la moda, tanto así se ponía. Era notable su colección de bastones con puño de esmeralda, de topacio o de zafir;

era la admiración y la envidia aun de los generales cuya fortuna permitía rivalizar con él...⁷

Casi sin excepción los que nacieron huérfanos en la novela acaban convirtiéndose en bandidos (Relumbrón es también un huérfano, y aunque sepamos bien quienes fueron sus padres, él nunca lo sabe). ¿Cómo podía ser de otro modo en una sociedad productora de hijos ilegítimos y donde las desigualdades sociales son monstruosas? La presentación que Payno hace de Relumbrón pone de manifiesto la riqueza increíble de ciertos miembros de las clases encumbradas, es más, no sólo la pone de manifiesto sino que la ostenta. Hay que convenir en que no hay exageración alguna en esta aseveración: el personaje utiliza su cuerpo como maniquí para exhibir las prendas que lo adornan, como si estuviesen expuestas en la vitrina de una joyería, prendas-emblema de su importancia. A mayor exhibición, mayor el prestigio de quien las porta: la riqueza es objeto de rumor, de conversación y al mismo tiempo y, extrañamente, algo completamente natural, nos lo demuestra otra anécdota relatada por la marquesa Calderón de la Barca, describe el viaje que rumbo a la capital, después de desembarcar en el puerto de Veracruz, recién llegados de Europa, hace a la hacienda de Manga de Clavo junto con su esposo, el primer embajador de España en México después de la Independencia, recorren la carretera de Veracruz a México, el camino del oro y de la plata, como lo bautizara Alexander von Humboldt porque, durante la Colonia, era el destino obligado de las conductas cargadas de metales rumbo a la metrópoli. En esa hacienda reside Santa Anna en los breves intervalos en que, por razones políticas, desocupa la presidencia de su país. Los marqueses llegan a la hacienda justo a la hora del desayuno y la esposa del presidente los re-

⁷ Manuel PAYNO, *Los bandidos de Río Frío*, México, ed. Porrúa, 1991, decimocuarta edición. La primera edición de esta obra se publicó sin nombre de autor y con el seudónimo de Un ingenio de la corte en Juan de la Fuente Parres, Barcelona, s.f., se reeditó en México en 1918 en las ediciones Manuel León Sánchez, corregida por los descendientes de Payno. El filólogo Manuel Sol ha hecho una nueva edición cotejando las que de Payno existen y nos devuelve a la primera que he citado, edición más descuidada, en cuanto a lenguaje, pero la única que corrigió Payno. Los manuscritos de esta obra fueron destruidos por las tropas revolucionarias que entraron a la casa de San Ángel del autor. Esta edición cotejada y cuidada por Manuel Sol consignando estos cambios es la utilizada para la colección Archivos de la UNESCO.

cibe graciosamente enfundada en un vestido de seda, recubierta de pies a cabeza con los más finos diamantes y las esmeraldas más vistosas. No es casualidad que la novela anterior de Payno lleve el título de *El fístol del diablo*: su personaje principal es justamente Rugiero, el diablo, cuya prenda distintiva es un alfiler o fístol labrado en los más ricos metales, enriquecido con un enorme diamante amarillo, semejante a los que se engarzan en la platería de don Santos Aguirre, el padre del coronel Yáñez. “¿No ve usted, compadre —le dice Relumbrón a quien en realidad es su padre, y además su socio—, no ve usted que es necesario mantener el aparato y la representación?” (p. 471). Sí, el padre de Relumbrón es un joyero, cae por su peso: el progenitor de un hombre tan brillante es necesariamente quien pule y monta los diamantes. Podríamos hasta jugar con una clásica expresión, la que afirma que si alguien o algo puede brillar y no brilla es porque es aún diamante en bruto: para que brille es necesario pulirlo, es más, en este caso el verbo adecuado sería tallar, es decir, un diamante en bruto se talla para realzarlo y darle un brillo deslumbrante: valga el pleonismo. Y esta expresión nos viene como anillo al dedo, porque el vicio primordial que afea el carácter de Relumbrón, y también el de su Alteza Serenísima don Antonio López de Santa Anna, es la pasión por el juego, en verdad la pasión nacional en la primera mitad del siglo XIX mexicano. Quienes presiden el juego son los talladores, los que tallan las cartas, semejantes a los orfebres que tallan los diamantes.

4. LA ALQUIMIA DEL JUEGO

Hacía diez minutos que había comenzado la talla. González tenía en las manos las cartas; el oro, manejado por los *gurrupíes* que pagaban y los puntos que recogían, dejaba oír ese sonido seductor que no se parece a ningún otro sonido del mundo. El canto de las aves, la voz de una cantatriz, el cristal, la plata, nada es comparable con las monedas de oro cuando al contarse con una mano diestra chocan unas con otras y van despertando las más lisonjeras ideas de los placeres y las comodidades que se pueden disfrutar con ese que algunos necios, y seguramente muy pobres, han llamado *el vil metal* (cursivas en el original, p. 462).

Payno nos cuenta cómo Relumbrón, casi arruinado por su desorden y su ambición de lujo, decide tentar su última carta, es decir jugar a la baraja y hacer quebrar al dueño del garito, gracias a un golpe casi milagroso de suerte. Viraje del destino o del azar, su ganancia es tan fabulosa —treinta y siete mil pesos, mientras la gente de buen vivir puede mantenerse con doscientos—, su ganancia, repito, es tan enorme que, cuando gracias al azar del juego sube con el oro obtenido al carruaje que ha de conducirlo a su mansión, casi lo desfonda. Y al llegar a su casa ¡oh asombro! guarda su dinero en el ropero. La noticia de esta hazaña se difunde como reguero de pólvora y al día siguiente toda la ciudad conoce su fortuna y sin embargo nadie intenta robársela, a pesar de los violentos contrastes de miseria y riqueza, constantemente subrayados en la novela. Asombra esta familiaridad con el oro, metal que como digo se guardaba en los roperos, y no debajo del colchón, según la expresión vulgar: oro distribuido a diestra y siniestra, en escudos, en onzas, en gruesas cadenas, encima del tapete verde de la famosa casa de juego de Panzacola, situada en la calle que sigue llevando el nombre de Arenal, en el barrio de San Ángel, ahora sede, curiosamente, del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. El oro se desplaza con la misma rapidez con que los personajes se desplazan por la novela; su movilidad, signo de la transformación vertiginosa de la riqueza, es uno de sus rasgos sobresalientes. Daría la tentación de regresar a las crónicas de la conquista y especialmente a la de Bernal Díaz, releer los pasajes en que los embajadores de Moctezuma le ofrecen a Cortés objetos preciosos como muestra de respeto y deferencia hacia los recién llegados, con la evidente intención de que regresen a la costa, se embarquen de nuevo y vuelvan con sus naves o sus bártulos de donde habían venido; esos invasores que en cuanto reciben el oro lo examinan con admiración antes de proceder a describirlo en sus crónicas y sobre todo a fundirlo en gruesas barras, luego transportadas en pesados carruajes rumbo a los galeones que lo llevarían a la metrópoli, como parte del quinto real o, en raras ocasiones, en la forma en que había sido trabajado y entregado por los mexicas a los españoles, muestra indiscutible de la pericia y habilidad de los nativos del país para contrahacer, como entonces se decía, los objetos de la naturaleza, es decir, su pericia y arte para imitarlos con primor, mediante la orfebrería.

Mariana, la condesita, la madre del niño expósito, nos relata Payno, obligada por su padre a casarse con el marqués del Valle Alegre, recibe las joyas que éste le trae como regalo de boda, y abre sin entusiasmo los cofres que las albergan. El novelista maravillado compensa hiperbólicamente su indiferencia (NOTA AL MARGEN, *completamente folletinesca*: no hay que preocuparse, Mariana guardará fidelidad eterna a su amado, el ahora capitán de bandidos, el falso Pedro Cataño, y la justicia poética del texto la recompensará, como esperan sus lectores, reuniéndola al final con su amado y con su hijo):

Las joyas y diamantes que Mefistófeles presentó a Margarita y que la sedujeron y condujeron a su perdición eran cualquier cosa comparadas con las que contenían las arcas maravillosas que el marqués tenía delante, como si las hubiera adquirido de las misteriosas cavernas de Alí Babá. En efecto, las familias ricas de los tiempos anteriores a la independencia y que generalmente se designaban con el nombre de *Títulos de Castilla*, iban en el curso de los años reuniendo tales preciosidades y rarezas en materia de diamantes, perlas, piedras preciosas y esmaltes, que con el tiempo llegaban a formar una especie de museo de un valor crecido, que representaba un capital bastante para que una familia viviese con descanso. Zafiros, peinetas de carey, incrustadas de oro, con labores y cifras y piedras, verdaderamente una colección maravillosa de adornos y combinaciones distintas para la cabeza, los brazos y para los vestidos... Aretes de gruesos diamantes negros, anillos de brillantes y rubíes, collares de esmeraldas, adornos de topacio quemado, aguas marinas y rosas... El marqués sacó de su bolsillo una cajita de una sola perla, ¡pero qué perla! Más grande que un garbanzo, perfectamente redonda, y un oriente que sin los cambiantes, era superior al de un ópalo (pp. 299-300) .

Payno agrega, en nota a pie de página:

Un joven inglés que comerciaba en alhajas compró, entre otras cosas, en el Montepío, una perla más gruesa que un garbanzo, casi como una avellana, en 1000 pesos, y la vendió en Londres, para la reina Victoria, en 1000 libras esterlinas. Esas alhajas pertenecieron a una de esas ricas familias que se habla en esta novela (p. 299).

La riqueza es tan extrema que sólo parece verosímil si se la compara con las maravillas narradas en los cuentos de hadas —al mencionar a Alí Babá Payno nos remite a *Las mil y una noches*— o al folletín, *El conde de Montecristo*, por ejemplo, novela que él conocía muy bien. Lo más extraordinario: esa riqueza es verdadera, aún más, tangible, concreta, manejable, transportable, una presencia corroborada y resaltada en la nota de pie de página que he transcrito donde se da cuenta de la distinta manera en que la riqueza se trataba en los imperios y en las colonias: ¿no era entonces Inglaterra la reina de los mares y la reina Victoria, la soberana más poderosa de la tierra?

La ambición de Relumbrón sobrepasa cualquier expectativa de vida desahogada o, “descansada”, como de manera por lo demás curiosa señala Payno al terminar su hiperbólica enumeración de joyas, a menos que vida descansada quiera decir una vida donde pudiera gozarse con tranquilidad de esas inconmensurables riquezas, sin desear obtener más, cosa que resultaría imposible para quienes se enriquecen. Relumbrón poseedor de mansiones, haciendas, joyas, carrozas, trajes, no puede mantener el lujo al que aspira, esa colosal voracidad que todo se lo traga, esa impudicia que lo conduce a exhibirse, a cargarse de oro y de diamantes, a colorearse las mejillas y los labios y a teñirse los cabellos.

Don Santos Aguirre —su compadre, su socio, en fin, su padre— maneja otra teatralidad, la de la religiosidad, la abstinencia, la mortificación y la modestia, su casa es simple, sus enseres ordinarios, su único lujo es una virgen antigua albergada en un nicho de plata pura, como su cama, también de plata maciza y su servicio de mesa, del mismo metal. Don Santos Aguirre es un magnífico orfebre, en su yunque y con sus instrumentos transforma los metales y las joyas robadas que primero una corredora, doña Vivianita, y luego su hijo-compadre le consiguen; en su taller las prendas cambian totalmente de apariencia y de dueño para ser revendidas más tarde a sus originales poseedores. Relumbrón y don Santos alteran la circulación de la riqueza, estacionada durante mucho tiempo en las casas de las familias más pudientes y aristocráticas; gracias a esa operación, el oro se desplaza y se transforma en una sociedad en la que la nueva movilidad social altera las antiguas estructuras coloniales. Don Santos trata las

joyas robadas de la misma manera en que los alquimistas trataban el oro, las convierte en piedra filosofal.

En México sigue imperando esa polarización, la de la miseria y la riqueza extremas, han cambiado las maneras de almacenar la riqueza, guardada en las cajas de caudales de los bancos; en los tiempos paradisiacos resucitados por Payno, la riqueza se almacenaba dentro de las casas, donde a lo sumo se contaba con un espacio frágil y secreto que resguardaba las prendas más preciadas, además del oro, entonces, la moneda corriente, secreto que conocían todos los miembros de la familia, dentro de la cual se contaba a los mayordomos y criados de confianza. Las damas paseaban en coche y sus pechos, cabeza y manos iban cuajadas de joyas y sus vestidos eran de los más finos géneros. Casi podría decirse utilizando un símil vulgar que las joyas estaban engastadas en la pobreza.

Oigamos otra descripción de Payno, se refiere a los indios que habitan cerca de la ciudad de México, realza la otra cara de la moneda:

A poca distancia de la garita de Peralvillo, entre la calzada de piedra y la de tierra que conducen al santuario de Guadalupe, se encuentra un terreno más bajo que las dos calzadas. Sea desde la garita o desde el camino, se nota una aglomeración de casas pequeñas, hechas de lodo que más se diría eran temascales, construcciones de castores o albergue de animales, más que de seres racionales... (p. 8).

No deja de ser curioso saber cómo vive en las orillas de la gran ciudad esta pobre y degradada población. Ella se compone absolutamente de los que se llamaban *macehuales* desde el tiempo de la Conquista, es decir, los que labran la tierra; no eran precisamente esclavos, pero sí la clase ínfima del pueblo azteca que, como la más numerosa, ha sobrevivido ya tantos años y conserva su pobreza, su ignorancia, su superstición y su apego a sus costumbres... Unos con su red y otros con otates con puntas de fierro, se salen muy tempranito y caminan hacia el lago o hasta los lugares para pescar ranas. Si logran algunas prendas las van a vender a la plaza del mercado, si sólo son chicas, que no hay quien las compre, las guardan para comerlas. Otros van a pescar *juiles* y a recoger ahuate, las mujeres que por lo común recogen *tequesquite* y mosquitos en las orillas del lago, y los cambian en la ciudad, en las casas, por mendrugos de pan y por venas de chile. Las personas caritativas siempre les dan una taza de caldo y unas piezas de cobre... (p. 9).

5. LA UTOPIA DEL ROBO

Relumbrón, abandonado por la fortuna o quizá demasiado confiado en ella, tiene que remendar su suerte, porque la estructura de su riqueza es un tejido grosero, se rige por una filosofía que consiste en “tapar agujeros”. Antes de dirigirse a Panzacola, “para probar fortuna”, Relumbrón se encuentra milagrosamente a su amigo el coronel Baninelli, soldado valiente y honrado (otro garbanzo de a libra), nunca asciende en el ejército ni tiene fortuna, por lo que puede servirle a nuestro pícaro como antídoto contra la mala suerte. Y en efecto, acompaña a Baninelli Moctezuma III, el supuesto heredero de las riquezas de los emperadores aztecas, quien ya en la sala de juego, sólo le apostará a las figuras, pálpito o corazonada que hará rico por un instante a Relumbrón. Antes de ese encuentro fortuito, está al borde de la quiebra:

Por todo capital efectivo le quedaban veinte onzas y un par de cientos de pesos que había dejado en su casa para el gasto. Relumbrón sin embargo tenía casas en México, una hacienda, una huerta en Coyoacán, la casa que había cedido a Baninelli en Chimalistac y muchos otros negocios, y ganaba dinero por aquí y por allá; pero al mismo tiempo hacía cuantiosos desembolsos: pagaba libranzas por objetos comprados a crédito; sostenía tres casas con lujo; prestaba a los amigos y no les cobraba, hacía frecuentes regalos a los personajes influyentes; en una palabra, ningún dinero le bastaba, y desaparecía de sus manos como si un prestidigitador se lo quitase en uno de sus pases de destreza. No tenía orden ni contabilidad, un dependiente le llevaba meros apuntes en un libro de badana encarnada, y eso cuando estaba de humor de darle los datos. Lo que sí llevaba con mucha puntualidad era un registro, que cargaba en su bolsa, de la fecha en que debía pagar las libranzas que había aceptado... (p. 459).

Relumbrón gasta su nuevo capital en rellenar agujeros, es decir en pagar deudas viejas y en contraer nuevas y, una vez hecho el balance, advierte que aún debe alrededor de doce mil pesos: “Eran para su situación, no un simple agujero, sino un ancho boquete que tenía urgencia de cerrar, pues de lo contrario podía irse por allí su fortuna y su crédito” (p. 474). Ese

inmenso boquete por el que puede escurrirse su fortuna, arruinando su *modus vivendi* y su reputación, abre una nueva etapa en la vida de nuestro personaje, una etapa en donde el viejo desorden que regía su conducta se cancela para sustituirse por un orden preciso, perfecto, envidiable, necesario si quiere instrumentarse una organización ejemplar, la que sostiene a una utopía, la del robo: una intrincada red de ojos y orejas penetrará en los más secretos rincones de la ciudad, de sus mansiones, vigilará las carreteras y el tráfico de diligencias, ya amagadas por Evaristo, convertido en asaltante de caminos y nombrado inocentemente por Baninelli capitán de rurales para escoltar las carreteras, bajo el falso nombre de Pedro Sánchez. También se fabricará moneda falsa, se asaltarán las haciendas y las diligencias, se robará en las casas, y se desmontarán los garitos con cartas compuestas. Relumbrón da cuenta de su plan a su compadre, el platero, quien se encargará como siempre de transformar las alhajas robadas y de falsificar la moneda. Oigamos sus palabras, podemos acercarnos, pues como muy bien dice el refrán “las paredes oyen”, justo lo que hace en este preciso momento Rafaela la cocinera de don Santos, quien después le revelará a don Pedro Martín de Olañeta los intrínquilos de la conspiración. Relumbrón explica su plan y también plantea sus justos motivos para organizar el régimen del robo, que al fin y al cabo en su país todos son unos ladrones (“La mitad de todos los habitantes de este país ha nacido para robar a la otra mitad y esa mitad robada, cuando abre los ojos y reflexiona, se dedica a robar a la mitad que la robó, y le quita no sólo lo robado, sino lo que poseía legalmente”, p. 505):

Estamos hablando sin máscara, y la máscara de la honradez es la que usan de preferencia los que más roban. ¿Cree usted que no soy el primero que roba a la nación? Por una hora de asistencia diaria a palacio, y una guardia cada quince días, trescientos y pico de pesos cada mes... así son la mayor parte de los militares y empleados. Un oficio mal redactado y que no pasa de una cara de papel suele costar a la tesorería sesenta o setenta pesos, porque el escribiente no hace más que eso en un mes, o tal vez nada. Y de los que se llaman banqueros, y de los que el público señala con el apodo de agiotistas, ¿qué me dice usted? ¿cree usted que esas fortunas de millones se pueden hacer en ninguna parte

del mundo con un trabajo diario y honesto como el de usted, que se ha pasado dando golpes con el martillo y se ha enriquecido, pero se le han doblado las espaldas? ¿qué le ha producido a usted más; las custodias y los cálices que ha hecho para la iglesia o el rescate de diamantes y de plata robada? (p. 508).

La justificación permite pasar al acto, aunque cabe anotar que en este párrafo Payno se enmascara detrás de la máscara que Relumbrón se quita y explica la situación general del país en tiempos de la anarquía, aunque también, en los tiempos porfirianos en que escribe su novela, o, como diría o reitera Carlos Monsiváis,⁸ en el país que ahora estamos viviendo. ¿Cómo se urdirá la gran red que paradójicamente carecerá de agujeros? Démosle de nuevo la palabra a Relumbrón, nos explicará cómo ese tejido permitirá una impunidad total al tiempo que construirá la más aceitada y perfecta maquinaria:

Se lo explicaré mejor (compadre). Usted conoce mi buena posición en la sociedad; las muchas relaciones que tengo con las personas más distinguidas de la ciudad y de los estados; el respeto que inspira mi casa, gracias a la conducta irreprochable de mi mujer; tengo además, dinero, aunque no lo bastante para mis propensiones al lujo, al brillo y a la elevación que deseo; pero pase por ahora; con todas esas circunstancias ¿quién podrá creer en México ni en ninguna parte donde me conozcan que soy capaz de robarme un alfiler, como nadie creerá que usted, compadre, rescata por un pedazo de pan alhajas robadas de gran valor y estimación, y que usted mismo me ha vendido en lo que se le da la gana? Conque ya ve usted que lo primero y lo esencial, que es la impunidad, está asegurada, y tampoco vaya usted a figurarse que voy a ensillar mi caballo y a lanzarme al camino real a detener a las diligencias, ni a salir por las noches puñal en mano a quitar el reloj a los que salen del teatro y se retiran por los rumbos lejanos y mal alumbrados de la ciudad; nada de eso; el robo se hará en grande, con método, con ciencia, con un orden perfecto; si es posible, sin violencias ni atropellos. A los pobres no se les robará, porque un pobre nada tiene que valga la pena molestarse, y en segundo, porque eso dará al negocio un cierto carácter de popularidad,

⁸ Carlos MONSIVÁIS, "Manuel Payno, México, novela de folletín", en Margo GLANTZ, *op. cit.*, pp. 241-252.

que destruirá las calumnias e injustas persecuciones de los ricos que sean sabia y regularmente desplumados. Yo seré, pues, el director, pero un director invisible, misterioso, y manos secundarias, que ni me conocerán ni sabrán quién soy, ni donde vivo, darán aquí y allá los golpes según se les ordene y las circunstancias se presenten, y así marcharán las cosas en los diversos ramos que abraza este plan (p. 509).

País de abundantes recursos, de maravillas naturales, de vasto territorio casi sin explorar ni explotar, poblado de gente emprendedora, y sin embargo país sujeto a exacciones internas e internacionales. ¿Cómo se compagina para Payno esta utopía del robo, organizada y fructífera, con las grandes carencias y las grandes deudas que aquejan al país y que lo van despojando poco a poco de sus caudales? Lo que se busca y se encuentra y además se roba porque cambia de manos y circula libremente es tan pródigo como parecía serlo el mismo país que aquí se nos describe. ¿Cómo justificar entonces las deudas contratadas con otras potencias, esas potencias que invaden y amenazan con constancia inigualable al país durante el periodo en que se gesta la novela y se organiza el robo? Vuelvo a nombrarlas, la Guerra de los Pasteles, la más ridícula de nuestras guerras, la más folletinesca, la causada por una deuda por daños a ciertas pastelerías instaladas en el país por los franceses, deuda que le da licencia a su gobierno para amenazar con sus barcos las costas de Veracruz, y le regala a Santa Anna la oportunidad de convertirse en héroe, esa guerra en donde a cambio de unos pasteles se entrega como saldo una pierna. Y luego las inmensas deudas que Payno ayudó a disminuir, deudas millonarias que ocasionarían la tripartita invasión de México por las potencias aliadas: Francia, España, Inglaterra, guerra parcialmente resuelta: por breve tiempo la República se convirtió en Imperio.

Debajo de todo el tramado, muy escondidos, mucho más enmascarados aún que Relumbrón y sus secuaces están los agiotistas, los financieros, los banqueros que piden los empréstitos o que los proporcionan para acumular las deudas, tanto la interna como la externa.⁹ Termino este texto

⁹ Cf. Barbara A. TENENBAUM, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

pues corre el peligro de parecerse a un libelo, a un pasquín, o a la realidad que reviste la forma del folletín y en cuyos excesos uno cae también, sin casi darse cuenta. Remato con otra cita de Payno:

Pensaba —de nuevo Relumbrón, antes de construir su utopía y quizá inspirado por ellos—, pensaba en ese puñado de ricos que el público llama agiotistas, y le daba una rabiosa envidia la facilidad con que ganaban su dinero y el rango que ocupaban en la sociedad, formando una autocracia desdeñosa y egoísta, incapaz de hacer un servicio a nadie, ni aun de dar medio real a un ciego. Era un contrato de balas huecas, de tiendas de campaña, de fusiles de nueva invención, de cualquier cosa, y antes de que esos proyectiles se hubiesen entregado o los mercados construido, ya las cajas de fierro de los agiotistas, por este o por el otro artificio, estaban llenas de los sacos de a mil pesos salidos de la tesorería... (p. 494).

MARIGUANA, MOTA, GRIFA.
TRES ARABISMOS MEXICANOS*

Salvador DÍAZ CÍNTORA

Hace poco menos de un año tuve el honor de leer en esta Academia, en dos sesiones consecutivas, un esbozo de mi tesis sobre la existencia de arabismos puramente mexicanos, en el sentido de no hallarse registrados en las fuentes conocidas de la Península Ibérica. Mencioné en aquellas lecturas palabras como *chamuco*, *margayate*, *trespeleque*, *malatobo*, *timbiriche*, *granjeno* y otras, unas veinte en total. Volví luego a leer todo aquello, ya ante público ajeno a la Academia, en la sala Manuel M. Ponce. Dado que los aplausos son cosa de cajón, por así decirlo, el que todas tres veces se me hayan amablemente prodigado no quiere decir, en modo alguno, que alguien haya estado de acuerdo con lo que yo decía, pero tampoco nadie, ni entonces ni en el tiempo que ha corrido hasta hoy, me ha sugerido otra posible etimología, fuera de la árabiga por mí sugerida, para una sola de aquellas palabras.

Dije en mi estudio anterior que podía dar unas diez veces más de lo que daba entonces, es decir, alrededor de unos doscientos arabismos. Haciendo luego mis cuentas, vi que me quedé algo corto y que son unos doscientos ochenta. ¿Qué porcentaje representa esto del total de los mexicanismos? Don Eulalio Ferrer nos dice en algún lugar que las voces españolas de origen árabe constituyen un 17%. Pero en cada nueva edición del DRAE entra un gran número de palabras igualmente nuevas y, desde luego, ya no entran voces de origen árabe, salvo una que otra de cuando en cuando, como *ayatolá*, por ejemplo, o en la próxima edición, a lo que parece, *benna*, a cuya inclusión personalmente me opondría, pues tenemos

* Trabajo leído en la Academia Mexicana de la Lengua, sesión ordinaria de 25 de enero de 2001.

desde hace siglos *albeña*, que es desde luego la misma palabra en su forma genuinamente hispánica.

Puede decirse, por lo tanto, que conforme crece el total del vocabulario de la lengua, la proporción de arabismos es necesariamente cada vez menor, en cuanto que no tienen casi parte alguna en tal crecimiento. Dejan de entrar arabismos en España prácticamente al empezar el siglo XVI, es decir que el cese de aquella influencia se produce a raíz de la toma de Granada.

Es a mediados del siglo XVI cuando se piden de acá moriscos para el cultivo de la seda, y la Nueva España releva a la Península como receptor de nuevos arabismos. ¿Pero por cuánto tiempo? Personalmente, no pienso que para la época de Fernández de Lizardi, nuestra principal fuente, junto con Inclán, para los mexicanismos de vieja cepa, quedara un solo hablante que tuviera idea del origen de palabras como las mencionadas al inicio de esta plática. Sería iluso, creo, para entonces, hablar de moriscos en sentido lingüístico. Es, por tanto, el de Icazbalceta el vocabulario en que podríamos basarnos para nuestro porcentaje, en cuanto que este autor se funda sobre todo en aquellas dos fuentes, y todos nuestros arabismos habrían llegado, al habla al menos, ya que no a la imprenta, en años o siglos anteriores.

García Icazbalceta llegó en su trabajo al final de la letra G. Si tomamos un diccionario llevado a término, como el de Santamaría, encontramos que al concluir la G estamos justo a la mitad del libro; tenemos, en efecto, de la A a la G inclusive, 586 páginas, y para el resto de la obra, 585, una página de diferencia. Ahora bien, el número de voces registradas por Icazbalceta es de 1978; si de haberse concluido hubiera llegado al doble, tendríamos 3956, cuatro mil para decirlo en números redondos; 280 es justo el 7% de cuatro mil. Proporción apreciable, si tomamos en cuenta que los moriscos estuvieron aquí mucho menos tiempo (tres veces menos) que los moros en España, y ello nunca como amos ni conquistadores, sino como criados, en una minoría que diríamos casi insignificante; parece, entonces, que en la población novohispana, hubo una gran receptividad para esta corriente lingüística.

Muchas de las palabras que así entraron a nuestro idioma, son de poco uso, como *trespeleque* o *malatobo*; otras en cambio, como aquellas de que

ahora voy a tratar, *mariguana*, *mota* y *grifa*, son de cotidiana y ubicua presencia. Pero antes de que tratemos en particular de estas palabras, digamos algo del hecho mismo de fumar y de su huella en el habla. Es un lugar común, entre los cultores de ciertas tendencias en psicología, que el cigarro funge como sustituto del seno materno en el campo del inconsciente. Qué tanta razón tengan, júzguelo cada quien, pero, siguiendo con la teoría, y por aquello del famoso complejo de Edipo, el niño está naturalmente más enmadrado que la niña; esto concuerda con el hecho de que hayan sido siempre más los hombres que las mujeres que fuman, y ello lo mismo entre los antiguos mexicanos que entre los árabes. En el libro VI del *Códice Florentino* es a los señores, a los capitanes, a quienes se ofrece la flor y el tabaco (*in xochitl in yetl*); otro testimonio de ello lo tenemos en los *Romances de los señores de Nueva España*. Del otro lado, sabemos que durante el furor de la reforma puritana de los wahabitas, a principios del siglo XIX, se prohibió en Arabia, además del culto a los santos y el rosario, el tabaco, y no sólo su uso, sino hasta su nombre quedó vedado, de modo que los árabes, descontentos, se referían a él como *hajat ar-rajuli*, “la necesidad del hombre”.

Para hablar del hábito del fumador se usaba antaño entre nosotros la palabra *chupar*, “hoy casi desaparecida”, decía Icazbalceta, y así habrá sido en esta ciudad, pero en mi pueblo, cincuenta años después de la muerte del sabio historiador, era todavía de uso general. El DRAE define el verbo de este modo: “Sacar o traer con los labios y la lengua el jugo o la sustancia de una cosa.” El *Diccionario de Autoridades* añadía: “como hace el niño cuando mama”. Es cosa clara que los moriscos que vinieron a estas tierras no fumaban sólo, ni principalmente, tabaco, sino hachís: esta palabra tiene, en árabe digo, además de su muy específica acepción, una más amplia de *hierba seca*, y el tabaco que se fuma lo es; por otra parte, el verbo de que dicha palabra se deriva, quiere decir, entre otras cosas, encender, de modo que *hašš*, como adjetivo verbal pasivo, viene siendo una cosa encendida, y podría aplicarse, también en ese sentido, lo mismo al tabaco que a la mariguana.

¿Cómo pronunciarían esos moriscos el nombre de la yerba con el artículo, es decir, *al-hašš*, y cómo lo habrán adaptado, si lo adaptaron, al español los que aquí lo oían? En el artículo árabe, *al*, nos dice Silvestre de

Sacy, la vocal inicial se considera, según ciertos gramáticos, accesoria, y a veces se la suprime en la pronunciación (§ 131 y 961). Por otra parte, la *hache* (aspirada) se suprimía ocasionalmente en la pronunciación del árabe español, como en *lujju* por *li-wajhibu* (en su cara) donde la vemos suprimida dos veces (Alcalá *apud* Corriente, 4.1.7). Tendríamos entonces, suprimida la vocal inicial del artículo y la aspiración inicial del sustantivo, **lashish*, pero como el sonido *sh* pasa al español como *ch* (cf. *chal*, *chantaje*, *chutar*), tendríamos **lachich*. Mas no acostumbra el español palabras terminadas en *ch*, sino que les añade una *e* (v. g. *acebuche*, *azabache*, *azache*); por tanto, la cosa vendría a quedar en **lachiche*, y esto también haría que el hecho de fumar entrara de lleno, por la semejanza fonética del nombre del objeto de la acción con la otra chiche, el pecho materno (voz tomada aparentemente del zapoteco) en el contexto de simbología inconsciente de que he venido hablando.

Mas dejando ya estas generalidades, vayamos a las palabras que son propiamente materia de este artículo. Empezaré, por orden alfabético, con *grifa*. Esta palabra, como nombre de la hierba, no aparece registrada en el *Diccionario de mejicanismos* de Santamaría, sí en cambio el adjetivo: “Grifo, fa. Dícese de la persona intoxicada de drogas como la marihuana, la morfina o la cocaína”. No se nos da ninguna etimología. La Real Academia ya incluye la forma femenina como nombre de la planta, incluso sin determinación alguna de lugar de uso, lo que indica que es corriente en todo el ámbito de la lengua; el adjetivo, en cambio, sí aparece restringido a México, y se le quita en la definición lo referente a “la morfina o la cocaína”. La derivación, curiosamente, lo mismo para el grifo de metal del lavabo que para el grifo que fuma mariguana, es del animal fabuloso, mezcla de águila y de león, que inventaron alguna vez los griegos.

Sin meterme con la llave del agua, que no es mi tema por ahora, quiero hablar del grifo y de la grifa sólo en relación con la droga. Aparentemente se ha establecido desde el principio cierta relación entre su uso y el ambiente cuartelario. Bajo la palabra *mariguana* cita Santamaría, por ejemplo, un recorte de periódico de 1945 donde se informa que una mujer (de apellido Díaz, por cierto, pero aparentemente sin ningún parentesco con un servidor) “fue sorprendida pretendiendo introducir diez paquetes de mariguana en el Hospital Militar... La detenida dijo que la mariguana que

le había sido hallada se la entregó un soldado”, y en otra parte (s. v. *Juanita*) nos dice: “tal vez derivado de María Juana, nombre popular cuartelero, de la mujer del soldado, del Juan”.

Ésta, desde luego, no es sino una etimología popular como tantas otras que se inventan, y eso desde los tiempos de Platón, para explicar fácilmente cualquier palabra. Para la voz grifa pienso que la etimología es el árabe *'arīf*, que significa entre otras cosas, según la región, cabo o sargento. El cambio de *'ain* a *gain* se da ocasionalmente, y la eliminación de la vocal pretónica ocurre con frecuencia en el árabe de Marruecos, v. g. en *kerama* por *karama* (boda), *frash* por *firash* (cama), etc. Tendríamos entonces, para masculino y femenino, *grif* y *grifa*; la forma femenina, es decir el nombre de la planta, viene siendo, así, *la sargenta*. La asociación, pues, con lo militar, se habrá dado desde mucho antes de que aquí se llamara *juanes* a los soldados; que una droga a que algunos o muchos de ellos fueran adictos se denominara *la sargenta*, parece perfectamente natural. Así pues, lo mismo desde el punto de vista semántico que del fonético, es el árabe el que nos puede dar la etimología de nuestra grifa, y no el animal fabuloso postulado por el DRAE.

Vayamos a la mariguana. Desentendiéndome de la famosa y folclórica soldadera, que es cosa muy posterior, derivo la voz del árabe *marwana* femenino de *marwan*, nombre célebre, usado hasta por antiguos califas. Los lexicógrafos lo relacionan comúnmente con la radical *mrw*, *marwu*, el sílice; *marwana* entonces sería, por así decirlo, una cosa como piedra, una cosa dura. Ahora bien, lo blando se relaciona, y esto no sólo en el árabe, con la cobardía; lo contrario del sílice, en ese sentido, sería, por ejemplo, el yeso, y su nombre árabe, *jibs*, quiere decir también cobarde; el queso es *jubn* y la misma palabra quiere decir cobardía; ya por ahí la *dura*, la *marwana*, viene siendo la valiente, cosa, parece, bastante apropiada para el contexto militar en que nos hemos colocado.

Pero existen también las radicales *rwn* y *ryn*, la primera de las cuales significa violencia, dureza, la segunda (verbal) *invadir*, *someter*, y estas radicales de hecho se confunden una con otra, hasta en los grandes léxicos, donde vemos por ejemplo (Kazimirski), *sometido*, bajo la primera, que supuestamente no produce verbo. Ello es natural porque, semánticamente

hablando, el invasor es, desde luego, duro. Y esta invasión y sometimiento pueden tomarse, ya en el árabe literario, en sentido figurado, refiriéndose, por ejemplo, a la embriaguez. Con una *mím* (*eme*) preformativa, para el caso, v. g., forma IX del verbo, tendríamos también, a partir de estas raíces, *marwana*, que sería entonces, amén de su dureza, la que invade a uno, la que lo posee. No creo necesario insistir mucho sobre lo apropiado de tal etimología a los efectos de la planta.

Hablemos, en fin, de la *mota*. “Fumar es un placer”, cantaba Sarita Montiel hace ya muchos años, y cuando se habla del placer, sin ninguna especificación, suele pensarse antes que nada en el sexo; lo *fumable*, entonces, ya es otra cosa; no por nada Rosa Cowan, la famosa bailarina, salía en algún número disfrazada de puro, sugiriendo, en cierto modo la posibilidad de *fumársela*. Ahora bien, *mut’a*, en árabe, quiere decir precisamente placer. Ya se sabe que la vocal *u* de una voz árabe pasa generalmente a *o* en español, corán por *qur’an*, sin ir más lejos, y que la *’ain*, en los más de los casos, simplemente se elimina: *alarife* por *al-’arīf* y tantos otros. Tenemos, entonces, *mota* con todas sus letras. Y como en el caso del tabaco bajo el régimen wahabita, y más aún por sus mucho más drásticos efectos, era frecuentemente preferible no llamar a la mariguana por su nombre (*bas-bāsh*); los árabes acostumbraban designarla como *bast* (alegría, regocijo), un sinónimo pues, dentro del árabe mismo, y del mismo tipo, es decir, eufemístico, que nuestra *mota*.

No me queda sino esperar que ésta, hasta donde se me alcanza, primera investigación en serio de la etimología de estas misteriosas palabras, haya resultado inteligible (y fumable) para mis sabios oyentes, y claro, no hay por qué irritarse si alguien prefiere seguir machacando con viejos cuentitos de soldaderas y de juanes.

JUICIO CRÍTICO DE LA MEDICINA MEXICANA EN EL SIGLO XX

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

Cuando mi voz se apague, no dejes de percibir
el eco palpitante de mi silencio.

DESPERTAR

A la alborada del siglo XX, la escuela del pensamiento positivista enarbola-da por Gabino Barreda desde 1868 y sustentada por Porfirio Parra¹ y otros más considerados como sus seguidores, declina. Los pasajes de su exposición van aminorándose y hasta perdiéndose en aras del conocimiento íntimo en las reacciones condicionantes de toda representación vital, llámese salud, enfermedad, emoción, memoria, reproducción o herencia. Sin lugar a dudas, el propio siglo XX es el silo de las aportaciones caudalosas para la medicina. En todo: en métodos exploratorios, en pruebas funcionales, y más que nada, en el avance espectacular que apunta en el campo de la bioquímica, llamada a ser ésta la aportación dominante. La medicina ya no cabe en los marcos de la anatomía y de la fisiología, y busca en ella sus explicaciones. No hay fenómeno fisiológico, no hay proceso metabólico que no tenga su expresión química. Con el grave peligro, implícito por demás, de que los equipos técnicos que han venido a perfeccionar los exámenes, amenazan con suplantar la “casta observación” y el buen juicio clínico de quienes nos han antecedido. Recordemos que J. A. Hayward ha dicho que “las ciencias y la técnica han llegado a dominar a la medicina, excluyendo

¹ Porfirio PARRA, comenta José Luis MARTÍNEZ en las *Semblanzas de Académicos* en su exposición positivista alcanza brotes de tan fervientes convicciones, que de pronto asume giros afortunados y cierto temblor lírico: “En la nada fecunda de tus ceros / quise abismarme, conocer los ritmos / con que norman tus cálculos serenos, / llegar hasta sus límites postreros / en alas de tus raudos logaritmos”.

a la ciencia del conocimiento del hombre y a la técnica de la comprensión, la más importante de todas”.²

En las dos primeras décadas del siglo la salubridad, por no decir sanidad, afianza sus cabales. En México, Eduardo Liceaga es el alma de la instalación previa, pleno siglo XIX, del Consejo Superior de Salubridad, la legislación sanitaria y el arranque de las grandes campañas nacionales de salud pública, conducentes a la reforma del Código Sanitario Federal y la Ley de Beneficencia Privada en 1904, que rematan en 1917, dentro del artículo 73, en la sustitución de dicho Consejo Superior de Salubridad por el Departamento de Salubridad Pública. Por otra parte, al aplicar las enseñanzas de José Terrés, al seguir sus consejos, una pléyade de médicos revolucionan el concepto de la ciencia: Rosendo Amor y Fernando Ocaranza en la escuela, con el implante de la objetividad en la enseñanza y el pensamiento fisiológico dentro de la cátedra; Gastón Melo y Francisco de P. Miranda con el inicio de una nueva clínica de signo funcional; Manuel Gea González y Gonzalo Castañeda, al instruir sobre una clínica quirúrgica más ajustada. Los hospitales señeros refugian el saber médico dentro del vetusto Hospital Juárez, existente desde mediados de la centuria precedente; en el Hospital General, inaugurado durante 1905; y en el Manicomio General, antigua hacienda de La Castañeda, con estreno en 1910, poco antes del estallido de la Revolución. Todavía la escuela médica francesa es la predominante, por no decir casi única, la que rige dentro de las aulas mexicanas como predecesora de la angloamericana. Todavía hay una limitación del valer científico: como ejemplificara Ignacio Chávez,

hay más brillo entonces que solidez, y más amor por los exteriores solemnes que por el trabajo austero [...] en la enseñanza se refleja el pecado de la época: un cierto grado de suficiencia dogmática, un cierto resabio de verbalismo grandilocuente, restos de la escuela tradicional en que un discurso vale más que un hecho objetivo y en que un libro enseña más que un laboratorio.³

² J. A. HAYWARD, *Historia de la medicina*, p. 282.

³ Ignacio CHÁVEZ, *México en la cultura médica*, en *México y la cultura*, p. 888.

Naturalmente, la medicina va adentrándose en la maquinización de la humanidad: a la vez que el progreso de la técnica la arrastra, impulsándola con violencia hacia un desarrollo continuo, las concepciones filosóficas sobre la vida –tan sui géneris– la avasallan, repercutiendo sobre su evolución. Hemos de aclarar que en nuestro ambiente –un tanto cuanto amedrentado, quizá también aletargado por la paz dictatorial, y más tarde estremecido por el chispazo revolucionario– los señalamientos no consolidan sino hasta cuando la contienda se serena.⁴

LA ESPECIALIZACIÓN

En el transcurso del siglo XX la medicina del especialista va afianzándose. El sabio ubicuo o el práctico capaz de atender por sí solo al enfermo en toda su patología se diluye, divide o infiltra en multitud de caminos, haciendo del todo orgánico humano un conjunto de ramificaciones que de ninguna manera se completan, puesto que les falta ese hálito de vida, “soplo divino” de la integridad. En este caso pudiérase decir que la suma de las partes no es igual al todo. La labor médica, así, viene ejecutándose gracias a la colaboración efectiva entre muchos médicos, cada uno de los cuales aporta –como la pieza en la máquina– el dato y el hecho precisos, insuficientes por sí solos, pero indispensables para el funcionamiento de los demás. La especialización médica, fruto de nuestro tiempo, al decir del maestro Pedro Ramos, fragmenta, limita nuestro horizonte. Para José Ingenieros el especialista, encerrado en su círculo estrecho

carece de ideas claras acerca del universo que contiene al enfermo, la vida que vive, la sociedad en que actúa, las ideas que piensa: le falta lo más íntimo, la interpretación psicológica, y lo más amplio, la síntesis, que es la antorcha del genio.⁵

⁴ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Medicina familiar en México*, p. 26.

⁵ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Servicios médicos del IMSS. Doctrina e historia*, p. 18.

Recuerdo haber oído decir que “mientras sabe más y más de menos y menos”, el especialista contrae el riesgo de “saberlo todo de nada”. Priva casi tal sentencia. Quien hay que argumenta:

Cierto es que la especialización trae en su interior una norme fuerza expansiva de progreso, responsable en buena parte del avance espectacular que estamos presenciando; pero también contiene el germen de una regresión en el orden intelectual y espiritual. La visión parcial es sinónimo de limitación de nuestro horizonte. Lo que se gana en hondura se pierde en extensión. Para dominar un campo del conocimiento, se tiene que abandonar el resto; el hombre se confina así en un punto y sacrifica la visión integral de su ciencia y la visión universal de su mundo. Sufre con ello su cultura general, que se ve obligado a soltar como se suelta un lastre; sufre después su formación científica, porque deja de mirar la ciencia como un todo, para quedarse con una pobre rama entre las manos; sufre, por último, su mundo moral, porque el sacrificio de la cultura constituye un sacrificio de los valores que debieran fijar normas de su vida. Y en este drama del hombre de ciencia actual se perfila un riesgo eminente: la deshumanización de la medicina y la deshumanización del médico.⁶

Aun cuando debemos reconocer que una sola entidad humana se halla incapacitada para absorber o abarcar el cúmulo de conocimientos existentes hoy en día, porque el intelecto desconoce o rechaza obligadamente enormes fracciones de la ciencia. El especialista, dicese, es más beneficioso para la propia ciencia, pero el médico general resulta más útil para la comunidad.

Quizá sea Genaro Escalona el responsable de la ruptura de una medicina completa, integrada en un todo, al transformar el Hospital General de México —del cual toma las riendas en 1924— en un centro de mayores aspiraciones y de impulso creador cuando de la pobreza en que viene viviendo instala en él los servicios de especialistas, rompiendo así el viejo molde de estructuras arcaicas. La aparición de una serie de “pabellones” destinados a cada una de las principales ramas médicas casi es obra de magia. Surgen los médicos capacitados, formados en escuelas extranjeras o autodidactas,

⁶ *Ibidem*, pp. 18-19.

directores de cada uno de los sitios especializados: en primer término, de las tres secciones primeras de cardiología, doctor Ignacio Chávez en su jefatura del pabellón 21; de gastroenterología, doctor Abraham Ayala González, al frente del pabellón 24; de urología, doctor Aquilino Villanueva, guía del pabellón 5. Después, las especialidades crecen, multiplicándose. Para dar una idea, recordamos en tal nosocomio, entre otras: la oftalmología y la otorrinolaringología, conjuntas en el pabellón 1, dirigidas por los doctores Magín Puig Solanes y Juan Andrade Pradillo, respectivamente; 4, la venereología y vías urinarias bajas, doctor Fernando Quiroz; 6, la ortopedia, doctor Juan Farill; 7, la neurocirugía, doctor Clemente Robles; 11, la dermatología, doctores Salvador González Herrejón y Fernando Latapí; 13, la cancerología u oncología, doctor Guillermo Montaña; 14, la ginecología, doctor Rosendo Amor; 15, la cirugía, doctor Darío Fernández; 16, la angiología, doctor Mariano Vázquez; 28, la infectología, doctor Samuel Morones; 30, la obstetricia, doctor José Rábago. En núcleo separatista, los pabellones 26 y 27 trataban específicamente la tuberculosis, comandados por los doctores Octavio Bandala y José Luis Gómez Pimienta. Como jefes de servicio, todos ellos figuras prominentes de la medicina mexicana, formadores de escuelas con caudas de seguidores.

Al paso de las especialidades, la influencia francesa sobre la medicina mexicana pierde terreno: a la par destaca el entusiasmo por la escuela anglosajona, derivada sobre todo en los Estados Unidos de Norteamérica. Del punto crítico en que arraigan los servicios especializados, al crear una tradición, inician los cursos de graduados, se constituyen las sociedades médicas, van fundándose las revistas correspondientes como órganos oficiales: en resumen, un grupo de médicos jóvenes, entusiasmados por el giro de la profesión, elevan el nivel de trabajo. Las especialidades, desde entonces, generan el incentivo para crear hospitales nuevos, canalizados hacia un área propia. Vida novedosa en lugares diferentes. Con el tiempo, atomización de la medicina en inúmeros territorios hasta subespecialidades. A este respecto puede concluirse que si el perfeccionamiento, llevado al extremo, limita la visión del espíritu, circunscribe el campo de la doctrina, mutila el conocimiento y restringe o estrecha el criterio, si en cambio no olvida la medicina básica, si domina la técnica poco común pero no

descuida el cultivo de la doctrina biológica genérica; si en fin, ahonda y no sólo arieliza las ideas, resulta benéfica.⁷

TRANSFIGURACIÓN DE LOS HOSPITALES

El ritmo desconcertante de las especialidades propicia una especie de desahogo de los hospitales: el encuentro con una fórmula novedosa de aires encaminados hacia las alturas. Los nosocomios, de aquellos rústicos galeones horizontales, elevan su superficie o sus volúmenes hacia arriba, con verticalidad impetuosa, añadiendo sus funciones sustanciales de docencia e investigación dentro de sí. Salvador Zubirán, alrededor de 1940, desde la subsecretaría de Asistencia Pública, enardecido por la iniciativa de un Gustavo Baz renovador, y protegido por las preocupaciones constantes de quienes, como Norberto Treviño Zapata, Mario Salazar Mallén y demás socios de empuje, rotura un camino nunca antes andado. Ya desde antes el doctor Ignacio Chávez en su discurso *Una idea, un programa y una obra*, leído en julio de 1938, describe el cometido cabal del centro nosocomial:

Un hospital no debe ser —dice— solamente un local amplio y cómodo, con todas las exigencias de la higiene, ni un gran equipo moderno ni un grupo de hombres sabios que prodiguen su ciencia, ni un centro de altas investigaciones. Debe ser todo eso, pero ha de ser algo más. El hombre que allí va en demanda de asilo no es masa amorfa ni carne de experiencia. Es un hombre que sufre. Es un dolor que imprecisa o es un ansia humilde que espera. Y ni el local cómodo ni médico sabio son bastantes para entibiar la atmósfera que rodea su cama de vencido. Se necesita el aliento humano, la voz amiga, la palabra consoladora. Y nuestros hospitales son fríos, sin alma, sin caridad. No hay reforma más

⁷ Aparecen otros refugios especializados; sin ser todos, caben la neuropsiquiatría con Leopoldo Salazar Viniegra; la radiología, con Carlos Coqui; la investigación y embriología cuantitativa, con Ignacio González Guzmán; el laboratorio, con Luis Gutiérrez Villegas; la endocrinología y nutrición, con Francisco de P. Miranda; la alergia con Mario Salazar Mallén; la anatomía patológica, con Isaac Costero; las apreciaciones sobre el tifo y la fiebre ondulante, con Maximiliano Ruiz Castañeda. La cirugía resalta: Darío Fernández, Gustavo Baz, José Castro Villagrana, Julián González Méndez y otros, pasan a la historia gracias a su dedicación y destreza. Cada sector conoce un paladín. Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Historia de la medicina en la ciudad de México*, p. 76.

imperiosa que ésta de hacerlos acogedores. Hospital para hombres, que tenga un pálido reflejo de hogar. Necesitamos que nuestros médicos y nuestras enfermeras, además de su ciencia, prodiguen su bondad. Al llegar a estas líneas me doy cuenta de que he perdido el contacto de la realidad. Pero pienso que el hombre que lograra dar vida a esta reforma, podría morir en paz.⁸

Cuando el Primer Congreso de Asistencia Pública tiene lugar del 15 al 22 de agosto de 1943 en la ciudad de México, Salvador Zubirán hace referencia dentro de su conferencia *Consideraciones sobre la Asistencia Pública en México* a la construcción de hospitales:

Concebido el hospital como la institución por excelencia especializada, adonde debe llevarse a la humanidad doliente en busca de alivio a sus males, mismo hospital que consta de un complicado mecanismo y por ello, es a la vez que un centro científico, un hotel, una planta industrial y una escuela; encierra, asimismo, en su interior y al servicio del que sufre, un heterogéneo conjunto de seres humanos, desde la humilde afanadora y el experto mecánico, hasta el hombre de ciencia, dedicado a las más diferenciadas especulaciones científicas. Por toda esta magna significación el hospital sólo puede proyectarse cuando su programa de acción ha sido profunda y concienzudamente estudiado, cuando la *institución hospital* ha sido concebida y está en la mente de los organizadores, cuando se ha pensado con detalle en el sitio en que han de ejecutarse las funciones por desempeñar, de todos y cada uno de los miembros de ese conjunto humano, al servicio de la institución; hasta entonces debe proyectarse, repito, el *hospital edificio*, hasta entonces es posible trazar líneas en papel, y más tarde ver levantarse los muros del nuevo edificio.⁹

Y en la revista *Arquitectura*, número 15, abril de 1944, publica *Los nuevos hospitales de México. Consideraciones sobre la técnica de su planeación y funcionamiento*, donde enlaza la función tripartita fundamental de cada uno de ellos: asistencia, enseñanza o docencia e investigación. La enramada arquitectónica, bajo un nuevo diseño, delinea el Programa 1940-1946 que en 1943

⁸ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Medicina familiar en México*, p. 36.

⁹ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Enlace SZ-INN. Crónica de un Instituto*, vol. I, pp. 40-41.

culmina con el Plan Nacional de Instituciones Hospitalarias. El lapso de los cuarentas puede considerarse como el de los hospitales oficiales patrocinados por la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Anterior a este propósito surge al servicio público el Hospital de Huipulco, 1936, pero en dichos años, principalmente: el Hospital Infantil, 30 de abril de 1943; el Instituto Nacional de Cardiología, 18 de abril de 1944; y el Hospital de Enfermedades de la Nutrición, 12 de octubre de 1945. Enlazado con la docencia, Ignacio Chávez logra un adelanto enormemente provechoso cuando en 1937, al abordar la dirección del Hospital General, consigue la expedición de un estatuto de autonomía técnica y la creación de la carrera de médico de hospital: el estatuto asegura la selección del personal médico mediante oposiciones, el ascenso progresivo de jerarquía mediante méritos, la adición de una nueva categoría —la de médico adjunto— que abre la puerta a los jóvenes y facilita su especialización, lejos de toda marejada política y de toda influencia exterior.¹⁰

No nos detendremos a mencionar todos los hospitales construidos: sólo señalamos que a la creación de la Comisión Nacional de Hospitales, formada por orden expresa del Ejecutivo Federal el 15 de enero de 1954, surge otro arranque de construcciones hospitalarias en la ciudad de México.¹¹ Permanece afianzado el *Reglamento para hospitales, maternidades centros materno-infantiles en el Distrito, territorios y zonas federales*, añejo desde 1945, donde el hospital es definido como:

todo establecimiento oficial, descentralizado o particular, que tenga como finalidad primordial la atención de enfermos que se internen para su diagnóstico y tratamiento; podrá también tratar enfermos ambulantes, adiestrar personal y realizar labores de investigación.¹²

Ente 1960 y 1980 nace el complejo de los servicios de salud en el área sur del Distrito Federal, donde se acumulan hospitales que aún prestan atención médica. El Instituto de Cardiología mueve sus instalaciones al

¹⁰ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Historia de la medicina en la ciudad de México*, p. 176.

¹¹ Véase *Ibidem*, pp. 187-188.

¹² Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Servicios médicos del IMSS. Doctrina e historia*, p. 183.

local moderno durante 1976; el antiguo Hospital de Enfermedades de la Nutrición culmina en Instituto en el lapso 1968-1970. El consorcio añade otros inmuebles: Neurología data de 1964; el Psiquiátrico Infantil “Juan N. Navarro”, de 1966; el Psiquiátrico para enfermos agudos “Bernardino Álvarez”, de 1967; Cancerología antes, 1946. Cuanto funciona como Huipulco remata en el Instituto de Enfermedades Respiratorias en 1980. El Instituto Nacional de Neumología, vencido ya por los adelantos en la terapéutica antituberculosa, pasa a ser el Hospital General “doctor Manuel Gea González” desde 1972.

Otros núcleos diferentes de hospitales, los descentralizados pertenecientes a diversos campos patrocinados por dependencias oficiales, y los auspiciados por colonias extranjeras, llámese principalmente Beneficencia Española o Sanatorio Español, Hospital Francés en su época y Hospital Inglés, luego ABC, socorridos o cotizados entre los estratos económico-sociales privilegiados. Renglón último en el hospitalario, por fortuna incrementado dentro de la metrópoli-capital, el de los centros adheridos a los regímenes de seguros sociales: en este agregado institucional, el Instituto Mexicano del Seguro Social, sobresalen el más antiguo, Centro Médico La Raza, a partir de 1954; el Centro Médico Nacional 1961-1963, hoy Siglo XXI tras el terremoto fatídico de 1985; y la cadena dispersa de centros gineco-obstétricos, más una fuerte red estatal escalonada. En el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado, ISSSTE en siglas, al menos en la ciudad de México el Centro 20 de Noviembre, inaugurado en 1961, y el Centro Adolfo López Mateos, a partir de 1970. En el Ejército y la Armada, el Hospital Central Militar desde 1942, y el Centro Médico Naval hacia 1965. Sin contar, al final de nuestro siglo XX, con los consorcios privados tipo Hospital Ángeles o Médica Sur, donde no se sabe si la medicina encarece tanto en sus costos al aprovechar la tecnología más y más avanzada, o si la comercialización de nuestra profesión se adueña de los cuerpos y las almas de quienes la ejercen.

MEDICINA SOCIAL

La Constitución de 1917, germen de los seguros sociales en la fracción XXIX del artículo 123, desde la idea del establecimiento de cajas de seguros populares determina el estallido verdaderamente revolucionario de la asistencia al prójimo, íntimamente ligado a la medicina. En postura idealista, utópica pudiéramos decir, la seguridad social conceptúa “la protección permanente que garantiza la satisfacción de las necesidades vitales de cualquier sujeto”. Desde el momento en que Manuel Ávila Camacho toma posesión de la presidencia, el seguro social es un hecho:

... todos debemos unir desde luego el propósito de que un día próximo la Ley del Seguro Social proteja a todos los mexicanos en las horas de la adversidad, en la orfandad, en la viudez de las mujeres, en la enfermedad, en el desempleo, en la vejez, para sustituir este régimen secular que por la pobreza de la nación hemos tenido que vivir.

El Código de Seguridad Social aparece publicado en el *Diario Oficial de la Federación* el 19 de enero de 1943, y el Instituto Mexicano del Seguro Social —en siglas IMSS—, organismo que funge como gestor-administrador, funciona desde principios de 1944.¹³ Gracias a él, todos cuantos aportan a otra persona un servicio en virtud de un contrato de trabajo o están vinculados en una relación laboral —y los miembros de sociedades cooperativas, amén de los aprendices— miránse amparados en los riesgos que pueden acontecer, es decir, en accidentes del trabajo y enfermedades profesionales, enfermedades no profesionales y maternidad, vejez, muerte y cesantía en edad avanzada. El patrimonio del cual depende el funcionamiento se obtiene de aportaciones suministradas por los trabajadores mismos, los patronos y el Estado, en una proporción tripartita establecida, salvo en la rama de accidentes en el trabajo y enfermedades profesionales donde el patrón cubre la totalidad de los gastos. Las prestaciones médicas que el seguro social otorga, primordiales, giran acompañadas por las económicas y, a través del tiempo, por las sociales que elevan el nivel de vida de los

¹³ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Historia de la medicina en la ciudad de México*, p. 202.

asalariados.¹⁴ Según J. J. Dupeyroux, la seguridad social debe ser entendida como protección y promoción del hombre como

conjunto de esfuerzos de una colectividad que no sólo garantiza el bienestar económico de los individuos, sino que logra también su desarrollo completo en todos los planos.¹⁵

Háblese de medicina social o institucional: la verdad está en que la medicina no es sino una, aplicada con un mismo propósito desde diferentes ángulos o aristas comprometidas que de vez en cuando brotan inventadas. El principio del origen y del fin, dentro de cualquier teoría médica, no puede ni debe ser otro que el beneficio del hombre: ellas, las teorías, deben significar la destrucción o impedimento de cualquier privilegio en el campo de la salud humana, puesto que han de pretender el ajuste del hombre a sus semejantes y a su ambiente, en actividad creadora y con inteligencia alerta, amén de la aceptación halagüeña a las reglas de convivencia.¹⁶

Claro está que en un principio la improvisación del régimen se advierte en la incapacidad de atención o deficiencias notorias en él, pero al paso de los años, cuando el sistema se consolida, cuando se vencen innúmeras protestas y hostilidades, la asistencia médica se eleva en cuanto se refiere a la calidad y eficacia, aun cuando dentro de toda la trayectoria del siglo consten altibajos significativos. El balance final, de juzgar la aparición del régimen de atención médica de los seguros sociales, a mi modo de ver resulta positivo: infinidad de actividades nunca practicadas con anterioridad resuelven problemas inimaginados, de ser ellas vistas antes de los años cuarentas. Mediante técnicas modificadas o adelantos –así, por ejemplo, el impulso a la medicina familiar nacido al calor de los doctores Mauro Loyo, Bernardo Sepúlveda y Luis Méndez, dentro de las administraciones de dirigentes que ya quisiéramos hoy en día, Antonio Ortiz Mena o Benito Coquet, 1953 o 1954 en adelante, o el incremento de la docencia

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Medicina familiar en México*, p. 41. Definición de J. J. Dupeyroux en *Consideraciones sobre la seguridad social*, Cuadernos Técnicos de CIES, núm. 3.

¹⁶ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Servicios médicos del IMSS. Doctrina e historia*, p. 23.

y el apoyo a la investigación incipiente— crecen contactos más íntimos, de mayor relación humana o el binomio médico-paciente, y una contribución al desarrollo de la ciencia en México. Específicamente en el renglón de la medicina familiar existe la búsqueda de un acercamiento y un sentido mayor de responsabilidad hacia las personas que cada profesional atiende:

La parte medular de la innovación consiste en que la contratación de los servicios de sus médicos se haga, no por horas de trabajo o por número de enfermos atendidos en un lapso fijo, sino por la obligación de atender a núcleos determinados de población derechohabiente, adscripción de un grupo determinado de asegurados y sus beneficiarios a un médico general el cual, recordando al tan venerado “médico de cabecera” ya desaparecido, consejero y amigo, no limita sus funciones a la simple curación de las enfermedades, sino que puede prevenirlas, y además realizar una constante labor educativa.¹⁷

¿Hasta dónde el propósito renueva la utopía, mientras no desarrollemos o resurjamos al médico actuante “con ciencia y con conciencia”? La medicina, para ser efectiva, no puede ni debe contemplarse más dentro de una única dimensión técnica, sino engarzada a una dimensión social, pero sobre todo a una dimensión humana. Hasta hace poco, no sabíamos si en México la medicina social avanzaba o solamente sobrenadaba. Un bache, todavía ni siquiera afianzaba la pretendida solidaridad, a partir de la redistribución de la riqueza y mediante la convivencia humana. Empero, la emisión de una nueva Ley del Seguro Social en 1997, constituye otro aliento vivaz, hasta desde el punto de vista financiero. Ojalá perdure.

SALUBRIDAD Y ASISTENCIA

Nos conformamos con señalar los acontecimientos primordiales del siglo dentro de este territorio. De primera magnitud, la instalación del servicio social de los pasantes de medicina en 1936, cuando quienes han terminado

¹⁷ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Historia de la medicina en la ciudad de México*, pp. 202-203.

su práctica hospitalaria acuden a un pueblo carente de médico a prestar atención y a ejercer como oficial sanitario durante seis meses, con varios objetivos: distribuir hasta cierto punto, convenientemente, a los médicos en el territorio nacional; ejercitar en el sitio de asiento de labores de educación higiénica; proporcionar servicios profesionales, individuales y colectivos; realizar investigación sanitaria de aplicación práctica; y colaborar en la elaboración de estadísticas médicas.¹⁸ Los informes sanitarios de los pueblos obligan a la UNAM a establecer la Dirección General de Servicio Social en 1933, pero desde 1968 la duración del ejercicio práctico cubre la ampliación de un año. En el propio 1983 la Academia de Medicina dedica una sesión íntegra de su ejercicio semanal al servicio social, mismo calendario en que Miguel de la Madrid elogia sus frutos como medio muy eficaz para elevar el nivel de vida del campo mexicano.

Es el doctor Gabriel Malda quien fomenta el Departamento de Salubridad en los años veintes con su dinámica constante:

Si el pasado es aprovechable por todo cuanto tiene de bueno, nunca pensemos que en él podemos vivir; la mutación misma de nuestras celdillas nos da el aviso de que el ayer vendrá a ser sustituido por el presente, y el hoy será borrado por el mañana; quien no quiera seguir la corriente del tiempo y el espacio, quedará como el mineral subfijo al fragmento del terreno a que lo condena la gravitación.¹⁹

La Ley de los Servicios Coordinados, donde la red sanitaria se extiende a la provincia, data de 1933. El Código Sanitario, relacionado con la Ley de Secretarías en 1934, fija sus derechos y obligaciones al Departamento de Salubridad. La Secretaría de Asistencia Pública es creada el 31 de diciembre de 1937, aun cuando entra en vigor al día siguiente. No tan después, el 15 de octubre de 1943, queda instalada la Secretaría de Salubridad y Asistencia, donde se fusionan la Secretaría de Asistencia Pública y el Departamento de Salubridad Pública. Los médicos sanitarios o sanitaristas

¹⁸ Fernando QUIJANO PITMAN, *El servicio social de los pasantes, 1936*, en *Primicias médicas nacionales. Gaceta Médica de México*, vol. 135, número 5, 1999, p. 529.

¹⁹ En Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Historia de la medicina en la ciudad de México*, p. 197. De José ÁLVAREZ AMÉZQUITA *et al.*, *Historia de la salubridad y de la Asistencia en México*, t. II, p. 149.

proliferan. Preocupan la asistencia más humana y el esparcimiento de la docencia. Inmenso el incentivo de pugnar por una mejoría en la alimentación popular, y el de propagar la higiene pública nacional. La Ley de Secretarías de 1958 enmarca los asuntos competentes a la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Muy acá, en 1985, los adelantos en la epidemiología, la búsqueda de la erradicación de ciertos padecimientos –bien logrados en cuanto concierne al menos a la viruela y a la poliomielitis–, la educación higiénica de la población, desembocan en la creación de la Secretaría de Salud, incorporada al sistema nacional durante los periodos gubernamentales encabezados por los doctores Guillermo Soberón, Jesús Kumate y Juan Ramón de la Fuente. Aún luchamos con el registro desfavorable de la expansión demográfica inusitada, la precaria economía de nuestro campo, la contaminación ambiental y la aparición de nuevos flagelos como el SIDA, contrarios a la expectativa mayor de vida obtenida y, al menos, a la franca disminución de la morbilidad infantil.

ACADEMISMO

Al frente de innúmeras asociaciones y sociedades o de cuerpos colegiados, figuran en la capital del país las dos academias más prestigiadas: la Academia Nacional de Medicina y la Academia Mexicana de Cirujanos. La primera de ellas, que arranca desde el siglo XIX, 1865, siempre itinerante al no contar en un principio con casa propia, no obstante su defecto de asentamiento está pendiente de avances categóricos de nuestra medicina: destacan los estudios sobre el tifo, el mal del pinto, la lambliasis, la fiebre de Malta, la onchocercosis y, mucho más cerca de nuestro tiempo, el tratamiento de cisticercosis. Si bien nuestro gobierno la declara institución oficial el 9 de enero de 1912, la abandona a su suerte por largos años y no la sitúa en casa real en el bloque B de la Unidad de Congresos del Centro Médico Nacional del IMSS sino hasta 1961. Su criterio es el de considerar, al estilo de Eduardo Liceaga, a cada ciudadano como una parte de la patria, como una especie de palmo de terreno, y su función, la de propiciar la ciencia estricta recombinaada con el humanismo desinteresado.

No es mera coincidencia —dice Francisco de P. Miranda— que la edad moderna haya sido la época del florecimiento de la ciencia a la vez que la época en que se tuvo la libertad como un ideal. Si hemos de condenar esa época habrá de ser porque condujo a una civilización material en que la riqueza nacida de la productividad engendró a su vez lo superfluo que vino a esclavizar a todos. La Academia no ambiciona lo superfluo que habrá de esclavizarla...²⁰

El rumbo, clarificado, corresponde al incremento de secciones, mayor número de socios numerarios —académicos de prestigio las más de las veces—, pulimento de *Reglamentos*, celebración de jornadas anuales y mayor difusión del conocimiento básico en todos los ámbitos de nuestra nación. Lo genérico trata de fincar en el órgano de difusión que la representa, para todos conocido, la *Gaceta Médica de México*. Atisba, selecciona, distribuye los avances y las incógnitas más conspicuos. El intercambio constante de sus mesas directivas desemboca en una corriente de dinamismo permanente.

La segunda de las Academias de mayor prestigio en nuestro medio, la Mexicana de Cirugía, tras nacer en el transcurso de 1933, da lustre a la rama de la medicina de quienes la practican. Pronto maneja la revista *Cirugía y Cirujanos* como órgano propio. Crea el Premio Nacional de Medicina y desde 1967 vive al compás de la Nacional de Medicina en el mismo edificio-recinto del Centro Médico Nacional. Valora los adelantos acelerados de la ciencia de la “habilidad manual” y pretende acercarse a las clases desprotegidas mediante campañas extramuros.

Como filial de la Academia Nacional de Medicina, apuntamos única y muy brevemente a la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina. Fundada en 1958 por los doctores Ricardo Pérez Gallardo, Francisco Fernández del Castillo, Fernando Martínez Cortés y otros médicos de renombre, en forma ininterrumpida trata de desenmascarar los subterfugios de la ciencia hipocrática a través del tiempo. A últimas fechas por vez primera ha depositado sus riendas en manos femeninas, las de la doctora Ana Cecilia Rodríguez de Romo, capaz y emprendedora. Juan Somolinos Palencia fue el alma que la mantuvo viva.

²⁰ Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Historia de la medicina en la ciudad de México*, p. 194.

En el texto que escribí hacia 1996 sobre *El tramo de los grandes maestros, 1926-1964*, como fracción de una pretendida pero inédita actualización histórica de la Academia Nacional de Medicina, hice constar que el espíritu de sus miembros desea superarse, corregir sus deficiencias, ingresar al círculo de la creatividad permanente. Tal doctrina no es sino la de coincidir con los preceptos añejos todavía vigentes, encarcelados por la sabiduría lógica de Ignacio Chávez:

Necesitamos crear nosotros mismos, hacer ciencia nosotros mismos, y no pasarnos repitiendo las verdades y los errores que nos legaron otros [...] En la ciencia, más que nada, no puede haber el mañana sin el ayer. Y si queremos vivir ese mañana, han de empezar algunos por hacerse el ayer, raíz, base y apoyo de los que han de venir [...] Si México ha de contar un día en el mundo del pensamiento, no ha de ser por la ciencia que importe y ni siquiera por la cultura que asimile; ha de ser por lo que produzca, por lo que cree, por el acento original que ponga en el concierto de las ideas. Y en ese esfuerzo por encontrarnos a nosotros mismos y de iniciar la tradición científica que nos falta, México está empeñado como en un lance de honor.²¹

Por desgracia, y sin pecar de pesimista puro, conlleva la impresión, el convencimiento íntimo tal vez demasiado estricto, de que nuestro academismo continúa enfrascado dentro del elitismo nato. Nuestras Academias no están acostumbradas —así también un sinnúmero de nuestros académicos— a recoger el fruto diario de sus observaciones hasta hacerlo llegar a las masas, los enfermos desprotegidos y las clases más menesterosas. Quizá el rodar de los años recicle el camino y la ciencia más pura, emanada de las inteligencias privilegiadas, dialogue con el verdaderamente pobre y el necesitado. El compromiso futuro es el de situarse mucho más cerca de los demás, del grueso de la población.

²¹ *Ibidem*, p. 185.

ENSEÑANZA E INVESTIGACIÓN

Si de enseñanza hemos de tratar, volvamos a situarnos en los hospitales que incorporan la carrera de médico de hospital y cuanto se conoce como educación continua: un eterno bregar por el oasis o la selva de cuanto a diario se descubre, modifica, o cimienta en la ciencia de la medicina. La enseñanza asociada a la educación, con el doble propósito de forjar hombres. Distanciada la enseñanza de la educación si se toma en consideración que con la primera dirigimos con método adecuado el proceso de aprendizaje, enfocamos cuanto conocimiento y aptitud existen hacia el desarrollo de la personalidad del individuo, impulsamos los hábitos y actitudes que preparen al educando para ser moralmente consciente de los derechos y las obligaciones que sustenta como miembro de la sociedad, y así no simplemente lo instruimos, sino lo construimos en armónico desarrollo, mientras con la segunda de ellas reestructuramos la voluntad, tanto como la sensibilidad, robustecemos la dignidad de la persona e imbuimos la convicción del interés general en la sociedad y el respeto para profesar los ideales de igualdad de derechos de todos los hombres, logrando que cada quien se redescubra por sí propio.²² En suma, el objetivo supremo al educar debe ser el de formar un espíritu útil para estar a la altura de cada ocasión; civilizar, en una palabra, despertando en todo ser la vocación multiforme de la vida.

La enseñanza de la medicina recurre al traslado desde las aulas universitarias a los campos clínicos de las salas hospitalarias, con la citada enseñanza continua impartida por todos los centros educativos existentes. Nuestras Universidades se incorporan a los nosocomios. La carrera sin fin a la que nos lanza nuestra profesión nos impone, por una parte, la necesidad intelectual de saber, y por la otra, la necesidad moral de no privar a los enfermos de los beneficios novedosos de la ciencia: resulta tan agotadora, advertida con entera sinceridad, que a la vez que constituye un orgullo, aprisiona el grave peligro de nuestra ignorancia. Empero, paradójico parece que no todos los médicos sientan la necesidad de renovar y profun-

²² Jaime TORRES BODET, *Trece mensajes educativos*, en Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Servicios médicos del IMSS. Doctrina e historia*, pp. 339-341.

dizar el conocimiento, de continuar la educación de por vida, quizá por sobreestimación de sí mismos en casos, y también, en otros, por pérdida de interés en el mejoramiento profesional. Cuando el sostenimiento de la educación resulta un nuevo problema del médico del siglo XX, hay quien confiesa que

son muchos los desalentados, los tristes de espíritu, para quienes el fluir de la ciencia los deja indiferentes, sabiendo que el agua de esa fuente no será para ellos, sobre todo porque no tienen sed. Igual que no son pocos los que quisieran saber más, pero no se atreven a volver a las aulas, temerosos de pasar por ignorantes. Temen relajarse en su categoría profesional recibiendo lecciones de otros y se escudan, para explicar su inmovilismo, en obligaciones profesionales, en la esclavitud del trabajo diario o en limitaciones económicas.²³

Naturalmente, la enseñanza es de cada quien para cada quien. Si enseñar todo o aprender todo es imposible, no queda sino seleccionar lo fundamental. Preferentemente, mostrar al joven a estudiar y a desarrollar el gusto por aprender, y al hombre maduro a no quedar atrás, conservando o supliendo el conocimiento, según se haga imprescindible. Las escuelas de medicina están estructuradas a partir de sus planes de trabajo y programas especiales. Para nuestro infortunio, la huelga última de la máxima casa de estudios y el sesgo político extrainstitucional del conflicto han dejado lesionados muy en serio los destinos futuros de infinidad de vocaciones esperanzadas.

Además, el científico no sólo necesita saber su medicina, sino que en forma indispensable precisa compendiar e integrarse al resto del conocimiento universal. Eternizadas nos parecen las recomendaciones de un sabio maestro:

El hombre de ciencia que sólo es hombre de ciencia, como el profesional que sólo conoce su profesión, puede ser infinitamente útil en su disciplina, pero si no tiene ideas generales más allá de su disciplina, se convertirá irremisiblemente en un monstruo de engreimiento y de sus-

²³ Ignacio CHÁVEZ, *Un nuevo problema del médico de hoy: el sostenimiento de su educación frente al ritmo acelerado de la medicina*. *Gaceta Médica de México*, vol. XCVII, núm. 3, México, marzo de 1967.

ceptibilidad. Creerá que su obra es el centro del universo y perderá el contacto generoso con la verdad ajena; y más aún con el ajeno error, que es el que más enseña si lo sabemos acoger con gesto de humildad. Y para que no ocurra así es menester el alivio de una vena permanente y fresca de preocupación universal. He aquí por qué, a la larga, la mente humanística, aunque parece dispersa, tiene mucha mayor capacidad de penetración que la mente radicalmente especializada [...] El humanismo se parece por fuera, sólo por fuera, al enciclopedismo, mas sólo los cortos de vista los pueden confundir. No sólo no son la misma cosa, sino que en cierto sentido son cosas contrarias. Lo son en el sentido más profundo y definidor de las dos actitudes. El enciclopedista quiere dar una apariencia de sabiduría a la multitud de sus datos. Al humanista, su saber, cuanto más vasto, más radicalmente lo lleva a una conclusión humilde, pero llena de comprensiva ternura, de su sabiduría y de la de los demás. Mide el enciclopedista su saber por el número de cosas que conoce. Al humanista no le importa saber mucho, sino sólo las cosas esenciales para comprender lo que no puede saberse. El enciclopedista huele a catedrático y el humanista a maestro.²⁴

Sólo de soslayo hacemos hincapié en que la investigación sufre daños irreparables en multitud de ocasiones, porque en principio no es sino el proceso sistemático e intensivo dirigido hacia un conocimiento científico más completo, más íntegro de la motivación estudiada. Si para Santiago Ramón y Cajal todo investigador, además de poseer constante curiosidad intelectual, debe gozar de regular entendimiento, de no despreciable imaginación, y sobre todo de esa armónica ponderación de facultades que vale más que el talento brillante, pero irregular y desequilibrado,²⁵ para Walter Álvarez

cualquier médico que conserva la curiosidad acerca de los fenómenos que observa; que no queda satisfecho con aquellas explicaciones que no son convincentes; que persiste en hacer indagaciones científicas sobre sus pacientes y sus familiares; que no pierde de vista a sus enfermos, hasta saber qué sucede con su padecimiento; que hace anotaciones

²⁴ Ismael COSÍO VILLEGAS, *Discurso en la toma de posesión como presidente de la Academia Nacional de Medicina*, 8 de marzo de 1961.

²⁵ Cita en Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA, *Servicios médicos del IMSS. Doctrina e historia*, p. 392.

adecuadas; y que de tiempo en tiempo describe sus hallazgos en forma apropiada, es capaz de llevar a cabo investigaciones no sólo útiles sino muy necesarias para el progreso de la medicina.²⁶

Y René Dubos, en *Los sueños de la razón*, cataloga a la ciencia, incluida allí la investigación, como una revelación que amplía la conciencia, aguzando y extendiendo las percepciones directas.²⁷ No queremos pensar —porque no lo sabemos con certeza, pero adivinamos que la ruta desviada acarrea perjuicios insólitos— hacia dónde corre ahora nuestra investigación médica. Mantengamos la esperanza de que los tropiezos habidos resulten subsanados, en tanto el optimismo nos invade.

CONTRIBUCIONES

Imposible relatar cuanta contribución ha aportado la medicina mexicana durante el siglo XX a la ciencia universal. El libro así titulado, *Contribuciones mexicanas al conocimiento médico*, recopilado por Hugo Aréchiga y Juan Somolinos, y los artículos seriados de Fernando Quijano Pitman —a quienes rendimos pleitesía por su tesón y afán hacia la historia de la medicina nuestra— vierten un cúmulo de datos difícil de abreviar. A nuestro arbitrio, sentamos huella de cuanto más nos impresiona. Ya hay acento original en los estudios acerca de los cambios morfológicos de la citología vaginal advertidos por Eliseo Ramírez como precursor de la prueba hoy tan trillada del Papanicolau; o los estudios también sobre el mal del pinto que conducen a Salvador González Herrejón al descubrimiento del *Treponema* que lleva su nombre; y las pesquisas de Fernando Latapí sobre los conceptos de la lepra; o la identificación de la *Leishmania mexicana* por Francisco Biagi como agente etiológico de la úlcera de los chicleros; más la técnica aportada por Enrique Staines y Consuelo Cárdenas en el tratamiento del empiema tuberculoso por medio de la estreptomicina; y los descubrimientos hematológicos en nuestro ambiente por Luis

²⁶ *Ibidem*, p. 393.

²⁷ *Ibidem*, p. 398.

Sánchez Medal; acompañados todos ellos por la hidratación oral en las diarreas infantiles, preconizada por la escuela de Felipe Mota, y otros logros realizados por el grupo médico del Hospital Infantil de México, como el encuentro con la *Escherichia coli* Gómez por el equipo de Jorge Olarte, o el estudio del raquitismo de Silvestre Frenk y el hoy identificado como Kwashiorkor, desnutrición de tercer grado. Sin olvidar en estos terrenos las pruebas angiográficas portales de Jorge Flores Espinosa, o las más nombradas de Alejandro Celis acerca de la angiocardiógrafía por sondeo directo. Luego, las frecuentes adquisiciones de don Clemente Robles, como su esplenectomía retrógrada o la intervención primera a nivel mundial de un absceso amibiano cerebral, pero más notable todavía la aplicación ya usual del prozicuantel como tratamiento de la neurocisticercosis. En el Instituto Nacional de Cardiología, al menos las intervenciones cerradas intracardiácas por medio de catéteres, realizadas por Víctor Rubio y Rodolfo Limón, y las pruebas de potencial intracavitario, las experiencias del metabolismo y degradación de la colágena, por Ruy Pérez Tamayo, y la introducción del tratamiento de la cirrosis hepática por medio de colchicina, por Marcos Rojkind. En el área neumológica, las investigaciones minuciosas de Moisés Selman acerca de las neumopatías intersticiales difusas, y la práctica de la doctora Rocío Chapela relativa a la alveolitis alérgica extrínseca. Agregados: Luis Mazzotti y su reacción como respuesta alérgica para diagnosticar la infección por microfilarias de *Onchocerca volvulus*, y el uso del hetrazón para destruirlas, o Donato Alarcón Segovia y sus aportaciones a la reumatología. En fin, la investigación sobre el trasplante adrenocerebral en la enfermedad de Parkinson, de los doctores Ignacio Madrazo y René Drucker Colín, o los ya clásicos experimentos, muy anteriores por cierto, de Manuel Uribe Troncoso sobre la producción de humor acuoso, responsable de mantener la presión intraocular y la teoría mecanicista de la formación del glaucoma, más las observaciones de principios de siglo de Alfonso G. Alarcón en relación a la dispepsia transitoria del lactante, y el uso rutinario desde 1943 de la prueba de determinación de bilirrubina en el suero, reconocida como de Sepúlveda-Osterberg. Tenemos la certeza de que olvidamos mucho; pero no resulta conveniente extendernos más.

TECNOLOGÍA Y HUMANISMO

La tecnología podría definirse como el estudio sistemático de los artificios empleados por el hombre –animal hacedor de útiles según Benjamin Franklin– para obtener objetos necesarios. y el humanismo, en forma por demás simplista, como la tentativa coherente para elaborar una concepción del mundo cuyo centro resulte el hombre mismo. Tal parece como si hoy en día el avance de la tecnología, abrumador sin lugar a dudas, fuese oponiéndose al desenvolvimiento de un espíritu humano más congruente. Ya la medicina, absorbida por la tecnología, discurre por senderos intrincados. Muchos así sus caminos, llámense cibernética, biología molecular, medicina espacial, medicina nuclear, genética, cirugía endoscópica y, mucho más allá, clonación, inteligencia artificial, genes de tal inteligencia y hasta experimentación a control remoto de una cirugía por medio de robots. Vamos aproximándonos, o estamos ya, dentro de cuanto Horacio Jinich rotula como el “médico roto”, donde quien ejerce la medicina actual enraíza una dicotomía quizá vergonzosa: la del sentido humano, empapado en bondad, conciencia, caridad al prójimo y responsabilidad, y la contrapuesta, muy común como vertiente alejada, ajena al humanismo y hasta sucia, del materialismo invasivo de la profesión. Cuando la tecnología rotura al médico, Jinich la registra como

adiós a la individualidad, a la autonomía, a la originalidad, a la imaginación y a todo detalle de genio.

El médico ejercitante llega a ser un apéndice de la maquinaria y ésta, como motor ávido de enriquecimiento, como único objetivo pretende reunir dinero. Ya el médico, en un gran número de veces, es sólo un técnico de la medicina. Rota la relación médico-paciente, tal parece que nos estamos rompiendo nosotros mismos. No avanzamos en la apreciación de la vida: el hombre, disgregado y enajenado de la naturaleza, rotos sus valores y víctima de un desamparo espiritual, transita dentro de un consumismo material, inagotable y caótico. Su clima es de desencanto, desilusión, apatía y desengaño.

Creo sinceramente que hemos de volver atrás, mediante la capacitación del médico hacia cualidades sobresalientes, si se quiere características tales como:

1. una manifiesta inclinación hacia todo lo vivo y cuanto crece, y más hacia quien es prácticamente nuestra imagen;
2. el arraigo hacia la identidad e integridad, y la persecución del trascender del *yo* hasta concentrarse en el *sí mismo*, mediante la pretensión del *ser* más que del *tener*;
3. el ideal de que ese *sí mismo* se empape de los valores tradicionales, y así el amor, la ternura, la generosidad, la seguridad, la responsabilidad y la libertad dominen o se adueñen del espíritu y de dispersen hacia quienes se apoyan en nosotros mismos;
4. la posesión de un sano juicio crítico como calidad fundamental;
5. el saber por qué actuamos, y no solamente cómo;
6. el asomo a todos los campos y, a la vez, la concientización de nuestras limitaciones;
7. el impregnar la vida de ciencia y de cultura, y
8. el injerto de tales posibilidades como un humanismo aplicable a los demás.

Bien vale la pena estar ciertos de que

quienes estamos asistiendo a los cambios, vemos también con gozo los avances, pero empezamos a mirar con angustia lo que podría ser la medicina del mañana, el día en que las investigaciones que están en fragua arrojen su respuesta. Como en los sueños de los alquimistas, no sabríamos qué hacer con una medicina así, transmutada y deshumanizada, convertida en piedra filosofal.²⁸

La tecnología devastadora del futuro horroriza cuando sospechamos la destrucción de la evolución humana. La marea “robotizante” casi deificada del mañana, en lo personal, preocupa y aterra porque destruye apa-

²⁸ Ignacio CHÁVEZ, *Grandeza y miseria de la especialización médica. Aspiración a un nuevo humanismo*, III Congreso Mundial de Cardiología celebrado en Bruselas, septiembre de 1958.

rente o realmente un encadenamiento del cosmos que hemos figurado permanentemente. Perpleja, la mente no alcanza a vencer el pavor y la zozobra de un caos inclinado hacia la despersonalización del ser en sus proyecciones tanto físicas cuanto morales y espirituales. ¿Qué se espera de la rotura de la medicina dentro de todos los avances si no se ambiciona un deslizamiento hacia la perfección integral del hombre? Rodamos con el temor lacerante de advertir cómo se deshumaniza la ciencia médica, cómo no cuenta la perspectiva de enderezar el rumbo hacia una meta de acercamiento interpersonal donde el humanismo prevalezca en el siglo XXI. Más allá, empero, dentro del resquicio de la tradición histórica, navega un hálito de esperanza. ¿No es la sustancia la misma, la sustancia eterna del hombre, hecha de tal esperanza y de temor? Todo hombre que vive hoy está desgarrado por el destino dramático de nuestro tiempo. El siglo naciente obligadamente tiene que revertir hacia el humanismo, olvidándose una pizca o mucho de la tecnología.

Me pregunto ahora ante todos ustedes: ¿esta vida de progreso tecnológico que estamos viviendo será factor determinante para proporcionar mayor *felicidad* al hombre?

EVOLUCIÓN DE LA PRÁCTICA MÉDICA EN MÉXICO DURANTE EL SIGLO XX

Ruy PÉREZ TAMAYO

He dividido lo que sigue en tres secciones: 1) la medicina en México desde los principios del siglo XX hasta una década después de la revolución, o sea hasta fines de los años treinta; 2) las principales transformaciones de la profesión en nuestro país en el resto del siglo; y 3) los principales problemas a los que se enfrenta la medicina mexicana al iniciarse un nuevo siglo y un nuevo milenio.

I. LA MEDICINA EN MÉXICO EN LAS PRIMERAS TRES DÉCADAS DEL SIGLO XX

Como el resto de los países latinoamericanos, y también en buena parte del mundo occidental, la medicina de principios de siglo en México provenía de Europa, y en especial de Francia. Durante la primera mitad del siglo XIX la medicina francesa prevaleció en las distintas naciones europeas y su influencia atravesó el océano, enseñoreándose de la teoría y de la práctica de la profesión en toda América. En esos tiempos, tanto los médicos europeos como los del nuevo mundo no se consideraban propiamente educados en el arte de Hipócrates sin haber realizado por lo menos una estancia en los hospitales de París, siguiendo las clínicas de los grandes maestros franceses. A pesar de que el centro europeo de la medicina científica se mudó de Francia a Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, la tradición médica latinoamericana siguió nutriéndose en ese lapso principalmente de fuentes francesas; todavía en 1943, escuché decir a uno de mis primeros profesores en la Escuela de Medicina: *“Las ciencias médicas ayer fueron alemanas y hoy ya son norteamericanas, pero la clínica francesa es inmortal...”*

Esta preferencia por lo proveniente de Francia no se limitaba a la medicina: en México, buena parte de la cultura del siglo XIX estuvo dominada por las costumbres francesas, como resalta cuando se revisan aspectos tan disímolos como la literatura, el habla o la moda femenina de esa época. Las personas educadas hablaban francés como *boulevardières*, los libros que se leían y comentaban en sociedad eran los del éxito parisino del momento, las nanas de los niños ricos eran *mademoiselles*, y el saludo de los caballeros a las damas elegantes incluía el beso de mano. Naturalmente, tal comportamiento estaba limitado a un sector bien definido de la sociedad, el de la clase aristocrática y pudiente, a la que poco a poco se fue agregando la clase política durante los treinta años del porfiriato. Buena parte de los médicos provenían de familias acomodadas, que podían sostener a aquellos de sus miembros que se interesaban en estudiar medicina; después de todo, para hacerlo era necesario saber leer y escribir, lo que se aprendía en la escuela, a la que convenía asistir con zapatos y después de haber desayunado, lo que no era accesible a la inmensa mayoría de los mexicanos en esos tiempos.

En 1905 se inauguró el Hospital General (en una ceremonia en la que Amado Nervo leyó unos versos abominables pero que fueron muy festejados), construido siguiendo los modelos de los nosocomios franceses (el Hotel Dieu, el Hospital de la Salpêtrière, el Hospital Necker) a pesar de que éstos tenían ya siglos de haberse erigido y de haber demostrado sus terribles deficiencias.

Sin embargo, esta influencia prevalente de la medicina francesa en México a principios del siglo XX cambió de manera radical y en un lapso muy breve (considerando que había dominado el campo médico del país por más de un siglo) debido a dos circunstancias independientes, pero que ocurrieron en tiempos simultáneos: la revolución mexicana y la primera guerra mundial.

1) La revolución mexicana, iniciada por Madero en 1910, acarreó cambios radicales e irreversibles en el país en los órdenes cultural, social, político y económico. Para el interés de estas líneas baste resaltar que desarticuló, de manera grave y a la postre irreversible, nuestra relación de dependencia con la cultura europea, y especialmente de la francesa,

sustituyéndola al principio de manera burda y sin dirección definida por un nacionalismo tan estridente como artificial, que poco a poco ha ido adquiriendo bases más sólidas y menos demagógicas. Además, al precio de un millón de muertos, la revolución inició la apertura a la movilidad en la escala social de varias (no de todas) clases de ciudadanos que hasta ese momento no tenían ni siquiera puerta para soñarlo, aunque ésta estuviera cerrada a piedra y lodo. Por lo menos en teoría (llevada a la práctica, hasta donde se pudo en ese momento, por Lázaro Cárdenas) el triunfo de la revolución estableció que cualquier mexicano que lo deseara podría ser cualquier cosa, hasta médico.

Naturalmente, los problemas culturales y económicos para lograr este desiderátum no desaparecieron (ni entonces ni ahora), pero sí los de oportunidad y los planteados por la existencia de “castas” sociales, porque hoy el hijo de un violinista fracasado o de un mozo de laboratorio pueden ser un profesor emérito en la Facultad de Medicina de la UNAM o un médico cirujano especialista en el IMSS, respectivamente, para citar sólo dos casos que conozco de cerca.

2) La primera guerra mundial, que terminó con la derrota de Alemania en 1918, aceleró un fenómeno que ya se había iniciado en la medicina occidental desde principios del siglo XX, que se hizo todavía más aparente en el periodo transcurrido entre las dos grandes guerras europeas de este siglo, y que culminó y se ha hecho dominante en la segunda mitad del siglo XX, a partir del final de la segunda guerra mundial, en 1945. Este fenómeno es la transferencia del centro mundial de la medicina occidental de Europa a los Estados Unidos de América. Las dos catástrofes bélicas europeas de este siglo interfirieron con el desarrollo de la ciencia médica no sólo sacrificando en los campos de batalla a varias generaciones de jóvenes (médicos ya, o que nunca pudieron serlo), sino que además ahuyentaron de sus lares a los científicos ya formados, que emigraron en busca de paz y medios de trabajo. Esta diáspora fue reforzada por la política antisemita de Hitler, Mussolini, Franco y otras bestias históricas semejantes, a los que los Estados Unidos deberían construirles monumentos de gratitud (secretos, naturalmente), porque contribuyeron a transformar a ese país en el centro indiscutible de la medicina científica en el mundo contemporáneo.

En resumen, el primer tercio del siglo XX de la medicina mexicana se caracteriza por la pérdida progresiva de su dependencia total del patrón europeo (predominantemente francés), que la definió durante todo el siglo XX, y por los inicios de la adopción de una nueva filosofía, de nuevos conceptos sobre la teoría y la práctica de la medicina: los del nuevo líder de la medicina científica mundial, los Estados Unidos.

II. LAS TRANSFORMACIONES DE LA MEDICINA EN MÉXICO EN EL SIGLO XX

Cuando se restableció la paz social en nuestro país, al término de la revolución, la mayor parte de los médicos ejercían la medicina general. El título que se obtenía al terminar de estudiar la carrera era el de médico, cirujano y partero, lo que reflejaba la realidad de sus actividades, porque eso era lo que hacían la inmensa mayoría de los médicos mexicanos. La atención al pueblo en general, que no contaba con recursos para pagar la medicina privada (no más del 10 por ciento de los mexicanos podían hacerlo), era responsabilidad del Departamento de Salud, que pronto se convirtió en la Secretaría de Salubridad y Asistencia. En distintas entidades federativas había hospitales y consultorios gratuitos, pero la cobertura asistencial no llegaba al 20 por ciento de la población, de manera que el 70 por ciento restante seguía buscando ayuda para sus problemas de salud en curanderos y comadronas, como lo había hecho tradicionalmente.

Cuando se compara la estructura disponible con la que existe hoy, 70 años después, las diferencias son tan amplias y tan profundas que parecen referirse a profesiones distintas. Pero para usos descriptivos (y arriesgando un exceso de simplificación) es posible enfocarlas en las siguientes cuatro transformaciones: 1) de especialización, 2) tecnológica, 3) social, y 4) económica. Al mismo tiempo que la estructura de la práctica médica se ha transformado, han ocurrido otros dos cambios en nuestro país que la afectan profundamente, que son: 5) el crecimiento demográfico, con su consecuente cambio en la población, que pasó de ser predominantemente rural a concentrarse en las urbes, y 6) la transición epidemiológica.

La especialización médica

Algunas especialidades son tan antiguas como la medicina, por ejemplo la oftalmología y la obstetricia, y durante siglos los médicos se abstuvieron de practicar la cirugía (la poca que podía hacerse), que estaba en manos de los barberos y los charlatanes. Pero a lo largo de la historia el médico atendía igual a niños, mujeres y hombres, cualesquiera que fueran sus necesidades de ayuda (incluyendo ojos y partos), ejerciendo la medicina general. No fue sino a fines del siglo XIX y principios del XX que en el mundo occidental empezaron a reforzarse las antiguas especialidades en la práctica médica y a crearse otras nuevas, como resultado del crecimiento acelerado de los conocimientos científicos y de las habilidades que debían dominarse para ofrecer un servicio profesional óptimo a los pacientes. Las especialidades en medicina llegaron a México desde principios del siglo XX, pero su establecimiento definitivo ocurrió en la década de los treinta, gracias a un grupo de eminentes médicos mexicanos a los que se consideraba como los fundadores de la medicina moderna de nuestro país: Alfonso G. Alarcón (quien fue mi pediatra a fines de los veinte) y Federico Gómez, en pediatría; Aquilino Villanueva y Raúl Pesqueira, en urología; Ismael Cosío Villegas y Alejandro Celis, en neumología; Ignacio Chávez y Demetrio Sodi Pallares, en cardiología; Alfonso Millán y Guillermo Montaña, en cancerología; Clemente Robles, en cirugía cardiovascular y neurocirugía; Fernando Ortiz Monasterio y Alfonso Serrano, en cirugía plástica y reconstructiva; Leopoldo Salazar Viniegra y Ramón de la Fuente, en psiquiatría; Carlos Coqui y Narno Dorbecker, en radiología; Magín Puig Solanes, en oftalmología; Francisco Millán y Salvador Zubirán, en nutrición y endocrinología; Guillermo Soberón y Manuel Martínez Báez, en parasitología y salud pública; Abraham Ayala González y Raoul Fournier, en gastroenterología, etcétera. Casi todos ellos fueron mis maestros en la Escuela de Medicina de la UNAM en la década de los cuarenta, y también tuve el privilegio de que, en años ulteriores, algunos fueran mis amigos.

La especialización médica trajo consigo un cambio en el ejercicio de la profesión, que hoy se conoce como la práctica del grupo médico. En los tiempos del médico general, el paciente era atendido por un solo doctor,

generalmente elegido por el enfermo, que desde luego era el que veía a toda la familia; con la llegada de los especialistas, los casos difíciles eran enviados en consulta con el experto correspondiente, quien se encargaba de resolver el problema y regresar al paciente con su médico. Este arreglo se sostuvo durante mucho tiempo (de hecho, todavía funciona en muchos sitios) y evolucionó con la integración de grupos médicos especializados en distintas áreas, como internistas, infectólogos, pediatras, ginecólogos, gastroenterólogos, cardiólogos, etcétera, que se encargan en conjunto de atender los distintos problemas que aquejan a sus enfermos.

La tecnología

Hasta principios del siglo XIX los médicos sólo usaban sus cinco sentidos para obtener información sobre el estado físico de sus enfermos: además del diálogo con el paciente, el doctor lo inspeccionaba, lo palpaba, lo auscultaba, le tomaba el pulso, miraba y olía sus secreciones, y además apreciaba el ambiente en el que se encontraba, pero no tenía otros medios para ampliar la información recabada. La tecnología diagnóstica se inició en forma muy modesta pocos años antes de 1819, cuando Laennec enrolló unas hojas de papel en forma de un cilindro y puso uno de los extremos en el tórax de una paciente obesa, y el otro extremo en su oído, para escuchar mejor los ruidos cardíacos. A partir de esa fecha (en que se publicó la primera edición de su famoso libro *Traité de l'auscultation médiate*), al estetoscopio se sumaron un número creciente de instrumentos para facilitar la exploración física del cuerpo humano: oftalmoscopio, laringoscopio, esfigmomanómetro y baumanómetro, espirómetro, termómetro, electrocardiógrafo, gastroscopio, broncoscopio y otras técnicas de endoscopia, etcétera. En 1895 se descubrieron los rayos X, que muy pronto dieron origen a las radiografías y al fluoroscopio, y que con los años se han enriquecido con la tomografía, la angiocardiógrafía, la ecosonografía, la tomografía axial computada, la resonancia magnética nuclear, la tomografía por emisión de positrones, etcétera. En el siglo XX la tecnología diagnóstica se enriqueció con los estudios de laboratorio clínico y de pruebas funcionales,

que con la automatización logran realizar toda una batería de exámenes usando un mínimo de muestra. La tecnología transformó por completo a la medicina, y es indudable que comparando lo que la profesión era antes de la invención del estetoscopio con lo que es ahora, dicha tecnología debe considerarse como una bendición.

La medicina social

Desde sus inicios y hasta principios del siglo XI, la medicina fue una actividad preferentemente privada, que se ejercía en el consultorio del médico o en la casa del enfermo; la palabra “clínica” proviene de la voz griega *kliné*, que significa “cama”, lo que indica la frecuencia con que el médico acudía al domicilio del enfermo y lo atendía mientras éste estaba acostado en su cama. Esta tradición empezó a modificarse con el surgimiento de los primeros hospitales, que al principio eran más bien asilos para peregrinos y gente pobre que se encontraban en camino y no tenían dónde dormir, atendidos por religiosos que de este modo cumplían con el mandato de la caridad cristiana. Pronto los asilados empezaron a incluir enfermos sin recursos, que no podían darse el lujo de hacerse ver por un *medicus* en sus casas porque no tenían dinero ni casa para hacerlo, y llegaban al asilo en busca de un lecho, comida y alivio para sus sufrimientos. No fue sino hasta el siglo XVII cuando, junto con las ciudades, los hospitales empezaron a crecer, tanto en tamaño como en número, aumentando el sector de la población al que daban servicio hasta alcanzar cifras significativas, con lo que se inició la época de la medicina de hospital. A fines del siglo XVIII funcionaban 48 hospitales en la ciudad de París, en los que se atendía a 20 mil 341 personas (gracias a la regla de no admitir a más de cinco pacientes por cama), y en esa misma época ya existían La Charité en Berlín, el Allgemeine Krankenhaus en Viena, los hospitales Guy's y St. Bartholomew en Londres, y muchos otros más en otras capitales europeas.

El crecimiento de las ciudades tuvo otra consecuencia social interesante, que fue el desarrollo de las uniones de varios tipos de trabajadores, como mineros, tejedores, sastres, boticarios, panaderos, obreros de

distintas fábricas, etcétera. Estas sociedades profesionales protegían los derechos y los intereses de sus miembros y también cuidaban de su salud, al principio sólo como parte del espíritu solidario y por caridad cristiana, pero poco a poco se fueron organizando de manera más definida, hasta conformar verdaderas sociedades mutualistas. Este movimiento fue particularmente fuerte en Alemania, en donde a partir del fracaso de la revolución de 1848 se establecieron cooperativas de carácter socialista, que se enfrentaron al canciller, el príncipe von Bismarck. Éste dijo, en un discurso pronunciado en 1849: “*La inseguridad social del trabajador es la causa de que sea un peligro para el estado.*” Durante toda su carrera, el príncipe von Bismarck trató de arrebatarse a los socialistas la bandera de la seguridad social, hasta que lo logró a partir de 1883, año en que se aprobó la primera ley del seguro en contra de accidentes del trabajo y de la enfermedad, que incluía atención maternal y funeraria, y que es la precursora de todas las leyes de seguridad social del mundo de Occidente. Una ley más, la de pensiones de retiro, se aprobó en 1889, mientras que la ley del seguro en contra del desempleo tuvo que esperar hasta 1927. Con estas leyes el estado tomaba la iniciativa de proporcionar atención médica a todos los trabajadores organizados, por medio de una institución a la que también contribuyen empleadores y empleados. La salud adquirió carta de ciudadanía entre los derechos humanos y su cuidado ya no dependía de la caridad cristiana o de la solidaridad humana, sino era una función de la sociedad, administrada y subvencionada, en parte, por el estado.

Como los sistemas de seguridad social generan sus propios fondos, el problema no es tanto de financiamiento sino más bien de infraestructura y de recursos humanos. Con el crecimiento demográfico general, aunado al aumento proporcionalmente mayor de la clase trabajadora, la demanda de seguridad social y de atención médica creció en proporciones casi geométricas. Debido a este crecimiento, la capacidad de los sistemas de seguridad social para proporcionar servicios médicos se vio rebasada en todos los países, que empezaron a buscar distintas soluciones al problema, dando origen a las diversas variaciones de los sistemas nacionales de salud que hoy existen en varios países europeos como Francia, Inglaterra, Suiza, Alemania o España, dando origen también al que prevaleció durante 75

años en la Unión Soviética y que subsiste en Cuba, y al que prevalece en los países en desarrollo como Chile, Costa Rica o México. En cambio, a través de toda su historia, los Estados Unidos siempre rechazaron cualquier tipo de sistema nacional de salud.

Las instituciones de seguridad y servicios sociales se instalaron en México a partir de 1943, y en pocos años transformaron el ejercicio de la medicina en el país. Aunque al principio fueron vistas con ojos poco caritativos por un buen número de médicos, en parte por la competencia que representaron para su práctica privada, poco a poco se fueron incorporando a ellas y muchos de estos doctores terminaron por cerrar sus consultorios. La cobertura continuó expandiéndose, de manera que a mediados de los años cincuenta la seguridad social ya atendía a un porcentaje significativo de la población asalariada del país, dejando al resto a cargo de la Secretaría de Salubridad y Asistencia (con la excepción del siempre presente 10 por ciento que usa la medicina privada).

Pero el crecimiento demográfico, junto con el aumento en las fuentes de trabajo generadas por la industrialización, se acompaña de una ampliación brusca del sector de la población derechohabiente que siempre sorprende a los planeadores de la seguridad social por su inesperado tamaño. Eso es lo que sucedió en España cuando se estableció la seguridad social, es lo que pasó en Argentina y en Chile en las épocas de Perón y Allende, respectivamente, y lo que ocurrió en México a partir de la década de los sesenta. Desde entonces, las salas de espera de los hospitales del IMSS, del ISSSTE y de otras instituciones similares están repletas de pacientes, hay colas en todas las ventanillas, los enfermos esperan semanas y hasta meses para ser internados y operados, los médicos deben ver veinte o más pacientes por día, los laboratorios y gabinetes están sobrecargados de trabajo y los reactivos y otros materiales son insuficientes: en los quirófanos escasean los guantes y el instrumental, y en las farmacias el abastecimiento de las medicinas es incompleto e insuficiente para cubrir la demanda del público. La administración está tan centralizada y es tan piramidal que las decisiones sobre cualquier asunto, importante o no, cuando finalmente llegan a su destino ya han dejado de ser relevantes. La atmósfera que prevalece es de desánimo, de crítica y de frustración, tanto entre el público

como entre muchos miembros de la institución. No sorprende que con frecuencia se hable de la “deshumanización” de la medicina y de la pérdida de muchos de los aspectos positivos de la antigua relación médico-paciente, que simplemente ya no se da en el laberinto creado por la masificación y la centralización de los servicios proporcionados por las instituciones de seguridad social.

La economía de la salud

Otra transformación de la medicina ocurrida en México en el siglo XX ha sido la económica. De la misma manera que las otras tres transformaciones ya mencionadas (la especialización, la tecnología y la medicina social), ésta tampoco es privativa de nuestro país, sino que se trata de un fenómeno general, que afecta en mayor o menor grado a todo el mundo de Occidente. Es curioso que a través de toda su historia, de más de 35 siglos, la medicina nunca fue cara, nunca estuvo ausente en las clases menos privilegiadas, aunque también es cierto que su presencia era especialmente notable entre los aristócratas, los nobles y los príncipes de la iglesia. La medicina empezó a transformarse en un artículo de lujo cuando dejó de ser un servicio y se convirtió en un negocio, o sea, cuando los empresarios descubrieron que la humanidad doliente es un mercado cautivo inmenso (de hecho, está formado potencialmente por toda la especie *Homo sapiens*), totalmente abierto a la explotación comercial. El origen de esta transformación es incierto, pero en México se hizo aparente en la década de los cincuenta, con el crecimiento progresivo en el uso de nuevas tecnologías diagnósticas y terapéuticas, que además requerían la hospitalización de los pacientes, ya no sólo para su tratamiento sino también para realizarle diferentes estudios. Las instituciones de seguridad social construyeron grandes hospitales para atender a las masas de asegurados y la iniciativa privada invadió el campo de la medicina hospitalaria, conservando intacto su interés primario en la multiplicación del capital invertido. Los fabricantes y los distribuidores de los equipos y de las medicinas fijaron sus precios con base no en la mayor disponibilidad al público de sus productos sino en el máximo rendimiento

económico para sus accionistas. Este proceso es lamentable en los países desarrollados, cuya economía se basa en la abundancia, pero en ellos era explicable porque su afluencia daba para eso y más (aunque ya no), pero su existencia en los países subdesarrollados no sólo es absurda sino suicida, porque su economía se basa en la pobreza y no poseen recursos para sustentarlo. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX la medicina en México se hizo cada vez más cara, al grado que las instituciones responsables de proporcionarla y la mayor parte de la población que la necesita, ya no están en condiciones de pagarla.

III. EL FUTURO DE LA MEDICINA EN MÉXICO

Si en 1950 (recién graduado de médico, cirujano y partero) alguien me hubiera pedido que describiera el estado de la medicina en mi país en el año 2002, mis predicciones hubieran sido tan patéticamente absurdas como grotescamente equivocadas. Es por ello que este comentario será breve.

¿Cuál es el futuro de la medicina en México? ¿Estamos condenados a seguir el desarrollo comercial de la medicina de los países desarrollados, y sobre todo de los Estados Unidos? ¿De veras creemos que ése es el modelo de medicina que nos conviene a los países pobres? Su tecnología es fabulosa, ha transformado a la medicina en una ciencia de creciente efectividad y le promete todavía mayores avances en el futuro. Pero tiene problemas muy graves de accesibilidad para la mayor parte de la población. Aunque en teoría deberían haberse evitado por medio de la seguridad social, en la práctica eso no ocurre. Estos problemas resultan de la combinación de dos factores ya mencionados: el crecimiento en la demanda de asistencia médica y el elevado costo de los servicios. La estructura actual de los sistemas de atención médica para los distintos sectores de la población del país no ha podido evitar la crisis de la práctica de la medicina en el siglo XX; más bien, parece haber coadyuvado a precipitarla, a sostenerla y a empeorarla. Parece indispensable realizar un análisis objetivo y crítico de los sistemas asistencial, social y privado existentes de atención a la salud, identificar los errores y los defectos presentes en cada uno de ellos y

eliminarlos, sin temer que al final el análisis mencionado sugiera la necesidad de cambiarlos por completo por otros menos viciados y con mejores posibilidades de desempeñar de manera eficiente y efectiva las funciones que les corresponden.

De este análisis debería surgir también una legislación que regule y limite la comercialización de la medicina, desde luego sin interferir con el libre ejercicio de la profesión, de modo que detenga su transformación progresiva en un negocio para enriquecer a unos cuantos y le permita volver a ser un servicio para toda la sociedad.

POESÍA Y FILOSOFÍA

Mauricio BEUCHOT

INTRODUCCIÓN

La poesía ha tenido siempre un profundo vínculo con la filosofía. No se mezcla con ella, pero la ayuda, la acompaña, le brinda elementos y materiales para que los trabaje, para que los elabore, para que los haga filosóficos. Algo que llama poderosamente la atención es la extraña universalidad que tiene la buena poesía, que es muy semejante a la que alcanza la filosofía. Si encontramos un buen poema, aunque el poeta hable de sí mismo, es decir, de algo singular, nos vemos reflejados en ese poema como en un espejo, y nos alude a todos, alcanza una rara universalidad. Por eso la poesía sirve a la reflexión de la filosofía.

Atenderemos aquí a ese poder de universalización que tiene la poesía, el cual la acerca a la filosofía, la pone en su camino, y la hace útil para el conocimiento del hombre. Pues lo que en definitiva le interesa a la filosofía o al menos es lo que más le concierne es el hombre. Por eso la filosofía debe atender mucho a la poesía, fijarse en ella y sacar provecho de la filtración que hace de las emociones del hombre.

POESÍA Y UNIVERSALIDAD

Decía Aristóteles que la poesía es más filosófica que la historia. Es decir, la poesía es más metafísica que la historia, porque la historia describe o narra lo particular contenido en lo universal, y la poesía en lo particular que expresa también muestra lo universal. La historia dice lo singular, individuos y acontecimientos; y la poesía dice lo universal, aun en lo particular o singular que expresa. La poesía tiene la capacidad de apresar en el individuo

lo universal, en la parte el todo, en el instante la eternidad. El icono es el signo que, visto el fragmento, nos remite al todo. En el fragmento nos muestra la totalidad. Y eso es lo que hace la poesía. Más aún, en lo mismo fragmentario, en lo mismo concreto e individual, nos muestra lo universal. Al hablar el poema de un personaje, de un acontecimiento, de una experiencia o pensamiento, los hace universales, los señala y resalta su aspecto universal, su aspecto válido para todos. Lo universal está implícito en lo mismo singular, y la poesía lo subraya, lo destaca, lo muestra, lo explicita. Casi parece el modo que proponía Kant para universalizar en ética: desde el individuo que eres, compórtate de tal manera que tu conducta se pueda erigir en ley de todos los hombres. De manera semejante, el poema hace universal a lo particular, hace universal la historia. Es lo que da universalidad a la historicidad. Es lo que da permanencia a lo vivo en el tiempo: hace que no muera.

El poeta, al hacer universal lo histórico, lo temporal, es el que en verdad apunta al metafísico, que integra al tiempo en el ser, el ser y el tiempo. No un tiempo sin más, pues es el que lo hunde en la muerte, en la nada, el que lo condena al nihilismo. Sino que la poesía es la que integra el tiempo al ser, pero para darle vida, para rescatar, no para disminuir, lo universal y trans-histórico o meta-histórico que se halla en él. Incluso, el poeta ayuda al filósofo cuando necesita hacer ética, pues rescata de la historia el mal que ha sido hecho.

Esto es lo que reconoce Heidegger cuando, comentando la sentencia de Hölderlin que dice “Mas lo permanente es fundación de los poetas”, aclara que es lo más profundo del pensar, por ser más original. Y más adelante, explica: “Poesía es fundamento y soporte de la Historia y por tanto no es tampoco una manifestación cultural y menos aún ‘expresión’ del ‘alma de una cultura’”.¹ Con ello indica algo muy semejante a lo de Aristóteles: la poesía es más metafísica que la historia, por ser más universal.

¹ M. HEIDEGGER, *Hölderlin y la esencia de la poesía*, trad. J. D. García Bacca, México, Ed. Séneca, 1944, pp. 33 y 36.

LA VELA EN LA LLAMA

Gaston Bachelard ha apresado esta capacidad que tiene la poesía de transmitir lo universal en lo mismo particular que expresa, cuando dice que “la poesía es una metafísica instantánea. Ella debe dar, en un breve poema, una visión del universo y el secreto de un alma, un ser y cosas, todo a la vez”.² Lo ve como un conjuntar los instantes del tiempo vital en un instante de tiempo distinto, un poco al modo como Borges ve que un instante puede contener todo el tiempo. Bachelard añade: “Mientras que todas las otras experiencias metafísicas exigen interminables prólogos, la poesía se opone a los preámbulos, los principios, los métodos y las demostraciones. Ella rechaza la duda”.³ No es que carezca de argumentación; es que se da una argumentación compactada, reunida y sintetizada en una sola intuición persuasiva. Lleva condensadas muchas argumentaciones, interminables quizá.

La poesía transmuta sustancialmente el tiempo: “En todo verdadero poema se puede, entonces, encontrar elementos de un tiempo detenido, de un tiempo que no sigue la medida, de un tiempo que llamaremos *vertical* para distinguirlo del tiempo común que huye horizontalmente con el agua del río, con el viento que pasa. De ahí la paradoja que es preciso enunciar claramente: mientras que el tiempo de la prosodia es horizontal, el de la poesía es vertical”.⁴ Allí radica la diferencia entre la poesía y la prosa. De modo que se podría decir que la prosa es horizontal, sintagmática, mientras que la poesía es vertical, paradigmática. Se lee en profundidad, verticalmente. “El objetivo es la *verticalidad*, la profundidad o la altura; el instante estabilizado o las simultaneidades prueban, ordenándose, que el instante poético tiene una perspectiva metafísica.”⁵ Todo el mundo que la prosa despliega y extiende y explica, la poesía lo repliega, lo conjunta e implica: “El instante poético es pues necesariamente complejo: conmueve,

² G. BACHELARD, “Instante poético e instante metafísico”, en *idem*, *La llama de una vela*, Puebla, México, UAP, 1986, 2a. ed., p. 131.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibid.*, p. 132.

⁵ *Ibid.*, pp. 132-133.

demuestra –invita, consuela–; es sorprendente y familiar. Esencialmente, el instante poético es una relación armónica de dos contrarios”.⁶

Es algo dialéctico, analógico, conjuntador en el límite, pero siempre sin perder las diferencias, la diferenciación; Bachelard dice que es un andrógino; pero ésa es la pérdida de la diferencia; por eso yo diría: es casi un andrógino. Lo expresa así: “Más intuitivamente, la ambivalencia bien hecha se revela a través de su carácter temporal: en lugar del tiempo viril y valiente que se lanza y se rompe, en lugar del tiempo suave y sumiso que lamenta y llora, tenemos el instante andrógino. El misterio poético es un hecho andrógino”.⁷ Me parece que lo que Bachelard quiere resaltar es la condición de la poesía como no meramente esto o su contrario, es decir, no como algo unívoco ni algo equívoco, sino como algo analógico. Pero, como en mi visión de la analogía predomina la diferencia sobre la semejanza, por eso digo que es casi andrógino; a pesar de esa característica dual, siempre predomina algo que marca la diferencia. La diferencia debe ser defendida.

Pero la idea es la confluencia de cosas distintas y hasta contrarias en el seno de una semejanza, nunca de una identidad perfecta. “Un metafísico sensible encontrará así en el *lamento sonriente* la belleza formal de la desgracia. En función de la causalidad formal comprenderá el valor de desmaterialización en el que se reconoce el instante poético. Es ésta una nueva prueba de que la causalidad formal se despliega en el interior del instante, en el sentido de un tiempo vertical, mientras que la causalidad eficiente lo hace en la vida y en las cosas, horizontalmente, uniendo los instantes de intensidades variadas.”⁸ Aquí Bachelard resalta una cosa que me parece esencial: el carácter inclinado a la causa formal que tiene la belleza. No es que sea puramente formal, en el sentido kantiano, de puramente estructural o trascendental, incluye necesariamente algo material, de contenido. Forma y materia, estructura y contenido, se tocan en el límite, se encuentran y se unen, sin confundirse.

⁶ *Ibid.*, p. 133.

⁷ *Ibid.*, p. 134.

⁸ *Ibid.*, p. 139.

Es la captación del límite analógico, en el que las cosas se encuentran, un límite proporcional (esto es, proporcionado, por eso no se pierde la diferencia a pesar de la semejanza), en el que se dan las correspondencias entre ellas, como lo han visto muchos poetas tománticos y simbolistas. Bachelard lo ve en Baudelaire: “Es además sorprendente que uno de los poetas que aprehendió de la manera más viva los instantes decisivos del ser sea el poeta de las *correspondencias*. La correspondencia bodeleriana no es, como se la muestra a menudo, una simple transposición de la que resultaría un código de analogías sensuales. Es una suma del ser sensible en un solo instante”.⁹ Esa suma de lo sensible tiene que ser dada por lo inteligible, por el intelecto, que intuye las analogías.

Hace además Bachelard una inferencia muy extraña, al parecer: “Meditando por este camino, se llega de repente a la siguiente conclusión: *toda moralidad es instantánea*. El imperativo categórico de la moralidad nada tiene que ver con la duración. No se queda con ninguna causa sensible, no espera ninguna consecuencia. Se mueve directa, verticalmente, en el tiempo de las formas y de las personas”.¹⁰ Es, como se ve, el instante lo que rebasa al tiempo; es decir, tras la búsqueda de integrar la historicidad en la metafísica, no desligar el tiempo del ser, motivo del título de su libro (*Ser y tiempo*), Heidegger encontró el instante que se arrebata del tiempo, donde el ser se vuelve perenne a pesar de la fragilidad de quien lo detiene, el cual es el poeta. Es lo que encuentra en la época posterior a su célebre libro, en la etapa de la “vuelta” (*Kehre*), en la que encomienda la voz del ser a los poetas, a ellos los hace entrar en funciones de metafísicos en cierta manera inconscientes, o, por mejor decir, como guías de los metafísicos en ese tupido bosque que va más allá de la conciencia. Es lo que de alguna manera expresa Bachelard en lo que sigue diciendo: “El poeta es entonces el guía natural del metafísico que quiere comprender todas las fuerzas de comunicación instantáneas, la fogosidad del sacrificio, sin dejarse dividir por la dualidad filosófica grosera del sujeto y del objeto, sin dejarse contener por el dualismo del egoísmo y del deber. El poeta anima una dialéctica

⁹ *Ibid.*, p. 140.

¹⁰ *Ibid.*, p. 141.

más sutil. Él revela a la vez, en el mismo instante, la solidaridad de la forma y de la persona. Prueba que la forma es una persona y que la persona es una forma. La poesía se convierte así en un instante de la causa formal, un instante de la potencia personal”.¹¹ Así, el poeta está más allá –como debe también estarlo el metafísico– de la dualidad subjetivismo-objetivismo, es decir, se sitúa más bien en su cruce, en el entrecruce del hombre y el mundo. Allí donde se conectan y dejan de ser sólo lo uno o lo otro, para unirse por la analogía. Y vemos también una realidad muy grande: el poeta está más allá de lo subjetivo, y alcanza lo objetivo, o, si se prefiere, va más allá de lo individual y alcanza lo universal, porque explota un aspecto suyo que le da la potencia para hacerlo, a saber, su carácter de causa formal, paradigma o icono, el cual hace pasar insensiblemente de lo particular a lo general. Es persona y forma a la vez; o, quizá, es forma por ser persona, llega a ser causa formal por ser causa eficiente individual de la manera más alta y plena, así se gana el ser ascendido a causa universal. Vemos cómo de lo particular pasamos a lo universal, con una conducción como la que ofrece el símbolo, ya que es a través del icono o paradigma, o causa formal ejemplar, como llegamos a la causa formal intrínseca, que nos conecta con el sentido del todo. Y es la poesía quien la hace, la que con su capacidad de salto y de ruptura nos hace acceder a una abstracción insospechada a partir de su individualidad más pura y buscada.

EL TODO EN LA PARTE, LO UNIVERSAL EN LO PARTICULAR,
O EL TEXTO EN EL CONTEXTO

Según Gadamer, la metafísica y la poesía tienen algo en común, a saber, la especulación: “La enunciación poética es especulativa porque no copia una realidad que ya es, no reproduce el aspecto de la especie en el orden de la esencia, sino que representa el nuevo aspecto de un nuevo mundo en el medio imaginario de la invención poética”.¹² Puede llamar la atención el

¹¹ *Ibidem.*

¹² H.-G. GADAMER, *Verdad y método I*, Salamanca, Sígueme, 1977, p. 563.

que se llame especulativa a la poesía, pero lo es justamente por la extraña universalización tan grande que alcanza con sus propias fuerzas.

En Gadamer se alían la metafísica de la luz y la metafísica del Verbo, esto es, del Verbo como luz, del lenguaje como revelador del ser. Y esta doctrina platónica de la belleza “acompaña a la historia de la metafísica aristotélico-escolástica como una especie de corriente subterránea, y que emerge de vez en cuando, como ocurre en la mística neoplatónica y cristiana y en el espiritualismo filosófico y teológico”.¹³ Es la idea del origen del ser como Logos. Y del Logos como Forma. Es la idea de esplendor de la forma. Ella es lo que, visto, agrada; pero también es lo que muestra el ser. Muestra al ser agradando, lo vuelve significativo, humano.

Según insiste Gadamer —aunque no con estas palabras—, la poesía, aun en su metaforicidad, tiene una fuerza metonímica que hace pasar a la universalización. Ejerce una función simbólica de hacer pasar de lo sensible a lo conceptual, de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo universal. Es la fuerza de su iconicidad, como diría Peirce, es su capacidad de abducción, de llegar a lo universal partiendo de lo individual. Así, comentando al poeta Stefan George, dice el hermeneuta Hans-Georg Gadamer: “El Yo poético no es, como se suele creer, el Yo del poeta, sino, casi siempre, ese Yo común de cada uno de nosotros. Ni siquiera los intérpretes de George, por no hablar de los de Hölderlin o Rilke, parecen prestar la debida atención a la ambivalencia que se esconde en el poeta que dice Yo, y deberían escuchar mejor al propio George, ya que en ninguna parte ‘como en este libro (somos) tú y yo la misma alma’. Realmente *Das Jahre der Seele* tiene ese rasgo especial: en ninguna otra parte como en ese libro son el Yo y el Tú la misma alma. De ahí se desprende también que, para el poeta, en todos sus libros Yo y Tú son la misma cosa, y es eso lo que se ha de buscar en los versos en que el poeta habla del poeta”.¹⁴ Lo que dice el poeta es tan icónico, que abarca como en un modelo o icono todo lo referente a los demás, abarca a todos, como en un universal modélico, en un universal ejemplar.

¹³ *Ibid.*, pp. 580-581.

¹⁴ H.-G. GADAMER, *Poema y diálogo*, Barcelona, Gedisa, 1993, p. 51.

Más bien se trata, según el propio Gadamer, como de un diálogo que se entabla entre el autor y el lector, y es ese diálogo el que hace encontrar la correspondencia, el acuerdo, con lo cual se logra la universalidad.¹⁵ Es esa capacidad de resonancia, de un diálogo llevado a lo explícito desde lo más hondo del alma, lo que hace que el poeta encuentre repercusión en los demás, en todos: “en ti, en mí, en la propia alma”. Ésta es la universalidad poética, previa si se quiere, a la ontológica, pero preparatoria a ella, más aún, la lleva larvada en sí misma, de una manera que no encontramos siquiera en los estudios científicos. Es como una especie de antropología que nos prepara para el nivel ontológico, y que nos ayuda a hacerlo significativo; al remitirse a ella, al fundarse en ella y regresar a ella, la ontología encuentra en la poesía una tierra de cultivo nada desdeñable.

POESÍA E ICONICIDAD, METÁFORA Y METONIMIA

La poesía da conocimiento precisamente por su carácter icónico, es decir, de signo que presenta una cualidad de aquello que representa. Este carácter icónico de la poesía puede servir de lazo con la filosofía, dado que la iconicidad conecta la metáfora con la metonimia. En efecto, la iconicidad es una propiedad muy metonímica, ya que nos hace lanzar buenas hipótesis, hacer universalizaciones adecuadas. Ello nos muestra que la poesía y la metafísica pueden embonar en lo que la metáfora tiene ya de carga metonímica, o potencial icónico, el cual se despliega a partir de ella conduciendo a cierto conocimiento universal y explicativo, cual es el que se necesita para la filosofía y concretamente para la ontología o metafísica.

De hecho, dentro del marco conceptual de Charles Sanders Peirce, podemos decir que algo que habla de la pertenencia de la metáfora (una de las clases de la analogía) al icono es que, en literatura, lo icónico o primero es la lírica, la liricidad o el lirismo. Dinda Gorlée explica que “lo lírico crea en la mente del receptor imágenes icónicas que, en el caso de la poesía lírica, son viñetas compuestas. Despliega todos sus efectos sensoriales –sonido, rit-

¹⁵ *Ibid.*, pp. 58-59.

mo, forma— simultáneamente, superpuestos, interpretándose, iluminándose y modificándose. La multiplicidad ‘salvaje’ del modo lírico es producto de combinaciones formales nuevas que a su vez producen significados nuevos. (En la poesía las principales novedades son de tipo léxico y en el orden de las palabras.) Los significados del signo (subsigno, supersigno) de liricidad son conjeturas de escasa sustancia, propuestas personalizadas y siempre sustituibles por otras”.¹⁶ Esto significa que la abducción que conduce a la lírica es de tipo muy primario e icónico. Interviene en ella en grado sumo la iconicidad o la analogicidad, por eso no requiere de conjeturas muy elaboradas. No está muy en la línea de lo necesario o de tipo ley, nomológico o nomotético, propio de la terceridad; ni siquiera se le exige estar en lo existente, referirse a lo real, en lo que ha de darse como actualidad. Se cierne en el espacio de lo posible, y para ello basta con que sea imaginable, que iconice de manera metafórica a la realidad y se acerque a ella, que le sea semejante, que sea verosímil. Y nada más. Sus argumentos reposan en la retórica y en la poética. Continúa Goriée, diciendo: “Posiblemente pueden distinguirse tres tipos de liricidad. Si la poesía lírica representa el primer grado de la primeridad —la primeridad más pura o, desde la perspectiva inversa, la terceridad más degenerada—, lo lírico puede también poseer un (rudimentario) hilo argumental que le presta carácter de segundo grado de primeridad. En la poesía, pero también en los textos publicitarios y en los de las canciones infantiles, pueden encontrarse ejemplos de ambos tipos de liricidad. Existe además una primeridad más genuina y menos degenerada, la del signo verbal lírico que contiene un elemento de terceridad —es decir, de reflexión, crítica y/o ideología—, sin por eso dejar de apelar al puro sentimiento. Esto ocurre en la poesía didáctica y, en general, en el arte verbal que enseña, pero de manera no-racional y no-conflictiva —según es practicado, por ejemplo, en cierta retórica religiosa y política”.¹⁷ Con ello vemos de manera más clara el carácter retórico y poético de la argumentación que se da en este ámbito.

Alguien que retoma mucho el estudio de Peirce, incluso en cuanto a la poesía, es Roman Jakobson. Él emprende el análisis de la poesía justa-

¹⁶ D. L. GORLÉE, “Firstness, Secondness, Thirdness, and Cha(u)nciness”, en *Semiotica*, 65-1/2, 1987, p. 47.

¹⁷ *Ibidem*.

mente desde la iconicidad. Para él, la iconicidad tiene los dos aspectos de metáfora y metonimia. Por eso aborda desde esta perspectiva el estudio de lo poético. Y, ya que metáfora y metonimia forman parte de la iconicidad o de la analogía, ambas nos ayudan a ver sendos aspectos en la metafísica. En la poesía predomina la metáfora, en la metafísica la metonimia. O, en todo caso, en la metafísica la metáfora se da en funciones de metonimia. Pues la metonimia es la que hace universalizar, abstraer, así sea hipotéticamente. Es la que más realiza el papel abductivo, el que asume más desde dentro la iconicidad. Dice Jakobson: “No es pura casualidad el que las estructuras metonímicas hayan sido menos exploradas que el campo de la metáfora. Permítaseme insistir en mi vieja observación de que el estudio de los tropos poéticos se ha centrado especialmente en la metáfora, y que la supuesta literatura realista, estrechamente vinculada con el principio metonímico, aún se resiste a la interpretación, por más que la misma metodología lingüística, de que se sirve la poética al analizar el estilo metafórico de la poesía romántica, es totalmente aplicable a la textura metonímica de la prosa realista”.¹⁸ Veamos esto en la imagen.

Una imagen puede estar “en la línea fronteriza entre la metonimia y la sinécdoque”,¹⁹ como en “orgulloso caballo” designando a un héroe que cabalga (está la parte por el todo, o el que lleva por aquel que es llevado). Y aun puede tratarse de una sinécdoque metafórica, como cuando se habla de que el héroe va con su amada.²⁰ Así, en poesía la imagen tiene un lugar principal, y ella conecta la sinécdoque con la metáfora, pero también puede conectar la metáfora con la metonimia, que tanto participa de la sinécdoque. “En poesía no sólo la secuencia fonológica, sino asimismo cualquier secuencia de unidad semántica tienden a formar una ecuación. La similitud sobrepuesta a la contigüidad confiere a la poesía su esencia enteramente simbólica, múltiple, polisemántica, bellamente sugerida por la frase de Goethe ‘Alles Vergängliche ist nur ein Gleichnis’ (‘Todo lo que transcurre no es más que un símil’). Dicho en términos más técnicos,

¹⁸ R. JAKOBSON, “Lingüística y poética”, en su obra, *Ensayos de lingüística general*, México, Origen-Planeta, 1986, p. 389.

¹⁹ *Ibid.*, p. 381.

²⁰ Cf. *ibidem*.

todo elemento secuencial es símil. En poesía, en la que la similaridad se sobrepone a la contigüidad, cualquier metonimia es ligeramente metafórica y toda metáfora tiene una tonalidad metonímica”.²¹ Estas palabras de Jakobson nos hacen darnos cuenta de que hay un punto (sobre todo en la poesía) en el que se tocan y se juntan metáfora y metonimia, es decir, la metáfora, que predomina en el ámbito de lo poético, está habitada por ingredientes metonímicos, no es ajena a esa pulsión icónica y abductiva que tiende hacia lo explicativo-filosófico, pero que tiene que ser ayudada por la filosofía para hacerlo, para educir su contenido metafísico.

La metáfora no llega a prescindir de lo metonímico, como tampoco la poesía llega a abolir la referencia en aras del solo sentido. “La primacía de la función poética sobre la función referencial no elimina la referencia, pero la hace ambigua. Al mensaje con doble sentido corresponden un destinador dividido, además de una referencia dividida, como claramente aparece en los preámbulos de los cuentos de varios pueblos, así por ejemplo en el exordio habitual de los narradores mallorquinos: ‘Això era i no era’.”²² Esta persistencia de lo referencial en la metáfora determina la posibilidad de sacar un contenido objetivo, explicativo y universal por medio de la elaboración reflexiva, intelectual y racional. Ésta es la manera en que, a partir de la poesía, se puede construir en metafísica.

LO APOLÍNEO Y LO DIONISIACO

La contraposición de Nietzsche entre apolíneo y dionisiaco es justa. No es justo cuando dice que Sócrates/Platón es apolíneo y negador de lo dionisiaco. Platón es uno de los hitos de ese ideal, que tuvo el propio Nietzsche, de armonizar lo apolíneo y lo dionisiaco, las dos fuerzas. Pero, al armonizar fuerzas, se ejerce una acción de ponderación, de frónesis, y de proporción, de analogía. Y en la analogía predomina la diferencia. Por lo que en esa armonización habrá desniveles, claroscuros.

²¹ *Ibid.*, p. 382.

²² *Ibid.*, pp. 382-383.

Aquí es donde deben tocarse, intersectarse, la filosofía y la poesía. La filosofía puede representar aquí lo apolíneo, y la poesía lo dionisiaco. Si logramos conjuntar a las dos, lograremos conjuntar a aquéllas. No se puede confundir el hacer filosofía con el hacer poesía. Pero, curiosamente, en un principio, p. ej. en los presocráticos, poesía y ciencia concurren como partes de la filosofía. Y una y otra luchan por el predominio. A veces la filosofía es más científica, a veces más poética. ¿Cómo armonizarlas bien? ¿Cómo darles su justa proporción? Significativamente, en la analogía la equivocidad predomina sobre la univocidad. Así, en una filosofía analógica tendría que predominar la poesía sobre la ciencia, la intensidad poética sobre el formalismo/verificacionismo del cauce científico. Esto se ve tanto en Leo Strauss como en A. McIntyre.

Al querer conjuntar la filosofía y la poesía, se puede uno preguntar: ¿De qué se trata? ¿De hacer un poeta filósofo o un filósofo poeta? ¿O algo diferente? En efecto, se puede pensar en un filósofo que haga poesía o en un poeta que haga filosofía, o en algo distinto de los dos, a saber, un filósofo que asuma la poesía, o en un poeta que asuma la filosofía. Creo que un filósofo que asuma la poesía será el que mejor haga esa filosofía que buscamos. ¿Una filosofía poética o una poesía filosófica? Tal vez vaya a predominar una u otra. Y tal vez sea inevitable. Pero ambas opciones son tal vez válidas. ¿Parménides era un poeta filósofo o un filósofo poeta? ¿Platón era más filósofo que poeta? ¿Hölderlin y Octavio Paz eran más poetas que filósofos? alguna de las dos, poesía o filosofía, predominan. Depende de la personalidad del pensador.

Ya que en la analogía, en la que se conjuntan lo idéntico o unívoco y lo diferente o equívoco, predomina más la parte de diferencia que de identidad, en una filosofía analógica tiene que predominar la equivocidad sobre la univocidad. Pero siempre sin perder la parte de identidad o univocidad que constituye la semejanza, propia de la analogía; si no, sería pura diferencia. Así pues, no es mera diferencia, también involucra identidad, o, más precisamente, semejanza. Por eso en una filosofía analógica tiene un lugar importante la metáfora, pero dando buen lugar a la metonimia.

Y es que, como nos lo hacen ver tanto Paul Ricœur como Octavio Paz, en la metáfora hay una carga ontológica; en estado no elaborado, y que se

tiene que elaborar mediante la aplicación de la metonimia. O tal vez haya que decir que ya en la misma metáfora hay una tensión o vocación metonímica, que espera ser estimulada y puesta en acto. De esta manera, no extraña que de la poesía, eminentemente metafórica, pueda surgir algo que contiene un fuerte lado metonímico, como es la metafísica, la ontología. No se está forzando nada, sino sólo educiendo lo que ya está implícito, atemático en ella. Y, así, no es el poeta en cuanto poeta, sino el poeta en cuanto pasa a ser filósofo, o el filósofo, en cuanto escucha al poeta, quienes puede hacer esa suerte de metafísica diferente, casi híbrida.

CONCLUSIÓN

La univocidad es un modo de hablar o significar que se aplica de modo completamente idéntico a las cosas a las que se aplica. La equivocidad es un modo de hablar o significar que se aplica de modo completamente diferente a las cosas a las que se aplica. En cambio, la analogía es un modo de hablar o significar que se aplica de un modo en parte igual y en parte diferente (predominando la diferencia) a las cosas a las que se aplica.

Al ver esto, algunos insisten en que la analogía se reduce a lo que hasta hace poco se intentaba con la dialéctica. Pero más bien hay que decir, en todo caso, que la dialéctica sería una de las formas o de las manifestaciones de la analogía. En efecto, la analogía y la dialéctica han ido juntas, se exigen la una a la otra. Bachelard nos ha dicho que la poesía es una metafísica instantánea. Pero la metafísica filosófica tiene por cometido fijar esa instantánea de modo que no se vuelva algo efímero, perecedero, tan delicado que no se puede retener. Trata de fijar en un tratado lo que se da en instantánea y flashazo. Y esto lo hace la analogía, que detiene lo movedizo, que traduce en proceso lo que es incontenible.

Pero, sobre todo, la analogía nos ayuda a conjuntar dialécticamente, es decir, en tensión, y llegar a una síntesis, lo metafórico que predomina en la poesía con lo metonímico que predomina en la filosofía. Se da una tensión en la que en la metafísica se aprovecha lo más que se pueda de la poesía sin perder el carácter explicativo que anima a la filosofía misma.

EL CANCIONERO DE GASPAR FERNÁNDEZ (PUEBLA-OAXACA)

Margit FRENK

El *Cancionero de Gaspar Fernández* es una extensa compilación poético-musical de la Nueva España de comienzos del siglo XVII —exactamente, de 1609 a 1616— que se ha conservado en forma manuscrita hasta el día de hoy. Fue compuesto por el músico portugués Gaspar Fernández cuando era maestro de capilla de la catedral de Puebla, después de haber sido cantor en la catedral de Évora, en Portugal, desde 1590, y, ya, ordenado sacerdote, organista y maestro de capilla, ejerció de organista y de compositor, ahí murió en 1629 (Stevenson 1984, 29-30). Se le supone nacido hacia 1566 (Stevenson 1974, 9) o 1570 (Stevenson 1980, 473).

El manuscrito que dejó Fernández fue llevado a la Catedral de Oaxaca por un discípulo suyo, Gabriel Ruiz de Morga,¹ hacia mediados del siglo XVII, y ahí se encuentra actualmente, su estado de conservación era pésimo, pero ha sido restaurado en fecha muy reciente. Es un autógrafo² que abarca ahora 280 folios. Contiene predominantemente villancicos religiosos en lengua vernácula a varias voces (entre 3 y 8), cuya música polifónica fue compuesta en gran medida por Gaspar Fernández: su nombre figura a la cabeza de 222 piezas.³ Varias composiciones salteadas están fechadas,

¹ En el fol. 73r dice: “Este libro es de Gabriel Ruiz de Morga. Quien se lo allare le dará su allasgo, y a Dios, que nos beamos”.

² Al decir de Robert STEVENSON, quien no documenta su afirmación; habría que comprobarla; pero por lo pronto parece altamente probable.

³ Falta el nombre a la cabeza de 42 composiciones (contra lo que dice Querol, 1986: 19, que “el nombre del autor figura en la cabecera de todos sus villancicos”). La música de alguna de ellas —no necesariamente de todas— podría, en efecto, no ser de él, aunque STEVENSON (1979, p. 194) piensa que todo ello “es presumiblemente obra original suya o arreglo suyo”. Algunos de los que no llevan su nombre han sido escritos —música y letra— por una mano distinta (por ejemplo, los núms. 47 y 51 de la edición crítica que preparamos, a la cual remiten todos los números aquí mencionados); otros fueron redactados por una mano claramente inexperta. Ver lo que digo abajo de la autoría de los poemas.

con fechas consecutivas que van de 1609 a 1616,⁴ o sea, que las composiciones están en orden cronológico de composición, y esto permite suponer que el “libro”, en blanco, existía antes de que Gaspar Fernández lo fuera llenando.⁵ El orden cronológico de las fechas registradas en el manuscrito es corroborado por las fuentes literarias impresas a las que luego me referiré; o sea, que textos tomados de una obra publicada en 1612 aparecen fechados en ese año o en alguno de los siguientes; todos los de Alonso Bonilla, publicados en 1614, van colocados después de donde aparece esa fecha o las de 1615 y 1616. En vista de ello, puede suplirse el año de cualquier composición que figure entre otras dos cuya fecha sea segura (ya porque ésta se da en el manuscrito mismo, ya por ser la de la fuente impresa utilizada).⁶

Es evidente que el manuscrito no estaba destinado a la publicación, puesto que muchas de las composiciones son meros comienzos, ya de un texto, ya de una música, ya de ambas; frecuentemente, en estos casos, se han dejado en los folios pentagramas vacíos o que llevan música sin texto, probablemente con la idea de irlos completando. Como me sugirió José Antonio Robles Cahero, se trataba, por lo visto, de un cuaderno de trabajo en el que el compositor iba laborando y que, cuando él murió, quedó con muchas lagunas. Pero es grande el número de composiciones que sí están enteras.⁷

Esta gran obra, de la cual hasta ahora sólo se conocen –en transcripción musical o en grabación de disco compacto o caset– una cantidad muy

⁴ La fecha de 1620 que aparece por ahí en un folio en blanco no justifica que, como hace STEVENSON, se diga que el *Cancionero* se elaboró en 1609-1620. La fecha de 1616 aparece dos veces hacia el final del ms.

⁵ STEVENSON (1970, p. 193) dice que “en general se observa” el orden cronológico en el manuscrito, pero que un villancico de los fols. 256v-257 fechado en “1618” antecede a otro, de los fols. 270v-271, fechado en “1616”. Se trata de un simple error: el primero de los citados también lleva la fecha de 1616, que es la última asignada a una composición en el manuscrito.

⁶ En su inventario, Aurelio TELLO (1990) decidió suplir las fechas faltantes en el manuscrito: todas las que siguen a la indicación “1610”, por ejemplo, llevan entre corchetes esa misma fecha. Este procedimiento resulta un tanto arriesgado, si tenemos en cuenta, por ejemplo, que un villancico (nuestro núm. 81) se publicó por vez primera en 1612, antes de que esta fecha aparezca escrita en el códice.

⁷ La lectura de los textos no es demasiado difícil. El problema mayor lo constituyen las manchas y los agujeros que ha dejado la tinta, al correr el papel o bien la polilla, problema más grave para la música que para el texto, cuyo contexto suele permitir una reconstrucción, cuando no contamos con una fuente impresa.

reducida de composiciones, es de una importancia suma. El musicólogo Robert Stevenson, que se ha ocupado de ella en repetidas ocasiones,⁸ ha publicado varias composiciones y hecho un inventario de su contenido, dice que, “como primera colección extensa de música vernácula del Nuevo Mundo” (1979, p. 38), es “uno de los tesoros más espectaculares de cualquier catedral del hemisferio occidental” (1970, p. 193). Algunos otros músicos y musicólogos han trabajado sobre ese tesoro, como el peruano-mexicano Aurelio Tello, que en su catálogo del *Archivo musical de la catedral de Oaxaca* (1990) ha hecho un inventario de la literatura que es casi totalmente desconocido,⁹ exceptuando a los poquitos investigadores de la UNAM que actualmente lo estamos estudiando, a base de un microfilm y de fotocopias. El proyecto del Seminario de Poética del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, llamado “Poesía y cultura popular novohispana”, que codirigen Tatiana Bubnova y Mariana Masera, estudia el cancionero entre varias otras fuentes novohispanas de poesía marginal. Por mi parte, preparo, junto con mi ayudante, Pilar Morales, una edición crítica del *Cancionero*, que espero tener terminada para dentro de, más o menos, dos años.¹⁰ La descripción que les presento en seguida se basa en una transcripción ya completa, aunque no definitiva, de este extenso manuscrito.

Hay que tener en cuenta que en la Nueva España del primer siglo, hasta 1621, se compuso gran cantidad de poesía lírica: a partir de mediados del siglo XVI van proliferando las menciones de poetas criollos, indios y mestizos; “hay más poetas que estiércol” decía, quizá hacia 1578, un personaje del *Coloquio XVI* de Fernán González de Eslava (1998, pp. 106, 680), y Bernardo de Balbuena hablaría de “trescientos” poetas asistentes a un certamen en 1585. Se mencionan muchos nombres de poetas; pero de la mayoría de ellos nada se sabe, salvo ese nombre. En cuanto a textos,

⁸ Ver abajo, Bibliografía, s. v. STEVENSON. Según este autor, la primera noticia del manuscrito apareció —hemos de suponer que anónima— en el *Magazine Dominical* del periódico *Excelsior*, el 10 de diciembre de 1967, pp. 2-3, bajo el curioso título de “Arqueología musical: música zapoteca del siglo XVI”.

⁹ Andrés ESTRADA JASSO ha incluido ocho textos de este cancionero en su antología *El villancico virreinal mexicano*, San Luis Potosí: Archivo Histórico del Estado, 1991.

¹⁰ A Mariana Masera debo el haber conseguido un microfilm y una todavía provisional base de datos con los primeros versos, que me permitió iniciar una búsqueda de otras versiones en la Biblioteca Nacional de Madrid, con la invaluable ayuda de mi amiga Leonor Fernández Guillermo. También me facilitó Masera un primer conjunto de transcripciones.

a poemas concretos, es muy escaso lo que de toda esa producción ha llegado hasta nosotros, según el estado en que están actualmente nuestros conocimientos. Además –y ya lo veremos– circulaba en la Nueva España mucha de la poesía lírica que se estaba escribiendo en la Península. Sería, pues, de esperar que se conservaran antologías como las que abundaban en España. Pero no es el caso. Por lo contrario, las antologías poéticas novohispanas que sobreviven del primer siglo –aparte de poesías que aparecen sueltas o insertas en obras de varios tipos– casi se cuentan con los dedos de una mano.

Hay cuatro colecciones de poetas individuales: la de Pedro de Trejo, de hacia 1569, conservada en el Archivo de la Inquisición (Trejo, 1940), la extensa *Silva de poesía* de Eugenio de Salazar, manuscrito aún inédito del siglo XVI,¹¹ la colección poética, también inédita hasta la fecha, del jesuita Juan de Cigorondo¹² y la única impresa en la época, la de Fernán González de Eslava, publicada junto con su teatro en el tomo de *Coloquios espirituales y sacramentales* en México en 1610 (González de Eslava 1989 y 1998);¹³ y existen dos antologías colectivas: las famosas *Flores de baria poesía*, recopilada en México por Juan de la Cueva, en 1577, de la cual sólo hay hasta ahora la edición de Margarita Peña (*Flores de baria poesía*, 1980), y el poco conocido *Códice Gómez de Orozco*, extractado por Alfonso Méndez Plancarte en 1945.

Y ahora de pronto tenemos ante los ojos esta maravilla: códice con 266 textos en lenguas vernáculas, además de dos misas y otras diez piezas litúrgicas con texto en latín. Llama la atención, entre otras cosas, el carácter plurilingüe del conjunto de composiciones. La mayoría de ellas está en español; pero además hay once textos en portugués –recordemos que Gaspar Fernández era de Portugal, del Portugal ocupado por España

¹¹ Conservado en la biblioteca de la Academia de la Historia en Madrid. Descrita en GALLARDO 1968, cols. 326-395 y, una copia del siglo XIX, en el *Catálogo de manuscritos de la BNM*, núm. 7935, t. 4, pp. 2447-2463.

¹² Conservada en un manuscrito de la Hispanic Society of America de Nueva York y, parcialmente, en otro de la Biblioteca Nacional de Madrid, que contiene sus obras teatrales. Esperamos la prometida edición de la poesía por Luisa López Grigera. Ver FRENK (2001), nota 3.

¹³ No puede considerarse antología el pequeño conjunto de siete poemas conservados de Juan BAUTISTA CORVERA, 1995, pp. 165-172.

desde 1580—;¹⁴ diecisiete son “negros” o “guineos” o “negritos” o “negrillas”, como se llaman indistintamente en el *Cancionero*,¹⁵ cuyo español, estilizado, se basa en el que hablan los esclavos negros en España y América; otros nueve están en el convencional dialecto literario “vizcaíno”;¹⁶ otros cuantos emplean el dialecto supuestamente rústico conocido como “sayagués” y uno, el dialecto de los gitanos (núm. 147); lo que es más —excepción dentro del repertorio hispánico—, en cuatro casos se emplea el náhuatl. Ya en el siglo XVI, según consta, se habían compuesto villancicos en náhuatl, como puede verse en la famosa *Carta* de Pedro de Morales, de 1579 (Morales, 2000) y en otros testimonios de jesuitas (Frost, 1991, pp. 26-30); a Hernando Franco se le atribuyen dos himnos a la Virgen en náhuatl (Stevenson, 1952, pp. 119-122). Añadamos que en algunos villancicos de nuestro cancionero uno de estos dialectos o idiomas se mezcla con otro (el negro con el portugués o el vizcaíno, el náhuatl con el español, etc.).

El portugués, el negro, el vizcaíno, el sayagués y el gitano, además del morisco, el gallego y el asturiano —no presentes en nuestro *Cancionero*— aparecen en obras literarias españolas desde el siglo XVI, sobre todo en el teatro (Weber de Kurlat, 1963, pp. 231-236), algo menos, en novelas, y bastante en la poesía; Góngora, para sólo citar un ejemplo, compuso un villancico de negro en 1609 y dos en 1615, justo en los años de nuestro *Cancionero* (Góngora, 1980, 39, 54, 55), además de otros en portugués, en gitano y en morisco (núms. 49; 42, 47; 51).

A partir de cierto momento —sobre todo, desde mediados del siglo XVII— los mencionados “villancicos de personajes”, como se les llamaba, serán rasgo característico de las composiciones para fiestas religiosas en el mundo de habla hispánica. Los sucesores de Gaspar Fernández en Puebla,

¹⁴ Actualmente el apellido portugués se escribe Fernandes; pero en los siglos XVI y XVII la grafía final solía variar. Él mismo siempre firmó con -z en el códice que nos ocupa, y así lo hacemos nosotros. Por otra parte, habría que saber algo más sobre este para nosotros tan importante personaje. ¿Por qué emigró al Nuevo Mundo a fines del siglo XVI? ¿No sería de origen judío (o converso), como tantos que tuvieron que abandonar Portugal durante la ocupación española?

¹⁵ Núms. 6, 11, 22, 41, 55, 77, 95, 111 (con viscaíno), 151, 164, 181, 191, 205, 219, 230, 237, y 253. Cf. mi trabajo, aún inédito, “Los villancicos de negro en el siglo XVII novohispano”.

¹⁶ Núms. 33, 50, 66, 78, 111, 169, 221, 231, 242.

como Juan Gutiérrez de Padilla, cultivaron igualmente ese plurilingüismo, para no hablar de la gran sor Juana, que entre 1678 y 1689 compuso tres series de villancicos navideños para Puebla en que se canta en náhuatl, en latín, en portugués, en vizcaíno, en negro.

Si en las antologías poéticas de la época es raro que se mencione el nombre del poeta, en las colecciones poético-musicales se suele dar el nombre del compositor de algunas piezas, pero prácticamente nunca el del autor de la letra. Para nuestro *Cancionero* tenemos la fortuna de conocer el nombre del músico, pero ninguna letra lleva el nombre del autor. Una primera investigación, especialmente en la Biblioteca Nacional de Madrid, ha mostrado que buen número de los poemas son de grandes poetas españoles contemporáneos. Nada menos que quince son de Lope de Vega; están en su novela pastoril a lo divino *Pastores de Belén* (1a. ed., 1612).¹⁷ La letra de otros once procede de los *Conceptos espirituales* de Alonso de Ledesma, Segunda y Tercera partes; la Segunda parte se publicó varias veces a partir de 1606; la Tercera se publicó, dos veces, en 1612.¹⁸ Ocho poemas están en el hermoso *Romancero espiritual* de José de Valdivielso, también de 1612, y otro más (núm. 260) se basa en un tema de este poeta.¹⁹ Por lo menos dos proceden del *Tesoro de concetos divinos* de Gaspar de los Reyes, publicado en 1613. Seis villancicos se encuentran en la colección poética *Peregrinos pensamientos* de Alonso de Bonilla, publicada en 1614.²⁰ Otro villancico (núm. 203) fue compuesto en 1609, nada menos que por Luis de Góngora;²¹ otro (núm. 249) está en un auto sacramental de Juan de Luque, incluido en su libro *Divina poesía y varios conceptos a las fiestas principales del año*, publicado en Lisboa en 1608. He encontrado en fuentes anónimas españolas: uno (nuestro 220)

¹⁷ En nuestra edición son los núms. 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 146, 148, 149, 150, 153, 187, 188. Todos han sido transcritos por Miguel QUEROL GAVALDÁ en su *Cancionero musical de Lope de Vega*, casi sólo publica la parte de los textos, a veces incompletos, que copió Gaspar FERNÁNDEZ y cita los *Pastores* por la poco autorizada edición de Aguilar.

¹⁸ De la *Segunda parte* proceden nuestros números 12 y 17; de la *Tercera parte*, nuestros núms. 81, 173 a 178, 196, 247, y la cabeza del 204.

¹⁹ Nuestros núms. 171, 179, 180, 211, 215, 222, 224, 255; 260.

²⁰ Son nuestros números 209, 212, 228, 240, 256, 258.

²¹ El núm. 227 ha sido atribuido a GÓNGORA, y el núm. 148 es versión a lo divino que compuso LOPE DE VEGA sobre un famoso villancico suyo.

en un cancionero manuscrito anterior a 1600 y otro (nuestro 57) en una antología manuscrita de principios del siglo XVII, los *Cantares del cielo para todas las festividades*... Son unos 50 los textos que he hallado en fuentes, sobre todo impresas, anteriores o contemporáneas del *Cancionero*, y sin duda van a aparecer más.

Es notable la cantidad de esos textos cuya primera edición se publicó en España entre 1612 y 1614, en los años precisos en que Gaspar Fernández trabajaba en su colección de villancicos, y —hecho curioso— el primero de los que tomó el libro de Lope de Vega (nuestro núm. 135) lleva la fecha “Navidad de 612 años”; quiere decir que Gaspar Fernández conoció la novela de Lope en el mismísimo año de su publicación y comenzó ya entonces a utilizar sus poemas. Una vez más se comprueba la rapidez con la que llegaban los libros españoles al Nuevo Mundo. Se ve a las claras que muchos artistas e intelectuales de la Nueva España estaban perfectamente al día en cuestión de poesía lírica de la vieja España.

Por contraste, llama la atención que Gaspar Fernández sólo utilice literalmente uno (nuestro 225) de los 157 poemas del novohispano Fernán González de Eslava, impresos en México en 1610, aunque es verdad que tomó tres más como material poético. ¿Acaso los villancicos de Eslava, quien murió en 1599 (Frenk, 2000), le parecieron ya anticuados? En todo caso, esta utilización literaria de poemas de un autor novohispano es un indicio entre otros de la probable autoría novohispana de muchos villancicos del *Cancionero* cuyos autores no han podido ser identificados; quizá algunos fueron escritos por el propio talentoso Gaspar Fernández, quizá otros por amigos o conocidos suyos; unos cuantos, probablemente, por alumnos suyos, todavía poco versados en las técnicas poéticas (como los núms. 32, 101, 119, 189). Es posible que en la Puebla de esos días hubiese toda una “escuela” de poetas que componían piezas para las festividades religiosas y se las daban a Gaspar Fernández para que les pusiese música.

Un rasgo notable de nuestro manuscrito es el extremo cuidado con que se han transcrito los poemas de Lope, Ledesma, Valdivielso, Bonilla y los demás que he citado. Como es normal en los cancioneros musicales de la época, los textos suelen aparecer acortados, alguna vez, incluso

reducidos a la sola estrofitina inicial o “cabeza” del villancico;²² pero la fidelidad al original es, verdaderamente, sorprendente. En algunos casos le dio a nuestro compositor por variar un texto extenso de autor conocido, omitiendo ciertas partes y a veces cambiando otras de lugar, posiblemente para adoptarlos a sus designios musicales; pero esto es excepcional. Con el mismo cuidado con que se copiaron los textos previamente publicados se transcribieron también casi todos los demás, de autor no identificado.

Y otro rasgo notable: la homogeneidad de la ortografía a lo largo del manuscrito; los pocos casos en que se presentan anomalías se deben, evidentemente, a que fueron escritos y transcritos por otros, no por Gaspar Fernández, quien —recordemos que se trata de un autógrafo— transcribió casi todas las composiciones, música y texto. Es una ortografía moderna para su época, más congruente que la que encontramos en abundantes manuscritos del tiempo; ortografía de libro impreso.²³ Son normales para la época fenómenos que vemos en el autógrafo, como el escribir sin *b* el verbo *haber*, o las fluctuaciones de *b* y *v*, y normales para Hispanoamérica, las abundantes fluctuaciones de las sibilantes.

En consonancia con el cuidado con que reprodujo los textos Gaspar Fernández, el nivel literario notable en un músico y nos recuerdan que, ya desde 1591, las autoridades de la catedral de México le concedían cada año ochenta días libres al maestro de capilla para que se dedicara a buscar poemas adecuados para las celebraciones de Navidad y Corpus Christi y a ponerles música (Stevenson, 1974, pp. 4, 18). En la Puebla de Gaspar Fernández debe de haber ocurrido algo parecido. En todo caso, es evidente la importancia que se atribuía en las dos catedrales a la calidad de la poesía musicada.

La gran mayoría de las composiciones (más de 160) está dedicada a celebrar dos fiestas: la Navidad y el Corpus Christi. Otros temas son: los Reyes, la Encarnación, la Asunción, el Niño perdido.²⁴ En contraste con

²² Cuando es el caso, en nuestra edición hemos completado entre corchetes dentro del texto; cuando el manuscrito no incluye la música para la continuación, añadimos en nota el texto faltante; lo hemos hecho a base de las ediciones antiguas utilizadas por el propio Gaspar FERNÁNDEZ.

²³ El segundo dueño del ms. no tenía la competencia ortográfica de FERNÁNDEZ, según la frase que cité en la nota 1: “quien se lo allare le dará su allargo”.

²⁴ Algunas secciones del manuscrito reúnen grupos de composiciones dedicadas a un tema específico, como la Navidad o el Corpus, y esos grupos se suponen fechados en un mismo año. Posiblemente

la colección de González de Eslava, son relativamente pocos (quince, en total) los poemas dedicados a diversos santos, entre los que sobresalen san Jerónimo y san Ignacio; sólo cinco festejan la profesión de una monja y una a un misacantino. Poemas no religiosos hay poquísimos: los cinco que celebran la entrada del nuevo virrey, don Diego Fernández de Córdoba, en 1612 (núms. 126, 127, 131-133); además, uno en vizcaíno (núm. 33) y unas seguidillas sin glosa, que quizá estaban destinadas a un desarrollo religioso.²⁵

En cuanto a la forma métrica, predomina en nuestro *Cancionero* la estructura llamada *villancico*; me detendré brevemente en ella. Desde el siglo XV el término *villancico* designó una estructura poética y musical consistente en una estrofa —“cabeza”, “núcleo” o “estribillo”— que se desarrollaba en una “glosa”: una o más estrofas, normalmente octosílabas o —con menos frecuencia— hexasílabas, que en sus últimos versos repetían la letra del final de la cabeza. La forma, que solía tener dejes popularizantes, se usaba lo mismo para asuntos profanos que para temas religiosos. Desde fines del siglo XVI el término fue sustituido por el de la *letra o letrilla*, y la palabra *villancico* comenzó a designar las composiciones con esa estructura que se ejecutaban en las festividades religiosas; actualmente se usa sobre todo para los cantos navideños. En el curso del siglo XVII la forma misma del villancico religioso fue cambiando, hacién-

esto tenga que ver con el hecho de que desde principios de siglo XVII los villancicos cantados en las catedrales para determinada fiesta se organizaban en series de nueve, sustituyendo a los responsorios que se cantaban durante los tres nocturnos de los maitines. También es posible que a veces la existencia de esos grupos sobre un tema se debiera a requerimientos simultáneos de distintas iglesias y monasterios —quizá de Puebla y de Tlaxcala— para una u otra festividad. Nada nos dice el cancionero sobre el público específico de sus composiciones, salvo que varias fueron compuestas “para monjas”, según suele rezar el encabezado; en un caso se trata evidentemente de las jerónimas. Dos de las cinco dedicadas a la llegada del virrey están destinadas a “los indios de Tlaxcala” (núms. 126 y 127). Pero, en general, puede suponerse que el público principal de esos villancicos era el de la catedral de Puebla, que le daba sustento a nuestro compositor.

²⁵ Ver los núms. 4 y 40, “Toquen as sonajas / sonem rabeles / he folijen / hos portugueses!”, y “Como el alma me levan, / fazen que morra / as divinas perlinhas / qu’o infante chora”, destinadas sin duda, para cantarse en Navidad. Las otras seguidillas son: “A de la bela van / mis amores, madre; / a la bela ban: / Dios me los guarde” (núm. 244); “Quando mis ojelos / dormirse quieren, / nunca faltan penas / que los desvelen” (núm. 234); “De pánpanos verdes / y espigas rojas / texen sus guirnalda / las labradoras” (núm. 254); “De sus viñas viene / la pastorcilla, / coronada de flores, / razimos y espigas” (núm. 217), las dos últimas, muy al estilo de Lope de Vega. Hay además una copla sobre Absalón (núm. 185).

dose más compleja, añadiéndole a veces una introducción, ampliando la cabeza, etc. Pero además llegó a llamarse *villancicos*, por extensión, a cualquier composición destinada a cantarse en una festividad religiosa: en los famosos “pliegos de villancicos” que se publicaban en las grandes catedrales con motivo de una fiesta específica, coexisten formas diferentes: villancicos, romances, romancillos, “ensaladas” y también poemas en metros italianizantes.

En el manuscrito que comentamos, además de las composiciones con estructura de villancico o letrilla, que son las predominantes, hay seis romances y nueve romancillos; de estos últimos, siete son en realidad híbridos de romancillo y letrilla: llevan la rima continua de los romances, pero están divididos en “estrofas” y van encabezados por un estribillo, que se repite cada tantos versos (Frenk, 1993),²⁶ y hay también tres ensaladillas.²⁷ Encontramos además siete poemas en redondillas (aparte de las muchas redondillas “sueltas”, destinadas a ser cabeza de una composición que no se escribió o no se copió en el código) y buen número de seguidillas sueltas (quizá en el mismo caso). Un único soneto, por cierto interesante, que se basa en metáforas musicales, aparece ya hacia el final del manuscrito (núm. 257), y no hay ninguna otra composición en versos italianizantes. Como es frecuente en las antologías poéticas de la época, en el encabezado nunca se indica la forma métrica de la composición. Sí se da casi siempre el número de voces, y a menudo, el tema, el nombre del compositor, Gaspar Fernández (ver nota 3); el año de composición, como hemos visto, sólo se indica de vez en cuando y, rara vez, los destinatarios (monjas, indios de Tlaxcala).

Volviendo a los villancicos, un rasgo muy repetido en los de nuestro *Cancionero*, como en muchos desde el siglo XVI, es su carácter dialogado, casi teatral, sin una voz que presente a los interlocutores. Ejemplo de un villancico de Corpus:

²⁶ Letrillas en forma de romancillo: núms. 16, 82, 141 y 146 (ambas de LOPE), 194, 216, 263; otros romancillos: núms. 143, 195.

²⁷ O sea, composiciones un poco extensas, que combinan estrofas de varios metros. Una es de VALDIVIELSO (núm. 171), otra es la núm. 259 y otra, un romance llamado “ensalada” (núm. 238), pero que no tiene la complejidad habitual en las ensaladas.

- Dime, Gil, ¿qué es lo que ves
en aquel nevado centro?*
—*Dixen que Dios está dentro,
y es de pan su redondés.*
- 5 —*Milagro es,
¿[ma]s cómo lo entenderé?*
—*Sola la fe obliga a creer,
que, aunque es pan al pareser,
es Dios el que en pan se ve.*
- 10 —*Dezidme ¿cómo se ha dado
el mismo Dios en comida?*
—*Por restituírnos la vida
con solo aqueste bocado.*
—*Según eso, cierto es*
- 15 *que nuestra vida es el centro*
—*Dixen que Dios está dentro,
y es de pan su redondés.*
—*Milagro es,
mas, ¿cómo lo entenderé?*
- 20 —*Sola la fe obliga a creer,
que, aunque es pan al pereser,
es Dios el que en pan se ve.*
- ¿Quién obliga al Redemptor
a buscar nuestro remedio?*
- 25 —*Oblígale a dar un medio
el fin de su eterno amor.*
—*Luego, al fin, nuestro interés
tiene aquel pan por su centro.*
—*Dixen que Dios está dentro,
y es de pan su redondés.*
- 30 —*Milagro es,
mas ¿cómo lo entenderé?*
—*Sola la fe obliga a creer,
que, aunque es pan al pareser,
es Dios el que en pan se ve (núm. 19).*
- 35

Hay bastantes composiciones en que, lo mismo que en ésta, cada voz ocupa dos versos, y las dos se cantan alternativamente, ya por dos coros —que podían estar situados en lugares distintos en la catedral—, ya por diversas voces del coro: la pregunta la cantan, por ejemplo, el alto y el tenor y la respuesta, el tiple primero y el segundo. En textos como el citado y muchos otros, el diálogo podía cumplir, en principio, una función didáctica, catequética; pero hay también villancicos en los que adquiere cierto carácter teatral, como en esta “negrilla”:

—Vecimo con glan contento
de Seviya, plima mía.
—Di qué viste, hermana Malía,
dilo, plima, salemo atento.
—De mi Dioso lo nacimiento... (núm. 6).

Como que se monta una pequeña escena, en que los personajes —casi siempre, pastores o negros— suelen cantar y bailar. Son las “letrillas dialogadas” que Robert Jammes (1983) ha considerado piezas teatrales en miniatura. Esos diálogos contribuyen a dar a los villancicos religiosos de aquel tiempo: “tono de intensa felicidad; letra y música exhalan, por igual, una atmósfera de exuberancia e hilaridad” (1952, p. 138).

A esa atmósfera se suma en nuestro repertorio cierto gusto por las canciones populares. De Valdivielso y de Ledesma, por ejemplo, Fernández ha acogido precisamente varios poemas que incluyen cantarcillos cantados por el pueblo, y entre los de texto anónimo éstos aparecen —aunque no muy frecuentemente— donde menos se los espera. Un villancico de Navidad, dramatizado, tiene la siguiente cabeza, cuya ejecución musical no es difícil de imaginar:

—¡A, de abajo, a, de abajo!,
—¡A, de arriba! ¿Qué queréis?
—Que todos os alegréis,
que á nacido nuestro Dios.
—¿Para quién?
—Para ti.

- ¿Para mí?
 —Para vos.
 —¿Para quién?
 10 —Para ti, para vos, para entrambos a dos (núm. 42).

Aquí el poeta cita un cantarcillo que también utilizó González de Es-lava²⁸ “Para mí, para vos, / para entrambos a dos”. Y véase esta graciosa cancioncita popularizante al estilo de Góngora que dice:

Nací tamborilero
 y sustentarme quiero;
 mas deme Dios cumplida
 la hazienda y la vida
 y a la muerte, buen fin,
 y quiébreme la flauta y el tamboril (núm. 172).²⁹

En el *Cancionero* hay varios casos de “divinización” de canciones profanas de tipo popular, como la letra del famoso baile del Villano (“—Al villano ¿qué le dan? / —La cebolla con el pan”, *Nuevo corpus*, 1540 B), convertida en “—A la Birgen ¿qué le dan? / —Acogida en un portal” (núm. 83).

Un caso curioso es el de la letrilla muy gustada en España desde fines del siglo XVI que decía: “A fe, / que si vivís, moriré” invirtiendo los verbos y aplicada a la Redención, dice en nuestro *Cancionero*: “A fe, niño Dios, [a fe,] / que si morís, viviré” (núm. 86). Y en este caso —cosa poco frecuente— no sólo se vuelve a lo divino el estribillo, sino también las tres estrofas que le siguen en el *Romancero general* de 1600.³⁰

Y otro caso interesante es el de una seguidilla que sólo he encontrado en dos fuentes posteriores a nuestro manuscrito. Habla en ella un con-

²⁸ En su ensalada del “Gachopín” (GONZÁLEZ DE ESLAVA, 1989, p. 250). Aparece, divinizado, en los *Cantares del cielo* citados arriba: “Para la Virgen María, / para norabuena a Dios, / para sí, para mí, para vos / y para nuestra alegría” (*Nuevo corpus*, 1548).

²⁹ Pertenece a un grupito de canciones de tamborilero reunidas en el *Nuevo corpus*, núms. 1462 bis a 1463 *quattuor*. Esta última, reducida a sus dos versos iniciales, es la citada y procede de nuestro *Cancionero*; al no tener acceso al microfilm, la tomé del *Catálogo* de TELLO, donde está trunca y no llena número, porque el autor supone, y no es así, que forma parte de la ensalada —de Valdivielso— que la precede.

³⁰ Ahí se encuentra el texto profano, f. 171 rv (ed. de A. González Palencia, núm. 404). El estribillo, con otras glosas, en por lo menos dos cancioneros manuscritos de la época.

denado a galeras que se ha escapado al tocar tierra y dice: “Llegamos a puerto, / salté de galera, / a leva tocaron, / quedéme en tierra” (*Nuevo corpus*, 2454). Aplicado a la Encarnación, en el *Cancionero* es Cristo el que habla, diciendo:

*Salté de los cielos
al puerto de penas,
a leva tocaron,
quedéme en tierra.*

La segunda de las tres estrofas introduce el tema de la Eucaristía y juega con los nombres de dos puertos, Cádiz y Ostia (cerca de Roma):

*Quedéme en dos puertos
de suma belleza,
que fue el de cálix
y de hostia bella;
llenélos de pan
y vino que alegra,
y estando en los puertos,
sonó la trompeta:
a leva tocaron,
quedéme en tierra.*

Viene muy bien en esta estrofa para iluminar otra de las características más marcadas de las poesías contenidas en nuestro *Cancionero*. Como en las compilaciones poéticas de Alonso de Ledesma y Alonso de Bonilla, hay en él un gusto por los juegos de palabras y de conceptos, un conceptismo muy de la época, un ingenio que suele cargarse de humor, como en el romancillo-letrilla para Corpus que comienza.

*¿No es gracioso el donayre
que tiene el cura,
que se almuerça un cordero
y diçe que ayuna? (núm. 216).*

Y por otro lado, hay también la ternura y la gracia muy a la Lope de Vega y José de Valdivielso. Tenemos entre manos, en fin, un verdadero tesoro poético, que, una vez conocido, va a hacer las delicias de muchos lectores.

BIBLIOGRAFÍA

- Catálogo de manuscritos de la Biblioteca Nacional con poesía en castellano de los siglos XVI y XVII* (1998), 5 vols., Madrid, Arco/Libros.
- Códice Gómez de Orozco* (1945), ed. Alfonso Méndez Plancarte, México, UNAM.
- CORVERA, Juan Bautista (1995), *Obra literaria*, ed. Sergio López Mena, México, UNAM.
- ESTRADA JASSO, Andrés (ed.) (1999), *Flores de Nochebuena. Villancicos virreinales*, México, Jus.
- Flores de baria poesía* (1980), ed. Margarita Peña, México, UNAM.
- FRENK, Margit (1993), “Entre el romance y la letrilla”, en *Actas del II Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad, pp. 379-384.
- (2000), “Nuevas aportaciones a la biografía de Fernán González de Eslava”, *Anuario de Letras*.
- (2001), “Poesía y música en el primer siglo de la Colonia”, en Mariana Masera, (comp.), *La otra Nueva España*.
- (en prensa), *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispanica (siglos XV a XVII)*, México, UNAM/El Colegio de México.
- FROST, Elsa Cecilia (1992), Introducción a *Teatro mexicano. Historia y dramaturgia. V. Teatro profesional jesuita del siglo XVII*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- GALLARDO, Bartolomé José (1968), *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, 4 vols., ed. facs., Madrid, Gredos.
- GÓNGORA, Luis de (1980), *Letrillas*, ed. Robert Jammes, Madrid, Castalia.
- GONZÁLEZ DE ESLAVA, Fernán (1989), *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas*, ed. Margit Frenk, México, El Colegio de México.
- (1998), *Coloquios espirituales y sacramentales*, ed. Othón Arróniz Báez (col.), Sergio López Mena, México, UNAM.
- JAMMES, Robert (1983), “La letrilla dialogada”, en *El teatro menor en España a partir del siglo XVI*, Madrid, CSIC, pp. 91-118.
- LEDESMA, Alonso de (1613), *Segunda parte de los Conceptos espirituales y morales*, Madrid, Juan de Rueda. [Además hay ediciones de Madrid, 1606; Burgos, 1606; Barcelona, 1607 (2 eds.); Alcalá, 1607; Alcalá, 1620. Hemos usado la de 1613.]
- (1612), *Tercera parte de Conceptos espirituales*, Madrid, Juan de la Cuesta. [Otra edición, Lérida, 1612.]

- LÓPEZ DE ÚBEDA, Juan (1588), *Vergel de flores divinas*, Alcalá de Henares, Juan Gra-cíán.
- MASERA CERUTTI, Mariana (1998), "Primeros apuntes para un estudio literario del can-cionero de Puebla-Oaxaca llamado también de Gaspar Fernández", en Jesús J. LI-ZAMA Q. y Daniela.
- TRAFFANO, *De papeles mudos a composiciones sonoras. La música de la Catedral de Oaxaca. Siglos XVII-XX*, Oaxaca, Arquidiócesis.
- MÉNDEZ PLANCARTE, Alfonso (ed.) (1952), *Obras completas de sor Juana Inés de la Cruz*, t. 2. *Villancicos y letras sacras*, México, FCE.
- MORALES, Pedro de (2000), *Carta del padre Pedro de Morales*, Beatriz Mariscal Hay (ed.), México, El Colegio de México.
- Nuevo corpus*, ver Frenk, en prensa.
- Romancero general (1600, 1604, 1605)* (1947), A. González Palencia (ed.), 2 vols., Madrid, CSIC.
- QUEROL GAVALDÁ, Miguel (ed.) (1986), *Cancionero musical de Lope de Vega*, vol. I, *Poesías cantadas en las novelas*, Barcelona, CSIC, Instituto Español de Musicología.
- SALAZAR, Eugenio de, *Silva de poesía*, Madrid, Academia de la Historia, ms. C-56.
- STEVENSON, Robert (1952), *Music in Mexico. A Historical Survey*, Nueva York, Thomas Y. Crowell.
- (1968), "The Afro-American Musical Legacy to 1800", *The Musical Quarterly* (54), pp. 475-502. [Sobre Gaspar Fernández, pp. 489-497.]
- (1970), *Renaissance and Baroque Musical Sources in the Americas*, Washington, D. C., Organization of American States.
- (1974), *Christmas Music from Baroque Mexico*, Berkeley, University of California Press.
- (1975), *Latin American Colonial Music Anthology*, Washington, OEA.
- (1979), "Baroque Music in Oaxaca Cathedral", *Inter American Music Review* (1, 2), pp. 179-203.
- (1980), "Fernández, Gaspar", *The New Grove Dictionary of Music and Musicians*. I, Londres, Macmillan, p. 412.
- (1984), "Puebla Chapelmasters and Organists: Sixteenth and Seventeenth Cen-turies. Part II", *Inter American Music Review* (6.1), pp. 29-139.
- (1985), *Inter American Music Review* (7.1), pp. 3-25.
- SWIADON MARTÍNEZ, Glenn Michael (2000), *Los villancicos de negro en el siglo XVII*, tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- TELLO, Aurelio (1990), *Archivo musical de la Catedral de Oaxaca. Catálogo*, México, CEN-IDIM.
- TREJO, Pedro de (1940), *Cancionero general de obras del poeta Pedro de Trejo, plasenciano*, ms., ed. facs., *Revista de Literatura Mexicana* (1), pp. [68-124].
- (1981), *Cancionero general*, S. López Mena (ed.), México, UNAM.

- VALDIVIELSO, José de (1984), *Romancero espiritual*, J. M. Aguirre (ed.), Madrid, Espasa Calpe.
- VEGA, Lope de (1991), *Pastores de Belén* [Madrid, 1612], Antonio Carreño (ed.), Barcelona, PPU.
- WEBER DE KURLAT, Frida (1963), *Lo cómico en el teatro de Fernán González de Eslava*, Buenos Aires, Universidad.

DE ALGUNOS MEXICANISMOS RELATIVOS A LA EMBRIAGUEZ*

Salvador DÍAZ CÍNTORA

En plática reciente, a propósito de la palabra *mariguana*, hube de hablar algo del hábito de fumar en general; hoy me propongo como tema un vicio gemelo, el del trago, y los más curiosos mexicanismos relacionados con él. En palabras de Montaigne diré que “aunque sean igualmente vicios, no son vicios iguales” (II, 2). Veamos: un borracho tal vez llega a casa a deshoras de la noche, y propina sin más ni más una golpiza a la mujer y a los chicos medio dormidos, creándoles un trauma que los acompaña el resto de sus días, o por cualquier cosilla se enzarza en un pleito, que termina a menudo a cuchilladas o a balazos, o bien, creyéndose en plena posesión de sus facultades, se lanza a conducir en aquel estado, y se ve envuelto en un accidente, quizá mortal, pero de ahí difícilmente pasan las cosas, mientras que el fumar sí produce, demostrablemente, daños terribles. “En esto —diría de nuevo Montaigne— hay tanta diversidad como en cualquier otra cosa” (*ibid.*). No se verá tal diversidad reflejada en mi discurso; acércome a mi tema como lingüista más que como moralista, tomo las dos cosas con igual interés y procuro considerar con el mismo cuidado una y otra terminología.

Varios términos del amplio vocabulario mexicano referente a este tema de la ebriedad, sobre todo los de origen indígena, han sido examinados de tiempo atrás con suficiente detenimiento; mucha tinta ha corrido, por ejemplo, en torno a la palabra *pulque*, sin que haya quedado, a lo que parece, suficientemente aclarada; otra palabra muy ligada a él, *tinacal*, pasa desde hace un siglo, *nemine discrepante*, como hibridismo, en que el segundo elemento sería el nahua *calli*, casa: no estoy de acuerdo con eso, y espero sinceramente no se haya mandado con tal robelesca etimología para in-

* Leído en sesión ordinaria el 11 de mayo de 2001.

cluirse en los mexicanismos de la próxima edición del DRAE. Si tinaco, en efecto, es *tina pequeña de madera*, y tina es *vasija de madera, de forma de media cuba*, y el sufijo *-al* indica el lugar en que abunda el primitivo, de tinaco se forma perfectamente tinacal sin necesidad de ningún elemento nahua.

Mas dejando de lado mis opiniones sobre voces ya de antes por otros estudiadas, quiero referirme aquí más que nada a algunas de cuya etimología, por una u otra razón, hasta donde sé, no se ha ocupado nadie, y empezaré con la más fácil de ellas: *pedo*. De ella escribe Santamaría: “Entre el vulgo soez, borrachera, papalina. Suele también adjetivarse diciendo, v. gr.: Está pedo, por está borracho”.

En su primera consonante tenemos un caso de ensordecimiento, *b > p* (cf. *arrope, julepe*); en la segunda, una reducción del grupo *bt*, o más evolucionado cronológicamente, *bd*, a simple *d* (v. García de Diego, p. 147), como en el caso de *dubda > duda*; tenemos aquí, como voces anticuadas, los antecedentes de nuestro mexicanismo muy claros en el DRAE: *bebdo, bébedo*, éste ya del latín *bibitus*, bebido. La adjetivación, pues, de que habla Santamaría, está en el sentido original de la palabra. Es un caso, fuera del ensordecimiento de la consonante inicial, semejante al de *codo*, mexicanismo por *avaro*, del latín *cupidus*, de que hablé aquí mismo hará tres años, también de uso general, pero cuya etimología no había sido hasta entonces investigada.

Eufemísticamente, por no decir algo tan malsonante como *pedo*, dicese a menudo que alguien anda bien *persa*, y es para pasmarse de lo acertado y, para en boca del pueblo, aun de lo erudito de la sustitución. El docto jesuita José de Acosta, en su obra *De procuranda indorum salute* (tomo I, p. 548) cita aquel lugar de Plinio el Viejo: *quanto plus biberint, tanto plus sitire Parthos*, es decir, que entre más beben los partos, más sed tienen. En su origen, sin embargo, se remonta este pasaje al mismísimo Padre de la Historia, que en efecto nos cuenta (I, 133) que los persas incluso acostumbran discutir en estado de ebriedad (*methyskómenoi... bouleúesthai*) sobre los asuntos más importantes. No se me pregunte pues con extrañeza qué tiene que ver lo persa con lo mexicano. Si en algo acertaba Goethe al escribir

*nur wer Hafis liebt und kennt
weiss was Calderón gesungen*

(e. d., sólo quien ama y conoce a Háfiz sabe lo que ha cantado Calderón), ya por hablar nosotros la lengua de éste, algo tendría que ver lo persa con lo nuestro; pero sin ir tan lejos, cuando el presidente Fox, en visita que hizo a la frontera norte, decía el pasado 13 de diciembre que *al ojo del amo engorda el caballo*, estaba citando un dicho persa, ya de amplia circulación fuera de su país de origen siglos antes de nuestra era; tal vez don Vicente no lo sabía, tal vez ni siquiera lo sepan algunos de nuestros filólogos; ello puede ser porque acaso esté por acá la paremiología aún en pañales, más de una vez desechables.

Mucho se ha escrito sobre la famosa China Poblana. Dicen que era una princesa de la India, y en el librito que sobre ella escribió De la Maza, leemos la pregunta y respuesta siguientes: “¿Qué idioma hablaba? Parece que fue prakrit (sic), idioma oficial del Indostán” (p. 22), y cita como autoridad a Nicolás León. No parece haberse arrimado aquí a muy buen árbol el maestro De la Maza, pues el doctor León en semejante materia no podía sino desbarrar. “¿Idioma oficial del Indostán”, dice, pero oficial cuándo? En su gramática del prácrito, Richard Pischel nos dice (§12) que “cuando uno se refiere al prácrito en general, se habla del *maharashtri*”; éste es un dialecto antiguo; de ahí deriva el *maharashtri apabhransa*, lengua ya decadente, que eso significa la segunda palabra, y en fin el *marathi*, voz derivada, desde luego, de *maharashtri* (§5). Ahora bien, el *marathi*, último término de esta evolución, y que es aún lengua viva, nos dice Bloch, en el tratado que escribió sobre ella, que es “el heredero directo del prácrito” (§26); pero el *marathi* estaba ya perfectamente desarrollado para el siglo XIII (§25); el prácrito, entonces, era lengua extinta cuando menos tres siglos antes de que naciera Catarina de San Juan.

Viéndolo bien, ni siquiera podríamos decir que la buena China hablara *marathi*, cuando menos habitualmente; suponiéndola princesa, y del imperio mogul, éste fue fundado en 1526, un siglo antes de la juventud de Catarina, por Babur, que era un turco timúrida; es de pensarse que en familias principescas se siguiera, pues, hablando turco. Sin embargo, nos dice Aziz Ahmad (p. 135), durante el reinado de Babur y de su sucesor “el turco rivalizó con el persa por convertirse en la lengua literaria de la India, y triunfó el persa”.

Volviendo al ambiente palaciego, parece natural suponer que una princesa estuviera bien educada en la lengua de cultura del imperio, el persa, pues, y hay que recordar simplemente que el soberano de la India, en el momento en que nace Catarina, ca. 1609, Jahangir, lleva un nombre persa (conquistador del mundo), y no turco, aunque éste fuera el origen del rey, y que el Taj Mahal, que se construyó en vida de nuestra China (1632-1643), no tiene nombre ni prácrito ni *marathi* ni turco, sino persa.

Así, Catarina debe haber hablado turco y persa razonablemente bien, quizá algo de *marathi*, la lengua de extramuros de palacio, y ciertamente un poco cuando menos de árabe, por la religión musulmana que, ésa sí, era oficial en el imperio mogul. De hecho, su nombre, Mirra, nos dicen sus biógrafos (Grajeda, 23) que quiere decir amarga, adaptación, pues, del árabe *murra*, que es eso precisamente; el de su madre era Borta (Grajeda, 19), que no es sino *burt*, uno de los nombres del azúcar en árabe, añadida la terminación femenina para hacerlo nombre de mujer. Obsérvese el contraste dulce-amargo entre los nombres de la madre y de la hija, que no creo de ninguna manera casual, y el que dicho contraste sólo se mantiene suponiendo árabes los nombres de ambas mujeres. Dejando esta digresión, que supongo interesante para los amigos y colegas de la Puebla, sigo con el tema de mi discurso.

La siguiente palabra en mi lista es *chuma*, de la que nos dice Santamaría: “En Tabasco, borrachera. Lo mismo en Ecuador”. Una de las palabras árabes para copa es *jâm*, pl. *jawm*, que en el dialecto de Marruecos, con monoptongación, nos daría *jûm* (cf. Aguadé, 1.7.2, p. 25); la añadidura de la terminación femenina es fenómeno relativamente común, piénsese en *alcachofa* o *berenjena*; *chuma* quiere decir pues, literalmente, las copas; que éstas sean de vino queda claro por la expresión persa *jam bar sang zadan*, quebrar la copa en la piedra (Steingass), que quiere decir precisamente dejar el alcohol.

Pasemos a otra palabra, tan poco usada como la anterior: *trúpita*; de ella nos dice Santamaría que “es voz del vulgo de Veracruz, en la región oriental, más o menos equivalente a borrachera escandalosa”. Derívola del persa *tûr*, hospitalidad, más *pád*, desperdiciado, inútil. Gran virtud se consideraba en aquellos pueblos la hospitalidad, la *adiafa*, y un desperdicio

quien le escriba). Casi olvidado, es decir, en la especie, por la falta de práctica que acarreaba al cabo la prohibición en España de dicha lengua, que sólo podía hablarse a hurto de la gente.

Aquí también es el lugar del mexicanismo *cuete*. Para Santamaría es corrupción de cohete; las autoridades que cita y el pueblo en general, que usa la forma según él corrupta, me parece que aciertan y que se equivoca Santamaría. Seguimos aquí en el contexto de la lactancia y en él obviamente, el seno es nutricio; la etimología de *cuete* para el caso es el árabe *quwât*, sin más cambio que el de *a* en *e*, que es normal, cf. *alférez* (de *fâris*), y la *e* paragógica, como en *jarabe* (de *šarâb*); *quwât* quiere decir alimento (Kazimirski); fortifica, creo, mi hipótesis, el que con la misma palabra *cuete* designamos también un tipo de carne, un alimento pues, y que esa carne sea de vaca, pues la de cerdo no la comen los árabes.

En el imperio turco, si se daba la convivencia con los vencidos árabes y persas, se daba también, sobre todo en Constantinopla, con los griegos. Leal vasallo de Selim II, apodado por cierto el *Borracho* era Dalí Mamí el Cojo, renegado griego cuyo cautivo fue por años en Argel Miguel de Cervantes junto con otros españoles. Suponiendo que estos griegos pronunciaran *al-buẓẓ* de un modo parecido al que he postulado para nuestro mexicanismo, podríamos pensar en *alepós*, forma que todavía en el siglo XIX se usaba en ciertas regiones como sinónimo de *alepoñ*, *al'poñ*, o *alepesa* (*Thumb*, Glossary, s. v.); todos ellos quieren decir zorra. Algunos de los dichos españoles, que supieran algo de griego, pero no árabe, oyendo que los griegos en Turquía llamaban zorra a la embriaguez, ellos también le habrán llamado así a su regreso a España; de ahí entonces la acepción 6 de la palabra *zorra*. La diferencia, entonces, estaría en que nuestro *alipuz* vendría siendo la adaptación fonética griega, algo deformada, de una palabra árabe, mientras que *zorra* es la traducción de esa misma adaptación, tomada como si fuera originalmente palabra griega.

Hay que añadir todavía la palabra *bñza*, de una radical muy semejante, si no es que de la misma, y que designa una cerveza fuerte que procede, según Kazimirski, de la fermentación de la cebada; según Corriente, de cereales que no especifica. Tribus de filiación turca llevaron esta palabra hasta Rusia (Entwistle, p. 261); allá la *buẓá* (así, con cambio de acento) se

cos, a saber: *tan*, pecho; *uol*, pellas, copos, bollos, ovillos y toda cosa redonda, y en fin, *nidz*, probar, gustar cosas de comer o beber; la acción, pues, de gustar las pellas del pecho, forma nada críptica, me parece, de traducir al maya la palabra *mamada*. Tenemos entonces que, en el caso, el español de México ha preferido la traducción maya a la palabra española traducida, que se usa en otras tierras, pero con adaptación a la fonética del español del término maya.

No dejará de parecer un tanto extraña a algunos la relación que aquí he esbozado de este tema de la embriaguez con los moriscos, que venían de una cultura en que la religión prohíbe severamente este vicio. Las imágenes recientes de un ayatola haciendo verter la champaña a las alcantarillas no debe llevarnos a pensar que tan drástica actitud sea general en el Islam. En todo tiempo y en todas partes, desde Persia hasta España, siempre abundaron quienes hacían la vista gorda ante el consumo inmoderado del vino. Diríase que, fuera de los ascetas, una actitud frecuente podría resumirse en aquel hemistiquio de Ben Khafaja de Alcira, contemporáneo del Cid: *wa kâna dhanbu-s-sukri magfuran* (“pero el pecado de la embriaguez se perdonaba”, p. 248). Los moriscos realmente piadosos, ya en el ambiente novohispano, podían muy bien, como en el caso de la carne de puerco, comprar el cuartillo de vino o de pulque para disimular, y regalarlo al indio, con lo que se granjeaban su complicidad y agradecimiento.

La actitud cristiana contemporánea ante la embriaguez era muy variable; un morisco toledano, Ibrahim Taybili, alias Juan Pérez, que habrá acaso conocido a la *ilustre fregona*, o más bien a su aún más ilustre creador, hablaba sin gran respeto del “compadre san Agustín, tan prolijo en su obra *de Trenitate*” (*sic*, cf. Cardaillac, pp. 187, 231); este compadre, pues, en otra de sus obras (*Contra Fausto maniqueo*, XXII, 44) sostiene que a Lot, el único justo de Sodoma, de quien nos cuenta el texto sagrado que yogó con sus hijas y engendró en ellas, no se le podía imputar, en el caso, más pecado que el de la embriaguez. Siendo esto así, el santo y docto compadre lo será, con todo derecho, del barrilito.

No todos, desde luego, podían compartir tan benigno punto de vista, y el padre Acosta, comentando la opinión agustiniana, y rechazándola, expresa la suya de que, donde hay verdadera embriaguez, hay crimen (*ubi*

vera temulentia... ibi crimen esse, o. l., 552, l. 11), y nos la repite diez páginas después; la embriaguez, por sí misma, es un crimen (*ebrietas per se... crimen est*, *ibid.* 572, l. 30). Pero alguien me dice que los jesuitas de antaño hablaban con hipérbole ascética, y que cuando decían crimen no querían decir en modo alguno nada tan grueso; ellos, por desgracia, están muertos, y no pueden aclararnos si en sus obras entendían o no llamar al pan pan y al vino vino.

Pero, como decía Montaigne, *revenons à nos bouteilles* (regresemos a nuestras botellas, *ibid.*, 378). El padre Sahagún, traduciendo el comentario indígena al proverbio *oc nochicomatl*, nos informa: “este refrán se dice del que estando borracho mató a alguno, y después que vuelve en sí y ya está preso por el homicidio, dice: aún no estoy enredado del todo, aun me puedo desenredar, porque estaba borracho cuando maté, y no supe lo que me hice” (*Códice Florentino*, VI, 184 r.). La impunidad del borracho está, pues, enraizada profundamente en los hoy más que nunca respetados usos y costumbres indígenas, y con la indulgente sanción del doctor de Hipona, esta impunidad se seguiría manteniendo, hasta cierto punto al menos, en la moralidad novohispana.

Al morisco no le costó gran trabajo, a lo que parece, adaptarse a aquella realidad, se aceptó inmerso en ella, tal vez hasta con gusto en alguna ocasión, y así habrá seguido hasta que, tras las inevitables, sucesivas mezclas, su identidad, étnica y lingüística, se disolvió en el intrincado tejido social y racial de la Nueva España.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, José de, *De procuranda Indorum salute*, Madrid, CSIC, 1984.
 AGUADÉ, Jordi, *El dialecto árabe de Skura (Marruecos)*, Madrid, CSIC, 1995.
 AHMAD, Aziz, *apud* Joseph Schacht *et al.*, *The legacy of Islam*, Oxford, 1974.
 BLOCH, Jules, *The formation of the Marathi language*, Delhi, Motilal, 1970.
 CARDAILLAC, Louis, *Moriscos y cristianos*, Madrid, FCE, 1979.
 CASTILLO GRAJEDA, José del, *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catarina de San Juan*, Puebla, Secretaría de Cultura, 1987.
Códice Florentino, México, Secretaría de Gobernación, 1979.

- CORRIENTE, Federico, *Diccionario árabe-español*, Barcelona, Herder, 1991.
- ENTWISTLE, W. J., *Russian and the Slavonic languages*, Londres, Faber and Faber, 1964.
- Florentine Codex*, Santa Fe, New Mexico, (since 1950).
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente, *Gramática histórica española*, Madrid, Gredos, 1970.
- Hérodote, *Histoires*, París, Les Belles Lettres, 1964.
- KAZIMIRSKI, B. B., *Dictionnaire arabe-français*, París, Maisonneuve, 1960.
- KHAFAJA, Abu Ishaq ben, *Divan*, Alejandría, 1960.
- MAZA, Francisco de la, *Catarina de San Juan*, México, CNCA, 1990.
- MONTAIGNE, Michel de, *Essais*, París, Garnier, 1962.
- PISCHEL, Ricard, *A Grammar of the Prakrit languages*, Delhi, Motilal, 1981.
- SANTAMARÍA, Francisco J., *Diccionario de Mejicanismos*, México, Porrúa, 1959.
- STEINGASS, F., *A comprehensive Persian-English dictionary*, Londres, Routledge, 1957.
- SWADESH, Mauricio *et al.*, *Diccionario de elementos del maya yucateco colonial*, México, UNAM, 1970.
- THUMB, Albert. *A handbook of the modern Greek language*, Chicago, Argonaut, 1964.

MEXICANISMOS EN LA NOVELA *LAS TIERRAS FLACAS** DE AGUSTÍN YÁÑEZ

José Rogelio ÁLVAREZ

En su novela *Las tierras flacas*, don Agustín Yáñez utilizó, salvo error u omisión del revisor, 196 mexicanismos distintos, la mayoría mencionados más de una vez a lo largo de las 360 páginas de que se compone esta obra en la primera edición, hecha por Joaquín Mortiz en 1962. Tal número de vocablos propios de los mexicanos es natural que aparezca en un libro cuyo escenario es una región completamente rural, árida y pobre, habitada por rancheros que hablan un lenguaje popular rico en expresiones refranescas y ocasionalmente arcaicas. Al examinar cada una de las palabras de esta nómina y tratar de agruparlas conforme a las cualidades y circunstancias que les fueran comunes, surgió la clasificación siguiente, que acaso pueda ser útil para guiar un estudio de mayor proyección y aliento.

1. Cinco palabras compuestas con voces castellanas, que forman un vocablo propio de México, no usado en el español de España.
2. Veintisiete palabras derivadas de voces españolas o de otra procedencia, cuya versión mexicana conserva el sentido de las originales.
3. Treinta y dos acepciones mexicanas de palabras españolas, cuyo significado es distinto al sentido que esas voces toman en España.
4. Quince palabras originadas en voces indígenas, usadas en México y no incluidas en el diccionario de la Real Academia.
5. Treinta y siete palabras originadas en voces indígenas, ya registradas en el Diccionario de la Real Academia.
6. Cincuenta y seis palabras en español usadas en México y no registradas en el Diccionario de la Real Academia.

* Trabajo presentado a la Academia Mexicana el 28 de julio de 2001.

7. Veinticuatro palabras en español usadas con frecuencia en México, ya definidas por el Diccionario de la Real Academia, aunque a veces esa definición sea perfectible.

Las fuentes que sirvieron de referencia para estos agrupamientos, fueron el *Diccionario de la Lengua Española*, compuesto por la Real Academia (vigésima primera edición, 1992), el *Diccionario de Mexicanismos*, por Francisco J. Santamaría (Editorial Porrúa, 1959), y *Lenguaje popular en Jalisco*, por Alberto M. Brambila Pelayo (Guadalajara, sin fecha, que bien puede ser 1959, pues se dispuso de un ejemplar dedicado por el autor el 23 de abril de ese año).

La generalidad decreciente de estos tres repositorios léxicos, permitió precisar cuáles de aquellos mexicanismos están ya registrados por el Diccionario Académico, cuáles no se han incorporado a ese corpus, y cuáles otros, de uso en la región de Los Altos de Jalisco, no han pasado a ningún vocabulario de alcance nacional.

Se revisaron también la etimología y la definición de los 196 mexicanismos. Algunas de estas proposiciones se precisaron y otras se corrigieron, pero cuando ni el origen ni el significado de ciertos vocablos aparecen en las obras consultadas, se procedió a fijar sus términos, a menudo con apoyo en obras especializadas, pero, sobre todo, tomando en cuenta el entorno lingüístico con que el autor de la novela le dio sentido a la palabra considerada. El contexto particular correspondiente se transcribe al final de cada entrada.

Las etimologías de los mexicanismos originados en voces indígenas se compulsaron con el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, formado en 1571 por fray Alonso de Molina (facsímil publicado por Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1944), y el *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, por Rémi Siméon (Siglo XXI, 1997). Sólo en una ocasión se recurrió al *Diccionario de la lengua tarasca o de Michoacán*, por fray Maturino Gilberti (impreso en México en 1559 y reimpresso en 1962).

Tratándose de la definición de especies animales o vegetales, procuré que al nombre vulgar siguiera el científico, modo de evitar homologaciones o comparaciones arbitrarias o descripciones a menudo equívocas. Para

realizar esta tarea recurrí a los artículos respectivos de la *Enciclopedia de México*, redactados por investigadores del Instituto de Biología de la Universidad Nacional, y ocasionalmente a la *Zoología hispanoamericana* de Luis Cendrero y a varias obras del sabio botánico Maximino Martínez.

La enunciación, la etimología, la definición y los escolios correspondientes a los 196 mexicanismos, formaron a la postre un texto de 46 cuartillas. Esta lectura, de 30 minutos, es una selección equivalente a 15 de esos folios.

1. PALABRAS COMPUESTAS CON VOCES CASTELLANAS, QUE FORMAN UN VOCABLO PROPIO DE MÉXICO, NO USADO EN EL ESPAÑOL DE ESPAÑA

atrinchilado. (De *a*, prefijo que forma palabras parasintéticas; *trinche*, tenedor de mesa, y *-ado*, sufijo que forma adjetivos que expresan la presencia de lo significado por el primitivo.) Acorralado, arrinconado, estar entre la espada (el *trinche*) y la pared [JRA]. Brambila registra “*atrenchilar*. Estrechar a personas o animales en sitio sin salida”. AY dice (p. 20): “...te hallas *atrinchilado* entre la espada y la pared”.

amachado. (De *a*, prefijo; macho, mulo, y *-ado*, sufijo.) Encaprichado, empecinado, terco, por analogía con el *macho* que se resiste a caminar [JRA]. AY dice (p. 38): “Mi abuelo era de los más empeñosos en defenderles a los ranchos sus nombres nuevos, contra los *amachados* en seguir usando los antiguos”.

alebrestarse. (De *a*, prefijo; *alebrarse*, en su segunda acepción “alborotarse, agitarse”, y *se*, pronombre personal de sujeto indeterminado.) Alborotarse, inquietarse, inconformarse [JRA]. AY dice (p. 41): “—Asosiéguese, cristianos, no coman ansias, no se me *alebresten*”.

azorrillado. (De *a*, prefijo; zorrillo, mofeta, y *-ado*, sufijo.) Doblegado, sometido, dominado. De ahí *azorrillar*, poner a uno a gatas, inmóvil, como el zorrillo cuando se ve amenazado. AY dice (p. 104): “—Lo que sucede es que *azorrillados* por los Trujillos, les tienen miedo”.

desaldillada. (Voz que no aparece en ninguno de los diccionarios consultados. Está formada por el prefijo *des*, que denota inversión del significa-

do del simple; *saldo*, resto, lo que queda; *-illo*, sufijo de valor diminutivo, y *-ada*, sufijo que indica golpe o acción, y que a veces, como en este caso, se combina con otro sufijo.) Se propone la siguiente definición: “Que ha perdido lo poco que le quedaba” [JRA]. La mínima parte del todo está aludida con el sufijo diminutivo *-illo*. AY dice (p. 179): “Curé a varios golpeados en la sanfrancia: unción de árnica. No eran muchos: una más viejita que yo, *desaldillada* por querer correr; otro al que Felipe y su gente le descoyuntaron el hombro en los jalones...”

2. PALABRAS DERIVADAS DE VOCES ESPAÑOLAS O DE OTRA PROCEDENCIA, CUYA VERSIÓN MEXICANA CONSERVA EL SENTIDO DE LAS ORIGINALES

cantón. (De *casa*, edificio para habitar.) Casa, vivienda, residencia. En *cantón*¹ el DRAE registra ocho acepciones, y otra en *cantón*², ninguna de las cuales tiene ese significado. AY dice (p. 21): “—Me faltaba decirte que los cité hoy mismo, en mi *cantón*”.

pote. (De *potencia*, en la tercera acepción que registra el DRAE: “Poder y fuerza, especialmente de un Estado”.) Fuerza, vigor, robustez. El propio diccionario académico recoge seis acepciones de *pote*, ninguna con el significado que tiene el mexicanismo. AY dice (p. 26): “...se la sentó en las piernas, por la espalda, y esto es abrazarla con todo el *pote*, que milagro no fue despanzurrarla”.

cucaracho. (De *cacarañado*, lleno de *cacarañas*, que según el DRAE son los “hoyos o señales que hay en el rostro de una persona, sean o no ocasionados por la viruela”.) Acaso por cierta semejanza fonética con la voz *cacarañado*, por el mal aspecto de la *cucaracha*, nombre vulgar del insecto *Periplaneta americana*, o por una combinación de ambas palabras, se usa en México el vocablo *cucaracho*, sinónimo de *cacarañado*. La definición de *cucaracho* viene a ser: cacarañado, cacarizo, picado de viruelas. AY dice (p. 27): “Por acá ni cuándo se conocían de antes tales enfermedades, ni las viruelas, que a la mitad por lo menos de la gente que acá vive han puesto *cucarachos*”.

argüende. (Probablemente de *argüir*, en las acepciones tercera y cuarta que registra el DRAE: una, “echar en cara, acusar”; y la otra: “aducir, alegar, dar argumentos a favor o en contra de alguien o algo”).

remediero. (De *remedio*, lo que puede servir para curar.) Curandero, medicinante, o sea, según el DRAE, “el que hace de médico sin serlo”. El diccionario académico registra “*remediador*. adj. Que remedia o ataja un daño”. De *remedio* anota, en la cuarta acepción: “Lo que sirve para producir un cambio favorable en las enfermedades”. AY dice (p. 59): “Eché la carrera a Cuilán a traer al *remediero* que pronto le atinó. Le pasó la enfermedad, bendito sea Dios”.

guzguería. (De *guzgo*, glotón según el DRAE.) Propensión excesiva a los placeres de los sentidos, lujuria [JRA]. AY dice (p. 64): “El mismo, gruñendo y manoteando, ha caído bajo la tiranía de la heredera, como niño chiqueado, con tal de que no le limite la *guzguería*”.

consecuentar. (De *consecuente*, persona cuya conducta guarda correspondencia con su idiosincrasia.) Consentir, condescender, tolerar por bondad o por necesidad [JRA]. La voz *consecuentar* no aparece en el DRAE ni en los otros diccionarios consultados. AY dice (p. 65): “Ella..., tan prudente y paciente, infatigable para el quehacer y para esperar al señor Epifanio, *consecuentarlo*, aguantarle con buena cara sus impertinencias y cambios de genio...”

friegaquedito. (De *friega*, molestia, fastidio; y *quedito*, muy quedo, despacio.) Persona que incomoda constantemente en voz baja y con cautela [JRA]. AY dice (p. 67): “...el vulgo le añadió calificativos: ...el mátalos callando, el *friegaquedito*, el moscamuerta...”

realada. (Del árabe *rahál*, “lugar donde se hace un alto en el camino” [DRAE], seguramente refiriéndose a pastores, pues de esa voz deriva *rehala*, “rebaño de ganado lanar formado por el de diversos dueños” [DRAE]. El vocablo pasó a México como *realar*, “recoger los ganados..., reunir los hatos o manadas” [Santamaría], y en el Occidente del país se transformó en *rialar*, más propiamente *echar rialada*, que significa “redada o rejunta de personas o animales” [Brambila]. AY dice (p. 72): “Eché *realada* con todos los curanderos de los alrededores. Hasta mandé traer a como costara, peso sobre peso, al médico

de Clamores, que jamás había querido cruzar la sierra y venir a este desierto”.

andancia. (De *andancio*, “enfermedad epidémica leve” [DRAE]. Epidemia ligera [Brambila], enfermedad no grave que se propaga temporalmente en una población [JRA]. AY dice (p. 80): “Se soltó de repente una *andancia* de *cursera* o *chorrera*”. En el español de Andalucía y América, según el DRAE, *cursera* es diarrea.

oguío. (De *ahoguío*, a su vez de *abogo*.) “Opresión y fatiga en el pecho, que impide respirar con libertad”. [DRAE]. Ahoguío. AY dice (pp. 85 y 86): “Eso es lo que lo ha obligado a dejar el trote: su tragonería sin rienda, el engrasamiento del corazón, el *oguío*, el mal de orina, la mala leche reconcentrada, empiedernida con tantas maldades”.

jierra. (Por *yerra*, tercera persona del singular del verbo *errar*.) Que no acierta, que se equivoca [JRA]. AY dice (p. 86): “Merced anduvo cazándolo para tomarle la medida con un listón, que llevaría luego a colgar a la imagen milagrosísima de San Benito de Palermo... (que) no *jierra* con conceder a sus devotos el favor de quitarle de encima... al prójimo del que le han llevado la medida, y que irremediablemente se muere”.

valedor. (De *valer*, ser de naturaleza que merezca aprecio y estimación.) Amigo, compañero, cuatezón, simple interlocutor o persona cualquiera. [Santamaría, Brambila, JRA]. A menudo se usa contraído en *vale*. Para el DRAE, *valedor* es “persona que vale o ampara a otra”, calidad eventualmente incluida en la definición anterior. AY dice (pp. 100 y 101): “—Bueno, *valedores*, antes que nos agarre la noche: sí o no”; o bien: “—Oiga, *vale*, pues ya le voy creyendo que les gusta hacerse a los del Llano”.

ensartar. “Hacer caer en un engaño o trampa”, cuarta acepción del vocablo que registra el DRAE para Chile, México, Nicaragua, Perú y Uruguay. En México también significa comprometer, arriesgar, aventurar [JRA]. AY dice (p. 109): “¿Para qué reclamarle a Palemón que sin mi consentimiento me haya *ensartado*?”

platudo. Dice el DRAE: “(De *plata*, moneda.) adj. fam. Amér. Que tiene mucho dinero, rico, adinerado”. AY dice (p. 111): “Muy decidido él; muy *platudo* a lo que parece, por lo que cuenta”.

tantito. El DRAE registra “*tantico*, *ca.* adj. des. Poco, escaso en cantidad o calidad”. Muy poco [JRA]. AY dice (p. 120): “No porque ni *tantita* falta nos haga su cochino patio ni lo que ofrece de cenar a los pastores que van a Belén”.

tijerero. Persona que murmura, chismoso [JRA], al que en España llaman tijera [DRAE]. AY dice (p. 133): “Los eternos tijereros llegaron a decir que aquello no tenía pies ni cabeza, ni nunca los tendría”.

gusgo. “Glotón”, según el DRAE, pero en México también lujurioso, lascivo [JRA]. AY dice (p. 201): “...en cambio, yo me puse insoportable..., con hartos trastornos..., y más *gusgo* que nunca...”.

juida. Por huida. AY dice (p. 201). “...las calamidades que me cayeron ese año: sequía en grande, mortandad de ganado, pérdida de cosechas, *juida* —la única— de una de mis esposas, que ni me quiero acordar”.

zambutir. (Por *zambullir*.) Hundir, sumir, meter en lo hondo [JRA]. Para el DRAE, *zambullir* es “mete debajo del agua con ímpetu o de golpe”, o bien “esconderse o meterse en alguna parte, o cubrirse con algo”. AY dice (p. 209): “Óiganos sin hacer berrinches que no más nos *zambuten* más”.

geniudo. De mal genio, intemperante, irritable [JRA]. El DRAE registra *geniazo*, “genio fuerte”. AY dice (p. 249): “Ah, que doña Merced tan *geniuda*”.

ganeo. (De ganancia, acción y efecto de ganar.) AY dice (p. 279): “...en el tanteo está el *ganeo*: a ver si *de tarugada* pasa y se ensarta”. *De tarugada* significa “de casualidad”. Sin la preposición *de*, *tarugada* es el “acto propio del tarugo” [Brambila].

apergollar. (Por *apercollar*, voz que define el DRAE como “coger o asir por el cuello a alguno”; o bien, en su cuarta acepción: “Ecuad. Exigir insistente y violentamente algo, especialmente de carácter económico”. Una quinta acepción sería: “Méx. Obligar bajo amenaza” [JRA]. AY dice (p. 280): “Garabito sale a veces con que los *apergollé*, aunque reconoce él mismo que no les puse pistola en el pecho para que me pidieran préstamos”.

de oquis. (Por *de oque*, de balde.) Gratuitamente [JRA]. AY dice (p. 282): “Hacía desatinar a las gentes por jugar con ellas, por conocerlas

mejor y saber hasta dónde aguantaban...; no por hacerlas sufrir *de oquis...*”.

volido. (Por *vuelo*, acción de volar.) AY dice (p. 302): “...los *volidos* del Diablo —tan remotos ya en el recuerdo—, que anunciaron la llegada del Rey de Oros...”.

carnitas. (De *carne*, “parte muscular del cuerpo de los animales” [DRAE].) Fritura de trozos de carne de puerco. AY dice (p. 43): “...cuando no hay chicharrones, *carnitas*, pepena y rellena”.

rellena. (De *rellenar*, “volver a llenar una cosa” [DRAE].) Morcilla, “trozo de tripa de cerdo, carnero o vaca..., *rellena* de sangre cocida”, condimentada con especias y otros ingredientes. Véase cita anterior de AY.

3. ACEPCIONES MEXICANAS DE PALABRAS ESPAÑOLAS, CUYO SIGNIFICADO ES DISTINTO AL SENTIDO QUE ESAS VOCES TOMAN EN ESPAÑA

víbora. Por su semejanza con la culebra venenosa, cinto de cuero, abultado y seccionado a modo de canana, dispuesto para llevar en él monedas metálicas [JRA]. AY dice (p. 29): “El dinero..., cuando era oro, lo traían en un cinturón de los que llamaban *víboras*”.

mono. Por su semejanza con una figura humana o animal (sexta acepción de esta voz en el DRAE), gavilla cónica de cañas y hojas de maíz, que se forma una vez cortada la milpa [JRA]. AY dice (p. 41): “Sabe cuántos animales hay o tiene que haber en cada potrero...; cuántos *monos* de rastrojo quedan”.

birria. “Carne de chivo, de borrego o de res, tatemada y condimentada con diversas especias, aderezada con salsa de chile y cebolla” [Brambila]. En España, *birria* es “persona o cosa de poco valor o importancia” [DRAE]. AY (p. 43), menciona esta voz como platillo.

tostada. Tortilla de maíz dorada que lleva encima frijoles molidos, carne deshebrada, rábano, lechuga, cebolla, salsa de chile y a veces crema. Hay numerosas variantes regionales. Para el DRAE, la cuarta acepción de *dorar*, es “tostar ligeramente una cosa de comer”. AY menciona esta voz (p. 43).

taco. Tortilla de maíz enrollada o doblada rellena con cualquier alimento.

En México los *tacos* llegan a constituir una comida completa, una *taquiza*. El DRAE registra 25 acepciones de la voz *taco*. La 11 dice: “Cada uno de los pedazos de queso, jamón, etc., de cierto grosor que se cortan como aperitivo o merienda”; y la 12 indica: “Bocado o comida muy ligera que se toma fuera de las horas de comer”, pero ninguna corresponde al significado que tiene este vocablo en México. AY menciona esta voz en la p. 43.

tupido. A menudo, con frecuencia, con tesón y constancia [Chile, citado por Santamaría]. Para el DRAE, *tupido* es “espeso” y “dicho del entendimiento y los sentidos, obtuso, torpe”. AY dice (p. 59): “Volvió catrina, muy política en sus decires, muy formalita...; era lo bonito, que con tanto que traía, no le sacara el bulto al metate, ni a ordeñar, acarrear agua, barrer corrales, madrugar y entrarle *tupido* al quehacer...”.

soplar. Soportar, aguantar, tolerar. El DRAE registra 14 acepciones de *soplar*, ninguna con el significado anterior. AY dice (p. 60): “Yo era de los que no faltaba, aunque rodara el mundo y tuviera que *soplarme* el catecismo y fletarme a la rezandera...”.

chirrión. Interjección que expresa un recuerdo, una impresión o un sentimiento súbitos. El DRAE registra esta voz como “carro fuerte de dos ruedas cuyo eje gira con ellas. || 2. Amér. Látigo o rebenque fuerte hecho de cuero”. AY dice (p. 61): “Ah, *chirrión*, se me venía a la memoria el dicho ‘ahora sí violín de rancho, ya te agarró un profesor’”.

tapón. Descolón, tapaboca [Santamaría]. El DRAE registra nueve acepciones de esta voz, ninguna con el anterior significado. AY dice (p. 62): “Yo esperaba un *tapón*, que para eso era fina, o por lo menos que me dejara con las palabras en la boca”.

culebra. Tromba, columna de agua que se forma por efecto de un torbellino [JRA]. El DRAE registra seis acepciones de esta voz, ninguna con el significado que se anota. AY dice (p. 81): “El viejo Néstor trató de partirlo (al chamuco) haciendo cruces en el aire con un cuchillo, como hace con las *culebras* en tiempo de aguas”.

soplarse. Tomar para sí a una mujer, violarla o cometer con ella abusos deshonestos [JRA]. El DRAE registra 14 acepciones de *soplar*, ninguna

con el significado del mexicanismo que se anota. AY dice (p. 86): "...el temor constante de que algún día, a la fuerza, el garañón la deshonorara, *soplándose* a la muchacha...".

trique. "Trebejo" [Santamaría, en tercera acepción], "tiliche" [Brambila].

El DRAE registra *trique*¹: "estallido leve", de origen onomatopéyico; y *trique*²: "planta americana de las iridáceas". Curiosamente, el mexicanismo *trique* obliga a definirlo con otros dos mexicanismos: *trebejo*, mueble o aparato viejo, deteriorado o inservible [JRA]; y *tiliche*, "cachivache, cosa rota o arrinconada por inútil" [DRAE]. AY dice (p. 103): "Reconozco lo triste y duro de deshacernos del *trique*". A menudo esta voz se usa en plural, como en la expresión "el cuarto de los *triques*".

potrear. Domar, amaestrar, adiestrar [JRA] y, por extensión, "abatir a otro la soberbia, quitarle la altanería" [Santamaría]. Para el DRAE, *potrear* es "ostentar viveza y gallardía una persona que no es joven", o bien, en segunda acepción, "molestar, mortificar a una persona". AY dice (p. 106): "En Canán vivía Miguel Arcángel. Allí lo mandó Pifanio para que se *potreara* cuando volvió con el cura".

caballazo. Acción de desplazar a otro, de palabra o de hecho, de la posición que ocupa [JRA]. Para el DRAE, en Chile, México y Perú, *caballazo* es "encontrón o golpe que da un jinete a otro o a alguno de a pie, echándole encima el caballo". AY dice (p. 108): "...el *caballazo* que recibo es lo que menos puedo ver o admitir en la vida...".

atorar. Asumir un riesgo, responsabilizarse de algo [JRA]. Para el DRAE, *atorar* "(Del lat. *obturare*, cerrar)", es "atascar, obstruir", o bien "atragantarse, turbarse en la conversación". AY dice (p. 115): "Se le cierra el mundo a cada paso, a la menor dificultad. No es como otros, que le *atoran* a la suerte contraria, se arriesgan a lo que venga, se avientan a como venga".

cucar. Acechar, observar disimuladamente, espiar; aunque también provocar, azuzar. Para el DRAE, *cucar* es "guiñar el ojo" o "hacer burla, mofar". AY dice (p. 115): "Yo lo *cucaba*, lo espiaba para ir sola y mi alma al ojo de agua, o para bañarme yo sola en el arroyo, haciéndome que no lo veía seguirme, a ver qué hacía...".

lebrón, na. Levantisco, indómito; también prepotente, de gran estatura [JRA]. Para el DRAE, es “hombre tímido y cobarde”. El significado de esta voz en México es antónimo al de España. AY dice (p. 118): “Si alguna se rebela, se hace *lebrona*, quién sabe hasta donde sea por la desesperación de no disfrutar lo que detrás del misterio creía escondido en la tentación del casorio”. O mejor: “Lo que sucede acá es que los hombres no saben tratar a las mujeres, ni buscarnos el modo; con tal de cumplir ellos su gusto, igual que animales, ni caso hacen de lo que la mujer sienta o deje de sentir; más bien les cuadra vernos sufrir que gozar... Como esclavas. Antes no nos alebrestamos... Si alguna se rebela, se hace *lebrona*...”.

masacote. Cualquier cosa revuelta sin orden ni concierto. El DRAE registra *mazacote*, con ɜ, voz de la que da siete acepciones distintas a la anterior. AY dice (p. 124): “No; más que olvidárseme todo, se agolparon en la memoria todas las cosas pasadas y presentes, en *masacote* con lo deseado y lo temido, que sin suceder todavía, embromaban la cabeza y quitan ya no digo el sueño: hasta las ganas de comer...”.

súpito. “Extático, estupefacto, sorprendido” [Brambila]; o bien: “alelado, atolondrado, atontado” [Santamaría]. Para el DRAE, *súpito* es “repentino, súbito”, cosa bien distinta. AY dice (p. 133): “...quedé *súpito*, transportado a la gloria, queriendo que aquello no acabara nunca”.

borrego. Noticia falsa y alarmante que se propaga fácilmente [JRA]. El DRAE registra seis acepciones distintas a la anterior. AY dice (p. 187): “Algunos, como aprendiendo a leer en el silabario, juntaban palabras: —Andan muchos *borregos* de cosas grandes y maravillosas qué irá a pasar hay mucho misterio...”.

maceta. En sentido figurado, la cabeza [JRA]. El DRAE recoge nueve acepciones distintas a la anterior. AY dice (p. 192): “El hijo desobediente / quería quitarte tu herencia: / dale en la *maceta*”.

despintarse. Desaparecer furtivamente, marcharse, irse [JRA]. El DRAE, en la entrada *despintar*, registra cuatro acepciones distintas a este mexicanismo. AY dice (p. 196): “...ni don Felipe ni don Jesusito aparecieron por ninguna parte; nadie supo a la hora en que se *despintaron*...”.

tronarlo. Matarlo a balazos, fusilarlo [JRA]. El DRAE, en la entrada *tronar*,

registra cuatro acepciones con un significado distinto al de este mexicanismo.

sobajar. Humillar, rebajar, zaherir, apocar a otro con hechos o con palabras [JRA]. El DRAE define esta voz como “manosear una cosa con fuerza, ajándola”. AY dice (pp. 223 y 224): “Tanteaste madrugarme ¿no?, adelantarte haciendo méritos con el viejo para que te deje de amo, *sobajándonos* a los demás para que tú nos tengas con el pie en el pescuezo...”.

pialar. “Usar de engaño para obtener de otra persona, dinero o cualquier otra cosa” [Brambila]. El DRAE dice de *pialar*: “Amér. Echar un lazo a un animal para derribarlo, apalear”. AY dice (p. 224): “¿Así quieres *pialarme*, lagartija?”.

babosear. Desestimar a alguien, engañarlo como a un niño, jugarle el dedo en la boca [JRA]. El DRAE define *babosear* como “llenar o rociar de babas” y, en segunda acepción, “obsequiar a una mujer con exceso”. AY dice (pp. 244 y 245): “...era su ocasión de afianzarse y de que ninguna la *baboseara*, tomándole la medida, para luego reírse, como ha pasado”.

pajón. “Dícese de la persona ruda, ranchera, grosera” [Santamaría]; o bien: “ranchero tosco, incivil” [Brambila]. En la entrada *pajón*, el DRAE dice: “Caña alta y gruesa de las rastrojeras. || 2. Amér. Gramínea silvestre, muy rica en fibra, que en época de escasez sirve de alimento al ganado”. AY dice (p. 296): “Cuando las muchachas no hacían aprecio, se apersonaba con los padres queriendo comprárselas, lo que seguido conseguía con rancheros *pajones* que le debían o a los que con dinero encandilaba”.

destapar. “Echar a correr... Se entiende siempre del que está a caballo, o de bestias sueltas” [Santamaría]. El DRAE recoge las siguientes acepciones de *destapar*: “Quitar la tapa o tapón. || 2. Descubrir lo que está oculto o cubierto. || 3. Amér. Dar a conocer el nombre del tapado” y alguna más. AY dice (p. 306): “...amacizó la rienda, levantó la cuarta, picó espuelas, echó un grito y, como luego dicen: se *destapó*, soltó carrera, se disparó”.

correr. Echar fuera, despedir a alguien de su trabajo o de su vivienda sin comedimiento alguno. El DRAE registra 40 acepciones del verbo correr,

pero ninguna con este sentido. De correr deriva *corrido*, *da*, separado o separada del trabajo. AY dice (p. 307): “...sólo consiguieron enchilarla y que las conminara a no meterse en lo que no les importa, si no quieren salir también *corridas* del rancho”.

fajar. Meter al orden, someter, dominar. El DRAE registra siete acepciones del verbo *fajar*, pero ninguna con el significado del mexicanismo. AY dice (p. 307): “La cacica *en greña* reunió a sus hermanastros menores... y les leyó la cartilla, los puso en cartabón, se los *fajó*”.

encabritarse. Alebrestarse, inconformarse, enfadarse [JRA]. El DRAE da a esta voz dos acepciones: “Empinarse el caballo, afirmándose sobre los pies y levantando las manos” y, tratándose de embarcaciones, aeroplanos, automóviles, etc., “levantarse la parte delantera súbitamente hacia arriba”. AY dice (p. 349): “—Lo que has de hacer es casarte, a ver si te curas de loca y se te ablanda la cabeza de mezquite. Estas palabras la *encabritaron* más”.

amolar. Causar perjuicio, hacer daño. El DRAE dice, en la cuarta acepción de esta voz: “fig. y fam. Fastidiar, molestar con pertinacia”, lo cual no necesariamente alcanza a dañar. AY dice (p. 69): “...cuando reflexionan..., ya don Jesusito se salió con la suya los *amoló*: ya le dieron la palabra, le firmaron la escritura, le vendieron en balde...”.

4. PALABRAS ORIGINADAS EN VOCES INDÍGENAS, USADAS EN MÉXICO Y NO INCLUIDAS EN EL DRAE

machigües. (De etimología incierta.) Santamaría hace derivar esta voz del náhuatl *mailt*, mano, y *chiua*, hacer, que acaso pudiera significar hacer algo con la mano, pero faltaría señalar la acción, que en este caso sería mojar, humedecer. *Machigües* es “el agua en que se humedecen las manos las molenderas y tortilleras de maíz” [JRA]. AY dice (p. 32): “Se puso a reflexionar por qué y cómo él, de ordinario tan calmoso —sangre de *machigües* le dice doña Merced—, se había sulfurado”.

builota. (Del náhuatl *uilotl*, paloma [Molina].) Ave migratoria del orden *Columbiformes* y de la familia *Columbidae*. De las 24 especies de palomas

y pichones que se encuentran en México, sólo dos fueron llamadas *huilotas* por los antiguos mexicanos: *Zenaidura macroura* y *Z. asiatica*. A la primera se le denomina también *tórtola*, y a la segunda *paloma de alas blancas* o *torcaza*. Una tiene cola larga y puntiaguda, y la otra presenta cola casi cuadrada. Ambas tienen patas rojas, pico negro y plumas pardo grisáceas, las de *Z. asiatica* con puntas blancas las de las alas. AY dice (p. 42): “La implacable memoria de don Epifanio Trujillo, el de Tierra Santa. No se le escapan los nombres de los perros que hay en la comarca, y hasta le dan la guasa, que lo halaga, de saber, con apellidos, los de las golondrinas que vienen al Llano, de las *güilotas*, calandrias, congas, citos, chuparrosas y demás pájaros cimarrones...”.

pepena. (Del náhuatl *pepena*: “escoger algo, o arrebañar y recoger lo esparcido por el suelo” [Molina] o “levantar, recoger, juntar cosas que están esparcidas” [Siméon]. Guiso compuesto de pequeños trozos de vísceras de res, carnero, cerdo o cabrito [JRA]. El DRAE registra *pepenar*, “de origen azteca: ...recoger del suelo, rebuscar”, pero nada dice del platillo mexicano. AY dice (p. 43): “Puede perdonar algunos tentempiés durante el día; pero no las onces: tequila o pulque si los hay; taquitos de longaniza o chorizo, cuando no hay chicharrones, carnitas, *pepena* y rellena...”.

asquil. (Probablemente del náhuatl *azcatl*, hormiga.) Insecto himenóptero diminuto, también llamado *azquilín*. AY dice (p. 56): “Lo que mayormente lo alegra es la tanteada de inventar algún milagro, la aparición de alguna imagen, que haga de Belén el panal de miel a donde lo mismo vengán abejas que moscas, haciendo hilo las gentes, como *asquelines*...”.

cuiltaccoche. (Del náhuatl *cuilatl*, “mierda” [Molina] o “excremento, fiemo, inmundicia, residuo; llaga, tumor, absceso” [Siméon]; y *cochqui*, “dormido” [Molina] o “dormido, que descansa” [Siméon].) *Ustilago maidis*, hongo que se desarrolla en la mazorca del maíz, considerado un manjar en la comida mexicana [JRA]. Lo que de repugnante e incongruente tiene, en traducción literal, la expresión “excremento dormido”, se alivia al considerar que los antiguos mexicanos creyeron ver una excrecencia donde había un invasor vegetal, ciertamente dormido al cobijo de las espigas que arropan a la mazorca. Puede seguir siendo así el

cuitlacoche, sin reservas léxicas, uno de los deleites que ofrece al paladar la culinaria nacional. AY dice (p. 88): “Lo que le preguntaban era el nombre del *huítlacoche*”.

huiñache. Nombre náhuatl de varias especies del género *Acacia*; la más abundante es *A. farnesiana* (L.) Willd. Arbolito espinoso, de hasta ocho metros de altura. Las flores producen el aceite de *acacia* o de *cassia*, útil para perfumar aceites y polvos. La corteza y las vainas son ricas en tanino y se emplean en curtiduría. El follaje sirve como forraje [JRA]. AY dice (p. 90): “Matiana... se vuelve varias manos para servir... En las calamidades públicas y en las privadas. En el desamparo de *huiñaches* y nopaleras”.

tepetate. (De *tepetlatl*, “roca, tierra bronca, especie de Creta o de piedra que servía para hacer cal” [Siméon]. “Se emplea en construcción” [Santamaría]. Tierra infértil, no apta para sembrar [JRA]. AY dice (p. 100): “...a ciegas, a puros tanteos, adivinando a ver si sale, aunque sepamos bien que sembrar en *tepetate*, por ejemplo, es como correr detrás del sol para entregarle una carta, y peor que arar en laguna”.

guato. (De *guateque*, voz caribe que el DRAE define así: “Baile bullicioso, jolgorio. || 2. Fiesta casera, generalmente de gente joven, en que se merienda y se baila”. Regocijo, fiesta, diversión o pasatiempo entre amigos [JRA]. AY dice (p. 120): “Con la música a otra parte había mandado Epifanio Trujillo a los que le trataban el arreglo de las competencias que hay costumbre de hacer cada año en Belén, entre las pastorelas de la región. No, no, por lo menos este año no quería *guatos* en su casa”.

tololoche. (Del náhuatl *tolontic*, cosa redonda, esférica [Molina y Siméon]. Contrabajo, instrumento de cuerda y arco, parecido al violonchelo [JRA]. AY dice (p. 131): “Rómulo compuso flautas de carrizo, dos violines y hasta un *tololoche*”.

tenejal. (Del náhuatl *tenextli*, cal, y *xalli*, arena.) “Residuos de la cal que se echa al agua para hacer el nixtamal” [Brambila] y, por extensión, lo que resulta de la descomposición o destrucción de una cosa [JRA]. AY dice (p. 143): “—Cuándo has oído que Matiana le tenga miedo al Diablo, ni a los alacranes, cuantimás a ti, que ni a *tenejal* del infierno llegas, ni alacrán eres...”.

pípilo. (Del náhuatl *pil*, sufijo diminutivo que indica gracia, y *pilli*, hijo.) Nombre que se aplica al guajolote tierno [JRA]. AY dice (pp. 182 y 183): “—Sábetе, oh Gila, que yo te adoro —más que a mi toro —más que al carnero cuando lo como —tú eres mi vida, tú mi tesoro —más que a tus patos y a tus gallinas —más que a tus *pípi*los y golondrinas”. El DRAE registra “*pípila*. f. Méj. Hembra del guajolote”.

chípil. (Del náhuatl *tzipiltl*, “la criatura que está enferma o desganada a causa de estar su madre preñada” [Molina]. Metafóricamente, *estar chípil* es sufrir trastornos en virtud del presagio de un acontecimiento feliz, aunque preocupante; por ejemplo, el parto de la esposa, el nacimiento de un hijo o de un hermano. AY dice (p. 201): “Antes ya de nacer se paraba de manos, pateaba furiosamente, y la madre tan contenta, sin achaques cual ningunos...; en cambio, yo me puse insoportable de *chípil*, con hartos trastornos: que dolores de cabeza, que mareos, que mucha flojera, que me dolían los huesos, y más gusgo que nunca...”. Conviene recordar que el cerro *Tzipil*, en la costa de Jalisco, es llamado así porque la corona de nubes que eventualmente se forma en su cumbre, es anuncio infalible de que va a llover.

zoquite. (Del náhuatl *coquitl*.) Lodo, tierra mojada. Para Molina, *coquitl* es “barro, o lodo”; y para Siméon, “lodo, tierra anegada, limo, fango, argamasa, mezcla de barro y paja”. AY dice (p. 330): “—Ah, que compadre tan calamitoso; la fortuna te ruega, y tú empeñado en taparte las orejas con *zoquite* y echarte telarañas en los ojos...”.

tianguis. (Del náhuatl *tianguispepetla*, planta de la familia de las amarantáceas.) *Alternanthera repens* (L.) Kuntze. Hierba cuyo cocimiento se emplea contra infecciones del tubo digestivo acompañadas de fiebre. Para el mismo fin se aplican lavados intestinales [MM]. En Jalisco se le llama *tiangüis*: “Pequeña planta espontánea que sirve, en cocimiento, para baños de asiento en la nefritis” [Brambila]. AY dice (p. 179): “¡Qué atrocidad! Mira, te voy a dar un cocimiento de azahar con cuasia y valeriana; llegando, que Merced te ponga una lavativa de *tianguis*...”.

petatero. (Del náhuatl *petatl*, estera” [Molina].) Mentiroso, embaucador. El sentido en que se usa en México la voz *petatero* seguramente proviene de la expresión popular “espantar a uno con el *petate* del muerto”, o

sea, con patrañas o falacias. AY dice (p. 233): "...el grandísimo *petatero* que nos quiere asustar con chorros de oro y electricidad".

5. PALABRAS ORIGINADAS EN VOCES INDÍGENAS, YA REGISTRADAS EN EL DRAE

guaje. Bobo, tonto. "*Hacer guaje* a uno" es engañarlo, y "*hacerse guaje*" es hacerse el desentendido. AY dice (p. 41): "Nada se le escapa. Ni nadie puede *hacerlo guaje*". El DRAE registra este significado en la cuarta acepción del vocablo: "[4. Hond. y Méj. Bobo, tonto. Ú. t. c. adj.]".

ocote. (Del náhuatl *ocotl*, "tea, raja o estilla de pino" [Molina].) Nombre de varias especies de árboles del género *Pinus* y de la familia de las pináceas, especialmente aplicable a los que producen abundante resina. AY dice (pp. 41 y 42): "Sabe... cuánta leña, *ocote* y petróleo (queda)". El DRAE registra la voz *ocote* para Guatemala y México: "Especie de pino muy resinoso, cuya madera, hecha rajas, sirve para encender".

chapulín. (Del náhuatl *chapulín*, "langosta" [Molina].) Denominación genérica aplicable a todos los insectos acrididos, masticadores y saltadores, también llamados saltamontes. Varias especies de la familia *Acrediidae* son por lo general perjudiciales a la agricultura, en especial las langostas del género *Schistocerca*. Los del género *Sphenarium* son usados como alimento en Oaxaca y el valle de México. El DRAE dice: "*chapulín*. m. Amér. Langosta, cigarrón". AY dice (p. 42): "No se le escapan los nombres... y hasta le dan la guasa, que lo halaga, de saber, con apellidos, los de los... *chapulines*, cuervos, auras y zopilotes...".

zopilote. (Del náhuatl *tzōpilōtl*, "aura" [Molina]. *Coragyps atratus*, ave de la familia *Cathartidae*. Mide de 50 a 58 centímetros. El adulto es de color negro opaco, con la cabeza y el cuello desnudos y arrugados. Presenta las puntas de las alas blancas. Se alimenta de carroña. Se le considera útil por su labor de limpieza en pequeños pueblos, mataderos, basureros y mercados. AY lo menciona en la (p. 42). El DRAE dice: "*zopilote*. (Del nahua *zōpilōtl*.) m. Costa Rica, Guatemala, Honduras, Méjico y Nicaragua. Ave rapaz americana semejante al buitre común, pero de

tamaño mucho menor. Es completamente negra, incluida la cabeza, que está desprovista de plumas. Frecuenta los basureros”.

chilaquiles. (Del náhuatl *chilli*, axi o pimienta de las Indias y *quilitl*, verdura o yerbas comestibles [Molina].) Guiso compuesto de trozos de tortilla, cocidos en caldo de jitomate con chile, aderezados con queso y cebolla. Originalmente este platillo pudo haber sido de sólo chile con verduras, pues en la palabra *chilaquiles* no aparece la raíz de *tlaxcalli*, tortilla de maíz, su principal ingrediente. El DRAE registra “*chilaquil*. m. Méj. Guiso compuesto de tortillas, despedazadas y cocidas en caldo y salsa de chile”. AY menciona esta voz en la p. 42.

pozole. (Del náhuatl *pozonia*, “cocer algo en olla, o hacer hervir alguna cosa, o hacer espuma” [Molina y Siméon].) Guisado de granos de maíz cocidos hasta reventar y formar espuma, a los que se añade carne de cerdo y de pollo, col, lechuga, rábano, cebolla y una salsa de chile. Hay numerosas variantes regionales. El DRAE dice: “*pozole*. m. Méj. Guiso de maíz tierno, carne y chile con mucho caldo”. AY menciona esta voz en la p. 42.

equipal. (Del náhuatl *icpalli*, “asentadero” [Molina].) El DRAE define esta palabra en forma escueta y acertada: “Méj. Especie de sillón hecho de varas entretejidas, con el asiento y el respaldo de cuero o de palma tejida”. AY dice (p. 43): “En sus *equipales* caben cómodamente dos y hasta tres personas, mientras él se acomoda en ellos con apuros”.

metate. (Del náhuatl *metlatl*, “piedra donde muelen el maíz” [Molina], “piedra que sirve para moler el maíz o el cacao” [Siméon].) Utensilio de piedra sobre el cual se acciona la mano de mortero (*metlapilli*, en náhuatl) para moler principalmente el maíz. La confusa definición de *metate*, que aparece en el DRAE, es la siguiente: “Piedra sobre la cual, arrodilladas, molían ordinariamente las mujeres del pueblo de México y Guatemala, con un cilindro, también de piedra, el maíz y otros granos”. AY dice (p. 59): “...era lo bonito, que con tanto que traía, no le sacara el bulto al *metate*...”.

milpa. Dice el DRAE: “(Del nahua *milli*, heredad, y *pan*, en, sobre.) f. Amér. Central y Méj. Maizal, terreno sembrado de maíz”, a lo que habría de añadir: también planta que produce el maíz. AY dice (p. 62): “...contigo la *milpa* es rancho, y el atole champurrado”.

atole. Dice el DRAE: “(Del nahua *atúlli*.) m. Méj. Bebida caliente de harina de maíz disuelta en agua o leche, a la que se pueden agregar sabores edulcorantes”. Siméon define la voz como “papilla de maíz” que se prepara “de muy diversas maneras”. Para Brambila es “cocimiento de masa con agua”, llamado blanco si no lleva dulce; y para Santamaría, es “bebida a manera de gacha”, o sea “cualquier masa muy blanda que tira a líquida” [DRAE]. Estas definiciones podrían resumirse así: “Del náhuatl *atolli*. Bebida caliente de masa o harina de maíz disuelta en agua o en leche, a menudo endulzada con frutas o sustancias naturales; si con chocolate, se llamará *champurrado*”. Esta última palabra procede de *champurrar*, mezclar un licor con otro, y, por analogía, mezclar una bebida con otra. AY menciona esta voz en la p. 62.

cacomiztle. (Probablemente de *tlaco*, medio, y *miztli*, puma o león americano [JRA].) *Bassariscus astutus*, también llamado en México *mico de noche*. Del tamaño de un gato, tiene cuerpo delgado, patas cortas, hocico puntiagudo, ojos grandes y larga cola esponjada, con bandas blancas y negras alternadas. Es de color amarillento y lleva manchas negras alrededor de los ojos, labios y cachetes, y blancas en las partes superoculares. El DRAE lo identifica con el basáride, “Mamífero carnívoro, parecido a la comadreja, pero de mayor tamaño”. Molina no lo registra y Siméon, citando a Clavijero, dice que es “cuadrúpedo parecido al gato”. AY menciona al *cacomiztle* en la p. 83.

mezquite. *Prosopis juliflora* (Swartz). Árbol de la familia de las leguminosas, hasta de 15 metros de altura, aun cuando a veces se presenta como un arbusto rastrero. La goma, las semillas y los frutos se usan para preparar refrescos, y aquélla y las hojas, en infusión, como remedio contra la disentería, los males de la garganta y las inflamaciones de los ojos. La madera es muy pesada, dura y compacta. Para el DRAE, es “árbol de América, de la familia de las mimosáceas, parecido a la acacia, que produce goma, y de cuyas hojas se saca un extracto que se emplea en las oftalmías, lo mismo que el zumo de la planta”. AY dice (pp. 84 y 85): “La cara lisa de Matiana, como laja de río en que lavan las mujeres; cara sin arrugas, pulida por años de lágrimas, rechupada por el sol y los vientos en largas jornadas... Apariencia de pájaro y fortaleza de *mezquite*”.

huarache. (Del tarasco *quarache*: *cactles* viejos [Gilberti]). *Cacles*, a su vez (del náhuatl *cactli*), significa “zapatos, sandalias, etc.” [Molina]. El DRAE registra *huarache* y remite a *guarache*: “(voz tarasca). m. Méj. Especie de sandalia tosca de cuero”. No siendo toscos todos los *huaraches* y sí muchos de esmerada labor, bastaría decir: “*huarache*. (Del tarasco *quarache*, zapato.) m. Méx. Calzado compuesto de una suela y de las tiras o correas de cuero con que se asegura al pie”. AY dice (p. 112): “—Sí, traía zapatos y no *huaraches*”, expresión que parece confirmar la definición del diccionario académico.

molcajete. (Del náhuatl *mulli*, salsa, y *caxitl*, vasija.) Mortero trípode de piedra útil para machacar condimentos, sirviéndose del *tejolote* (del náhuatl *texcolotl*) o mano de mortero. El DRAE dice: “Del nahua *mulcazītīl*, escudilla.). m. Mortero grande de piedra o de barro cocido, con tres pies cortos y resistentes, que se usa para preparar salsas”. Para Rémi Siméon, *mulcaxitl*, con *x*, no con *z*, es “escudilla para la sopa, sopera, vasija para guiso”; y escudilla, para el DRAE, es “vasija ancha y de forma de una media esfera, que se usa comúnmente para servir en ella la sopa y el caldo”. Conviene observar que en el *molcajete* no se sirven alimentos, únicamente se preparan. Si alguna vez se dijo o se escribió *mulli* para nombrar una salsa, un guiso o un potaje, la costumbre consagró *mulli*, con *o* y no con *u*, tanto más que procede de *moloa*, desleír, o sea “disolver o desunir las partes de algunos cuerpos por medio de un líquido” [DRAE], operación que precisamente se practica en el *molcajete*, machacando juntos, por ejemplo, el jitomate y el chile. El DRAE, además, registra el mexicanismo *cajete*, pero le da, cuando menos para México, una definición equivocada: “cazuela honda y gruesa sin vidriar”. *Cajete*, voz usada a menudo en arqueología, es en realidad “vasija redonda de fondo plano y paredes verticales, por lo general de diámetro y altura casi iguales” [JRA]. AY dice (p. 112): “Acercó el *molcajete* lleno de chile verde”.

huacal. (Del náhuatl *uacalli*, sin *h* inicial: “angarillas para llevar carga en las espaldas” [Molina], o bien “especie de cuévano en forma de caja cuadrangular” [Siméon]. El DRAE registra *guacal*, con *g*: “...3. Canarias, Andalucía, Colombia, Méjico y Venezuela. Especie de cesta o jaula

formada de varillas de madera, que se utiliza para el transporte de loza, cristal, frutas, etc.” AY dice (p. 125): “Cuando miro los *huacales*, me acuerdo de mis gallinas”.

coamil. (Del náhuatl *coatl*, serpiente y, por semejanza formal, palo sembrador; y *milli*, sementera.) Tierra sembrada con *coa*, regularmente de maíz y en ladera [JRA]. El DRAE registra *cuamil*, con *u*: “Del nahua *cuahuite*, árbol, y *milli*, heredad.) m. Méj. Sementera”. La voz *cuahuite* no aparece en los diccionarios de la lengua náhuatl; en este idioma árbol se dice *quanítl* y tanto Molina como Siméon lo escriben con *q* inicial, aunque el uso ha cambiado esa letra por la *c*. Además, la raíz *coa* y no *cua* procede de *coatl*, serpiente, culebra, y no de *quanítl*, árbol. *Coatl*, entre otros significados, tiene el de “instrumento de labor, de cobre con mango de madera, especie de palo o azadón” (según Clavijero, citado por Siméon). De ahí el vocablo *coa*, que el propio DRAE anota de la siguiente manera: “(Del nahua *coatl* o *coatli*, palo, vara, azadón... || 2. Méjico, Panamá y Venezuela. Especie de palo usado para la labranza”. *Milli*, a su vez, equivale a heredad, “porción de terreno cultivado” [Molina] o, lo que es lo mismo, “bienes raíces..., tierra labrada” [Siméon]. AY dice (p. 131): “Por primera y única vez el llano fue un río de músicas; en las noches resonaban los ranchos; labores y *coamiles* llenáronse de cantos; cantaban el sembrador y el yuntero...”.

copal. (Del náhuatl *copalli*.) *Bursera jorullensis* (H.B.K.) Engl. Árbol de la familia de las burseráceas, hasta de 7.5 metros de altura. Esta especie y las llamadas con el mismo nombre vulgar, producen una resina que se quema como incienso, además de servir para la fabricación de barnices y pegamentos. El DRAE dice: “(Del nahua *copalli*.) Nombre común de varios árboles de la familia de las burseráceas, de los cuales se extrae la resina del mismo nombre. En Méjico se usa para sahumar templos o casas”. AY dice (p. 145): “Olor, por lo pronto, a viejo; gradualmente: a húmedo; a cerrado; a estancado; a mucho tiempo guardado en cajas de maderas fragantes...: copal, cera consumida, resina de ocote, mezquite o palo santo”.

tecolote. (Del náhuatl *tecolotl*.) *Bubo virginianus*, de orejas grandes, color gris pardusco con rayas negras y garganta blanca, notables ojos redondos

y un grito desapacible en la noche. El DRAE dice: “Guatemala, Honduras y Méjico. Búho, ave”. AY dice (p. 145): “...infundia de gallina, de pato salvaje, de golondrinas, de cotorra, de *tecolote*, de gavilán, de zopilote...”.

chocolate. Según Santamaría, “(Del maya *chokol*, caliente, y *a*, agua.) Pasta alimenticia hecha con cacao, como principal componente, y a la cual se añade, por lo general, azúcar, canela y aun vainilla”. El DRAE dice: “(De tim. disc.; cf. nahua *xocoatl*, de *xoco*, amargo, y *atl*, agua.) m. Pasta hecha con cacao y azúcar molidos, a la que generalmente se añade canela o vainilla. || 2. Bebida que se hace de esta pasta desleída y cocida en agua o en leche”. Expertos en ambos idiomas indígenas debieran decidir cuál es la etimología correcta. AY dice (p. 148): “Con frecuencia dispone de leche, carne, galletas, *chocolate* y diversos bocadillos...”.

achichinle. El DRAE registra esta voz, pero la remite a *achichinque*: “(Del nahua *achichinle*: de *atl*, agua, y *chichinqui*, que chupa.) Méj. Operario que en las minas traslada a las piletas el agua que sale de los veneros subterráneos. || 2. Méj. El que de ordinario acompaña a un superior y sigue sus órdenes ciegamente”. Para Molina y Siméon, “el o la que mama” es *chichini* y no *chichinque*. AY dice (p. 166): “El *achichinle* que cobraba se lanzó a patadas contra el tendido, bailó sobre papeles y estampas”.

tepalcate. El DRAE dice: “Méj. *tiesto*¹”; y de éste, “pedazo de cualquier vasija de barro”. Santamaría hace derivar esta voz del náhuatl *tepalcatl*, palabra que no registran Molina ni Siméon, pero la primera parte de su definición es acertada: “Tiesto o fragmento de vasija quebrada”, no así la segunda: “cacharro, trasto inútil”. AY dice (p. 167): “Don Jesusito Trujillo... hablaba y hablaba, cambiando de gestos, de tono, según veía la situación, sin dejar de frotarse las manitas de gato, parpadear con inocencia, torcer la cabeza como quien no rompe un *tepalcate*”.

zanate. *Cassidix mexicanus*, ave de la familia *Icteridae*. Mide de 35 a 40 cm. El macho es de color negro, con reflejos violáceos en el cuerpo y azulados en las alas y en la cola. La hembra es pardo negruzca”. El DRAE registra esta voz para Costa Rica, Guatemala, Honduras, Méjico y Nicaragua: “Cierta pájaro dentirrosto, de plumaje negro, que se alimenta de semillas”. AY dice (p. 178): “El bulto avanzó, parecido a

zanate de los que cruzan a saltos el cauce pedregoso. Ligerero y negro como *zanate*".

mitote. (Del náhuatl *mitotiani*, danzante o bailador.) Fiesta desordenada, alboroto, escándalo. 2. Chisme, rumor. El DRAE dice: "(Del nahua *mitotl*.) Especie de baile o danza de los indios... || 2. Amér. Fiesta casera... || 4. Méj. Bulla, pendencia, alboroto". Molina y Siméon no registran la voz *mitotl*, pero sí *mitotiani*, danzante, bailador. AY dice (p. 180): "—Nunca jamás volveré. Ni creo que nada ya con lo sucedido. —Sí: el *mitote* de la pastorela nueva. Toma esta cobija y vete...".

centzontle. (Del náhuatl *centzontlatolle*, voz compuesta de *centzontli*, cuatrocientos, innumerables; *tlatolli*, voz, palabra, discurso, y *e*, posesivo: "el que tiene innumerables voces"). *Mimus polyglottos* L. Pájaro mímido, cantor de voz extraordinariamente variada. Es de color generalmente gris, algo pardusco". El DRAE dice: "(Del nahua *centzuntli*, que tiene cuatrocientas voces.) m. Pájaro americano de plumaje pardo y con las extremidades de las alas y de la cola, el pecho y el vientre blancos. Su canto es muy variado y melodioso". *Centzontli* es cuatrocientos y, por extensión, muchos, abundantes, numerosos, incontables; y *tlatolli*, voz, palabra, discurso, de modo que la referencia etimológica que proporciona el DRAE es incompleta. AY dice (p. 182): "Yo contestaba: más que a las flores que tiene el campo —más al *centzontle* que quieres tanto...".

jacal. (Del náhuatl *xacalli*.) Chozas propias de los indígenas, por lo general con muros de varas pegadas con lodo, sin ventanas, puerta de otate y techo de palma, zacate o tejamanil. Molina define esta voz como "choza, bohío o casa de paja"; y Siméon, como "choza, cabaña, casa con techo de paja". El DRAE dice: "Méj. Especie de choza". AY dice (p. 192): "—Hemos visto caer iglesias, cuantimás este *jacal*".

popote. (Del náhuatl *popotl*, escoba.) Gramínea cuyos tallos se emplean para hacer escobas. Tanto Molina como Siméon traducen *popotl* por escoba. El DRAE dice: "(Del náhuatl *popotl*.) m. Paja semejante al bálago, aunque su caña es más corta y el color tira a dorado, usada en Méjico para hacer escobas. || 2. Méj. Pajilla para sorber líquidos". AY escribe (p. 202): "...un muchachote que corría como rayo, que agarraba por

los cuernos a los toretes y casi los tumbaba, que cortaba leña como si se tratara de *popotes*...”.

zacate. (Del náhuatl *zacatl*.) Nombre genérico de las plantas forrajeras con que se sustentan los ganados. Molina y Siméon registran *çacatl*, con ç cedilla: “paja, hierba, junco”. El DRAE dice: “(Del náhuatl *zacatl*.) a. América Central, Filipinas y Méjico. Hierba, pasto, forraje. || 2. Méj. Estropajo”. AY dice (p. 208): “El que tenga cola de *zacate* que no se arrime a la lumbre”, adagio que aconseja tomar en cuenta experiencias anteriores para no exponerse a riesgos o desgracias.

jilote. (Del náhuatl *xilotl*.) Mazorca de maíz cuando sus granos no han cuajado aún. El DRAE asienta esta misma definición, pero se equivoca al traducir *xilotl* por cabello. *Xilotl*, en náhuatl, es “mazorca de maíz tierna y por cuajar” [Molina]. Cabello, en ese idioma indígena, es *tzuntli*; y cabellera, *tzuncalli*, o sea “la casa de los cabellos”, lo cual no deja de tener cierto aire literario ingenuo y primitivo. AY dice (p. 212): “...nivelarlas (a las mujeres) cuando *jilotes*, ni esperar cuando mazorcas”.

pinacate. (Del náhuatl *pinacatl*.) Insecto del orden de los coleópteros, de color rojizo y muy torpe de movimientos; vive en lugares húmedos y despide mal olor cuando se le aplasta. Para Molina es “escarabajo grande y bermejo que no vuela”. El DRAE dice: “(Del náhuatl *pinacatl*.) m. Méj. Escarabajo de color negruzco y hediondo que suele criarse en lugares húmedos”. AY dice (p. 232): “Lo bueno es que ningún *pinacate* sube media pared”.

chilaquiles. (Del náhuatl *chilli*, chile, y *quilitl*, quelite.) pl. Guiso de trozos de tortilla de maíz fritos en una salsa de jitomate y chile, aderezado con cebolla y queso. 2. En sentido figurado y en singular: enchilado, enojado, irritado. El DRAE dice: “m. Méj. Guiso compuesto de tortillas de maíz, despedazadas y cocidas en caldo y salsa de chile”. Santamaría sólo añade a esta definición la etimología del vocablo, dándole a la voz *quilitl* el significado de yerba comestible. Pero, ¿cuál es la razón de que la voz *quilitl* figure en la palabra *chilaquiles*? Pudiera ser que originalmente el guiso fuera de sólo quelites con chile y que después se haya sustituido la yerba por trozos de tortilla de maíz.

mecate. (Del náhuatl *mecatli*.) Cordel hecho de fibras vegetales duras; por ejemplo, de maguey, henequén, zapupe u otras plantas textiles. El DRAE dice: “(Del nahua *mecatli*.) Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua y Venezuela. Bramante, cordel o cuerda de pita”. *Mecatli*, en náhuatl, es “cordel o sogá” [Molina], o bien, “cuerda, látigo, disciplina” [Siméon]. Para Santamaría, *mecate* es “cualquier tira de corteza vegetal fibrosa, que sirve para atar”; y para Brambila, “cuerda de pita, más delgada que la sogá”. No siendo el *mecate* de corteza sino de fibras, ni únicamente de cáñamo o de pita, ni tampoco sogá ni látigo, la definición más adecuada parece ser la que aparece al principio de esta nota. AY dice (p. 279): “...aunque te chille el cochino, no le aflojes el *mecate*”.

chagüistle. El DRAE registra “*chahuistle*. (Del nahua *chihuiztli*, humor, humedad.) f. Roya, hongo. || 2. Cualquier plaga dañina. || *caerle el chahuistle* a alguien. fr. fig. y fam. Méj. Sobrevenirle a alguien un mal o una molestia”. Para Molina, *chianiztli*, sin *h* intermedia, es “humor”; y para Siméon, “humor del cuerpo, fluido”. Independientemente de su ortografía, pues esta voz se ha escrito en español de 13 modos distintos, la definición más correcta parece ser la siguiente: “Nombre genérico de los hongos que atacan a los cereales, principalmente *Puccinia graminis*, *P. recóndita* y *P. glumarum*”. AY dice (p. 318): “Eh, si cambiara el cielo del Llano, cambiarían los hombres y las pobres mujeres del Llano, aquí, como yo, no más tristeando, parecidas a milpas con *chagüistle* cuando llegan las calmas”.

esquitera. (Del náhuatl *izquitl*, maíz tostado [Siméon].) Balacera, por analogía con el ruido que hace el maíz al reventar tostándose. El DRAE dice: “*esquite*. (Del nahua *izquitl*.) Costa Rica, Honduras y Méjico. Rosetas, granos de maíz tostados”. AY escribe (p. 347): “...el traqueteo como *esquitera* de los balazos entrando en el pellejo de infelices, arrancando maldiciones, gemidos, rezos...”.

chamagoso. En la “edición del Año de la Victoria” (1939), el DRAE dice: “(Del mejic. *chamahua*, cosa basta, burda.) adj. Mugriento, astroso. || 2. Méj. Mal pergeñado. || 3. Aplicado a cosas, bajo, vulgar y deslucido”. Esta declaración se repite en las siguientes ediciones, pero en

la vigésima primera, de 1992, se cambia la etimología: “(Del nahua *chiamahuia*, embadurnar algo con aceite de chía)”. Santamaría, en su *Diccionario de Mejicanismos* (1959), presume que la voz se origina “del mexicano *chamactic*, cosa gorda y crecida, o cosa basta, como lana gruesa”, y repite las acepciones que incluye el DRAE. Las discrepancias de estas atribuciones, que nada tienen que ver con el sentido que se da en México al vocablo *chamagoso*, obligan a revisar las fuentes originales. En el *Vocabulario* de Molina, *chiamania* y *chamactic*, éste sinónimo de *chamacuac*, significan en efecto lo que, copiado de esta obra del siglo XVI, dicen el DRAE y Santamaría; pero a los autores de estos dos diccionarios les pasó inadvertida la existencia del verbo *chamaua*, “crecer el niño, o comenzar a estar en sazón la mazorca de maíz, o de cacao” [Molina], o más claramente: “crecer, engordar, se dice particularmente de los niños; madurar, hablando del maíz” [Siméon]. A reserva de que estas observaciones sean confirmadas por nahuatlitos acreditados, la entrada *chamagoso*, *sa*, debiera quedar así: “(Del náhuatl *chamaua*, crecer el niño, y de ahí niño crecido, adolescente.) Méx. Muchacho mal preparado, desaseado y astroso”. AY dice (pp. 59 y 60): “Nunca en el Llano ha habido escuelas formales, ni se conocen maestros; de vez en cuando se juntan los vecinos de algunas rancherías y escogen alguna muchacha criolla que sepa leer y les entretenga a los *chamagosos*...”.

petatearse. (Del náhuatl *petatl*, “estera” [Molina], “sobre la cual los indios se sentaban y acostaban...” [Siméon].) Morirse, fallecer. El DRAE registra seis acepciones de la voz *petate*: la última, marcada con el número 2, en lugar del 6, dice: “fig. y fam. Morir, acabar la vida”. AY dice (p. 52): “...más vale que digan: aquí corrió, y no: aquí *petateó*”.

coyote. (Del náhuatl *coyotl*.) *Canis latrans*, de la familia *Canidae*, orden *Carnivora*. Mamífero propio de México, singular por el rojo pardusco de la porción inferior de sus flancos y piernas. El DRAE dice: “(Del nahua *coyotl*, adive.) m. Especie de lobo que se cría en Méjico, y otros países de América, de color gris amarillento y del tamaño de un perro mastín”. La homologación de *coyote* con *adive*, que el DRAE hace suya, se debe a Molina, pero el *adive* es “de color leonado por el lomo y blanco amarillento por el vientre”, características que no tiene el *coyote*. Además, de

coyote viene *coyuche*, variedad de algodón, cuyo copo presenta un tinte rojizo. AY dice (p. 145): "...unto de ardilla, de puercoespín, de jabají, de *coyote*, de leopardo".

En este punto conviene hacer la siguiente observación: el DRAE no ha uniformado la referencia al idioma de los antiguos mexicanos, lo cual ha venido haciendo en cuatro formas distintas. Por ejemplo, en la p. 1464 de la vigésima primera edición, aparecen, uno tras otro, los vocablos "*ocote*. (Del azteca *ocotl*, tea.)", "*ocoçol*. (Del mej. *o*, esa, y *coatl*, serpiente.)" y "*ocoçol*. (Del náhuatl *ocotl*, ocote, y *çotl*, sudor.)". Y en la mayoría de las entradas correspondientes a voces del mismo origen, la referencia etimológica es al nahua. En consecuencia, parece prudente sugerir a la Real Academia Española que únicamente utilice en estos casos el nombre *náhuatl*, pues el propio Diccionario académico, en la entrada a esta voz, dice con toda claridad: "*náhuatl*. (De *náhuatl*, que suena bien, astuto.) m. Lengua hablada por los pueblos nahuas, impropriamente llamada también azteca o mejicana. Ú.t.c. adj."

6. PALABRAS EN ESPAÑOL USADAS EN MÉXICO Y NO REGISTRADAS EN EL DRAE

sope. Pequeña tortilla de maíz con el borde levantado, frita y así dispuesta para llevar una capa de frijol molido, trocitos de carne, chorizo o cualquier otro alimento. Hay numerosas variantes regionales. AY dice (p. 43): "...la cena...: ...enchiladas, *sopes*, birria, patas de puerco, tostadas".

argüende. Chisme, infundio, patraña, murmuración; también mitote, escándalo. AY dice (p. 52): "Tanto *argüende* como si esto no se llamara Tierra Santa".

lóndigo. Hijo bastardo, el nacido de unión ilegítima. AY dice (p. 55): "Alhóndiga de bastardos, Limbo de desmadrados, Recogedero de mostrencos; y los allí asilados: *lónDIGOS*, méndigos, virutas...".

tanteada. Mala pasada, mal comportamiento de una persona con otra u otras. El diccionario académico registra 10 acepciones del verbo *tantear*, pero ninguna con el sentido de burlarse socarronamente de los demás.

tastole. “Hecho malintencionado con apariencia de legalidad” [Brambila]; o bien: situación artificiosa urdida para obtener algún provecho. AY dice (p. 60): “...no fueran a decir: éste da el alón para comerse la pechuga, y me descubrieran el *tastole*...”.

merito. Diminutivo de *mero*, en el sentido de auténtico, verdadero, real. AY dice (pp. 80 y 81): “Pasó el *merito* Demonio volando... El *mero* Chamuco: se lo vengo diciendo”.

chorrera. Cursera, diarrea. AY dice (p. 80): “Se soltó de repente una andancia de cursera o *chorrera*”.

chamuco. Ser natural maléfico, endemoniado. AY dice (p. 80): “Bien a bien de tu cuento no he entendido más que lo del mal del chorro, y que se les apareció el *Chamuco*.”

alilayas. “Engañifas, tretas, recursos fraudulentos de que se valen los tramposos” [Brambila]. AY dice (p. 82): “Nuestro Señor, permitiéndome descubrir al Maligno, por más que se disfrace, me da a entender las maldades del cuernudo para que yo procure ahuyentarlas. Es de no creerse la sarta de *alilayas* a que recurre”.

újule. Interjección que expresa extrañeza, sorpresa, desagrado y, en general, cualquier vuelco del ánimo. AY dice (p. 87): “—¿Qué ¿viene dormida, doña? ¿me oye?... *Újule*, a qué distancia despierta, doña...”.

revolufia. Vulgarismo, por revolución. AY dice (p. 92): “...si nos habíamos escapado de la *revolufia*, no nos escapamos del carranzaso...”.

carranzaso. Nombre dado por la gente del pueblo a la epidemia de influenza española que asoló México coincidiendo con la revolución carrancista (1913-1917). AY dice (p. 92): “...el *carranzaso*, que así dieron en llamar a la epidemia..., que acá pegó de raíz”.

panino. Criadero, lugar donde abunda algo; conjunto de cosas o individuos de la misma calaña. AY dice (p. 105): “—Ah, con que hijo de Miguel Arcángel, nieto de Sara, bisnieto de Juana Gallo y, del otro lado: nieto de Pifanio, sobrino de Felipe, de Jesusito, de Plácida: el *panino* de Trujillos”.

agarroso, *a*. Acre, áspero de trato. AY dice (p. 114): “—¿Por qué te has hecho tan *agarrosa*?”.

carrascaloso. Quisquilloso, sumamente susceptible, proclive a la irritación.

AY dice (p. 120): “Se creyó al principio que la negativa era efecto de la luna en el humor del viejo *carrascaloso*”.

fregadazo. (De *friega*: tunda, zurra.) Golpe que se da a otro en riña o como castigo. AY dice (p. 122): “...¡para que vean cómo le da San Miguel de *fregadazos* y lo tumba!”

ajigolón. Apuro, aprieto, compromiso no deseado. AY dice (p. 123): “... mientras la bola de mis hijos, capitaneados por Felipe y Jesusito, allí nomás con los brazos cruzados, esperando, sin trazas de ayudarme, de sacarme de aquel *ajigolón*”.

cusilear. (De *¡cúsila!*, “voz con que se azuza a los perros para que embistan” [Brambila]. Estimular el ánimo para el ataque, incitar a la agresión o a la pelea. AY dice (pp. 126 y 127): “La sorpresa de hallarme solo en la sala vacía, los ruidos de las velas al arder, sus luces de cuando hay en la sala cuerpo presente y que, al temblar, hacían que las caras de mis difuntos se movieran, como queriendo romper los vidrios de sus marcos, desprenderse de las paredes, agarrarme; juntas esas causas, desamarraron al sin fin de terrores, los *cusilearon*, me los echaron encima”.

campamocha. *Stagmomantis montana* Saussure. Insecto mántido conocido también como *manta religiosa* o *alaba a Dios*, por su hábito de mantener juntas sus patas delanteras, especialmente cuando sujeta a su presa, en actitud de orar. AY dice (p. 141): “...el mero Diablo en forma de *campamocha* gigante, con tizones por ojos y cola que rezumbaba”.

cuelen. Interjección equivalente a lárguense, váyanse pronto” [Brambila]. AY dice (p. 141): “—*Cuelen*, cristianos. Mejor sería que buscaran algún quehacer, que no estuvieran de flojos en el tiempo de secas”.

istafiate. (De *estafiate*, con e inicial.) *Artemisia mexicana* Willd. Planta herbácea o subarborescente de hojas muy angostas, de olor agradable algo alcanforado. En cocimiento se usa como estomáquico [MM]. AY dice (p. 155): “Yerba del Venado y ruda para dolores de aire, y la del Perro para los de estómago, junto con el manrubio, el *istafiate*, la yerbabuena, la Oreja de Ratón”.

desconchinflar. Descomponer alguna cosa. AY dice (p. 159): “Otros años las cabañuelas adelantándose, *desconchinflan* el fandango”.

méndigo. Cicatero, mezquino, ruin, que escatima lo que debe dar; también “persona que para satisfacer sus vicios, recurre a amigos o conocidos con el objeto de explotarlos valiéndose de ardides” [Brambila]. AY dice (p. 166): “—Si no les gusta, lárguense orita por donde vinieron, *méndigos* lángras”.

lángara. “Audaz para sacar provecho en aquello que persigue” [Brambila]; o bien: “Persona que procede tortuosamente, con falsía y con doblez; indigno de confianza y de buen crédito, por lo mismo; picolago, taimado” [Santamaría]. Véase nota anterior.

dar en la torre. Ganar un pleito, vencer, derrotar. AY dice (p. 177): “...*Les darán en la torre* a los lóndigos... (Merced lo cree)”.

titipuchal. Gran cantidad de cosas o de gente. AY dice (p. 178): “Temprano me vinieron con la primera llamada de auxilio: que en la balacera había muertos y *titipuchal* de heridos y golpeados”.

pizcapocha. Mujer de vida alegre. AY dice (p. 182): “—Que se me hace que sacó sangre de *pizcapocha*, Dios nos libre, Dios te libre de ir saliendo con las velas quebradas, con alma destorrentada que te lleve derecho a la perdición...”.

cusca. Prostituta disimulada, piruja. AY dice (p. 184): “...y no faltaban los ofensivos, los alegrados, ni los burlescos que repetían: piruja, *cusca*, pizcamocha, güila. Yo ignoraba su significado, aunque lo adivinaba por el modo de oírlas”.

apantallar. Presumir, vanagloriarse; también asombrar, sorprender, desconcertar. AY dice (p. 200): “...lo cierto es que sí vivió en el Norte y allá aprendió tantas tretas con que viene *apantallándonos*”.

dedo chiquito. Favorito, consentido, preferido. AY dice (p. 200): “—Que se hizo *dedo chiquito* de los mentados generales Fulano, Zutano y Perengano...”.

darle su agüita. Eliminarlo, matarlo. Agüita, diminutivo de agua, vale aquí como infusión de yerbas u hojas, que bien pueden ser medicinales, inocuas o venenosas. AY dice (p. 202): “Tan fácil que hubiera sido *darle su agüita* y aumentar el número de los angelitos con un San Miguelito Arcángel verdaderamente bien vestido, en lo que yo no ahorraría gastos”.

móndrigo. Variante de *méndigo* (véase).

par de aretes. Pareja de niños inquietos, traviosos, guerrosos. AY dice (p. 210): “—Malcriados, *par de aretes*”.

tener comal y metate. Expresión popular que significa tener trato frecuente con alguien, haberse ganado su confianza. AY dice (p. 216): “...propiamente no anduvo en la bola, pero tuvo y *tiene comal y metate* con los principales cabecillas...”.

falluca. Comercio de mercancías de contrabando; con la preposición *de*, se aplica a los objetos que tienen ese origen. AY dice (pp. 216 y 217): “...hicieron miles de luchas..., aquí, vendiendo comida, lavando y planchando ajeno; allá, sembrando, pizcando; luego, haciéndole a la *falluca*...”.

entrambulicar. “Revolver, desordenar objetos. 2. Escamotear con fines aviesos o por mera diversión” [Brambila]. También complicar, enredar, dificultar, confundir. AY dice (p. 217): “Coge al vuelo las operaciones más *entrambulicadas*, igual sumar, restar y dividir”.

cacallaca. Reproche, regaño, también hablada, murmuración. AY dice (p. 219): “De Belén a Jerusalén iban y venían chismes: que Jacob echó *cacallacas*, que don Epifanio amenazó con esto y aquello, que don Felipe, que don Jesusito...”.

la pelona. La muerte. AY dice (p. 223): “—No la verás de balde, bruja güila, tinaja convertida en tapadera..., pronto has de verme la cara, y sentir que se te aparece tu *pelona*...”.

malora. “Amigo de hacer maldades, travesuras” [Santamaría]; o bien: “Dícese de la persona que pega o hiere a traición” [Brambila]. AY dice (p. 223): “—Bonito judas *malora*. Ya sé que te picó para soltarte haciendo *tiznaderas*...”.

tiznadera. Acción baja, fechoría, mala pasada; también barbaridad, atrocidad, hecho o dicho necio o temerario. Véase cita anterior de AY.

trinchón. Eufemismo de chingón, el que sobresale por sus cualidades positivas o negativas. AY dice (p. 224): “—¡Con que tú eres, dichoso don *trinchón*!”.

potudo. (De pote [véase].) Que tiene fuerza, vigor, robustez. AY dice (p. 224): “Felipe, como rayo, más *potudo*, más ágil, alcanzó a trincar al segundón”.

sanquintina. (De San Quintín, ciudad francesa en cuyas inmediaciones las fuerzas españolas derrotaron a las del condestable Montmorency el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo, en memoria de cuyo triunfo Felipe II hizo construir el monasterio de El Escorial). En sentido figurado, *sanquintina* es brava, peleonera. AY dice (p. 225): "...muchacha loca, eres muy curiosa, tan alborotada y *sanquintina*".

mirruña. Pirruña, cosa pequeña. AY dice (p. 232): "...qué, ¿no han oído hablar y hasta experimentado los toques eléctricos dados con unas cajitas de *mirruña*?"

mandar o irse a la porra. Irse o mandar al diablo, al cuerno; desacreditar a alguien, no hacerle caso, despreciarlo, sobajarlo. AY dice (p. 233): "...¿qué me duraron? Se los llevó *la porra*, los borró el aire, ni añicos quedaron de sus resistencias..."

tirlanga. Andrajo y, por extensión, cualquier tela usada que ya no sirve como lo hizo de nueva. AY dice (p. 254): "...encogiéndose, reduciéndose como camisa de pobre, a fuerza de lavadas y remiendos: quedan ya puras *tirlangas*, de dar lástima..."

lurio. Distráido, divagado, falto de seso. AY dice (pp. 259 y 260): "...lo que hice fue acatar lo que delante de ti me mandó el *lurio*, contra mi gusto, contra las razones que sostuve tanto tiempo..."

de tarugada. De casualidad. AY dice (p. 279): "...a ver si *de tarugada* pasa y se ensarta"

estramancia. Artilugio, mecanismo o artefacto; suele usarse con sentido despectivo. AY dice (p. 293): "Hay personas que tienen en la memoria extensas listas de objetos valiosos y curiosos, con mención de sus dueños y del sitio en que se hallan o se hallaban arrumbados: ...una *estramancia* de mezquite para encuadernar libros, que fue de los Torres y pasó entre los tiliches de Getsemaní..."

jaripeo. Fiesta charra; consiste en jinetear reses vacunas o en lazarlas, manganearlas o pialarlas a caballo o a pie. AY dice (p. 323): "Se preparan rumbosos *jaripeos* y parejas de caballos"

ai. Adverbio que indica posterioridad de tiempo, lugar o situación; equivale a después. AY dice (p. 325): "*ai* otro día, si cumples como es debido estos encargos, vendré a decirte otras restituciones y reparaciones..."

agorxomar. Agobiar, fastidiar, molestar en exceso; también entristecerse, achicoparse, decaer, ir a menos. AY dice (p. 346): “No acabo de explicarme cómo la tierra pudo soportar tantos años a los Trujillos, que nos jorobaron, nos *agorxomaron* bien y bonito, al derecho y al revés”.

bocabajear. Humillar, abatir, desestimar. AY dice (p. 352): “Al revés, viene a mandarte, a *bocabajearte*, a vengarse, a ponerte en vergüenza...”.

poteforme. “Fingimiento de lo que no se es o manifestación de lo que no se siente” [Brambila]. AY dice (p. 325): “Es injusto que quieras compadecerte de sus *poteformes*”.

tambache. (Voz tarasca, según Santamaría, quien remite a Dávila Garibi en *Investigaciones lingüísticas*, t. III, pp. 288 a 289). “Envoltorio flojo, lío, bulto grande de ropa principalmente, o de otras cosas...”, apunta el tabasqueño. AY usa este nombre sustantivo como montón, número considerable de cosas; dice en la (p. 356): “No quiso ser heredera de una buena fortuna por venir a ser sucesora de un *tambache* de misterios”.

torito. Armazón de carrizo en forma de toro, provisto de buscapíes, dentro del cual va un hombre que enciende esos cohetes y persigue a la gente en fiestas populares. El DRAE recoge cinco acepciones de esta voz, cuatro de ellas americanismos, pero ninguna con el significado que tiene en México. AY dice (p. 357): “...una Serenata Monstruo y Gran Quema de Castillos con sus correspondientes *toritos*... completaban el programa”.

7. PALABRAS USADAS CON FRECUENCIA EN MÉXICO YA DEFINIDAS POR EL DRAE, AUNQUE A VECES ESA DEFINICIÓN SEA PERFECTIBLE

chuparrosa. Pajarito de la familia de los trochílidos, exclusivos de América, de Canadá a Tierra del Fuego y de las costas hasta las altiplanicies. Existen 650 especies, de las cuales hay 60 en México y, de éstas, 28 en Yucatán. Recibe también los nombres de *colibrí*, *chupamirto*, *chupaflores*, *chupamiel*, *picaflor* y, a causa de su pequeño tamaño, *pájaro mosca*. El DRAE dice: “amb. Méj. colibrí”; y de esta voz: “(De or. caribe.) Pájaro americano, insectívoro, de tamaño muy pequeño y pico largo y débil.

Hay varias especies. || 2. *pájaro mosca*". AY dice (p. 42): "No se le escapan los nombres de los perros que hay en la comarca, y hasta le dan la guasa, que lo halaga, de saber, con apellidos, los de las golondrinas que vienen al Llano, de las güilotas, calandrias, congas, citos, *chuparrosas* y demás pájaros cimarrones...".

zancudo. (De *zanca*, la parte más larga de las patas de las aves.) Nombre que se aplica a los insectos del orden *Diptera* y de la familia *Onchidae*. Se trata de numerosas especies de mosquitos chupadores de sangre. *Anopheles (Nyssorhynchus) albimanus* es el principal vector del paludismo en México, y *Aedes (stegomyia) aegypti* el trasmisor de la fiebre amarilla. El DRAE registra "*zancudo*, da... 4. m. Amér. *Mosquito*". AY (p. 42), sigue diciendo: "...como los de las mariposas, avispas, abejas, moscas, *zancudos*, luciérnagas...".

las once. Expresión que alude, por connotación, al almuerzo que toman los rancheros a esa hora del día. El DRAE, en la entrada de la voz *once*, registra la frase "*hacer o tomar las once*. fr. Tomar un refrigerio ligero entre las *once* y las doce de la mañana, o a diferentes horas de la tarde, según los países". AY dice (p. 42): "Las *once* y la merienda o chocolate de las cinco, aparte de los antojos, que llama tentempiés, se los hace servir en el corredor".

gorda. Tortilla de maíz cuyo grosor excede de lo regular. El DRAE recoge una definición parecida en la 15ª acepción de esta voz: "f. Méj. Tortilla de maíz más gruesa que la común". AY dice (p. 43): "...entre una y dos, la comida: cocido, principio, carne, frijoles, en platos copeteados, con abundancia de *gordas*...".

enchilada. Tortilla de maíz enrollada o doblada, frita en salsa de chile y aderezada con cebolla y queso. El DRAE dice: "f. Guatemala, Méjico y Nicaragua. Tortilla de maíz enrollada o doblada, frita, y aderezada con salsa de chile y otros ingredientes". AY dice (p. 43): "...hacia las ocho de la noche, la cena: chocolate en leche, leche, carne, frijoles, más tortillas, y, frecuentemente, *enchiladas*, pollo, pozole...".

tequila. (De Tequila, población del estado de Jalisco.) Aguardiente obtenido de la fermentación y destilación de la piña de la planta xerófita *Agave tequilana* Weber, en sus variedades *azul* y *xiguin*. El DRAE dice: "m. Be-

bida mejicana semejante a la ginebra que se destila de una especie de maguey”; y en la entrada “*ginebra*². (Del fr. *genievre*, enebro.) f. Bebida alcohólica obtenida de semillas y aromatizada con las bayas del enebro.” AY dice (p. 43): “Puede perdonar algunos tentempiés durante el día; pero no las once: *tequila* o *pulque* si lo hay...”.

pulque. (Voz taína, del grupo lingüístico arahuaco, propio de las grandes islas del Caribe al producirse el descubrimiento de América.) Bebida fermentada obtenida del aguamiel que se extrae principalmente del maguey *Agave atrovirens*. El DRAE dice: “(De or. mejicano.) m. Bebida alcohólica, blanca y espesa, del altiplano de Méjico, que se obtiene haciendo fermentar el aguamiel o jugo extraído del maguey con el acocote”. Véase cita de AY en la nota anterior.

chicharrón. Piel del cerdo frita en su propio pringue. El DRAE registra parecida definición en la cuarta acepción de esta voz: “Méj. Piel del cerdo joven, oreada y frita”. AY menciona los *chicharrones* en la p. 43.

güila. Voz ya registrada por el DRAE: “m. vulg. Méj. prostituta”, aun cuando la inicial del sustantivo debe ser f. y no m. AY dice (p. 45): “Nunca le gustaron las uniones pasajeras, ni las *güilas* de oficio”.

jején. Mosca diminuta del orden *Diptera*, familia *Heleidae* y género *Culicoides*. Dice el DRAE: “(Voz haitiana.) Insecto díptero, más pequeño que el mosquito y de picadura más irritante. Abunda en el mar de las Antillas y en otras regiones de América”. AY (p. 54) usa este vocablo como adjetivo: “Abijeo. Nube de *jején*...”.

trácala. “Engaño con tinte de fraude” [Brambila]. Dice el DRAE: “Méjico y Puerto Rico. Trampa, ardid, engaño”. AY dice (p. 54): “El rancho de Belén fue la residencia preferida de don Epifanio Trujillo, desde que lo *tracaleó* a los hijos del difunto Teódulo Garabito”.

fletar. Hacer algo de mala gana. El DRAE registra una novena acepción de esta voz: “Méj. Encargarse a disgusto de un trabajo pesado”. AY dice (p. 60): “Yo era de los que no faltaba, aunque rodara el mundo y tuviera que soplar me el catecismo y *fletarme* a la rezandera...”.

sotol. Nombre que se aplica a varias especies de plantas del género *Dasyli-rium* Zucc., de la familia de las liliáceas. Del tronco a cabeza, azado y fermentado, se obtiene una bebida alcohólica; y de las hojas, una fibra

textil para objetos artesanales y material para techos. El DRAE registra: “*sotol*. m. Méj. Planta liliácea de la que se obtiene una bebida alcohólica que recibe el mismo nombre”. AY dice (p. 112): “—sí, traía pantalones y no calzones como acá se usa, chaqueta y no pura camisa, sombrero galoneado y no de *sotol*”.

fregar. Molestar, enfadar, fastidiar. El DRAE dice en la tercera acepción de este vocablo: “Amér. Fastidiar, molestar, jorobar”. AY dice (p. 130): “...ellos no se *friegan* meses o semanas ensayando como los pastores, ni hacen gastos de vestidos, ni cantan, ni bailan, ni sufren, ni se abochornan...”.

de a tiro. Expresión adverbial que equivale a *por completo, sin duda alguna*. El DRAE registra *de al tiro*: “Guatemala. De una vez, enteramente, totalmente”. AY dice (p. 172): “—Rómulo, qué tal, óyeme, tengo por allí un encargo de mi padre, ya *de a tiro* ni la amuelas: dice que le estás viendo la cara...”.

retobado. Porfiado, caprichoso, testarudo. El DRAE dice: “...2. adj. América Central, Ecuador y Méjico. Respondón, rezongón... 4. Argentina, Méjico y Uruguay. Enojado, airado, enconado”. AY dice (p. 212): “...el enojo fue porque se me salió del huacal y brincó las trancas; pero principalísimamente por soberbio y *retobado*...”.

bola. La revolución mexicana de 1910 a 1917. El DRAE registra una décima acepción de esta voz: “Méj. Riña, tumulto, revolución”. AY dice (p. 216): “...propiamente no anduvo en la *bola*, pero tuvo y tiene comal y metate con los principales cabecillas...”.

camelar. Atisbar, observar recatadamente. El DRAE dice: “...4. Méj. Ver, mirar, acechar.” AY dice (p. 224): “...*camelando* mientras hablaba, se arrojó a rejuntrar del suelo la pistola que había tirado...”.

chivarras. “Chaparreras de piel de chivo, con pelo” [LIE]. El DRAE dice: “Méj. Calzones de cuero peludo de chivo”, definición que sería correcta si se cambiara la voz *calzones* por la de *zabones*, que en el español de España significa chaparreras. AY dice (p. 228): “Cuando se presentó, traía *chivarras* con espuelas, una cuarta en la mano y el sombrero galoneado...”.

ñengo, ga. El DRAE dice: “adj. Méj. Desmedrado, flaco, enclenque”. AY dice (p. 269): “Tierras *ñengas*, machorras, como el cielo, a su imagen y semejanza. *Ñengas*”.

jorongo. Frazada o cobija hecha de lana. El DRAE dice: “m. Méj. Especie de poncho, sarape”. AY dice (p. 295): “...para qué quiero jacal si aquí tengo mi *jorongo*”, o sea, que éste le basta para cobijarse.

en greña. En ciernes, muy al principio. El DRAE recoge esta expresión en una de las frases incorporadas a la entrada *greña*: “*en greña*. loc. adj. En rama, sin purificar o sin beneficiar. Plata *en greña*”.

chicote. Azote largo de cuero, delgado y flexible. El DRAE dice: “...3. Amér. Látigo”. AY dice (p. 337): “Parece que no entienden de otro modo la autoridad, que con el *chicote* en la mano”.

paliacate. El DRAE dice: “(De or. nahua.) m. Méj. Pañuelo grande de vivos colores, usado por la gente del campo”. Todas las fuentes consultadas, menos una, coinciden en que *paliacate* es voz híbrida formada de la preposición *para*, o de *palia* —lienzo, cubierta—, o de *p'al* —contracción de *para la*—, y del vocablo náhuatl *yacatl*, que significa nariz. Guido Gómez de Silva, en cambio, en su *Diccionario etimológico de la lengua española*, afirma que *paliacate* deriva de *Paliacat*, ciudad de la India llamada oficialmente *Pulicat*, situada 35 km al norte de Madrás. Confirma este aserto la mención que J.H. Bernardin de Saint-Pierre hace de los *mouchoirs de Paliacate* en la p. 67 de su novela *Pablo y Virginia*, edición de 1788. La circunstancia de que los pañuelos en México se usen principalmente para desahogar o limpiar la nariz, y la semejanza fonética entre *iacate* y el vocablo *yacatl*, originó aquella falsa etimología de *paliacate*. Se olvidó así que esta prenda se ha usado también en México como pañoleta para la cabeza, mascada para el cuello y embozo para el rostro, según puede verse en varios libros que reproducen acuarelas y dibujos de la primera mitad del siglo XIX, entre ellos *El México de Guadalupe Victoria* (edición privada de Cartón y Papel de México, 1974), *Álbum pintoresco de la República Mexicana*, con estampas de la colección Julio Michaud y Thomas (Conдумex, 2000), y *Los mexicanos vistos por los europeos* (Banobras, 1984). De todo lo cual se sigue que no siempre la mayoría de acepciones conduce a la verdad, y que aun los testimonios gráficos pueden ser útiles para definir con acierto un vocablo. Así como *paliacate* viene de *Pulicat*, *calicó* deriva de *Calicut*, *casimir* de *Cachemira*, y otras telas, en uso en la época virreinal, de Damasco,

Rouen, Cambray, Holanda y Bretaña. La definición de *paliacate* podría ser: “(De *Pulicat*, ciudad de la India.) Trozo de tela, más grande que un pañuelo común, con dibujos estampados de vivos colores, usado como pañoleta, bufanda, mascada, embozo y más generalmente para limpiar la nariz”. AY dice (p. 166): “El barillero, de bruces y en cruz, luchaba por defender de robos y perjuicios el tendido de retacerías y *paliacates*”.

LOS CÁRMINA BURANA COROS LATINOS PARA MULTITUDES

Estudio y versión rítmica de
Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Un caso excepcional son los *Cármina Burana* (o poemas de Beuren).

Se trata de una colección de poesías líricas en latín, muchas de ellas anónimas, encontradas en el monasterio de Beuren en Baviera, al pie del Danubio.

Contaban ya incluso con algunas melodías gregorianizantes que a nadie interesaban, cuando se apoderó de ellas el ingenio de Carl Orff en 1937. Él decidió ponerles una música que cantaran masas de obreros y centenares de grupos infantiles.

Para ello creó la música más dinámica y pegajosa que puede imaginarse, basada más en el ritmo y en la recitación que en la melodía. Su éxito fue fulminante. El terrible Führer adoptó algunos de esos coros como himnos del nazismo, al lado de ciertas páginas wagnerianas.

Al caer Hitler, quedó en entredicho la gloria musical de Carl Orff. Pero un cuarto de siglo después de aquel 1945 en que Europa fue liberada, ya el olvido histórico reaccionaba ante el genocidio, y la memoria histórica comenzó a rescatar la belleza pura de los soberbios coros de Orff.

Hoy día los *Cármina Burana* se representan en todas las formas posibles: en conciertos sinfónicos, en temporadas de ópera, en programas de ballet, en recitales de coros. Recientemente son usados hasta en arreglos de rock por los *Doors*. Incluso, esos espléndidos coros orgiásticos son favoritos para anuncios comerciales que exaltan la “fortuna” que hace falta para poder comprar ciertos autos de gran lujo.

Hagamos nuestra esa fortuna musical: es un triunfo del ritmo, pero también de la lengua latina, que ha corrido también parejas durante siglos con la historia de la música.

CANTERAS PARA UN PÓRTICO

Otras obras ganan aplausos. *Cármina Burana* arranca al público no sólo ovaciones, sino hasta gritos de júbilo.

Entre las particularidades más aclamadas de ambos continentes se cuanta esta cantata sinfónica de Carl Orff, al lado de la desgarradora *Sinfonía de Salmos* de Stravinsky y de los *Requiem* polarmente opuestos entre sí de Verdi y de Fauré.

El texto latino, relevante en todas estas obras, no le quita claridad; y si les añade resonancia de una tradición de muchos siglos.

La cantata de Orff es mina de antítesis.

Mientras las óperas de Verdi y Puccini gustan por su texto actual, los cantos buranos deleitan por el sabroso arcaísmo de sus estrofas redactadas en el siglo XIII por “clérigos, lo que es igual que decir eruditos”, como Hugo de Orleans:

*O Fortuna, velut luna,
statu variabilis.*

Pero el latín de esos poemas no es la hermética lengua de los aforismos de Horacio y Cicerón. En los cantos encontrados por Schiller en el monasterio benedictino de Beuren todo es claridad, ritmo, rima regocijada:

*Bíbit vélox, bíbit píger,
bíbit álbis, bíbit níger.*

Los clásicos romanos, por otra parte, medían sus versos por duración silábica, o sea cantidad, y casi nunca rimaban. En cambio los poemas de Beuren, como los himnos de su época, avanzaban hacia las métricas modernas, al abundar en rimas felices y en versos de medidas constantes.

¿Cómo logra Carl Orff la grandeza por medio de la plena sencillez expresiva?

Comienza por construir con bloque de piedra noble: melodías de llana claridad. Las estructura luego en vastas galerías de ritmos obstinados. Y

estas unidades mayores las dosifica en claroscuros de impacto graduado entre lo etéreo y lo arrollador.

Ante una vasta fachada sugerida por la orquesta en pleno, coloca el autor a los coros mixtos que comienzan desplegando como pórticos, dos alucinantes coros de la Fortuna que gobierna el mundo. Junto a ellos, el barítono pinta luego sin prisas el fresco del *Sol sutil*, en medio de la escena de la primavera.

Luego de desplegar los senderos de una colorida danza *En el prado*, Orff nos introduce al salón del palacio donde el tenor parece una hoguera que chisporrotea las tres agudísimas estrofas de *Cisne asado*.

Recorremos luego ese gran salón en el orgiástico *Coro universal de bebedores*, que caldea hasta los cimientos del teatro.

Entonces sale a escena, que es como salir a un jardín, la brisa fresca de la soprano seguida del coro de niños, para ejecutar junto al barítono la *Corte de amores*. Es el momento apto para que el barítono, ante coros y orquesta, entone una serenata de acentos medievales, a la soprano que sueña en su alto aposento:

Siqua sine socio / caret omni gaudio
La muchacha sin galán / de placer carecerá

Luego de los coloquios del barítono, asomará ella bajo su ajimez para entonar:

Stetit puella / ruga tunica;
si quis em tetigit, / tunica tremuit.
Llegó la niña / con roja túnica;
si alguno tócala, / tiembla la túnica.

Nuevos despliegues del galán y del coro nos pasean por el jardín, hasta que finalmente nos vemos introducidos a la alcoba donde la soprano medida en voz baja:

In trutina mentis olubia
fluctuant contraria:

lascivus amor

et pudicitia.

Van en mi mente oscilando

dos pesos contrarios:

mi amor lascivo

y mi recato.

El palacio sinfónico de los cantos de Beuren tiene tres planos conclusivos. Inicialmente, un recorrido por patios y jardines en el coro múltiple: “El tiempo es gozoso, / Oh vírgenes”. Luego, la sala del trono de Venus en el coral poderoso: “¡Salve, la hermosísima!” Y por fin, el retorno a la fachada *O Fortuna, velut luna*, de múltiples pórticos y ojivas.

Cerrado el ciclo de la diosa Fortuna, comienza el cataclismo de vítores y ovaciones del público. Así sucedió en Frankfurt durante el estreno, en 1937. Así viene sucediendo cada vez que reaparece esta obra en cualquier teatro y en cualquier país del mundo.

El ciclo poético que ha originado este monumento musical, era merecedor de una versión que se ciñera a los variados ritmos y rimas de su texto latino. Así lo hemos intentado. Además de poder auxiliar la audición sinfónica, se impone por su propia majestad verbal.

Traducción en versión rítmica del doctor Tarsicio Herrera:

ESCENA PRIMERA:
FORTUNA, IMPERATRIX MUNDI

1. Chorus

O Fortuna, velut luna

statu variabilis,

semper crescis

aut decrescis;

vita detestabilis

Nunc obdurat

et tunc curat

ludo mentis aciem,
egestatem,
potestatem
dissolvit ut glaciem.

Sors immanis
et inanis,
rota tu volubilis,
status malus,
vana salus
semper dissolubilis,

Obumbrata
et velata
michi quoque niteris;
nunc per ludum
dorsum nudum
fero tui sceleris.

Sors salutis
et virtutis
michi nunc contraria,
est affectus
et defectus
semper in angaria.

Hac in hora
sine mora
corde pulsum tangite;
quod per sortem
sternit fortem,
mecum omnes plangite!

2. Chorus (VULNERA)
Fortune plango vulnera
stillantibus ocellis,
quod sua michi munera
subtrahit rebellis.

Verum est, quod legitur,
 fronte capillata,
sed plerumque sequitur
 Occasio calvata.

In Fortune solio
 sederam elatus,
prosperitatis vario
 flore coronatus;
quisquid tamen florui
 felix et beatus,
nunc a summo corruui
 gloria privatus.

Fortune rota volvitur;
descendo minoratus;
alter in altum tollitur;
 nimis exaltatus
rex sedet in vertice—
 caveat ruinam!
nam sub axe legimus
Hecubam reginam.

COMPOSICIONES POCO CONOCIDAS DE MANUEL PONCE Y DE SUS AMIGOS

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Don Manuel Ponce Zavala (1913-1994) es un verdadero clásico de nuestra poesía “teofánica”. Esto lo veremos en una sextina y en un soneto. Y también es horaciano, como observaremos más adelante en su póstumo soneto *Glosa a mi Carpe Diem*. Leamos la sextina y el soneto en cuestión.

MADRIGAL EN CRUZ

Al infinito Amor
no duelen prendas, y por eso quiso
que un ladrón le robara el Paraíso.
Yo, triste pecador,
sé que en amor divino no hay mudanza,
y en ser ladrón se funda mi esperanza.

[PASTORALE IUXTA CRUCEM

*Ille infinitus Amor
gaudet donare, et ideo illi est visum
fuerem rapere ab illo Paradisum.
Ego, tristis peccator,
scio amorem divinum non mutari,
et spem meam constituit furari.]*

AL TRASLADO DE LA IMAGEN DE GUADALUPE

Cambias de sitio, no de primavera,
pues a donde tú vayas, van las flores;
y por la misma casa donde mores
dará principio el sol a su carrera.

Cambias de sitio, no de adoradores,
que te saben amar a su manera
y, al derretir sus almas como cera,
chisporrotean ensordecedores.

Ni nosotros cambiamos, adheridos
a tu cielo de astrales palideces,
te sonreímos dando de gemidos.
Y entretejiendo espinas a tus rosas,
te seguirán llevando nuestras preces
las mismas quejas de las mismas cosas.

[AD TRANSLATIONEM IMAGINIS GUADALUPENSIS

*Situm mutas, non tamen ver commutas,
quocumque enin adibis, ibunt flores;
et in domo novissima ubi fores
initiaabit sol semitas multas.*

*Situm mutas, at non veneratores,
qui eorum more te amantes exsultant;
ceu cera liquefacti et dum subsultant,
scintillarum jaculant stridores.*

*At neque nos mutamur: adhaerentes
ad caelum per quod astra subniterent,
subridemus ad te semper gementes.
Intertextentes spinas et rosarum
nostrae preces continuo ad te ferent
rumores earumdem querelarum.]*

CARPE DIEM

(Glosa a mi soneto)

“Porque el tiempo nomás es una suma”,
porque el tiempo nomás es una resta
según se suba la dorada cuesta,
o nuestro combustible se consuma.
Porque el tiempo nomás es tensa bruma,
porque el tiempo nomás es dura encuesta

a la que debe dársele respuesta
de dilección y diligencia suma

Porque el tiempo nomás es la llegada
a lo que es el punto de partida
hacia lo que será nuestra morada.
Porque el tiempo nomás es breve noche
para que se apresure su salida
y la rosa inmortal abra su broche.

[CARPE DIEM
(*Mei poematis glossa*)
“*Est enim tempus tantum quaedam summa*”
est enim tempus aliqua substractio
aurei clivi pergit dum ascensio
aut comburendas nostras res consummat.
Est enim tempus tensa quaedam bruma,
tempus est tantum arida inquisitio
cui plena debebitur solutio
dilectione, intensitate summa.

Tempus enim tantummodo est adventus
ad situm ubi semitam pergemus
versus locum quo habebitur conventus.
Tempus enim est nox brevis et sola
ut nostrum iter ire properemus
rosa immortalis pandat quo corollam.]

ALFONSO CASTRO PALLARES

Diminutos esplendores

Dentro de una poesía que enlaza la tortura existencial con la firme esperanza salvífica, don Alfonso Castro (nacido en 1921, y aún en plena producción, con su vasta creación *El inasible poema roto*, 2001) sabe esparcir mágicos primores líricos.

Lo veremos en la celebrada estrofa inicial de su *Letanía de las hormigas*, así como en dos de sus centenares de sonetos señoriales. Éstos le dan la razón al propio don Alfonso Castro, cuando proclama: “Soneto, catedral minúscula”.

De la LETANÍA DE LAS HORMIGAS
 ¡Pequeños paquidermos relucientes!
 ¡Santas acémilas de carga!
 ¡Ferrocarril de bienaventuranzas!
 ¡Sumisas bestezuelas proletarias!
 ¡Caravana doliente!
 Oración y trabajo.
 Silencio de hacendosas novicias.
 Recogimiento en romería,
 cansancio a cuestras sin rebeldía ni enojo

[EX FORMICARUM LITANIS
*Pachidermta parva scintillantia!*¹
prudentes asini onerarii!
Currus beatitudinum ferrate!
Submissae bestioler proletariae!
Dolentium caterva!
Oratio atque labor.
Silentium quo virgines laborant,
mens recolecta inter itinera,
fatigatio ad tergum lente admissa.]

AMOR HERIDO

Roto el amor por el dolor herido,
 la angustia herida pero enamorada:
 así comienza el hombre su jornada
 y acaba el hombre así su recorrido.
 Todo amor es un vuelo desmedido,

¹ Tan centelleantes estrofas nos invitan a probar el tipo de traducción que Octavio PAZ (1914-1998) denominaba *transcreación*, al elogiar la versión que Haroldo de CAMPOS había hecho al portugués, del poema *Blanco* de PAZ (*Vuelta*, septiembre de 1997).

una cuerda en tensión o destensada;
 dulce marea o amarga marejada,
 vela que canta o náufrago perdido.

¡Muero! ¡Me voy muriendo todo! ¡Y amo!
 ¡Amo el instante que se muere! ¡Y muero!
 Grítame amor y muerte a su reclamo.
 ¡Vivo atávica lucha hora tras hora!
 Pues me duele el querer y siempre quiero.
 Pues quiero este dolor que me devora.

[*LAESUS AMOR*

*Rutus amor dolore intimo est laesus,
 laesa angustia, amore at est adepta;
 ita vir pergit viam per inceptam,
 cocludit ita vir vitales gressus.
 Omnis amor volatus est immensus,
 chorda quaedam, nunc tensa, nunc disiuncta;
 suavis fluctus aut tempestas rupta,
 concinens vela aut naufragus protensus.*

*Morior! Lente morior! Et amo!
 Amo punctum quo moreris! Et morior!
 Clamat amor, auditur mortis clamor.
 Vivo luctam atavicam, instantem!
 Nam affectus mi dolet et esurio;
 esurio dolorem devorantem.]*

LITURGIA

¡Esta tarde me sabe a jacarandas!
 ¡Predican tu cuaresma bugambilias!
 ¡Y no hay amor en mí! Tus maravillas
 no sazonan mi mesa ni mis viandas.
 ¡Me duele esta belleza que me mandas!
 Me enceguezcó los ojos con astillas
 y no soporto el brillo con que brillas:
 ¡No sé por dónde vienes, por dónde andas!

Tengo, Señor, derecho a mi tristeza,
 tengo derecho a mi melancolía.
 ¡Mas no a andar desahuciado de belleza!
 ¡Tarde de jacarandas! ¡Qué tersura!
 ¡Vino de bugambilias! ¡Qué homilía!
 ¡Y el pobre corazón que no madura!

[LITURGIA

Vesperī dat saporem “jacaranda”!
Quadragesimam clamat “bugambilia”!
Nec amor in me est! Tua mirabilia
absunt a mensa et esca condienda.
Dolet hic mihi splendor quem ostendis!
Paene caeci sunt oculi inter stillas
nec sustineo lucem qua scintillas.
Ignoro quo pervenis, qua contendis!

Iust est penes me, Domine, ad moerorem,
ius paene me ut sit haec melancholia.
At non ius ut destituar splendore.
Vesper “jacarandarum”! O ruborem!
“Bugambiliae” vinum! O homilia!
At miserum cor non gignit vigorem.]

PEDRO AGUIRRE

Una clásica sencillez

El recién desaparecido vate que se llamó Pedro Aguirre Espinosa (1927-1997) era tan inspirado poeta como modesto asesor literario de la editorial Buena Prensa. Latinizo aquí el más bello de sus poemas.

NO SERÍAS INFINITO
 Sin flores y sin azules...
 serías Dios y desierto.

Sin arco iris de lluvia,
 un Señor mojado y muerto...
 Si sólo existieran hombres,
 serías fuerte y conciso.
 Si sólo hubiera mujeres...
 ¡qué Dios tan bueno y bonito!
 Pero sin niños, Señor...
 ¡no serías infinito!

*[NON ESSES CERTE INFINITUS
 Sine flore nec caeruleo...
 Deus esses, at desertus.
 Sine iride pluviali,
 Dominus madidus, mortuus...
 Si tantum homines essent,
 fortis esses et concisus.
 Si tantum essent mulieres,
 Deus bonus, exquisitus.
 At sine pueris, Domine,
 non esses certe infinitus!]*

El ámbito de las artes es uno de los terrenos en que la riqueza de México llega hasta la sobreproducción. Y, entre ellas, ocupa un lugar señero nuestra elevada creación lírica. Puesta en latín, adquiere una resonancia aún más elevada.

Así sucede con esta página, que puede servir de epitafio a uno de los más queridos vates mexicanos:

HORAL de Jaime Sabines (1925-1999)
 El mar se mide por olas,
 el aire por alas,
 nosotros por lágrimas.
 El aire descansa en las hojas,
 el agua en los ojos,
 nosotros en nada.
 Parece que sales y soles
 nosotros y nada...

[HORARIUM
*Mensuras mare per undas
aerem per alas,
nos ipsos per lacrymas.
Requiescit aer in foliis,
aqua autem in oculis,
nos autem in nihilo.
Videtur quod sales et soles
nos ipsi atque nihil.]*

EL HUTTLACOCHE INSOMNE Y OTRAS ETIMOLOGÍAS*

Salvador DÍAZ CÍNTORA

Omnis saturatio mala, decía un viejo médico de Almodóvar del Campo, bien conocido de todos nosotros, y él mismo traducía: “toda hartazga es mala”. Temiendo yo, pues, llegar a producir hartazgo en esta Academia con mi tema ya añejo de los arabismos mexicanos, hoy sólo voy a mencionarlo de pasada y a guisa de preámbulo, para pasar en seguida a la materia de este pequeño estudio. Así, no más por no perder la costumbre y a título de mera curiosidad, empezaré hablando de una etimología árabe perfectamente válida, pero, en el caso, de un mexicanismo inexistente, aunque lo registre algún diccionario.

Para dejarnos de enigmas, vamos al grano, aquí literalmente, porque quiero tratar de uno, dulce para más señas. En árabe, en efecto, *habbat al-bulwa* (la Academia dice *al-haluwa* en la última parte), literalmente, repito, el grano dulce, es nombre que se da al anís; los colegas del galeno de Almodóvar habrán preferido acaso, por su abolengo griego, *anisîn*, derivado de *ánison* (la Academia pone, quién sabe por qué, *ánisos*, en masculino); tal hace, por ejemplo, Avenzoar (muerto en Sevilla en 1162) en su *Kitâb al-agdiya* (*Tratado de los alimentos*, ed. 1992, pp. 91 y 112), donde nos dice, entre otras cosas, que limpia el pecho y el pulmón, cosa que como inveterado fumador tengo muy en cuenta; el anís, en consecuencia, es una de mis bebidas favoritas.

Retomemos nuestro étimo; *habbat al-haluwa* se conserva en español bajo tres formas: *matafalúa*, *matalabúva* y *matalabúga*. Para el propósito de este trabajo, son las dos últimas las que nos interesan; en cualquiera de ellas se observa aféresis de las primeras letras, *ba*; tendríamos, pues, **batal-haluwa*; luego metátesis, **batallahuva*; cambio de la *be* en *ene*, por el mismo

* Trabajo leído en sesión ordinaria de 26 de julio de 2001.

punto de articulación: ambas son bilabiales; la *u*, en cambio, se transforma en *ve*; consumados estos cuatro cambios, ya tenemos *matalabhúva*; por una arbitraria posterior evolución se produce, en fin, *matalabhúga*.

Imposible determinar qué tanto se haya usado la palabra *matalabhúga* en México; me parece que hoy todos decimos anís. Sorprende, pues, hallar una entrada *matalanga* en Santamaría; la única fuente es un tal Herrera, supongo que el doctor Alfonso; no se da etimología, pero con lo que llevo dicho está, creo, suficientemente clara. Resta sólo explicar el paso de *matalabhúga* a *matalanga*, y es, desde luego, la cosa más fácil del mundo: una falta de ortografía en la omisión de la *hache* y una *u* mal formada y leída por Herrera como *ene*. *Matalanga* es, pues, una simple grafía errónea, que no podemos tener por palabra viva en tiempo alguno. Que cosas así sucedan, lo podemos ver claro por un caso análogo, el de *zirigüleya*. Santamaría nos dice que es el “mamífero llamado también zarigüeya”. Aquí parece que el lexicógrafo quiso decir **zirigüeya*, forma bien posible por asimilación de vocal en las dos primeras sílabas, pero el segundo punto de la diéresis quedó pegado a la punta de la derecha de la *u*, de modo que en vez de *u* con diéresis se leyó *il*; en este caso no se cita, además, una sola fuente; parece que podemos, sin gran temor a equivocarnos, tener tal entrada por simple error, de mano o de imprenta. ¿Qué decir del hecho de que ambas palabras sean conocidas, iguales hasta en eso, por el 12% de los informantes? Simplemente que el hecho es que dicen haberlas oído, no que las hayan oído realmente, y no me voy a meter en más ponduras respecto a informantes y porcentajes, que no son mi materia en esta plática.

Hablemos ya del huitlacoche; nuestra venerable autoridad para su etimología es Rémi Siméon. Muchas veces, a lo largo de más de un siglo, se ha tratado de justificar tal etimología; recientemente, por ejemplo, escribía Ricardo Muñoz Zurita: “de hecho, la raíz (e. d. *cuilatl*, paréntesis mío) forma parte de uno de los emperadores aztecas (*si*), Cuitláhuac, que significa el excremento seco de los sacerdotes ancianos con que se hacía el piso de los adoratorios que se encontraban en la cima de los teocallis”. ¿De dónde sacó eso? No parece sino una leyenda para sostener la merdosa etimología. Confieso, en todo caso, no haber leído nunca en las fuentes antiguas referencia alguna a esos adoratorios aztecas tapizados de excremento jerárquico.

Por mi parte he rechazado siempre esa derivación, prácticamente oficial. Las palabras, dentro de una misma lengua y no sólo al pasar a otra, van cambiando; acabamos de ver en el español tres formas diferentes de una palabra para designar el grano del anís. ¿Se pretenderá que toda palabra nahua tuvo siempre la forma en que la recogieron los frailes en el siglo XVI? *Cuitlacochi*, tal cual, ya aparece en el *Códice Florentino* hacia el final del libro XI. Lo que suena es, en efecto, *cuítlatl*, excremento, y *cochi*, dormir, pero ¿sonó así siempre? Supongamos, por ejemplo, que de las tres variantes de marras para el grano dulce sólo tuviéramos *matalabúva*; ¿qué es lo que suena? Pues nada, diría alguien, que de él se hace un licor tan bueno que de plano *mata la uva*, es decir, que en cuanto usted lo prueba, el vino murió para usted. Sabemos que no es así, que aquí no hay nada ni de matar ni de uva, y del mismo modo creo, y voy a sostener ahora, que en el nombre aborigen de esa delicia que es la *ustilago* no hay ni dormir ni excremento, y me extraña se hayan tragado tantos y por tan luengos años tan chistosa etimología.

Propongo aquí, como forma precedente de *cuitlacochi*, **cuentlacotzin*. Tres fenómenos han de explicarse para que tal forma sea fonéticamente posible:

Primero: el paso de *e* a *i*; la encontramos con frecuencia, por ejemplo en el caso, de sobra conocido, de *cintli* por *centli*, que es el nombre del maíz; en los *Cantares mexicanos* ocurren *cuiponi* por *cueponi*, florecer; *nimi* por *nemi*, vivir; *nipapan* por *nepapan*, diverso, diferente; véanse las citas en Bierhorst.

Segundo: la elisión de la *ene*, frecuente también; en las fábulas de Esopo del mismo manuscrito de *Cantares mexicanos* se lee *quiqua* por *quinqua*, (ellos) comen, 216 r.; *onococuic* por *onoconcuic*, tomé, 217 r.; *itetoliniliz* por *intetoliniliz*, su aplicación (de ellos), 219 r., donde es de notar que la caída de la *ene* se produce aun cuando en el primer caso y en el último afecta el sentido en cuanto que desaparece la pluralidad de sujetos, que el lector tiene así que deducir del contexto.

Tercero: cambio de *tz* por *ch*; sabida es su frecuencia por mexicanismos como *chípil*, de *tzípil* o *tlacuache*, de *tlaquatzin*, pero tan se daba en el na-

hua mismo que en los *Cantares mexicanos* encontramos tal cambio aun en casos en que no se ha producido al pasar las palabras al español, v. g. *Huexochinco* por Huejotzingo.

Queda con esto claro que el paso de **cuentlacotzin* a *cuitlacochi* es perfectamente posible dentro de la fonética nahua. Ahora bien, ¿qué quiere decir **cuentlacotzin*? Es palabra compuesta cuyo primer elemento es *cuémítl*, sementera, tierra de labranza, que en composición da *cuen*, v. g. en *cuenchihualiztli*, que es la agricultura; el segundo elemento es originalmente *tlacoton*, tumorcillo, reemplazada la terminación despectiva *ton* por la reverencial y de cariño *-tzin*, lo que parece perfectamente natural tratándose de un sabroso comestible. *Tumorcillo*, pues, *de la milpa*, es la etimología que propongo; una realidad de inmediato perceptible, en vez de ese excremento durmiente que nos han ofrecido por más de un siglo los *eruditos*.

Ahora bien, explicado el primer elemento de *cuitlacochi*, ya tenemos el correspondiente de *Cuitláhuac*; el segundo no ofrece duda, y significa *seco*, del verbo *tlahuaqui*, secarse; para su formación véase la gramática de Carochi (ed. 1892, p. 454). *Milpa seca*, entonces; antiguamente el nombre de una isla al oriente de Xochimilco, en lo que ahora, con el topónimo acortado, se llama Tláhuac; acaso aludiera en un principio al contraste entre su sequedad y las vecinas chinampas. Tratándose de personas, podría referirse, quizá como apodo, al propietario de una tierra de tales características; *milpa seca*, pues, con lo que ya no tenemos que imaginarnos al hijo de Axayaca salpicado de heces, sacerdotales o no; ni podrá decirse que es nombre extraño; basta con pensar en el apellido español *Páramo*, que es por definición “terreno yermo, raso y desabrigado” (DRAE).

Un caso parecido a los anteriores lo tenemos en *machincuepa*. Santa-maría nos dice, tomándolo de Robelo: “del azteca *maitl*, mano, y *tzincuepa*, voltear el trasero”, y el DRAE actual: “del nahua *maitl*, mano, *tzintli*, culo, y *cuepa*, volverse de lado o de la otra parte”. Una vez más, los etimólogos no han ido más allá de lo que oyen, y desde luego, cualquiera se da cuenta de que para “volverse de lado o de la otra parte” la mano no interviene para nada. ¿O es que, siguiendo la clarísima etimología, para volverse, por ejemplo, por el flanco derecho o el izquierdo, hay que ponerse la mano en

el culo? Sería chistoso que así hubiera sido en los ejércitos de los pueblos nahuas, y yo francamente no lo creo, acaso por no haberme adentrado lo suficiente en la cosmovisión (creo que así la llaman) de aquella cultura; pero regresemos a la lengua.

Suelen las palabras de otro idioma, en su paso al nuestro, perder la sílaba pretónica, v. g. ciudad, de *civitate*, traidor, de *traditore*, caudal, de *capi-tale*. En una de nuestras fuentes principales sobre los antiguos mexicanos, el *Códice Florentino* (II, 18 v., o en la ed. de Anderson y Dibble, II, p. 47), encontramos el verbo reflexivo *mayotzincuepa* (en gerundio, cf. Carochi, p. 444). Elidida la sílaba pretónica, *yo*, según acabamos de ver, nos queda *matzincuepa*, y pues el grupo *tz* cambia en *ch* como decíamos en el caso de *huitlacoche*, punto tercero, ya tenemos *machincuepa*. Los elementos de que se forma son *mo*, prefijo de reflexivo, que pierde su vocal por empezar con vocal el siguiente elemento; *ayotzin*, calabacita, y *cuepa*, volverse, dar vuelta, dar de vueltas. Lo que hay aquí entonces, etimológica y semánticamente, es el hecho de dar de vueltas como una calabacita, y los etimólogos llevan cien años metiendo *mano* y *culo* donde no tienen nada que hacer.

Afortunadamente, parece que no hay muchos casos como los anteriores, que necesitan una urgente revisión. Dejamos por ahora este tipo de palabras y pasemos a otro, el de aquellas de que no se ha dado hasta ahora etimología alguna. Muy pocas veremos aquí, y voy a empezar con la palabra *cuaco*. Hace años di su etimología en mis notas a las fábulas de Esopo, que no se publicaron en la edición de Tacámbaro. La derivó del mexicano *quáitl*, cabeza, perdida la terminación *-itl* por estar en composición, y el adverbio *aco*, arriba; animal, pues, que sobre el cuello erguido mantiene en alto la cabeza, como hace, en efecto, un buen caballo. Lo contrario del cuaco era, en lo antiguo, el *cuatatán*, palabra cuya única fuente, para Icazbalceta, era la novela *Astucia*, de 1865.

El primer elemento es de nuevo, *quáitl* cabeza, y el segundo el adverbio *tlani*, abajo, con reduplicación intensiva, es decir *tlatlani*; un jamelgo gacho, entonces; la palabra ya había caído en desuso en tiempo de don Joaquín, al menos en la ciudad de México y en sus alrededores.

El mismo tipo de formación, es decir con el adverbio como elemento final, lo encontramos en la voz *chinaco*. La etimología propuesta por Eufe-

mio Mendoza: “del mex. *xinaca*, desnudo”, ya la rechazaba, y con razón, Icazbalceta, puesto que no existe tal palabra. El vocablo se compone de *tzintli*, culo (aquí sí, dénsese cuantas vueltas se quiera), perdida la terminación *-tli* por la composición, y *aco*, arriba. Trátase, pues del pobre individuo que tanto se agacha que es aquella parte la que sobresale de su ruin humanidad. No es necesario decir que había indios conservadores, y recordemos que la primera fuente para tal palabra es la ya mencionada *Astucia* de Inclán, citada por Icazbalceta, que dice: “Desde luego se conocía que era un chinaco cualquiera, tan ladino como cobarde”.

No quiero terminar sin dedicar unas palabras a nahuatlismos centro-americanos. A petición de la Asociación de Academias he mandado hace una semana a Madrid las etimologías de varios de ellos, algunos a mi juicio muy interesantes o al menos curiosos; daré unas cuantas muestras.

amuseparse. Hond. Entristecerse y sentir melancolía, generalmente por nostalgia. Del nah. *mocepoa*, entumirse.

apajuilarse. El Salv. y Hond. Sentirse triste y afligido. Del nah. *pabtlí*, veneno, y *xobuili*, pescado parecido a la trucha, cf. envarbasar en el DRAE.

despozolar. coloq. rur. Hond. Arrancar uno o varios dientes a alguien. Del prefijo esp. *des-* y el nah. *pozolli*, por la semejanza con los granos enteros del maíz.

tayacanear. Hond. Dirigir, orientar o guiar a un grupo de personas. Del nah. *teyacana*, conducir.

tetunta. despect. coloq. El Salv. y Hond. Cabeza humana. Del nah. *tetontla*, lugar lleno de pedrezuelas.

tocoyal. m. Guat. Cinta de lona que usan los indígenas para adornar el cabello. Del nah. *toquayáhuatl*, lo que rodea nuestra cabeza.

Para mí ha sido un doble placer, por una parte, conocer palabras que, siendo de nuestra lengua, no había yo leído ni oído en mi vida, por otra, poder contribuir con mi granito de arena, como dicen, a aclarar su sentido, y espero que, aun no siendo mexicanismos, no parecerá que estuvo de más el ponerlos aquí como remate de este discursillo.

LA LOA DE LA INFANCIA DE SOR JUANA*

Salvador DÍAZ CÍNTORA

Hace algún tiempo me mostraba un viejo amigo, el historiador Augusto Vallejo de Villa, una fotocopia de manuscrito del siglo XVIII cuya parte final lleva un título que la caracteriza como *Loa satírica en una comedia en la festividad del Corpus*. Algunas palabras que ahí veía lo llevaban a pensar que podría ser la famosa loa perdida de la infancia de sor Juana Inés de la Cruz, pero estando la pieza escrita en una mezcla de nahua y español no podía siquiera tratar de verificar aquella sospecha sin la traducción de la parte escrita en lengua mexicana.

De momento vi la cosa con el natural escepticismo, pero luego, dada la brevedad de la obrita, trescientos treinta versos, pensé que tal vez valía la pena aclarar el asunto, y me puse a traducir, e iba pasando cada partecita de mi versión a mi amigo, conforme iba saliendo; al terminar, curiosamente, quedaba tan convencido como él de que en efecto estábamos ante la *loa de la infancia*, por tanto tiempo considerada perdida. Uno tras otro habían ido apareciendo en el texto indicios que, sin gran peso si se toman aisladamente, ya en conjunto, sumadas sus fuerzas, llegan a crear convicción.

La pequeña pieza está escrita en versos octosílabos con rima asonante, como los romances. A la parte propiamente satírica, de ciento sesenta versos, en que no llega a mencionarse el objeto de la fiesta, sigue otra parte, sería ésta y sin asomo ya de sátira, que, según reza su título, “aplaude la fineza que el Señor hizo en quedarse sacramentado con los hombres”. Esta parte consta de ciento setenta versos.

La disposición en que se da la mezcla de lenguas se diferencia en ambas partes en cuanto que en la primera vemos mezclarse en un mismo renglón español y nahua sin ningún orden fijo, mientras que en la segun-

* Discurso leído en la Academia Mexicana de la Lengua, sesión de 9 de agosto de 2001.

da, que reproduce el diálogo de un indio y un español sobre el misterio eucarístico, se dan lógicamente bloques de versos en un mismo idioma, según el hablante en turno, con cierto elemento de ficción que supone el hecho de entenderse y responderse coherentemente hablando en lenguas distintas.

Ambas loas, o quizá más bien ambas partes de una misma loa, satírica y sería sucesivamente, aparecen como parte final de un manuscrito misceláneo que consta de veinte piezas. Al final de la pieza 18 encontramos la que podemos llamar *fórmula de sujeción*, por la que quien escribe *sujeta* todo lo precedente a la corrección de la Iglesia, fórmula de rigor en aquel tiempo, aunque sin un formato fijo; sor Juana a veces usó siglas para el caso, como en el *Neptuno alegórico*. Según esto, aquí tendríamos todo lo antecedente, puesto que esta fórmula era prácticamente de colofón, sujeto al juicio de la Iglesia, no lo que sigue, pues al final de las loas que aquí nos interesan la fórmula no se repite, y esto fue lo primero que me llamó la atención. Si se piensa un poco, la razón no es muy difícil de hallar: las piezas 1-18 son nuevas, o en todo caso recientes, y hay que someterlas a la corrección, a la censura eclesiástica; las dos que siguen son de una persona ya difunta, cuya ortodoxia se considera más que suficientemente probada, y para cuyos escritos tal formalidad resulta en cierto modo innecesaria.

De no ser éste el caso, la fórmula debería repetirse; un ejemplo de esto lo hallamos en la *Carta Atenagórica*: “... este papel —dice la primera vez— lo sujeto en todo a la corrección de Nuestra Santa Madre Iglesia Católica”; luego tiene que añadir otras páginas, esenciales para el propósito de dicho papel, y al final de lo añadido reaparece la fórmula: “Vuelvo a poner todo lo dicho debajo de la censura de nuestra Santa Madre Iglesia Católica, como su más obediente hija. *Iterum vale*”, y así precisamente concluye la carta.

Inmediatamente después de la *fórmula de sujeción* sigue una cuarteta en mexicano que, por no formar parte de la pieza, al principio no había yo pensado traducir, pero Augusto insistió, y al fin lo hice, con alguna libertad, que en seguida explico; es la que pasó mi amigo a *La Jornada*, que la publicó el domingo 5, y que dice:

*Los jades y las turquesas
no salen por ningún lado;
apenas los extraemos
como coyotes gritamos.*

El juicio valorativo que implica el llamar jade o turquesa una producción literaria no puede, en la especie, referirse a lo que antecede en el manuscrito, es decir a las piezas 1-18 inclusive, que apenas se están sometiendo a la corrección de la Iglesia, pues sería como decirle: Santa madre, esto que someto a tu buen juicio es, sábetelo de antemano, jade y turquesa. Impensable y descarada expresión de prejuicio que vendría haciendo nugatoria la fórmula de sujeción, haciendo, repito, burla de ella, cosa a que en aquellos tiempos nadie se hubiera atrevido. Los versos se refieren, por tanto, a lo que sigue, a aquello que ya se estimó innecesario poner al amparo de la fórmula por considerarlo cosa juzgada, y juzgada buena.

Hablé de libertad en la traducción de esta cuarteta; era necesaria, pues la lengua en que está escrita es algo corrupta. La transmisión manuscrita para sucesivas representaciones, dado que la lengua mexicana empieza, a finales del siglo XVII, su periodo de franca decadencia, propicia la entrada de formas corruptas, que en general habrá que explicar en las notas a la edición de la loa. En esta cuarteta encuentro, en los dos últimos versos, falta de concordancia en las personas de las formas verbales; para el verbo *extraer* tenemos en el texto *toconnextiz*, que es realmente *extraerás*; para *gritar*, lo que vemos es *tecocoyotica*, a la letra, *gritan* o *grita*; es decir, en el primer caso segunda de singular, en el segundo, tercera de singular o de plural.

No es difícil restituir por conjetura el que habrá sido texto original:

*in ayaya otoconnexti
huel titecocoyotica,*

literalmente: *apenas los has encontrado, (ya) estás gritando*. Es decir, segunda persona de singular en ambos casos. Muchas de estas conjeturas y restituciones serán necesarias, y es cosa perfectamente normal: el tocotín en honor de san Pedro Nolasco (1677), impreso por primera vez y reimpresso (1689) en vida de sor Juana, no expuesto por tanto a las casi inevitables

deformaciones que acarrea la transmisión manuscrita, tiene, sin embargo, errores de este tipo: *impan* por *ipan*, *sobre*, plural por singular (sobre muchos en vez de sobre uno); *tehuatl* por *yebuatl*, *tú* por *él*; errores, pues, de persona y de número, y también formas tan claramente corruptas como *miechtin*, traducido en las notas como *todos*, pero forma inexistente en el mexicano clásico, y que no es sino contaminación vulgar de *miectin*, *muchos* con *mochtin*, *todos*; hablamos de una composición de 48 hexasílabos; piénsese lo que será en una de más de trescientos octosílabos.

Lo que es inconcuso es que aquí tenemos el grito, evidentemente de júbilo, que damos, o que das, si nos atenemos al original, al topar con jades y turquesas. Algo extraordinario, sin duda, juzga tener entre manos el que así introduce la loa que sigue a tales ponderaciones; su impresión al descubrir aquello, y nótese que escribe precisamente en Amecameca la fórmula de sujeción, debe haber sido como la nuestra, y aunque te muerdas un poquitín la lengua para acallar el grito, se te sale a la larga muy a tu pesar.

Cabe recordar aquí también, en todo caso, que el multicitado tocotín circuló por primera vez en edición suelta y anónima, y sólo años después fue recogido en la *Inundación Castálida*. Pero el tocotín se escribió en México, donde sor Juana ya era famosa y guardaba sin duda sus originales, mientras el papelillo de la infancia se lo habrá dejado en su pueblo, donde habrá empezado a correr de mano en mano, sin que ella, ya en la cima de su renombre y valimiento, se ocupara de recuperarlo.

Los dos primeros versos de la loa dicen:

*Cenca huel nipinaubtihuiz
con sobrada desvergüenza,*

donde la primera línea podría traducirse

apenadísima vengo,

y digo *podría* porque la moción de género no está obviamente en el nahua, y éste del género es asunto que trataré en seguida. Observamos de inmediato la contradicción evidente entre el primer verso y el que le sigue; para mí es rasgo saladísimo de innata coquetería. No hay tal pena, desde luego,

pero, por otra parte, ¿sabrá la futura poetisa que está empezando brillantemente su loa con un *oxímoron*? La palabrita sigue siendo rara, y tanto, que el DRAE, que ya recoge de todo, aun no le ha dado la entrada que merece. En todo caso, es el ingenio el que espontáneamente crea las figuras que luego los retóricos bautizan, y si algo tiene esta niña es precisamente ingenio. Cultura, desde luego, y aun a tan temprana edad, no le falta, y ambas cosas se combinan felizmente en más de un pasaje de nuestra loa; a veces el ignaro copista no entiende la para él demasiado culta palabra, y la deforma de modo que la crítica textual ha de venir al quite a restituirla. Así, en la línea 12, *ca xaxan tistriones*, tenemos que enmendar y meterle las tres letras faltantes, *h, i, t*, para que diga *ca xaxan tihistriones*, *que simplemente somos payasos*; asimismo en el v. 70, *ye noquitoa srionesa*, hemos de leer la última palabra *histrionesa*: *pero yo digo, histrionesa*, palabra ésta, por cierto, que tampoco registra el DRAE, sino sólo bajo la forma *histrionisa*. La terminación no plantea dudas, pues está en posición de rima, que es en *-ea*; mexicanismo, entonces, del siglo XVII. En el v. 66, hablándonos de una vieja presumida, nos dice que viene

yoqui in tlabuepoch Medea
(como la bruja Medea)

Cultura, pues, literaria y mitológica, que no era extraña, desde luego, en mestizos ni aun en indios; lo notable en el caso es la gracia con que esta niña la expresa, a diferencia de la cansada pedantería que hallamos con disgusto en tantas otras fuentes.

Varias veces he hablado de *niña*, y es tiempo de justificar la palabra; sin ello, no tendría sustento alguno la atribución de la loa. Según la definición del DRAE, una loa se hace, entre otras cosas, “para encarecer el mérito de los farsantes, para captarse la benevolencia del público o para otros fines análogos”. La que estudiamos aquí está hecha, en gran parte cuando menos de la primera, para estos fines, que consigue indudablemente; y la niña nos habla de

in quimati in cabezadas
ninomaca chimenea

*(quien sabe qué cabezadas
me doy en la chimenea; vv. 31-32),*

en su desesperación, se entiende, de que no le salgan bien las cosas. Y esa misma persona la despierta temprano para que, aunque tenga dolor de cabeza, resultado sin duda del esfuerzo mental, amén de los frentazos, se vaya a su hora a las clases (v. 36),

*ompa tomachtia escuela
(allá donde aprendemos, a la escuela),*

donde la recibe amable el maestro, que resulta ser un fraile (v. 38)

*ica ixaca reverenda
(con su cara reverenda).*

Es de notar aquí la forma sincopada, evidentemente cosa del habla popular, *ixaca* por *ixayaca*. También, ya que hablamos del fraile, que, como observa Gabriel Zaid, el buen dominico la habrá dirigido con una muy personalizada atención, dadas las dotes de la niña, y al mismo tiempo con la necesaria indulgencia para no exigirle más que lo humanamente posible a tan temprana edad. Por otra parte, aun dado que ésta sea su primera loa, apunta Margit Frenk, ello no quiere decir que sean los primeros versos que escribió sor Juana; hay obviamente cierta práctica detrás de esta pieza, y asimismo habrá escrito luego otras cosas, anteriores a sus primeras obras publicadas.

Volviendo al texto, vemos, pues, que esta personita se levanta temprano para ir a la escuela; los adultos normalmente en levantándose se pondrían o se irían a trabajar o, si no tenían esa obligación, se irían a misa, no a la escuela. Pero, ¿quién es esa persona que la levanta de madrugada? La única parienta mencionada en la loa es su abuela; lo que hace la niña para el teatro, nos dice (vv. 115 sqq.),

*mi abuela
puede sufrirlo, por cierto,
que gasta muy linda flema.*

La abuela, para 1656, cuando la futura sor Juana tenía ocho años, aún vivía, y murió pocos años después. Sabemos, desde luego, que Juana vivió cuando niña al lado de su abuelo materno en la hacienda de Panoayan; en nuestra loa, al amenazar nuestra niña a una negra, le dice (vv. 85-86):

*si no, tiquinnechicotiuh
los novillos de la hacienda
(si no, te irás a cuidar, etc.)*

Hasta aquí, sin embargo, hemos visto solamente que se trata de una personita de corta edad, pero, ¿y el género? En lengua mexicana ni en los verbales (participios) ni en los adjetivos se manifiesta esta particularidad. El recurso a que nos acogemos en estos casos es, cuando ocurre, el vocativo; cuando el hablante es hombre, la forma lleva como sufijo una *e* acentuada, pero, nos dice Carochi (p. 408), “las mujeres no usan desta *e* en el vocativo, pero levantan mucho la postrera sílaba del nombre con afectación mujerial”, levantamiento y afectación que no tienen cómo reflejarse en un texto escrito, mientras que la ausencia de la *é*, y por ende el género femenino que ella implica, sí son de inmediato evidentes. En el v. 73 leemos:

tibniantzitzin, ichpopochtín
(vayamos, muchachas).

Si el hablante fuera hombre, dentro del mismo esquema métrico, podría perfectamente decir:

ichpopochtiné, tihuian

suprimiendo las dos sílabas *tzitzin*, que son innecesarias. En el v. 119 encontramos otro vocativo:

Chalantini, xibualbuían
(escandalosos, venid).

Aquí, sin ningún cambio en el orden de las palabras, el hablante masculino habría añadido la *é* acentuada a *chalantini*, y con la sinalefa daría

exactamente la misma medida. Queda demostrado, con esto, que se trata de una niña, y no de un niño.

Ya dijimos atrás, al hablar de la fórmula de sujeción, que el copista o compilador escribe en Amecameca. La loa, según el manuscrito, ha sido representada en Tlayacapan; esto podría referirse a la más reciente presentación, pues en la pieza, en todo caso, para nada aparece Tlayacapan, y el único topónimo que encontramos (v. 92) es precisamente Amecameca. Podría pensarse también que la autora hubiera escrito en este pueblo y la loa se hubiera representado en Tlayacapan; no podía cambiarse fácilmente el topónimo por estar en posición de rima. Recordemos, en todo caso, que sor Juana tenía familia por aquel rumbo; su madre, Isabel Ramírez de Santillana era, según Eguiara, del pueblo de Yecapixtla, en la región que entonces se llamaba el Marquesado, lo mismo que Tlayacapan, y a corta distancia de éste.

Demostrado, pues, que la autora es una niña y que, casi seguramente, reside en Amecameca, resta saber su filiación étnica. Los versos 87 a 138, casi un tercio de la primera parte de la loa, están dirigidos a ciertos bachilleres, todos en aquel tiempo de sangre española, que visitan el pueblo por la fiesta de Corpus, y se dedican entre otras cosas a criticar las pobres producciones de teatro devoto del lugarejo. Nuestra niña se permite, con respecto a estos pedantuelos, expresiones como:

zaxan nobuían quicuepa
imixtotomatlachieliz
(nomás vuelven a doquiera
sus estúpidas miradas, v. 100 sq.)

Es claro que un indio, y aun un mestizo, no se atrevería a hablar así de españoles o hijos de españoles; la conclusión obligada parece ser, entonces, que la niña que habla es también española, y por ello puede hablarles con tal desparpajo, de igual a igual.

Pues hablamos de raza, hay que decir que el afecto de sor Juana por los indios, de sobra conocido, no podía estar ausente en una loa escrita en parte en la lengua de ellos; por este lado se pensaría que no había que esperar ninguna novedad. Tal vez sí la haya. Adelantándome un poco al

tema de la mayor fineza de Cristo, quiero hacer notar aquí que el indio, para empezar, defiende que tal mayor fineza es la encarnación; el español le dice que no es eso lo que se celebra, sino la Eucaristía. Insiste el indio en la encarnación, pues si Cristo no se hubiera encarnado, ¿cómo íbamos a tener su cuerpo en la Eucaristía? Ante la renovada oposición del español, obligado el indio, en virtud de ella, a relacionar a Cristo con el pan, alabará como mayor fineza suya la multiplicación de los panes, cuando da de comer a cinco mil hombres. Háblese cuanto se quiera de la devoción del indio, mayor es su hambre. La niña lo sabe porque lo ha visto, y lo siente a tal punto que esta serie de veinte versos (112-131) dedicados a la multiplicación de los panes, viene siendo lo principal de esta loa eucarística, en que no hay, en cambio, una línea sobre la bendición o la fracción del pan en la última cena.

Alejada más tarde del campo y del indio, sor Juana, libre ya de la inmediatez de su hambre en la reclusión del monasterio, pensará en aquellos versos de infancia como burdamente materiales. Si su estancia en Santa Teresa la Antigua, por no poder sufrir los rigores de la descalcez, fue muy breve, sí habrá podido leer en la santa doctora (*Camino de perfección*, Escorial, 60) aquello de que “otro pan de los mantenimientos y necesidades corporales no quiero yo pensar se le acordó al Señor de esto, ni querría se os acordase a vosotras... Estános enseñando a poner nuestras voluntades en las cosas del cielo... y habíanos de meter en cosa tan baja como pedir de comer?” Pues el indio sigue pidiendo, y la monja, con estas enseñanzas, avergonzándose acaso de la materialidad de aquel papelillo, indigno al parecer de su nueva forma, tan aguda y espiritual, de ver las cosas, lo dejará rodar por Amecameca y los pueblos del Marquesado, sin querer acordarse de él, y por allá vino a quedar. Imbuida, por otra parte, por la frivolidad cortesana, llega a tomar al indio simplemente como una especie de bufón involuntario, que hace reír por sus torpezas al expresarse en español, y hasta por su fanfarronería ridícula.

Llama mucho más la atención en nuestra loa el ataque a una negra, que se lleva doce versos de la primera parte (74-86). Los negros, como esclavos comprados que eran y por el hecho mismo de haber costado sumas considerables, recibían de los hacendados mejor trato que los indios,

pues los colocaban como capataces de estos últimos en diversos trabajos, por ejemplo, para el caso de esta obrita, en la molienda. En su calidad de sobrestantes, obviamente los negros incurrían a menudo en maltrato a los indios. En nuestro caso parece que, más bien que de una negra de raza pura, se trata de una mulata. En la breve invectiva que le dirige, habla la niña saladísimamente de esta mezcla de sangres:

*in tlaquemembrillo cocho,
auh in octlaco guinea
(la mitad membrillo cocho
y la otra mitad guinea),*

y acuña este hibridismo, que es toda una alhaja: *quaxalea*; el primer elemento es la palabra nahua *quāitl*, cabeza; el segundo, el conocido arabismo (perdonadme, que el tema me persigue) con que designamos la piel de borrego con todo y lana; ello desde luego por la semejanza evidente entre el vellón y el pelo de los negros. Aparte de la malicia, apunta ya aquí, creo, un ingenio lingüístico definitivamente de primer orden.

Vengamos, en fin, al tema de la fineza, que se trata desde el primer verso de la segunda parte. La mayor fineza de Cristo, dice ahí el español, y lo repite en los versos 69 y 101, es precisamente el objeto de la fiesta de Corpus, la Eucaristía. He hablado ya de las objeciones del indio y no hay para qué repetirlas. Sí importa, en cambio, ver cuál es la posición de sor Juana al respecto en obras posteriores y contrastarla con lo que tenemos aquí. En *El divino Narciso*, obra hecha por cierto para representarse “en la coronada villa de Madrid”, si hemos de atenernos a lo que dice la correspondiente loa, su punto de vista parece ser el del español de la nuestra. En la *Carta Atenagórica*, sin embargo, da su opinión más personal, que no tiene ya nada que ver con el sacramento: “la mayor fineza son los beneficios que nos deja de hacer por nuestra ingratitud”.

En dicha carta vemos desfilar cinco posiciones sobre el tema. La de san Agustín: la mayor fineza fue morir por nosotros; la de santo Tomás, en el sentido de que lo fue el quedarse con nosotros en el sacramento; la de san Juan Crisóstomo: lavarles los pies a los apóstoles, y aparte la de Vieyra, y la suya, que acabamos de exponer. Pasando a nuestra loa, vemos que de las

opiniones mencionadas de los tres santos doctores, sólo aparece una, la de santo Tomás. La razón es sencilla: es la única que hasta entonces ha llegado al conocimiento de la pequeña autora, y ello porque la región de Amecameca estaba doctrinada por frailes de la Orden de Predicadores, y el gran doctor de dicha orden es precisamente santo Tomás; es él, además, el autor del oficio de la fiesta de Corpus Christi. No por nada, entonces, la primera obrita teatral de nuestra autora estaría dedicada a celebrar dicha festividad.

Éstos son, a grandes rasgos, los indicios que me han llevado a la convicción respecto a la autoría de sor Juana. El peso de todos ellos juntos me parece decisivo, pues creo muy difícil que pudieran todos concurrir en otra persona que la suya. Mi parte en la hipótesis cubre sólo su vertiente literaria y lingüística; no se me atribuya, como ya lo hizo ayer un periódico, aserto alguno sobre el tipo de papel en que se conserva la loa, que yo no he visto ese papel y me ocupó sólo de lo escrito.

Como es natural, esto provocará discusiones, y es conveniente que así sea, y del mismo modo que puede discutirse la exactitud de mis datos, podrá discutirse mi traducción. Nada mejor que eso; de otro modo se dan aberraciones permanentes. En la reimpresión de este año de 2001 de las obras completas de sor Juana, en la colección *Sepan cuántos*, tenemos, por ejemplo, traducido el verso *huel nimachicáhuac*, del tocotín de san Pedro Nolasco, como *puede que me olvide*, y se dice (p. 882) que es “trad. del náhuatl de A. Méndez Plancarte”. Yo no sé si dicho padre fue nahuatlato, pero aun cuando lo fuera, la traducción de esa frase ha de ser *soy de manos fuertes* (¡un poquitín distinta, me parece!), que es también, desde luego, lo que encaja con el contexto. ¿Cómo se ha podido perpetuar por prácticamente medio siglo un disparate como éste? No acierto a explicármelo. Adelante, pues, con la discusión, que yo trataré de mantenerme en medio de ella tan sesgo como siempre, pues como escribió alguna vez mi admirada monja:

*Para todo se halla prueba
y razón en que fundarlo...
que lo que el uno que es negro,
el otro prueba que es blanco.*

LA TRASCENDENCIA EN LOS SONETOS DE JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA SANTILLÁN

Gustavo COUTTOLENC

Un soneto que corre sin tropiezo por el ceñido cauce de su brevedad, con transparencia en plenitud, basta para immortalizar a quien logre encerrar un mensaje de impecable belleza en su estrechísima cárcel, en pos de la Belleza imperecedera.

Es un reto para cualquier intento. El soneto puede ser un canto del más diverso contenido, pero cuando sale de las entrañas doloridas del hombre, especialmente entonces, estará regado por sudor y llanto copiosos por la exigencia extraordinaria del empeño punzante. Si brota de una existencia que sufre por ser efímera y débil, y por su finitud, busca el Punto Firme Trascendente de la Hermosura sin fin. Entonces el soneto aparece como un prodigio envuelto en el misterio. Nos golpea la turbación del vacío, el sentimiento de la intrascendencia, de la inutilidad. El poeta, como todo mortal, se pregunta qué habrá después de la muerte. Siente que el anhelo de no morir para siempre no es vano, sino algo propio del ser humano que tendría que cumplirse. Es algo que distancia al hombre de los seres restantes carentes de esa tendencia a la infinitud. El poeta busca asirse a lo eterno, sin devenir y dador de consistencia a cuanto existe. Comienza a cuestionar en pos de una respuesta; ¿Habrá un presente cierto que nos ponga a buen seguro de todo contratiempo? ¿Una fuerza motriz impulsora a la bondad y a la belleza que imantan irresistiblemente a los humanos? ¿Habrá una vida y una esperanza radical? El hombre sufre porque tiene conciencia de su ser contingente; el inconsciente ni sufre ni se angustia. El ser humano es el único que puede hacer preguntas en busca de respuestas.

Joaquín Antonio Peñalosa escribió pocos sonetos y en ellos, como el poeta de Venusia, afirma que no morirá del todo, “non omnis moriar”. Éste es mi propósito, reflexionar en una cuidadosa relectura de sus sonetos sobre su genuino contenido existencialista marcado por una honda espiritualidad.

“Al medio del camino de la vida, surgieron los Sonetos desde la esperanza, con el tema vital de la muerte. Los publicó Alfonso Junco ‘bajo el signo Ábside’ en México, en 1962. Todos ellos, en manojo, los trasladó Salvador Novo para sus *Mil y un sonetos mexicanos* (México, Editorial Porrúa, 1963).”

“Sólo como ficha bibliográfica habrá que considerar el cuadernillo *Siete poemas* que editó el Instituto Potosino de Bellas Artes (San Luis Potosí, 1959).”

En mi conferencia anterior, leída en la sala de juntas de la Academia Mexicana, expuse mi ensayo sobre la poesía completa de Joaquín Antonio Peñalosa, exceptuados los sonetos que son el asunto de mi presente reflexión.

Los sonetos de Peñalosa son veinticuatro, de los cuales comento veinte, once de ellos llevan el título de *Sonetos desde la esperanza*; los otros ocho pertenecen al libro llamado *Casi vida, casi muerte*, y uno más en Aguaseñora. Todos ellos se desenvuelven entre los contrarios vida y muerte, y los sucesos intermedios, afirmando la trascendencia, el paso de esta vida a la otra que es plenitud perdurable.

Iré mencionando cada uno de ellos acompañado de un breve comentario.

SONETOS DESDE LA ESPERANZA

Alegría de la natación

En este poema contrasta el brío de la juventud, y su ocaso valiéndose de la natación en cuyo ejercicio el nadador con su pujante braceo logra calentar el agua fría y, aún más, consumirla con su fuego. El recurso en el empleo del adverbio “hoy” hasta por cuatro veces, en el primer verso de los dos cuartetos y del primer terceto, y al final del primer verso del segundo terceto:

Hoy que calientas el cristal del río...
Hoy que nadando quemas lo que es frío...

*Hoy que sumas los años como meses...
Flota tu libertad con que hoy floreces
antes que venga el fúnebre atavío
a decorar tu cuerpo con cipreses*

Para terminar con un horizonte de cipreses, signo luctuoso necesariamente.

Cuerpo de vida y muerte

El mismo cuerpo entre los contrarios de vida y muerte. Con el nacimiento comienza la cuenta progresiva y regresiva a la vez, suma de lo que se va viviendo y resta de lo ya vivido. Somos paradojas, vivimos al tiempo que morimos y morimos al tiempo en que vivimos. En este curso el cuerpo, si es de vida, se le llama “incansable compañero”, “testigo”, “peligroso amigo”, “mendaz”, ya que lo distrae de la muerte, no obstante que la lleva desde siempre:

Con el dulce pretexto de la vida
desde la cuna cargo mis despojos,
el esqueleto de quien ya es difunto

Voy a decirte adiós

De entre las cosas que ignoramos acerca de la muerte, el poeta se ocupa del cuándo y del cómo. Ante la incertidumbre del acontecimiento y de su causa, que puede ser temprano, y debido a una circunstancia quizá trivial, y nos impida dar un adiós oportuno, se anticipa. No quiere darnos sorpresas privativas de todo medio de comunicación: palabra y ojos, “voz” y “mirada” se despide con lucidez y oportunidad desde la ribera en que vive:

Por si viene sin hora señalada,
como el perfume inunda la azucena,
por si me deja mudo con la pena,
de irme de prisa por la madrugada...

Y debido a algo tan casual como ¡un vivo acoso de colmena!, por ello continúa:

Que por ahorrarme tiempo y a ti llanto
voy a decirte adiós desde la vida,
por si acaso no puedo, por si acaso.

Obsérvese de paso el trasfondo de Miguel Hernández en la elegía a Ramón Sijé:

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano *madrugó la madrugada*,
temprano estás rodando por el suelo.

¡Cuánta premeditación, alevosía y ventaja!

La muerte prevista

La primavera incendiada de sol y clorofila nos ciega: “de ver el corazón la verde hoguera”, asimismo la rosa “al corazón cautiva con su apego engañoso de nata y de quimera”. El poeta recibe el doble impacto, y no queriendo parecer irresponsable por el descuido alienante de no pensar en la situación límite de la muerte voz de alerta para todo viandante humano, nos habla de su prudencia al respecto:

Para no sorprenderme a su llegada,
de amor desnudo y de dolor provisto,
voy del invierno a su sagrado encuentro

para que no acuséis a la mirada
que por primera vez la muerte ha visto,
porque es la misma que miraba dentro.

La berida

El poema principia con una aclamación placentera a la azucena porque ignora la fugacidad de su existencia esplendorosa y su deterioro incontenible; de todo ello “Sólo queda el andamio de la rama”.

La azucena no trasciende, se hunde en el declive absoluto. En cambio, el poeta sabiendo que el fin es el primero en la intención y el último en la ejecución acepta la realidad humana que, si bien hiere, abre un esplendoroso balcón a la trascendencia:

Sólo yo he de saber lo que es la herida,
última en el tiempo y en verdad primera,
que igual me mata en sueños que despierto

Si al empezar a morir le llaman vida,
no me ocultéis la muerte verdadera,
“Pero dejadme el corazón abierto”.

Es el corazón humano que llevando un irrefutable deseo de sobrevivencia, se aferra definitivamente a él.

Oh dulce tumba

En este soneto Peñalosa toma la palabra tumba en dos acepciones; la primera heredada por Platón,¹ de los Órficas, florecientes en los siglos VIII-II a. C., se refiere al cuerpo, tumba del alma y de todo lo que de vida se lleva piel adentro. Esta acepción se debe a la semejanza de dos palabras griegas, SOMA (cuerpo) y SEMA (tumba), que un juego de conceptos se intercambian.

Oh dulce tumba de caliente vida
que mis huesos encierra en frágil muro,
en vez de piedra y alabastro duro
en carne y sangre todo se me anida.

Enseguida se refiere a la otra tumba, la inhumación:

a pena de sepulcros condenado,
en sangre ayer, mañana en esqueleto,
pero tumbas las dos, tumbas de veras.

1 PLATÓN, *Diálogos*, México, Editorial Porrúa, 1976 “Sepan Cuántos...”, núm. 13.

La espuma

Aquí el poeta está tan agarrado de la vida, que tiene por residencia lo que tenemos que dejar como viajeros, y juzga perpetuidad lo que apenas tiene remedio:

En tanto vivo y en vivir me empeño,
voy por costumbre o voy por destino
juzgando habitación lo que es camino
y eternidad la espuma del ensueño.

- 1) “La razón no tiene más que un camino que seguir en sus indagaciones; *mientras tengamos nuestro cuerpo, y nuestra alma esté sumida en esta corrupción*, jamás poseeremos el objeto de nuestros deseos; es decir, la verdad.”
- 2) “Los filósofos, al ver que su alma está verdaderamente ligada y pegada al cuerpo, y forzada a considerar los objetos por medio del cuerpo, *como a través de una prisión oscura* y no por sí misma, conocen perfectamente que la fuerza de este lazo corporal consiste en las pasiones, que hacen que el alma misma encadenada contribuya a apretar la ligadura.”²

El poeta quisiera actuar de manera diferente, sin engaño, sin sentirse dueño del préstamo recibido, sin aferrarse al peregrinar sin fin, dejar la madriguera para emprender el viaje por el camino de todos. Sabe que camina, que está en el destierro y no en la patria, que debe dejar este nido del tiempo y emprender el vuelo ineludible. Predomina, sin embargo la cordura, aunque sufre desconcierto entre los contrarios, vida y muerte.

De vida voy, más que de muerte, herido,
aunque a la muerte todo me apresura;
entre las dos es tal mi desconcierto

que si temo vivir por lo vivido
más muero por la urgente sepultura
y no sé si viviendo ya esté muerto.

² *Ibid.*, p. 407.

El recado

Aquí aparece más nítida la sensatez del poeta. Se impone la cordura. En una fingida ausencia de su domicilio, deja aviso para que quien lo busque sepa dónde encontrarlo. No se aleja debido a una introversión sino por un asunto importante:

No por esquivo sino por prudente
de empezar a dejar lo que poseo
y desacostumbrarme a lo que veo,
repetid el recado que no miente,
si preguntan por mí que estoy ausente,
que me fui a construir el mausoleo.

Porque de todo cuanto pienso y toco
nada como la vida es lo más mío.
Nada como mi vida lo más suyo.

Mi entierro

¿Por qué pide Peñalosa que le den una losa más de la que lleva en su apellido? la reclama para que mientras vive se vaya acostumbrando a la que ha de sellar su tumba, sin perder de vista el desenlace que como a todo humano le espera. Pero más alto se alza su esperanza que le asiste y no defrauda:

Aumentad una losa a mi apellido
para lo que me queda todavía,
falta a los huesos, falta su agonía
hasta que se acostumbren a este nido.

Por lo que tengo de alas y querellas
dejadme en la esperanza que me asiste,
he de abrir a la jaula una ventana.

Un nuevo grito a la trascendencia; un grito más luminoso y fuerte que el expresado en el soneto 5:

“Pero dejadme el corazón abierto”

Primavera sin fin

Si Peñalosa hubiera titulado este soneto “Vida sin fin”, estaría en la acera de enfrente en que se situó Gorostiza en su esplendoroso libro *Muerte sin fin*. Se trata de dos maneras contrarias de entender la existencia. Mirada trascendente e intrascendente respectivamente. Por la importancia del soneto en orden a subrayar la trascendencia de los sonetos peñalosianos, me permito citarlo íntegro:

No necesita más la primavera
para ser primavera, que una rosa;
no necesita el ansia que me acosa
más que un amor, más que un amor quisiera.

Desde que vivo en mí, me desespera
el magisterio de la mariposa,
por su cátedra apenas cautelosa
de enamorar la flor con su quimera.

*Me sobra todo lo que tengo ahora
desde que en un Amor tengo los ojos
y en un Amor el alma enamorada;*

*Por miedo de perder lo que atesora,
a ver si pongo freno a mis antojos
o me adueña la flor de Tu mirada.*

Dios escondido

Ahora el poeta nos dice de una noche que le hace falta todavía para mirar al sol sin oriente ni poniente, y en perpetua plenitud. No se trata de la noche de un día previa al nuevo amanecer; se refiere al tiempo de esta vida en que nos encontramos y que tarde o temprano no será más. Mientras nos sabemos viajeros, le basta al poeta la fe, la visión en el espejo y el enigma, “de ir por la noche como en mediodía”. No interrumpe la búsqueda de Aquel que nos habla de diversas maneras, por señales y también por el silencio, siempre avivando las humanas “ansias codiciosas”.

Una noche falta todavía
para mirar de frente tu apogeo,
el espejo me basta y el deseo
de ir por la noche como en mediodía.

Si te ocultas, te busco y te rodeo
hasta sitiarte con mi compañía,
no importa que aquella melodía
sólo traiga tus ecos por trofeo.

Por signos hablas, por defensa callas,
callar que aviva en ansias codiciosas
mi encuentro cierto y tu disfraz en vano;

Pero mi amor derriba tus murallas
como quien corta rosas y más rosas
que me dejan tu aroma entre la mano.

CASI VIDA, CASI MUERTE

Dicen que el hombre se parece al río

Se insiste en la fugacidad del hombre, al grado de que “pasar, cruzar, seguir es lo primero”, después vendrá lo secundario, “después vivir y ser por extravío”.

Agua que va por el despeñadero
sin repetir dos veces su atavío,
huyendo de mí mismo vivo y muero.

IMPORTANCIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA EN EL DESARROLLO DE LA CIENCIA EN MÉXICO¹

Ruy PÉREZ TAMAYO

Para comprender la situación actual del idioma español en el desarrollo de la ciencia en México conviene tener presentes algunas precisiones:

- a) A pesar de que el tema asignado a esta presentación limita sus alcances geográficos a un solo país de América Latina, buena parte de lo que puede decirse al respecto no sólo se aplica por igual al resto de América Central y a Sudamérica (incluyendo al Brasil), sino que es extensivo, *mutatis mutandis*, a la gran mayoría de los países del hemisferio sur del planeta, cualesquiera que sean las lenguas que ahí se usen.
- b) El estado presente del idioma español en el ámbito científico mexicano y de los demás países del orbe con un nivel comparable de desarrollo forma parte de la evolución histórica, tanto de la ciencia como hoy la conocemos, o sea, a partir del siglo XVI, como de los medios de comunicación de la sociedad en ese mismo lapso.
- c) Cualquier propuesta para mejorar la escasa presencia del idioma español en la ciencia contemporánea de México y de todos los países hispanohablantes, y para defenderlo del asedio creciente de los extranjerismos que lo agobian (no de los que lo enriquecen), deberá tener muy presentes las causas del fenómeno, cuya complejidad desafortunadamente rebasa con mucho los alcances de todas las Academias de la Lengua Española.

Pero entremos en materia en nuestro tema, “Importancia de la lengua española en el desarrollo de la ciencia en México”. En mi opinión, el término importancia, usado sin un referente concreto, está vacío de contenido conceptual, o sea, que no quiere decir nada, porque puede querer decir todo. ¿Importante para qué, en comparación con qué, medido en qué uni-

1 CVC. Congreso de Valladolid. Nuevas fronteras del español.

dades? Lo anterior es pertinente porque apunta a la necesidad de precisar el sentido que voy a darle al término importancia en esta ponencia. Yo voy a referirme al papel de la lengua española en el desarrollo de la ciencia en México como un medio de comunicación de la comunidad científica de investigadores nacionales entre sí, con nuestros colegas del resto del mundo hispanohablante y con todos los demás científicos del orbe. Mi conclusión será que el idioma español actualmente desempeña un papel menor en el desarrollo de la ciencia en México y en el resto del mundo hispanohablante, y que en el futuro su influencia no será muy distinta. También mencionaré que en este destino el idioma español no está solo, sino en la múltiple compañía de las demás lenguas del resto del planeta. Finalmente, señalaré algunos aspectos recientes negativos (y otros positivos) del impacto del idioma científico inglés en la lengua española científica en México.

EL IDIOMA UNIVERSAL DE LA CIENCIA

Como la conocemos actualmente, la ciencia se inicia en el siglo XVI, y específicamente en el año de 1543, con la publicación de los libros de Copérnico, *De revolutionibus*, y de Vesalio, *De humani corporis fabrica*. A partir de entonces, y hasta la primera mitad del siglo XVIII, el idioma universal de las ciencias (como en las humanidades) fue el latín, después cambió al francés (la primera edición de la *Encyclopédie* de Diderot es de 1751), en la segunda mitad del siglo XIX se mudó al alemán, y desde fines de la segunda década del siglo XX es el inglés. A pesar de que en los últimos cinco siglos ha habido varios grandes científicos hispanohablantes, en ese lapso el idioma español nunca tuvo un peso notable en la ciencia, como tampoco lo tuvieron el portugués, el sueco, el holandés, el ruso o el flamenco, entre otras lenguas europeas. Miguel Servet escribió su *Christianismi restitutio* en 1553 en latín, Cajal publicó sus más importantes estudios de neurohistología en francés a partir de 1889, y Severo Ochoa los propios de biología molecular en inglés, a partir de 1940. En América Latina, los tres premios Nobel argentinos, Bernardo Houssay, Luis Leloir y César Milstein, también han difundido sus trabajos casi exclusivamente en el idioma inglés, y lo mismo

ha hecho el Premio Nobel mexicano Mario Molina (pero debo mencionar que Milstein emigró a Inglaterra desde 1966 y que Molina vive y ha realizado todo su trabajo científico en los E.U.A.).

Otra forma de constatar la situación actual del inglés como el idioma universal de la ciencia es revisando los índices de las principales publicaciones científicas internacionales (que, por cierto, están casi todas escritas en esa lengua) en búsqueda de la nacionalidad de los autores y de los países de origen de los artículos publicados. Tal revisión revela que buena parte de los artículos provienen de naciones distintas a las que editan las revistas *Science* y *Nature*, que son los E.U.A. e Inglaterra, respectivamente, lo que demuestra la muy generalizada preferencia de los científicos contemporáneos por publicar en inglés. Finalmente, también puede señalarse que un número considerable de revistas científicas periódicas, que tradicionalmente se publicaban en los idiomas de los distintos países de origen, como japonés, sueco, alemán, polaco o español, en las últimas dos décadas han empezado a publicarse en inglés, confirmando de esa manera la hegemonía de ese idioma en la ciencia actual y al mismo tiempo contribuyendo a ella.

CAUSAS DE QUE EL INGLÉS SEA LA LENGUA UNIVERSAL DE LA CIENCIA

Si se acepta que el inglés es hoy la lengua universal de la ciencia, cabe preguntarse por las causas de tal situación. Desde luego que el fenómeno es complejo y obedece a distintos tipos de factores históricos, sociales, políticos y culturales, pero entre los más importantes podemos resaltar los tres siguientes:

1. El desarrollo masivo de la ciencia y la tecnología en los E.U.A. a partir de la segunda mitad del siglo XX, estimulado primero por la guerra fría y acelerado después por Sputnik I (1957). Este desarrollo fue posible en parte por la emigración a ese país de un número significativo de científicos europeos, antes y durante la segunda guerra mundial, y en parte por la inversión continua, masiva y creciente de recursos económicos para la promoción de la ciencia realizada durante casi cuatro décadas por el gobierno de ese país. Este esfuerzo tuvo como resul-

tado la creación de la maquinaria científica y tecnológica más grande y poderosa que ha existido en toda la historia de la humanidad. En la actualidad hay más científicos en los E.U.A. que en todos los demás países del mundo juntos, y el gasto anual en ciencia y tecnología en esa nación no sólo es el más grande del orbe, sino que es por lo menos 20 veces mayor que el de todos los países hispanohablantes juntos. Como consecuencia de este desarrollo, más del 70% de la producción científica mundial se genera en los E.U.A.

2. La devastación de la ciencia europea, iniciada por la primera guerra mundial y completada por la segunda guerra mundial, que no sólo motivó la ya mencionada diáspora de muchos científicos del Viejo Continente, sino que además sacrificó en los campos de batalla a varias generaciones de jóvenes que no llegaron a renovar las filas de los investigadores. Esto fue cierto tanto en los países vencedores (Francia e Inglaterra, Holanda, Bélgica y los países nórdicos) como en los derrotados (Alemania, Italia, Austria, Japón), por lo que debieron transcurrir muchos años antes de que se pudieran empezar a reconstruir las universidades, los laboratorios y las bibliotecas en donde se iban a educar las nuevas generaciones de científicos. Esta tragedia no ocurrió en el territorio de los E.U.A., que mientras tanto estaban empeñados en el crecimiento y desarrollo masivo de la ciencia y la tecnología mencionado en el punto anterior.
3. En los países hispanohablantes la tradición cultural, a lo largo de los tres siglos de la colonia, fue predominantemente humanista, igual que en la Madre Patria. Las primeras noticias de la revolución científica europea apenas nos empezaron a llegar con la Ilustración, dos siglos más tarde que a los países del norte de Europa, cuando América Latina empezaba a prepararse para pelear por su independencia política. El continente hispanohablante se sacudió hasta sus raíces durante las primeras décadas del siglo XIX, y de esta conmoción fueron surgiendo una a una las nuevas naciones latinoamericanas, inseguras y maltrechas, buscando su propio destino a través de distintas convulsiones sociales y políticas que consumieron el resto de ese siglo y parte del siguiente. Con la paz social finalmente llegó la oportunidad de atender

al crecimiento y al desarrollo ordenado del país, y con tropiezos aquí y caídas allá, eso es lo que se intentó hacer en América Latina en el resto del siglo XX. Aunque a lo largo de la Colonia y en el periodo independiente hubo grandes científicos en los países hispanohablantes, en realidad no hubo desarrollo de la ciencia y la tecnología. En la Colonia la ciencia se leía en latín, durante los siglos XVIII y XIX en francés, y en el siglo XX en inglés, por la sencilla razón de que éstos eran los idiomas en que estaba escrita.

LA CIENCIA EN MÉXICO: HISTORIA Y TRADICIÓN

Como en los demás países hispanohablantes del continente americano, la historia de la ciencia en México coincide con la de la nación. Así lo ha documentado extensamente Elías Trabulse en los 5 tomos de su espléndida obra *La historia de la ciencia en México*, un conjunto de ensayos históricos pertinentes y una amplia antología de textos científicos mexicanos que van desde el siglo XVI hasta el XIX. El examen de esta y otras fuentes históricas convence de que a lo largo de sus cinco siglos de vida, México ha contado con una pléyade de científicos que realizaron numerosos trabajos en campos de la ciencia tan diversos como botánica, zoología, física y química, medicina, minería y metalurgia, matemáticas, geografía y otras más. Sólo en el siglo XVI brillan los nombres de Alonso López de Hinojosos, Agustín Farfán, Juan de Esteyneffer, Nicolás Monarde, Francisco Bravo, fray Bernardino de Sahagún, Martín de la Cruz y Juan Badiano, Francisco Hernández, Juan de Cárdenas, fray Toribio de Motolinía, fray Juan de Torquemada, Gonzalo Fernández de Oviedo, José Ortega, Bartolomé de Medina y Francisco Cervantes de Salazar, por mencionar a unos cuantos.

Del estudio del desarrollo histórico de la ciencia en México se desprenden dos aspectos generales relacionados con nuestro tema:

1. Por un lado, muchos de los trabajos publicados sobre distintos temas carecen de originalidad y son repeticiones de ideas y conceptos europeos, lo que no sorprende dado el origen peninsular de buen número de los autores, especialmente en los siglos XVI y XVII.

2. Casi sin excepción, los estudiosos de las distintas ciencias eran sujetos ajenos a instituciones académicas (porque en esos siglos la única era la Real y Pontificia Universidad de México, fundada en 1551, cuyos intereses eran poco o nada científicos), varios de ellos eran religiosos, otros eran miembros de distintas profesiones (médicos, mineros, biólogos, geógrafos), y todos eran estrictamente aficionados a la ciencia.

Las dos propiedades anteriores de la ciencia en México en los siglos XVI al XIX, la dependencia de Europa y el carácter amateur de los investigadores, eran las mismas en todos los otros países hispanohablantes; de hecho, también en el continente europeo muchos científicos conservaron su carácter de aficionados hasta principios del siglo XVIII. El problema es que durante el siglo XVII, con la transformación progresiva de la tecnología, de empírica en científica, lo que impulsó la Revolución industrial en Occidente, empezó a cumplirse el enunciado de Bacon, “knowledge is power”. De pronto, las ocupaciones de los ratos de ocio de algunos clérigos, aristócratas y diversos profesionistas, interesados en describir y explicar el mundo en el que vivían, adquirieron valor económico. Desde hace muchos años la generación de riqueza ha tenido prioridad en la atención de *Homo sapiens*, lo que explica las conquistas de Alejandro Magno, la hegemonía del Imperio Romano, las Cruzadas, la gloria de Venecia, el descubrimiento del Nuevo Mundo, la justificación del imperialismo y la existencia del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. De un elemento de importancia mínima en la estructura inicial y en el desarrollo progresivo de la sociedad en Occidente, el interés económico ha crecido en forma progresiva y hoy ya se ha transformado en el principal factor que la determina. Un componente esencial para la creación de nuevas tecnologías comercialmente competitivas es el conocimiento científico, cuya búsqueda empezó a recibir reconocimiento tanto académico como oficial en los países desarrollados por lo menos tres siglos antes de que ocurriera lo mismo en las naciones del hemisferio sur. Entre estas últimas, todavía no son pocas las que aún no se han incorporado al desarrollo promovido por la ciencia y la tecnología, a pesar de que, como México, también han tenido científicos distinguidos a lo largo de su historia.

Creo que la aparente paradoja entre la existencia de investigadores brillantes y la falta de impacto de la ciencia en el desarrollo de la sociedad a la que pertenecen puede explicarse por la diferencia entre historia y tradición científicas. Mientras la primera es el relato de los hechos como se sucedieron a lo largo del tiempo, la segunda sólo existe en base a la continuidad de usos, de costumbres y de ideas, y es mejor mientras más se prolongue de manera ininterrumpida en el tiempo. Para que la ciencia influya en forma significativa en la vida cotidiana de los ciudadanos que la patrocinan con sus impuestos necesita no sólo historia sino tradición, o sea, esfuerzo sostenido y continuo a lo largo de varias generaciones de científicos con la formación, primero de grupos alrededor de alguna figura señera (como Cajal en España o Houssay en Argentina) y después de escuelas de investigadores que rebasen el caciquismo intelectual y se diversifiquen, tanto en metodologías como en conceptos. La tradición científica permite alcanzar la masa crítica de investigadores, necesaria para que sus trabajos dejen de ser simples símbolos de un nivel cultural dado y logren beneficiar directamente a la sociedad.

La ciencia en México (y en el resto de los países hispanohablantes, así como en muchos otros del hemisferio sur) tiene una larga historia, pero una breve o ninguna tradición: en los más afortunados, como España, México y Argentina, la continuidad científica ya existe, pero no rebasa los 70 años de vida, mientras que en el resto de ellos es mucho más breve o todavía no se inicia. Es interesante que en los E.U.A. la tradición científica se estableció hace tres siglos, al mismo tiempo que el país mismo, porque los puritanos que lo fundaron provenían de Inglaterra, una de las naciones del norte de Europa en donde la Revolución científica se generó primero y en donde apenas un siglo después también se inició la Revolución industrial.

EL IDIOMA ESPAÑOL EN LA CIENCIA EN MÉXICO

En el concierto de la ciencia internacional, México y los demás países hispanohablantes están llegando tarde a ocupar su sitio, cuando el programa ya lleva rato de estarse tocando. Tanto el director como la mayor parte de

la orquesta (y los patrocinadores que la apoyan) hablan inglés, los programas de mano están impresos en ese idioma, los medios que transmiten el concierto a todo el mundo también lo hacen en inglés, los entrevistadores charlan con los solistas (sean rusos, polacos o franceses) en el idioma de Shakespeare, y el anuncio del próximo concierto comienza con la frase: “Next week...”. Esta metáfora musical ilustra una realidad inescapable de la ciencia contemporánea, no sólo en México y en todos los países hispanohablantes, sino en todas las naciones del resto del mundo: el idioma científico actual y universal es el inglés. En otras palabras, si usted no sabe leer, hablar y escribir en inglés, usted no tiene nada que hacer en la ciencia, sea quien sea, hable como hable, viva en donde viva, ni hoy ni mucho menos mañana. Esto parece terrible, un hecho tan irracional como arbitrario, y además de mal gusto, porque el francés es más suave y expresivo, el alemán más preciso y al mismo tiempo más maleable, y el español más rico y más atractivo. Pero así es, y así va a seguir siendo por un tiempo indefinido.

Algunas de las publicaciones periódicas científicas mexicanas han adoptado la política de aceptar artículos escritos tanto en español como en inglés, y una de ellas de plano ya no aparece más que en el idioma inglés. Los editores insisten en que el objetivo de la publicación es dar a conocer el contenido de los artículos al mayor número posible de lectores, lo que se logra mejor en inglés que en español, y en esto tienen razón en muchos casos pero no en todos, porque hay ciertos textos cuyo interés es más bien local. La gran mayoría de los científicos mexicanos, al igual que sus colegas del resto del mundo hispanohablante, prefieren enviar sus mejores producciones a revistas de circulación internacional (casi todas publicadas en inglés) porque su intención es alcanzar la difusión más amplia de sus datos y de sus ideas. En cambio, los trabajos menos importantes o con resultados no muy originales o hasta inciertos se reservan para publicarse en las revistas locales, en idioma español, con o sin conciencia de que muy pronto serán clasificados más como contaminaciones de la literatura médica que como contribuciones al conocimiento.

Debo mencionar que algunos editores (tres mexicanos y un español) de publicaciones periódicas científicas en español no comparten los puntos de vista expresados en este apartado. A partir del hecho de que nuestra

lengua ya ocupa hoy el tercer lugar al nivel mundial en el número de seres humanos que la usan, sostienen que si se insiste en publicar los resultados de nuestros trabajos científicos en español, tarde o temprano los anglohablantes empezarán a preguntarse qué es lo que se está haciendo en ciencia en ese amplio sector del mundo occidental y empezarán a leer la literatura científica escrita en el idioma de Cervantes. Como antiguo admirador de Don Quijote aplaudo esta postura, pero me parece tan apartada de la realidad como la interpretación de los molinos de viento por el Caballero de la Triste Figura.

NEOLOGISMOS Y BARBARISMOS EN EL IDIOMA CIENTÍFICO EN MÉXICO

Debido a la vecindad de México con los E.U.A., los anglicismos son muy comunes en la literatura científica y en el habla de los investigadores mexicanos. Una parte de los anglicismos se imponen porque el español no posee un término equivalente adecuado, como ocurrió con la palabra *stress*, que ya apareció en el DRAE como estrés, o la palabra *smog*, que todavía no se incorpora al DRAE. Algo semejante ocurre con el lenguaje de la informática, que se ha desarrollado con gran velocidad y ha creado términos como *hardware* y *software*, o abreviaturas como PC y CD, que se usan ya corrientemente en el habla española. Otro ejemplo del imperialismo del inglés científico es la prevalencia del uso de las siglas de términos expresados en ese idioma, pero escritos como tales en textos técnicos en español, como el caso del DNA y del RNA, que en inglés son *desoxiribonucleic acid* y *ribonucleic acid*, respectivamente, mientras que en español sus equivalentes son ADN y ARN, para ácido desoxirribonucleico y ácido ribonucleico. Ambos tipos de expresiones se encuentran en artículos científicos mexicanos correctamente escritos en español y todos entendemos lo que quieren decir, pero la Comisión de Nomenclatura de la Sociedad Internacional de Bioquímica y Biología Molecular ha recomendado que para referirse a tales sustancias en cualquier idioma se usen las siglas DNA y RNA.

Pero el idioma español científico sufre en México de la invasión de otros anglicismos que lejos de enriquecerlo lo pervierten y hasta lo prosti-

tuyen, y que debemos combatir con todos los (escasos) medios a nuestro alcance. Me refiero al uso indiscriminado de términos que se escriben de manera igual o muy semejante tanto en inglés como en español, pero que tienen un significado muy diferente en cada una de estas dos lenguas. De una verdadera legión de ejemplos, mencionaré solamente tres de los más comunes:

1. La palabra evidencia en español significa ‘certeza clara, manifiesta y tan perceptible, que nadie puede dudar racionalmente de ella’, mientras que el término *evidence* en inglés quiere decir ‘algo que tiende a demostrar; base para una creencia’; en otras palabras, lo evidente en español es algo que no necesita pruebas, mientras la evidencia en inglés apenas es una prueba o dato en favor de algo.
2. La palabra severo en español significa ‘riguroso, áspero, duro en el trato o castigo’, mientras que la voz *severe* en inglés se identifica como ‘grave, serio, estricto o muy crítico’, de modo que para referirse a una enfermedad como grave es impropio calificarla de severa.
3. El verbo reportar en español quiere decir ‘refrenar, reprimir o moderar una pasión de ánimo o al que la tiene’, y en cambio la voz inglesa *report* significa ‘dar una explicación o proporcionar información acerca de algo’, por lo que es incorrecto referirse a un artículo o noticia científica como un reporte.

¿QUÉ HACER PARA AUMENTAR LA IMPORTANCIA DEL IDIOMA ESPAÑOL EN EL DESARROLLO DE LA CIENCIA EN MÉXICO?

Si la razón principal por la que el idioma español desempeña en la actualidad un papel menor en la comunicación nacional e internacional de la ciencia mexicana (y de todos los países de habla española) es porque el peso de nuestras investigaciones científicas es mínimo comparado con el del mundo anglohablante (me refiero a diversidad y a cantidad, porque en calidad estamos al mismo nivel que ellos), lo que debe hacerse es promover de manera más vigorosa el desarrollo de la ciencia en México y en todos los países hispanohablantes. Creo que esto no se hace hoy por dos

problemas: a) falta de conocimiento de los gobiernos de nuestros países sobre la capacidad potencial de la ciencia para contribuir al desarrollo cultural y económico de la sociedad, a pesar de los flagrantes ejemplos de las naciones más ricas, que lo son porque científicamente también son las más desarrolladas, y b) falta de recursos para apoyar con generosidad y promover vigorosamente a los científicos mexicanos y de todos los países hispanohablantes. Ninguno de estos dos problemas es insoluble: el primero se resuelve con la educación de las autoridades políticas relevantes sobre lo que es la ciencia y para qué sirve (y también para qué no sirve), y el segundo se soluciona con un sencillo cambio en las prioridades del presupuesto nacional; por ejemplo, reducir el gasto en el ejército y la marina y aplicar la partida resultante a la ciencia. Es obvio que esta segunda acción sería consecuencia de la primera, porque los gobernantes convencidos de las bondades de un desarrollo saludable de la ciencia buscarían la manera de generar los recursos requeridos para apoyarlo, y seguramente los encontrarían en las partidas tradicionalmente destinadas en nuestros países a la guerra.

Cuando México y los demás países hispanohablantes se decidan a adquirir más microscopios electrónicos, centrífugas y telescopios, en lugar de más carros de asalto, helicópteros y metralletas, cuando el país destine más recursos a la comunidad científica que al ejército y a la marina, cuando la cuenta total de investigadores supere al número de militares, se habrá dado el primer paso para aumentar la importancia del idioma español en la comunicación de la ciencia al nivel internacional.

Pero mientras ese poco probable futuro se realiza, los científicos hispanohablantes no podemos permanecer impávidos ante la reducción progresiva de la importancia de nuestro idioma en el concierto internacional de la ciencia. Todavía tenemos una opción, que siempre ha estado ahí pero que nunca hemos aprovechado, y que parafraseando a un célebre filósofo economista alemán del siglo pasado, podría enunciarse como: “¡Científicos hispanohablantes del mundo, uníos!” La comunidad científica internacional hispanohablante nunca se ha identificado como un grupo cohesivo, a pesar de compartir la característica más específica de *Homo sapiens sapiens*, que es el idioma. ¿Qué pasaría si todos los países de

habla española del mundo (400 millones de seres humanos) nos reuniéramos para publicar una sola revista científica general en español, como son *Science* y *Nature* en inglés? No tengo la menor duda de que la importancia de nuestro idioma en la ciencia universal crecería rápidamente y en forma geométrica, hasta equipararse o hasta superar al idioma inglés.

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS
EN OTROS FOROS

DIÁLOGOS DE LA LENGUA

ESPAÑA DESDE LA ÓPTICA DE RICOTE*

Salvador DÍAZ CÍNTORA

Para don Eulalio Ferrer, cervantista y amigo

Fugaz estampa que ocupa sólo un capítulo, el LIV, y unas cuantas líneas del LXIII de la *Segunda parte*, no por ello deja de ser interesante y simpática la figura del morisco Ricote, “el buen Ricote”, como lo llama Cervantes, vecino de Sancho, a quien tiene por “caro amigo”, y tendero de su lugar, aquel lugar de cuyo nombre no quiso acordarse el autor, entre otras razones, sin duda, porque pone en él cosas que corresponden a pueblos diversos, que no están tampoco en una sola Mancha.

Por lo que hace a su apellido, habría que pensar en todo caso, de acuerdo con las cuidadosas investigaciones de los cervantistas del siglo XX, más que en ningún otro pueblo, en Esquivias, un lugar, pues, de La Mancha Alta de Toledo. Sus libros parroquiales nos hablan de un Diego Ricote y de un Bernardino Ricote con sus familias. Diego muere el 6 de diciembre de 1580, Bernardino tres días después. Aquí, en México, ambos nombres nos suenan familiares, Diego y Bernardino, y no por cierto en relación con *Mitos universales de la literatura española*, sino con muy otros mitos, también, es verdad, hasta cierto punto basados en producción literaria.

Pienso, para empezar, en Bernardino; el llevar este nombre fray Bernardino Minaya, dominico del siglo XVI, a quien siempre he considerado cristiano nuevo, y el ocurrir también entre los moriscos de Esquivias, me

* Leído el 5 de junio de 2001 en el Palacio de Bellas Artes, en las Jornadas sobre Cervantes y el Quijote.

hizo pensar hace tiempo en una especie de preferencia de aquella minoría étnica por dicho nombre. Nada en la vida de san Bernardino de Siena, el llamado apóstol del Santo Nombre (1380-1444), por haber promovido con entusiasmo la devoción al de Jesús, nada, digo, fuera de haber sido acusado más de una vez de proposiciones heréticas, me pareció podía haberlo hecho particularmente simpático a los moriscos. Después de mucho devanarme los sesos con aquella curiosidad, que nunca me pareció ociosa, pues como dice el proverbio latino, *nomen omen*, caí al fin en la cuenta del motivo de aquella inclinación, o que cuando menos a mí me lo parece, y es que, dividiendo el nombre en monosílabos, *ber-nar-din*, cada uno de ellos tiene su significado en árabe.

El verbo *barra*, en efecto, es ser bueno, virtuoso, caritativo, amable, y el adjetivo derivado, *barr*, piadoso, devoto, virtuoso, inocente; el verbo *nâra*, lucir, brillar, y el sustantivo *nâr*, fuego; por último, *dîn* es religión, fe, piedad, referido, por antonomasia, desde luego en árabe, al *dîn-al-haq*, la verdadera religión, el islam; Bernardino sería pues, en este supuesto y para ellos solos, el piadoso fuego de la religión.

En cuanto a Diego, es preciso recordar que para un hablante del siglo XVI, sin importar su poca o mucha cultura y salvo aclaración en contrario, san Diego y Santiago eran uno. En el capítulo LVIII de la *Segunda parte* dice don Quijote: “Éste se llama don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo”. Y algo más adelante, en el mismo capítulo, Sancho habla de los españoles, “cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros”.

El matar moros era una calidad esencial del Apóstol sí, en cuanto buen patrono de España, le había ayudado, como era razón, en las feroces luchas de la Reconquista.

¿Cómo el nombre de un santo con tales características podía atraer a moriscos como los Ricotes? Pregunta tan difícil o aun más que la anterior, después de un tiempo y por el mismo camino llegué a lo que creo la respuesta. Al apóstol Santiago y a Juan, su hermano, en un pasaje en que san Marcos (3, 17) está solo entre los evangelios sinópticos, el Cristo mismo les impone el nombre de Boanerges, que significa, nos dice el texto sagrado, hijos del trueno. Las raíces de esta denominación ocurren en va-

rias lenguas semíticas, de modo que Boanerges al oído árabe le suena casi como un calco de *banurağğás* que es en árabe precisamente lo que dice el evangelio, hijos del trueno.

Algo hemos avanzado; Diego tonante, digámoslo así, ya es muy distinto de Diego Matamoros, la connotación hostil a la raza ha desaparecido, pero podemos ir más adelante, porque *rağğás*, además del trueno, designa al camello que berrea; así, Santiago viene siendo hijo de tal camello, un camellito berreador, entonces. ¿Hay algo que atraiga más a un árabe, que le sea más entrañablemente querido? Y conste que no estamos hablando de ningún texto apócrifo, sino de uno bien canónico, y aparentemente el más antiguo de los evangelios, simplemente leído por Ricote, o por alguien que proceda de su cultura o al menos la comparta.

Pasando a la Nueva España, en el marco de la relación de los milagros de la Virgen de Guadalupe, publicada en el siglo XVII, encontramos que se antepone el nombre Juan a los de Diego y Bernardino. ¿Es explicable este prenombre en el contexto morisco en que nos hemos colocado? La respuesta pienso ha de ser afirmativa; además de ser Juan el hermano de Diego, está el otro Juan, el Precursor del Mesías, que era venerado como profeta por los moriscos; la *‘anşara*, que para los judíos de habla árabe era la fiesta de *šebu’ôth* o de las semanas, y para los cristianos pentecostés, para los moros de Andalucía era la fiesta de san Juan Bautista (Louis Cardaillac, *Moriscos y cristianos*, Madrid, FCE, 1979, p. 42), y en los procesos inquisitoriales hallamos el hecho de bañarse ese día como indicio para sospechar que quien tal hace es morisco. El que *‘anşara*, por otra parte, sea de la misma raíz que *‘únşur*, origen, estirpe, raza, tal vez le haya dado un carácter particularmente étnico a la fiesta.

Ocurre también que el nombre Juan es en árabe *Yahya*, pero *yahyā* (con *álif* al final) es también la tercera persona de singular, de indicativo o de subjuntivo, del verbo *hayya*, vivir. Así, tendríamos en el primer caso la expresión volitiva: que viva Yaquûb, o Diego, que ya hemos visto que es *bin rağğás*, ¿y cómo no desear que viva el camellito? En el segundo, que viva el piadoso fuego de la fe; es casi una sustitución, obligada por las circunstancias, de la *xebada*, obviamente impronunciable en dominios cristianos en aquellos tiempos.

Respecto a la religión, Ricote no deja de hablarle claro a Sancho; su hija y su mujer, le dice, son católicas cristianas, “y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro”. Se da, pues, una mezcla, y si en Ricote había más de cristiano, en la gran mayoría, según pensaron en su momento los españoles, la proporción de los elementos era al revés. Ocurría, pues, lo que ahora, con una palabreja que empezó a usarse en ese sentido para calificar la teología conciliatoria del profesor alemán Jorge Calixto (1586-1656), se llama comúnmente sincretismo. Y ese sincretismo se ve que va para largo en toda Hispanoamérica; el diablo de Zocodover ha de estar tranquilo: una segunda, y aun una tercera evangelización difícilmente, a lo que parece, plantarán en estas tierras un cristianismo puro de resabios, si ya no islámicos, de viejas creencias de indios. Queda sólo la interrogante de si a Juan Diego y a Juan Bernardino se les impusieron sus nombres a sabiendas de lo que llevo dicho, o sin saberlo o sin pensar en ello, pregunta a la que no me atrevería a responder por ahora.

Como de la mano me lleva a tierras alemanas la mención que del sabio profesor de Helmstedt acabo de hacer, y ello viene más a cuento porque viene precisamente de allá Ricote al encontrarse con Sancho. En aquella nación, nos dice el morisco, “cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia”. De allá trae, en uso sin duda de tal libertad, un vicio que entre sus correligionarios, si éstos eran verdaderamente piadosos, no habrá podido practicar tan a sus anchas: la embriaguez. Sobre la relación casi proverbial de este hábito con los alemanes, escribía Montaigne (II, II); “la más grosera nación de las que hoy existen es la única que lo tiene en buen concepto” (*la plus grossière nation de celles qui sont aujourd’hui, est celle la seule qui le tient en crédit*). Por lo que hace a la actitud hacia el trago en ambas religiones, basta recordar que de Akhtal (siglo VIII), uno de los grandes poetas árabes, se dice que rechazó la oferta del califa Abd-al-Malik, diez mil dirhemes a dinero seco más una buena pensión por convertirse al islam; para él, dice Nicholson (*A literary history of the Arabs*, Cambridge, 1956, p. 240), “la suprema virtud del cristianismo estaba en la licencia que le daba de beber vino tan a menudo como quisiera”. ¿Tendría esto también algo que ver en que Ricote tuviera “más de cristiano que de moro”?

De la venida de moriscos como él he hablado, de año y medio acá, en varias ocasiones, así como de la influencia de su habla en el español de México; mi amigo y colega de la Academia Cubana, Alejandro González Acosta, ha logrado documentar el paso de ochenta de ellos a sólo la ciudad de Tlaxcala; ello se verá a su tiempo, mas digamos por ahora que estos moriscos podían venir ya solos, contratados para el cultivo de la seda en la Nueva España, floreciente en el siglo XVI, ya en calidad de criados o aun esclavos de españoles.

Volvamos, si queréis, al *Quijote*; en el capítulo XLII de la *Primera parte* leemos que el licenciado Juan Pérez de Viedma “iba proveído por oidor a las Indias, en la Audiencia de México”. Recordaréis que su hermano es Ruy, que había estado durante años preso en Argel; desde luego que Ruy, después de su largo cautiverio, querrá ver a su padre, pero el licenciado no puede esperar, pues ya está por salir la flota a las Indias. ¿Será muy descabellado pensar que Ruy, en buena medida retrato de Cervantes, lo seguirá en cuanto regrese de las montañas de León, cuando Cervantes mismo en algún momento, y ello después de su cautiverio, procuró un destino en las Indias?

Pero si viene Ruy, traerá consigo a Zoraida, que apenas si hablará unas cuantas palabras españolas, todo lo demás árabe. ¿Se esmerarán en hablar acá sólo castellano puro con los nativos, evitando hasta la mínima brizna de impureza del habla de Argel, nativa en ella, usada por él durante años? Parece difícil pensarlo. Y como sirvientes, con el oidor o con su hermano, y so pretexto acaso de la seda, estarían desde luego siempre dispuestos a venirse hombres como Ricote, que en la Península ya habían sido despojados prácticamente de todo. Esto es, desde luego, una simple posibilidad que encajaría perfectamente en la trama de la novela. La realidad es, sin embargo, como suele serlo, mucho más fantástica, pues fray Diego de Haedo, en su *Topografía e historia general de Argel* (I, 13), impresa en vida de Cervantes (1612), al hablar de las diversas procedencias de tanta gente como pululaba en aquella gran ciudad, termina su lista con “indios [...] de Nueva España”. Indios pues, en el siglo XVI, en el norte de África, en contacto directo con los moros. La historia va aquí, insisto, más allá de donde llega la novela.

Demos, pues, a Ricote por venido, o a cualquier otro como él; le podemos seguir el rastro porque deja huellas, por fortuna permanentes, en el camino; huellas lingüísticas, palabras... Aquí hay una, que por aquí pasó bebiendo: *guarapeta*, la borrachera, digo que del árabe *gaura*, siesta y *batla*, bota, siesta de la bota, pues. ¿Suena raro? Que lo comente Cervantes: “Lo más que campeó [...] fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja [...] finalmente, el acabársele el vino fue principio de un sueño que dio a todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles” (II, LIV). Por acá hay otra: *petequenes*, lingotazos; el singular habrá sido o será petequén, digo que de *bátaka*, cortar, y *ann*, el hecho de quejarse, de gemir, entonces, lo que corta las quejas; oíd de nuevo a Cervantes, que nos dice que en aquella sesión con las botas “Sancho respondía [...] y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que había sucedido en su gobierno”. Y así seguiría Ricote, fiel en el servicio de sus amos, el gachupín leonés y la mora argelina.

Dije gachupín, y es una palabra que creo vale la pena tratar de aclarar de una vez por todas; créese que viene del mexicano *cactli*, zapato, y *chopinía*, picar, o bien *tzopinía*, apurar, apresurar, y que sería por las espuelas o porque los españoles pateaban a los indios para hacerlos trabajar; pero en cuanto a lo primero, el espoleado sería el caballo; en cuanto a lo segundo, recuerdo haber visto en códigos coloniales a los españoles más bien desgredando a los indios o dándoles con una vara que acocéandolos, y son códigos pintados por los mismos indios, si bien no pretendo conocerlos todos.

Don Joaquín García Icazbalceta escribía: “Algunos quieren que la palabra sea tomada de la lengua mexicana, lo cual no parece fundado” (*Vocabulario de mexicanismos*, 1899, s. v.). Parece que tiene razón, y sin embargo, tal etimología lleva más de siglo y medio de ser aceptada prácticamente como oficial. Es cosa del dominico fray Servando Teresa de Mier, a principios del siglo XIX, retomada por Lucas Alamán, ya con el visto bueno de un regular nahuatlato, famoso en aquel tiempo, Faustino Galicia Chimalpopoca. Luego, la palabra compuesta indígena, acuñada ex profeso para explicar una voz española, ha entrado en la pretendida lengua de origen, de modo que *catzopinqui*, *catzopincayotl*, para español e hispanidad, son hoy vocablos

de uso común entre los indígenas, y vocablos que llevan implícita toda la carga de antipatía característica de aquella época en que fueron creados.

¿Qué decir, sin embargo de la derivación a partir del portugués *cachopo*, niño, que es la que da desde hace tanto tiempo el *Diccionario* de la Real Academia? Que tampoco convence, en cuanto que los más de los españoles que vinieron al principio por acá eran adultos, y no tenían por qué verlos los portugueses como niños. De hecho, existió o existe aún la variante *gachuzo* en vez de *gachupín*; la vemos usada en la novela *Astucia* de Inclán, escrita en tiempos del imperio de Maximiliano; no creo que sea una simple ocurrencia caprichosa, sino que la tengo por derivada del árabe ‘*achúz*, viejo.

En cuanto a *cachopo* ¿para qué había de tomarse del portugués si hay una palabra *cachopo* en Asturias con el significado de tronco seco de árbol (DRAE)? Estaríamos hablando de un zoquete, de un tarugo, y si se considera que gachupín es despectivo (DRAE), tarugo va mucho mejor con tal categoría que niño, y no hay más que buscar. Veremos en seguida que Clemencín relaciona tal despectivo, además de los montañeses, con los asturianos.

Cervantes, en el capítulo XIII de la *Primera parte*, habla de los *Cachupines de Laredo*, y ya Clemencín anotaba que tal supuesto linaje aparecía, desde muchos años antes (1559) en la *Diana* de Jorge de Montemayor. Pero lo mismo la *Diana* que el *Quijote* son novelas; podía pensarse, entonces, y se pensaba en general, que era un apellido inventado; la voz mexicana habría pasado a la Península poco antes, y la habría usado Montemayor para un personaje secundario. Esto era perfectamente aceptable en la perspectiva de Clemencín. Él dice, en efecto: “En Nueva España se daba el nombre de gachupines o cachupines a los españoles que pasaban de Europa; y este puede creerse que es el origen de los Cachupines de Laredo, especie de apellido proverbial con que se tildaba a las personas nuevas que, habiendo adquirido riquezas, se entonaban y preciaban de ilustre prosapia”.

Descubrimientos posteriores, sin embargo, han cambiado las cosas; Cachupín era un verdadero apellido. En Madrid, el 1º de septiembre de 1573, una mujer de nombre María de Albear firma un contrato por el que coloca a su hija, Isabel de Albear, como aprendiz y sirvienta, por dos años, con Andrea de Cervantes, hermana de Miguel, para que ésta enseñe a la muchacha “a labrar y coser y hacer cadenetas”. La madre contratante

se declara “viuda, mujer que fui de Francisco Cachopín, difunto, vecino de la villa de Santander”. Vemos, pues, que no hay tal “apellido proverbial” tomado de una voz mexicana, como quería Clemencín; él mismo hablaba al respecto, unas líneas arriba, de “asturianos y montañeses [...] que han pasado a las Indias y adquirido allá cuantiosos bienes”, y que han “vuelto y fundado en su país casas acomodadas”.

No se acuerdan muy bien tales cosas con el contrato que hemos visto; si Andrea de Cervantes no está precisamente en situación acomodada, la hija de Francisco Cachopín está tan pobre como para colocarse dos años como sirvienta; ni se entonan ella ni su madre por ninguna ilustre prosapia, mas se presentan en todo el desamparo de su orfandad y viudez menesterosa, mencionando sólo como de paso, el apellido de que no se enorgullecen como los personajes de novela. Por otra parte, el venir a las Indias y volver a España con dinero no era cosa privativa de asturianos y montañeses, sino que casos así se daban indiferentemente en cualquier lugar de aquellos reinos, y eso lo sabía desde luego Cervantes, que además debió conocer a Isabel de Albear. Que el apellido Cachopín se diera particularmente en Laredo o en Santander, es otra cosa, y de ella no podemos sacar las conclusiones de don Diego; ello sería como decir que, pues a los Ricotes los hallamos en Esquivias, allí particularmente se enriquecían los moriscos a diferencia de otras partes de España.

Ahora bien, una palabra tarda tiempo, normalmente siglos, en establecerse como apellido; si, pues, Cachopín lo era en el siglo XVI, y apenas en ese siglo se había conquistado México, la etimología mexicana es inaceptable. Pero si tampoco nos ha parecido bien la portuguesa, por la razón ya expuesta, es cosa de buscar por otra parte.

Considero la palabra *gachupín* derivada del árabe ‘*achubín*, plural de ‘*achûb*, adjetivo verbal de ‘*áchiba*, admirarse; la terminación *-ín*, de plural oblicuo, se da en ocasiones para un singular español, como en *albaquín*, tejedor, de *bá'ik*, o, mucho más conocido, *asesino*, de *baššás*, y algún otro. La significación sería pasiva, como suelen tenerla adjetivos de ese tipo, v. g. *rasûl*, enviado (cf. Blachère y Demombynes, *Grammaire de l'arabe classique*, París, Maisonneuve, 1975, p. 89, d). ¿Por qué razón —se me podrá preguntar ahora— había de ser admirado, o de parecer admirable, el español a los moros, o para el caso, a

los indios? Pueden haber sido varias, positivas o negativas. Algo nos ayudará a entenderlo un ejemplo tomado de otra lengua: en swahili, la misma raíz árabe que da, en mi hipótesis, nuestro *gachupín*, origina el sustantivo *mjuba*, valiente, pero también, en otra acepción, opresor, tirano; en este sentido se le tendría una admiración a un paso del espanto. De una cosa y otra, huelga decirlo, hay abundantes ejemplos a lo largo de los siglos de la Reconquista y en las expediciones a tierras americanas.

También el físico, desde luego, podía tener algo que ver en el asunto; antes que nada, bien podía admirarse, y era muy natural, el valor en ellos, en ellas la hermosura; la admiración, pues, diferenciada según el género; pero a veces un individuo, de cualquiera de ellos, sería admirable por ambos conceptos, o bien la buena presencia de un mozo, dejando aparte su posible valentía, se llevaría tras sí la admiración. Hace años un paremiólogo mexicano incluía en un libro sobre su materia un curioso refrán que decía: *sólo Dios es español, todos los demás son indios*, no sin manifestar su extrañeza, y confesando no entenderlo en absoluto. A mí también en un principio me pareció absurdo: si sólo Dios es español, ¿qué demonios son los llamados españoles? Después de mucho pensarlo, di con lo que me parece ser la única posible clave: el teatro, alguna función de teatro religioso como las que se acostumbra hacer por semana santa; se escogería un chico español para representar al Cristo, pero, acaso no habiendo más de una familia española en el pueblo o aldea en cuestión, los apóstoles, y con mayor razón los judíos, romanos y demás comparsas, habían de ser representados por indios. Como quiera que fuese, si el papel de Dios se le daba al muchacho español ¿no les parecía ya por ahí de algún modo admirable a los que montaban la obra?

Representaciones como éstas no habrán afectado mucho a Ricote; de otra parte venía su pena. “Doquiera que estamos, dice, lloramos por España, que, en fin, nacimos en ella, y es nuestra patria natural”. Nunca sabremos si murió llorando por ella, o si regresó y murió llorando en ella, que la vida por lo general, como cantó José Alfredo Jiménez en su *Camino de Guanajuato*, ese que en breve andarán nuestros queridos visitantes,

*comienza siempre llorando,
y así, llorando, se acaba.*

JOSÉ RUBÉN ROMERO VIDA Y OBRA

José Luis MARTÍNEZ

José Rubén Romero es un escritor de la línea popular y provinciana. Sus únicos estudios formales fueron los primarios y, sin embargo, fue rector de la Universidad de Michoacán, cónsul general y embajador del Servicio Exterior Mexicano y académico correspondiente y de número de la Academia Mexicana —uno de los motores que hicieron posible el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española— y, sobre todo, fue el autor de seis espléndidas novelas de inspiración provinciana, con algunos relieves que lo ligan también con los novelistas de la Revolución. Fue un hombre simpático, decidor, mujeriego, jugador y generoso; fue liberal, adicto a las ideas revolucionarias, amigo de los presidentes Obregón, Ortiz Rubio y Alemán, y poco afecto a los conservadores.

ANÉCDOTAS DE INFANCIA Y ADOLESCENCIA

José Rubén Romero nació el 25 de septiembre de 1890 en Cotija de la Paz, un pueblo del estado de Michoacán que pertenecía al distrito de Jiquilpan —el pueblo de Lázaro Cárdenas— situado al sur del lago de Chapala. Antes de que existiera la carretera a Guadalajara, que pasa por Jiquilpan, para hacer el viaje a la ciudad de México, como lo cuenta Romero en sus *Apuntes de un lugareño*, iban a caballo a La Palma, a orillas del lago de Chapala y se embarcaban en un vaporcito —como lo describe Gutiérrez Nájera— que los llevaba a Ocotlán, y allí tomaban el tren que tocaba La Barca, La Piedad, Pénjamo e Irapuato, donde transbordaban al tren directo a la capital.

Don Melesio Romero, padre de José Rubén, tenía en Cotija dos tiendas: una de ropa en la Plaza de Armas, y otra miscelánea que vendía de

todo. Los conservadores del pueblo boicotearon las tiendas de don Melesio, que era de ideas liberales y, como sus negocios no iban bien, optó por trasladarse con su familia a la ciudad de México para probar fortuna. Llevaba varias representaciones de productos de la región. Era el año de 1897 y José Rubén contaba siete años y ya sabía leer. Había aprendido mirando las ilustraciones de libros de su mamá: *El Quijote*, *Gil Blas de Santillana* y unos cuentos de Jacinto Octavio Picón. En México se instalan en la calle de Cocheras 22, por el rumbo del Carmen, y los padres inscriben a José Rubén en la escuela de los Barona atendida por el señor de este apellido, sus dos hijos y tres profesores más.

El aún niño comienza a descubrir el sexo. “Lola, la criada de mi casa, me enseñaba sus pechos, grandes y morenos, me dejaba tocarlos”, cuenta en los *Apuntes de un lugareño*.¹ Y añade: “Lola me esperaba en un corredor oscuro y apartado, poniendo allí a disposición de mi malicia, el archivo secreto de su persona”.

Poco antes, nos cuenta que:

Pancho Orozco fue mi maestro de picardías. Él me enseñó a decir *pendejo*, *carajo*, y a veces en su tienda me obligó a tomar copas de *mistela*.²

Pero además de estos aprendizajes, comenzó también su afición a las letras. “Fui un chico imaginativo de inteligencia precoz”, nos cuenta, y que se aficionó al teatro y a los versos. Sabía de memoria *El escándalo* de Alarcón (Pedro Antonio), lloraba con *El culpable* de Coppée y decía en todos los tonos los poemas de Núñez de Arce. Y fue un devoto ferviente de los dramones que se ofrecían en el Teatro Hidalgo, *El jorobado* con el actor Montoya; las *Instantáneas* del Principal, y *Jack, el destripador de mujeres* le quitó el sueño. Su padre le daba los domingos un peso para que fuera al teatro y, por su afición coleccionaba los programas de todos los espectáculos: y le compró una bicicleta de mujer que le permitió conocer la ciudad de México. Recuerda una gran inundación de la ciudad con sus relieves pintorescos.

¹ J.R.R., *Apuntes de un lugareño*, 33a. ed., México, Porrúa, 1945, p. 53.

² *Op. cit.*, p. 25.

Los negocios de su padre, como comisionista de mercancías, quesos, ganados y semillas, comenzaron a ir mal, porque Melesio hacía una vida alegre y disipada. Era mujeriego y despilfarrador y se enredaba en negocios difíciles. Y comenzó la caída. Se vendió el caserón del pueblo, se clausuró el despacho de Cocheras, se pignoraron las alhajas de la familia y la casa se fue desamueblando poco a poco.

Pero de pronto, el gobernador Mercado de Michoacán se acordó de don Melesio que era “liberal, inteligente y atrevido” y le mandó ofrecer una prefectura de distrito. Primero viajó el padre y luego la mujer –feliz de volver a los pueblos michoacanos después de siete años– y los hijos, rumbo a Ario de Rosales. José Rubén tiene catorce años.

En este pueblo se inicia como escritor. El secretario de la prefectura, Murguía Guillén, decide publicar una revista llamada *Iris*, de literatura, política y vanidades, que él mismo encabeza y pone a Romero como secretario. Allí publicó sus primeros versos, que le dieron importancia a los ojos de su novia. Un buen día recibió un nombramiento de socio de una agrupación literaria de Morelia, añadiéndole que le gustaría conocerlo. Organiza el viaje y se encarga un chaqué de franela. Va primero a caballo hasta Pátzcuaro y luego en tren a Morelia. Estas andanzas me recuerdan las que narra Juan José Arreola en *La feria*, cuando el narrador participa en el Ateneo Tzaputlatena y conoce a la perturbadora Alejandrina. El ateneo moreliano se aloja en un tendajón miserable; de todas maneras, se intercambian versos cursis con los poetas de la ciudad y un periódico publica la noticia de su visita.

Después de otros viajes a poblados que pertenecían al distrito que controlaba su padre, éste organiza una excursión para conocer el mar, viajando a caballo una comitiva de unas cuarenta personas. Van de hacienda en hacienda por el rumbo de Tierra Caliente. Al cruzar una corriente, una mula perdió el vado y fue arrastrada, perdiéndose los comestibles. Desde entonces, ya no pudo tomar al levantarse el acostumbrado chocolate al que dedica un poema.

UN CUENTO DE HADAS

En el pueblo llamado Carrizal de Arteaga, de “costumbres y cuadros de 1810”, uno de los mozos que era de allí, llevó muy de mañana a José Rubén a disfrutar de un espectáculo curioso:

Nos encaminamos a un puente y encaramados sobre su pretil, al asomarme tuve la sensación de que estaba viviendo un cuento de hadas. Treinta o cuarenta mujeres desnudas se bañaban en el río, metidas en el agua hasta la cintura o sentadas, con cierta gracia indolente, sobre las piedras de la orilla.

Al oír nuestras voces, levantaron las cabezas y ninguna, mirándonos, hizo ademán de hurtar a nuestros ojos el hechizo de sus formas arrobadoras.

Cantaban, reían y las más indiferentes, jabonaban con cuidado sus cuerpos duros y tersos.

Debajo de un puente y casi al alcance de mi mano una de ellas, joven y hermosa, desataba las negras serpentinatas de su pelo.

El mozo le tiró una piedrecita para hacerla volver el rostro, y la muchacha alzó los ojos y nos miró con picardía

—Ay prieta, quisiera que fueras mi mama para que me dieras la chiche! —le dijo Jenaro con atrevimiento.

Ella, por toda respuesta, se fijó en sus pechos redondos y bruñidos, acariciándolos con la mirada y después nos volvió la espalda indiferentemente.³

Además de los regodeos, el autor describe con sencillez y encanto la belleza de los panoramas y la suntuosidad de la vegetación y “a ras de la tierra la lucha interminable entre lo grandioso y lo pequeño: el *pinolillo* y, la *conchuda*”. En el lugar llamado El Veladero, donde el dueño de la casa tenía una casa igual a la de don Porfirio, José Rubén se recuesta en una hamaca. Pero despierta con una sensación extraña: algo raro pesaba sobre sus piernas, abre los ojos:

³ *Ibidem*, pp. 99-100.

y un chillido de angustia se quebró en mi garganta. Gruesa, larga, de cabeza tan grande como la de un gato, una serpiente descendía por mi cuerpo, rozando mis manos con sus escamas brillantes. Sus ojos de abalorio se fijaban en mí con la insistencia de una persona miope.

Las gentes de la casa se acercaron a la culebra y, “como si fuese un perro, le comenzaron a decir: bájate *zurita*, ayudándome a mí a desprenderme de la hamaca”. Y luego “le dijeron que la serpiente era una ratonera que limpiaba de bichos la casa y no hacía daño a nadie”.⁴

En la cena, le impresiona la mesa cubierta con vajillas de oro y plata para una comida rústica. Y a la mañana siguiente, muy de mañana, salen para ver el mar. En los Llanos de Morelita encuentran una pintoresca bandada de loros de gran tamaño, de cabezas amarillas y “casacas verde tierno”, cantantes del “Alabado” y de “Arenita de oro”; periquitos diminutos “con voces de titiritero”; cotorras guayaberas “de cofia azul, parlanchinas como colegialas a la hora del recreo; y guacamayas aristocráticas con aires de gran señora, luciendo su elegante toilette de noche”.⁵

¡Ya se ve el mar! —gritaban los compañeros en un revuelo de alegría.

—¿En dónde? —preguntaba yo.

—Aquella línea gris.

Y yo vi desde lejos el perfil esfumado de un campo escueto, sin belleza. ¡El mar, el mar! ¡Qué desencanto!

Playa Prieta tenía algunos jacales donde se instalaron. Los dueños los atendieron con solicitud, pero faltaban las cosas más indispensables. Permanecieron allí cinco días, gozando las delicias del mar, juntando conchas, rastreando huevos de tortuga, meditando en los atardeceres y comiendo *caldo miché* y *churipo*. Todos decían que aquello era Capua “pero yo —dice el autor— estaba bien fastidiado”.⁶

⁴ *Ibid.*, pp. 102-104. Alí CHUMACERO me contaba que en su pueblo, Acaponeta, Nayarit, existían estas serpientes ratoneras.

⁵ *Ibid.*, pp. 104-105.

⁶ *Ibid.*, pp. 105-106.

Al regresar a Ario, se pierden a causa de un ranchero que les ofreció un camino más corto. Y no encuentran ningún jacal habitado. Al fin, llegan a un jacalito donde una mujer estaba echando tortillas. Ella se niega a vendérselas porque son para su hombre.

—Estoy muerto de hambre [le dijo Castañeda el Tejón]: o nos vende las tortillas o me arranco los ojos. Y echó mano al ojo postizo y se lo sacó tan limpiamente delante de la vieja que ésta, llena de miedo, comenzó a gritar:

— ¡No, señor, no se arranque el otro. Llévase las gordas en malhora, pero que este hombre no se saque el ojo que le queda!

Y el Tejón tuvo un éxito formidable.⁷

LAS FIESTAS PATRIAS

El capítulo VII, siguiente, describe la animación del pueblo con las fiestas patrias, los cohetones, los curiosos y el paseo cívico. En la ceremonia formal, el profesor Rodríguez inició su discurso anunciando que “encierra desde los tiempos prehistóricos hasta la época actual”.

Y se desenvolvió en tal forma, que a la hora y media nos estaba leyendo la muerte de Holofernes, después de hacer un relato concienzudo de todas las vicisitudes del pueblo israelita.

Mi padre —cuenta el autor— le mandó decir que suspendiera el discurso para dar lugar a los otros números del programa, pero no pudo conseguir callarlo hasta las dos y media de la tarde.⁸

Este incidente hace que José Rubén no tuviera oportunidad para decir sus versos cívicos, que los hace imprimir en papel de china para repartirlos en la retreta.

Un conflicto con uno de los pueblos de la prefectura deja a don Mellesio, el padre, “cesante y sin cuartillos”. La familia deja la paz de Ario de

⁷ *Ibid.*, p. 105-106.

⁸ *Ibid.*, pp. 112-113. Don Alfonso REYES contaba un episodio semejante. En la inauguración del Hemiciclo a Juárez, don Porfirio encargó al historiador laguense don Agustín RIVERA, que dijera el discurso de honor. Pero el orador se extendió tanto que don Porfirio le mandó recado para que abreviara.

Rosales y se dirige primero a Pátzcuaro cuyo ambiente y lago encantan a José Rubén. Y describe con curiosidad los variados abrigos con que la gente se protege del frío:

Pasaban por las calles del pueblo en un abigarrado desfile, los sobretodos de cuello de felpa de los pollos modernizados; las amplias capas madrileñas de los viejos tradicionalistas; los manteos tenebrosos de los curas; las grises pelerinas de los militares y el macfarlán del notario; los ponchos gruesos y sedosos de los rancheros ricos; el sarape multicolor del charrito busca-pleitos; el jorongo pachón del arriero; las musgas frassadas de los peones trashumantes y el desteñido cobertor del soldado. Todos, en busca de ese sol de Pátzcuaro que, como los maridos impotentes, calienta, pero no satisface a nadie.⁹

Es curiosa la imagen que describe, en los puestos de fritangas, del de los Chenchos, a los “jotos vendedores de pollo y enchiladas”, semejantes a los de la Feria de Aguascalientes.

Al fin el gobierno, cuenta José Rubén, se dio cuenta que en el asunto de La Huacana —el pueblo cuyas quejas provocó su cesantía— don Melesio había obrado con justicia, y le ofreció la Receptoría de Rentas de Sahuayo: “el pueblo más rico de la zona; pueblo de rancheros mal vestidos, hirsutos, pero nobles y dadivosos, capaces, en un arranque, de cualquier hombrada”.¹⁰

LA TERTULIA DE LA BOTICA

En la botica de Amezcua se reunía una tertulia de curas que “los más habían sido compañeros de Amado Nervo en el Seminario de Zamora”:

a quien yo también traté —añade José Rubén— durante mi niñez en México, por ser su familia muy amiga de la mía. Guardo de él como un grato recuerdo, unas *Místicas*, primera edición, con esta sencilla dedicatoria: “A Rubén Romero, un niño que hace versos, Amado”.¹¹

⁹ *Ibid.*, p. 121.

¹⁰ *Ibid.*, p. 130.

¹¹ *Ibid.*, p. 132.

A la mencionada tertulia solía ir un don Juan Vincent, extranjero radicado en Sahuayo, “hombre corpulento, blanco, rubio, de barba sedosa y partida, como la de Maximiliano”. Tenía una hija de catorce años, rubia como él y gruesa, que estaba en la escuela como la hermana de José Rubén. Don Juan, en un español anticuado, solía hablar de países remotos: palacios de Chiroz, pagodas, paisajes de Brasil, hielos perennes de Spitzberg “donde él había mirado el sol de medianoche”:

Pero llegó a Sahuayo un número de *El País* con la noticia de que se había descubierto el retiro de un príncipe belga, ausente de su patria por cuestiones políticas. Todo un folletín complicado de aventuras y de amor, locuras de juventud, el rapto de una bailarina hermosísima, las iras de un rey, fiel guardador del protocolo, y después Polinesia, Pekín, Uruguay y, como último refugio, México.¹²

Y don Juan Vincent “desapareció del pueblo tan misteriosamente como había llegado”.

A OTRO PUEBLO: SANTA CLARA

Para interrumpir el noviazgo de José Rubén con “Rosa, la rica”, el padre de ésta mueve sus influencias y logra que trasladen a don Melesio a otro puesto lejano de Sahuayo, donde habían pasado tres años: Santa Clara del Cobre es el nuevo destino de los Romero. Es un pueblo pequeño, de clima frío y lluvias abundantes. Su plaza “tiene los fresnos más grandes y hermosos que he visto en mi vida” y “Agua por todas partes, fresca, cristalina [...] y por todas partes también, las barbas hirsutas de los helechos [...] Santa Clara es un pueblo delicioso y sus gentes son de mayor cultura que las de otros pueblos [...] El que no cursó humanidades en el Seminario de Morelia, estuvo de alumno en el histórico plantel de San Nicolás de Hidalgo, y el mismo Pito Pérez, cuyas borracheras interminables emulaban cualquier orgía romana, cantando por las calles, coronado de rosas, sabía

¹² *Ibid.*, pp. 132-135.

decir un verso latino y hacer oportunamente una cita clásica”.¹³ Ésta es la primera aparición de este personaje que será esencial en la obra de José Rubén Romero y al que dedicará años más tarde todo un libro.

DIVERSIONES PUEBLERINAS

Un día sale con dos amigos a caballo y él monta un “garañón de mucha alzada”. Al llegar a la hacienda que visitan, el garañón se alborota “ventoteando las yeguas”, pero su jinete logra controlarlo. Mas el animal no se sosegaba. “Sus relinchos tenían trémolos de romanzas de amor”:

Atropellando cuanto nos estorbaba, de un bote arbitrario nos plantamos a mitad del corro. El hocico de la bestia sangra, pero no obedece.

Otro salto más y ya estamos sobre la grupa de una yegua rocilla, que nos recibe resignadamente.

En vano mis azotes y mi porfía. El garañón se trepa y ya no tengo otro recurso que echar mano a las crines para que no me desprendan sus movimientos acompasados.

Los hombres ríen a carcajadas, las rancheras tienen bochornos de malicia y los músicos hacen un calderón prolongado, para no perder detalle del espectáculo.

Sentí que el animal se me desquebrajaba en el aire.

Después atravesamos el patio, yo muy corrido y el caballo contoneándose como para pedir aplausos.

[...] Cuando regresamos al pueblo, un pajarito *picueque*,¹⁴ había contado lo ocurrido, y hasta el cura, me gritó con socarronería al verme pasar frente al curato:

—¿Qué tal le fue de conquista?...¹⁵

(Preciosa página y admirablemente escrita. Puede titularse “La conquista”.)

¹³ *Ibid.*, pp. 156 y 159.

¹⁴ Picueque: chismoso, enredador.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 167-169.

El alcalde de Santa Clara nombra a José Rubén su secretario y éste comienza a pendolear y a darse importancia. Y con un alegre repique, Pito Pérez anuncia su regreso al pueblo.

Trinidad, *La Panala*, se acercó humildemente a rogarme por la libertad de Juana, *La Barbera*.

Era *La Panala* una mujer del pueblo, joven y bonita. Un bronce pulido y vibrante. Pechos redondos, firmes; cadera opulenta; vientre sin arrugas; piernas de Diana autóctona.

La conocí al desnudo, en un sitio poco apropiado para espectáculos de esta índole.

Su encuentro, en el panteón del pueblo, es otra bella página que concluye así: “Y sobre un sepulcro grande, como tálamo labrado ex profeso, hay un breve estremecimiento de vida en el callado recinto de la muerte”.¹⁶

LA REVOLUCIÓN COMO UN JUEGO

Los retretes de las casas en los pueblos viejos, llamados el común, eran una gran tabla con varios agujeros. Y en *Desbandada*, otro de sus libros, cuenta José Rubén que el de su casa en Tacámbaro era una tabla cuadrada que recordaba a los frailes sentados en torno a la figura de Cristóbal Colón, en su estatua del Paseo de la Reforma. Y viejos, mozos y niños se encontraban en este negocio propicio a las conversaciones tranquilas.

Hacia la mitad de los *Apuntes de un lugareño*, José Rubén Romero cuenta que, después de una comida, Escalante, el alcalde, y su padre, entraron al excusado donde él se encontraba, y don Melesio le dijo con acento grave.

—Quiero informarte de una cosa, pero no te asustes. Escalante y yo decidimos pronunciarnos contra el Gobierno, y ya todo está listo. Ahora mismo vamos a dar el grito.¹⁷

¹⁶ *Ibid.*, pp. 183-184.

¹⁷ *Ibid.*, p. 186.

Por el grito de combate: “¡Viva Francisco I. Madero! ¡Abajo la dictadura!”, podemos suponer el momento en que ocurre este pronunciamiento. Madero, en su libro *La sucesión presidencial en 1910*, de 1908, se inconforma con las reelecciones de Porfirio Díaz, y en el Plan de San Luis, del 5 de octubre de 1910, dice que asumirá la Presidencia provisional de la República y convoca al pueblo de México para que, a partir del 20 de noviembre próximo, a las seis de la tarde, tome las armas “para arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan”. Los levantamientos proliferan sobre todo en los estados del Norte: Coahuila, Chihuahua y Sinaloa, y en Yucatán y Morelos, y Madero toma Ciudad Juárez. Hay elecciones en las que triunfa la fórmula Madero-Pino Suárez. Don Porfirio renuncia y se va a París. Y el 6 de noviembre de 1911 Madero ocupa la silla presidencial.

El “pronunciamiento” de Santa Clara del Cobre, aunque no esté mencionado en las historias de la Revolución mexicana, debió ocurrir entre noviembre de 1910 y noviembre de 1911. Dice José Rubén que cuando se lo comunicó su padre, y le añadió que “los que quieran seguirnos, se pueden ir al cerro con nosotros”, le “entró un temblor que parecía de miedo y era, en realidad, de emoción. Emoción de tomar parte en aquella aventura, de vivir el momento que se acercaba, fingiéndose en él, de antemano, conspirador peligroso, héroe o mártir abnegado”.

Lo curioso de este caso es que las dos autoridades del pueblo, el alcalde y el receptor de rentas, se rebelan de hecho contra sí mismos y a favor del señor Madero. Y, como si fuera el convite para anunciar un circo, las autoridades contratan a los músicos de Zirahuén para recorrer el pueblo invitando a la insurrección. Y los conjurados se iban presentando:

Braulio, el amigo balaqueador¹⁸ y resuelto; Delfino, el escribiente del juzgado; Alfonso, el aristócrata venido a menos, y Jacinto, el viejo charamusquero de la plaza, que, cansado de espantar las moscas, requería la cuarenta y cuatro, trocándose, de pronto, en paladín voluntario contra los míseros pelones de la Dictadura.¹⁹

¹⁸ Balaqueador: fanfarrón.

¹⁹ *Ibid.*, p. 190.

José Rubén recibe su primera orden militar: “Elija diez hombres y váyase a defender el puente mientras nosotros nos organizamos. Llévase a los que tengan carabinas”.²⁰ A duras penas reúne a los diez hombres y se va hacia el puente donde los distribuye estratégicamente y se dispuso a esperar “lo que la suerte me trajera”. Es de noche y tiene hambre y pide a un muchachito que le es adicto, *Tamborillas*, que vaya a su casa por su *tilma*. Regresó con una batea que le preparó su madre, con chocolate y bollos dorados, leche y guayabas en almíbar. Pero recuerda a Alejandro en África y a Juárez en los desiertos del Norte y, como los alimentos no bastaban para sus huestes, le dice a *Tamborillas* que se los coma y devuelva a su casa la batea.

En la espera, larga y silenciosa, cavila:

Puente de Santa Clara del Cobre. Un puñado de maderistas...

Pero a lo lejos un perro ladra y hace bajar, lentamente, el telón de mis divagaciones.

¿A qué hora vendrán los rurales a matarnos? Sigue goteando, poco a poco, el pensamiento.

¿Por qué nos hemos levantado en armas? Por la redención de las masas, por la igualdad, por que tenga fin una dictadura oprobiosa. Pero una voz interior me grita: ¡Hipócritas! No se han alzado por eso. Tú, porque eres un ambicioso; Escalante, porque es un amargado; Alfonso, porque es un triste, y todos, porque son pobres.²¹ Al fin, algo ocurre. Oyen pisadas de cabalgaduras. “¡Quién vive!”, uno grita. “¡Quién vive, o hacemos fuego!”

“—¡Gente de paz, no tiren! —respondieron al fin—. Somos los cantores de Ario.”²²

Y ellos les informan que los rurales “salieron ayer para Morelia dejando solo a Pátzcuaro”. La columna de los rebeldes de Santa Clara, al mando de Escalante, llega a 117 hombres cuando salen por el camino de Opopeo, y su aspecto es aún muy poco guerrero. José Rubén monta un caballo

²⁰ *Ibid.*, p. 191.

²¹ *Ibid.*, pp. 194-195.

²² *Ibid.*, pp. 195-196.

“lobo, ovachón, del administrador del Diezmo” y añade que parecía “un seminarista que vuelve a sus estudios después de vacaciones”.

Comienzan entonces a pernoctar de hacienda en hacienda, donde los propietarios los agasajan. Y cuando iban rumbo a Palma de Cervantes, con sorpresa general, se topan con un piquete de soldados:

A las primeras descargas de nuestra gente —cuenta nuestro cronista—, los pelones comenzaron a huir sin presentar ninguna resistencia. Yo, con mi pistola treinta y dos, única pieza ofensiva que llevaba, disparé también algunos tiros, mas el combate fue tan breve, que no tuve necesidad de extremar mis manifestaciones belicosas.²³

Doce soldados se rinden a discreción junto con su jefe, el mayor Rafael Valencia, que era prefecto en Ario y su conocido. Después de un banquete en la hacienda del señor Juárez, el jefe Escalante le encarga a José Rubén que suelte al preso Valencia “porque si llegamos con él a Ario, lo matan de una pedrada”.

El preso es orgulloso y no quiere irse como un bandido y exige: “o me fusilan o me dejan en libertad delante de todo el mundo”. Hasta la mañana siguiente, logran librarse de él y se va en su propio caballo, “con más aires de vencedor que de vencido”.

El cronista recibe otra comisión: ir a Pátzcuaro “para ponerse al tanto de los movimientos del Gobierno”. Se ha hecho de un caballo mejor y hace el viaje. Y mientras tanto, el jefe Escalante vuelve a Ario, que lo recibe en fiesta, y logra reclutar hasta cuatrocientos hombres.

Y como la situación en Pátzcuaro es favorable para los guerrilleros, éstos llegan a ese pueblo en triunfo. Y Morelia se despierta y se agita y les envía a Pátzcuaro una nutrida comisión, entre ellos Pascual Ortiz Rubio, que años más tarde será presidente de la República. Y las Marianas Pinedas de Santa Clara envían a José Rubén una bandera bordada que dice “Ejército Maderista de Michoacán. Libertad”.²⁴

²³ *Ibid.*, pp. 196-199.

²⁴ *Ibid.*, pp. 206-207.

En 1912, cuando ha triunfado la Revolución maderista y José Rubén tiene 22 años y ha vencido sin sangre en su pequeña revolución, vuelve a Santa Clara y sustituye a su padre en la Receptoría y a él lo hacen administrador de rentas. Y don Salvador Escalante es comandante de rurales, en Pátzcuaro.

Yo soy feliz —dice el cronista—. Tres cosas me ha dejado la revolución. Tres cosas grandes, nobles, buenas: el zaino que relincha en la cuadra; el rifle que vela mi sueño, junto a la cabecera de mi cama, y un sobretodo nuevo, café, que substituye a mi vieja tilma roja.²⁵

Años más tarde, en otra novela, sintetizará los dones de la Revolución en “mi caballo, mi perro y mi rifle”.

ANDANZAS POLÍTICAS

Acercábanse las elecciones para gobernador del estado y José Rubén y todo el pueblo de Santa Clara son partidarios del doctor Miguel Silva, un hombre generoso y bueno. En la campaña política hay fiesta en Pátzcuaro y, después del banquete, vienen las declamaciones y José Rubén Romero “comienza a decir sus estrofas”. Al fin, el candidato doctor Silva “lo abrazó cariñosamente, como si fuésemos dos viejos amigos”.²⁶ Por la noche, escribe nuevos versos, dedicados a “Mi raza”²⁷ en los que hay, dice su autor:

Dos gritos sinceros de mi corazón: un apóstrofe duro al conquistador que pasó por mi patria destruyéndolo todo, en nombre de su Dios, y un anhelo vehemente de que resurja, noble y grande, la triste raza nuestra.

Al día siguiente hay gran fiesta en Janitzio y al finalizar el doctor Silva dice que, entre sus acompañantes, se encuentra el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, “cuya familia data de don Pedro de Huitzimengari, hijo del último

²⁵ *Ibid.*, p. 210.

²⁶ *Ibid.*, p. 216.

²⁷ “Mi raza”, 1912, en *Versos viejos*, 1930.

Catzonzi”. El ingeniero asintió con modestia y dijo unos versos oportunos, “y yo también –añade el cronista– solté los que llevaba prestos”.²⁸

Meses después, el doctor Silva es electo gobernador y hay fiesta para la toma de posesión el 16 de septiembre. Y José Rubén Romero es el secretario del gobernador que –como el autor de estos apuntes– nocherniego, “le gusta recogerse en la madrugada”.

El doctor es un niño crédulo –comenta el cronista– y caprichoso, bastante indeciso a la hora de las resoluciones, más por temor de hacer daño a los otros que por personal cobardía, y a esta política contemplativa hay que agregar el problema que significa para él gobernar con elementos desunidos y de tendencias marcadamente opuestas.²⁹

En uno de los viajes a la ciudad de México del gobernador, lo acompaña su joven secretario. En el desayuno, le dice que el presidente Madero lo ha invitado a tomar café con los amigos de Morelia. “Quiero que usted me acompañe para presentarlo al señor Madero.” En las presentaciones, el doctor Silva le dice: “Éste es el vate Romero. Fue secretario de Escalante en el movimiento del estado de Michoacán.” Con “respetuosa curiosidad”, José Rubén hace el examen del señor Presidente: “Bajito, nervioso, risueño; su traje bastante descuidado [...] Observándolo me da la impresión de un niño con barbas postizas que está representando una obra para personas mayores [...] Se habla un poco de todo: de la política clerical de nuestro estado; de París, en donde el señor Madero y el doctor Silva han vivido; de ciencias ocultas, de fuerzas hipnóticas [...] Un diputado michoacano, algo pariente mío [...] relata experimentos que, según afirma, ha realizado en persona. Yo sonrío con aire incrédulo, pero el señor Presidente capta mi sonrisa y me dice:

—¿Usted no cree en estas cosas, joven?

—Sí, señor, sí creo –contesto cohibido– pero no precisamente al señor diputado.

²⁸ *Apuntes de un lugareño*, p. 218.

²⁹ *Ibid.*, p. 232.

—¿Y por qué no cree usted en él, si todo cuanto dice tiene una explicación científica bastante clara?

Como respuesta, José Rubén relata una larga historia de experimentos hipnóticos en Morelia con unas muchachas y con una conclusión algo verde. “Temo haber faltado al respeto al señor Madero contando estas cosas, pero me tranquilizo cuando él me invita a una sesión formal de hipnotismo para que me convenza de la verdad de esta doctrina.” Ya en el tren, rumbo a Morelia, comentaba el doctor:

—Este Romero tiene gancho para las gentes. Se conquistó al Presidente con sus cuentos y sus dichos rancheros.³⁰

Pronto llegan los días terribles con el asesinato del presidente Madero y la Decena Trágica, que provocó en el gobernador Silva “un largo periodo de incertidumbre y debilidad”. “Pero un hecho que sobrepasó los límites de la ignorancia, lo hizo estallar de coraje.”

Francisco Cárdenas, el matador de Madero, nacido en Sahuayo, Michoacán, “ostentaba por cantinas y prostíbulos como un timbre de gloria, engarzada en oro y pendiente de la cadena del reloj, la bala con que había segado aquella vida pura”. Presumiendo los galones de general “y vestido de charro”, se presentó en la casa de Silva “con el designio de visitarlo”.

—¡Fuera de aquí asesino! —le escupió en plena cara, que si a mano hubiera tenido un látigo, lo arrojara de su casa a latigazos.

Y Cárdenas, el valiente, el temerario; Cárdenas, el feroz; Cárdenas el pependenciero [...] bajó los ojos humillado ante la cólera inerme de Miguel Silva, y salió a la calle con el aspecto de un triste perro vagabundo.³¹

Entretanto, el gobernador Silva sufría entre las presiones de Venustiano Carranza que lo apremiaba a tomar medidas decisivas, y Victoriano Huerta que lo amenazaba. Después de tres meses de calvario decidió re-

³⁰ *Ibid.*, p. 237-242.

³¹ *Ibid.*, pp. 243-244.

nunciar y le anunció a José Rubén su secretario, que la Cámara designaría gobernador al general Dorantes, “y ustedes quedarán con él, porque es amigo”. El gobernador sustituto dura poco pues no era del agrado de Huerta, “quien hace designar a otro general, Alberto Yarza”, y José Rubén siguió siendo secretario con una innovación: las tardes libres. En sus vagabundeos vespertinos, nuestro cronista descubre el casino de Morelia donde hay billares y jugada de poker. Yarza tiene que dejar el poder a otro general Garza González, pero el día de su partida llamó a José Rubén a su despacho y lo previno que su nombre estaba en una lista negra que traía el nuevo gobernador, con la anotación “Agitador a sueldo de Silva” y que le convenía salir cuanto antes de Morelia porque las persecuciones comenzarían en seguida. Por la tarde, como de costumbre se encaminó al casino.

—Ándele, vale, véngase al pokarito barato —me dijo uno de los asiduos. Yo arrimé una silla, saqué mis quince pesos y me propuse olvidar, por unos momentos, las tribulaciones que me acongojaban.

Al cabo de algunas horas la suerte me había favorecido.

[...] A eso de las dos de la mañana, hice recuento de utilidades y, por poco me desmayo de alegría: ¡Quinientos pesos! Bonita suma para emprender el vuelo.³²

A las cinco de la mañana tomó el tren directo para México, donde se escondió en casa de un tío. Tiene noticias del doctor Silva y decide visitarlo. Vivía pobremente en las calles de Tabasco, dedicado a su profesión.

Como es costumbre, los parientes que vienen a conocer o visitar la ciudad de México se alojan en casa de quienes aquí viven, y a José Rubén le toca pasearlos. Un primo le pide que le ayude a satisfacer dos deseos: quiere ver a la Virgen de Guadalupe y a la Conesa. Y además, visitan el restorán El Globo donde ocurren confusiones con los nombres de los alimentos.³³ Pero los quinientos pesos se acabaron, empeña su reloj y tiene noticias de que su padre fue cesado por el gobernador Garza González y que, en unión de su madre y su hermana, de Tacámbaro se han ido a Mo-

³² *Ibid.*, pp. 271-274.

³³ *Ibid.*, p. 297.

relia donde sufren “la pena negra”. Todo esto lo hace decidir irse también a Morelia, a casa de la familia Pérez Vélez que les da alojamiento.

Pocos días después de su llegada, unos soldados se presentan con órdenes para aprehenderlo. Su padre lo tranquiliza ofreciéndole que arreglará el asunto. Lo llevan al cuartel y lo dejan en un banco en el que pasa la noche. Por la mañana, lo despiertan y, rodeado de soldados, lo hacen subir a un tranvía que iba rumbo al cementerio.

—Díganme adónde me llevan! —clamaba yo con voz de angustia, dirigiéndome al capitán.

—¿Adónde lo hemos de llevar? A quebrarlo por *malbora* —contestó un soldado. [...] Una sola obsesión estrujaba mi pensamiento: ¡No me matarán! ¡Tengo veintidós años! ¡No deben matarme! La vida no puede ser tan injusta conmigo. Estoy dispuesto a morir en cualquier otra circunstancia, en un momento de exaltación, delante de un adversario ofendido, pero asesinado impunemente por matones oficiales, asalariados con el dinero de mi propio pueblo, ¡Imposible!, no me resigno [...] ¡No me matarán, no me matarán!

Llegó el tranvía al panteón. Bajamos. La escolta se formó y en el centro de ella me colocaron [...] Caminaríamos 20 o 30 metros, cuando la voz de un hombre, partiendo de la caseta de la entrada, desgarró la sombra.

—Que venga al aparato el jefe de la escolta del que van a fusilar.

Los soldados hicieron alto y el capitán, lentamente comenzó a desandar lo andado.

Mientras tanto, los soldados aprovechaban la espera para repartirse los bienes del próximo difunto, y se fijan en los zapatos de José Rubén. “Si crees que te vienen, pídeselos al sargento”, le dice uno a otro. Y José Rubén se quita una argollita de oro que llevaba y la entrega a uno de los soldados. —“¡No tengo más, amigo!” —le dice a uno de ellos. El capitán vuelve y se detiene junto a él y golpeándole la espalda con una mano, le dice: —Se ha salvado en una tablita, don Rubén. ¡Si no es por el teléfono, lo quemo!

Y sus dientes blancos brillan con una sonrisa cordial.

—Dicen que por ahí viene su papá en un tranvía a recogerlo.

[...] Uno de los soldados miraba tristemente mis zapatos, en buen estado todavía.³⁴

³⁴ *Ibid.*, pp. 329-338.

—¿Qué pasó? —le pregunto todo tembloroso.
—Ya nada. Creían que venías a juntarte con los rebeldes de Tacámbaro, y si no hubiera sido por Luisita Vélez, que convenció al gobernador, no lo estarías oyendo en este instante.³⁵

Así termina este hermoso, *Apuntes de un lugareño*, que cuenta la infancia y la juventud de José Rubén Romero en los pueblos de Michoacán y sus andanzas como revolucionario maderista. Lo dictó en Barcelona, España, donde era cónsul de México, en 1932, y se editaría allí por primera vez en el mismo año y cuando su autor contaba 42 años de edad.

FELICIDAD Y DUELO EN TACÁMBARO

La aparición de los *Apuntes de un lugareño* fue un éxito editorial. En Barcelona, tuvo dos ediciones, en 1932, en la Imprenta de Núñez y Compañía con dibujos de Ignacio Vidal, y se reimprimió en 1936; y en México, a partir de la edición de 1945 de la Editorial Porrúa, se editó varias veces. Los libros de versos le habían dado un prestigio local, en los pueblos de Michoacán, pero sólo sus libros de memorias noveladas le dieron fama nacional. El éxito de los *Apuntes* lo animó a seguir escribiendo, o dictando, y dos años después, en la línea provinciana, de hecho michoacana, publicó un nuevo libro, en 1934: *Desbandada*.

En tanto que *Apuntes de un lugareño* se refiere a varios de los pueblos y ciudades michoacanas en que vive: Cotija, Sahuayo, Ario de Rosales, Santa Clara del Cobre y Morelia, *Desbandada* se refiere a un solo pueblo, Tacámbaro. Este nuevo libro es tan agradable como el anterior, y está escrito con una admirable limpieza de estilo. Los primeros capítulos son estampas de varias perspectivas del pueblo —empresa que suele ser difícil para los novelistas. Y de pronto, una imagen tutelar:

Frente a la casa de don Ponciano y mirando al callejón del Tulipán, existe un poyo de cantera en el que solía sentarse, hace ya más de un siglo,

³⁵ *Ibid.*, p. 339.

un hombre moreno, de abundante papada y ojos tristes, envuelto en un guardapolvo marchito y tocado con un pañuelo de pringas rojas. Mientras sus dedos chatos mondaban una lima-naranja con la vista fija en el horizonte, parecía contar los cerros de Tierra Caliente, apacentándolos desde lejos como el hatajo en sus mocedades. Los vecinos que pasaban por la banqueta frente al hombre del guardapolvo desteñido, se descubrían reverentes y comentaban en voz baja: es el padre Morelos, que va a su curato en Carácuaro.³⁶

El pueblo se compone de cuatro barrios que han tomado sus nombres de comercios conocidos: La Bola Roja, La Palanca, El Molinero y La Campana. El primero, es de huertas y mesones, el segundo es peligroso, y, por el tercio y el cuarto, las vacas “suben lentamente a esa hora en que el crepúsculo ilumina el paisaje”.³⁷

Las dos actividades mayores del pueblo son el comercio y la agricultura. La tienda del autor se llama La Fama y es de ropa y abarrotes y ocupa “el local más acreditado del pueblo”. Con buena memoria y orgullo, su propietario enumera todas las pequeñas cosas que suelen tener las tiendas de pueblo: telas y adornos femeninos, papelería, latería, comestibles, combustibles, colorantes y cuanto se ofrezca. En este capítulo dedicado a La Fama hay un pasaje desagradable, creo que el único que me parece turbio en toda la obra de José Rubén Romero.

Enumera lo que contienen los tramos de la tienda dedicados a los vinos: Jerez, vino del Rin, champán, tarros de ginebra y coñac.

Sin embargo —añade—, cada vino tiene su truco y cada truco es para mi tienda un pingüe negocio. Se fabrican en casa a base de recetas increíbles, siendo solamente legítimos los corchos y las etiquetas.

Enumera en seguida las recetas que sigue para preparar vino de consagrar, catalán Font y coñac. Y para concluir este pasaje refiere que un cliente “se lleva en catorce pesos una botella de coñac, cuyo valor intrínseco no pasa de uno”. Y comenta sin vergüenza:

³⁶ J.R. ROMERO, *Desbandada*, 4a. ed. en español, México, 1946, pp. 16-17.

³⁷ *Ibid.*, p. 20.

Confieso humildemente que estas operaciones emborronan un poco mi conciencia y supongo, haciendo honor al gremio, que los demás comerciantes son más honrados que yo.³⁸

El capítulo siguiente “Mi casa” es encantador. Una huerta-patio con lima, limonero, vástago, guayaba y pomarroza. Unas cuantas sillas, una cama y un baúl de cedro para cada uno: padre, madre, hermana y el cronista. Un kiosko de madera en el centro del patio sirve de comedor. En el corredor, una jaula de canarios, de su hermano —que sólo a veces aparece— y en otro extremo, un filtro de piedra que “estudia, con el monorrítmico caer de sus gotas, su invariable lección de piano”, dice el José Rubén que a veces se pone lírico.

No hay fuente cantarina que nos sirva de baño. Detrás del biombo que forman las hojas del vástago, nos desnudamos paradisiacamente y con el agua de un barril y una pequeña jícara, nuestra ablución matinal parece un rito de la secta bautista. Cuando quiero sentir la caricia del agua de pies a cabeza, corro a zambullirme en el río, al mismo tiempo que unos cuantos chiquillos cuyos ojos maliciosos me dicen que están salando³⁹ la escuela.

A veces conversa con los chiquillos:

—Señor, dicen que usted cuenta muchas maldituras y que sabe hacer versos.

—Díganos unos, pero que sean colorados.

No me hice de rogar más:

Cuando los muchachos juntos

Vienen a bañarse al río

Unos a los otros dicen:

¡Ya está *jiloteando*⁴⁰ el mío!

Viene luego la ya mencionada descripción del retrete de esa casa:

³⁸ *Ibidem*, pp. 25-27.

³⁹ *Salando*: mexicanismo, por no ir a la escuela.

⁴⁰ *Jilotear*: Cuando las milpas comienzan a dar elotes se anuncia por el cabello.

En forma de una mesa cuadrada, con capacidad para cuatro personas que si lo usan simultáneamente, se dan la espalda, lo mismo que los frailes que rodean la estatua de Colón, en la ciudad de México. Los ruidos serán perceptibles, pero ninguna mirada indiscreta sorprende el gesto de satisfacción en el momento culminante del desahogo. En tan propicia postura mi padre y mi madre, mi hermana y yo, glosamos cotidianamente los sucesos del día.⁴¹

Hay también en la casa una mona que cuando alguien toca el zaguán corre a abrirlo, y un perico que pregunta desde su estaca ¿Quién es?, y ambos ujieres son también de su hermano, el animalero.

Este hermoso capítulo sobre “Mi casa” concluye con una evocación de los ruidos hogareños del amanecer que sirven de despertador, los del trasiego doméstico, los “ruidos laxos del atardecer” y los “ruidos discretos de la lluvia sobre los tejados, a la medianoche”.⁴² Además de atender, junto con su padre, la tienda, José Rubén sirve también de secretario, de consejero y hasta de médico a los rancheros que llegan los domingos.

Mientras Miguel, el albéitar [o veterinario] de Chupio, se toma una copa de mezcal, me dice:

—Hágame una carta de *segunda* para Juanita, porque no he *recibido* respuesta de la primera, y güelvale a decir aquello que *desde el feliz momento que la vide...*

Sirvo a Juanita también de amanuense y cuido de aconsejarla que no apresure las respuestas:

Déjalo que se potree un poquito para que se *enyerbe* más.⁴³

Otro de los rancheros se dice su compañero y su amigo del alma porque también hace versos pintorescos. Y a veces un grupo de gente humilde se agrupa para oírlo leer *Los miserables* de Víctor Hugo, que a todos emociona. Y hay también una tertulia política en la que se enfrentan los que creen en los beneficios de la Revolución y los que dicen que Villa es un bandido, y Carranza un viejo traidor.

⁴¹ *Desbandada*, pp. 33-35.

⁴² *Ibid.*, p. 40.

⁴³ *Ibid.*, p. 42.

Como un intermedio, el cronista cuenta dos bellas historias de mujeres generosas, “Una ‘Tosca’ rural” y “María la del hospital”.

LLEGA EL BANDIDO

De pronto, la paz y el bienestar de Tacámbaro terminan. El bandido Iris Chávez, o Chávez García, está a las puertas del pueblo, y de él y de sus seiscientos “diablos desatados” se cuentan los mayores actos de crueldad. El Potranco refiere lo que pasó en San Andrés: “quemaron las casas, asesinaron a los hombres, forzaron a todas las mujeres, sin respetar siquiera a las niñas”.

Imáginese a las chiquillas, una de trece y otra de catorce años —cuenta—. Las escondió su padre, el carpintero de la hacienda, dentro de unas pilas de rastrojo, pero los bandidos necesitaban el forraje y allí las encontraron a punto de asfixiarse. Primero llevaron a la mayor, Inés, pero como ella se resistía y forcejeaba, apretando las piernas desesperadamente, el sátiro, furioso, le desgarró los muslos con un puñal, le rebanó los senos que apenas eran dos montoncitos de carne temblorosa, y se entretuvo grabándole en la piel sus iniciales con la punta de una daga, como en la corteza de un árbol. Después, a la otra, la más chica, lleváronla hecha un mar de lágrimas, y corrió la misma suerte que su hermana Inés, la golpeó, la ultrajó y acabó por matarla [...] Éstas son las fieras que vienen ahora a visitarnos —agregó Perea— rojo de indignación.⁴⁴

El cronista, enviado por su padre, no logra obtener noticias por teléfono de los pueblos vecinos. De pronto, comenzaron a correr las pocas gentes que había en la plaza, y gritaban:

“¡Ai vienen!” Miré a lo alto de La Mesa y una flojedad angustiosa invadió mis miembros. ¡Doscientos, trescientos, qué sé yo cuántos jinetes coronaban el cerro, despeñándose por todas las veredas y por todos los pasos, lo mismo que un alud de reses bravas!

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 109-110.

Corriendo llega al zaguán de las Figueroa y de allí, saltando una barda al curato y de allí a la iglesia. En la cripta del altar mayor lo acomodan y queda “entre dos guapas morenas de formas exuberantes”. Las hordas chavistas gritaban vivas a su jefe, añadiendo: “¡Viva el *proteitor* de los *probes*!” Y él no se movía en su escondrijo y “su carne pecadora nunca estuvo más tranquila que entonces, no obstante el calor que emanaba de aquellos cuerpos jóvenes y altivos, apretados inocentemente a mis piernas”.

Cuando al fin sale, recibe noticias terribles: “Dicen que su mamá está herida y que se ha vuelto loca”.

Al verla, se sintió avergonzado por no haberla auxiliado.

—¡Hijo, por fin te encuentran! —díjome entre sollozos lastimeros.

—Cálmate, mamacita, aquí estoy sano y salvo.

—¡Pero tu padre, no! —gritome con acerba expresión de reproche—.

Lo plagiaron esos hombres perversos y lo asesinarán sin misericordia, porque piden rescate y ya no tenemos dinero para darlo. Acabaron con la tienda y con todo, hijito...

La madre se niega a volver a su casa porque la persigue el recuerdo de las manos ensangrentadas de Aurelia y cuenta a su hijo los detalles del asalto a su casa de “quince *pelados* de éstos”. Amarrado, se llevaron a don Melesio ante el general para que “él le saque los pesos”. Y piden una reata para colgar a la madre “y ésta sí nos dirá dónde está el entierro”. En esto aparece Aurelia que salió de su escondite “para defenderme”, cuenta la madre. “Tengan lástima de la señora que está enferma y la van a matar del susto”, les dice Aurelia. Y aullando como fieras:

Uno la estiraba por un lado; otro pretendía tumbarla en el suelo, pero ella logró desasirse y se agarró con ambas manos a las varillas de mi cama. Destrozaron sus ropas, le arrancaron mechones de pelo sin lograr desprenderla de allí. De pronto, uno de los forajidos desenvainó el machete y como un rayo lo descargó sobre las muñecas de la infeliz criatura. Una lluvia de sangre empapó la cama y salpicó mi ropa —mira, hijito, mira—. Entre todos la llevaron fuera, creo que moribunda, pero sus manos mutiladas quedaron fuertemente adheridas a los hierros de la cama. ¡Yo no podré olvidarlas nunca!

[...] De nuevo lloraba y sollozaba mi viejecita, y yo, de nuevo también, me increpaba cada vez con más furia: ¡Cobarde, cobarde, cobarde!⁴⁵

Los destrozos en la tienda y en la casa fueron atroces. Las botellas vacías, las conservas parecían juguetes destrozados por un niño travieso, las telas y los zapatos “ echaron a correr”; los trastos de porcelana, los botones, las chaquiras y las lentejuelas “policromaban el polvo de azúcar”. No había un cigarrillo, ni una cinta ni una hoja de papel “libres de manchas”. En un pliego de popotillo, del que se destina a la correspondencia amorosa, un honrado ladrón dejó este documento: “Vale al triunfo de la causa por diecisiete puros de La Prueba.— Silverio Archundia”.

A culatazos destrozaron todas las macetas, con la esperanza de encontrar en ellas alhajas o dinero. Los colchones fueron desfundados a punta de cuchillo y con las vedijas alborotadas parecían carneros a medio esquilar. Abrieron mi baúl de un tiro en la cerradura, sin que su campanita de alarma hubiese protestado, y extrajeron, codiciosos, una pequeña arquilla de sándalo creyéndola repleta de hidalgos relucientes, pero como en ella tan sólo guardaba reliquias y cartas de amor, ¡Oh, manes cariñosos de Lupe, Laura, Sabina, Victoria!, las desparramaron por el suelo y las pisotearon sin piedad. [...] Era mi casa una jaula rota de la que huyera para siempre la alondra de la alegría.⁴⁶

Una ojeada bastó a Perea para darse cuenta de mi completo desastre.

—Esto se acabó, compadrito. ¿Y qué va usted a hacer ahora?

—Comenzar de nuevo a subir la cuesta...

—Pero maldiciendo por fin a la Revolución, ¿no?

—No, compadre Perea, pillaje y saqueo no son la Revolución. Revolución es un noble afán de subir, y yo subiré: esperanza de una vida más justa, y yo me aferro a ella.⁴⁷

En su *Breve historia de mis libros*, que publicó en la Imprenta La Verónica, de Manuel Altolaguirre, en La Habana, 1942, José Rubén Romero

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 118-140.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 141-143.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 147-148.

escribió una bella página acerca de este libro, en la que no hace ninguna mención de la destrucción final:

1934. México. *Desbandada* es una sucesión de cuadros que conservé en la memoria fidelísimamente, como un recuerdo de los cinco años que viví en Tacámbaro, generosa y dulce tierra de promisión. Mi vida allí fue buena. Amáronme los pobres y yo aprendí, desentrañando su dolor, a compadecerlos y a odiar a todo aquel que esgrima un látigo, ya sea dentro del cuartel, dentro de la fábrica o en la obscuridad del curato. Paseé gallardamente por todas las calles del pueblo con mi guayabera de dril; conversé tanto con los peones de las fincas cercanas, que los amos les prohibieron hablar conmigo; fui corruptor de disciplinas, predicador de libertades, y como premio grande y generoso a estos actos de “hombre de bien”, abriéronse a mi paso todas las puertas de las casas humildes y todas las manos tuvieron para mí la miel de una fruta y el aroma exquisito de una flor.

Tacámbaro engendró dentro de mi corazón todas las páginas de *Desbandada*, y en mi corazón durmieron muchos años, hasta que salieron espontáneamente y sin que yo los obligase a dar un paso fuera de mi pecho.⁴⁸

“EL PUEBLO INOCENTE”

Publicado por primera vez el mismo año que *Desbandada*, su libro anterior, *El pueblo inocente* apareció en 1934 en la ciudad de México, con pie de la Imprenta Mundial. Edmond Vandercamen la tradujo al francés en 1938. En tanto que los dos anteriores se refieren a pueblos michoacanos concretos, este tercer libro de memorias provincianas ocurre en un pueblo sin nombre de Tierra Caliente. No está escrito en primera persona como sus antecesores sino acerca de un personaje imaginario, el escolar Daniel que vuelve al pueblo de vacaciones, aunque José Rubén Romero acepta que se refiere a él mismo. Dice éste “es quizás, de mis libros, el que tiene mayor material autobiográfico. Yo fui ese Daniel alegre y juguetón, aunque ahora

⁴⁸ *Breve historia...*, pp. 33-34.

calvo y ventrudo, ya no lo parezca”.⁴⁹ Junto a él, aparece un personaje notable, don Vicente: borracho, generoso, bueno, elocuente y pragmático. Y aparece de nuevo Pito Pérez con sus lujos caducos, sus dichos maliciosos y su sed. Para los mozos, la gran novedad son las muchachas nuevas del pueblo. Don Vicente las enumera:

Las *mesmas* del año pasado, un poco más viejas y ganosas de coyunda.

Además, las sobrinas del cura nuevo y las hijas de don Alipio, que vinieron de Uruapan a establecerse aquí y son tantas como las bienaventuranzas...⁵⁰

Una novedad en este libro es la abundancia de refranes populares que dice casi siempre el viejo Vicente: “El perro del herrero a los martillazos duerme y a los *masquidos* despierta”, “Al dar, no te hagas rogar”, “Deudas viejas no se pagan;/deudas nuevas, se dejan envejecer”, “En el diezmo y en la Aduana / lo que no se apunta se gana”, “El que boca tiene, a Roma va”, “Al pelo le nombran lana”.

El escolar Daniel inicia el asedio a Esther, una de las sobrinas del cura, a la que envía cartas por conducto de *Tamborillas*, y ella responde con faltas de ortografía. Comienzan a verse en breves encuentros, y Daniel organiza un gallo para su novia, con el auxilio de don Vicente y la participación de los otros mozos del pueblo y de Pito Pérez. Frente al curato comienza la música con el vals *Recuerdo*, “como un himno alado y sutil de aquellos sentimientos juveniles”. Y el cronista se pone sentimental y un poco cursi:

¡Noche romántica de *gallo*! El cielo es un escriño de cuento de hadas que rebosa joyeles de oro. Los jazmines nevaron con nieve aromada las tapias de los huertos y por la penumbra de las calles vaga intangible otro músico de pueblo: Juventino Rosas.

[...] ¡Clásica noche de *gallo*, quizá los jóvenes de hoy le llaman cursi, pero los pueblerinos de ayer, vibrando a su amable recuerdo, siempre le llamaremos bella!⁵¹

⁴⁹ J. Rubén ROMERO, *Breve historia de mis libros*, op. cit., p. 35.

⁵⁰ *El pueblo inocente*, op. cit., p. 27.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 108-109.

Entre canciones y tragos recorren todos los ámbitos del pueblo y los muchachos se llaman en voz alta por sus nombres para que las muchachas se enteren. Frente a las Castrejones “tocaron un son costeño, de esos que arrancan gritos ululantes y que despiertan el salvaje latente que todos los mexicanos llevamos dentro”. Por la casa de don Narciso, el Pito Pérez se puso a cantarle, con música de *Los apaches*:

Yo no soy de aquí,
soy de Numarán,
por eso en el pueblo
me han puesto el caimán.

Y el Pito Pérez recuerda sus agravios con don Narciso quien, “cierta vez que me puse una borrachera *supernumeraria*, el muy bellaco me negó unas copas para curarme *la cruda*”.⁵²

Cuando se tocó desbandada, Daniel buscó a don Vicente y no lo encontró. Pero más tarde apareció entre los presos, consignado como “desconocido”, calificativo por el que el “viejo protestó.

EL PASEO

Un capítulo bien logrado de *El pueblo inocente* es la narración de “el paseo” a Zurupio que entre todos organizan. El arroz, el guajolote, el dulce, otros antojitos succulentos y las bebidas los van prometiendo los vecinos; y el presidente municipal ofreció los veinte burros de su hatajo, “con jamugas nuevas”, los hombres montan sus caballos, y van, además, carretas para las señoras de edad y para cargar las vituallas. Lugarda, su guitarra y sus hijas, buenas cantadoras, están en la compañía. De las sobrinas del cura apareció la rubia Sara “muy recompuesta y parlanchina”, y faltó Esther, la novia de Daniel. “Del poder sacerdotal” iban el padre Soriano y el padre Pérez, cuyas manías y peculiaridades relata. Y, por supuesto, no falta el viejo Vicente que tiene conversaciones pintorescas con los sacerdotes:

⁵² *Ibid.*, pp. 110-111.

Mire, padre, la virgen de la *Salú* de Pátzcuaro fue una buena persona hasta que los ricos le pusieron manto bordado y corona de perlas. ‘*Hora* nos da reparo a los pobres pedirle un favor. ¡En cambio, antes!... Vestida de *huarecita* cuidó a un arriero que tumbaron los fríos en las orillas del lago, y a su cabecera estuvo hasta que se alivió. Mirándola tan *argente* y tan bonita, el arriero pensó en casarse con ella, y así se lo dijo, pero ella *nomás* se *ría* y lo miraba con ternura...’⁵³

Los dueños de la finca de Zurupio habían dispuesto verdes enramadas para recibir a sus visitantes. A don Vicente le encargan que ayude a bajar la cerveza. Las mujeres se quitaron los rebozos y pusieron la mesa, sobre la que se levantaron pirámides de dulces y de frutas. La cantimplora del tequila comenzó a rondar.

¡A la mesa, a la mesa, que ya el arroz presume con sus rodajas de huevo, como falsas monedas de oro, y el mole de guajolote deja en el mantel sus huellas de sangre, como un crimen reciente!⁵⁴ —se adorna el cronista.

Y el mismo cronista se da un cebollazo, como dicen los periodistas, con este pasaje:

—Ándele Lugardita, vamos a cantar.

—¿Qué quieren que cante? Pidan.

—Aquella vieja canción de Rubén Romero: *Mujer que ha sido errante golondrina...*

La cantaron todos, y el viento se fue de montaña en montaña.⁵⁵

Daniel se acercó a Sara, “cuya cabellera color de azafrán agitábase en la sombra como una tea encendida que quisiera prender fuego al monte”. —¿Y Esther? —se atrevió a preguntarle tímidamente. Sara, por toda respuesta, sacó del seno un papel y lo entregó al joven.

Volvieron al pueblo, ya de noche, y las mujeres llevaban flores en las trenzas, en el talle y en los sombreros.

—¡Qué milagro que viene usted en su juicio! —dijeron a don Vicente.

—Es que con curas no puede uno estar contento en ninguna parte.

⁵³ *Ibid.*, p. 168.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 173.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 179.

Nuestro Señor Jesucristo hizo vino del agua y estos señores hacen agua del vino, y *en todavía* creen que le ganan a su divino Maestro.⁵⁶

LA SEDUCCIÓN DE SARA

La carta que entregó Sara a Daniel era una inconcebible declaración de amor de la pelirroja y hermosa muchacha en la que le decía: “Lo amo a usted, Daniel, a pesar de todos los obstáculos y de la consideración que debo a Esther, que tan ajena está de sospechar mi pasión”. No cree prudente que le conteste por escrito pero quisiera oír de sus labios “que no me desprecia y que perdona mi audacia” y lo cita a las doce de la noche en el templo en reparación, le explica cómo entrar y le indica que, si acepta esta cita, se siente hoy a las cinco de la tarde frente al curato.⁵⁷

A pesar de todos los miedos que tenía a la oscuridad, Daniel se puso como seña a las cinco frente a las ventanas del curato, y al anochecer pidió a don Vicente que lo acompañara en su cita de medianoche. Esa noche había una luna impertinente y fisgona, “el mundo se *güelve* de color de muerto”, observó don Vicente. Daniel tropezó en un montón de arena y extravió la pistola que llevaba en la mano, y en la oscuridad sus manos tropezaron con las de Sara. “Daniel sentía el aliento de Sara encendiéndole el rostro, el cosquillar de sus cabellos y la presión de sus manos [...] —Puede usted estar segura de mí y le prometo que nadie sabrá jamás por mi boca la prueba de confianza que estoy recibiendo”, le dijo.

Al oír tales palabras la joven aproximose a Daniel tan elocuentemente que éste pudo percibir sobre su cuerpo, aunque invisibles, todas las formas de Sara: los dos pechos erguidos y provocadores, la ligera curvatura del vientre y el macizo pedestal de las piernas, levantando como un trofeo glorioso a la eterna belleza femenina. Y los dedos de Daniel comenzaron a explorar, como los de un niño irresoluto, los accidentes del paisaje.

—¿Puedo entender por esto que me quieres?

—Sí, sí —contestole Daniel en el colmo de la exaltación amorosa.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 183-185.

⁵⁷ *Ibidem.*

Mas de pronto pensó en Esther, que quizá a esta hora suspiraría en sueños por el novio fermentado y traidor...

[...] —¿Te aguardo mañana como hoy?

[...] La joven acudía a la cita [...] cada noche más ligera de ropa, más mujer, más vibrante, más seductora. [...] Sus dos pechos temblaban descubiertos [...] sus labios se prendían insaciables a la boca de Daniel, embriagándose de suspiros, y sus manos acariciaban con la curiosidad y el tacto de un ciego.⁵⁸

PASTORELA EN NAVIDAD

Llegó la Navidad y sus fríos. Don Alipio invitó a los muchachos a que por la tarde fueran a su casa “a picar buñuelos”, y por la noche hubo pastorela en el mesón de El Tulipán, y en ella, de lo que no querían perderse, Pito Pérez hacía “contumaz y sempiterno” el papel de Diablo con adulteraciones pintorescas en el diálogo:

—*Desde aquí los estoy tantiando*

pastores nalgas chorriadas...

Y los zagales, aleccionados por *El Pito*, respondían:

—*Anda a tantiar a tu madre,*

*jijo de siete tiñadas...*⁵⁹

Daniel comenzó a perturbarse por aquellas trasnochadas eróticas, dijo a su padre que quería casarse, se desvió de su novia Esther y llegó la última cita, antes de su regreso al colegio:

—Pídemelo que quieras, que cuanto quieras te daré —le dijo ella.

—No me olvides —contestó Daniel sollozando.

—Píde más...

—Que me ames constantemente.

—Píde lo que un hombre pediría a una mujer —insistió ella con voz tan suave que semejó un suspiro.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 190-198.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 201-204.

Daniel guardó silencio, asustado de aquella flama de carne que entre sus brazos tan inútilmente se consumía...⁶⁰

Lloroso, Daniel volvió al colegio, rodeado por el cariño de todos. Meses después fue a visitarlo Alfonso, uno de sus amigos, que le contó las novedades del pueblo. Don Vicente había muerto, “una mula le dio una patada en la barriga, y no dijo ni pío [...] Recordando el cariño que tú le tenías, tus amigos lo llevamos en hombros al camposanto”.

—Hombre, Daniel, te contaré también un chisme que por carambola te llega. Algo de una pariente política...

—¿Y qué es ello?

—Poca cosa. Que tu cuñadita Sara, la sobrina del señor cura, ha dado un resbalón tremendo.

Daniel se puso pálido y sus labios no pudieron articular palabra.

—Pues como te iba diciendo: la chica está embarazada y de un cura también, para que todo quede en familia. Del padre Soriano. Ella y él lo han confesado a su tío, y éste ha pedido a la Mitra que trasladen a otro pueblo al vicario.

[...] —¡Me quería embaucar para que sirviera de amigable compo-
nedor de honras —pensaba Daniel, sofocado por el coraje—y todo quizá
planeado y aconsejado por el mismo fraile seductor y farsante!

[...] ¡Somos un pueblo de inocentes, Alfonso! Nos roban, y besamos
la mano que nos quita lo nuestro; nos escarnecen y aún encontramos
medios de que se glorifique al escarnecedor; nos humillan y sonreímos
cobardemente [...] Pero un día llegará...

—No delires, Daniel. Ni llegará ese día ni en los pueblos somos tan
inocentes o tan malos como se nos supone. ¿Tú crees en la inocencia de
don Vicente? ¿Verdad que no? Pues así somos todos, y ahora me toca a
mí tomarlo a él como un símbolo. ¡El pueblo inocente! El pueblo ino-
cente no existe, ni ha existido jamás, porque todos los pueblos son obra
de los hombres que están sujetos a una dura ley: la carne...⁶¹

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 213-214.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 228-231.

MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE

De ésta que es la cuarta novela de José Rubén Romero, la edición inicial se hizo en Barcelona, en 1936. Aquéllos son los años de auge de la “novela de la Revolución” en México, y por su tema, *Mi caballo, mi perro y mi rifle* le abre la popularidad a su autor. Se traduce al portugués por la Editorial Athena, de Río de Janeiro, en 1938.

Su trama, como de costumbre, es sencilla. Comienza con retratos de familia, el padre, la madre y doña Concha, la criada antigua. El relator, Julián, es un niño débil y triste, pero que se restablece y normaliza. Va a una escuela de ricos que lo desprecian y hostilizan. Un encargo de la mujer del maestro, que trastorna, lo hace no volver más a esa escuela detestada. Y en su casa lo agobian con pequeñas y grandes tareas. Su erotismo se despierta y también el vicio de la lectura, a base de libros prestados. El padre muere y en el panorama casero se hace frecuente Andrea, amiga de su madre. Ella va a ser la protagonista de un incidente curioso y trascendental.

ANDREA, EL CANARIO Y JULIÁN

El que llamo incidente, que abreviaré, está contado por José Rubén Romero con una gracia maliciosa notable, y creo que es una de sus mejores páginas. Helo aquí:

Un día del caluroso julio, llovía a cántaros y Andrea cubría con lienzos las jaulas de los pájaros para resguardados. De improviso, un rito angustioso: “Julián, se me escapó un canario!” Ella lo llamaba cariñosamente y Julián trataba de cazarlo con el sombrero, pero el pajarito se les escabullía siempre. Fue cansándose poco a poco y se refugió en un rincón del corredor.

Andrea se acercó cautelosamente —prosigue el relato— y, echándole las faldas encima, lo apresó con ellas como dentro de una campana.

Sentose Andrea en el suelo sintiendo bajo su vestido el aleteo del pájaro.

—Cógelo, Julián —me dijo.

En busca del prófugo, metí las manos por entre las ropas de Andrea y mis dedos tropezaron con su carne tibia y temblorosa. Al contacto de mis dedos ella se estremeció y yo me turbé. Bajo la resolana de sus ojos se encendieron sus mejillas, mientras mis manos iban subiendo, subiendo, sin acertar con el canario.

—¡Nos ven, Julián!... —decía titubeante—. ¡¡Nos oyen!!

Pero la lluvia, con su orquesta, apagaba nuestros sollozos, y con sus hilos de cristal formaba un mosquitero en torno de aquel tálamo improvisado.

Y sin que nos diéramos cuenta, el ave se escapó.

El ritmo de nuestra vida no fue alterado por aquel acontecimiento; Andrea continuó sus visitas a mi madre, pero eludía estar a solas conmigo.⁶²

Cuando habían pasado dos o tres meses, una mañana Andrea entró al cuarto de Julián y sentándose al borde de su cama le dijo:

—Oye, Julián, sucede algo grave. ¿Te acuerdas del día que se nos fue el canario? Pues... estoy embarazada. [...] Hay que tomar una resolución que nos salve [...] Es preciso casarnos. —Pero mi madre se opondrá... —No hay que decírselo por ahora. Tú eres un hombre, Julián; tú no puedes dejarme así. Comprende que me echarán de la casa, que mi madre se morirá de vergüenza. ¡Tú eres bueno, Julián, y sabes, además que yo no me he entregado a otro hombre! [...] —Yo lo arreglo todo, tú no te preocupes por nada, Juliancito. Seguiremos cada uno en nuestra casa hasta que sea oportuno confesarlo a tu madre y a mi familia. Tú dime que sí, y yo cuidaré de los trámites del curato.⁶³

Julián accedió a cuanto le propusieron, y esa misma noche, Andrea le dijo: “Mañana a las cinco en la parroquia ¿eh? Y Dios te lo pagará”. El novio no concilió el sueño, y en la madrugada siguiente, en lugar de la alegría y la fiesta con que se celebran los matrimonios, él recorrió las calles con la única música de los gallos, sin velos ni azahares, y la boda fue en una

⁶² J.R.R., *Mi caballo, mi perro y mi rifle*, 4a. ed., México, Editorial Porrúa, 1945, pp. 52-55.

⁶³ *Ibid.*, pp. 56-57.

capilla solitaria, con un Cristo con la barba hundida en el pecho, “y la nariz de Andrea cuya sombra se alargaba en las paredes con un gesto fatal”. Oficiaron de padrinos el sacristán y una viejecita madrugadora.

Me parecía —dice el relator— que yo no era aquel hombre arrodillado [...] que... miraba sin mirar, oía sin oír y sólo pudo volverme a la realidad la voz grave del clérigo que me hacía generosamente esta dádiva: *esposa te doy y no sierva*.

Volví los ojos hacia Andrea y la vi llorar con mansedumbre.

[...] En la puerta del atrio ella se despidió de mí. Había en su rostro una expresión de victoria y en su voz parecióme escuchar como un clarín de mando:

—Tú te vas por allí, y hasta muy pronto.⁶⁴

“POR AI VIENE LA REVOLUCIÓN”

Julián, avergonzado, no sale de su casa en meses. Nace el hijo anunciado. Y un día doña Concha, la vieja criada, anuncia que “por ai viene la Revolución”, lo cual da una gran alegría a Julián quien explica:

Me da gusto que una fuerza superior a nosotros esté en marcha y pueda arrasar todas las cosas que yo odio. Deseo que haya revolución y que venga hasta nuestro pequeño mundo a remover viejas miserias.⁶⁵

Llegan los revolucionarios norteros y, en principio, sólo dos o tres hombres, junto con Julián, “se levantan en armas”. Uno de los alzados, Ignacio Oropeza, es ciego. Julián, ya soldado del regimiento del coronel Aurelio González, sigue viviendo en su casa, recibe su rifle y luego su caballo, que resulta “sobrado” y es difícil de domar. Se despide sin una lágrima visible de las tres mujeres de su casa y del hijo, al que no asustan, como al de Héctor y Andrómaca los arreos guerreros.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 58-61.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 87.

LOS GENERALES MICHOACANOS DE LA REVOLUCIÓN

José Rubén Romero reflexiona sobre la suerte de la Revolución en Michoacán, que no les fue favorable. Primero, el cañonazo que hizo perder una pierna al general Gertrudis Sánchez que “era muy valiente, pero el valor tendido en una camilla no infunde mucho miedo al enemigo”. Faltó unidad de mando, las armas y el parque escasearon y hubo un número excesivo de generales, “cada uno con su plan dentro de la cabeza, su incipiente vanidad [...] y su buena pichucha de ambiciones”.⁶⁶

Uno de sus generales, Valladares, tenía por todo regimiento a su asistente, y pudo tomar un punto de importancia, ¿Apatzingán o Coalcomán?, con una feliz estratagema, que le mereció en nombre de “El héroe de los gatos”. Pero otro de los generales michoacanos efectivos fue Joaquín Amaro, que sobre su potro *güinduri*⁶⁷ recorrió el estado entero para “mantener latente la llama votiva”.

Tuvimos generales —añade— presumidos, currutacos, como Martín Castrejón, que usaba uniformes grises, blancos, azules y sombreros de a cien pesos; generales como Mastache, que no temía ni al mismo diablo, pero temblaba delante de su mujer, tan alta y recia como un granadero [...]; generales como don Cecilio García con un ejército numeroso de parientes y un Estado Mayor formado por sus propios hijos. Tuvimos generales de división para eso de tomar cerveza, coñac y otros varios licores, como Rentería Luviano...⁶⁸ y sigue la enumeración pintoresca.

Uno de los revolucionarios explicaba así sus problemas:

—No tenemos parque. Dicen que el doctor Silva le pidió a Carranza y que éste no le hizo caso; que le habló de nuestra desorganización y el viejo lo dejó decir como quien oye llover y no se moja.⁶⁹

⁶⁶ *Ibid.*, p. 140

⁶⁷ *Güinduri*: Color de la caballería con una mancha grande en las ancas, sembrada de manchitas oscuras pequeñas.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 143-144.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 147.

ACCIONES REVOLUCIONARIAS

El grupo revolucionario en que iba Julián padeció hambre y sufría las lluvias de agosto y entonces comenzó a seguirlo un perro. Lo corría pero el animal perseveraba en su afición, hasta que al fin lo aceptó. El jefe del grupo revolucionario decide tomar por la fuerza a Ario, con una estrategia que recuerda la griega del caballo de Troya. Con ropas de mujer y de payasos se disfrazarían como si formaran una comparsa en los festejos del carnaval, y el jefe iría metido dentro de un torito de petate con las armas escondidas en la panza del torito. En Paracho compraron las guitarras y violines. Y en El Pinalito ensayan los versos de la mascarada del Torito.

¡Upa! Torito, ¿quién te torea?
Doña Juanita con su zalea...
¡Epa! Torito ¿quién te agasaja?
Doña Chepita con su sonaja...

¡Alza, torito, color de canela.
Sube a la cama y apaga la vela!
¡Epa, torito, bríncate las trancas,
levántale a Chucha las enaguas blancas!
Baila de gusto, camina de prisa,
Pa que le rompas también la camisa.

Un hombre del pueblo preguntó por curiosidad al de la bandera:

—¿De *onde* viene la mojiganga?

—De La Chuparrosa —contesté apresuradamente.⁷⁰

En la plaza no cabía un alma y se hacía el paseo con el protocolo acostumbrado. De pronto, el toro de petate se introdujo en una tienda del portal “y todos nosotros lo seguimos. Aurelión [el jefe] tiró la armazón y los músicos los instrumentos [...] como por encanto, salieron las carabinas y los primeros tiros rasgaron el aire.

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 159-162.

—¡Viva la revolución! ¡Mueran los asesinos de Madero!⁷¹

Sólo diez hombres eran aquellos chiflados que se oponían a sesenta pelones que, además, tenían una ametralladora, “que nos podía hilvanar a tiros como una máquina de coser”.

Al doblar una esquina vieron a un hombre solitario que iba dando traspies y blandiendo un garrote. Era don Ignacio el ciego que gritaba: “¡Abajo los ricos! ¡Vivan los pobres, los po...” Pero las balas lo detuvieron y quedó tendido “andrajoso, ensangrentado, sucio, como el Cristo de todos los tiempos”.

Los demás, salieron a las orillas del pueblo y se perdieron entre las sombras del monte.⁷²

En un amanecer, los guerrilleros tomaron la guarnición de la rica estancia de Villachuato. Sorprendidos, los *juanes* corrían por los corredores sin encontrar salida. De un cuarto salió un hombre a medio vestir y tras él una mujer, casi desnuda, chillando desesperadamente: “¡No salgas, Pedrito porque te matan!”

Detrás de la mujer sonó un disparo y su cuerpo doblóse sin violencia, como una espiga bajo la hoz. El hombre quedó descubierto y entonces le apunté con mi rifle, pero Aurelio le dio tan fuerte culatazo que soltó la pistola y cayó de rodillas delante de nosotros.

[...] —Éste es el teniente —dijo el campesino, señalando con un dedo al mentado Pedrito.

—Acaba de asesinar a esta mujer —agregué yo, mirando aún con cierta codicia aquel hermoso cuerpo inanimado.

[...] —¿Tú eres el jefe de los federales? ¿Por qué mataste a tu mujer?

—¡Para que no la ultrajaran éstos! —respondió el asesino lívido por la rabia, señalándonos con una mueca. —¡Fusílenme! ¡Péguenme un tiro!⁷³

Hubo su préstamo forzoso con el administrador, que se redujo a quinientos pesos, tomaron todas las armas y destruyeron el teléfono. Cuando

⁷¹ *Ibid.*, pp. 162-163.

⁷² *Ibid.*, pp. 163-166.

⁷³ *Ibid.*, pp. 168-170.

salieron por la mañana llevaron a Pedrito, el preso, quien seguía pidiéndoles que lo mataran: —“Quédate en paz... si puedes, que ya estás bien castigado —repuso el coronel, metiendo espuelas”...⁷⁴

EL RELATOR HERIDO

Y como no hay boda sin tornaboda, bien poco nos duró el galardón ganado en Villachuato.

Cerca de Huaniqueo hay una cañada angosta y sombría que tiene por nombre El Clarín [...] Aquel día no hicimos más que asomarnos por su garganta, cuando aparecieron detrás de una cerca de piedras los odiados quepises. El humo de una descarga, a quemarropa, tendió una cortina de tul entre nosotros y la línea del enemigo.

[...] Yo aflojé la rienda a mi caballo y eché a correr vergonzosamente [...] sin más preocupación que la de poner a salvo la existencia.

[...] Salté una cerca de morillos, brinqué un vallado que parecía la boca de un viejo *molonque* y burlón [...] En esto, mi caballo dio un respingo terrible y yo sentí un golpe en el muslo derecho, como si me hubieran pegado un garnucho. Seguí corriendo, sin cuidarme del golpe, hasta que sentí que la pierna se me adormecía y que se me nublaban los ojos. Me palpé la parte del agudo dolor y mis dedos se bañaron de sangre caliente. —Ya me amolaron —pensé con tristeza y el recuerdo de mi hijo, de mi madre y de mi mujer me exprimió el corazón como si fuese una esponja [...] Caí del caballo, quedé exánime y así estuve horas y horas, reclinado en el seno amoroso de la muerte [...] Hice un ligero ruido al intentar levantarme de nuevo y una cabeza se irguió a mi lado: la de mi perro. Sus ojos me miraron con ternura.⁷⁵

A continuación, el autor pone una conversación imaginaria entre su perro, su caballo y su rifle, cavilando sobre sus sentimientos en vista de la triste situación de su amo. En su *Breve historia de mis libros*, José Rubén Romero cuenta que don Federico Gamboa le dijo:

⁷⁴ *Ibid.*, p. 175.

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 177-181.

—Cayó usted en un tema poco original, en el de hacer hablar en su libro a los animales.

—Es verdad, reconozco que la idea es vieja, pero los hombres en la actualidad ya no hablan, se dedican a beber, a bailar y a jugar tennis...⁷⁶

Como el Demetrio Macías de *Los de abajo* de Azuela, al Julián de *Mi caballo, mi perro y mi rifle*, de José Rubén Romero, medio muerto, lo encuentran unos campesinos, que al ver llegar al rancho “una bestia de vacío”, deciden ir a buscar al muerto para que no se lo coman los coyotes. Los labriegos generosos se llaman Rafaelés ambos, traen una tabla sobre la que ponen al herido que cubren con una cobija. Lo llevan a su choza donde la mujer, también Rafaela, le limpia la herida y comienza a curarlo con jugo de limón *criolina*. El joven va al pueblo a traer medicinas y noticias. El herido se cura lentamente y, mientras tanto, Julián descubre la generosidad sencilla de aquellas gentes que renuncian a sus alimentos para que él se fortalezca. Julián decide mandar noticias a su gente. Va don Rafael, el viejo, en su burrito, sin llevar carta escrita. Vuelve a la semana con dinero, regalos y una carta de Andrea escondida con malas noticias: los federales catearon la casa, incendiaron el molino y la madre decidió vender las tierras: “Vente ya, deja la compañía de esos hombres, ríndete por amor a tu hijo y a este par de viejas que tanto te quieren.”⁷⁷

Despedime de todos con ternura. A doña Rafaela furtivamente le besé una mano; a Rafaelito le di mi machete, como un recuerdo, y a don Rafael, debajo de la almohada, le dejé cincuenta pesos en billetes de banco. En otra forma no los hubiera recibido.⁷⁸

Viajó a Tacámbaro donde encontró a sus colegas revolucionarios y pasó unos días de canto y tamboreo. Y allí recibe noticias de su casa. Su madre está enferma de gravedad. Se disfraza de pobre y emprende el viaje acompañado por Ramiro. Cuando llega a su casa, su madre ya está muerta, Andrea lo recrimina y doña Concha lo consuela:

⁷⁶ J.R.R., *Breve historia*, pp. 37-38.

⁷⁷ J.R.R., *Mi caballo, mi perro y mi rifle*, op. cit., p. 207.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 208.

—No hagas aprecio a tu mujer [...] Tu mamá, ¡la inocente!, sufrió mucho con tu ausencia; con la quemazón del molino y con la venta de las tierras: pero Dios sabe que nunca te inculpó y que se fue porque ya le tocaba. En estos últimos tiempos tu mujer la hacía sufrir quejándose de un hilo: que si Julián nos dejó, que si no cumple como esposo, ni como padre, ni como nada.

[...] Me puse en pie y la viejita, con sus manos temblorosas, arrimó a la pared la escalera del tapanco.

—¿En dónde la tendieron?

—En su pieza.

—Quiero verla desde arriba.

—Sube, sube. ¡Desde lo alto, ella será la que te vele!

[...] Me acomodé sobre un costal vacío, con la cabeza hundida entre las manos.

Percibía claramente la voz de Andrea, infatigable para relatar los postreros momentos de la muerte.⁷⁹

Abandonó Huerta el país como un rufián a una mujer violada, y a su huida quedaron huérfanos de padre los ricos y los aristócratas.

¡¡Ganamos!! Fue el grito que cundió por todos los ámbitos de la Patria.

Pero el relator se da cuenta de que los autores de la Revolución siguen miserables y que los ricos están otra vez al lado de los poderosos. Baja de su caballo y arroja con violencia el pesado rifle que se dispara al chocar contra las piedras, y una bala “fue a destrozar el cráneo de mi perro. Mirándolo rodar sin vida, exclamé lleno de congoja: ¡Mi perro! Hubiera querido gritar con el dolor enorme de mi alma: ¡Mi carne, mi pueblo, que la revolución ha hecho pedazos para que los caciques sigan mandando”.⁸⁰

LA VIDA INÚTIL DE PITO PÉREZ

Desde sus primeras novelas, *Apuntes*, *Desbandada* y *El pueblo inocente* aparece la figura estrafalaria de Pito Pérez, como una de las comparsas in-

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 224-227.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 241-242.

dispensables en gallos y paseos pueblerinos. La otra figura de acompañamiento, más grave y noble, aunque también alcohólica, es el viejo Vicente, el mozo que va a recibir a la estación del tren al escolar que vuelve a vacaciones al pueblo y el que lo acompaña en los encuentros nocturnos con la apasionada Sara. Pero este don Vicente muere al fin de *El pueblo inocente*. Y Pito Pérez sigue vivo para ser el protagonista de la quinta novela de José Rubén Romero.

La vida inútil de Pito Pérez es la primera novela picaresca mexicana moderna. Con *El periquillo sarniento*, de Fernández de Lizardi, de 1816, un retoño mexicano de la novela picaresca española, se inicia nuestra literatura novelesca en la línea popular. Algo más de un siglo más tarde, José Rubén Romero refrenda los éxitos de público de sus cuatro primeras novelas, con esta quinta que se publica por primera vez en México (Editorial México Nuevo), en 1938, en el año nacionalista de la expropiación petrolera y cuando su autor cuenta 48 años. Además, este libro abre el camino a la otra novela picaresca de estos años, *El canillitas*, 1942, de Artemio de Valle Arizpe, que prefiere el fin de la colonia en la ciudad de México, como ambiente de su novela. El *Pito Pérez* de José Rubén Romero tiene como ambiente los pueblos de la Tierra Caliente michoacana hacia los años veinte. Su protagonista nació en Santa Clara del Cobre y su nombre original era Jesús Pérez Gaona, y como lo refiere él mismo, su apodo le vino de un pito de caña, que labró y tocaba constantemente. Pito Pérez se vestía como una caricatura del fífi de la época, con restos de elegancias, envejecidas, rotas y sucias. Bebía toda clase de alcoholes y tenía unas hermanas extravagantes, cierta cultura y gusto por el lenguaje prosopopéyico. Sus trapacerías y su fama lo hicieron conocer numerosas cárceles y hospitales de los pueblos que frecuentaba.

EL ARTIFICIO DE ESTA NOVELA ES SENCILLO

El autor sube a la torre de la iglesia de su pueblo para contemplarlo y allí encuentra a Pito Pérez, quien le dice que está allí para:

Acercarme más a mi pueblo, para recogerlo con los ojos antes de dejarlo, quizá para siempre; para llevarme en la memoria todos sus rincones; sus calles, sus huertas, sus cerros. ¡Acaso nunca más vuelva a mirarlos!⁸¹

El novelista le pide que le cuente cosas de su vida; no puede ahora porque tiene una cita con un amigo. Y le propone cerrar un trato: se verán allí todas las tardes “y yo le pagaré su conversación, al bajar de la torre, con una botella”,⁸² de aguardiente, precisan.

Pito Pérez acepta y así se va forjando el libro: su origen, su madre que no lo amamantó, su primera ocupación como monaguillo, sus compañeros, “San Dimas” y las limosnas, el origen de su apodo, la historia del pilón de azúcar, al servicio del gordo boticario y de su mujer que le pide masajes para calmar sus dolencias y lo que de ello ocurre, su preferencia por los pueblos chicos, va a La Huacana y encuentra al padre Pureco, su antiguo amigo a quien ayuda en sus tareas, como a sus sermones le faltan latines, Pito Pérez se los recuerda, va a Santa Clara a visitar a su familia, parecidos de los animales y ciertos hombres, elogio de Pátzcuaro, amoríos, “¡Pobrecito del diablo, / qué lástima le tengo!”, sus amores con Chucha, le encarga a don Santiago que la pida para casarse, pero el viejo la pide para él; a doña Cliseria, y a su sobrina Soledad les hace las cuentas del maíz que venden, pero Soledad se casa con el receptor de rentas, Pito Pérez asiste a la boda y dice versos maliciosos:

El pueblo lo felicita
por la mujer que se lleva
es dadivosa, bonita,
diligente, y casi nueva.

Tiene un lunar en el pecho,
barbas en las pantorrillas
y verá usted, satisfecho,
que ya no tiene cosquillas.

⁸¹ J.R.R., *La vida inútil de Pito Pérez*, 7a. ed., México, Antigua Librería Robredo, 1944, pp. 12-13.

⁸² *Ibid.*, p. 20.

Le huelen mal los sobacos,
 si seguido no se baña.
 Al fin de los arrumacos
 gime, muerde, grita, araña.⁸³

El reciente marido se vengó dándole un botellazo, las cárceles que ha conocido por borracho y travieso, no por asesino; mala comida en las cárceles que ya no la da el Gobierno, comparte las de los otros presos a cambio de pequeños servicios; las causas de sus prisiones: repicar las campanas de su parroquia para anunciar su llegada, salir a la calle envuelto en una sábana y coronado de flores; en una cuaresma le tocó ser crucificado, y cuando se caía de la cruz pidió que lo descolgaran y no le hicieron caso; el mucho calor de Morelia en mayo y desfile de los personajes de la ciudad: la abuela, el Notario, el deán, don Mónico y su grandilocuencia, y Pito Pérez con sus campanas (excelente capítulo —pp. 141-153— quizás el mejor de este libro). Pito Pérez ahora vende campanas:

para que mi garganta no se estropee pregonando la mercancía y para mantener inmarcesibles los recuerdos de mis peregrinaciones por nuestro amado Michoacán. ¿Me explico bien? Fíjese usted: cada una de las campanas lleva una inscripción: el nombre de algunos de nuestros pueblos, o los nombres de las campanas de esos mismos pueblos. Y cuando camino por las calles, sudando bajo el peso de mis canastos, las oigo dialogar entre sí de lo que han visto y de lo que han vivido.

[...] ¡Campanas de Michoacán, repicad todas a vuelo, porque pasa Pito Pérez, glorioso con su miseria y altivo con sus harapos!

—Es usted un carillón humano.

[...] los marchantes dicen con cierto retintín burlesco:

— “Pito Pérez va borracho”.

—¡Borracho voy, en verdad, pero de recuerdos, riendo, llorando, blasfemando y cantando, como en los días de mi lejana juventud!⁸⁴

⁸³ *Ibid.*, pp. 111-112. En este tema de la venganza del amante frustrado tiene cierto paralelismo con una curiosa novelita de Martín GÓMEZ PALACIO, *El potro*, 1940.

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 148-151.

El siguiente capítulo está dedicado a los hospitales que lo han recibido y a sus pintorescos y atroces personajes, como la enfermera Pelagia que repartía medicinas a capricho, y a Pito Pérez le dedicaba los lavados intestinales.

En cierta ocasión, Pito Pérez se sintió árbol y dejó que las hormigas treparan por su cuerpo y los pájaros anidaran en sus frondas. Otra vez, se sintió “camisón de dormir de una mujer hermosa”, otra lanzó su puñal al cielo y “rasgó las cortinas del firmamento”. En sus últimos días, Pito Pérez dormía con un esqueleto femenino que llamaba la Caneca, y elogiaba su limpieza y su discreción.

Murió Pito Pérez y dejó un testamento resentido y orgulloso:

Fui Pito Pérez: ¡una sombra que pasó sin comer, de cárcel en cárcel! *Hilo lacre*: ¡un dolor hecho alegría de campanas!

Fui un borracho: ¡Nadie! Una verdad en pie: ¡qué locura!⁸⁵

El breve libro de José Rubén Romero llamado *Algunas cosillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero* (1945), de la Colección Lunes que publicaron los hermanos Pablo y Enrique González Casanova, no añade nada notable a *La vida inútil*. La 7a. edición de este libro lleva capitulares con dibujos, discretos y anónimos.

En este mismo año de 1945 apareció una edición de lujo de *La vida inútil*, como “Novena edición en español” (31 x 23 x 4 cm.), de 1 550 ejemplares en papel offset, encuadernado en tela y con abundantes ilustraciones de Benjamín Molina. Éste, un buen dibujante, puso al final de esta edición una “Bibliografía gráfica y crítica” en la que expresa su gran admiración por la “profunda raigambre humana” del libro de José Rubén Romero y da noticia de las apariciones de Pito Pérez en las primeras novelas de José Rubén Romero.

El cine no descubrió las posibilidades de las visiones pueblerinas y revolucionarias de nuestro novelista, pero sí las de su personaje picaresco. Un lustro después de su aparición en libro, y con su mismo título (1943) fue el tema

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 184-185.

de la mejor película de su director, Miguel Contreras Torres, en la que “se lució Manuel Medel en el papel principal –un filosófico vago pueblerino”.⁸⁶ El éxito de esta película atrajo otra versión, dirigida por Juan Bustillo Oro, con el nombre de *Las aventuras de Pito Pérez* (1956) e interpretado por *Tin Tan*, “con inteligencia y disciplina”,⁸⁷ cuando ya el autor había muerto.

LOS LIBROS DE VERSOS Y LOS MISCELÁNEOS

Nuestro autor fue un versificador precoz. Aún en su adolescencia, a los dieciocho años, publicó en Sahuayo, Michoacán, en 1908, *Fantasías*. Sonetos, con un prólogo de Crescencio Galván y González. Recuerda José Rubén que vivía en Sahuayo, “con mis 17 años a cuestras, plenos de melancolías y de suspiros a la Luna, sin otro trabajo a que atender, que el de encontrarle consonante a la palabra indio”; dice que este primer libro estaba “compuesto de sonetos enneasílabos y sonetillos de ocho sílabas, en los que cantaba al mar, narrando todas sus bellezas. ¡Sus bellezas que no conocía”, y que el libro se imprimió en papel ministro rayado, por no haber en el pueblo de otro tipo, “y el único ejemplar que poseo, duerme, quizás mareado aun con el vaivén del oleaje, en la vieja bolsa de terciopelo en donde mi madre guardaba sus documentos más preciados”.⁸⁸ “No se conoce ningún ejemplar”, dice la Bibliografía de las *Obras completas* (México, 1957, p. 835).

De las dos siguientes, *Rimas bohemias*, Sonetos (Pátzcuaro, 1912) y *Hojas marchitas* (Pátzcuaro, 1912) nada comenta su autor, y del cuarto, *La musa heroica* (Tacámbaro, 1915) dice que es “una colección de poemas patrióticos en donde se apura hasta el último consonante en Hidalgo y en Morelos. Y como la fuerza de él obliga –me refiero al consonante– hago correr al enemigo como un galgo para que rime con el apellido del padre de nuestra Independencia”.⁸⁹

⁸⁶ Emilio GARCÍA RIERA, *Breve historia del cine mexicano, Primer siglo 1897-1997*, varios editores, México, 1998, p. 133.

⁸⁷ *Op. cit.*, p. 220.

⁸⁸ J.R.R., *Breve historia de mis libros*, La Habana, La Verónica, 1942, pp. 17-18.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 19.

Silencio sobre *Alma heroica* (Tacámbaro, 1917), que es un breve homenaje a Tacámbaro y “Recuerdo a los miembros del Club Liberal Salvador Escalante”.

Sobre *La musa loca*, con prólogo del ingeniero Agustín Aragón (Morelia, 1917) dice su autor que “ya fue un libro serio”. Comentan que su prologuista lo comparaba con Roa Bárcena “por aquello de haber sido ambos comerciantes al par que poetas. ‘Rubén escribe sus versos –dice el maestro Aragón– mientras despacha la manteca y los frijoles’. No es de extrañarse, pues, que mi poesía de aquella época resultara tan sustanciosa y, quizás por esto, la edición se agotó”.

La edición de *La musa loca* se vendió totalmente en la Librería de Gassió [...] pero con el transcurso de los años descubrí el secreto de aquel éxito literario. Una mujer que me amaba compró todos los libros, uno a uno, desde la sombra discreta de su modestia, y, cuando ella murió se hallaron los ejemplares polvorientos y tristes escondidos dentro de un cajón.⁹⁰

Sentimental, publicado ya en México, en los Talleres de Herrero Hermanos, en 1919, adornado con viñetas y capitulares, no mereció ningún comentario de su autor. Me llama la atención el poema “Para un rival” en el que reta a un español que trató de seducir a la novia del autor que volvía de un viaje:

¡Oh, ibero iluso cuyo nombre ignoro,
si quieres acercarte a mi tesoro,
te estrellarás en mi soberbia indiana!

Tacámbaro, se publicó en México, en 1922, y luego lo reprodujo junto con *Versos viejos*, en 1939. Del primero de estos libros se ocupa ampliamente en la *Breve historia*:

El peregrino ingenio de José Juan Tablada impuso en México la moda del Hai-Kai. Alguna vez he referido la historia de este pequeño libro

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 20-22.

hilvanado de prisa, pero copioso de sinceridad. En su prólogo hízome decir Genaro Estrada que yo seguía las huellas de Jules Renard. Ahora voy a hacer, delante de ustedes, una rectificación: por aquel entonces no había leído a Jules Renard, pero no quise confesarlo porque me pareció un crimen de lesa cultura. Con *Tacámbaro* obtuve un éxito literario y otro político. Por primera vez las revistas de México se ocuparon de mí; alcancé la sonrisa protectora de algunos críticos: me escribió Gabriela Mistral, Díez-Canedo, y después, Gutiérrez Cruz me llamó su “maestro”.

El éxito político consistió en que un presidente de la República —Álvaro Obregón— aprendiera mi libro de memoria, parodiando mis versos ingeniosamente. Lástima que tales parodias no pueden repetirse aquí porque barrenarían los oídos de la concurrencia, que supongo castos. Contaré, además, para confirmar nuestra ingenuidad pueblerina, que un primo mío, después de leer una estrofa que dice:

—Buscando huevos de gallina
por los rincones del granero,
hallé los senos de mi prima.

escribiome, indignado, preguntándome a cuál de sus hermanas me refería.⁹¹

Dice José Rubén que algunos de sus hai-kais conservan la “manera tradicional, otros, solamente como una reminiscencia de esos poemas sintéticos” y, como lo indica el título del libro, también el aroma pueblerino. Además del pícaro ya citado, recordamos otros de estos breves poemas:

JARIPEO
Día de oro.
La reata cierra su interrogación
en los cuernos del toro.

EL NOVIO
De la noche en la niebla
tu cigarro encendido
es un cocuyo que amoroso tiembla

⁹¹ Breve historia de mis libros, *op. cit.*, pp. 25-26.

SEMANA SANTA
Llora la chirimía
y Jesús, por oírla, prolonga su agonía.

Y de los *Versos viejos*, de un poema de 1909 en que desde su adolescencia se había animado a expresar su erotismo:

Cierro los ojos y veo
dentro de mi cerebro rudo
lo que forjó mi deseo:
tu cuerpo blanco y desnudo.

Y pienso así. ¡Quién pudiera
palpar, de emociones lleno
la curva de su cadera,
la redondez de su seno!

¡Y quién, exangüe quedara
suspirando como un niño
sobre el mármol de Carrara
de tu vientre hecho de armiño!

(“Invocación”, 1909, en *Versos viejos*,
4a. ed., 1949, pp. 93-94)

(El profesor hace notar la incongruencia de decir que el vientre es a la vez de mármol, duro, y de armiño, sedoso.)

Además de estos libros de versos sentimentales, cívicos, humorísticos, provincianos y eróticos, y de sus novelas de inspiración provinciana, que le darían fama, José Rubén Romero escribió otros libros de tema diverso.

Su fantasía *Anticipación a la muerte* (1939) queda fuera del marco provinciano pero no del humor de su autor que aquí hace una especie de confesión y de burla de su propia muerte⁹² con la misma gracia que preside sus libros menos macabros. Me gusta la cordialidad con que evoca a sus amigos que llegan a su entierro: Artemio de Valle Arizpe, Alejandro Qui-

⁹² Le quedaban aún 13 años de vida, pues murió el 4 de julio de 1952, apenas a los 62 años. Fui a su entierro en el Panteón Francés de la Piedad, con muchos políticos y algunos escritores.

jano, Genaro Fernández Mac Gregor, y “tres terribles comunistas”: Ermilo Abreu Gómez, Manuel Antonio Romero (quien bajo el seudónimo de “Gastón Lafarga” escribió un buen estudio sobre *La evolución literaria de José Rubén Romero*, México, 1939) y Alicia Reyes.⁹³

Es un crítico severo de su poesía de la que dice:

De los libros de poemas que dan el saldo lírico de mi juventud, sería difícil extraer un solo verso limpio, inspirado y profundo. Mi musa comía con los dedos y se limpiaba en el delantal.⁹⁴

Y abomina del frontón, que era uno de sus vicios:

¡Oh, Frontón, fábrica levantada con mis lágrimas, horno de mis alegrías [...] En las aguas de ese estanque sin fondo tiré mis monedas, mirando embobado cómo la miseria ensanchaba en mi vida sus círculos concéntricos.

Del mismo año que el anterior es la seminovela, *Una vez fui rico* (1939), que cuenta el despilfarro que hace un oficinista cuyo padre le deja una fortuna en centenarios de oro.

Como al parecer lo único que quiere el nuevo rico es volver a ser pobre, pronto lo consigue. Nunca se le ocurre invertir y sólo gastar en trajes, chucherías, viajes, y en la jugada. Tiene, además, una amante para cada día de la semana y, como en casi todos los libros de José Rubén Romero, en éste también hay un buen relato erótico, con María Inés, la antigua mecánografa cuando trabajaba en el Ministerio.⁹⁵ Es un libro prescindible.

Rostros (1942) es más interesante. Su autor fue hombre de muchos puestos burocráticos y sus actividades diplomáticas y académicas lo hicieron escribir. Abre este libro una discreta conferencia intitulada *Breve historia de mis libros*, que leyó su autor ante las mujeres del *Lyceum* y *Lawn Tennis Club* de La Habana, el 28 de abril de 1942, cuando era embajador de México en Cuba. Es un librito hermoso que le editó Manolo Altolaguirre en su

⁹³ J.R.R., *Anticipación a la muerte*, 33a. ed., México, 1943, pp. 62 y 64.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 123.

⁹⁵ J.R.R., *Una vez fui rico*, 3a. ed., México, Editorial Porrúa, 1946, pp. 124-133.

imprensa La Verónica, adornado con notables dibujos de José Rubén, por un artista anónimo. La he citado a menudo.

ACTIVIDADES DIPLOMÁTICAS Y ACADÉMICAS

Ingresó a la Cancillería en 1921 como jefe del Departamento de Publicidad y luego del Administrativo. En 1930 el presidente de la República, Pascual Ortiz Rubio, su paisano y amigo –y de quien había sido secretario particular cuando fue gobernador de Michoacán (1917-1920)– lo nombra cónsul general en Barcelona, en donde publica su primer libro en prosa, *Apuntes de un lugareño* (1932). Vuelve a México para ser director del Registro Civil (1933) y regresa a Barcelona en 1935. Publica su novela *El pueblo inocente* por cuyo mérito ingresa en la Academia Mexicana de la lengua, el 20 de agosto de 1941, como miembro correspondiente, con su hermoso discurso “Semblanza de una mujer” –la madre de José Rubén–. Regresó a México para asistir al homenaje de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), el 19 de abril de 1937, en el que participaron José Mancisidor, Rafael F. Muñoz, Genaro Fernández Mac Gregor, Alejandro Quijano y “Gastón Lafarga”. En este último año es nombrado embajador en Brasil, y en Río de Janeiro escribió *La vida inútil de Pito Pérez* (1938). Fue transferido a la embajada en Cuba (1939-1944) donde publicó la *Breve historia de mis libros*, antes mencionada. Al iniciarse 1943, la Universidad de Michoacán entró en conflicto; los bandos aceptaron el arbitraje del presidente de la República quien propuso como rector a José Rubén Romero. El 14 de junio de 1950 la Academia Mexicana lo ascendió a miembro de número, y pronunció un discurso intitulado “Mis andanzas académicas”,⁹⁶ en el que hace un sabroso repaso de sus compañeros académicos, al que contestó el director Alejandro Quijano. A su recepción asistió el presidente de la República, Miguel Alemán. Al fin de la sesión, José Rubén Romero “dio lectura a una proposición del propio gobernante para que se celebrara en la ciudad de México, por cuenta del gobierno, un Congreso de

⁹⁶ Este discurso y “Cómo leemos el Quijote” no figuran en *Rostrros* sino en las *Obras completas*.

Academias de la Lengua Española”, el cual se celebró del 23 de abril al 6 de mayo de 1951 y en el cual el académico Romero pronunció el discurso de clausura.⁹⁷

JOSÉ RUBÉN ROMERO EL COLONIZADOR

No quedan muchas huellas protocolares de los años diplomáticos de nuestro autor. En cambio, él mismo recordó algunas escenas de sus andanzas como colonizador. En uno de los buenos pasajes de *Anticipación a la muerte* recordó que:

aposentó sus tribus y comió tortillas y tamales en todas las ciudades del mundo, a semejanza de sus antepasados los arrieros de Cotija, que transportaban como un tesoro inestimable, a lomo de mula, todos los aparejos de su hogar.

¡Cuántas cosas pintorescas pudiéranse referir de sus peregrinaciones por tierras extrañas!

En La Coruña, un librero de la Rúa Nueva ofrecióle, como una novedad, el libro de un americano “burlón y atrevido” —*Apuntes de un lugareño*— que él compró sin descubrir su identidad de autor.

En Santiago de Compostela siguió durante todo un día, por portales estrechos y por plazas lluviosas, una estudiantina que celebraba el carnaval; y cuando él les obsequió unos duros, fue la comparsa la que lo siguió a él.

En Madrid, se detenía en las esquinas para estudiar el diálogo de sainete —¡oh, don Ramón de la Cruz!— entre la castañera y el sereno: en Barcelona bastó sardanas con las mozas del paralelo; hizo tertulia en el “Forn de Sant Jaume” ante un público embelesado por las maravillas que contaba de sus tierras americanas.

En París visitó el Museo del Louvre durante algunos días y al contemplar la imagen de la Mona Lisa se le escapó esta exclamación plena de humanidad:

⁹⁷ Antonio CASTRO LEAL, “Prólogo”, José Rubén Romero, *Obras completas*, México, Ediciones Oasis, 1957, p. xviii. Estos dos discursos se encuentran también en la *Memoria del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española* celebrado en México del 23 de abril al 6 de mayo de 1951, Comisión Permanente del Congreso de Academias de la Lengua Española, México, 1952.

—Decididamente soy un hombre vulgar: de las mujeres necesito algo más que una sonrisa.

[...] En Cuba hace amistad con un negrito vagabundo de ocho años con quien pasa largas horas charlando:

—Oye tú, chico, ¿qué puedo hacer pa que cuando tú te vayas me nombre tu paí Embajadó, aunque sea nego?

—Primero crecer; después, amar mucho a México. El color es lo de menos.

Su sinceridad estalla en libros que pronto se hacen populares —¿por qué?, porque nacieron de la entraña misma del pueblo y fueron escritos para el pueblo mismo.⁹⁸

El ensayista mexicano Andrés Iduarte lo visitó en su consulado general en Barcelona —“que estaba en la esquina de la Rambla de Cataluña y la calle de Córcega”— en 1936. Y dice que alguna vez tuvo “el privilegio gastronómico de sentarse en su fabulosa mesa”:

No se trata sólo —añade— de un paladar enriquecido, sino también del corazón, porque era una alegría hallarse tan lejos de México con familia tan mexicana. Por encima de las delicias que hubieran asombrado al mismo Bernardo de Balbuena, estaba la conversación suave y graciosa, medida y aguda de los dueños de casa y de sus hijos, y la voz y el acento dulcísimo de criadas michoacas que manejaban, con verdadero primor, molcajetes y molinillos.⁹⁹

ROSENDA UNA NOVELA HERMOSA

Después de los tres grises libros misceláneos que se han expuesto, José Rubén Romero se despide de las letras en 1946 con su mejor libro, *Rosenda*, su novela más afortunada y perfecta. Con recuerdos personales, en el ambiente pueblerino que amaba y en uno de los estilos narrativos más sobrios de la novelística de estos años, crea poéticamente un personaje lleno de sencillez y congruencia que enaltece los rasgos de la mujer mexicana.

⁹⁸ J.R.R., *Anticipación a la muerte*, op. cit., pp. 90-93.

⁹⁹ Andrés IDUARTE, *Pláticas hispanoamericanas*, Obras de A.I., vol. V, gobierno del estado de Tabasco, Villahermosa, ICT Ediciones, 1993, pp. 67-68.

He aquí la historia. En un pueblo michoacano Salustio habla con el narrador para pedirle que vaya a casa de su novia y la pida para casarse con ella. El narrador acepta, averigua la dirección del suegro, don Ruperto Ortiz, en Pino Solo, y le pide a su compadre Perea que lo acompañe a pedir la mano de Rosenda, “una hija potrancona de pelo alazán”, como la describe un peón. Don Ruperto los recibe, pero al conocer el negocio que llevan, se pone rojo y les dice que no tiene noticia de que la muchacha tenga relaciones con nadie. Llama a la muchacha —“el color limpio y fresco, el pelo en dos trenzas anudado sobre la nuca con una cinta roja, vestía el típico traje de las campesinas de Michoacán: castor colorado de lana, mandil, blusa de percal y zapatos de dos orejas con resortes”.

El padre le informa el negocio que llevan los señores, ella dice que sabe el propósito de Salustio y él le pregunta si está decidida a casarse sin su consentimiento. Ella dice “sí” y su padre le dice que no le perdonará este bochorno y añade “no te quiero tener más en esta casa; conquese coge tus trapos y vete con estos señores”.

—Óigame don Ruperto —interrumpí—, yo no estoy autorizado por el novio para llevármela.

[...] —Usted vino a pedirla, ¿no es así?, pues usted se la lleva y quedamos en paz.

[...] Yo dije a mi compadre Perea en voz baja:

—Es la primera vez que esto me sucede, y he pedido muchas novias. ¡Qué gente tan rara! Me dan la muchacha como se entrega una res. Y ahora, ¿qué hago?

[...] En silencio nos desprendimos de la casa.

Rosenda iba delante con un aire sereno que nosotros no compartíamos.

[...] Por primera vez busqué los ojos de Rosenda y hallé que los tenía grandes y verdes, verdes, con un verde tranquilo de mar.¹⁰⁰

El narrador decide acomodar a la muchacha en casa de la costurera doña Pomposa, que acepta el encargo. Sigue a su tienda, donde encontró a Salustio a quien informó lo ocurrido. No contestó ni una palabra y se fue.

¹⁰⁰ J.R.R., *Rosenda*, México, Editorial Porrúa, 1946, cap. III. pp. 38-40.

Doña Pomposa, por encargo de Rosendo trató de averiguar el paradero de Salustio: se había ido del pueblo.

El domingo siguiente el narrador ve al viejo en el mercado, se acerca a él y comienza a hablarle de su hija: “—Yo no tengo ninguna hija —le contesta—. Salió muerta de mi casa y no quiero acordarme de ella”.¹⁰¹

Ni el narrador ni doña Pomposa se atreven a decirle a Rosenda lo dicho por su padre, y el narrador comienza a enviarle zapatos y medias. La muchacha no sale de la casa y se dedica a ayudar a la doña; acepta ir con ella a la plaza. Y el narrador va interesándose por ella. Una tarde va a visitarla. “¿Qué piensas hacer? —pregunté. —Lo que usted mande. —¿Volverías a vivir con tus padres? —Ellos no me quieren. —¿Y Salustio? —A ése, no lo quiero. —¿No quieres a otro? Rosenda me miró como si adivinase el alcance de mi pregunta, y sin ninguna turbación repuso —A usted ya lo quiero.”¹⁰²

Cuando le pregunta si tiene algún deseo, ella le dice que “Nada, usted todo lo da”, pero añade que no sabe leer. Y deciden que él la enseñará. Comienzan las lecciones con un *Silabario de San Miguel*, un cuaderno y tintero y pluma, con un método en que va comparando las vocales con figuras conocidas: la *a* un conejo pachón, la *e* una víbora... Y, como Abelardo y Eloísa, de la lectura pasan al amor, y el autor hace la descripción de las bellezas escultóricas de Rosenda, con el entusiasmo que suele poner en estos pasajes.¹⁰³ Y además de aprender a leer y a hacer cuentas, él le cuenta pormenores de historia y hace que vaya, con doña Pomposa, a una función de teatro para ver *La casa de la Troya*. Un día muere doña Pomposa, y Rosenda la viste, juntos la entierran y ella se queda a vivir sola.

Pero en el pueblo se multiplican las amenazas de los forajidos. Una noche entró El Tejón, que resultó amigo del autor, y le pidió que le hiciera un Manifiesto a la Nación, ofreciendo “todo lo que haiga que ofrecer”. Ante estos temores, él decide que ambos viajen a Morelia, ella primero. Le da dos mil pesos, en billetes y en oro, la encamina con una mujer amiga y le ofrece alcanzarla en una semana. Él tiene dificultades para dejar el pue-

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 60-61.

¹⁰² *Ibid.*, pp. 88-89.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 106.

blo, y la va olvidando. Meses después, el compadre Perea le da noticias de Rosenda: Salustio, el primer novio, la encontró en la calle y le propuso matrimonio. Ella le contestó con aplomo: “¿No sabe usted que soy una mujer cualquiera? El hombre que se case conmigo afronta un grave riesgo: que lo deje por el que me perdió —si es que me perdió— en cuanto él me haga una seña”. Un periódico de provincia dio la noticia falsa del fallecimiento del autor, ella vio la información y comentó sollozando: “—¿Y para esto me enseñó a leer?”

El mérito de *Rosenda* es la tersura de su composición, el amor con que está hecha. *Rosenda* es la más alta de las creaciones literarias de José Rubén Romero, quien más bien se inclinaba por los personajes masculinos. Castro Leal la pone al lado de la madre del autor, en la “Semblanza de una mujer”, como la obra de sus mejores personajes femeninos. Y esta Rosenda —alta, ojiverde y con pelo rubio cenizo— es notable por su sobriedad, que no es petulancia sino congruencia consigo misma.

El fin de *Rosenda*, en el que todo se diluye por la fuerza del tiempo, no acaba de gustarme, aunque no acierto a proponer otro fin para esta historia de amor. José Rubén Romero alcanzó a ver *Rosenda* (1948) que, como dice Emilio García Riera, es “una de las mejores películas” de Julio Bracho, con un espléndido reparto: Fernando Soler como el narrador, la “hermosa e interesante” Rita Macedo (D.F., 1925-1993) como Rosenda, y Rodolfo Acosta como Salustio. Pues bien, en esta película *Rosenda* tiene un hijo y, después de su separación, ellos y el narrador se encuentran en dos trenes que se cruzan en alguna estación.¹⁰⁴ Es un *happy end* un poco forzado pero de alguna manera salva a un gran amor.

¹⁰⁴ Emilio García Riera, *Breve historia del cine mexicano*, op. cit., p. 165.

EL NÁHUATL Y EL ESPAÑOL, ¿LENGUAS EN CONFLICTO O EN POSIBLE ARMONÍA?

Miguel LEÓN-PORTILLA

De las lenguas amerindias –concentrándonos aquí en las habladas en México– puede decirse que a lo largo de los siglos han pasado por situaciones muy diferentes entre sí. Antes de que ocurriera el encuentro de los diversos pueblos indígenas con los invasores europeos, si bien eran mucho más numerosas, hubo algunas que alcanzaron mayor difusión e incluso llegaron a imponerse sobre otras. Un ejemplo muy relevante lo ofrece el náhuatl, hablado probablemente desde el periodo clásico en lugares como Teotihuacan y otros de la región central. La difusión del náhuatl como lingua franca se inició verosímilmente desde la época tolteca y alcanzó su máxima presencia en la Mesoamérica prehispánica durante la hegemonía mexicana.

En tiempos ya de la Nueva España, las lenguas indígenas se vieron confrontadas por la presencia de la que tenían como propia los españoles. El castellano, que entonces distaba mucho de ser una lengua ecuménica, fue entonces el idioma de las autoridades, en el que se legislaba y se administraba el país y el que hablaban cuantos controlaban la economía y el trabajo.

En ese nuevo contexto el destino de las lenguas indígenas se tornó incierto. Hay algunos estudios que versan sobre esto, aunque ninguno ha abarcado cabalmente lo que ocurrió en esta materia a lo largo de las tres centurias novohispanas. Mencionaré aquí los trabajos de Shirley Brice Heath, Gonzalo Aguirre Beltrán, Silvio Zavala e Ignacio Guzmán Betancourt.¹ Tomaré en cuenta lo que éstos aportan atendiendo a las disposicio-

¹ Véase Shirley BRICE HEATH, *La política del lenguaje en México: de la Colonia a la Nación*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1972 [Colección de Antropología Social 13]. Gonzalo AGUIRRE BELTRÁN, *Las lenguas vernáculas. Su uso y desuso en la enseñanza: la experiencia de México*, México, CIESAS, 1983. Silvio

nes de la corona española en relación con el uso de las lenguas indígenas y la enseñanza del castellano. Asimismo acudiré a otros testimonios que versan también sobre la situación lingüística en diversos momentos del periodo colonial.

UN EXTRAORDINARIO PROCESO DE ACERCAMIENTO A LAS LENGUAS INDÍGENAS

Coinciden los investigadores mencionados y otros testimonios de distintas procedencias y tiempos en que, sobre todo durante el siglo XVI y una parte del XVII, los frailes misioneros, de modo especial los franciscanos, propugnaron por el uso de las lenguas indígenas en la evangelización. Argumentaban ellos que era muy difícil para los nativos acercarse a la doctrina cristiana en un idioma que no era el suyo. Esta persuasión movió a varios de ellos a preparar un considerable número de obras tanto para el aprendizaje de las lenguas indígenas como para la transmisión del mensaje cristiano a aquellos que querían convertir.

Como nunca antes en la historia universal, se desarrolló entonces una extraordinaria empresa lingüística dirigida a captar y describir las características fonológicas, léxicas y estructurales de centenares de idiomas nativos. En tal empresa participaron conjuntamente los hablantes de ellos y buen número de frailes misioneros franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas. Resultado de sus esfuerzos fue la elaboración de numerosas “artes” o gramáticas, así como de vocabularios de dichas lenguas.

La tarea, llevada a cabo especialmente a lo largo de los siglos XVI y XVII, hubo de superar grandes dificultades. Aunque en el contexto cultural de España se contaba con las recientes aportaciones de Elio Antonio de Nebrija, primeramente sus *Introductiones latinae* y luego, en 1492, su *Gramática castellana* —la primera de una moderna lengua europea— en realidad no

ZAVALA, “Poder y lenguaje desde el siglo XVI”, en *Políticas lingüísticas en México*, México, *La Jornada* y UNAM, 1997, pp. 69-76. Ignacio GUZMÁN BETANCOURT, “Las ideas sobre las lenguas indígenas en el México virreinal”, en *Políticas lingüísticas en México*, México, *La Jornada* y UNAM, 1997, pp. 77-94. Beatriz GARZA CUARÓN (coord.), *Políticas lingüísticas en México*, *La Jornada* y UNAM, 1997.

existía un saber lingüístico formalizado que pudiera servir de base en el trabajo que se echaban a costas esos misioneros.

Con ingenuo anacronismo han criticado algunos lingüistas a dichos frailes por haber tomado como modelo en sus trabajos el *Arte* y el *Vocabulario* de Nebrija. Los críticos no parecen haberse preguntado qué otra cosa de mayor modernidad, pudieron hacer entonces esos frailes. ¿Habría que pedirles que hubieran adoptado el enfoque de Noam Chomsky?

Siguiendo a Nebrija pudieron ofrecer, en primer lugar, un adecuado marco de referencia a quienes iban a aprender las lenguas valiéndose de esas gramáticas. Además, y a pesar de las radicales diferencias entre el castellano y los idiomas indígenas, pudieron abarcar así en la gran mayoría de los casos, los rasgos y elementos propios de esos idiomas que por vez primera entonces se estudiaban y describían. No siguieron ellos a Nebrija servilmente como muchos gratuitamente lo han supuesto. A modo de ejemplo citaré las palabras de quien dispuso la primerísima y bastante bien lograda gramática de una lengua del Nuevo Mundo, fray Andrés de Olmos. A él se debe el *Arte de la Lengua Mexicana* (azteca o náhuatl), concluida en 1547, es decir sólo veintiséis años después de que Hernán Cortés tomó la ciudad de México. Expresa Olmos:

En el arte de la lengua latina creo que la mejor manera y orden es la que Antonio de Nebrija sigue en la suya; pero porque en esta lengua [el náhuatl] no cuadra la orden que él lleva por faltar muchas cosas que en el arte de gramática se hace gran caudal, como declinaciones y supinos [...], por tanto no seré reprehensible si en todo no siguiere la orden de Antonio.²

De parecida forma procedieron otros de los frailes espontáneos lingüistas como Alonso de Molina, el primer lexicógrafo del Nuevo Mundo, que publicó su *Vocabulario de la lengua castellana y mexicana*, en México, en Casa de Juan Pablos, año de 1555. En los varios “avisos” que incluyó Molina en su prólogo insistió en que “el lenguaje y frasis de estos naturales es

² Fray Andrés de OLMOS, *Arte de la lengua mexicana*, ed. de Ascensión y Miguel LEÓN-PORTILLA, 2 vols., Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1993, p. 15.

muy diferente del lenguaje y frasis [estructura] latino, griego y castellano...” Por ello adoptó varios criterios en la presentación de su *Vocabulario* teniendo siempre en mente “dar a entender mejor la propiedad de la lengua de los indios”.³

No fue casualidad que correspondiera al náhuatl, según ya vimos, ser el primer idioma americano que contó con una gramática, la de Olmos (1547) y un diccionario, el de Molina (1555). Pocos años después, en 1560, se publicaron en España, precisamente en Valladolid, la *Grammática o Arte de la Lengua General de los Indios de los Reynos del Perú*, compuesta por el maestro fray Domingo de Santo Tomás, de la Orden de Santo Domingo, así como, del mismo autor, el *Lexicon o Vocabulario de la Lengua General del Perú*, ambos en la Oficina de Francisco Fernández de Córdova, Impresor de su Majestad Real.

Fray Domingo de Santo Tomás, como lo habían notado antes Olmos y Molina respecto del náhuatl, señala que, aunque sigue “el mismo orden que el de Antonio de Nebrija”, está describiendo una lengua “tan extraña, tan nueva, tan incógnita y tan peregrina en nosotros, y tan nunca hasta ahora reducida a arte...”⁴ Ello obviamente le ha obligado en muchos casos a apartarse de Nebrija.

La actuación de los frailes y las disposiciones de la Corona que imponían el aprendizaje de las lenguas indígenas en quienes, como los religiosos y curas seculares, debían tratar de continuo a los nativos, hizo que la empresa lingüística no se limitara a los idiomas con mayor número de hablantes. Apareció así el *Arte de la lengua de Michoacán* (purépecha o tarasca), obra del tolosino fray Maturino Gilberti, publicada en México por Juan Pablos en 1558.

Un año más tarde vio la luz, el *Vocabulario en lengua de Michoacán*, del mismo autor y por el mismo impresor.

³ Fray Alonso de MOLINA, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, edición facsimilar y estudio introductorio de Miguel LEÓN-PORTILLA, México, Editorial Porrúa, 1977, páginas preliminares.

⁴ Fray Domingo de SANTO THOMÁS, *Grammática o Arte de la lengua general de los indios del Reyno del Perú*, Valladolid, Oficina de Francisco Fernández de Córdova, 1560, páginas preliminares. Existe reproducción facsimilar con transliteración y estudio de Rodolfo Cerrón-Palomino, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1994.

Se imprimieron asimismo el *Arte en lengua zapoteca* (hablada en Oaxaca), compuesto por el dominico fray Juan de Córdova. En México, en Casa de Pedro Balli, 1578; el *Arte de la lengua mixteca* por fray Antonio de los Reyes, en México, en Casa de Pedro Balli, 1593 y *Vocabulario en lengua mixteca*, hecho por los padres de la Orden de Predicadores y últimamente recopilado y acabado por el padre fray Francisco de Alvarado. En México, en Casa de Pedro Balli, 1593. Digno de mención es lo que el propio fray Francisco de Alvarado expresa en su “Prólogo al lector”: “Los indios —dice— son los mejores maestros para esto y han sido los autores” [del *vocabulario*].⁵

El *Arte de la lengua mexicana*, compuesto por el padre Antonio del Rincón de la Compañía de Jesús. En México, en Casa de Padre Balli, 1595, constituye la última de las grandes aportaciones lingüísticas hechas en el XVI a propósito de un idioma amerindio. El padre Rincón, emparentado con la antigua nobleza indígena de Tezcoco, enriqueció su obra con pertinentes precisiones de carácter fonológico.

En esta sumaria recordación restringida a trabajos de tema lingüístico, no he dado entrada a otras numerosas publicaciones en las que se incluyen sermonarios, doctrinas y diversas producciones de tema religioso en lenguas indígenas. Mencionaré al menos un pequeño libro aparecido en 1600, es decir al cerrarse el siglo XVI. En el mismo se incluyeron importantes textos de la antigua tradición indígena en náhuatl: *Huebuehltlahtolli* [“Antigua palabra”], *que contiene las pláticas que los padres y madres hicieron a sus hijos y a sus hijas y los señores a sus vasallos, todas llenas de doctrina moral y política*, publicadas y enriquecidas por fray Juan Baptista. En Tlatelolco, impreso por Melchor Ocharte. Año de 1600. Este precioso libro, en el que se transcribe en náhuatl un conjunto de antiguos discursos, recoge algunos de los más importantes testimonios de la sabiduría prehispánica.

El siglo XVII siguió siendo tiempo propicio para la edición de otras varias artes o gramáticas de la lengua náhuatl o mexicana, como las de Diego de Galdo Guzmán (1642); la muy rica en descripciones de aspectos antes no tomados en cuenta, estructurales y fonológicos, del jesuita Horacio

⁵ Fray Francisco de ALVARADO, *Vocabulario en lengua mixteca*, en México, en Casa de Pedro Balli, 1593, páginas preliminares.

Carochi (1645) y las debidas a fray Agustín de Vetancurt (1673), al Bachiller Antonio Vázquez Gastelu (1683), a fray Juan Guerra, sobre el náhuatl de Occidente (1692) y otras varias más. De gran interés, como una de las primeras guías de conversación con frases sobre una multitud de temas, apareció en repetidas ediciones el que Pedro de Arenas intituló *Vocabulario manual de las lenguas castellanas y mexicana* (1611, 1668, 1683, 1690...). De ella Ascensión H. de León-Portilla ha ofrecido una reedición con amplio estudio introductorio, Universidad Nacional, 1983.

De los idiomas del tronco mayense, aunque pronto se elaboraron artes y vocabularios de algunos —en particular del maya yucateco y del quiché de Guatemala—, sólo hasta fines del XVII, empezó a haber publicaciones sobre ellos. Cabe mencionar el *Arte de la lengua maya*, compuesto por fray Gabriel de San Buenaventura, definidor de la Provincia de San José de Yucatán. En México, por la viuda de Bernardo Calderón. Año de 1684. También aparecieron gramáticas de lenguas con mucho menor número de hablantes y con vigencia en las que pueden tenerse como regiones marginales. Citaré al menos una: el *Compendio del Arte de la lengua de los tarahumares y guazapares*, por el padre Tomás de Guadalajara, jesuita. En la Puebla de los Ángeles, por Diego Fernández de León. Año 1683.

Del impresionante caudal de aportaciones lingüísticas a partir del inicio del Encuentro de Dos Mundos —tanto de las impresas como de muchas inéditas hasta fines del siglo XVIII— se han elaborado varias bibliografías y otros géneros de estudios. Sobresale la obra del iniciador de la moderna lingüística comparada, Lorenzo Hervás y Panduro, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas...*, publicado en seis volúmenes, Madrid, 1800. Si bien no se restringe él a los idiomas del Nuevo Mundo, dedica a éstos muy amplio espacio. Trabajo, también pionero, fue el de Hermann Ludewig, *The Literature of American Aboriginal Languages*, Londres, 1858. Mención muy particular merece la contribución de Cipriano Muñoz y Manzano, conocido como Conde de la Viñaza, *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, Madrid, 1892, que incluye y describe 1188 títulos de obras, abarcando las de temas religiosos y otras, inéditas e impresas.

Además de los bien conocidos trabajos de bibliografía no restringida a lenguas indígenas, de autores como Joaquín García Icazbalceta, José Tor-

ibio Medina y otros, hay que recordar a quien llegó a ser presidente de Argentina, Bartolomé Mitre, al que se debe un *Catálogo razonado de las lenguas indígenas de América*, en dos volúmenes, Buenos Aires, 1909.

Entre las aportaciones más recientes sobresale una referida exclusivamente a la lengua náhuatl o mexicana que es sin duda la que ha sido objeto de mayor estudio y que posee una rica literatura, además de ser hablada hasta el presente por cerca de dos millones de personas. Dicha aportación se debe a Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli, impresos en náhuatl, historia y bibliografía*, 2 volúmenes, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988. La autora ofrece en ella la historia de la lingüística y filología en relación con el náhuatl e incluye una bibliografía comentada que comprende cerca de 3 000 obras.

LAS A VECES OPUESTAS DISPOSICIONES DE LA CORONA EN MATERIA LINGÜÍSTICA

En tanto que hay testimonios provenientes de 1531 que muestran que desde muy tempranas fechas hubo frailes empeñados en preparar un “arte” o gramática del náhuatl, existen también reales cédulas expedidas hacia mediados del mismo siglo XVI en que se urgía a las autoridades virreinales y a los superiores de las órdenes religiosas se enseñara a los indios la lengua castellana. Así, el 7 de junio de 1550 el emperador Carlos manifestó que:

Habiendo hecho particular examen sobre si aun en la más perfecta lengua de los indios se pueden explicar bien y con propiedad los misterios de nuestra Santa Fe Católica, se ha reconocido que no es posible sin cometer grandes disonancias e imperfecciones y, aunque están fundadas cátedras donde sean enseñados los sacerdotes que, hubieren de doctrinar a los indios, no es remedio bastante, por ser mucha la variedad de lenguas.⁶

Tras expresar estas consideraciones, en la misma real cédula se transmite el siguiente mandato:

⁶ *Recopilación de las leyes de los reynos de las Indias*, 3 vols., Madrid, 1943, t. II, p. 193.

Y habiendo resuelto que convendría introducir [la lengua] castellana, ordenamos que a los indios se les pongan maestros que enseñen a los que voluntariamente la quisieren aprender como les sea menos molesto y sin costa, y ha parecido que esto podrían hacer bien los sacristanes como en las aldeas destos reynos enseñan a leer y escribir y la doctrina christiana.⁷

La reacción de los frailes no se dejó esperar y fue de abierta oposición. Una idea surgió entonces entre algunos de ellos. Fue ella la de valerse del náhuatl —que desde los tiempos prehispánicos había alcanzado muy grande difusión— preparando para tal fin a buen número de maestros y escribanos. Consideraban quienes así se manifestaron que aun a los indios que no tenían dicha lengua como materna, les resultaría más fácil aprenderla que la castellana. En apoyo de esta aseveración pudieron aducir tal vez, conociendo otros idiomas mesoamericanos, que la estructura morfémica y sintáctica —o como dirían, la frasis del náhuatl— guardaba mayores semejanzas que la del castellano con lenguas como el zapoteco, mixteco y otras.

Así, en una “Relación que [en 1569] los franciscanos de Guadalajara dieron...” no dudaron en declarar que:

Han trabajado, por la mucha diversidad de lenguas que hay en esta tierra, de enseñar una lengua, que es la mexicana y más general...⁸

Consta que en la segunda mitad del siglo XVI y parte del XVII había en lugares muy apartados del centro de México escribanos que redactaban numerosos escritos en náhuatl. De ello son prueba cartas y otros textos en náhuatl, no pocos ya publicados, de varios pueblos de los actuales estados de Jalisco, Zacatecas, Colima, Durango, Guerrero, Chiapas, Tabasco, Campeche y aun de Guatemala y otras poblaciones de América Central.⁹

⁷ *Loc. cit.*

⁸ “Relación que los franciscanos de Guadalajara dieron de los conventos que tenía su Orden”, *Códice franciscano*, México, Editorial Chávez Hayhoe, s.f., p. 153.

⁹ Como muestras citaré dos cartas que publiqué de un lugar muy apartado del centro de México: Miguel LEÓN-PORTILLA, “Un cura que no viene y otro al que le gusta la india Francisca: dos cartas en náhuatl de la Chontalpa, Tabasco, 1579-1580”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, 1994, vol. 24, pp. 139-170.

Cartas y otras relaciones de los frailes convencieron a Felipe II de la conveniencia de que se adoptara, como lo querían ellos, el náhuatl como medio para la evangelización y la unificación lingüística de la Nueva España. La investigadora Shirley Brice Heath cita a este respecto varias reales cédulas de Felipe II que corroboran lo dicho.¹⁰ No significó esto, desde luego, que el náhuatl llegara a adoptarse en regiones como Yucatán y otras donde tenían muy antiguo y hondo arraigo otras lenguas. En cambio sí hubo alguna penetración, aunque limitada, del idioma mexicano en algunas de las áreas nortañas del país. Esto explica que, ya en el reinado de Felipe III, se expidieran reales cédulas mandando que los misioneros de esas y otras regiones conocieran los idiomas hablados en las mismas y también el náhuatl. Y, aunque con timidez, volvió entonces a insistirse en la convivencia de enseñar a los indígenas la lengua castellana.

En forma más radical se había pronunciado desde 1639 y luego en 1647 un prestigiado jurisconsulto, Juan de Solórzano y Pereyra, maestro en la Universidad de Salamanca, más tarde oidor en Lima y miembro del Consejo de Indias hasta llegar al Real Supremo Consejo de Castilla. En su obra *Política indiana* (1647), aparecida primero en latín con el título de *De Indiarum iure* (1639), tomando muy en cuenta las reales cédulas y otros ordenamientos emitidos, elabora lo que, como su título lo expresa, ha de constituir una “política” o conjunto, de normas de aplicación necesaria en los diversos campos de la administración pública de las Indias. Tras discurrir ampliamente sobre si conviene o no imponer el castellano en las Indias, concluye:

No hallo causa para que [a] nadie se le pudiese ni pueda hacer duro o nuevo este precepto de que los indios fuesen obligados a aprender y hablar nuestra lengua; pues no ha habido cosa más antigua y frecuente en el mundo que mandar los que vencen o señorean nuevas provincias que luego en ellas se reciba su idioma y costumbres; así para mostrar en esto el derecho de su dominio y superioridad, como para tenerlos más conformes y unidos en sus gobiernos.¹¹

¹⁰ Brice HEATH, *op. cit.*, pp. 49-54.

¹¹ Juan de SOLÓRZANO Y PEREYRA, *Política indiana*, 2 vols., Madrid, 1647, t. I, p. 399.

Sin embargo ni esta recomendación ni las posteriores disposiciones, algunas apremiantes, emitidas por Felipe IV y Carlos III, lograron realmente que se promoviera de modo eficaz la implantación del castellano entre los indios. La gran mayoría de estos mantenían su lengua propia y buen número se comunicaba asimismo en náhuatl. Además de que en no pocos conventos se seguían enseñando gramática, lectura y escritura sobre todo en náhuatl, en 1642 se instituyeron en la Real y Pontifica Universidad cátedras de las lenguas mexicana y otomí. Primer catedrático de ambas fue fray Diego de Galdo y Guzmán, autor por cierto de un *Arte de la lengua mexicana*, publicado ese mismo año.

Con el advenimiento de los Borbones la situación, en lo tocante a las lenguas indígenas, aunque lenta y parcialmente, empezó a cambiar. De hecho, ya en pleno reinado de Carlos III, “la castellanización” como se diría más tarde, había avanzado bien poco. De ello dan testimonio varios escritos y disposiciones, entre otros, del arzobispo de México, Francisco Antonio de Lorenzana, apoyado por el virrey marqués de Croix. En su célebre carta “Pastoral para que los indios aprendan castellano”, enumeraba las razones por las que, a su juicio, había que acabar con la multiplicidad de las lenguas indígenas e imponer, de una vez por todas, el castellano. Carlos III pronto reaccionó en favor de esta manifestación y ordenó tajantemente se enseñara el castellano universalmente a los indígenas.

Translado Lorenzana a la sede cardenalicia de Toledo, y sustituido el marqués de Croix por Antonio María de Bucareli como autoridad suprema en el virreinato, ni lo promovido antes ni las reiteradas reales órdenes alteraron sustancialmente la situación. En vísperas ya del siglo XIX y del movimiento emancipador de México la gran mayoría de los indígenas mantenía vivas sus lenguas. Ni siquiera había prosperado un deseado bilingüismo. El náhuatl, eso sí, estaba perdiendo su carácter de lengua franca.

Puede decirse, en suma, que las lenguas indígenas durante el periodo virreinal habían sobrevivido gracias a tres factores principales. Uno fue el empeño de los mismos hablantes de ellas que, a pesar de todos los pesares, las conservaron como elemento preciado de su identidad. Otro fue la persuasión y voluntad de los frailes convencidos de que, sólo a través de las lenguas nativas, podría llevarse a cabo adecuadamente la evangelización.

Un factor más consistió en la actitud de la Corona española. Aunque, ésta, según vimos, mostró en varios momentos su determinación de implantar el castellano, de hecho asumió una actitud tolerante e incluso apoyó acciones para el mantenimiento, enseñanza y difusión de dichos idiomas. Tal fue el caso de la creación de las cátedras de náhuatl y otomí en la Universidad. Deben recordarse también las disposiciones que en varias reales cédulas se transmitieron en el sentido de que sólo los frailes y clérigos que conocieran las lenguas habladas en una determinada región podrían encargarse de las tareas de cristianización de los correspondientes indios.

LAS LENGUAS INDÍGENAS DURANTE EL SIGLO XIX

Límites de espacio me impiden adentrarme en un estudio pormenorizado de lo que ocurrió a los indígenas y a sus lenguas durante el primer siglo de vida independiente de México. La ya citada Shirley Brice Heath, así como Gonzalo Aguirre Beltrán, se han ocupado de esto. En resumen puede decirse que el primer siglo de vida independiente de México en ningún sentido fue favorable a las lenguas indígenas. Si éstas, en su mayoría, perduraron fue, paradójicamente, gracias a la falta de atención que les concedieron el gobierno y otras instituciones públicas y privadas. Arrinconados los indígenas en regiones poco propicias a su desarrollo económico y cultural, mantuvieron allí vivos los que con desprecio se tenían como “sus dialectos”.

A la luz de ideales igualitarios, desde la promulgación del Plan de Iguala en 1821 y luego en la Constitución de 1824, se impuso el criterio de que, por ser mexicanos, todos los habitantes del país, no debía haber diferencias en los ordenamientos jurídicos. Esto abarcó naturalmente el campo de la educación y en él todo lo tocante a las lenguas indígenas. Así se silenció formalmente la palabra de los descendientes de los pueblos originarios que durante tres siglos habían hecho llegar sus demandas y quejas en su propia lengua.

Los indios, ante los ojos de hombres como el doctor José María Luis Mora y Valentín Gómez Farías, debían ser tratados de manera igual que el resto de los ciudadanos. Para alcanzar la anhelada unidad nacional en un país sumamente extenso y con una población muy dispersa, la educación

tendría como objetivo impartir a todos una misma enseñanza en la que debía ser la lengua nacional, es decir el castellano. Se pensó que así se superarían la marginación y atraso de los indios.

En medio de una recurrente inestabilidad política, grandes penurias económicas, asonadas e incluso guerras extranjeras —con Francia y los Estados Unidos— las poblaciones indígenas continuaron marginadas y desatendidas en todas sus necesidades, incluyendo las educativas. Tan sólo en caso de sublevaciones y guerras se dirigía la atención a los indios para reclutarlos forzosamente por el procedimiento de la leva.

Con la Constitución de 1857 la situación de los pueblos nativos empeoró. Al quedar suprimido el régimen de propiedad comunal en todas sus formas, los pueblos indígenas iban a verse privados de sus tierras y territorios poseídos desde tiempos ancestrales. Ello sería la causa de su depauperamiento y marginación aún más radicales. Irónicamente, fue en ese contexto cuando, al implantarse el efímero imperio de Maximiliano (1863-1867), se les quiso restituir las propiedades mantenidas de forma comunal. Varios decretos expidió con tal propósito Maximiliano, por cierto en castellano y también en náhuatl.¹² Con esto quiso él enfatizar la importancia que concedía a las lenguas indígenas. La caída del fugaz imperio desvaneció bien pronto lo que pudo tenerse como indicio de apoyo para la conservación y fomento de las mismas.

Entre los estadistas liberales que colaboraron luego con Benito Juárez, es digno de especial mención el escritor y pensador Ignacio Ramírez. Propugnó él por el establecimiento de un sistema educativo en el que se emplearan tanto el castellano como el idioma indígena de las distintas regiones. Sostenía que sólo así podrían los niños aborígenes desarrollar plenamente sus facultades mentales. Llegó incluso a proponer que, en función de las lenguas que se hablaban, se establecieran las distintas jurisdicciones geopolíticas en el país. Sus ideas, como podría esperarse, quedaron en el campo de la utopía.¹³

¹² Véase Fernando HORCASITAS, “Un edicto de Maximiliano en náhuatl”, *Tlalocan*, México, 1963, vol. IV, núm. 3, pp. 230-235.

¹³ Sobre las ideas de Ignacio RAMÍREZ en relación con las lenguas indígenas, véase BRICE HEATH, *op. cit.*, p. m-114.

Muy contrario a ellas fue el filósofo positivista Gabino Barreda, fundador de la Escuela Nacional Preparatoria y promotor de un nuevo sistema educativo en todo el país. En él debían impartirse enseñanzas siempre en castellano en un plan igualitario sin distinción alguna racial o étnica. Y aunque por ese tiempo —últimas décadas del siglo XIX— hubo personas y aun algunas instituciones interesadas en investigar acerca de las culturas y lenguas indígenas, la situación de los descendientes de los pueblos originarios no mejoró por ello un ápice. Cabe mencionar al menos los nombres de los más destacados estudiosos, mexicanos y extranjeros, que hicieron aportaciones de considerable valor acerca de los idiomas nativos: Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Belmar, Eduard Seler, Johann Karl Buschmann y algunos más. Sus trabajos, sin embargo, no rebasaron los ámbitos académicos.

Tal vez más que nunca prevaleció entonces la idea de que los idiomas indígenas eran un enorme escollo para alcanzar la integración de los indios a la “cultura nacional” y realizar así una unidad sin la cual no parecía imaginable el país. El célebre Justo Sierra, siendo ministro de educación, tipificó esta postura cuando, al inaugurarse el Consejo Superior de Educación Pública, declaró:

La poliglosia [pluralidad lingüística] de nuestro país es un obstáculo a la propagación de la cultura y a la formación plena de la conciencia de la patria [...] Ello os dará la clave de por qué los autores de la primitiva ley de instrucción pública, llamamos al castellano lengua nacional [...] siendo la sola lengua escolar llegará a atrofiar y destruir los idiomas locales y así la unificación del habla nacional, vehículo inapreciable de la unificación social, será un hecho.¹⁴

Estas palabras, pronunciadas el 13 de septiembre de 1902 por Justo Sierra son como la sentencia de muerte que se quería aplicar, de una vez por todas, a las lenguas indígenas. Y, sin embargo, los hablantes de ellas, arrinconados como peones en las haciendas o viviendo en regiones de re-

14 Justo SIERRA, “Discurso pronunciado el día 13 de septiembre del año de 1902 con motivo de la inauguración del Consejo Superior de Educación Pública”, en *Discursos de...*, México, 1919, p. 191.

fugio, casi todos analfabetas, depauperados y excluidos radicalmente de la vida económica, social y política de México, continuaban hablando en su gran mayoría sus idiomas maternos. Tal vez lo hacían porque no les quedaba otra cosa. Paralelamente a esa dramática situación había intelectuales que estudiaban y apreciaban con admiración el legado indígena, incluyendo el de sus lenguas. El gobierno costeara exploraciones arqueológicas y erigía monumentos a héroes indígenas como el que por ese tiempo se levantó en honor de Cuauhtémoc en el cruce de dos de las más importantes avenidas de la ciudad de México. Ésa era la situación imperante en vísperas del estallido de la Revolución mexicana de 1910.

LOS PUEBLOS INDÍGENAS Y SUS LENGUAS A PARTIR DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Consecuencia tangible de la Revolución fue la nueva Constitución promulgada en 1917. En su nuevo artículo 27 se prescribió la restitución de tierras en forma comunal a los pueblos indígenas. Otros aspectos de sus derechos quedaron al margen del interés de los constituyentes. Es cierto que se produjo entonces un movimiento de exaltación de lo indígena, pero esto se dirigió más a reevaluar el legado prehispánico que a atender a los requerimientos de su realidad contemporánea. En lo que se conoció más tarde como “indigenismo antropológico” cabe distinguir dos corrientes que, con matices distintos, iban a tener larga vigencia.

Una partió de la idea de que los indígenas continuaban viviendo en situaciones precarias precisamente porque sus formas de cultura eran anacrónicas y no les permitían acceder a la modernidad que buscaba el país. En lo que concierne a sus lenguas, se siguió pensando que eran ellas una barrera para la comunicación de los indígenas con el resto de la población. Por ello, había que castellanizarlos y alfabetizarlos en la que se llamaba “lengua nacional”. La clave, en suma, era asimilarlos o incorporarlos a la cultura a la gran mayoría de los mexicanos.

La otra corriente tomó como punto de partida el reconocimiento de que México está constituido por un conjunto de pueblos con lenguas y

culturas diferentes. Manuel Gamio, que fue el principal promotor de esta corriente, si bien reconoció la importancia del mestizaje y el hecho de que en diversos grados y formas los pueblos indígenas también habían recibido la influencia de la mestización cultural, puso a la vez de relieve que éstos perduraban con sus grandes diferencias y sus propias lenguas.

Gamio concibió entonces un proyecto de investigación con un enfoque integral. Como lo señaló en *La población del Valle de Teotihuacán* (1922), había que ahondar en el conocimiento de las diferencias culturales y lingüísticas prevalecientes en México. Para ello se fijó en distintas regiones del país que podían tenerse como más representativas de esa diversidad cultural. Su propósito último era proponer al gobierno federal y a los estatales diversas acciones que permitieran a quienes habían mantenido sus diferencias culturales y lingüísticas acceder a la realidad social, económica y política de México. En otras palabras, tales formas de acción se dirigían a acabar con la exclusión de los indios de la vida del país. Ello, en el pensamiento de Gamio no implicó promover el desvanecimiento de las identidades indígenas. Hablando en un foro panamericano, señaló Gamio, la necesidad de revisar muchas de las constituciones latinoamericanas ya que en ellas, al no ser tomados en cuenta los indígenas, quedaron excluidos del marco político del país. Entre otras ideas expresó:

Hasta la fecha las constituciones y legislaciones de México independiente han sido derivadas de este segundo grupo [el de cultura europea o europeizante] y tendieron a su mejoría, quedando abandonada la población indígena más radicalmente que lo fue por los legisladores de la monarquía europea quienes crearon por el indio y para el indio las famosas Leyes de Indias que constituyeron barrera poderosa a su triste debilidad.¹⁵

Siempre con la idea de poner fin a la exclusión de que eran objeto los pueblos indígenas, señaló la necesidad de que llegaran a estar representados en el Congreso por legisladores miembros de sus propias comunida-

¹⁵ Manuel GAMIO, *Forjando patria*, México, Editorial Porrúa, 1960 [1a. ed., 1916], p. 71.

des.¹⁶ Y así como planteó esta necesidad, insistió en repetidas ocasiones en puntos muy relacionados con el tema de la autonomía indígena. Llegó así a sostener que entre los grupos indígenas de América están íntima y dinámicamente arraigadas las ideas democráticas. Éstas deben respetarse en sus formas de gobierno y en su organización social interior.¹⁷ Corresponde, por tanto, a los pueblos indígenas elegir sus autoridades, diseñar las formas de su organización, al igual que los sistemas de aprovechamiento de sus recursos naturales. Todo esto lo llevó a señalar, una y otra vez, que había que reformar la Constitución ya que contenía artículos que resultaban del todo inapropiados y excluyentes para los indígenas.¹⁸

En lo tocante específicamente a las lenguas indígenas, si bien reconoció la conveniencia de que los distintos pueblos indígenas, para comunicarse unos y otros y con el resto de la población, debían tener acceso al conocimiento del castellano, reiteró que en ello había que proceder siempre “sin perjuicio de que se estudien y cultiven también las lenguas indígenas”.¹⁹ Un ejemplo lo dio el mismo Gamio que tuvo un cierto conocimiento del náhuatl.

Su pensamiento y acción influyeron mucho en el indigenismo mexicano y del continente. Hallándose al frente del Instituto Indigenista Interamericano, creado en 1940 como consecuencia del congreso de Pátzcuaro, celebrado con el patrocinio del presidente Lázaro Cárdenas, promovió la creación de Institutos Nacionales Indigenistas en varios países del continente. En México Alfonso Caso, con otros antropólogos como Julio de la Fuente, Gonzalo Aguirre Beltrán y Alfonso Villa Rojas, dando origen al Instituto Nacional Indigenista, se concentraron en fomentar el desarrollo de comunidades nativas en campos como el de la educación, las actividades económicas, la salud y el bilingüismo.

Sin embargo, no se puso énfasis en los puntos que, citando a Gamio, he señalado. Me refiero al reconocimiento jurídico de las autonomías en el

¹⁶ GAMIO, *ibid.*, p. 76.

¹⁷ *Ibid.*, p. 199.

¹⁸ *Loc. cit.*

¹⁹ Manuel GAMIO, *La población del valle de Teotihuacán*, 3 vols., México, Secretaría de Agricultura y Fomento, Dirección de Antropología, 1922, p. xxxv.

régimen interno de los pueblos indios, la vigencia de su derecho tradicional, su representación en las cámaras, el cultivo, incluso literario, de sus lenguas, así como el tema de sus tierras y territorios. Atender directamente a todo esto iba a ser consecuencia del clamor indígena de tiempos más recientes.

EL DESTINO DE LAS LENGUAS INDÍGENAS EN EL TERCER MILENIO

Los procesos de globalización que, cada vez más intensos, se dejan sentir, obviamente afectan también a las lenguas de los pueblos indígenas. Los llamados idiomas ecuménicos —en particular, el inglés y, en menor grado, otros como el castellano— ¿acabarán por relegar al olvido a las lenguas de las minorías, como es el caso de las habladas por los indígenas de México y de otros países?

Desde luego que en el universo de las muchas lenguas vernáculas hay incontables diferencias que pueden influir en sus respectivos destinos. El número de hablantes de una lengua es un factor de muy grande importancia. Pensemos en el caso de la lengua seri, hablada en Sonora por sólo algunos centenares de personas o en el de los varios idiomas yumanos de grupos muy reducidos en el norte de Baja California. Otra, en cambio, es la situación de lenguas mesoamericanas como el náhuatl, el maya yucateco, el otomí, el zapoteco y el mixteco que, a pesar de todos los pesares, mantienen considerable vigencia en amplios territorios.

Suele afirmarse que la salud de una lengua está en razón directa no sólo del número de personas que la mantienen viva sino también de su utilidad como instrumento de comunicación ante la concurrencia de otro idioma de vigencia mayoritaria con el que tiene que coexistir. Cuando el empleo de una lengua se torna, por así decirlo, artificial, ya que no responde a requerimientos sociales, económicos y simplemente culturales, su vida invariablemente entra en peligro. Y esto mismo se acentúa sobremanera cuando el número de quienes la hablan se ve cada vez más disminuido.

¿Qué podemos decir, a la luz de esto, sobre el destino, en el tercer milenio, del náhuatl y en general de las lenguas de los pueblos originarios de

México? Una primera forma de respuesta es que hay algunas cuya perduración correrá cada día mayor peligro. En un hecho innegable que lenguas como el paipai, el kiliwa, el guarijío y otras varias más se encuentran en tal situación. Refiriendo ahora la pregunta a las lenguas mesoamericanas que hasta hoy son habladas por varios cientos de miles de personas e incluso por cerca de casi dos millones en el caso del náhuatl, debe reconocerse que no por esto deja de estar amenazada su sobrevivencia.

El tercer milenio traerá consigo una nunca antes vista aceleración en los procesos de globalización. Algunos de éstos son inevitables y, debidamente canalizados, pueden tenerse como positivos. Tal es el caso, por ejemplo, de los procesos de globalización de la tecnología electrónica y de los conocimientos derivados de muchas ramas de las ciencias físico-matemáticas y naturales. Y si bien en esos campos no deja de haber riesgos, como serían algunas de sus influencias en detrimento de la naturaleza, hay otros muchos procesos globalizantes que, más allá de cualquier duda, se presentan como adversos en el universo de la cultura.

Reiteraré que en la actualidad hay unas cuantas lenguas que pueden considerarse como ecuménicas o al menos de cada vez más amplia vigencia en el mundo. Una de ellas, el inglés, es una lingua franca. El español se impone cada vez más en el ámbito latinoamericano donde hasta hoy han subsistido, casi arrinconadas, las lenguas de los pueblos originarios.

¿Es de prever que en el próximo milenio no ya sólo el inglés sino también el español se convertirán en un reto para la supervivencia de las lenguas indígenas? Intentemos una respuesta, no ya teórica sino encaminada a promover determinadas formas de acción. Reconozcamos, en primer lugar, que toda lengua tiene atributos que hacen valiosa su perduración en el universo cultural. Cada lengua es una especie de gran ordenador, con características propias, del pensamiento humano. Por eso cuando muere una lengua, la humanidad se empobrece. Pero además, para el pueblo que tiene como materna una lengua es ella elemento insustituible en su discurrir y desarrollarse en el mundo. Es parte esencial de su propio legado. Siendo esto así, la pluralidad de lenguas en un determinado país debe reconocerse, al igual que su biodiversidad, como uno de sus más grandes tesoros.

Ahora bien, ¿cómo puede encauzarse la convivencia de las lenguas de los pueblos originarios con la lengua, bien sea oficial o de uso mayoritario, en un país? Recordaré aquí un par de anécdotas. El poeta mazateco, y presidente de la asociación de escritores en lenguas indígenas Juan Gregorio Regino, manifestó en una reunión nada menos que ante el antiguo secretario de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar, lo siguiente: “Usted, don Javier, probablemente habla varios idiomas, español, inglés, francés y quizás otros. Pero no tiene usted algo que yo sí tengo. Yo poseo dos lenguas maternas, el mazateco que me acerca con mi gente. Lo hablo con mi mujer y mis hijos, mis padres y mis abuelos. En esta lengua puedo conversar con cerca de ciento cuarenta mil personas. Pero el español, que también desde niño escuché de labios de mi madre que hablaba en esa lengua con los que no entendían mazateco, el español, es también lengua que por esto tengo asimismo como materna. Además el español me permite comunicarme con los hermanos indígenas que hablan idiomas que desconozco y también puede acercarme a casi cuatrocientos millones de hombres y mujeres en toda nuestra América, en España y en otros lugares”.

A su vez, Natalio Hernández Xocoyotzin, de estirpe náhuatl, fue protagonista de lo que ahora recordaré. En ocasión del XI Congreso de las Academias de la Lengua Española, celebrado en Puebla en octubre de 1998, fue invitado a hablar en la sesión de clausura. Natalio Hernández, director de la Casa de Escritores en Lenguas Indígenas, fue breve y contundente. “El español también es nuestro” fue el título de su intervención. Coincidiendo con el poeta mazateco Juan Gregorio Regino, hizo ver a los académicos que la preservación y el cultivo de las lenguas indígenas en modo alguno se contraponen con la aceptación del idioma español. Éste, por su misma vigencia, es ya pertenencia de todos y, en países multilingües como México, viene a ser valioso medio de comunicación entre los hablantes de tantas y tan distintas lenguas.

Las reflexiones de estos dos distinguidos maestros de la palabra, descendientes de los pueblos originarios de México, desvanecen la objeción que suele hacerse contra la perduración de las lenguas vernáculas. Es del todo falso que la conservación de ellas signifique un riesgo de fragmentación cultural y menos todavía un peligro para el fortalecimiento de la

lengua que hablan hoy cerca de cuatrocientos millones de seres humanos. En realidad, como lo muestra la historia, las lenguas indígenas han contribuido considerablemente al enriquecimiento del léxico del español y, asimismo, de diversas formas, a matizar las hablas regionales de cuantos tenemos como propia la lengua de Cervantes en el Nuevo Mundo.

Lo que verdaderamente importa, en lo que concierne al destino de las lenguas indígenas en el tercer milenio, es encontrar los medios que propicien no sólo su perduración sino su enriquecimiento y cultivo literarios. Partiendo de la idea de que cuando muere una lengua la humanidad se empobrece, lo primero será concientizar de su valor a sus propios hablantes y a cuantos no han tenido aprecio alguno por ellas, considerándolas con frecuencia como “meros dialectos de los indios”. Hacer ver que toda lengua, en cuanto sistema de signos, es un manantial de simbolización, que abre camino a una pluralidad ilimitada de concepciones del mundo y que, más allá de su primordial valor en las esferas del pensamiento y de la comunicación, alcanza en la creación poética atisbos insospechados, incluso revelación de misterios.

Si, al igual que la biodiversidad, la pluralidad de lenguas es uno de los más preciados patrimonios de la humanidad, hay que encontrar los medios que impidan la muerte de idiomas que han existido en el Nuevo Mundo a través de milenios.

La educación bilingüe, debidamente implementada, será ya inaplazable. Los niños descendientes de los pueblos originarios agilizarán sus mentes al penetrar en los secretos de sus dos lenguas maternas, la suya vernácula y el español. Lejos de avergonzarse de hablar la primera, tendrán orgullo de ser bilingües, conscientes de que poseen dos formas distintas de comunicarse y concebir el mundo. Todo esto propiciará la creación literaria en la lengua vernácula. La gran literatura mexicana y también la gran literatura iberoamericana incluirán como partes insuprimibles de sí mismas las nuevas y las antiguas creaciones en las lenguas vernáculas. Los descendientes de los pueblos originarios y todos cuantos conviven con ellos disfrutarán del antiguo legado y de las creaciones de la nueva palabra en la gran sinfonía de las lenguas indígenas.

¿Es todo esto una quimera o un mero deseo? En la realidad contemporánea de las últimas décadas del siglo XX y ahora ya en el nuevo milenio

se están produciendo cambios muy significativos. Uno es que México se reconoce ya asimismo, en el artículo cuarto de su Constitución, como un país pluricultural y plurilingüe. En virtud de dicho artículo corresponde al Estado mexicano implementar las formas para el fomento de las culturas y lenguas indígenas. Otro cambio que se está produciendo es el del creciente cultivo literario de lenguas que habían permanecido del todo marginadas. Existe hoy literatura –poesía, narrativa...– en lenguas como el náhuatl, zapoteco, mixteco, purépecha, otomí, maya yucateco, tzeltal, tzotzil y otras.²⁰ En la Casa de Escritores en Lenguas Indígenas se ofrecen talleres de redacción, clases de literatura indígena y de varias lenguas nativas. Son ya numerosos los libros y revistas portadores de la *Yancuic ylahhtolli*, la Nueva Palabra. Existen varias estaciones de radio en que se dan a conocer tales producciones. Pienso que también cada vez es más grande el número de los no-indígenas que aprecian y disfrutan la literatura indígena y que quieren aprender una lengua vernácula.

Más allá de cualquier consideración, es un hecho que, en gran medida, de nosotros dependerá el destino de las lenguas indígenas en el tercer milenio. Tal vez lo único que éstas requieren para volver a florecer es que, como las plantas a las que otra más grande hace sombra, se las libere de cualquier opresión. Entonces será verdad de nuevo lo que expresó un antiguo *cuicapicqui*, poeta del mundo náhuatl: “No acabarán mis cantos, no morirán mis flores, yo cantor los elevo, así llegarán a la casa del ave de plumas de oro”.

²⁰ Son relativamente numerosas las publicaciones en que se dan a conocer producciones literarias en estas y otras lenguas. Como muestra del aprecio que existe ya por las literaturas indígenas contemporáneas, cabe mencionar que la prestigiosa editorial Norton and Co., de Nueva York, que ha publicado grandes antologías de las literaturas clásicas antiguas y de las principales lenguas europeas, ha incluido en su serie una obra sobre las producciones mesoamericanas, desde las de la tradición prehispánica hasta el presente: *In the Language of Kings. An Anthology of Mesoamerican Literature, Pre-Columbian to the Present*, edición y estudios de Miguel LEÓN-PORTILLA y Earl SHORRIS, Nueva York, Norton, 2001.

SOR JUANA: LOS MATERIALES AFECTOS*

Margo GLANTZ

¿POEMA PERSONAL O IMPERSONAL?

Con estas palabras empieza el capítulo que Octavio Paz le dedica al *Sueño* en *Las trampas de la fe*: “A pesar de su extremado carácter intelectual, *Primero sueño* es el poema más personal de sor Juana”, y para comprobar su aseveración agrega la muy célebre frase autobiográfica, “ella misma lo dice en la *Respuesta*: ‘no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino un papelillo que llaman *El sueño*’”.¹ Prosiguiendo, precisa: “El poema de sor Juana cuenta la peregrinación de su alma por las esferas supralunares mientras su cuerpo dormía. El diminutivo no debe engañarnos: es su poema más extenso y ambicioso (p. 472)”. Y, más tarde, cuando acepta, siguiendo las sugerencias de Vossler y Ricard, que el poema podría insertarse dentro de la tradición hermética —tan en boga durante el renacimiento y el barroco— del *Sueño* de Escipión, contado por Macrobio, del *Somnium* de Kepler y sobre todo del *Iter exstaticum* de Kircher, enumera las principales diferencias que podrían separar el poema sorjuanino del de sus antecesores. Escojo, para empezar, la segunda diferencia señalada por Paz, la elijo porque parece incurrir en una contradicción, respecto a lo que en un principio ha aseverado: “La segunda diferencia [entre *Primero sueño* y los poemas de anabasis] es el carácter impersonal del poema; su protagonista no tiene nombre ni edad ni sexo; es el alma (cursivas mías, p. 481)”. De inmediato Paz se corrige y añade las siguientes palabras que parecerían anular de nuevo su comentario o por lo

* Conferencia presentada al XIV Congreso, Asociación Internacional de Hispanistas, 15 al 22 de julio, 2001, Nueva York, sábado 21 de julio.

¹ Octavio PAZ, 1982, p. 469. La cita de Paz es incorrecta, sor Juana dice: “No me acuerdo haber escrito”, y no de haber cf., infra, *Respuesta a Sor Filotea*, p. 471.

menos indicar una oscilación: “Naturalmente la pretensión de impersonalidad se quiebra al final: el poema es simultáneamente una alegoría y una confesión (p. 481)”.

En cambio, para los contemporáneos de la monja no cabe la menor duda. El jesuita Diego Calleja, su protobiógrafo, autor de una importante *Aprobación* al tercer tomo de sus obras, *Fama y obras póstumas*, verifica que el poema es definitivamente personal, por no decir autobiográfico: “*Siendo de noche me dormí, soñé que de una vez quería comprender todas las cosas de que el universo se compone; no pude, ni aun divisas por categorías ni aun sólo un individuo. Desengañada, amaneció y desperté*”.² En esta descripción no hay oscilación posible entre lo personal y lo impersonal, para el admirador y corresponsal de la religiosa la protagonista del poema es definitivamente sor Juana. Sucede lo mismo con Pedro Álvarez de Lugo Usodemar, el comentador canario de la poeta, no hace mucho descubierto y publicado por Andrés Sánchez Robayna. Antes de entrar a explicar el poema, en este texto quizá escrito entre 1695 y 1705, avisa Lugo: “Mostrándose esta señora muy despierta en aciertos de todos sus escritos (con que es asombro de todos sus lectores), se mostró más despierta en este *Sueño* para el mayor desvelo del más despierto cuidado”.³

Convencido de que la jerónima ha tomado sobre todo a Kircher como modelo, Paz enumera asimismo las otras enormes diferencias que existen entre *Primero sueño*, la obra del jesuita alemán y sus antecesores, no sin antes subrayar su propia clarividencia: “Estas indicaciones permanecieron aisladas durante años; *a mí me tocó atar los cabos* y mostrar que la tradición hermética de la que es parte la visión del alma liberada en el sueño de las cadenas corporales, llegó a sor Juana a través de Kircher y, subsidiariamente, de los tratados de mitología de Cartario” [cursivas mías] (p. 477).

Son varios sus argumentos, los reviso, son necesarios, a su vez, para desarrollar el mío. La primera diferencia, explica Paz, es de orden formal, los viajes iniciáticos están escritos en prosa, “el lenguaje de la historia”,

² Diego CALLEJA en Sor Juana Inés de la Cruz, *Fama y obras póstumas*, 1995, p. [29], cursivas en el original.

³ Pedro ÁLVAREZ DE LUGO USODEMAR, *Ilustración al Sueño de la Décima Musa mexicana...*, en SÁNCHEZ ROBAYNA, 1991, p. 59.

el de sor Juana, en verso, “la forma predilecta de la ficción poética”, cabe añadir que esta diferencia es esencial, una total ruptura como solía decir Paz, tomando en cuenta además que *el Iter exstaticum* está escrito en muy mala prosa y *Primero sueño* es uno de los más extraordinarios poemas que se hayan escrito en español, como ya lo habían atestiguado sus contemporáneos y lo demuestran las sucesivas ediciones que en vida de sor Juana se hicieron de sus obras. “*Primero sueño* debe leerse, explica Paz, no como el relato de un éxtasis real sino como la alegoría de una experiencia que no puede encerrarse en el espacio de una noche. La noche del poema es una noche ejemplar, una noche de noches” (p. 481).

Enuncio la tercera diferencia, mucho más radical, según Paz, en verdad una ruptura: aparta definitivamente a los textos anabásicos del poema sorjuanino. Para entender esa ruptura, me gustaría volver a Paz y citar un largo fragmento de su libro:

En el segundo capítulo de *Iter exstaticum* (*Del camino a la Luna*), se relata un curioso sucedido, explica Paz, con el que comienza el viaje a las esferas celestes: “Teodidacto, transparente careta tras la que se oculta el padre Kircher, es invitado a un concierto privado que le ofrecen tres músicos romanos. Ante la maestría de los tres artistas, Teodidacto se siente arrebatado como ‘si todas las cosas conspirasen para acrecentar la intensa armonía del universo’. Un poco después, un día en que ‘las especies de la dicha sinfonía agitaban su ánimo con varias imágenes de fantasmas [...] de repente, como abatido por un grave sopor [...] se sintió derribado en una planicie vastísima’. Entonces ‘apareció un varón de insólita constitución’, alado, aterrador y hermoso, que al punto lo tranquilizó diciéndole: ‘soy Cosmiel, ministro del Dios altísimo y del mundo. Levántate, no temas, Teodidacto; fueron escuchados tus deseos y he sido enviado para mostrarte cuanto es permitido al ojo hecho de carne mortal, la suma majestad de Dios Óptimo Máximo, que resplandece en sus obras [...]’ Así comienza el viaje de Teodidacto por los espacios siderales, durante un sueño extático producido por la música” (pp. 477-478).

Apoyado en Ricard, Paz verifica la presencia ineludible, la necesaria existencia, en todo viaje iniciático, de una pareja constituida por el discípulo y el maestro: en el caso de Kircher, Teodicato guiado por Cosmiel, en

La divina comedia, Dante conducido por Virgilio y en el Corpus Hermético, Hermes por Pimandro. Una vez verificado este dato, sin el cual parecería imposible iniciar el viaje, repito, la necesidad de contar con un agente divino que actúe como mediador entre el viajero y su transcurso, entre lo terrestre y lo sobrenatural, la ruptura entre *Primero sueño* y los textos mencionados se acentúa, es más, se torna flagrante. En efecto, en el poema sorjuanino, el alma, casi independizada de su cuerpo, recorre los espacios supralunares, sin ninguna guía, ¿la ausencia del demiurgo significa la imposibilidad de cualquier revelación?: Para Paz es definitivo, significa "...el reverso de la revelación, ... es la revelación de que estamos solos y de que el mundo sobrenatural se ha desvanecido". Clarividencia negativa, "la del silencio de los espacios y la visión de la no-visión. En esto reside —añade Paz—, la gran originalidad del poema de sor Juana, *no reconocida hasta ahora*, y su sitio único en la historia de la poesía moderna [cursivas mías]... La ruptura —concluye—, es una verdadera escisión y todavía padecemos sus consecuencias históricas y psíquicas" (p. 482). Paz piensa que sor Juana anticipa uno de los grandes poemas de finales del siglo XIX, *Un coup de dés n'abolira pas le hazard* de Stephane Mallarmé.

Regreso, vuelvo a instalarme en el comienzo de este texto, me concentro en el probable carácter autobiográfico del poema, la presencia definitiva del yo que narra, la verificación de una experiencia propia. Rosa Perelmutter examinó "La situación enunciativa del *Primero sueño*",⁴ en un artículo publicado en 1986, de alguna manera como comentario a la aseveración de Octavio Paz en el sentido de que "hasta en el último verso del poema nos enteramos de que el alma es la de sor Juana", y también a la de Georgina Sabat⁵ quien pensaba que el yo se suprime durante todo el sueño, sustituyéndose por el alma humana objetivada en tercera persona, en su libro publicado en 1976, intitulado, *El "Sueño" de sor Juana Inés de la Cruz, Tradiciones literarias y originalidad*, cuya búsqueda se dirige más bien a encontrar antecedentes del poema en los Siglos de Oro y sobre todo es un análisis comparativo con el poema de Francisco de Trillo y Figueroa,

⁴ ROSA PERELMUTTER, 1986.

⁵ SABAT-RIVERS, 1976.

“Pintura de la noche desde un crepúsculo a otro”. Perelmuter, en cambio, pretende resaltar las instancias en que el yo, en tanto que narrador y protagonista, figura en varias secciones del poema; es más, piensa que ese yo aparece “de manera decisiva”, en particular, “a través de los pronombres de primera y segunda persona, los demostrativos, los adverbios de tiempo y lugar cuya referencia depende de la situación enunciativa, y los tiempos verbales” (p. 185).

Es evidente que durante el proceso de enunciación del poema desconocemos el sexo de quien enuncia –ese yo femenino–, dato que se descubre solamente cuando se llega al famoso verso final, “el mundo iluminado y yo despierta”; ésta no es, sin embargo, la única instancia en donde la enunciación señala a un sujeto protagonista: en varias ocasiones aparece en el poema el verbo decir conjugado en primera persona, por ejemplo y, muy al principio, en el verso 47, en relación con las Mineidas, se lee: “Aquellas oficiosas hermanas, digo/ atrevidas hermanas”,⁶ procedimiento repetido numerosas veces en el “Sueño”, sor Juana dice “yo digo”. Asimismo, el adjetivo posesivo de primera persona aparece súbitamente en los versos 617 y 618, cuando el alma, cegada por las confusas especies que “el inordinado caos retrataba, e incapaz de conocer en un solo acto intuitivo todo lo creado”, opta por utilizar de manera rigurosa las 10 categorías aristotélicas: “De esta serie seguir mi entendimiento / el método quería” (cursivas mías, vv. 617-618). El autor se convierte, por obra y gracia de la enunciación –no demasiado revisada hasta hace poco–, en el actor y el autor del poema, aunque tal vez pueda decirse, como querría Yolanda Martínez San Miguel en su reciente libro *Saberes americanos*: “El texto insiste en esta separación –aunque incompleta y problemática– del cuerpo como categoría cultural y el Alma como doble categoría religiosa y epistemológica”.⁷

⁶ Sor JUANA INÉS DE LA CRUZ, 1989, p. 56. Cf. también PÉREZ AMADOR ADAM, 1996, p. 61; asimismo, Andrés SÁNCHEZ ROBAYNA, *op. cit.*

⁷ MARTÍNEZ DE SAN MIGUEL, 1999, p. 75.

EL REFLEJO Y SUS FANTASMAS

En su importante y fundamental ensayo sobre “El sueño de un sueño”, publicado en 1960, José Gaos,⁸ el filósofo español radicado en México, definió las dos formas de actividad intelectual que, según él, sor Juana desplegó en su esfuerzo por entender el universo, mientras el alma recorre los espacios supralunares: la primera sería la vía de la intuición, mencionada expresamente por la monja como “un conocer con un acto intuitivo todo lo criado”, operación que, sabemos bien, la deslumbra y la despeña, a final de cuentas, a pesar de que en un momento dado parecía haber logrado encumbrarse en su pirámide mental. No dejando que el fracaso la amilane, el alma ensaya otro remedio, un nuevo método, otra vía, la discursiva, operación que Gaos considera como el único camino posible para alcanzar su meta, y por tanto, el único procedimiento adecuado para quien desea adueñarse de su objeto, camino ascendente que le permitirá al alma discurrir sobre todas las cosas del universo, empezando por los seres inanimados hasta llegar al hombre, método que estaría relacionado con el aristotélico en su modalidad tomista.

Efectivamente, como anota Gaos, el alma emprende dos veces su camino, o más bien su vuelo por el universo, primero, mediante una operación que podría denominarse fantasmática, desatadora de fantasmas o productora de simulacros, y en la que quiero detenerme, quizá aclare la

⁸ “La actividad intelectual [...] procede a ejercitarse primeramente por la vía de la intuición, pues este nombre es el propio para lo que el poema mismo llama en determinado punto, ‘un conocer con un acto intuitivo todo lo creado’. La intuición universal se presenta así como la forma espontánea del ejercicio de la actividad filosófica, con profunda y certera intuición, hay que repetir el término, así del desarrollo psicológico del conocimiento humano como del desenvolvimiento histórico del filosófico.

Pero la intuición unitaria fracasa ante la diversidad poco menos que infinita del mundo. Y entonces el intelecto acude, ya reflexivamente, al *discurso*, a la otra forma del pensamiento opuesta tradicional y cardinalmente a la del pensamiento intuitivo, a la forma del pensamiento discursivo. Éste es el único por respecto al cual cabe hablar propiamente de método, esto es, de un recorrido de un camino, por sus pasos contados, hasta una meta, no, por respecto a la intuición, cuya esencia está en la pretensión de adueñarse del objeto, aun cuando éste es la totalidad de los objetos, en un solo golpe de vista. El alma soñadora de la poetisa piensa en ir discurriendo por todas las cosas, siguiendo el orden de las categorías que las abarcan todas, al elevarse por grados de generalización desde las cosas individuales hasta los géneros superiores; pero el orden en que procede efectivamente el soñado discurso del entendimiento de la poetisa consiste en elevarse por los grados del ser creado desde el inanimado hasta el humano”. José GAOS, 1960, pp. 63-64.

disyuntiva que he propuesto y que de otra forma ha señalado Paz, la diferencia entre el texto de Kircher y el poema sorjuaniano, y para mí, su posible clasificación como poema autobiográfico.

Aristóteles decía en *De anima*: “De manera general, para toda sensación hay que entender que el sentido es la facultad susceptible de recibir las formas sensibles sin la materia, de la misma manera en que la cera recibe la impresión del anillo con que se lacra sin que en ella permanezcan ni el hierro ni el oro”, y en su libro, *De la memoria*, añade “La pasión producida por la sensación en el alma... es algo parecido a un dibujo. El movimiento que se produce deja una especie de impresión de la cosa percibida, como cuando se imprime un sello con un anillo”. Y, comentando esas palabras de Aristóteles que acabo de transcribir, Giorgio Agamben explica en su libro *Estancias, palabras y fantasmas en la cultura occidental*.⁹ “Aristóteles concibe el mecanismo de la visión, en contra de quienes la explicaban como un flujo que iba del ojo al objeto, como una pasión impresa en el aire por el color y desde el aire transmitida al ojo cuyo elemento acuoso la refleja como en un espejo” (p. 126).

Y, en el *Sueño*, ese mismo proceso se realiza cuando el alma abandona al cuerpo dormido e inicia su viaje por el universo, haciendo que la fantasía, utilizando el repertorio de imágenes captadas por la imaginativa, grabadas e impresas luego en la mente por la memoria, dibuje un vasto paisaje panorámico cuya primera figura es el Faro de Alejandría en cuyo espejo marítimo la visión abarca lo que antes se antojaba inaprehensible. sor Juana lo señala:

Y así ella sosegada [es decir, la Fantasía], iba copiando
las imágenes todas de las cosas,
y el pincel invisible iba formando
de mentales, sin luz, siempre vistosas
colores, las figuras
no sólo ya de todas las criaturas
sublunares, mas aún también de aquellas
que intelectuales claras son estrellas,

⁹ Giorgio AGAMBEN, 1992. Las traducciones son mías.

y en el modo posible
 que concebirse puede lo invisible,
 en sí, mañosa, las representaba
 y al alma las mostraba

(vv. 280-292)

Repetiré este pasaje en la versión en prosa que redactó el padre Méndez Plancarte para destacar mejor su sentido:

Así de igual manera, la fantasía tranquila iba copiando las imágenes de las cosas y —con mentales colores, luminosos aunque sin luz— su pincel invisible iba trazándose no sólo las efigies de todas las criaturas sublunares o terrestres, sino también las de aquellas otras que son como unas claras estrellas —los espíritus puros y los conceptos abstractos—, pues hasta donde cabe para ella la aprehensión de lo invisible o inmaterial, la propia fantasía los representaba en sí, por ingeniosos medios, para exhibirlas al Alma (p. 21).

En el *Iter exstaticum* de Kircher se hace un relato semejante. Recordemos que Teodidacto inicia su viaje iniciático al oír un concierto que lo deja “como abatido por un grave sopor”, “después de que las especies de la dicha sinfonía agitaban su ánimo con *varias imágenes de fantasmas*”. En el *Sueño*, después de oír el concierto nocturno de las divinidades mitológicas convertidas en aves de extraña catadura, el cuerpo de la poetisa se adormece invadido a su vez por un fuerte sopor, una somnolencia fisiológica producida por la digestión, que ayuda a delinear los simulacros —así llama ella a los fantasmas— que de los cinco sentidos exteriores han pasado a los sentidos interiores y el alma, a través de la fantasía, los reproducirá más tarde:

...ésta, pues, si no fragua de Vulcano
 templada hoguera del calor humano
 al cerebro enviaba
 húmedos, más tan claros los vapores
 de los atemperados cuatro humores,
 que con ellos no sólo no empeñaba
 los *simulacros* que la estimativa
 dio a la imaginativa
 y aquésta, por custodia más segura,

en forma ya más pura
 entregó a la memoria que, oficiosa,
 grabó tenaz y guarda cuidadosa,
 sino que daban a la fantasía
 lugar de que formase
 imágenes diversas

(cursivas mías, vv. 252-265)

Refiriéndose al concepto medieval que pretendía que los sentidos —la vista, en este caso— son incapaces de incorporar las intenciones de los objetos sensibles si antes no se los abstrae de la materia, Giorgio Agamben, en el libro antes mencionado, transcribe un fragmento de Averroes, el filósofo árabe medieval que transmitió las enseñanzas de Aristóteles, fragmento que yo, a mi vez, aquí transcribo:

el ojo es representado como un espejo en el que se reflejan los fantasmas, instrumento en donde el agua es primordial, de manera que las formas de los objetos sensibles se inscriben allí como si se tratara de un espejo. Y así como un espejo tiene que iluminarse para poder reflejar las imágenes, el ojo no puede mirar si su agua (es decir los humores contenidos dentro de él y que forman varias capas, según la anatomía medieval...) no es iluminada por el aire (p. 135).

La mirada de Teodidacto, salida de un ojo hecho de carne mortal, contempla los fantasmas. Aquí parecieran coincidir los dos poemas, en el *Sueño* el alma inicia su viaje por el cosmos y contempla con sus ojos mentales el inmenso espejo iluminado por el Faro de Alejandría. Pero es justamente en este instante que el relato sufre un vuelco radical, como lo señala Paz: el alma de la poetisa viaja por el cosmos librada enteramente a sus propias fuerzas, sin ningún guía, en tanto que Teodidacto ha sido conducido por un ángel, quien, antes de empezar la peregrinación, exclama: “Soy Cosmiel, ministro del Dios altísimo y del mundo. Levántate, no temas Teodidacto; fueron escuchados tus deseos y he sido enviado para mostrarte cuanto es permitido al ojo hecho de carne mortal, la suma majestad de Dios Óptimo Máximo que resplandece en sus obras”.¹⁰ En

¹⁰ Cf. *supra*, Octavio PAZ., *op. cit.*

ambos textos están presentes los fantasmas, o *simulacros*, y en ambos textos se subraya —o quizá se da por descontado— la enorme cercanía que había entonces entre ciencia y filosofía, o para ser más exactos en el caso que analizo, entre medicina y filosofía; pero, aunque el procedimiento que revela a los fantasmas sea similar en ambos textos y ambos estén inscritos en una tradición, el poema de sor Juana la transgrede y bifurca su camino. De la sombra piramidal y funesta que se eleva sobre la tierra, tratando de alcanzar las altas cimas con que se inicia el *Sueño*, se llega —o se pretende llegar— a la iluminación mental, gracias a la cual se edifican y contemplan los artificiosas construcciones geométricas que la fantasía dibuja. El Faro de Alejandría funciona a manera de un ojo gigantesco que refleja sobre su extendida superficie acuática todo lo que la mirada puede abarcar, pero es el alma la que despliega su propio repertorio de imágenes, gracias al pincel invisible de su Fantasía, productora de fantasmas, hasta que, de pronto, encandilada y frágil se despeña sin llegar a aprehender el significado del cosmos ni alcanzar la revelación, revelación que, como bien sabemos, le ha sido concedida a Teodidacto:

El confiado, antes atrevido
 Y ya llorado ensayo, (vv. 264-265) ...
 Como el entendimiento, aquí vencido
 No menos de la inmensa muchedumbre
 (de tanta maquinosa pesadumbre
 de diversas especies, conglobado
 esférico compuesto),
 que de las cualidades
 de cada cual, cedió: tan asombrado,
 que —entre la copia puesto,
 pobre con ella en las neutralidades
 de un mar de asombros, la elección confusa—,
 equívoco las ondas zozobraba (vv. 469-479)

Me he detenido sobre todo en el Faro de Alejandría, comporta una sorprendente semejanza conceptual y metafórica con la teoría de los fantasmas tal y como ha sido interpretada por Agamben, tradición vigente hasta la época de sor Juana y proveniente de Platón y de Aristóteles. El

Faro de Alejandría, las pirámides de Egipto y la Torre de Babel son figuras dibujadas por la fantasía –formas inmateriales, fantasmáticas, simulacros, “señales exteriores”, erectas a modo de “bárbaros jeroglíficos de ciego error”, que, sin lograrlo, intentan traducir conceptos, de otro modo inaccesibles, en suma, pretenden delinear “el modo posible / [en] que concebirse puede lo invisible”.

Ese pasaje de Averroes, repite Agamben –refiriéndose a la imagen del ojo que antes describimos– merece que se le preste atención, el proceso cognoscitivo se concibe allí como una especulación en sentido estricto, como una reflexión de espejo a espejo: en efecto, al reflejar la forma del objeto, los ojos y los sentidos participan del agua y del espejo, porque imaginan a los fantasmas en ausencia del objeto. Conocer es asomarse a un espejo donde el mundo se refleja, es acechar las imágenes que reverberan de reflejo en reflejo (p. 136).

En sor Juana, ese acecho se revela imposible. Narciso agigantado pero negativo, el alma, desarmada para entender –o simplemente para contemplar– con sus ojos mentales la complicada máquina del mundo, se despeña. La mirada en el reflejo acentúa el carácter ambiguo de las imágenes: oscilan entre dos polos contradictorios, ya sea una visión deslumbrante, perfecta, intacta, panorámica; simulacro en el reflejo de una realidad distinta, lejana, extranjera, porque distante, inaprehensible y sin embargo, y por breve lapso, plena. O visión confusa que hace que la vista retroceda, encandilada. El exceso luminoso en que la mirada naufraga (“...si súbito le asaltan resplandores, / con la sobra de luz queda más ciego”), se marca en el poema con una digresión, una mención a Ícaro, inscrita entre paréntesis (“Necia experiencia que costosa tanto / fue, que Ícaro ya, su propio llanto/lo anegó enternecido”). Refuerza y simboliza la caída de Ícaro, uno de los emblemas de la desobediencia, del atrevimiento, de la transgresión, transgresión castigada, y con todo, siempre renovada, como lo demuestra más tarde la aparición en el poema del mito de Faetón. Ícaro fulminado por el sol y por la altura, en reiterada caída refleja la incapacidad del alma para aprehender lo incomprensible, denota, en suma, el fracaso de esa “necia experiencia” que aniquila al entendimiento.

...cuyo inmenso agregado,
 cúmulo incomprensible,
 aunque a la vista quiso manifiesto
 dar señas de posible,
 a la comprensión no, que —entorpecida
 con la sobra de objetos, y excedida
 de la grandeza de ellos su potencia—,
 retrocedió cobarde.
 La vista que intentó descomedida
 en vano hacer alarde
 contra objeto que excede en excelencia
 las líneas visuales...

(vv. 478-483)

Semejante al espejo gigantesco que refleja los objetos —de otra forma inaccesibles en el campo ordinario de la visión—, haciendo visible lo invisible y soportable lo insoportable, el alma recapacita, y ensaya otro remedio, como si la figura mítica acentuase para sor Juana la secuencia de la reflexión, en su doble vertiente narrativa y figurativa. Una figuración catártica: pretenderá descifrar lo que sor Juana concibió como una escritura incomprensible, concentrada en una sola frase, la que deletrea “los caracteres del estrago”, petrificada en la metáfora. Bisagra ojo-entendimiento, bisagra ojo-reflejo, bisagra espejo-reverberación, nos remite a esa frontalidad cuyo modelo sería una especulación de los sentidos, la provocativa y osada tarea de mirar frente a frente lo que está prohibido contemplar, en el caso de Perseo a la Gorgona y en el de sor Juana al sol, inmenso cuerpo luminoso...

cuyos rayos castigo son fogoso,
 que fuerzas desiguales
 despreciando, castigan rayo a rayo
 el confiado, antes atrevido
 y ya llorado ensayo

(vv. 460-466)

LA EXPERIENCIA

Pérdida del sentido, confusión, anulación de signos, el alma abatida a las rateras noticias de la tierra, trata de reafirmarse y encontrar un punto de apoyo, necesario para reintentar su ascenso en esa aventura interminable que deletrea los caracteres del estrago. Y la recuperación de una tierra firme, segura, conectada con la experiencia y el ejercicio sistemático, apasionado, de la observación. Las cosas mínimas y uniformes de la vida cotidiana pueden constituir un rico laboratorio de experimentación y de reflexión, y sobre todo, como lo dice claramente sor Juana en el *Sueño*, de rehabilitación. Un trabajo consuetudinario que sostiene a quien no se deja abatir y está dispuesto siempre a iniciar un nuevo ascenso, aunque entrañe castigos ejemplares, los que abatieron a Ícaro, a Faetón o a Prometeo.

Una vez más sor Juana recurrirá a un método fundamentado también en un arte combinatoria, e intentará recobrar sus fuerzas de manera que “por grados se habiliten / porque después constantes/ su operación más firmes ejerciten”. Y ese sistema estará basado en la experiencia, para ella, “recurso natural, innata ciencia”, empleado como remedio o recurso extremo que el alma, debilitada por su gran esfuerzo, utilizará como antídoto eficaz para curar sus males, recobrar las fuerzas y reforzar al alma, siempre dispuesta, como he dicho, a reemprender el viaje, equipada con nuevas experiencias.

Para sor Juana, la experiencia es una forma de educación, un diálogo, ese interminable diálogo, librado a secas consigo misma. La experiencia, aclara en el *Sueño*, es un / “maestro quizá mudo”/ y añade, un “retórico ejemplar....”, un maestro que suele descubrir senderos y, aunque suela presentarse en forma de veneno, es una medicina eficaz, si quienes lo siguen saben penetrar en sus designios y dosificarlo:

...inducir pudo
a uno y otro Galeno
para que del mortífero veneno,
en bien proporcionadas cantidades
escrupulosamente regulando
las ocultas nocivas cualidades

ya por sobrado exceso
 de cálidas o frías
 o ya por ignoradas simpatías
 o antipatías con que van obrando
 las causas naturales su progreso (vv. 516 a 526)

La experiencia estará vinculada primero con las femeninas, las que ella ha denominado “filosofías de cocina”. Cito, a pesar de que es muy conocido, el siguiente párrafo, conviene a mi argumento:

Pues ¿qué os pudiera contar, Señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite, y por contrario, se despedaza en el almíbar; ver que para el azúcar se conserve fluida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y clara de un mismo huevo son tan contrarias que en los unos, que sirven para el azúcar, sirve cada una de por sí y juntos no. Por no cansaros con tantas frialdades, que sólo refiero por daros entera noticia de mi natural y creo que os causará risa: pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupericio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena y yo suelo decir viendo éstas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.¹¹

Párrafo en donde se advierte, por una parte, la inclinación que la monja tenía para la observación y luego su habilidad para aprovechar aun las más mínimas experiencias y aumentar su conocimiento, mediante un cuidadoso ejercicio de reflexión: ilumina considerablemente otro de sus métodos de trabajo, agregado al intuitivo y al discursivo, obviamente, éste, el experimental, método esencial: a manera de universidad portátil le permitía extraer conocimientos fundamentales subrayados a lo largo de su obra, añadidos a los tratados clásicos de sabiduría para el uso de los nobles de los que sor Juana echa mano cuando escribe sus versos cortesanos. La experiencia es para sor Juana una especie de libro abierto de la naturaleza que hay que saber leer, un maestro mudo: sirve de guía

¹¹ Sor JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Respuesta a Sor Filotea, Obras completas*, 1957, t. IV, pp. 459-460.

en todas las circunstancias, tanto para sortear escollos –“sirtes librando”– como para protegerla de sus enemigos, entre los cuales, como puede muy bien verse en este pasaje, se encuentra el Obispo, bien consciente, imaginario, de la ironía implícita en las palabras finales del párrafo transcrito, y en el irónico énfasis que la monja pone en la palabra frialdad aplicada a las mujeres, puesto que esta cualidad negativa, estos humores, junto con la humedad, hacía imposible para ellas el ejercicio del pensamiento. ¿No decía Juan Huarte de San Juan, el médico converso del siglo XVI, perseguido por la Inquisición, después de la Contrarreforma tridentina, que “las hembras por razón de la frialdad y humedad de su sexo, no pueden alcanzar ingenio profundo?”¹²

Llama la atención en este contexto el romance real que don José Pérez de Montoro, el célebre poeta español contemporáneo de sor Juana, le dedica a la monja como introducción nada menos que a la *Inundación Castálida*. En su poema se manifiesta una sincera y asombrada admiración por la jerónima. Me detengo en algunas de sus hiperbólicas alabanzas:

Una mujer baldona afeminados
 los fatídicos partos más robustos,
 que a la luz dieron Homeros y Virgilio,
 Persios, Lucanos, Sénecas y Tulios.
 Una mujer para animar conceptos,
 que no cederá en la cuestión de bultos;
 enmendando el error de Prometeo,
 repite el riesgo, pero logra el hurto.
 Hurto dice, y lo es, que tanto fuego
 de la delfica llama, y tan si humo,
 mejor se enciende en la elección del rapto,
 que se atiza en la fuerza del influjo.
 Una mujer del bipartido monte,
 la cumbre huella, y no corona el triunfo;
 porque no halla laurel tan elevado,
 que no sea más alto su coturno.

¹² HUARTE DE SAN JUAN, 1988 (primera edición, Baeza, 1575), p. 331. Ver también Georges CANGUILHEM, 1966.

Allí donde parece a nuestros ojos,
que al tramontar su inaccesible curso
despeña Febo el refulgente carro,
que cada día es cuna, y es sepulcro.¹³

En estos versos se hace alusión a Prometeo, en general poco mencionado en relación con la poetisa novohispana. Es bien sabido que este hijo de titanes fue una de las figuras más transgresoras de la mitología griega, y su doble traición a Zeus comporta conocimientos transmitidos a los mortales, relacionados con la experiencia, es más, se trata de una experiencia transgresora: implica un robo y una violación, la de robarle el fuego a los dioses para entregárselos a los mortales, doble incursión en lo prohibido, transgresión que cometen y por la cual son castigados varios de los personajes mitológicos con que se inicia el *Sueño*, entre otros, Nictimene y las Mineidas. Dejo aquí el comentario, puede ser punto de partida de un análisis más detenido que emprenderé más tarde.

¿AUTOBIOGRAFÍA DE UNA AUTODIDACTA?

En mi primer libro dedicado a sor Juana me preocupé por aclarar este problema, por indagar si su obra podía entrar en la categoría de hagiografía o en la de autobiografía, o ¿por qué no?, en ambas.¹⁴ En esta ocasión creo que puedo avanzar un poco más, por el camino del *Sueño*. No creo que el *Iter Exstaticum* y otras obras de Kircher sean la única fuente utilizada por sor Juana para construir su poema, pero sí una influencia importante, más bien, un pretexto útil, como se comprueba por las constantes alusiones que ella hace del jesuita alemán a lo largo de su escritura y hasta por la creación de un neologismo, el verbo quirquerizar, juguetón y hasta cirquero. Sor Juana probablemente leyó al jesuita alemán desde muy joven, quizá a los 17 años, cuando era dama de compañía en la corte de los virreyes de Mancera, cuyo confesor Francisco Ximénez (nombre españolizado

¹³ Joseph PÉREZ DE MONTORO, en sor Juana Inés de la Cruz, *Inundación Castálida*, 1995, [p.3].

¹⁴ Margo GLANTZ, 1995.

del sacerdote jesuita francés François Guillot) era un entusiasta lector y corresponsal novohispano de Kircher.¹⁵ El *Sueño* se inicia con imágenes de alpinismo astronómico, el ascenso perpetuo del alma para alcanzar el conocimiento o la divinidad, alpinismo que muy bien podría obedecer a una práctica establecida por el arte lógica de Aristóteles, según los criterios del padre Méndez Plancarte, pero que, según Ignacio Osorio, estaría probablemente inspirado por el método del *Ars combinatoria* compuesto por el jesuita alemán, a partir de conceptos aristotélicos.

Desde 1665 sor Juana debió de aficionarse al *Ars*. La estima que sentía por esos estudios la reflejan sus mismos poemas. La aventura que sor Juana emprende en el *Primero sueño* para adquirir la llave del conocimiento y saciar la sed de saber, consta... de dos movimientos. Ambos expresan el anhelo de síntesis entre el método intuitivo de Platón y el discursivo de Aristóteles. En el primero, el alma colocada en lo más alto de la mental pirámide, intenta conocer con un acto intuitivo “todo lo criado”, pero deslumbrada por el número y la grandeza de los objetos, apenas si logra vislumbrar confusas especies “sin orden avenidas, sin orden separadas / que cuanto más se implican combinadas / tanto más se disuelven desnudas / de diversidad llenas” (vv. 552-556). Frustrado este primer intento, recurre, entonces, al método de la *Ars combinatoria* que, como dijimos, con grandes influencias aristotélicas y nominalistas considera a las cosas en su especificidad o en su singularidad; busca, por esta vía, organizar a los seres de acuerdo a una escala, ascendiendo de la más ínfima a la más perfecta... (pp. LXI a LXVIII).

La convicción verbalizada por Méndez Plancarte, él mismo jesuita, de que sor Juana se atenía estrictamente a las reglas prescritas por la Iglesia de su tiempo, le permite ignorar la metodología del jesuita alemán, en ocasiones peligrosamente situado en el filo de la navaja de la heterodoxia, y lo lleva a considerar que la palabra *arte* utilizada por la monja, limita su significado a su relación con la lógica, una de las partes canónicas del *trivium*. El concepto de arte también significa técnica o conjunto de preceptos y reglas necesarias para hacer bien una cosa, técnica que, si bien

¹⁵ OSORIO ROMERO, 1993.

participa de la ciencia de la lógica, va por un camino distinto porque postula y define sus propias reglas, no las de la inferencia deductiva, sino las de un método que permite ascender usando un arte combinatoria, gracias a la cual: “cualquier arte o ciencia, y todas las razones de las cosas más escondidas pueden ser examinadas e investigadas por varios ascensos y circuitos de los ánimos” (Osorio, p. XLVIII). Combinaciones manejadas por la monja en este poema, pero también en sus villancicos, siguiendo los ascensos y descensos vertiginosos que la Virgen María y Cristo ejecutan en peligroso malabarismo y prestidigitación, y que, rigurosamente manejadas y explicadas, se convierten en una de sus armas en la *Respuesta a sor Filotea*, erigidas como el único método posible que la monja tiene a su alcance para acceder al conocimiento, ella, siempre deseosa de aprender, pero privada de maestros:

Con esto proseguí, dirigiendo siempre, como he dicho —dice la jerónima—, los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de la ciencia y artes humanas; porque ¿cómo entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aun no sabe el de las ancilas? ¿Cómo sin Lógica sabría yo los métodos generales particulares con que está escrita la Sagrada escritura? ¿Cómo sin retórica entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo sin Física tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas, y otras muchas que hay? ¿Cómo sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la Historia se entenderán los libros historiales? ¿Cómo sin grandes conocimientos de ambos Derechos podrán entenderse los libros legales? (pp. 448-449).

...Y así por tener algunos principios granjeados, estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener para algunas particular inclinación, sino para todas en general; por lo cual el haber estudiado en unas más que en otras, no ha sido en mí elección, sino el acaso de haber topado más a mano libros de aquellas facultades les ha dado, sin arbitrio mío, la preferencia. Y como no tenía interés que me moviese, ni límite de tiempo que me estrechase el continuado estudio de una cosa por la necesidad de los grados, casi a un tiempo estudiaba diversas cosas o dejaba unas por otras; bien que en eso observaba orden, porque a unas llamaba estudio y a otras diversión; y en éstas descansaba de las otras: de donde se sigue

que he estudiado muchas cosas y nada sé porque las unas han embarazado a las otras (pp. 449-450).

Ella misma avisa que este método lo ha tomado del padre Atanasio Quirquerio, de su “curioso” libro *De Magnete*, es decir, un método que consiste en acercarse a un conjunto de disciplinas y cultivarlas sin apearse a una disciplina estricta o a un sistema riguroso, y que sin embargo funcionan como instrumentos idóneos para alcanzar el conocimiento y ascender hasta la Divinidad: “Es la cadena que fingieron los antiguos que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas eslabonadas unas con otras. Todas las cosas salen de Dios, que es el centro a un tiempo y la circunferencia de donde salen y donde paran todas las líneas criadas” (p. 450).

Sor Juana describe en realidad, además de otros métodos, los esfuerzos que despliega quien, en terminología actual, podría considerarse como un *amateur*, palabra que designa a quien revolotea de un tema a otro, de una ciencia a otra, de un arte a otro, como si jugara, superficialmente, sin limitaciones de tiempo ni exigencias institucionales, sin la constricción de una enseñanza específica que transmitiera un saber legítimo, magisterial y opresor, capaz de asegurar la sumisión del educando. Pienso, sin embargo que a pesar de su significado, la palabra *amateur* sería inadecuada para describir la actividad personal que sor Juana ha pintado con tal elocuencia en su *Respuesta*, designaría, insisto, a alguien incapaz de profundizar, un ser superficial, ligero de cascos, dado a la vanagloria o al capricho. Quizá podríamos sustituir la palabra *amateur* por otro término, le convendría mejor a la jerónima el de autodidacta: un autodidacta es quien aprende por sí solo lo que no ha podido aprender de manera sistemática, porque ha carecido de maestros, de aulas, en suma de dirección institucional, me refiero a la de una universidad y no a la de un convento: “Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro: pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor a las letras” (p. 447).

Sor Juana emprende entonces las actividades que más le interesan en silencio, aun aquellas en que los otros, los varones, necesitan del diálogo fundamental del maestro. El ejercicio universitario implica un público —la

cátedra, el auditorio— que muchas veces sor Juana ha sustituido en el convento por sus famosas conversaciones en el locutorio, esas conversaciones en donde ella usurpa por breve lapso la función suprema del maestro o la más específica y sagrada —en términos eclesiásticos y por tanto institucionales— del predicador, utilizando el locutorio como si fuera púlpito, transgresión que, como sabemos bien, le costó muy caro, cuando el obispo de Santa Cruz publica la *Atenagórica*, y que en su Carta firmada como sor Filotea la devuelve brutalmente a su condición no sólo de educanda sino más bien de súbdita o quizá como ella misma dice de ancila, esto es de esclava.

Lástima es que un tan gran entendimiento, de tal manera se abata a las rateras noticias de la tierra, que no desee penetrar en lo que pasa en el Cielo; y ya que se humille al suelo, que no baje más abajo, considerando lo que pasa en el Infierno. Y si gustare algunas veces de inteligencias dulces y tiernas, aplique su entendimiento al monte Calvario, donde viendo finezas del Redentor e ingratitudes del redimido, hallará gran campo para ponderar excesos de un amor infinito y para formar apologías, no sin lágrimas contra una ingratitud que llega a lo sumo.¹⁶

Cualquier debate se apoya en la réplica, en el despliegue de argumentos, semejantes a los que ella misma ha desplegado en sus sonetos, en sus romances epistolares, en sus loas o en sus villancicos y que tanto Santa Cruz como otros prelados reprueban. En su famosa *Carta al Padre Núñez*, sor Juana tiene aún aprestos suficientes para decírselo al padre Antonio Núñez de Miranda, su confesor: "...es el sumo trabajo, no en carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo, un tintero insensible".¹⁷ En su Censura aprobatoria a la edición de la *Fama*, Calleja lo reitera:

Éstos, los maestros, le faltaron siempre a esta prodigiosa mujer, pero nunca le hicieron falta; dentro de sola su capacidad cupieron cátedra y auditorio para emprender las mayores ciencias, y para saberlas con la cabal inteligencia que tantas veces asoma a sus escritos, ella se fue a sus

¹⁶ Manuel FERNÁNDEZ DE SANTA CRUZ (Obispo de Puebla), *Carta de Sor Filotea, Obras completas*, t. IV, 1957, p. 696.

¹⁷ Sor JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Carta al Padre Núñez*, en ALATORRE, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. XXXV, núm. 2, 1987, p. 622.

solas a un mismo tiempo argumento, respuesta, réplica y satisfacción, como si hubiera hecho todas las facultades de... poesía, las que se saben sin enseñanza (p. [19]).

Y es en este sentido que podría extenderse un poco más su conexión con ciertas técnicas de aprendizaje utilizadas por Kircher, recuérdese que éste, como muchos de sus contemporáneos, era proclive a la dispersión y, también a la invención, y que, entre las muchas cosas que emprendió, descubrió el principio de la famosa linterna mágica, instrumento que construyó y que de manera tan especial le fuera útil al alma, una de las protagonistas de *Primero sueño*, usada como metáfora poética para figurar “los trémulos reflejos” que, al acabar la noche y un poco antes de la llegada del sol, traza en su huida la sombra fugitiva:

Así linterna mágica, pintadas
representa fingidas
en la blanca pared varias figuras,
de la sombra no menos ayudadas
que de la luz que en trémulos reflejos
los competentes lejos
guardando de la docta perspectiva,
en sus inciertas mensuras
de varias experiencias aprobadas,
la sombra fugitiva,
que en el mismo resplandor se desvanece,
cuerpo finge formado,
de todas dimensiones adornado,
cuando aun ser superficie no merece.... (vv. 874-887)

Esta condición móvil, incierta, a veces placentera, siempre angustiada y perseguida, es en realidad la del autodidacta, alguien que camina por la vida sin ayuda, haciendo un máximo esfuerzo, emprendiendo su transcurso vital con el deseo imposible de liberarse de sus cadenas corporales en su intento por comprender el mundo. Teodidacto, en cambio, es el discípulo de Dios, guiado por Cosmiel —ángel del cosmos— personaje creado por Kircher (“su transparente careta”, como lo llama Octavio Paz), quien

lo conduce por los vastos espacios astronómicos y le permite contemplar con sus ojos de carne mortal, “la suma majestad de Dios Óptimo Máximo que resplandece en sus obras”. Sor Juana es mujer, monja y como autodidacta —o en tanto que personaje *Audidáctico*— tendrá que avanzar sostenida por su propia experiencia, expuesta y vulnerable como el alma encaramada en su mental pirámide. Esta frase lastimera puede parecer peligrosa, podría convertir a sor Juana en personaje de folletín, una víctima abandonada a sus propias fuerzas, y con todo, lo reitero, no es una implicación desatinada, antes bien sería justa y pertinente, pues a ella alude la propia monja, quien, de nuevo en la *Respuesta*, al agradecerle y a la vez reprocharle al obispo de Santa Cruz la publicación de su *Carta Atenagórica*, se compara nada menos que con Moisés, frágil y vulnerable, cuando fue abandonado por su madre en las aguas del Nilo: “[...] Pero ya que su ventura la arrojó a vuestras puertas, tan expósita y huérfana que hasta el nombre le pusisteis vos, pésame que, entre más deformidades, llevase también los defectos de la prisa [...]” (p. 471). ¿Y no seremos también testigos en el *Primero sueño* de ese mismo sentimiento desvalido, cuando el alma retrocede, cobarde, al descubrir anonadada, que su entendimiento es incapaz de comprender el inmenso agregado del esférico compuesto que es el mundo?

Lejos de estar terminada mi investigación, deja abiertas varias interrogantes. Mientras tanto, resumo: sor Juana, personaje autónomo —el Alma Autodidacta—, guiada por su propia experiencia, trata de interrogar los signos; las respuestas, vertiginosas, la aturden y anonadan. En esta perspectiva, más próxima a Faetón y a Prometeo que al Teodidacto guiado por Cosmiel, se atreve sin embargo a desafiar al cosmos. Su transgresión será castigada, pero como los personajes míticos que le sirven de emblema, la monja novohispana, aunque “entre escollos zozobra(ndo)”, ejemplar “auriga altivo del ardiente carro”, dispuesta estará siempre a renovar su empresa.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio (1992), *Stanzas, parole et fantasma dans la culture occidentale*, París, Payot.
 ÁLVAREZ DE LUGO USODEMAR, Pedro (1995), *Ilustración al Sueño de la Décima Musa mexi-*

- cana..., en Diego CALLEJA, *Aprobación*, en sor Juana Inés de la Cruz, *Fama y obras póstumas*... edición facsimilar de la de Madrid, Imprenta Manuel Ruiz de Murga 1700, coordinación y edición Gabriela Eguía-Lis Ponce, prólogo de Antonio Alatorre, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- CANGUILHEM, Georges, *Le normal et le pathologique*, París, Presse Universitaires de France, 1966 [*Lo normal y lo patológico*, México, Siglo XXI, 1971].
- FERNÁNDEZ DE SANTA CRUZ, Manuel (Obispo de Puebla), *Carta de sor Filotea*, vol. IV, edición de Alberto G. SALCEDA, apéndice, p. 696.
- GAOS, José (1960), “El Sueño de un sueño”, *Historia mexicana*, XXXVII.
- GLANTZ, Margo (1995), *Sor Juana Inés de la Cruz: zbagiografía o autobiografía*, México, UNAM-Grijalbo.
- HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1988), *Examen de ingenios para las ciencias*, Barcelona, Promociones y Publicaciones universitarias (1a. edición, Baeza, 1575).
- JUANA INÉS DE LA CRUZ, sor (1987), *Carta al Padre Núñez*, en Antonio ALATORRE, “Nueva Revista de Filología Hispánica”, t. XXXV, núm. 2.
- (1957), *Respuesta a sor Filotea*, en *Obras completas*, vol. IV, edición de Alberto G. SALCEDA, México, Fondo de Cultura Económica.
- *El sueño* (1989), ed. de Alfonso MÉNDEZ PLANCARTE, México, UNAM.
- MARTÍNEZ DE SAN MIGUEL, Yolanda (1999), *Saberes americanos, Subalternidad y epistemología en los escritos de sor Juana*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- OSORIO ROMERO, Ignacio (1993), *La luz imaginaria*, México, UNAM.
- PASCUAL BUXÓ, José (1996), *Sor Juana de la Cruz: amor y conocimiento*, México, UNAM.
- PAZ, Octavio (1982), *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Barcelona, Seix Barral.
- PERELMUTER, Rosa (1986), “La situación enunciativa del *Primero sueño*”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. XI, núm. 1, otoño.
- PÉREZ AMADOR ADAM, Alberto, *El precipicio de Faetón, nueva edición, estudio filológico y comentario de Primero sueño de sor Juana Inés de la Cruz*, Frankfurt, Vervuert, Editionen der Iberoamericana.
- PÉREZ DE MONTORO, Joseph (1995), en sor Juana Inés de la Cruz, *Inundación Castálida*, edición facsimilar, Madrid, Imprenta de Juan García Infanzón, 1689, coordinación editorial, Gabriela Eguía-Lis Ponce, prólogo de Sergio Fernández, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- SABAT-RIVERS, Georgina (1976), *El “Sueño” de sor Juana Inés de la Cruz*, Tradiciones literarias y originalidad, Londres, Tamesis Books Limited.
- SÁNCHEZ ROAYNA, Andrés (1991), *Para leer “Primero sueño” de sor Juana Inés de la Cruz*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TRABULSE, Elías (1979), *Florilegio*, selección y prólogo a la obra de sor Juana Inés de la Cruz México, Promexa.

DE CARL ORFF A MANUEL M. PONCE

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

El compositor Manuel M. Ponce también era un buen rimador. Por ello le encantaban coros de Orff como el Coro Universal de los Bebedores.

Daremos aquí el jocosísimo coro que incluso ha dado lugar a múltiples pareados de cantina:

UNIVERSALIS CHORUS POTATORUM

*In taberna quando sumus
non curamus quid sit humus,
sed ad ludum properamus
cui semper insudamus.
Quid agatur in taberna,
ubi nummus est pincerna,
hoc est opus ut quaeratur;
ai quid loquar, audiatur.*

[Si a la taberna acudimos
hacia el suelo nunca vimos,
sino al juego nos lanzamos,
por el cual siempre sudamos.
Que en el mesón nos divierta,
donde abre el oro la puerta,
hace bien quien lo investiga
y el que escucha qué yo diga.]

*Quidam ludunt, quidam bibunt
quidam indiscrete vivunt.
Sed in ludo qui morantur
ex his quidam denudantur.
Quidam ibi vestiuntur,
quidam saccis induuntur.*

*Ibi nullus timet mortem,
sed pro Baccho mitunt sortem.*

[Unos juegan, otros beben,
a uno y otro hay quien se atreve.
Y hay a quien ha demorado
el juego, y lo han desnudado.
Unos allí son vestidos;
otros, de sacos ceñidos.
Nadie allí teme a la muerte,
mas por Baco echa la suerte.]

*Primo pro nummata vini,
ex hac bibunt libertini:
Semel bibunt pro captivis,
post haec bibunt ter pro vivis,
quater pro christianis cunctis,
uinques pro fidelibus defunctis,
sexies pro sororibus vanis,
septies pro militibus silvanis.*

[Primero por quien da el vino
bebe el libre o el libertino:
una vez por los cautivos
y tres después por los vivos,
cuatro por los buenos juntos,
cinco por los fieles ya difuntos,
seis por las hermanas no vestales,
siete por los guardias forestales.]

*Octies pro fratribus perversis
niniis pro monachis deispersis,
decies pro navigantibus,
undecies pro discordantibus,
duodecies pro penitentibus,
tredecies pro iter agentibus.
Tam pro papa quam pro rege
bibunt omnes sine lege.*

[Ocho por los fieles perversos,
 nueve por los frailes dispersos,
 diez veces por navegantes,
 once por los litigantes,
 doce por los penitentes,
 trece por los caminantes.
 Por el papa y por el rey
 todos beben sin más ley.]

*Bibit hera, bibit herus,
 bibit miles, bibit clerus,
 bibit ille, bibit illa,
 bibit servus cum ancilla,
 bibit velox, bibit piger,
 bibit albus, bibit niger,
 bibit constans, bibit vagus,
 bibit rudis, bibit magus.*

[Beben amada y amado,
 bebe el clero y el soldado,
 bebe él y bebe ella,
 bebe el siervo y la doncella,
 bebe el veloz, bebe el tardo,
 bebe el blanco, bebe el pardo,
 bebe el quieto, bebe el vago,
 bebe el rudo y bebe el mago.]

*Bibit pauper et aegrotus,
 bibit exul et ignotus,
 bibit puer, bibit canus,
 bibit praesul et decanus,
 bibit soror, bibit frater
 bibit anus, bibit mater,
 bibit ista, bibit ille,
 bibunt centum, bibunt mille.*

[Bebe el pobre y el lisiado,
 el extraño, el desterrado,
 bebe el niño, bebe el cano,

bebe el noble y el decano,
 bebe el hermano y la hermana,
 bebe la madre y la anciana;
 bebe aquélla, bebe aquél
 beben cien y mil con él.]

*Parum sexcentae nummatae
 durant cum immoderate
 bibunt omnes sine meta
 quambvis bibant mente laeta.
 Sic nos rount omnes gentes
 et sic erimus egentes.
 Qui nos rodunt, confundantur
 et cum justis non scribantur.*

[Poco seiscientos ducados
 duran, cuando desbocados
 beben todos sin reposo,
 aunque ellos beban gozosos,
 nos roen todas las gentes
 y nos harán indigentes.
 ¡Quien nos roe, confundido
 sea, y no a justos unido!]

Sin duda que de pareados como éstos vienen las rimas del compositor Manuel M. Ponce, cuando cantaba en su *Romance del casorio*, tras apadrinar la boda de su amigo y colega Miguel Bernal Jiménez:

—Milagrosa Santa Isidra.
 ¡Haz que vomite la sidra!
 —Doctora Santa Teresa,
 ¡que me salga la cerveza!
 —Venerado San Pomposo,
 ¡sácame el vino espumoso!
 —Inmortal San Agustín,
 ¡extráeme el vino del Rhin!
 —Santos de todos los fieles.
 ¡Echen fuera los cocteles!

En la misma línea del latín medieval de bebedores se sitúa el coro del corifeo báquico, la famosa *Confesión de Goliat*.

Transcribiré tres célebres estrofas de la misma *Confessio Goliae* que han nutrido la poesía báquica de diversos países.

*Tales versus facio quale vinum bibo;
nihil possum scribere nisi sumpto cibo;
nihil valent penitus quae jejunos scribo:
nasonem port calices carmine praeibo.*

Para conservar las rimas consonantes, las traduzco en pareados:

Tales versos hago cual vino que bebo;
sin comer no puedo escribir de nuevo;
nada en verdad vale cuanto ayuno anoto;
mas, bebido, en versos a Ovidio derroto.

Otra estrofa célebre del mismo himno dice:

*Tertio capitulo memoro tabernam;
illam nullo tempore spreui neque spernam,
donec sanctos angelos veninentes cernam,
cantantes pro mortuis: "Requiem aeternam".*

Mi versión rimada canta:

El tercer capítulo: nunca estoy ocioso
cuando me hallo dentro de cualquier taberna;
hasta que a los ángeles mire presurosos
que me canten muerto: "Ten la paz eterna".

La última estrofa es la más desaforadamente báquica, en especial donde cambió la última palabra de la invocación: *Sit Deus propitius huic peccatori*, y la corrompió en *potatori*:

*Meum est propositum in taberna mori,
ubi vina proxima morientis ori;*

tunc cantabunt laeti angelorum chori:
“Sit Deus propitius huic potatori”.

Traduzco con rimas entrecruzadas:

Muerte en la taberna: eso solo añoro,
donde haya toneles a mi alrededor;
cantarán felices ángeles en coro:
“sea Dios propicio a este bebedor”.

Con todos estos elementos he practicado la versificación en neolatín,
de varias poesías de Neruda.

TRES POETAS MÉDICOS MEXICANOS DE LA ERA MODERNA

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

¿es que uno nunca es uno cuando está delante de los demás,
o es que uno es sólo uno cuando está delante de los demás?

*Una noche en la historia del mundo, en
Tuyo es mi reino, Abilio ESTÉVEZ*

INTROITO

Sin caer en la discusión sórdida, más bien diálogo, centrado en el aclarar si los poetas médicos son quienes han colgado los trastos profesionales de la medicina para dedicarse a labrar cuartillas bien combinadas, y si a su vez los médicos poetas sólo muy a hurtadillas, en ocasiones críticas, responden a su vena dizque poética, esta noche quiero rendir homenaje a tres conocidos míos a quienes tuve oportunidad de espiar de lejos o de atisbar de cerca, muy a la deriva, con el intento de no perder esa su cosecha recia empapada en dolor y sangre, obligadamente dentro de su retraimiento y su desgaste anímico. Debo advertir que a un amigo, Fernando A. Navarro, en su regio discurso de ingreso a la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas, intitulado *Viaje al corazón de uno mismo. ¿Por qué demonios escriben los médicos?*, desde luego la separación a distancia le parece artificiosa, sobre todo cuando se encuentran ejemplos como el de Gregorio Marañón y otros más —que no por ello distan de ser excepciones— donde se ha sabido mantener en equilibrio admirable entre sus ocupaciones médicas y literarias, lo inusual es hallar los extremos: un Pío Baroja en el disfrute de su prosa casi siempre vernácula, aunque no se desprege de la práctica médica durante toda su vida, o un Santiago Ramón y Cajal, embebido de

continuo en su monumental e impresionante obra científica, aunque no se prive de entregarnos sus *Charlas de café* o *El mundo visto a los ochenta años*.

COMPOSICIÓN

Dejemos pues esta ruptura y vayamos al grano. He escogido para esta mi plática, dentro de los tres ejemplos que expongo a vuestra consideración, a Elías Nandino en primer término, desaparecido ya, a quien todavía conocí cuando ejercía como ginecólogo en nuestra ciudad; después, a Enoch Cansino Casahonda, que si frecuente andares políticos se halla en registro dentro de los individuos correspondientes de la Academia Mexicana (de la lengua); y a la postre a Ricardo Pérez Gallardo, cirujano según supongo ya maltrecho por la edad, quien para este círculo donde hablo tuvo el mérito de ser uno de los fundadores de nuestra Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina. Aclaro anticipadamente que mi visión acerca de cada uno de ellos debe considerarse, en obvio de tiempo, sumamente restringida: un boceto, un vislumbre, una especie de gota de rocío dentro de su obra múltiple que aquí es casi una muestra. Veamos a cada quien.

Elías Nandino. Nace y muere en Cocula, Jalisco, 1903-1993. Dirige la revista *Estaciones* e, inacabable hacedor de una poesía sutil, fina, cincelada, que maneja con asombroso empeño, enamorado de la muerte y de la noche en sus *Nocturnos*, exprime su sensibilidad y la coloca a flor de piel. De tanto guiar las palabras las decanta, las perfila, las angustia en el sitio exacto del pensamiento, donde hiere nuestras fibras más íntimas. Tal vez canta un amor desolado y un noble desaliento. Tras sus décimas y sonetos cincelados, en *Nocturna suma* descubre una queja silenciosa. Desenvuelve su lira en *Nocturno día*, *Nocturna palabra*, *Eternidad del polo*. Obtiene el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Literatura, 1982, y en sus últimos años, refugiado en su pueblo natal, dedica su tiempo a la práctica de una obra social verdaderamente humanitaria.

De él retomo *Un beso*, poesía delicada y tierna, y la expresión más última, prefacio a su libro *Cerca de lo lejos*, así nombrado:

UN BESO

*Un beso en la boca
despierta otro beso
y mueren los dos
en un eco...*

*Un beso en los ojos
arranca una lágrima
que tímida rueda
y se acaba...*

*Un beso sin beso
es un deseo
que siempre se queda
en el alma...*

*—¡Yo prefiero besarte
sin besos
y dejar el deseo
suspendido
en mis ansias...!*

CERCA DE LO LEJOS

(Como presentimiento de muchos)

*En el tiempo sin tiempo que demoro
orillado al ocaso
donde el hombre consume su naufragio:
me interrogo en silencio y analizo
lo que queda de mí, lo que me apoya
para impulsar mis últimos arrestos.*

*Mi cuerpo es el sepulcro en el que escondo
los fósiles instintos
que como peces ciegos
torpemente se mueven en mi sangre.
Soy lo que ya viví, lo que he sido*

*y persiste enraizado en mi memoria:
arena seca, testimonio exacto
de que por ella transitaba un río.*

*Soy amor hecho garras,
añejo cementerio de recuerdos,
un hombre que sin rumbo
prosigue resbalando cuesta abajo
sin que nada ni nadie lo detenga.
Pero,
a pesar de la carga de los años,
permanezco enamorado de la ida
y a la vez de mi muerte:
simbiosis en que fundo mi existencia.*

*Al borde del peligro,
casi al filo
del silencio absoluto e infinito,
me pregunto a mí mismo:
¿Qué me retiene aún en este mundo?
¿Cuál será la razón porque subsisto?*

*Reflexiono... y encuentro que la única,
la que me impide abrir la puerta falsa
para huir accionando a sangre fría,
la que aún me permite amar las rosas,
asomarme a los ojos de los niños,
palpar la adolescencia
de las huyentes ondas de los ríos
y, en las tardes, beberme los crepúsculos
con avidez, en último arrebató:
es estrictamente, la esperanza insosegada
de acabar de expresar mi poesía.*

*Ella es la que me arraiga en esta tierra,
la que me incita a contemplar el rostro
del cielo, por las noches,
y abarcar un sinnúmero de estrellas.
Ella es la que me infunde, todavía,*

*el deseo de engarzar las palabras
una a una, buscando que se impregnen
de mi embriaguez de cósmica energía.*

*Al vivir mi esperanza olvido todo
para entrar en el orbe del lenguaje
a descubrir su intimidad desnuda,
y poderles donar a mis vivencias
la metáfora exacta
o el hallazgo adecuado de una imagen.*

*La riqueza mayor que yo concibo
se basa en alcanzar que mi poema
exprese, comunique
mi inquietud metafórica, mi asombro
ante la inmensa bóveda celeste
donde la luna, astros y planetas
avanzan suavemente,
como barcos de luz
que desde otro lejano firmamento
navegan y hacen rumbo
hacia la rada de mi pensamiento,
y mi duda, la duda inquebrantable
que inquieta, que construye y que derrumba
dioses y mitos, dogmas y teorías,
hasta hacerme rodar en las tinieblas
como gota de lumbre en agonía.*

*Ella es mi esperanza, lo que tengo
para llenar mis horas de monólogos,
la que hundida en mi pensamiento
nunca me deja que me sienta solo.*

*Poesía inexpresada, que me remuerde
la conciencia como una deuda innata
que no me deja morir, ni vivir,
porque aún no he podido liquidarla...*

Enoch Cansino Casabonda. Oriundo de Tuxtla Gutiérrez, 1928, es considerado como una de las ramas fundamentales del tronco poético chiapaneco a la vera de Rosario Castellanos y Jaime Sabines. Graduado en medicina, irrumpe en la poesía con estallidos fulminantes, sin falsas pretensiones, hasta con desdén, cobija aparentes nimiedades, personajes modestos, quehaceres resignados. Para Alfredo Cardona Peña sus poemas “se leen y festejan como paisajes interiores y ventanas de campo en donde los temas de la muerte, del amor y de la vida —triángulo de eternidades— proclaman la verdad de una vocación sin mácula”. En 1974 ingresa a la Academia Mexicana; Mauricio Magdaleno, autor de *El resplandor*, responde su discurso inicial. Su *Canto a Chiapas* es premiado con la Flor Natural en los II Juegos Florales de Tuxtla Gutiérrez, 1949, por un jurado que podríamos llamar de lujo: Carlos Pellicer, Andrés Henestrosa y Rómulo Calzada. En 1956 obtiene el Premio Ciudad de México con *Perfiles de barro y Juárez*. Entre sus libros cuentan *Con las alas del sueño*, *Estas cosas siempre*, *Tedios y memorias* y su más reciente selección *Ciertas canciones y otros poemas*. Escogemos, así al acaso, un fragmento de *Fantasmas*, *Ser solamente* y, con justicia, su devoción al terruño, hoy en recuerdo como cuando en 1989, mientras políticamente alcanzaba la presidencia municipal tuxtleña, nos llevara allá Jorge Avendaño Inestrillas.

FANTASMAS

*Cuántas cosas se quedan en la pluma
que no ejercita la obra imaginada,
cuánta cosa que fue, no siendo nada,
se marchó por la luz de una mirada.
Cuántas sombras de amor,
que fueron sombras,
habitaron la casa abandonada...*

SER SOLAMENTE

*Ser solamente
la inquietud de la hormiga
buscando su hormiguero
y no llevarse a cuestras el universo
sino la bojita seca,*

*la migaja de pan,
una esquirla del hueso de la luna.*

*CANTO A CHIAPAS
(tierra hoy tan dolida)*

*Chiapas es en el cosmos
lo que una flor al viento.*

*Es célula infinita
que sufre, llora y sangra.*

*Invisible universo
que vibra, ríe y canta.*

*Chiapas un día lejano,
y serena y tranquila y transparente,
debió brotar del mar ebrio de espuma
o del cósmico vientre de una aurora.*

*...Y surgió, inadvertida
como un rezo de lluvia entre las hojas,
tenue como la brisa,
tierna como un suspiro,
pero surgió tan honda,
tan real, tan verdadera y tan eterna
como el dolor, que desde siempre riega
su trágica semilla por el mundo.*

*Desde entonces, Chiapas es en el cosmos
lo que una flor al viento*

*Chiapas nació en mí
con el beso primero en que mi madre
marcó el punto inicial del sentimiento.*

*Chiapas creció en mí
con los primeros cuentos de mi abuelo,*

*en la voz de mi primer amigo
y en la leyenda de mi primera novia.*

*Desde entonces, Chiapas es en mi sangre
beso, voz y leyenda.*

*Y fue preciso
que el caudal de los años se rompiera
sobre mi triste vida solitaria,
como la espuma en flor, de roca en roca,
para saber que Chiapas no era sólo estrella,
brisa, luna, marimba y sortilegio.*

*Para saber que a veces también era
la indescriptible esencia de una lágrima,
algo así como un grito que se apaga
y un suspiro de fe que se reprime.*

*(Supe que Chiapas no era sólo el insomnio de la selva
besando la palabra de los vientos
y el río llorando epopeyas
en el torrente de las horas viejas...)
Percibí en ella
una sed insaciable de nuevos horizontes,
una ansia inconfesable de compartir su vieja voz de arrullo,
su triste voz
(triste como la imagen del indio
clavada entre la cruz de sus caminos).*

*Mas supe también que Chiapas era
el callejón aquel donde ladraba el tiempo,
aquel olor a lluvia que cantaba
la santidad de nuestras almas niñas.*

*Y supe además, que a ratos era
una fiesta en el barrio,
el aroma infinito de una ofrenda
y una marimba desafiando el aire
profanado de cohetes y campanas.*

¡Chiapas!

*He de volver a ti como suspiro al viento,
como un recuerdo al alma.*

*He de volver a ti
como el cordero fiel de la leyenda
para ser una nota, que perdida,
vague en la soledad de tus veredas.*

*Para ser “uno más” entre tus redes,
tejidas con el hilo de incienso
y beber el poema de tus noches
en la leyenda azul de tus marimbas.*

*Y cuando viejo, solo y abatido,
se aproxime el final de mi existencia
he de besar tu tierra para siempre.*

*A esa bendita tierra
que cual ella me hiciera
con un alma de cruz y de montaña.*

Ricardo Pérez Gallardo. Originario de México, D. F., nace en 1911 y desde edad temprana siente el retintín de la poesía en su mundo y en su verbo interior, lo que lo conduce a obtener triunfos sucesivos en las Flores Naturales donde participa, en particular el botón de dalia en Taxco, 1972, por el relato en verso *La epopeya del barro*, que en suma de galardones cosechados demuestra su facilidad poética creativa. Sensitivo, emocional, decanta bellamente las líneas que planea con inspiración inusitada. Con fraseo de cadencia singular, también se ocupa en publicar una *Antología de escritores médicos mexicanos*, única hasta ahora. Inquieto, cuidadoso en guardar cuanto de literario pueden abarcar los médicos, con espíritu de grupo es uno de los fundadores de esta nuestra sociedad, y director creativo de la Asociación Mexicana de Médicos Escritores en 1975 con colegas de la talla de Rubén Marín, Juan Alberto Sanén, Gonzalo Peimbert Alcocer, Francisco Fernández del Castillo, Carlos Véjar Lacave y otros más, infor-

tunadamente idos. De su cosecha resaltan *Los peregrinos del sueño*, *Los dones desterrados* y *Animal en fuga*. Cae un fragmento de *Nocturno*, y el grato sabor de boca transmitido por su trova más conocida:

NOCTURNO

*Suntuosos velos de novia
las nubes están tejiendo
y lucen de plata antigua
los montes y los potreros.*

*¡La noche está engalanada:
brillan los pinares viejos,
brillan los cauces del río,
brillan también los senderos!...
y nadie quiere mirarlos,
nadie se ocupa de ellos.*

*¡Qué derroche de belleza!
los hombres están durmiendo.
Esta soledad agreste
que huela a clavo y romero,
se va metiendo en el alma
con su ronda de luceros.*

*¡Y es para mí todo el campo,
y es para mí todo el pueblo,
que sólo yo sé mirarlos bajo la luna de enero!...*

LA EPOPEYA DEL BARRO

*En las manos de los hombres
el lodo cobró vida y se hizo forma,
y se hizo verso... y se hizo canto.*

*En el amanecer del mundo,
en la clavada leyenda de los tiempos arcaicos
el hombre sintió su soledad
porque el mundo le era adverso
y le era extraño.*

*Un día se detuvo, transformó su pensamiento
y se hizo humano.*

*Dejó entonces la horda vagabunda,
dejó de ser un átomo errante y solitario,
se le metió el paisaje en las pupilas
y se quedó enclavado
en un rincón de la montaña
para mirar el vuelo de los astros.*

*Así fue. En el desfile de noches infinitas
y de días infinitamente largos,
aprendieron los dedos intranquilos
el lenguaje escultórico del barro.
Sentía el hombre un impulso creador
y lo ignoraba.*

*Se estremecían sus manos
en el lodo, lo amaba voluptuosamente
con ansia febril de enamorado,
y era placer acariciar la tierra dócil
como a la hembra que vivía a su lado.*

*Surgió la forma inesperadamente,
modelada de barro,
convertida en gozo y en promesa.
El hombre demiurgo lo había creado.
Pero sus esculturas
y todos sus esfuerzos eran vanos:
el polvo volvía al polvo
y la forma se fugaba de las manos.*

*Discurrieron siglos de inútiles proyectos,
eternidades de estériles ensayos
hasta que se hizo realidad el mito
y el hombre, en posesión del fuego realizó el milagro:
la forma se hizo perdurable,
y pudo escribir para todos los tiempos
el lenguaje del polvo modelado.*

*Desde entonces los anónimos artistas
cuántas obras bellas realizaron,
cuántas ansias infinitas
en la arcilla aprisionaron,
cuántas cosas aprendieron
que jamás nunca soñaron.*

*¡Oh, la piel inextinguible de los vasos!
¡Todo un mundo que fue fuga de estatuillas!
¡Todo un río en el vientre de los cántaros!
¡Mil ensayos para lograr una vasija!
¡Mil vidas para forjar un incensario!
y no bastaba eso,
algo faltaba en la desnudez del barro.
¡Cuál sería el artista primitivo
que tuvo la osadía del primer trazo?
¡Cómo se gestó la greca?; ¡de qué raíces del instinto
surgió el dibujo ante los ojos asombrados?*

*¡Imagino el placer de esos orfebres
amasando con la tierra un mundo de formas no soñado;
la alegría matinal y transparente
de saber que se está creando,
de sentir cómo surge algo nuevo cada día
en la fiebre alucinada de los dedos embrujados!*

*¡Yo imagino la sorpresa
y el arrobó infantil e inesperado,
al mirar increíbles fantasías
que de la nada van brotando!
¡Y pienso que nunca los hombres han sentido
el gozo que sintieron en los tiempos arcaicos
cuando por vez primera la pasión creadora
hizo latir sus corazones exaltados!*

*Y es que se abría para ellos,
afiebrados,
un mundo al que de pronto penetraban
como audaces gambusinos ávidos,*

*para asaltar el bajel de las auroras
y llevarse el Vellocoino conquistado.
¡Odisea sublime de los anónimos artistas!
¡Inefable Iliada de los orfebres ignorados!
¡No hubo nunca un rapsoda que cantara sus anhelos!
¡Ningún trovero siguió la huella de sus pasos!*

*Y sin embargo,
en la cerámica está escrita
la tremenda historia del pasado,
porque todos los pueblos, en todas las edades,
aprendieron el lenguaje del barro
y la forma se hizo alquimia
entre sus manos.*

*Ésta fue la apoteosis
del lodo despreciado,
la oración de la tierra,
¡la epopeya magnífica del barro!*
Alfarero

¡Cómo recuerdo la voz y la perfecta declamación del doctor Alfonso García Moreno sobre estas líneas!

REMACHE

He querido traer esta noche tres engarces: el de la expectativa de muerte, el del rincón donde nacemos, el de la arcilla de la cual estamos impregnados. Es una sola esfera girante, la del existir que no es sino luz y sombra, principio y fin. Y asomarme con tales engarces al grave y eterno confín del poema médico. La poesía ronda con los médicos en los aires, las nubes, el rodar de los astros. Aquí estamos, adheridos a ella, dentro de un corroimiento donde somos más etéreos, mayormente ideales, tal vez esperanzados en un futuro más sencillo y más alcanzable, pero también más deleznable.

P. D. En mi alforja, para una nueva ocasión y si se me es permitido, quizá encuentre la veta de un poeta médico más. Hidrocálido de gran altura: Desiderio Macías Silva, a quien también conocí. Conque hasta la próxima y, hasta entonces, gracias mil.

26 de julio de 2001

II CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA

EL ESPAÑOL Y EL DESTINO DE LAS LENGUAS AMERINDIAS

Miguel LEÓN-PORTILLA

Nos reunimos ahora en Valladolid de España, a poco más de cuatro años del Primer Congreso Internacional que, sobre la lengua española, se celebró en Zacatecas, México. Echar una mirada al programa de este segundo congreso nos permite apreciar los criterios con que ha sido concebido; en pocas palabras, con gran sentido de modernidad. Sus tres primeras secciones abarcan temas que van desde la publicidad, la música, la radio, el cine, la televisión, la Internet y la prensa, en español.

En su cuarta y última parte la atención se concentra en otro tema de enorme trascendencia: unidad y diversidad del español. Asuntos de particular interés en esa sección son el español en contacto con otras lenguas; el español de América; la norma hispánica; el español en los Estados Unidos; así como la relación de nuestra lengua con su cercano pariente, el portugués.

Quiero compartir con ustedes una preocupación vinculada de varias formas con la anterior temática, la que concierne a la unidad y diversidad del español. Comenzaré notando un hecho que mucho atañe a esta lengua que cerca de 400 millones de mujeres y hombres tenemos como materna.

Bien sabido es que el español, lo llamaré ahora el romance castellano, se fue formando a partir sobre todo del latín, haciendo suyos a la vez elementos de otras lenguas. De ello dan fe sus helenismos, hebraísmos, arabismos y germanismos para sólo nombrar los más obvios. Y también se fue formando el romance castellano en medio y al lado de otras lenguas.

Me refiero a su coexistencia con el eusquera o vasco, a su proximidad con el galaico-portugués, el aragonés, el catalán y aun con el occitano y el francés. De esas lenguas, varias también en proceso de formación, tomó el romance de Castilla no pocos elementos hasta hoy patentes en su léxico y en su morfología y sintaxis.

Como puede verse, desde su nacimiento el español hubo de dar entrada al binomio unidad y diversidad. Lo primero porque se fue estructurando como una lengua, es decir adquiriendo unidad. Lo segundo porque no nació en un universo aséptico y vacío, sino que en diversos tiempos y lugares se enriqueció con elementos de lenguas diferentes. Así adquirió diversidad en las distintas regiones.

He traído esto a la memoria porque quiero fijar brevemente la atención en lo que ha ocurrido y ocurre hoy al español en su situación de contacto con diversas lenguas, sobre todo con el inglés, pero también con otras que, como consecuencia del encuentro entre dos mundos, le salieron al paso. Obviamente me estoy refiriendo a las lenguas indígenas del Nuevo Mundo, las que se hablaban al tiempo del encuentro original, las no pocas que han muerto y las que hasta hoy siguen vivas.

En tanto que hay quienes temen la influencia del inglés, la mayoría contempla con desdén los idiomas indígenas, designándolos frecuentemente como meros dialectos. No discurriré aquí sobre lo que puede significar la conveniencia del español con el inglés, ya que de ello se tratará en la cuarta sección de este congreso. Diré sólo que no debemos temer que nuestra lengua, saludable y en creciente expansión, esté en peligro ante el inglés y que, con buen acuerdo, incremente su léxico con anglicismos siempre y cuando ello sea necesario.

Volvamos ahora la mirada a la conveniencia del español con los centenares de lenguas amerindias. El tema es de enorme interés puesto que ningún otro idioma, de modo tan intenso, comenzó a convivir con una Babel lingüística de tal magnitud desde fines del siglo XV y en las centurias siguientes hasta hoy.

La postura de la Corona española en tiempos de los Austrias, siglos XVI y XVII, fue en ocasiones ambivalente. En las Leyes de Indias encontramos reales cédulas que ordenan que los misioneros, curas y determinados

funcionarios aprendan las lenguas indígenas. Otras hay también en que se ordena se enseñe el español a los indios. El resultado, con algunas variantes, fue que, gracias al establecimiento de escuelas para los indios y a la portentosa labor lingüística de los frailes que prepararon gramáticas y vocabularios de cientos de idiomas aborígenes, muchos de éstos continuaron vivos, en tanto que lentamente se iniciaba la difusión del español. Digno de subrayarse es que en esos mismos siglos XVI y XVII fueran transcritas por indios sabios, a veces en colaboración con frailes humanistas, obras de la tradición prehispánica, verdaderas joyas de las literaturas amerindias. Sólo mencionaré al Popol Vuh, Libro del Consejo de los quichés, los Huehuetlahtolli, la Antigua Palabra de los nahuas, los libros de Chilam Balam de los mayas yucatecos y los textos de Huarochirí de los quechuas del Perú.

El siglo XVIII fue, en cambio, adverso a las lenguas indígenas. Un creciente centralismo introducido por los monarcas de la Casa de Borbón, impuso cada vez más la implantación del español. El célebre arzobispo de México Francisco Antonio de Lorenzana, después cardenal de Toledo, llegó a manifestar en una carta pastoral que era falta de respeto dirigirse a Dios en las lenguas de los indios.

Cuando los países hispanoamericanos alcanzaron su independencia, la situación de los pueblos indígenas y sus lenguas, contra lo que pudiera esperarse, empeoró. Con la idea de alcanzar la integración de los respectivos estados nacionales, se suprimió cualquier ordenamiento que reconociera diferencias culturales y lingüísticas. Consecuencia de ello fue que no pocas lenguas indígenas murieran y que las que alcanzaron a sobrevivir cayeran en arrinconamiento y postración.

Tan sólo en las últimas décadas del siglo XX la palabra de algunos de los cerca de cuarenta millones de amerindios se ha alzado y comienza a ser escuchada. Ello ha ocurrido casi siempre de forma pacífica, aunque algunas veces con violencia, como en el caso de Chiapas en México. Los indígenas demandan respeto y, como ocurre en otros muchos lugares del mundo, incluyendo algunos de Europa, exigen que se reconozcan sus diferencias culturales y el derecho al uso y cultivo de sus lenguas. Éstas se han hallado en grave peligro de desaparecer. De hecho muchas lenguas amerindias han muerto sobre todo desde el siglo XVIII hasta el presente. En la actualidad, a

la luz de las demandas de los pueblos indígenas, vuelve a plantearse de forma apremiante la pregunta acerca del destino de estas lenguas. A pesar de las demandas de quienes las mantienen vivas, y de los esfuerzos que hacen por transmitir las a sus hijos, empeñándose incluso en crear en ellas nuevas formas de expresión literaria, su destino sigue siendo incierto.

Hay, por supuesto, personas que consideran que la muerte de esas lenguas es inevitable y que, además, no hay razón para dolerse de ello ya que la unificación lingüística es altamente deseable. En contraste con semejante actitud, hay otros que pensamos que la desaparición de cualquier lengua empobrece a la humanidad.

Todas las lenguas en las que cualesquiera mujeres y hombres aprendieron a pensar, amar y rezar, merecen ser respetadas como parte de sus derechos humanos. Y esto lo aplico a todos los idiomas amerindios y a todos los que en el mundo se hablan.

En el caso de las lenguas amerindias, han enriquecido ellas de múltiples formas al español y también a la ciencia lingüística. Al español lo han acrecentado en su léxico, incluso en el del habla de España. El recordado Manuel Alvar en su *Enciclopedia del español*, nos mostró el caudal de vocablos amerindios que se incorporaron a nuestra lengua materna, en ambas orillas del Atlántico. Pero además el estudio de los idiomas amerindios iniciado desde el siglo XVI ha revelado la existencia de insospechadas categorías lingüísticas. Y ha mostrado también que hay otras muchas formas de estructurarse el lenguaje que dan lugar a diferentes conceptualizaciones del mundo.

¿Perdurar puede ser el destino de las lenguas amerindias hasta hoy vivas? Pero ¿será ello teniéndolas como reliquias exóticas del pasado? ¿O, en cambio, reconociendo que son vehículo de comunicación para transmitir ideas y sentimientos profundamente humanos con raíces en arraigadas formas de concebir el mundo? ¿Seguirán siendo los léxicos de estas lenguas ricos en vocablos que denotan realidades de la flora, la fauna y en general de la naturaleza, que no tiene nombres en otros idiomas?

En este contexto importa responder a otra pregunta: el que las lenguas amerindias perduren, ¿puede tenerse acaso como amenaza para la vitalidad del español en el Nuevo Mundo? La respuesta la han dado ya

algunos intelectuales indígenas. El náhuatl Natalio Hernández, en el más reciente Congreso de las Academias de la Lengua Española, celebrado en Puebla de los Ángeles, México, pronunció un discurso de clausura en el que insistió en que “el español también es nuestro”, con referencia a los pueblos indígenas. Y otro amerindio, el distinguido poeta mazateco Juan Gregorio Regino, declaró a su vez tener dos lenguas maternas, el mazateco y el español, que desde pequeño aprendió y habló.

Y aquí viene la conclusión que quiero deducir de lo expuesto. ¿Cuál debería ser la actitud de los hablantes del español, tanto en Hispanoamérica como en España y en otros lugares donde se habla nuestra lengua materna ante la conveniencia con los idiomas aborígenes? ¿Continuará prevaleciendo la actitud de desprecio hacia ellos? Recordaré una triste anécdota de algo que me ocurrió aquí en España. Alguien me dijo un día: “Qué bueno que ya casi todos habláis español en vuestros países americanos. Lástima que haya necios que siguen defendiendo los dialectos de los indios”. Mi respuesta fue que precisamente yo era uno de esos necios.

Entonces, ¿cuál puede o debe ser la relación de convivencia de la lengua española con las indígenas que en América han logrado sobrevivir? Partamos de la realidad insoslayable de que todos los amerindios desean hablar el español sin perder sus lenguas nativas. Saben que sólo así podrán participar en la vida social, política y económica de sus respectivos países. Saben también que, sólo conociendo todos el español, podrán comunicarse entre sí los distintos grupos étnicos.

A la luz de todo esto, ¿qué cabe proponer? Reconozcamos dos hechos innegables. Uno es que toda lengua es como un ordenador del pensamiento que permite captar la realidad de formas propias y distintas. Esto bien lo saben cuantos han aprendido otro idioma. Por eso, quiero reiterarlo en el ámbito de este congreso que se reúne para examinar la circunstancia en que hoy se desarrolla, pujante, el español: reconozcamos que cuando muere una lengua la humanidad se empobrece. Muy triste sería —éste es el otro hecho— que los idiomas amerindios lleguen a tener un destino de muerte. No hay que olvidar que han enriquecido el léxico del español y han conferido matices variados a la fonética y a las estructuras morfosintácticas de las hablas regionales de los países hispanoamericanos.

Estos dos hechos nos muestran que las lenguas indígenas no pueden estar fuera del campo de atención de quienes se dedican al estudio y cultivo de una lengua como el español. ¿Qué es lo que las academias, institutos y gobiernos podrán hacer en relación con dichas lenguas? La respuesta tendrá que darla cada uno, pero si se ha de proceder con responsabilidad, no habrá que desentenderse de la situación de estas lenguas. Pensando en voz alta diré que compete a los gobiernos, a través de sus ministerios de Educación y Cultura, proporcionar los recursos para establecer sistemas educativos realmente bilingües entre los pueblos indígenas, así como fomentar el cultivo de sus idiomas y literaturas. Respecto a las academias e institutos de lengua española, podrán ellos no sólo registrar en la lexicografía los indigenismos, sino también dar entrada en sus planes de trabajo a asuntos que se refieran específicamente a las lenguas con las que, en su propio país, convive el español.

A modo de ejemplo de lo que podrá hacerse, pienso en el establecimiento de premios a las mejores creaciones literarias, producidas cada determinado tiempo, en las lenguas indígenas. Otra posibilidad será apoyar la creación y funcionamiento de casas de escritores en lenguas indígenas, de las que ya existe una en México. También será deseable invitar a quienes las cultivan y tienen como maternas a participar en congresos de academias y en diversas actividades de carácter lingüístico y filológico.

Si en Hispanoamérica y en la Península Ibérica se consolidan nuevas formas de convivencia lingüística, el hecho insoslayable de existir en geografías plurilingüísticas, lejos de ser fuente de conflictos, será manantial de riqueza cultural y, a la postre, de creatividad. El universo de Hispanoamérica será escenario de una variada sinfonía de voces, entre las que la antigua lengua de Castilla será vehículo de universal comprensión, enriquecida con la presencia de los idiomas, también milenarios, de los pueblos originarios del Nuevo Mundo. Y de las otras que también se hablan en España. Hermanadas todas, nos estaremos encaminando a la aparición de lo que un día será el gran conjunto de expresiones de la palabra con significación y alcances en verdad universales.

Que jamás ocurra con ellos lo que en un poema en náhuatl y en español expresé con temor:

Cuando muere una lengua
Las cosas divinas,
Estrellas, sol y luna;
Las cosas humanas,
Pensar y sentir,
No se reflejan ya
En ese espejo.

Cuando muere una lengua
Todo lo que hay en el mundo
Mares y ríos,
Animales y plantas,
Ni se piensan, ni pronuncian
Con atisbos y sonidos
Que no existen ya.

Cuando muere una lengua
Para siempre se cierran
A todos los pueblos del mundo
Una ventana, una puerta,
Un asomarse
De modo distinto
A cuanto es ser y vida en la tierra.

Cuando muere una lengua,
Sus palabras de amor,
Entonación de dolor y querencia,
Tal vez viejos cantos,
Relatos, discursos, plegarias,
Nadie, cual fueron,
Alcanzará a repetir.

Cuando muere una lengua,
Ya muchas han muerto
Y muchas pueden morir.
Espejos para siempre quebrados,
Sombra de voces
Para siempre acalladas:
La humanidad se empobrece.

Rica en cambio, será la humanidad en posesión de lenguas ecuménicas como el español, hablado por cientos de millones y a la vez dueña de otros muchos idiomas vernáculos. El florecer de éstos hará de nuevo verdad que la diferencia es fuente de creatividad cultural.

LA EDICIÓN DEL LIBRO DE PENSAMIENTO EN EL ESPAÑOL ACTUAL

Jaime LABASTIDA

¿A qué problemas se enfrenta la edición del libro de pensamiento en el español actual? ¿De qué modo se podrá decir que el español tiene un activo importante en la edición de esta clase de libros, lo mismo en las ciencias formales, las ciencias de la naturaleza que en las ciencias sociales? Los investigadores, los académicos, los estudiantes ¿recurren a los libros editados en nuestra lengua, sean escritos originalmente en español, sea en traducciones pulcras, para estar al día en el proceso de la generación de conocimientos, mejor aún, en el necesario proceso de la creación de un pensamiento original y riguroso?

Es obvio que la mayor parte de la producción de pensamiento, tanto en ciencias formales como de la naturaleza y en ciencias humanas o sociales, se edita, en el mundo actual, en lengua inglesa. Esta lengua es la verdadera lingua franca de la sociedad moderna. Ningún trabajo alcanza rango universal si no se edita en inglés, pues sólo así queda al alcance de todos los investigadores del planeta.

Esto no significa, en modo alguno, que todo pensamiento original se produzca, de manera espontánea, en inglés. Por el contrario, puede advertirse que muchos textos son escritos en francés, alemán o español y luego son traducidos al inglés para que se reproduzcan en revistas especializadas y en editoriales científicas de gran prestigio (de las unas y las otras, esa lengua dispone en abundancia).

El inglés avasalla en este aspecto a las restantes lenguas, acaso en proporción de 90 a 10 (y aún más).¹ Este panorama es desalentador. Sin em-

¹ Luis M. PLAZA, Adelaida ROMÁN, Consuelo RUIZ y Elena FERNÁNDEZ, “Presencia del español en la producción científica”, *El español en el mundo*. Anuario del Instituto Cervantes 1999, Madrid, Círculo de Lectores, Instituto Cervantes y Plaza y Janés, 2000. Las cifras que ahí se ofrecen revelan

bargo, cabe reconocer que el español guarda, en este papel subordinado, un estado similar al que tienen otras lenguas cultas del planeta, como el alemán, el francés o el italiano. Supera, desde luego, al italiano y al portugués en esa importancia relativa, puesto que muchos de los textos publicados en revistas especializadas, en particular en el área que toca a la investigación médica, fueron escritos originalmente en nuestro idioma. El alemán alcanza el 1.58 por ciento del total (el año de 1997); el francés el 0.88 y el español apenas si llega al 0.46 por ciento (empero, por encima del italiano, que sólo alcanza el 0.19 por ciento). El texto de este informe se refiere a publicaciones de orden científico y tecnológico e incluye también, desde luego, las investigaciones en ciencias sociales.

Una primera conclusión, acaso de orden provisional, podría extraerse de estos datos: el español no es una lengua en la que se desarrolle pensamiento original, en especial en las áreas de las matemáticas y las ciencias de la naturaleza. Esto se debe al hecho de que la investigación de punta requiere de grupos de trabajo compactos y de talleres y laboratorios de primer nivel, sumamente costosos, que sólo pueden crecer y desarrollarse en los países económicamente avanzados (lo que ahonda la brecha entre los países industrializados y los que están en proceso de desarrollo). Hoy, pues, la Sociedad de la Información y del conocimiento nos exige transformar a nuestra lengua en un instrumento económico del desarrollo, con el objeto de ponernos en el mismo nivel que otras lenguas del planeta.

Por lo tanto, para que el español adquiera cabal relevancia y se convierta en un idioma culto también en estas áreas; para que sea una lengua en la que se pueda publicar pensamiento original, con la misma eficacia que en el inglés o en el alemán (y ésta puede ser, acaso, la segunda conclusión

un panorama totalmente avasallador del inglés: el artículo ha puesto en relieve sólo las publicaciones científicas periódicas (en soporte de papel o en soporte electrónico), sin tomar en cuenta ediciones de libros. Así pues, en tanto que el español “cuenta con una presencia muy escasa en las bases de datos analizadas”, que “no supera el 1 por ciento” (*op. cit.*, p. 27). La conclusión es grave en tanto que los valores de participación del español son aún más bajos “en los ámbitos de la física, la ingeniería y las ciencias tecnológicas, donde no se llega al 0.1 por ciento”. En cambio, el inglés llega a alcanzar, en algunas áreas, hasta el 99.8 por ciento. La situación subordinada de nuestra lengua es semejante, por cierto, a la que tienen otros idiomas cultos, como el alemán y el francés. El español supera al italiano y al portugués en cuanto a la producción original y la publicación de ensayos en revistas especializadas en ciencia y tecnología (lo que no es motivo de consuelo).

provisional) es necesario que los hablantes del español adquieran mayor peso específico en la producción original de conocimientos. Surge aquí, tal vez, la tercera de estas conclusiones provisionales: en estas áreas, el español debe alcanzar el rango de lengua culta universal para que esté a la altura de la masa fónica de sus hablantes y para que adquiera el nivel que ya tiene en la producción de grandes textos literarios.

¿Por qué el español aún no ha adquirido el rango de lengua culta universal en la producción, la edición y la difusión del pensamiento? ¿Se trata acaso de una limitante propia del genio de nuestra lengua? ¿Aún no ha sido posible elaborar el código lingüístico adecuado para que el español alcance esta categoría? O, por el contrario, ¿se trata sólo de un mero problema económico y hasta de mercadotecnia? El inglés nos avasalla, esto es un hecho, ¿por qué? El inglés ha adquirido la misma función que en la Edad Media tuvo el latín y que, desde el siglo XVIII, tuvo el francés. Pero esta situación subordinada del español, tanto en lo que corresponde a la edición de libros como de revistas de ciencia, ¿se debe a los problemas inherentes al bajo desarrollo de las economías de muchos de nuestros países, acaso, en particular, en áreas deprimidas de América Latina? Desde luego, éste es un factor de primera importancia, imposible de soslayar.

Debe añadirse que, por supuesto, el español es, por sí solo, en el día de hoy, una lengua universal o, si se prefiere decirlo de otro modo, una lengua global: somos casi 400 millones de hablantes, en más de 22 países del planeta; y esa masa de hablantes día a día crece en el interior del país más rico del orbe.² Estos datos, por más escuetos que sean, ¿no probarían, ellos solos, la importancia decisiva de nuestra lengua? En Estados Unidos, es verdad, la población de origen latino crece con un ritmo superior al crecimiento de otras minorías (la población negra incluida). Pero es necesario subrayar que la masa fónica de los hablantes de español no crece en esa misma proporción. La razón es sencilla. No se ha producido (y tal vez no se producirá jamás) una nueva lengua en Estados Unidos, como supusieron tantos escritores en el curso de los últimos decenios. Ni el hispanglés ni el spanglish han cobrado carta de naturaleza en ese país. Los idiomas

² A. MORALES, "Tendencias de la lengua española en Estados Unidos", *El español en el mundo*.

no surgen de este modo, a partir de la mera fusión o la aglutinación de dos lenguas tan dispares en sus formas de construcción. Los hablantes de lengua española mantienen este idioma como su lengua materna sólo en una primera generación y tratan luego de asimilarse al inglés. Los descendientes de los migrantes, ya en una tercera generación, pese a que sus padres cruzaron la frontera la mayor parte de las veces apremiados por una causa económica y aceptaron cualquier tipo de empleo, han adoptado después la norma culta del habla y la escritura en lengua inglesa. Son doctores en múltiples especialidades, ocupan cargos del más alto nivel profesional, tanto en el sistema universitario como en las empresas y la administración pública. Su peso específico, tanto en el área económica como en el de la política, crece todos los días. Por esa causa, así como tienden a utilizar el inglés más depurado, académico y fino (la norma culta, pues), desean volver a la raíz hispana y expresarse también de acuerdo con la norma culta de la lengua española. Creo que aquí hay una veta que nosotros, los hablantes de español, debemos explotar. De igual manera que el Instituto Cervantes lo hace en los países de Europa, debiera existir un Instituto que, con sus necesarios matices, a partir de México y desde México, desarrollara la posibilidad de leer y de escribir la lengua española en Estados Unidos y en Brasil (es evidente que su materia inicial será la literatura, en primer lugar; pero luego también las áreas de la ciencia y el pensamiento).

Ahora bien, ¿qué sucede específicamente con la edición de libros y revistas en lengua española, en el área del pensamiento y de la ciencia? Tradicionalmente se ha dicho que el español no es una lengua de pensamiento; que, mientras el alemán, el francés y el inglés produjeron, desde el siglo XVI, pensadores de gran importancia (en especial en el área de la filosofía), el orbe lingüístico del español produjo sólo grandes textos literarios. ¿Qué sucedió? ¿No se codificó una terminología plausible en la lengua española, capaz de responder al reto del pensamiento moderno? ¿Radica aquí, por lo tanto, el núcleo del problema? No lo creo. Los lingüistas de la antigua Roma fueron capaces de inventar, cuando el latín carecía de términos semejantes a los de la lengua griega; fueron capaces de inventar, digo mejor, de crear el vocablo, el neologismo que se aproximara al matiz que acercaba el significante latino al significante (y al significado) que expresaba el

griego. Su audacia no conoció límites. Por ejemplo, el concepto *sofia* fue vertido a través de un neologismo que ninguna relación guardaba con el sentido del original. Mientras que *sofia* alude, en sus orígenes helenos, a la habilidad manual, el sustantivo latino *sapientia* y el verbo que le corresponde (*sapio, is*) se han tomado, todo indica que por Quinto Ennio (de origen griego, nacido en 239 a. J.C.), de un campo completamente distinto, el de los sentidos (en especial, el del gusto: saber alude a la acción de saborear, de gustar con la lengua). Nosotros, a partir de Roma y en todas las lenguas que de ella han nacido, llamamos sabiduría a lo que en Grecia recibe el nombre de *sofia*: allá, el sustantivo y su verbo están asociados a la capacidad o la habilidad manuales; en cambio, en la Roma imperial el verbo y el sustantivo no guardan ninguna relación con la habilidad manual, sino con la difícil capacidad para distinguir los sabores, o sea que, para nosotros, saber significa distinguir con la lengua (que es, además, el órgano de la fonación). Saber es para nosotros, por lo tanto, pesar, saborear, tener gusto por las palabras. En un orbe lingüístico, se pone el acento en la capacidad y la habilidad manuales; en otro, en cambio, en la sensualidad y el gusto. Acudo a este ejemplo como pude haber acudido a otro cualquiera. Lo que me importa destacar es que la capacidad de asimilar (o de inventar vocablos) no es el obstáculo fundamental que por sí solo pueda impedir el crecimiento de una forma de pensamiento, no importa cuál sea ella.

Lo que tal vez ha sido el mayor obstáculo para que las ediciones de libros y revistas de pensamiento en lengua española adquieran el rango universal que le corresponde a nuestro idioma por el peso económico específico de la masa de sus hablantes, es el nivel educativo de quienes en este idioma se expresan, por un lado; por otro, la falta de rigor en las ediciones de libros y revistas.

Mientras que el analfabetismo esté tan extendido en nuestros países; mientras que el nivel educativo apenas alcance el promedio de la educación básica (en el mejor de los casos); mientras que no exijamos de nosotros mismos los niveles de excelencia que privan en otras lenguas, tanto en el caso de la edición de libros y revistas de ciencias humanas como de ciencias formales y de la naturaleza, el español continuará en un segundo plano y nuestra lengua no podrá adquirir el rango de una lengua en verdad

culta (al menos en estas áreas), en el concierto de las lenguas modernas del mundo.

Alejandro de Humboldt estableció un agudo contraste entre lo que ocurría en los Estados Unidos de América y la América española, cuando él la visitó (o sea, a finales del siglo XVIII y el inicio del XIX). Escribió: “Cuando se recuerda que en EUA se publican periódicos en pequeñas ciudades de 3 mil habitantes, uno no deja de asombrarse al saber que, en Caracas, con una población de 40 a 50 mil almas, no existía una sola imprenta antes de 1806”.³ Cabe reconocer que, desde un ángulo estrictamente histórico, mientras que en Estados Unidos y en algunos países europeos como Francia, Holanda e Inglaterra, se realizaba con entera libertad la publicación de todo tipo de escritos, en España y la América española se precisaba de un permiso del rey (de un privilegio especial) para establecer una imprenta. Lo mismo ocurría con las investigaciones económicas, históricas o científicas: se realizaban, pero no se daban a conocer al público culto. Así, las grandes expediciones científicas y los trabajos de primer nivel que en su tiempo realizaron, con el apoyo directo de la Corona española, entre otros más, José Celestino Mutis y Francisco José de Caldas en el Nuevo Reyno de Granada; Alejandro Malaspina alrededor del mundo; Martín de Sessé y José Mariano Mociño en la Nueva España y en el actual territorio de Canadá, permanecieron inéditos durante largo tiempo. El trabajo científico de Humboldt guarda, por el contrario, una notable diferencia con los de estos grandes investigadores, sobre todo por su carácter abierto y público, ya que él mismo sufragó con sus recursos el viaje y editó luego el resultado de la investigación, con el objeto de ponerlo en las manos de la comunidad científica de su tiempo.

Así, en nuestros países, a los gobiernos, a los intelectuales, a los escritores, a los pensadores, les atacó la enfermedad de la prisa. Tanto a uno como a otro lado del Atlántico, desde el siglo XIX, nos atacó la urgencia de ponernos al día, de volvernos modernos, de actualizarnos, como hoy de globalizarnos. España estaba sumergida en la ignorancia, se decía,

³ A. de HUMBOLDT, *Relation historique du Voyage aux Régions Équinoxiales du Nouveau Continent*, edición facsimilar, Stuttgart, Brockhaus, 1970, t. I, p. 594 (la primera edición fue hecha por Dufour, en París, el año de 1814).

igual que las nuevas repúblicas de América Latina estaban retrasadas. Al mismo tiempo que parecía necesario adoptar la estructura política que respondiera a ese reto, digo, la democracia norteamericana, era urgente crear instituciones educativas que llevaran las luces y la civilización al pueblo analfabeto. Parece como si la necesaria masificación de la enseñanza hubiera sido puesta por encima de la exigencia de calidad y de excelencia. Lo urgente sustituyó a lo óptimo y los planes inmediatos fueron preferidos a otros planes posibles: aquellos que, lentamente y en el largo plazo, hubieran podido hacer frente a los rezagos con la mira puesta en lo mejor. Desde el movimiento de independencia, los libros inmediatos, baratos, sin la calidad suficiente, fueron preferidos a los libros, más caros y más difíciles de hacer, por supuesto, que respondieran a esta exigencia de calidad. Se creyó entonces que al pueblo se le podía dar cualquier cosa, en tanto que se suponía que algo era preferible a nada. Los resultados están a la vista: ediciones que son motivo de vergüenza, hechas con premura, sin el aparato crítico adecuado y hasta sin indicaciones de traductor, ya no digamos con índices analíticos de autores y temas, crecieron a lo largo y lo ancho del orbe lingüístico del español. Pongo el caso de muchas ediciones de autores clásicos griegos y latinos, en tirajes que se pusieron al alcance del pueblo. Ingleses, franceses y alemanes hicieron, desde el siglo XIX, buenas ediciones críticas bilingües en traducciones que se mejoran de modo continuo, pero en nuestra lengua las ediciones carecieron del adecuado aparato crítico, no respetaron la norma universal para ordenar versos, páginas, columnas, párrafos y líneas de las ediciones serias.

Eso mismo puede advertirse cuando se trata de los clásicos del pensamiento y de la ciencia. Carecemos todavía de los libros que en otras lenguas son moneda de curso corriente, sea en ediciones universitarias o de bolsillo (porque las primeras ediciones inglesas, francesas o alemanas, muy costosas por regla general, luego se volvieron de carácter popular en tirajes masivos). La idea de que al pueblo se le puede dar cualquier cosa, en vez de ofrecerle las obras en ediciones llenas de cuidado y de rigor, nos condujo a una posición inadecuada. Hoy, por fortuna, empezamos a superar esa situación. Aun editoriales de prestigio se limitaron a publicar antologías o textos incompletos de clásicos del pensamiento universal. Desde luego, el

fenómeno no fue tan agudo en filosofía como en ciencia. ¿De qué se trata, pues? De hacer, en lengua española, las mejores ediciones posibles, las más rigurosas, tanto de libros como de revistas. Primero, deben crearse revistas científicas de primer orden; en ellas, las traducciones han de ser de excelencia. Segundo, debe haber más y mejores editoriales de pensamiento, que cuenten con el suficiente apoyo de instituciones estatales y universitarias: los libros que publiquen deben contar con un aparato crítico que llene lagunas y explique sentidos. Tercero, los índices analíticos (de autores, temas, nombres) deben cubrir todos los aspectos de una edición rigurosa.

Pero nada de eso será posible si no superamos, al mismo tiempo, en América Latina especialmente, tres escollos. Por un lado, debe extenderse la enseñanza y mejorarse su calidad. También debe elevarse más el nivel de vida de nuestros pueblos, para que hombres y mujeres tengan acceso (particularmente, insisto, en América Latina) a los bienes culturales (al libro, al pensamiento, a la crítica, a la libertad de expresión). Por último, debe producirse un crecimiento expansivo de la cultura del libro (obvio es decir que no sólo de la lectura sino también de la escritura: sólo así crecen la inteligencia y la sensibilidad de los pueblos).

Finalmente, tal vez sólo me resta hacer una reflexión de orden histórico. La invención de la imprenta arrojó a la calle a los pendolistas y generó, en el plano inmediato, una masa de desempleados. Con el curso del tiempo, sin embargo, la imprenta ha permitido la creación de millones de empleos en todo el mundo y ha hecho muchísimo más: ha democratizado la razón. Las letras y la escritura, los libros, eran, hasta la invención de Gutenberg, patrimonio de unos cuantos. La imprenta uniformó el texto, porque los pendolistas, al copiar a mano lo escrito, hacían cambios, interpolaciones, supresiones propias de todo trabajo artesanal. Después de Gutenberg, el libro fue al pueblo. La enseñanza se hizo popular; imprentas, periódicos, revistas y editoriales crecieron por el mundo.

¿Puede ampliarse la democracia? ¿Qué debe ser un proceso democrático? La democracia radical debe extenderse, desde luego, pero el problema no sólo es de orden cuantitativo. Al poder extensivo de los números debe añadirse el poder decisivo de la calidad. Vivimos en la Sociedad de la Información, estamos inmersos en la edad del conocimiento, en la Edad

Científica. En esta Edad, no basta con la sola extensión del saber, es además necesario elevar la calidad de la misma. Esto sólo será posible si, a medida que se masifica la información, también se pone el acento en la necesaria elevación de su calidad.

En el orbe lingüístico del español hemos dispuesto y disponemos de editoriales y revistas de alta calidad científica. Apenas mencionaré algunas. ¿Quién puede soslayar el trabajo, sin duda benemérito, de la Revista de Occidente? El ala generosa del Fondo de Cultura Económica se extiende por las dos orillas del Atlántico. Editoriales de la talla de Gredos, Taurus, Salvat, Espasa, Cátedra, Akal, Siglo XXI, Ariel, Oikos, Paidós realizan un trabajo heroico. No se puede olvidar el trabajo de las universidades, tanto peninsulares como americanas. La Universidad Nacional Autónoma de México, con las ediciones del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, puso en manos de alumnos y estudiantes textos fundamentales del pensamiento y la ciencia modernos; los autores clásicos se dieron a conocer en la Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana; el Instituto de Investigaciones Filosóficas ha publicado textos básicos. La Universidad Complutense realiza una labor de excelencia; el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología publicó la revista *Conacyt*.

El recuento es breve y, por supuesto, arbitrario. Sólo me resta decir que el porvenir de nuestra lengua está abierto, en tanto que crece la masa fónica de sus hablantes. Pero el asunto, aun el económico, no es de orden cuantitativo: todos hemos de hacer un esfuerzo constante para alcanzar la excelencia.

EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA EN EL ORBE DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Gonzalo CELORIO

ANTECEDENTES

El 3 de septiembre de 1934, hoy hace exactamente sesenta y siete años, se crea el Fondo de Cultura Económica bajo el liderazgo de Daniel Cosío Villegas, quien para entonces ya había contribuido a la fundación de la revista *El Trimestre Económico*, y madurado su gran proyecto editorial durante el viaje que en el año de 1933 realiza a España para impartir cursos sobre la reforma agraria mexicana en la Universidad Central de Madrid. Egresado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de México y estudiante de Economía en diversas universidades norteamericanas y europeas, Cosío Villegas se percató de la necesidad de que los estudiantes mexicanos de la flamante Escuela Nacional de Economía, nacida en 1933 de la Facultad de Derecho, cuenten con los textos propios de su disciplina, a la sazón inexistentes en lengua española. Como su nombre lo indica, el Fondo de Cultura Económica empieza su labor editorial, pues, con la publicación de títulos de economía, que habrán de satisfacer las demandas académicas no sólo de México sino de toda América Latina, porque, desde sus inicios, la casa editorial estuvo animada por la entusiasta vocación hispanoamericana que don Daniel le imprimió, la cual nuestro fundador había adquirido cuando participó, como presidente, en el I Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado en el temprano año de 1921. “La América Latina —declaró años más tarde— integra un continente de magníficas posibilidades y de grandes reservas espirituales; no estamos gastados, en cambio poseemos marcada tendencia a dejarnos dominar por la influencia extranjera, y esto es lo que debemos combatir, no desdeñando, por supuesto, esa cultura de carácter universal que tiene

un valor único, sino dando forma concreta a nuestras legítimas aspiraciones de llegar a poseer un plantel de intelectuales que ahonden en la psicología americana, tan rica en matices, y vuelquen en el libro los contornos precisos de nuestra verdadera personalidad latinoamericana.”

Durante sus primeros quince años de vida, bajo la dirección de Cosío Villegas y con el decidido concurso de numerosos intelectuales procedentes del exilio español republicano —Enrique Díez-Canedo, Wenceslao Roces, Joaquín Xirau, entre muchos otros—, el Fondo de Cultura Económica fue ampliando muy considerablemente el espectro de su catálogo al publicar títulos fundamentales de las ciencias sociales y de las humanidades: se tradujeron y publicaron desde entonces obras de ciencia política, historia, sociología, filosofía, psicología y psicoanálisis, antropología, lengua y estudios literarios, y surgieron las grandes colecciones que todavía siguen vivas en nuestros días, como “Tierra firme”, “Tezontle”, “Biblioteca Americana”, “Breviarios”. Para cada área y colección se contó con la participación de los más notables eruditos del momento, entre los que cabe mencionar a Silvio Zavala, Francisco Giner de los Ríos, Eduardo García Máynez, José Gaos, Erich Fromm, Alfonso Caso, Raimundo Lida, Pedro Henríquez Ureña.

Entre 1948 y 1965, el editor argentino Arnaldo Orfila Reynal, quien sucedió a Daniel Cosío Villegas en la dirección del Fondo de Cultura Económica, continuó el proyecto de su antecesor y tuvo la gran visión editorial de publicar numerosas obras que con los años adquirieron valor paradigmático e incidieron determinadamente en la formación de los estudiantes universitarios de todos los países de habla española. Al mismo tiempo se dio cabida a la expresión del pensamiento original en nuestra lengua, de manera que se estableció un diálogo permanente entre la cultura iberoamericana y la cultura universal, como quería Alfonso Reyes. Con él empezaron las colecciones “Letras mexicanas” e “Historia de las ideas en América” y la “Colección Popular”, inaugurada por Juan Rulfo. En ese tiempo se fundó *La Gaceta*, publicación periódica del Fondo que sigue apareciendo mes a mes para dar noticia principalmente de nuestras nuevas ediciones, y se abrieron las filiales de la editorial en Madrid y Santiago de Chile, con las que dio inicio la presencia de nuestra casa en los países de habla española, las cuales, con los años, habrían de multiplicarse para

fungir como embajadas culturales de México en el orbe de nuestra lengua. Directores tan destacados como José Luis Martínez —hoy día director de nuestra Academia Mexicana— y Jaime García Terrés enriquecieron muy significativamente el catálogo. El primero emprendió la gran tarea de editar en forma facsimilar las revistas literarias mexicanas modernas, y el segundo impulsó nuevas colecciones, entre ellas, la de divulgación científica, que hoy es conocida con el nombre de *La ciencia para todos* y que ha representado un mayúsculo esfuerzo de los científicos mexicanos, quienes, en aras de la soberanía cultural, han puesto al alcance del lector no especializado los conocimientos de las más diversas disciplinas —de la fisiología celular y la oceanografía a las matemáticas y la física cuántica— en obras originales, que hoy día tienen gran circulación en toda América Latina. Con Enrique González Pedrero se publicaron ediciones facsimilares de los antiguos códices mexicanos y con Miguel de la Madrid se abrió una nueva línea editorial, que ha tenido muy feliz acogida: la literatura para niños y para jóvenes, que le ha permitido al Fondo incidir en la formación de lectores desde las edades más tempranas, actividad sin duda meritoria y esperanzadora en un país como México donde los índices de hábito de lectura son dramáticamente bajos.

ACTUALIDAD

En la actualidad, el Fondo de Cultura Económica cuenta con un enorme patrimonio editorial cercano a los ocho mil títulos, de los cuales más de cinco mil se encuentran en circulación, ya que el Fondo ha asumido una política de reimpresión constante habida cuenta de la demanda que, sobre todo en el ámbito de la educación superior, siguen teniendo muchísimos títulos que conservan su vigencia y son estudiados como textos clásicos. El mérito de los directores anteriores, a los que he hecho referencia, fue precisamente el de descubrir con anticipación los textos que habrían de perdurar en las diferentes ramas del conocimiento. El número de títulos se corresponde con el de 90 millones de ejemplares editados a lo largo de estos 67 años de vida de la editorial.

El incremento en el ritmo de publicación ha sido notable. Hoy día, el Fondo de Cultura Económica, como muy pocas editoriales en el mundo, publica dos títulos diarios. Efectivamente, salen a la luz más de 700 títulos al año, de los cuales cerca de 250 son primeras o nuevas ediciones y el resto reimpressiones, de acuerdo a la política de mantener vivas más de las dos terceras partes de nuestro catálogo histórico. De ellos, más de 100 se publican en las filiales que el Fondo tiene en nueve ciudades correspondientes a otros tantos países del mundo de lengua española o muy cercanos, por población o por interés, a nuestro idioma, y a las que me referiré más adelante. Tales cifras se corresponden con más de dos millones de ejemplares anuales (un promedio de 3000 ejemplares por título), que se distribuyen selectivamente en el mundo de habla española, y de manera exhaustiva en las librerías que el propio Fondo ha establecido durante los últimos años en nuestro país. En la ciudad de México nuestra casa editorial tiene cinco librerías propias donde exhibe la totalidad de su catálogo vivo, que, por su extensión, difícilmente podría tener cabida en otros puntos de venta. En la mayor parte de ellas manejamos también otros fondos editoriales, de la misma manera que nuestros libros se encuentran prácticamente en todas las librerías del país. Contamos además con delegaciones en las dos ciudades más importantes del interior de la República, Guadalajara y Monterrey, y, como decía antes, con filiales en nueve ciudades extranjeras. En efecto, el Fondo cuenta con sedes filiales en Madrid, San Diego California (Estados Unidos), Guatemala, Caracas, Bogotá, Lima, São Paulo (Brasil), Santiago de Chile y Buenos Aires. Desde estos puntos distribuimos nuestros libros en todo el mundo de habla española y aun en los Estados Unidos y Brasil. La relación con esos países no es unilateral como podría pensarse, sino que merced a esta presencia directa, el catálogo del Fondo se ha enriquecido enormemente con la participación editorial proveniente de esos países. Gracias a ello, nuestra editorial conserva la profunda vocación bolivariana con la que fue creada.

El Fondo de Cultura Económica es, en nuestros días, un organismo descentralizado del Estado mexicano y tiene personalidad jurídica propia. Un poco más de la mitad de su presupuesto proviene del subsidio del gobierno federal y un poco menos de la mitad proviene de ingresos propios.

La marcada tendencia de incremento de los ingresos propios en los últimos años permite augurar que en muy poco tiempo estas proporciones se invertirán y acaso al final de este mismo año los ingresos fiscales lleguen a ser minoritarios con respecto a los generados por la comercialización de nuestros productos.

No obstante el subsidio proveniente del gobierno federal, el Fondo de Cultura Económica ha gozado a lo largo de sus casi siete décadas de vida de autonomía editorial, que se refleja en la pluralidad de un catálogo donde lo mismo se encuentra Adam Smith que Carlos Marx, Hegel que Kant, Erich Fromm que Carl Gustav Jung, por citar sólo unos ejemplos.

No hay intelectual de habla española de estos tiempos que no reconozca haberse formado, así sea parcialmente, en los libros del Fondo de Cultura Económica. En un catálogo tan extenso como el nuestro es difícil elegir algunos textos que den cuenta de la pluralidad y de la importancia que esta casa editorial ha tenido en la formación de las sucesivas generaciones de estudiantes de los últimos setenta años. No puedo, sin embargo, dejar de recordar, a guisa de ejemplo, algunas de nuestras obras clásicas. *Leviatán* de Thomas Hobbes, *Utopías del Renacimiento* de Tomás Moro, *Paideia* de Werner Jaeger, *Historia económica general* o *Economía y sociedad* de Max Weber, *La rama dorada* de James George Frazer, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* de John Maynard Keynes, *El Capital* de Carlos Marx, *Popol Vuh*, *Erasmus y España* de Marcel Bataillon, *La invención de América* de Edmundo O'Gorman, *Mimesis* de Erich Auerbach, *Historia de las Indias* de Bartolomé de Las Casas, las obras completas de Juan Ruiz de Alarcón, sor Juana Inés de la Cruz, Alfonso Reyes y Octavio Paz, *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz* de Carlos Fuentes, *Ética y psicoanálisis* de Erich Fromm, *El hombre y lo divino* de María Zambrano, *El pensamiento salvaje* de Claude Lévi-Strauss, *Historia de la locura* de Michel Foucault, la mayor parte de las obras dedicadas a la imaginación poética de Gaston Bachelard, los aforismos de Kafka y los de Lichtenberg, *Ensayos sobre literatura* de Günter Grass, *Pensadores rusos* de Isaiah Berlin, *El camino a Eleusis* de R. Gordon Wasson, Albert Hofmann y Carl A. Ruck, y un larguísimo etcétera.

PROSPECTIVA

En estos tiempos en que la rentabilidad comercial rige el quehacer de los grandes consorcios editoriales y en que las casas editoras pequeñas se ven cada vez más imposibilitadas para subsistir con criterios de independencia y de calidad editorial, el Fondo de Cultura Económica, gracias al subsidio que le otorga el gobierno federal, puede publicar obras que no se subordinan a criterios de rentabilidad comercial y que son de primerísima importancia en términos culturales.

En los días críticos que corren para la publicación de las obras que pudiéramos llamar imprescindibles, la labor primordial de nuestra casa no es otra que la de defender y revitalizar sus objetivos primigenios porque, como dijo Octavio Paz, “la búsqueda de un futuro termina siempre con la reconquista de un pasado”. El Fondo no es sólo una editorial; es, sobre todo, una institución, cuyo cometido es preservar nuestra soberanía cultural, poniendo a disposición de los lectores de habla española los textos más importantes de todas las áreas del saber humano, independientemente de su viabilidad financiera. Así como ha sido garante de la continuidad del pensamiento hispánico en momentos asaz difíciles de las historias de nuestros países, desde la guerra civil española y el franquismo hasta las dictaduras militares de Chile y Argentina, el Fondo de Cultura Económica ha contribuido, como muy pocas instituciones y con un espíritu verdaderamente anfictionico, a evitar la balcanización de los países hispanoamericanos. Tan trascendente misión comenzó con el propio Cosío Villegas, quien, animado por su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña, dio a conocer en diversas obras, particularmente en las publicadas dentro de la colección “Biblioteca Americana”, nuestra insospechada riqueza cultural.

Al comienzo de un nuevo siglo, el Fondo de Cultura Económica habrá de adecuarse a las nuevas necesidades de los lectores y del mercado, pero sin desviarse de los principios que le dieron origen. Deberemos enfrentar la competencia de los consorcios editoriales con mecanismos de edición, difusión y comercialización más afinados, como un corporativo iberoamericano cuyo valor ha de buscarse en el capital cultural resultante más que en las ganancias pecuniarias.

El activo de la lengua española tiene en el Fondo de Cultura Económica una muy buena parte de su expresión y de su potencia. Tendremos que sortear las dificultades para mantener e incrementar un catálogo que, en alternancia con el pensamiento y la cultura universales, le da unidad y fuerza a nuestra lengua y a la cultura que ella expresa y configura.

UNIDAD Y DIVERSIDAD DEL ESPAÑOL: EL LÉXICO

José MORENO DE ALBA

1. INTRODUCCIÓN

Es interesante constatar que la frecuencia de aparición de tal o cual lexema en la lengua hablada o escrita es inversamente proporcional a la riqueza de la clase a la que pertenece: evidentemente las más frecuentes son las palabras gramaticales;¹ por el contrario, las voces más raras, más especializadas, las que aparecen muy de vez en cuando en un texto oral o escrito, pertenecen a las clases más ricas (los verbos, los adjetivos, y, sobre todo, los sustantivos). La función del léxico tiene que ver con un proceso de designación, que se aplica a entidades de la experiencia, mientras que la gramática trata con modalidades agregadas o conferidas a esas entidades. Los nombres sustantivos son sin duda las palabras léxicas (en cuanto no gramaticales) más representativas. La clase de los sustantivos es tan extensa porque a ella pertenecen no sólo esos pocos nombres que todos conocemos y empleamos cotidianamente, sino también los muchos millares de palabras raras. Son los sustantivos, sobre todo lo llamados comunes, los que nos permite organizar el mundo en grupos, en clases, en taxonomías, de conformidad con las necesidades que va señalando la experiencia.

Ya sea por el frecuente recurso de la derivación y composición, ya sea mediante la combinación de raíces griegas y latinas, ya sea por la penetración de extranjerismos provenientes de otras lenguas modernas, continua-

¹ En una investigación estadística de léxico en el español mexicano, en la lista de las 100 palabras más frecuentes de un corpus de casi dos millones de apariciones, las primeras diez fueron las siguientes: la, el, de, y, que, en, a, se, no, ser. Como se ve, las nueve primeras forman parte de clases cerradas. El primer sustantivo que aparece en la lista (se trata de la palabra vez) ocupa el lugar 51 (cf. HAM CHANDE, 1979).

mente llegan a los léxicos generales de cada idioma vivo palabras nuevas, que se incorporan a esos acervos no por casualidad o por capricho de tal o cual hablante, sino por imperiosas necesidades de designación. En un mundo cambiante, donde cada día hay novedades en todos los terrenos, también los nombres que sirven para designarlas nacen exactamente con la misma velocidad.

Cualquier objeto o concepto nuevo requiere de inmediato ser nombrado; son los nombres, los sustantivos neológicos los que cumplen, siempre a tiempo, esta función designadora.²

Ciertamente la lengua española parece tender hoy más a la unidad que a la diversidad. Es innegable empero que en un idioma extendido por tan extensos territorios y con tantos millones de hablantes debe haber diferencias internas más o menos acusadas. En los profundos niveles lingüísticos correspondientes a la fonología y a la gramática estas divergencias no son particularmente graves; en la fonética y, sobre todo, en el vocabulario son fácilmente perceptibles para cualquiera. Hace años, Rosenblat (1971:11 y ss.) explicaba que son muy diferentes las opiniones que sobre la diversidad del español pueden dar los turistas, los puristas y los filólogos. A un turista español que llegue a México —escribía— le sorprenderá que en el desayuno le ofrezcan bolillos (cierto tipo de pan blanco), que en la calle pueda abordar un camión (autobús) o pedir un aventón (autostop), que sea un bolero el que le bolee (asee) los zapatos, que en el teléfono le contesten ¡bueno!, que ahí las casas se renten (se alquilen), que pueda acompañar sus bebidas con botanas (tapas), que haya establecimientos como las loncherías (cierto tipo de cafeterías modestas), tlapalerías (ferreterías donde se venden también pinturas), misceláneas (pequeñas tiendas de comestibles), rosticerías (asadores), etc. Algo semejante le pasará a cualquier otro turista que llegue a las demás ciudades del extenso mundo hispanohablante porque hay ahí necesariamente diferencias léxicas, aunque sin duda es una tarea pendiente determinar si

² En la lengua, en su léxico, se dan simultáneamente dos condiciones: la de un sistema conservador (“nuestras lenguas son instrumentos anacrónicos [...] al hablar somos humildes rehenes del pasado”, escribió ORTEGA y GASSET) e innovador. Hace ver ROSENBLAT (1967) que palabras como radar, neutrón, fanatismo, litro, burócrata, son “increíblemente jóvenes”.

éstas afectan o no a la esencia misma de la lengua o si impiden de manera notable la comunicación entre los diversos grupos.

Aceptando que existen diferencias considerables en el léxico de las diversas regiones del extenso mundo que habla español, a las que además deben sumarse las que se originan por razones sociales, es asimismo indudable que hay también un enorme caudal léxico común a todos los hispanohablantes, observable por ejemplo en la literatura. Esto no quiere decir de ninguna manera que estén desapareciendo las diferencias regionales. Lo que habría que determinar es si tenía o no razón el mismo Rosenblat (1971:32) cuando escribía aquello de que las designaciones básicas (parentesco, partes del cuerpo, objetos más comunes, fórmulas de la vida social...) son comunes a todos: “Al pan lo seguimos llamando pan y al vino, vino. Por encima de ese fondo común las divergencias son sólo pequeñas ondas en la superficie de un océano inmenso”. Abundantes diferencias en el léxico regional y rural.

En el prólogo al poema Nastasio de Soto y Calvo, el gran filólogo colombiano Rufino José Cuervo, a fines del siglo XIX, escribía lo siguiente: “Hoy sin dificultad y con deleite leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía; pero en llegando a lo familiar o lo local, necesitamos glosarios”. En efecto, no es el vocabulario culto, bastante estandarizado, sino el popular y, sobre todo, el rural, el regional, el que hace ver la lengua española (igual que a cualquier otra) como un inmenso mosaico constituido por infinidad de vocablos y acepciones de muy reducida extensión geográfica pero de hondo arraigo entre los hablantes de tal o cual pueblo o región. Fuentes confiables de este tipo de diferencias son sin duda los atlas lingüísticos, que no sólo organizan conceptos en campos semánticos sino también muestran la distribución geográfica de los vocablos en una zona determinada. Imposible en una comunicación como ésta detenerme a ejemplificar con detalle la enorme diversidad léxica del español regional y rural en el mundo. Basten algunos pocos conceptos y vocablos tomados de cuatro atlas: el de Andalucía (ALEA), el de Canarias (ALEICan), el de Colombia (ALEC) y el de México (ALM).

Un concepto (y sus designaciones) tomado del mundo de la fauna: a la luciérnaga, en Andalucía se le llama, predominantemente, bichito de luz

pero también: candelico, gusanito de luz, linterna, bichuchico, reluzangana...; en Canarias sobresale la designación cucuyo y, secundariamente: luciérnaga, salvaja, fuego fatuo, fuego salvaje, miñoca, yuyú...; en Colombia predomina el vocablo candelilla y también se emplean: luciérnaga, alumbraculo, cocuy, cocuyo, lagaña de perro, manzana...; la voz preferida en México es luciérnaga, que alterna con: cocay, cocuyo, lucerna, alumbrador, linterna, copeche, chupiro, cucayo, chilasca, churupitente, santamarta, tagüinche, gusanito, moscaque, cacusagui, pilil, pilín, arlomo, caballero, chupamecha, chuperete, currupete, lucecita, marticuil, martita, prendedor, prendeyapaga, santiaguillo, tachinole, trencito, viejita... En sólo cuatro regiones del mundo hispánico se registran, para este concepto, más de 50 designaciones.

Suele pensarse que las partes del cuerpo humano se designan de manera uniforme porque se trata de las llamadas básicas. Fácilmente se encuentran contraejemplos. Véase el caso del concepto “dedo meñique”. En Andalucía se le llama, preferentemente, meñique, aunque también, como secundarias, se dan las siguientes designaciones: chico, margarito, chiquitín, miche, títere, tete, chiqueniño, chipilín, garite... En Canarias se prefiere margarito, que alterna con: márgaro, meñique, mangariño, pequeño, meringuiño... En Colombia parecen prevalecer los vocablos meñique y chiquito, aunque también es frecuente tientagallinas. En México, finalmente, como en Andalucía y Colombia hay predominio de meñique y, como designaciones secundarias: chiquito, niño chiquito (y bonito), chocoyote (de origen náhuatl), menor, pequeño, quinto, tup (o tupito), de origen maya, de la gallina, desconsolado... Más de 20 designaciones para un concepto de designación básica.

Por último, en lo que respecta a léxico regional y rural, considérese un concepto cuyo referente no pertenece ni a la flora, ni a la fauna, ni al cuerpo humano. Aludo a “diablo”. Llama la atención que, mientras en Andalucía y Canarias sólo se documentan dos designaciones (diablo y demonio), en México y, sobre todo, en Colombia, además de esas dos, se registren muchas más. Designaciones secundarias en México son: satanás, lucifer, chamuco (de origen náhuatl), pingo, chango, luzbel, satán, el enemigo, camándula, judío... Sorprende que, en el mapa del ALEC correspondiente a este concepto, se documenten más de 100 formas de llamar al diablo en

Colombia, algunas de las cuales son: barrabás, busiraco, cachón, cachudo, caifás, capataz, compadre, cuco, chiras, diánchiro, diantre, enemigo malo, gato negro, guainás, judas, judío (errante), luzbel, mahoma, mandingas, maligno, mañoco, perro negro, tentación, trampas, uñón, viruñas...

2. POCAS DIFERENCIAS EN EL LÉXICO FUNDAMENTAL

El corpus que se viene utilizando para el importante proyecto del Diccionario del español de México³ consta de 1 891 045 vocablos;⁴ de él se obtuvo un vocabulario constituido por 64 183 palabras. Ahora bien, cuando se preparó el DFEM (1982), “al acumular los vocablos que constituyen el 75% de todas las emisiones lingüísticas cultas en el español de México, se comprobó que están formadas por 1 451 palabras. Esta acumulación es el vocabulario fundamental” (Introducción del DFEM, 1982:11). Ésas son las entradas del DFEM (1982). Es posible que, a primera vista, parezcan pocas palabras. Sin embargo, como se señala en esa misma Introducción (p.11):

Una constante entre muchas lenguas del mundo parece ser que su vocabulario fundamental se aproxime a esa cifra y no pase de dos mil palabras. Así lo han demostrado las investigaciones hechas sobre lenguas tan diferentes como el chino, el japonés, el francés o el inglés.

Puede muy bien, por tanto, tomarse este léxico fundamental del español mexicano como ejemplo, pues muy probablemente la constitución de otros vocabularios fundamentales, correspondientes a otros dialectos (español europeo, argentino, puertorriqueño...) no variaría mucho, ni en el número ni en el tipo de vocablos. Si se revisan las entradas de este diccionario, si se

³ Noticias metodológicas pueden verse en LARA, HAM y GARCÍA (1979). Resultados no por parciales menos importantes son los tres diccionarios hasta ahora publicados, todos dirigidos por Luis Fernando Lara: *Diccionario fundamental del español de México* (DFEM, 1982), *Diccionario básico del español de México* (DBEM, 1986) y *Diccionario del español usual de México* (DEUM, 1996).

⁴ Los mil textos (orales y escritos), cada uno constituido por cerca de dos mil palabras, se clasifican así (de mayor a menor): lengua culta, lengua no estándar, lengua sub-culta, ciencias, periodismo, literatura, textos dialectales, técnicas, literatura popular, jergas, discursos políticos, religión (cf. HAM CHANDE, 1979:76).

revisa este léxico fundamental, con facilidad podrá comprobarse que casi no contiene mexicanismos.⁵ La casi totalidad de entradas corresponde al español general. Véanse, sea por caso, las 47 entradas que comienzan por b: b, bailar, baile, bajar, bajo 1, bajo 2, banca 1, banca 2, banco 1, banco 2, banco 3, bañar, baño, barco, barrio, basar, base, básico, basta, bastante, bastar, batir, beber, belleza, bello, beneficiar, beneficio, besar, beso, bien 1, bien 2, bilabial, blanco, boca, bolsa 1, bolsa 2, bonito, brazo, breve, buen, bueno, burgués, burguesía, burocracia, burócrata, buscar, búsqueda. Ninguna de estas voces puede ser considerada mexicanismo; lo mismo puede decirse de las diversas acepciones de cada una de ellas.

Algo similar puede afirmarse del resto de las entradas, aunque no faltan algunos pocos mexicanismos (chile, tortilla [de masa de maíz]...). En este Diccionario no tienen cabida numerosos mexicanismos que aparecerán en los otros dos, sobre todo en el DEUM (1996), como atole, banqueta ('acera'), bolear, bolero, camote, comal, elote, nopal, petate, tamal...

Es muy probable que, si revisáramos los vocabularios fundamentales de los demás dialectos del español, formados con técnicas estadísticas semejantes, encontraríamos lo mismo: la casi totalidad de vocablos y acepciones propias de cada uno de los dialectos. Más aún. Quizá sea ésta una de las peculiaridades de los vocabularios fundamentales de los dialectos: las diferencias entre vocablos y acepciones entre unos vocabularios y otros es mínima.

Evidentemente, "a partir del límite trazado para el vocabulario fundamental [75% de todas las emisiones lingüísticas cultas] el léxico aumenta en relación con la enorme variedad de temas especializados..." (DFEM, 1982:11). En esa misma proporción aumentarán también las diferencias en relación con el español general y con el español de cada uno de los demás dialectos.

⁵ Entiendo por mexicanismos un vocablo o acepción propio de la mayor parte de los hablantes mexicanos y ausente en la mayor parte de los hispanohablantes no mexicanos.

3. NOTABLES DIFERENCIAS EN EL PROYECTO VARILEX⁶

Como se ve, no es de interés de los trabajos sobre vocabularios fundamentales la búsqueda de diferencias léxicas entre las variedades lingüísticas. Hay empero investigaciones léxicas que ponen énfasis, precisamente, en las diferencias de vocabulario existentes entre los diversos dialectos. Los instrumentos de consulta, en este caso, están pensados no para encontrar el léxico fundamental de tal o cual dialecto ni tampoco los vocablos que son comunes a todos los hispanohablantes sino que les interesan, casi exclusivamente, aquellos conceptos que se manifiestan por diversas palabras y frases en los diferentes dialectos geográficos y sociales de la lengua española. Normalmente no es sino hasta que se concluyen las encuestas, cuando los investigadores se dan cuenta de la medida en que el cuestionario fue útil para sus fines (descubrir diferencias léxicas). A ello se debe que, en este tipo de investigaciones, se vayan depurando y perfeccionando sucesivamente los interrogatorios, hasta que se tiene la seguridad de que la casi totalidad de preguntas obtendrán una aceptable variedad de respuestas.

En Varilex (1994:XVII-XIX), en la lista de Las palabras encuestadas, en el campo semántico de la ropa, no aparecen, sea por caso, “pantalón”, “camisa” o “zapatos”, conceptos que difícilmente serían redituables para encontrar diferencias; pero sí están los conceptos de los que se tiene cierta garantía de variación léxica, por ejemplo: “chaqueta” (americana, chaqueta, saco, vestón...), “cremallera” (cremallera, cierre, cierre relámpago, zíper, cierre éclair...) o “gafas” (gafas, anteojos, lentes, espejuelos...). De esta forma, la ‘lista 2’ (Varilex 1994:XXIV-XXVIII) contiene las 919 palabras que se obtuvieron como respuestas a las 219 preguntas de ese cuestionario, correspondientes a 14 ciudades. Unos pocos tienen sólo dos respuestas (“abrigo”: abrigo y tapado) pero hay otros que obtuvieron más de diez

⁶ Variación léxica del español del mundo. Un grupo de investigadores, coordinado desde Tokio por Hiroto UEDA y Toshiro TAKAGAKI, han venido trabajando con cuestionarios léxicos en un buen número de ciudades hispanohablantes. Los resultados, aunque crecientes, todavía parciales circulan entre investigadores, en forma de cuadernos. Han aparecido seis. Llevan siempre la siguiente leyenda: “Esto es un informe intermedio del Proyecto Español del Mundo”. No se trata de una publicación definitiva sino que sirve sólo para la circulación entre los miembros. Por lo tanto no puede ser objeto de reseña ni de crítica de las revistas públicas.

(“palomitas de maíz”: palomitas, cabritas de maíz, popcorn, cotufas, pop, pororó, copos de maíz, pachole, canguil, cancha, rosita de maíz...).

Conforme va avanzando la investigación, en los años siguientes, se llevan a cabo dos importantes modificaciones de método. Por una parte, se van eliminando de la lista de conceptos aquellos que no se muestran suficientemente productivos de variantes léxicas. Por otra parte, se van añadiendo cada vez más ciudades y, por ende, mayor número de sujetos encuestados.⁷ Estos dos ajustes llevan a resultados sorprendentes, en lo que toca a la productividad de vocabulario por concepto. En Varilex (1999), por ejemplo, se ofrecen, para las mismas preguntas (Serie “A”), respuestas correspondientes no ya a 14 ciudades sino a 44. El cuestionario, por su parte, se redujo a sólo 150 preguntas. Esto quiere decir que se suprimieron 69 conceptos, que representan más de la tercera parte de los que aparecían en la lista de Varilex (1994). El resultado de la aplicación de estas medidas, entre otras, es observable en el altísimo número de “palabras” o respuestas “diferentes” para un mismo concepto. Conté estas respuestas y obtuve como resultado un total de 2 288. El promedio de variantes por concepto, pasa de cuatro, en la lista que aparece en uno de los artículos de Varilex (1994:XXIV-XXVIII), a 15, en los resultados de la investigación de 1999.

Evidentemente que, si uno estudia con atención las respuestas a cada concepto, se encuentra con que no pocas de ellas son incorrectas por muy diversas razones (mala pregunta del encuestador, falta de comprensión o desconocimiento del concepto por parte del encuestado —a pesar de lo cual proporciona una respuesta inventada, equivocada o imprecisa— pregunta especialmente difícil o confusa, etcétera).⁸ También habría que determinar hasta qué punto ciertas respuestas no son sino variantes poco significativas de otra: en la cuestión 8 (jeans), por ejemplo, que produjo 22 términos, se anotan, como respuestas diferentes: blue jean y blue jeans, pantalones

⁷ Asimismo van apareciendo nuevos cuestionarios. Para los fines de esta presentación, me basta sin embargo ejemplificar con la serie “A”, a la que me estoy refiriendo.

⁸ Independientemente de lo que se quiso preguntar en la cuestión 2 (cardigan, ‘prenda de lana, con botones’) me parece que en ningún dialecto es lo mismo abrigo que chaleco, chaqueta que suéter, saco tejido que suéter abierto... Pues bien todas éstas fueron respuestas consideradas buenas para esa pregunta. Algo semejante se observa en varias otras entradas.

de mezclilla y pantalón de mezclilla, tejero y tejeros, pantalón de jean y pantalón de jeans... Pues bien, aun suprimiendo muchas de las respuestas, por estos u otros semejantes motivos, no cabe duda de que subsistirá la mayoría y desde luego, una cantidad muy superior a la obtenida en las primeras listas de 1994. Téngase en cuenta, además, que fueron consideradas, en las listas de Varilex (1999), después de suprimir los menos rendidores, sólo 150 conceptos en apenas 44 ciudades. Imaginemos cuánto crecerá todavía el número de variantes si, por una parte, se encuestan más ciudades y si, por otra, se construye otro tipo de listas con preguntas igualmente ricas en respuestas diferentes.⁹

5. NO TAN IMPORTANTES DIFERENCIAS EN LOS LÉXICOS DISPONIBLES DE LOS DIVERSOS DIALECTOS

La lexicoestadística se ha centrado en el estudio de la frecuencia de las palabras. Sobre esa base, desde hace algunos años vienen determinándose, para diversos dialectos (geográficos y sociales) y para determinados conjuntos de hablantes (agrupados por edad, por sexo, por escolaridad, etc.) índices de disponibilidad léxica referidos a diversos campos nocionales o culturales. Se trata de fijar la probabilidad de aparición de las palabras que se asocian a un determinado centro de interés. Es una manera de relacionar la lexicoestadística con la búsqueda del léxico para diversos dialectos y grupos de hablantes de lengua española. Para ejemplificar la manera en que puede observarse la unidad o diversidad del vocabulario español en estos índices de disponibilidad léxica me limitaré a valarme de los resultados de la reciente investigación de Valencia y Echeverría (1999), que tuvo como sujetos a 2052 estudiantes chilenos (de todas las regiones del país) cuando asistían al curso terminal de su enseñanza media. Hubo equilibrio proporcional entre los dos sexos y los tres niveles socioeconómicos establecidos (bajo, medio y alto). Se distinguieron 18 centros de interés.¹⁰ Las

⁹ Esto último ya se viene haciendo. Se dispone ahora de cinco listas (de conceptos y de variantes léxicas). El número de ciudades también ha crecido considerablemente.

¹⁰ 1: Las partes del cuerpo; 2: ropa y calzado; 3: la casa; 4: muebles; 5: alimentos; 6: la cocina; 7: medios

instrucciones fueron muy sencillas. Por ejemplo, en relación con el primer centro de interés (“Las partes del cuerpo”), a cada estudiante se le pedía simplemente que escribiera todas las palabras que pudiera sobre el cuerpo humano y sus partes. Así se procedió con los demás centros de interés. El corpus se presenta en cuatro columnas: vocablo, índice de disponibilidad léxica,¹¹ frecuencia absoluta y frecuencia relativa.

En Valencia y Echeverría (1999:258 y ss) se proporcionan listas con los cien vocablos más frecuentes de cada centro de interés. Se trata, en total, de 1 800 vocablos que, con un método diferente del explicado en el apartado anterior, pueden constituir el léxico fundamental de ese muy representativo grupo de hablantes chilenos. El vocabulario fundamental establecido sobre la base de disponibilidad léxica es ciertamente diferente del que se obtiene mediante la selección de los más frecuentes vocablos que aparecen en un corpus de textos orales y escritos.¹² Señalé antes que en el léxico fundamental de México, contenido en el DFEM (1982), casi no había mexicanismos. Por lo contrario, no son pocos los chilenismos que pueden detectarse entre las 1 800 voces que se enlistan en la investigación chilena sobre disponibilidad léxica que estoy comentando. Revisé con cuidado esos 1 800 vocablos y separé aquellos que, casi seguramente, no forman parte del vocabulario activo (y, muy probablemente, tampoco del pasivo) de los mexicanismos. Si este ejercicio lo lleva a cabo un peruano, un español, un panameño, etc., probablemente separe si no precisamente

de transporte; 8: trabajo de campo y jardín; 9: plantas y animales; 10: juegos y entretenimientos; 11: profesiones y oficios; 12: la política; 13: la actividad económica; 14: las artes; 15: ciencia y tecnología; 16: mundo espiritual; 17: procesos mentales; 18: problemas del ambiente.

¹¹ Que se expresa en decimales. Hay una relación directamente proporcional entre el índice y la frecuencia con que el vocablo fue mencionado. Así, en el centro de interés número 1 (“Las partes del cuerpo”), el vocablo que obtuvo el más alto índice de disponibilidad léxica fue cabeza (0.6230383149) y el que ocupó el último lugar fue nervio-óptico (0.0000255043).

¹² Una de las razones para esta diferencia está en el hecho de que en la lista léxica procedente del corpus de textos (mexicanos) entra todo tipo de palabras (tanto las pertenecientes a inventarios cerrados como las que forman parte de inventarios abiertos). Por el contrario, en las listas procedentes de la disponibilidad léxica aparecen casi exclusivamente sustantivos. A ello se debe que entre las cien palabras más frecuentes del corpus mexicano (cf. HAM CHANDE 1979) casi no haya sustantivos. De hecho en esa lista sólo aparecen ocho: vez (lugar 51), día (62), tiempo (80), hombre (85), vida (95), casa (96), forma (99) y trabajo (100). Para un diccionario fundamental parece conveniente basarse en listas procedentes de textos orales y escritos. Para una caracterización léxica de los dialectos creo que resultan más adecuadas las listas que se basan en disponibilidad léxica.

las mismas palabras, sí muchas de ellas. Asimismo es posible que, si contáramos con listas de cada país, obtenidas con la misma estricta metodología, y nos pusiéramos a separar aquellas palabras que cada uno de nosotros o no empleamos o ni siquiera conocemos, llegaríamos, en cada caso, a proporciones semejantes.¹³

En algunos de los 18 centros de interés de la investigación chilena la casi totalidad de vocablos pertenecen, en mi opinión, al español general. No encontré allí chilenismos evidentes o, al menos, designaciones desconocidas para un hablante mexicano. Supongo que al mismo resultado habría llegado cualquier atento revisor de otras latitudes hispánicas. Esas listas corresponden a los siguientes centros de interés: 1: las partes del cuerpo; 13: la actividad económica; 14: las artes; 15: ciencia y tecnología; 16: mundo espiritual; 17: procesos naturales; 18: problemas de ambiente.¹⁴ En estos siete apartados (39% del total de centros de interés) no llegan al 5% de cada lista los vocablos que parecen no pertenecer al español general.

En cinco (28%) de los apartados (el 3: la casa; el 8: trabajo de campo y jardín; el 9: plantas y animales; el 11: profesiones y oficios; y el 12: la

¹³ Un ejercicio semejante a éste, pero en relación con Madrid, Las Palmas de Gran Canaria, República Dominicana y Puerto Rico, puede verse en LÓPEZ (1992).

¹⁴ Anoto en seguida, algunas posibles excepciones. Del centro de interés 1 (partes del cuerpo): el vocablo mejilla (lugar 86 de la lista), aunque se conoce en México, es mucho menos usual ahí que cachete (que si bien no aparece entre los 100 más frecuentes del corpus chileno, está entre las voces de baja frecuencia); algo semejante sucede con canilla, más frecuente en Chile que en México, donde se prefiere espinilla. Del centro de interés 16 (mundo espiritual), hay tres voces que no conozco: trauco, caleuche y pincoya; tampoco las encontré en los diccionarios que pude consultar. Lo mismo sucede con agua-servida y atochamiento (del centro de interés 18, problemas del ambiente). Del grupo de voces referentes a la ciencia y tecnología (centro de interés 15) me parece desconocida (o de uso esporádico) en México multicarrier. En el centro de interés 13 (la actividad económica) hay algunas abreviaturas y siglas que sólo parecen tener significado en el ámbito chileno (UF, CODELCO, UTM...). Del centro de interés de las artes (14) sólo anoto, como poco usual en México, al menos en ese campo semántico, el sustantivo greda. Ninguno de los 100 vocablos que se anotan en el apartado 17 (procesos mentales) me parece ajeno al español general. Ahora bien, si se acude no a estas listas de los 100 vocablos más frecuentes sino a las listas completas, aun estos campos muestran ya, en voces que están después del lugar 100, algunas diferencias en relación con el español mexicano; es decir se pueden encontrar vocablos que o no se conocen en México o se emplean sólo muy esporádicamente. Por ejemplo, en el centro de interés número 1 (las partes del cuerpo), están las siguientes denominaciones, entre otras, que, como hispanohablante mexicano, me parecen en alguna medida al menos, extrañas: pera (México: piocha; barba de chivo), poto (nalgas, sentaderas, glúteos...), guata (estómago), mono (?), carrillo (cachete, mejilla), carretilla (mentón), piñén, piamadre.

política)¹⁵ encontré vocablos no pertenecientes al español mexicano (y, probablemente, tampoco al general) que representan entre el 5% y el 10% de cada lista. Siguen algunos ejemplos. Del apartado 3: living (en México: sala), velador (buró, mesita de noche), cálifon (bóiler, calentador [de agua]), ampolleta (foco, bombillo), juguera (licuadora), frazada (cobija, manta)... Del 8: picota (azadón), huaso (ranchero, campesino), chuzo (barra), gualato... Del 11: carabinero (policía), gásfiter (plomero, fontanero), parvularia (educadora, maestra de párvulos), matrona (partera), dueña-de-casa (ama de casa)...

Particularmente importantes, para este ejercicio, resultan los seis apartados restantes (2: ropa y calzado; 4: muebles; 5: alimentos; 6: la cocina; 7: medios de transporte; y 10: juegos y entretenimientos), 33% del total, pues en ellos los vocablos peculiares de Chile (en relación con el español mexicano al menos) oscilan entre un 11% y un 23%, porcentajes que no parecen altos. Sin embargo, téngase en cuenta que, de acuerdo con este sencillo ejercicio, puede decirse que el grado de compatibilidad entre México y Chile oscilaría entre un 89% y un 77%, la media podría fijarse en un 83%. En términos simples: si proyectamos estos resultados al léxico en general, podría pensarse que 17 de cada cien palabras que emplea un hablante chileno no las emplea y, a veces, no las comprende un hispanohablante mexicano. Algunos ejemplos: del centro de interés 2: ambo (combinación de saco o chaqueta y pantalón), taco (tacón [del zapato]), soquete (calcetín corto); diferentes tipos de calzado, como chala (sandalia, huarache), zapatilla (pantufla), bototo (botín), ojota (guarache, sandalia)...; suéteres y chaquetas de diversas clases y formas, como polera (playera), parca (makinof), chomba (suéter), cuadros (pantaletas, bragas), beatle (suéter con cuello de tortuga), chaleca... Del 4: velador (buró, mesita de noche), bifé (buffet), camarote (litera), mesón (mostrador, mesa grande), marquesa, bergier, rack, trinche, somier (tambor), mesa de living (mesa de centro), banqueta (¿taburete?), pizarrón, vanitorio, visor, arrimo... Del 5: poroto (frijol, judías), zapallo (calabaza), betarraga (betabel),

¹⁵ Estrictamente no debería haber incluido este último centro de interés (la política) porque las voces que un mexicano desconoce de la lista son, casi todas, siglas y abreviaturas de partidos y agrupaciones políticas chilenas (UDI, RN, PPD, PS, etc.).

arveja (chícharo, guisante), torta (pastel), choclo (maíz, elote, mazorca), palta (aguacate), frutilla (fresa), damasco (albaricoque, chabacano), queque (panqueque), manjar (dulce de leche), completo (especie de hot dog, perro caliente), ají (chile)... Del 6: juguera (licuadora), paila (sartén), fósforo (cerillo), calífon (bóiler, calentador de agua), cocina a gas (estufa de leña), uslero (rodillo), espumador, bol (tazón)... Del 7: bus (camión, autobús), colectivo (pesero), liebre (minibuses), skate (patineta), citroneta, metrotrén (metro), bicimoto, metrobús, trolley, victoria (calandria, carro tirado por caballos), utilitario... Del 10: ludo (parcasé), dama (damas), luce (avión), flípper, ronda, bolitas (canicas), resbalín (resbaladilla), tacataca (futbolito), pillarse, la pinta, balancín (sube y baja), carioca, cordel (cuerda), papaya, tiña (piña), elástico, cacho (cubilete), emboque (balero), corre el anillo...

López (1992) hace una comparación entre los léxicos disponibles de Madrid, Las Palmas de Gran Canaria, República Dominicana y Puerto Rico. Trabajó con índices de cercanía, compatibilidad y semejanza de cada uno de los dialectos. Los grados de compatibilidad a los que llega son sorprendentemente bajos. En trabajos anteriores (inéditos) también había llegado a conclusiones semejantes: Las comparaciones las hemos efectuado con diversos subconjuntos: con los primeros cien vocablos, con los quinientos, los mil y la totalidad; en todos los casos nos hemos encontrado con una compatibilidad mucho más baja de la que esperábamos. Los 100 primeros vocablos son compatibles por debajo del 70% y ninguna comparación de los lexicones como totalidad alcanza un 56% de compatibilidad (López, 1992:29). El grado de mayor compatibilidad, en la investigación sobre los cinco dialectos mencionados, se da en el centro de interés 15 (diversiones y deportes), entre Madrid y Las Palmas, y apenas fue de 49.68%. El más bajo corresponde al centro 7 (la cocina y sus utensilios), entre República Dominicana y Puerto Rico: 8.13% (!). En el mejor de los casos, ni siquiera la mitad de los vocablos registrados en uno de los dialectos se documentan en los otros. Como se ve, los resultados de esta investigación difieren notablemente de aquellos a los que yo llegué comprobando cuántas palabras chilenas suenan extrañas a un mexicano. La explicación de esta diferencia es muy fácil. En López (1992) cualquier

vocablo que sólo apareció en uno de los dialectos se considera “inexistente” en otro. En la “Comparación del centro de interés 16: ‘profesiones y oficios’” (61 y ss.), hay tres columnas: 1) vocablos comunes; 2) vocablos sólo de Madrid; 3) vocablos sólo de Las Palmas.¹⁶ Así, por ejemplo, administrador, aduanero, alcalde, árbitro, astrólogo... están en la columna de vocablos comunes (a Madrid y a Las Palmas). Sin embargo, la mayor parte de los vocablos que aparecen en las otras dos columnas, a pesar de no haber sido producidas en las listas de cada informante, es innegable que se emplean o, al menos, se conocen en el otro dialecto. Por ejemplo, entre los “vocablos sólo de Madrid” están: alguacil, arcipreste, arzobispo, bodeguero, cargador, churrero, entre cientos más que, sin duda alguna, pertenecen también al dialecto de Las Palmas (y a muchísimos otros dialectos o, casi con seguridad, al español general). En la columna “vocablos sólo de Las Palmas” aparecen: afilador, agrónomo, ajedrecista, almirante, alpinista, apicultor, aprendiz... y muchísimas más que, obviamente, o son del español general o al menos pertenecen a la mayor parte de sus dialectos, el de Madrid, desde luego, incluido. Hay por tanto una evidente confusión: los grados de compatibilidad léxica de diversos dialectos no pueden obtenerse mediante la simple comparación de los vocablos que libremente producen informantes de cada uno de esos dialectos. El que a ningún informante de Madrid se le haya ocurrido mencionar, entre las profesiones y oficios, al afilador o al agrónomo, de ninguna manera quiere decir que esas palabras no estén disponibles en el dialecto madrileño. Lo mismo puede asegurarse de muchas otras “omisiones”. Ningún sujeto de Las Palmas mencionó al alguacil y al arzobispo: ¿quiere esto decir que ahí los alguaciles y los arzobispos se llaman de otra manera? En mi opinión, para saber cuáles voces de Las Palmas, entre las que se registraron con los informantes, no se emplean en Madrid, es necesario averiguarlo con hablantes madrileños (y viceversa). El porcentaje bajará muchísimo. Estoy seguro de que las diferencias serán aún menos numerosas que las que se pueden observar entre los léxicos chileno y mexicano.

¹⁶ Algunas páginas después cambian los títulos de las columnas: vocablos comunes, vocablos sólo de Madrid, vocablos sólo en Dominicana, y así sucesivamente, hasta agotar todas las combinaciones.

6. EL CONCEPTO DE VARIACIÓN LÉXICA ES ALGO NECESARIAMENTE RELATIVO

Cuando se dice que la lengua española tiende a la unidad, mejor que a la diversidad, en lo que atañe a la fonología, es un tipo de afirmación que puede demostrarse con relativa facilidad: aunque fuera difícil establecer el número de sistemas fonológicos del diastema de la lengua, debido precisamente a que se trata de sistemas y, por tanto, de inventarios cerrados, de elementos contables, llegará un momento en que sabremos cuántos son —no serán desde luego muchos— y cuál es el inventario y distribución de los fonemas en cada uno de ellos, que tampoco será notablemente diferente entre unos y otros. Este tipo de certezas no son posibles en el nivel del léxico.

El carácter verdaderamente abierto del vocabulario lo impide. A esto hay que añadir otro tipo de dificultades. Si resulta muy difícil establecer, así sea aproximadamente, el acervo léxico de un individuo, es no sólo difícil sino imposible hacerlo con respecto a un dialecto determinado, sea este geográfico o social, y ya no digamos si lo que se pretendiera hacer fuera enlistar el léxico actual de toda la lengua española. Ello no sólo por razones que podríamos llamar prácticas —no parece factible que alguien, ni persona ni institución, pueda enlistar todas las palabras y, sobre todo, todas las acepciones de todas las palabras, de todos los dialectos geográficos y de todos los niveles sociales de todos los hispanohablantes del mundo—, sino también por algunas razones que pueden designarse teóricas o, al menos, conceptuales. Por ejemplo: dificultades para distinguir el léxico pasivo frente al activo, para establecer si dos voces casi iguales en su forma son o no palabras diferentes, si dos o más significados muy semejantes son o no acepciones distintas de una misma palabra, cómo considerar dentro del vocabulario general de la lengua una voz que es empleada en un dialecto sólo en el ámbito rural y en otro en el urbano, o un vocablo que es común en tal o cual lugar o tipo de hablante y, en alguna manera, rara en otro, etcétera. A todo esto hay que añadir las dificultades resultantes de la aplicación de criterios diversos para las diferentes investigaciones que suelen hacerse para adelantar en el conocimiento de la variedad léxica de una lengua. En esta nota he tratado de ejemplificar este

tipo de inconvenientes con unos pocos proyectos de trabajo. Independientemente de que, en efecto, nos parezcan unos criterios mejores que otros, lo que interesa destacar es que son diferentes y que, por tanto, unos resultados no completan necesariamente a otros, sino que muchas veces resultan simplemente contradictorios. Ahora bien, aceptando la premisa, muy conocida, de que el español, como cualquier otra lengua, manifiesta mayor diversidad en el nivel léxico que en el fonológico, no queda otro remedio, para dar otro paso y aclarar en qué grado es importante esta diversidad, que reconocer, ante todo, que se trata de un concepto eminentemente relativo. Empleo la palabra relativo como antónimo de absoluto.

Quien desee resaltar que esta diversidad no es tan importante como se piensa, puede, por ejemplo, echar mano de los léxicos fundamentales de varios dialectos, extraídos de las voces de mayor frecuencia en textos orales y escritos. Seguramente, con ese criterio, llegará a concluir —creo que con acierto— que no hay muchas diferencias en las listas de las 1 500 palabras más frecuentemente presentes en corpus correspondientes a diversos dialectos. Podría decirse, por tanto, que en relación con los léxicos fundamentales, las diferencias léxicas son poco impresionantes; esto es, entonces, algo relativo. Habrá también quien quiera demostrar lo contrario: que el vocabulario de la lengua es enorme y que una manera de comprobarlo es viendo cómo un mismo referente o significado puede expresarse por muy diversos significantes o palabras. Hay muchas maneras de hacer que esta afirmación resulte aceptable. Bastará elegir con cuidado ciertos conceptos y ver en diferentes atlas lingüísticos cómo se expresan en las hablas rurales. También pueden citarse las listas de conceptos que, en las investigaciones orientadas a buscar la diversidad léxica, tengan numerosas designaciones. No será nada difícil juntar varios cientos de conceptos de este tipo, que tengan al menos un promedio de diez variantes léxicas. Nadie podrá negar que se está así demostrando que el léxico de la lengua española tiende más a la diversidad que a la unidad. Sin embargo, aquí también, se tendrá que aclarar que esta diversidad se da en relación con cierto tipo de léxico correspondiente a las hablas rurales o de otra determinada clase de vocabulario, que corresponde a las hablas urbanas: es una diversidad, también, relativa.

Aunque a mi ver con menos convencimiento, alguien, para hablar de esta tendencia a la diversidad de vocabulario, podrá acudir a la comparación de las listas de palabras que, asociadas a ciertos campos de interés, producen libremente diversos sujetos de diferentes dialectos (disponibilidad léxica). Ningún sujeto producirá exactamente las mismas palabras, en el mismo orden, que otro. Habrá notables diferencias de inventario y de jerarquía. Ya señalé que con trabajos de esta naturaleza se corre el riesgo de interpretar que toda palabra que no esté presente en tal o cual lista, se dé por inexistente en este o en aquel dialecto. Esto es falso. Si se desea hacer uso de investigaciones sobre léxicos “disponibles”, me parece más adecuado proceder de otra manera. Adecuadamente establecidas las listas de palabras de los diversos dialectos que se pretenden comparar, convendría que, con métodos de dialectología tradicional, se averigüe cuáles palabras de la lista de determinado dialecto realmente se desconocen por los hablantes de los otros dialectos. Reconozco la complejidad de este sistema, pero me parece que los resultados serían más confiables. Sin embargo ello no quita que también aquí, se trata de una diversidad relativa, debido, entre otras razones, a que se parte de un muy limitado universo léxico.

Ahora bien, el que cualquier tipo de investigación sobre variedad léxica conduzca a resultados relativos no quiere decir que se trate de datos deleznales o que éstos estén distorsionados o tergiversando la naturaleza del lenguaje. Todo lo contrario. Lo que este tipo de trabajos nos están demostrando —y ello es ya algo sumamente importante— es precisamente el hecho de que, por definición, podría decirse, la variedad léxica de una lengua siempre es algo relativo. Aclaro de inmediato que aquí lo relativo hace alusión a la comparación, en cierto sentido interna, que puede establecerse entre el grado de diversidad de los elementos correspondientes a los varios niveles lingüísticos (fonología, gramática, léxico) de los diferentes sistemas (geográficos o sociales) del diastema llamado lengua.

Se puede decir así que, en relación con el grado de diversidad fonológica, la diversidad léxica de la lengua española es mucho mayor. Es grande en ese sentido, comparada con la variedad fonológica. Si contáramos con datos suficientes, podría también hacerse otro tipo de comparación, que

podría llamarse externa: ¿tiene el español mayor o menor diversidad léxica que el inglés o el francés? Las casi imposibles respuestas a esta clase de preguntas serían, obviamente, doblemente relativas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEA, *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*, por M. Alvar López, con la colaboración de A. Llorente y G. Salvador, Madrid, Universidad de Granada y CSIC, 1964-1973, 6 vols.
- ALEC, *Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia*, Asesores: M. Alvar y T. Buesa Oliver, Investigadores: L. Flórez (y otros), Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1981-1983, 6 vols.
- ALEICan, Manuel Alvar, *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, Madrid, ed. del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1975-1978, 3 vols.
- ALM, *Atlas Lingüístico de México*, Juan M. Lope Blanch (dir.), Antonio Alcalá, Gustavo Cantero, Juan López Chávez, Antonio Millán y José G. Moreno de Alba (investigadores), México, El Colegio de México y UNAM, 1990-2001, 6 vols.
- DBEM, 1986, *Diccionario básico del español de México*, Luis Fernando Lara (dir.), México, El Colegio de México.
- DFEM, 1982, *Diccionario fundamental del español de México*, Luis Fernando Lara (dir.), Comisión Nacional para la Defensa del Idioma Español, México, El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica.
- DEUM, 1996, *Diccionario del español usual en México*, Luis Fernando Lara (dir.), El Colegio de México, México.
- HAM CHANDE, R., 1979, "Del 1 al 100 en lexicografía", en LARA, HAM y GARCÍA, 41-86.
- LARA, L.F., HAM R. Ch., y GARCÍA H., 1979, *Investigaciones lingüísticas en lexicografía*, El Colegio de México, México.
- LÓPEZ CHÁVEZ, J., 1992, "Alcances panhispánicos del léxico disponible", *Lingüística*, 4, 26-124.
- ROSENBLAT, Ángel, 1967, "El futuro de la lengua", *Revista de Occidente*, 56-57, 155-191.
- 1971, *Nuestra lengua en ambos mundos*, Estella (Navarra), Salvat.
- VALENCIA, Alba y Max ECHEVERRÍA, 1999, *Disponibilidad léxica en estudiantes chilenos*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad de Chile, Universidad de Concepción.
- VARILEX, 1994, 2. *Variación léxica del español del mundo: índice de palabras*, Hiroto Ueda y Toshiro Takagaki (coords.), Tokio.
- 1999, 7. *Variación léxica del español en el mundo*, Serie E, Hiroto Ueda (coord.), Tokio.

EL *DICCIONARIO BREVE DE MEXICANISMOS*

Guido GÓMEZ DE SILVA

UNIDAD Y DIVERSIDAD DEL ESPAÑOL

Se ha dicho que la lengua española, hablada por casi 400 millones de personas, en más de 20 países, en una extensión de 12 millones de km², tiene, a pesar de estas cifras, una unidad asombrosa (además de estos datos, hay que tener en cuenta, para juzgar de la universalidad de esta lengua, que las personas de habla portuguesa [170 millones en Brasil, 10 millones en Portugal, y muchas en Mozambique, Angola y otras ex colonias portuguesas] entienden el español). Nota: en Estados Unidos hay entre 20 y 30 millones de hispanoparlantes.

La afirmación relativa a la unidad asombrosa de la lengua española se basa en que dos personas, aun iletradas, de extremos de ese gran territorio, pueden hablarse y entenderse. Es decir, que palabras como casa o mesa (y cabeza, ojo, mano; comer, dormir; sol, luna, estrella, agua, nube; verde, amarillo, blanco, y un mínimo de 80 000 más) son las mismas en todas las regiones.

¿Qué sectores del vocabulario tienen más probabilidad de ser en parte distintos? El principal es el de la comida; ésta se basa en nombres de verduras, de frutas, de animales, de platos preparados, que por ser frecuentemente típicos de alguna zona, si coinciden en otra, de la que la primera ha estado aislada, quizá tengan nombres diferentes.

EL *DICCIONARIO BREVE DE MEXICANISMOS*

Hace algunos años la Academia Mexicana resolvió empezar a preparar un Diccionario de Mexicanismos.

Para los propósitos de ese diccionario se consideró mexicanismo una palabra o una locución normal en la mayoría de los estados mexicanos, pero no en la gran mayoría de los países de habla española (ejemplos: guajolote, huarache, sarape).

Para el diccionario, la Academia decidió comenzar preparando un Índice de Mexicanismos; con este fin, consiguió ayuda económica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), de la Secretaría de Educación Pública y de otras instituciones mexicanas.

La Academia Mexicana preparó dicho *Índice de Mexicanismos* y la información contenida en él sirvió de base para la selección de palabras del futuro gran *Diccionario de Mexicanismos*, así como del actual *Diccionario Breve de Mexicanismos* que en este artículo se presenta y describe. El *Índice* se publicó en México en diciembre de 2000 en una coedición de la Academia Mexicana, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Fondo de Cultura Económica.

El Índice

Desde 1761 han aparecido listas de mexicanismos señalados como tales por el autor de la publicación. De estas listas, 138 parecieron dignas de tomarse en cuenta. El *Índice* es una acumulación de los 180 000 registros que hay en ellas, reducidos a 77 000 entradas debido a las duplicaciones. Se encontraron 41 000 palabras registradas en una sola de estas listas, 36 000 en dos o más, hasta el caso extremo de coyote, que está en 55 (otro ejemplo muy repetido: atole, que está en 48).

El *Índice* muestra cuatro datos en cada entrada: a) la palabra o la frase, b) el porcentaje de informantes que dijo conocerla (se constituyó una red de 65 informantes, y los hubo de todos los estados de la República Mexicana), c) el número total de fuentes en que aparece, y d) el número de identificación de las fuentes (numeradas del 1 al 138 en la Bibliografía) que contienen ese mexicanismo.

El *Índice* no contiene definiciones. Sí indica las variantes ortográficas, de modo que cenxontle (grafía que recomienda la Academia Mexicana)

aparece en 19 formas más, entre ellas, en orden decreciente del número de listas que las contienen, zenzontle, sinsonte, centzontle, cenzone.

El *Índice de Mexicanismos* fue un primer resultado de esta investigación realizada por la Academia Mexicana; el *Diccionario Breve de Mexicanismos* es un segundo resultado, que nos acerca a un tercer resultado –un nuevo y mayor diccionario de mexicanismos.

He aquí algunos pormenores de los datos indicados arriba acerca del *Índice*; después de la obtención de fondos, éste requirió las ocho etapas siguientes. Identificar listas de mexicanismos publicadas y dignas de tomarse en cuenta (se encontraron las 138 válidas indicadas arriba [= “las fuentes”]; ejemplos de títulos: “El idioma español en Yucatán”, “Palabras de origen indígena en el español de Chiapas”, “Vocabulario agrícola nacional”, “Lexicón de Sinaloa”, “El léxico indígena en el español de México”, “Sinonimias populares mexicanas de las enfermedades”. La lista más antigua es de 1761). Hacer una relación de estas 138 listas (= “la Bibliografía”), numerándolas, para poder remitir a ellas fácilmente. Hacer la lista de todos los mexicanismos que aparecen en estas fuentes (del total de 180 000, hubo 77 000 diferentes). Publicar una primera versión del *Índice* (que no contiene definiciones). Preparar una lista de informantes calificados, buscando que hubiese de cada estado de la República Mexicana. Enviar el *Índice*, en su edición preliminar, a esta red de 65 informantes, pidiendo a cada uno que para cada palabra marcara si la conocía. Capturar todas las respuestas y calcular para cada palabra el porcentaje de informantes que dijo conocerla. Publicar una nueva edición del *Índice* (también sin definiciones), que indica para cada palabra los cuatro puntos de *a a d* que se mencionan arriba.

El Diccionario Breve

Una vez publicado este nuevo *Índice*, la Academia Mexicana encargó al autor de este artículo la preparación del *Diccionario Breve de Mexicanismos* que se presenta en el Congreso Internacional de la Lengua Española (Valladolid, octubre de 2001), esta vez con definiciones.

La diferencia principal entre el *Índice* y el *Diccionario* es que en éste se incluyeron definiciones.

Esta preparación del *Diccionario Breve* requirió, igual que la del *Índice*, varias etapas. La primera de ellas se puede llamar de filtrado para decidir cuáles de los 77 000 presuntos mexicanismos se incluirían y cuáles se excluirían. Uno de los primeros filtros fue, como se ve en el punto e) de la lista de exclusiones, la comparación con el DRAE.

Se decidió excluir del *Diccionario Breve* las palabras y locuciones de las categorías siguientes (aunque aparecen en el *Índice*): Las voces que pocos (o ninguno) informantes dijeron conocer. Las variantes gráficas que fueron reconocidas por sólo muy pocos (o ninguno) informantes (se incluyó la ortografía recomendada y las variantes aceptables). Las que no pertenecen al español mexicano culto (por ejemplo, los arcaísmos y ruralismos ansina o dijites). Los nombres propios (pero muchos aparecen en la etimología y en la definición de los adjetivos gentilicios correspondientes). Aquellas palabras del *Índice* que aparecen en el *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española (se usó la edición 21a., 1992, abreviado en adelante DRAE; la edición 22 aparecerá este año de 2001, en octubre) con el mismo significado que se les da en México y sin marca regional (o sea que aunque algún autor había considerado que eran mexicanismos, no lo eran). Algunos términos muy especiales o técnicos de vocabularios de ciertos campos temáticos como minería o equitación. Palabras españolas como abeja que, aunque todos dijeron conocer, aparecía en una sola lista, y en el sentido de cierto aparato que en la Nueva España del siglo XVIII se utilizaba en las minas (sentido técnico en que ningún informante conocía la palabra).

Se decidió incluir las palabras y locuciones de las categorías siguientes, si están en el *Índice*: Las que tienen origen indígena (por ejemplo, huarache, metate, tamal). Las que no están en el DRAE. Se consideró que cualquier desviación del DRAE, que está en el *Índice*, es mexicanismo. Las que, siendo de origen español, se usan en México con sentidos diferentes de los que tienen en España o en el resto de los países de habla española (por ejemplo, banqueta ‘acera’, regadera ‘ducha’). Las que están en el DRAE con marca de mexicanismo o de americanismo. Los mexicanismos históricos o

indigenismos etimológicos, aunque ya sean hoy, como chocolate o cacao, de uso casi universal. Los nombres de animales, plantas, y alimentos preparados, pues son mexicanismos por el referente (aunque una persona que no sea mexicana, si tiene que usar esta voz, la usará). Los adjetivos gentilicios de topónimos mexicanos (por ejemplo, tamaulipeco, veracruzano, aunque, igual que en el caso anterior, una persona que no sea mexicana, si tiene que usar esta voz, no usará otra sino ésta). De los términos que pertenecen a ciertos campos temáticos (por ejemplo, la flora, la fauna, la minería y otras técnicas, las palabras muy regionales [subnacionales]), sólo los más frecuentes.

Los refranes, sobre todo si contienen un mexicanismo (como Entre dos cocineras sale aguado el mole, o su equivalente Entre muchos meneadores se quema el atole) o si no aparecen en el DRAE 1956, que es el último de la Real Academia Española en que se publicaron refranes. [También existe: Demasiados cocineros estropean el caldo]. Véase, adelante, una observación acerca de los refranes. Con las exclusiones indicadas, y reuniendo en un solo artículo las variantes gráficas aceptadas, la lista del *Índice* resultó reducida a 6 200 artículos lexicográficos (que incluyen palabras [morfemas libres, unidades léxicas univerbales], locuciones [unidades pluriverbales], e incluso varios elementos léxicos inseparables [morfemas inseparables]).

Características

El *Diccionario Breve de Mexicanismos* (México, Fondo de Cultura Económica, 2001) tiene tres características, que podemos abreviar como sigue: es a) sincrónico, b) contrastivo y c) descriptivo. Sincrónico. No es diacrónico o histórico, sino que representa lo actual, los elementos léxicos de uso en la segunda mitad del siglo XX, y principio del XXI. Contrastivo. Es diferencial; se preparó el diccionario tratando de comparar lo que se dice en México con lo que se dice en otros países de habla española y sobre todo con el español de la Península Ibérica; ésta fue la variante de referencia porque el español de España es el mejor conocido y mejor descrito. El propósito es,

pues, registrar el sector del léxico del español de México que no es común con el de los otros 20 países de habla española. Descriptivo. No es normativo, indica la realidad del uso; ya que no establece criterios normativos, no se excluyen préstamos de otras lenguas (que son principalmente del inglés), ni neologismos. Tampoco se excluyen los llamados historicismos, o sea palabras que, como *cu*, ya no se utilizan corrientemente pero sí en textos recientes que se refieren a cosas del pasado. En lo que se refiere al nivel estilístico, no se evitaron las groserías, las palabras soeces, pero se marcaron, como lo hace el DRAE, “voz [o locución] malsonante”. En el *Diccionario Breve*, “voz malsonante” significa expresión impropia de personas cultas o educadas, que ofende los oídos de personas de buen gusto.

El comparador

El principio diferencial (respecto al español peninsular) hizo necesario un contraste con una piedra de toque fiable para decidir qué es propio y qué es compartido.

El único registro general y original del español peninsular es el DRAE. En el *Diccionario Breve* se considera mexicana (como se menciona arriba), para fines prácticos, toda palabra del *Índice* (si se usa, si no en todo México, a lo menos en zonas geográficas extensas o densamente pobladas) que no figura en el DRAE, o que figura en él con marca regional (Méj. o Amér.). Como también se indica arriba, para los refranes, ya que la Real Academia Española los publicó sólo hasta la edición 18a., 1956, del DRAE, se utilizó esa edición para la comparación.

Contenido

Para los propósitos de este diccionario se considera mexicanismo una palabra, partícula o locución, de procedencia española o indígena, característica del español de México, especialmente si no la comparte (si contrasta) con el español de otros países de Hispanoamérica o con el de España

(ejemplos: defensa [de vehículo de motor] que en España es parachoques; o guajolote ‘pavo’, que se utiliza comúnmente en México y por lo general no se entiende en otros países de habla española). Se incluyeron, pues, las voces que tienen en México un contenido semántico peculiar (voces del español general que tienen en México acepciones diferentes de las peninsulares, algunas de las cuales son arcaísmos de origen hispánico que ahora se desconocen en la Península). Se pusieron también algunas voces de origen mexicano incorporadas al español general, y aun a varios idiomas (por ejemplo, chocolate; que en alemán es *Schokolade*, en francés *chocolat*, en inglés *chocolate*, en italiano *cioccolato*, en ruso *shokolad*: no se han excluido los mexicanismos históricos, como éste, o como cacao o tomate). No se olvidaron las denominaciones de las cosas y acciones de la vida diaria, que son las menos conocidas de un país a otro.

Se incluyeron los nombres de realidades consideradas típica o específicamente mexicanas, tales como determinados animales, plantas, comidas, o bailes folclóricos (si una persona no mexicana conoce por ejemplo el animal o la planta en cuestión, que no es propia de Europa, usará probablemente la palabra mexicana; no por esto deja de ser mexicanismo, pues es posible que sea desconocida por la mayoría de las personas de habla española).

El autor de este *Diccionario Breve*, además de utilizar el *Índice*, se encargó de hacer encuestas orales, consultando a informantes adicionales para asegurarse de que alguna palabra dudosa todavía se conoce.

Hay en este diccionario palabras de las que se podría pensar que se utilizan también en España, porque aparecen en el DRAE sin marca regional, pero que son muy poco usuales en España. Por ejemplo, papa, que allí se llama patata, o futbol, que allí es fútbol (las diferencias pueden ser léxicas, de pronunciación, de uso gramatical, sintácticas, morfológicas, semánticas, o de uso estilístico). Casi todas las voces que se incluyen se utilizan en toda la República Mexicana. Cuando son locales, pero muy difundidas, se indica con alguna marca, del tipo Norte o Yucatán.

Los topónimos y otros nombres propios (por ejemplo, antropónimos) aparecen sólo incidentalmente, si está alguno de sus derivados (v. gr., se encuentra el adjetivo gentilicio guerrerense, pero no Guerrero).

En las locuciones se indica el lugar de los sujetos o de los complementos posibles de los verbos mediante palabras como alguien, algo.

La ortografía

En general, las palabras tomadas de otras lenguas (frecuentemente del inglés) se escriben en México como en esas lenguas; flash, o whiskey, por ejemplo, se escriben como en inglés, y garage como en francés, y no como las escribe el DRAE (flas, güisqui, garaje).

Cuando llegaron a lo que hoy es México los primeros españoles (desde 1518), como la grafía indígena era muy rudimentaria y principalmente pictográfica e ideográfica, sintieron la necesidad de escribir las lenguas locales con el alfabeto latino. Cada persona o grupo usó su sistema; ahora hay una tradición bastante firme para escribirlas, y es la que se siguió, a pesar de que a veces se aparta de la ortografía general española.

La x de México

En España, hasta el siglo XVI (siglo en que los españoles llegaron a lo que hoy es México), la letra escrita x (en palabras como dexar, dixo) se pronunciaba como la ch francesa o la sh inglesa; la transición hasta la pronunciación actual (j española) llevó todo ese siglo (un poco después, también cambió la grafía por j: dejar, dijo). Cuando los españoles oyeron en lenguas indígenas el sonido /sh/, lo escribieron x. Hoy, en las palabras de origen indígena que por tradición se escriben todavía con x, ésta tiene una de tres pronunciaciones, según el caso (ejemplos: México, Oaxaca /j/; Xochimilco, Xóchitl /s/; xocoyote, xola /sh/).

Los refranes. Una observación

Los refranes viajan de una región lingüística del mundo a otra y es normalmente difícil descubrir de qué idioma o de qué país es la versión más

antigua. Incluso el hecho de que las partes de cierto refrán riman en un idioma y no en otro (o cuando hay aliteración en uno y no en otros) no da la seguridad de que fue creado en aquél (la traducción puede incluir una adaptación). Sin embargo, cuando un refrán en cierto idioma se basa en un retruécano, es probable que se haya originado en ese idioma.

Ejemplos de refranes que riman en algunos idiomas pero no en otros, son:

- (español) “La mona, aunque la vistan de seda, / mona se queda”, e
 (inglés) “An ape’s an ape, a varlet’s a varlet, / though they be clad in silk or scarlet” (‘Un mono es un mono, un lacayo es un lacayo, / aunque los vistan de seda o de escarlata’), pero
 (alemán) “Affen bleiben Affen, wenn man sie auch in Sammet kleidet” (‘Un mono es un mono, aunque lo vistan de terciopelo’) e
 (italiano) “La scimmia è sempre scimmia, anco vestita di seta” (‘El mono es siempre mono, aunque lo vistan de seda’);
 (español) “A padre guardador, / hijo gastador” y
 (ruso) “Ottsy nazhirayut, / detki prozhivayut” (‘Los padres adquieren, / los hijos despilfarran’), pero
 (francés) “À père avare, fils prodigue” (‘A padre avaro, hijo pródigo’) e
 (inglés) “After a thrifty father, a prodigal son” (‘Después de un padre ahorrativo, / un hijo manirroto’).

Ejemplos de refranes que se basan en retruécanos en un idioma, son:

- (español) “Servil, ser vil”;
 “Negocio acaba en ocio, pero ocio no acaba en negocio”.
 “El dinero hace contar, la alegría hace cantar”.
 (francés) “Envie est toujours en vie” (‘La envidia está siempre en vida’).
 (inglés) “Well well, many wells, many buckets” (‘Bien bien, muchos pozos, muchas cubetas’).
 “It is as good to be an addle egg as an idle bird” (‘Es tan bueno ser un huevo huero como ser un pájaro ocioso’).
 “Is there no mean, but fast or feast?” (‘¿No hay término medio excepto ayunar o banquetear?’).
 (italiano) “Vuoi tu aprire qualunque porta? Chiavi d’oro teco porta” (‘¿Quieres tú abrir cualquier puerta? Llaves de oro lleva contigo’).

Ejemplo de un refrán que se basa en retruécanos en más de un idioma:

(alemán) “Drei W bringen uns viel Pein: / Weiber, Würfelspiel und Wein” (“Tres W nos traen muchos pesares: / mujeres, juego de dados y vino”).

(italiano) “Tre d rovinano l'uomo: diavolo, danaro e donna” (“Tres d arruinan al hombre: diablo, dinero y mujer”).

(griego) “Tría káppa kákista: Kappadokía, Kreetee, Kilikía” (“Tres K son muy malas: Capadocia, Creta, Cilicia”).

[Debido a estas consideraciones, lo que se hizo para los refranes fue semejante a lo que se hizo para las palabras aisladas y las locuciones, o sea que se usó un comparador. En este caso, fue el DRAE 1956; en los otros, el DRAE 1992].

Las definiciones. Algunas observaciones

Las definiciones de los diccionarios deben ser, y esto ya lo dice Platón en varios de sus diálogos (por ejemplo Lisis, Cármides, Laques) poniéndolo en boca de Sócrates, bastante generales para abarcar los sentidos en que se usa una palabra pero a la vez bastante restrictivas para excluir aquéllos en que no se usa. Además, las definiciones deben ser claras y concisas, y evitar la circularidad del tipo “demostrar = probar” / “probar = demostrar”. Los redactores de diccionarios también tienen que decidir si dos significados son realmente distintos o simplemente matices del mismo significado.

Para definir, se puede usar alguna o varias de las maneras siguientes: formulación sustitutiva [sinonimia]: perfidia, deslealtad, traición, quebrantamiento deliberado de la fe debida; descripción: tigre, mamífero de gran tamaño, de pelaje casi blanco en el vientre, amarillento y con rayas negras (transversales en el lomo y en forma de anillos en la cola) en otras partes; clasificación: tigre, mamífero felino carnívoros, *Panthera tigris*; enunciado del propósito o de la función: martillo, herramienta que se usa para meter clavos en la madera; ejemplo ilustrativo: rojo, de un color que se parece al de la sangre; comparación: colina, elevación natural de terreno, menor que una montaña. De todos modos, sigue usándose, a lo menos en parte,

la manera tradicional ya usada por Platón, y por Sócrates según Platón de definir un término, de precisar la clase de cosa que se nombra, una especie (es decir, dar el género próximo [la Nueva Planta del Diccionario de la RAE, 1997, llama “hiperónimo inmediato superior” el género próximo] que la incluye y las diferencias específicas o señas distintivas) [por ejemplo, b, d y f arriba]. Platón, discípulo de Sócrates, hace hablar a su maestro en diálogos en que define una noción (la amistad, la virtud, lo bueno, la justicia, el saber).

De una palabra hay que definir cada acepción, y a pesar de los varios sistemas teóricos mencionados, no faltan las dificultades, sobre todo para la definición de muchos vocablos sencillos: es más fácil definir proparoxítono (‘acentuado en la antepenúltima sílaba’) o globulífero (‘compuesto de glóbulos [o sea de ‘cuerpos esféricos pequeños’]’) que definir mesa (‘mueble por lo común de madera, que se compone de una tabla lisa sostenida por uno o varios pies, y que sirve para comer, escribir, jugar u otros usos’ [Acad.] o más sencillamente ‘mueble compuesto de una superficie horizontal sostenida por una o más patas’).

La frase por lo común (o la palabra típicamente) es útil en las definiciones porque usándola se puede decir, por ejemplo, que mesa es ‘un mueble de madera, de superficie horizontal y de cuatro patas’, aunque todos conozcamos mesas de plástico o de metal, mesas de una o de tres patas, y mesas de dibujo cuya superficie no es horizontal sino inclinada.

Otro ejemplo aparentemente sencillo: la palabra nudo (‘lazo que se estrecha y cierra de modo que con dificultad se puede soltar por sí solo, y que mientras más se tira de cualquiera de los dos cabos, más se aprieta’ [Acad.; y lazo es ‘atadura o nudo de cintas... que... se hace formando unas como hojas’ (Acad.)] o más sencillamente ‘entrelazamiento de una cuerda o cinta consigo misma, que produzca una atadura’).

En las definiciones del *Diccionario Breve de Mexicanismos*, se usa frecuentemente el término común en España, que es muchas veces el más conocido internacionalmente. Por ejemplo, se define guajolote como pavo.

APÉNDICE

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN OCASIONES ESPECIALES

PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA ENTREGA DE LA CRUZ AL MÉRITO

Jaime LABASTIDA

Señor Wolf-Ruthart Born,
Excelentísimo Embajador
de la República Federal de Alemania en México,
señoras y señores,
amigos todos

Recibo hoy, con emoción que no me es posible disimular, la Cruz al Mérito, que me otorga el presidente de la República Federal de Alemania, el señor Johannes Rau. A lo largo de más de treinta años y, sin duda como tantas cosas en la vida, al principio por azar y luego por un amor y un interés profundos, he dedicado buena parte de mis trabajos de investigación a indagar en las ideas de Alejandro de Humboldt, un hombre entrañablemente unido a nuestro país y, en general, a la porción de territorio americano que conocemos con el nombre de latino (pero que, cuando él llegó aquí, era parte sólo de la América española o, si se prefiere, de la España americana).

Me condujo a este espacio mental (a este universo inteligente que en vida respondió al nombre de Alejandro de Humboldt) mi amigo Miguel Wionzcek cuando, allá por el año de 1970, me pidió que tradujera uno de los 30 libros de su magno *Vues des cordillères, et monument des peuples indigènes de l'Amérique* [*Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*]. Al traducir y prologar ese texto ejemplar, de súbito advertí que el barón prusiano era admirado pero no leído; objeto de homenajes académicos y de discursos cívicos y, sin embargo, pese a todo, estudiado con escaso rigor, tanto a un lado como a otro del Atlántico. Percibí entonces, y con estupor, que en mi país, los historiadores (no pocos de fuste) lanzaban contra él

críticas injustas. Humboldt era (debo decir, es) tanto objeto de alabanzas como de diatribas, fruto del conocimiento parcial de su obra. Me propuse añadir, en algún punto, un ángulo acaso novedoso; en otros puntos, discutir opiniones que carecen de sustento. Sumé así poco a poco, sin darme cuenta cabal de lo que hacía, cientos de páginas que, en su conjunto, ofrecen la imagen de un Humboldt que tiene, ése puede ser su rasgo decisivo, un aspecto distinto al que nos quiere acostumbrar la fórmula tradicional.

Por esta razón me atreví a calificar a Humboldt (y así titulé el primer libro que sobre él publiqué) como un *desconocido*: era, a mi juicio, conocido como personaje pero en verdad desconocido en su vasta labor de investigación. Humboldt era un desconocido ilustre, elevado a la categoría de héroe intelectual en cada uno de los seis países por los que viajó, de 1799 a 1804. Cuba, Venezuela, Perú, Colombia, Ecuador o México, de diversas maneras y con diferente énfasis, han hecho de Humboldt (como dice la placa de bronce que al pie de su estatua en la Universidad Humboldt de Berlín, colocó la Academia de Ciencias de Cuba) el segundo descubridor, mejor, el descubridor científico de cada uno de esos países. No me atrevo a poner en duda esta visión patriótica. Pero he insistido siempre en que Humboldt es más que eso y que se inscribe en una corriente de pensamiento de dimensión universal, una corriente a la que aporta su impronta personal. El trabajo de Humboldt traza una clara frontera entre la investigación anterior y la posterior a él (y no sólo por su objeto, América; sino por el método que pone en vigor): Humboldt es el científico más importante de la primera mitad del siglo XIX y marca ese tiempo con su método de investigación. El método humboldtiano, lo diré con rapidez, se apoya en mediciones precisas e instrumentos modernos. Es un método de comparaciones universales, que aplica a la geología, la geografía, la vulcanología, la climatología, la zoología, la economía política, la botánica, el magnetismo terrestre, la oceanografía o la historia de las antiguas altas culturas. Así, trazó *isomapas* del planeta en los que determinó las líneas de igualdad en la temperatura, la presión atmosférica o el desarrollo continental de las montañas. Dijo que las perturbaciones eran pasajeras y que el equilibrio, a la postre, se imponía. Bajo esta luz, la crítica de quienes, aquí y allá, le hacen reproches (que plagió a los sabios novohispanos; que fue

espía del presidente de Estados Unidos, Thomas Jefferson; que no quiso darle crédito al descubrimiento de Manuel Andrés del Río), caen por su peso, por supuesto que leve.

Este trabajo, realizado en el curso de tres decenios o más, me ha producido satisfacciones enormes. La primera de ellas, acaso la más importante, es la satisfacción que causa la investigación en sí misma, quiero decir, el placer de encontrar un matiz decisivo o un enfoque distinto. El trabajo intelectual tiene, considerado así, en su propio curso, la mejor recompensa: que ahora el Estado alemán, a través del señor Rau, su presidente, añada su reconocimiento a este placer personal (que para mí es desde luego también un deber), me otorga una satisfacción adicional, que me llena de orgullo.

Permítanme recordar aquí, con brevedad, algunos hitos de la historia en la que debe ser inscrito Alejandro de Humboldt, historia que es, en no poca medida, la nuestra (y que ustedes ya conocen de sobra, sin duda). Humboldt formó parte de aquel vasto movimiento científico y literario que, a pesar de poseer una clara raíz alemana, tenía también una dimensión europea. Su labor no puede reducirse al estrecho límite de las fronteras prusianas, porque estaba inmerso en lo que llamaré el Renacimiento alemán (con Goethe, Schiller y su hermano Wilhelm; en vínculo estrecho con la corriente estética del arquitecto neoclásico Karl Friedrich Schinkel: el hombre que reconstruyó para la familia Humboldt el Castillo de Tegel). Pero, al propio tiempo, Humboldt estaba unido al pensamiento cosmopolita de Europa y debe ser visto como otro más de los sabios franceses e ingleses de su época. Fue amigo de Laplace y Cuvier, de Lamarck y Arago y fue el antecedente directo de la obra de Charles Darwin.

Además, la vasta labor de Humboldt debe inscribirse en otro espacio mental al que he de referirme aquí, porque he subrayado, siempre, los aspectos cosmopolitas que la caracterizan y he hecho a un lado los rasgos germanos que, sin embargo, también contiene. ¿A qué me refiero? Su hermano Wilhelm es típicamente prusiano: sirvió a la monarquía a lo largo de su vida, tanto como ministro de Educación cuanto como ministro de Relaciones Exteriores (pese a lo cual jamás descuidó su trabajo de investigación. ¿Quién ignora que la lingüística comparada fue fundada por él y que constituye un verdadero modelo de rigor científico?). Alejandro, en

cambio, muy pronto se despegó de los afanes patrióticos de Prusia, vivió en París un tercio de su vida generosa, gastó su inmensa fortuna en viajes y ediciones, ayudó al trabajo de los jóvenes investigadores y puso a salvo de la furia, en unos casos francesa y en otros prusiana, a los sabios más importantes de su época, trabajaran o no a su lado. Sin embargo y pese a todo, buena parte del trabajo de Humboldt sólo puede ser comprendido a la luz interna de la historia alemana.

Permítanme explicarme o, por decirlo mejor, explicar para mí esta historia interna (porque ustedes conocen de sobra esos hitos históricos a los que haré referencia). En la literatura occidental, tal vez las primeras alusiones al mundo germánico se encuentran ya en Estrabón y César (en *Guerra de las Galias* y en *Guerra civil*). La expansión militar de Roma llevó a los ejércitos latinos a cruzar los Alpes y a conquistar las Galias; pero otra vasta región transalpina, desde entonces conocida con el nombre de Germania, conservó su independencia intacta y resistió, a lo largo de siglos, a las armas de César, Augusto, Varo, Germánico, Trajano: los pueblos germánicos eran bárbaros, hordas indomables. Tácito dice que, en poco más de dos siglos, la guerra en Germania le costó al imperio romano más, en vidas y tiempo, que todas las otras guerras de conquista llevadas a cabo por Roma. El vasto magma de los pueblos germánicos va de la península escandinava a las riberas del Rin y del Danubio. Por aquellas épocas nadie sabía que tanto helenos como romanos eran parientes oscuros y sin embargo cercanos de los germanos, a los que, con desprecio, llamaban bárbaros. Germanos, griegos y latinos (así lo han puesto en claro las investigaciones de los historiadores modernos que han trabajado la mitología comparada y, en especial, la obra de George Dumézil y Jan de Vries) tienen el mismo origen: esos pueblos tienen semejante raíz, que hoy llamamos indoeuropea, aunque se dividieron y siguieron un curso distinto en su desarrollo.

Los pueblos germánicos, como se sabe, entraron en Roma y destruyeron el Imperio Romano de Occidente. Ya cristianizados y en unidad con otros pueblos, formaron el Sacro Imperio Romano Germánico. ¿Debo decir que, en cierto sentido, el nacimiento de la nación mexicana está unida a ese imperio? Al mismo tiempo que se producía la conquista y la colonización del territorio que hoy recibe el nombre de México, un emperador

de lengua alemana leía, no sin estupor, las cartas de relación que le enviaba, desde la Villa Rica de la Vera Cruz, un oscuro capitán que, a sangre y fuego y al frente de unos pocos soldados, avanzaba hacia la ciudad lacustre de México-Tenochtitlan. En estricta sincronía con estos hechos, en la iglesia de Wittenberg, un fraile, no menos oscuro que aquel capitán, elevaba sus reclamos religiosos y enfrentaba tanto la autoridad papal como la de aquel joven emperador: el capitán español hincaba su rodilla ante Carlos V mientras que el fraile se rebelaba ante su autoridad. Hechos sincrónicos pero con signos distintos, diré más, opuestos. La Reforma de Lutero cimbó en sus cimientos el edificio entero de la cristiandad. Pero a Nuestra América llegó la Contrarreforma, no la Reforma luterana. Carlos V jamás se reconcilió con ese fraile, al que escuchó, irritado y molesto, en suelo germano, en tanto Cortés asediaba, por tierra, por agua, el centro ceremonial de los mexicas.

La Reforma fue en sus orígenes un movimiento de carácter estrictamente religioso, por supuesto. Tuvo consecuencias, empero, que nadie, ni Lutero mismo, pudo sospechar. Al traducir la Biblia a la lengua popular, a un alemán que podríamos llamar demótico, por un lado; y prohibir la reproducción de las figuras de Cristo y los santos, por otro, Lutero asestó un golpe brutal a las artes plásticas alemanas. Alberto Durero, que tuvo en sus manos varias obras de arte mexicano, enviadas por Cortés a Carlos V, fue a un tiempo el último y sin duda el más grande de los artistas alemanes, antes de la Reforma. (La plástica alemana revivió apenas con Caspar David Friedrich, el pintor romántico, contemporáneo de Humboldt.)

La Reforma de Lutero hizo posible el amplio desarrollo de la música alemana, que debe escribirse con B alta: Bach, Beethoven, Brahms. Pero la Reforma luterana produjo además, sin desearlo, un efecto benéfico en la literatura y la filosofía. Así lo reconoce nada menos que Diderot, en un escrito a la emperatriz Catalina de Rusia. Dijo Diderot que en las naciones protestantes de Alemania hasta en un pueblo pequeño existía una escuela en la que se enseñaba a leer y escribir. El énfasis puesto en la necesidad de escribir en la lengua del pueblo, en sus inicios sólo con un interés religioso, produjo al poco tiempo un movimiento de orden intelectual, lleno de rigor, y abstracto. La filosofía idealista alemana, que se reconoce como

hija de la revolución iniciada por el francés Descartes, rindió sus frutos originales pronto y los frutos tuvieron magnitud universal. En lo personal, soy deudor de Descartes y los pensadores franceses, sin duda. Pero también lo soy, y en medida no menor (mencionaré sólo nombres clásicos), de Leibniz, Kant, Hegel, Marx, Engels, Husserl, Cassirer, Heidegger, Wittgenstein, Jaeger: debo a esos pensadores rigor y precisión. En ellos encontré la exigencia de sistema: en un Kant, el canon de la razón pura, aquella necesidad de una razón arquitectónica, que obliga al conocimiento a crecer de dentro hacía fuera, como el organismo, y no por la mera adición de partes.

Supe, por Hegel y por Marx, que era necesario avanzar de lo abstracto a lo concreto; de lo simple a lo complejo; de la Idea (o la mercancía) a la totalidad viviente, lo que Hegel califica del método universal, que “lo devora todo”. La crítica kantiana nos conduce así al método de Hegel, en un movimiento constante. Humboldt fue un contemporáneo de esos pensadores. Aunque despreciara a la Prusia de su tiempo, aunque la considerara una nación atrasada y sombría y sólo sintiera el aire de libertad plena (política e intelectual) en la Francia de la Revolución, contribuyó, pese a todo, con su hermano Wilhelm, al edificio de la nueva universidad prusiana, por completo alejada del modelo antiguo. El ejemplo de Alejandro fue decisivo en el posterior desarrollo intelectual de Alemania y la universidad creada por los hermanos Humboldt unió ciencias y humanidades. Sus frutos fueron sentidos pronto. La universidad, nacida apenas el año de 1810, produjo centenares de investigadores de primer nivel. Con ese bagaje técnico y luego, unificada por la férrea voluntad de Bismarck, Alemania derrotó a Francia con facilidad extrema en la guerra de 1871. Esa guerra fue la primera guerra tecnológica de la historia; en ella, el ejército alemán, sin usar el medio de transporte bélico milenario que había sido el caballo, llevado por ferrocarril, entró, *como con una espada entre inocentes*, en territorio francés: he aquí el fruto, me digo, de una verdadera revolución educativa.

Humboldt fue, antes que nada, hombre de ciencia. Pero fue también un artista que se conmovía ante la Naturaleza, a la que no vio nunca como un objeto inerte, sino como un objeto vivo, que se debía someter a inves-

tigación y medida. Así, dijo que la Naturaleza no perdía ninguno de sus encantos al profundizar en sus misterios. En ese sentido, se ocupó de las expresiones, que hoy consideramos artísticas, de los pueblos amerindios, aunque no comprendiera del todo el carácter simbólico de esas obras: su racionalismo extremo fue acaso su mayor impedimento. Pese a esta limitación, no dejó de prodigar sus esfuerzos y dio a conocer los códices y la lapidaria de los pueblos amerindios. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, creó el renacimiento del estudio de las altas culturas amerindias, inicialmente en Europa: los códices *Borgia*, *Dresden*, *Vaticano*; la Coatlicue; el calendario náhuatl; las pirámides de Mitla, Xochicalco o Cholula, que Humboldt hizo reproducir en láminas de gran belleza y rigor, logró que los sabios se ocuparan, una vez más, de Mesoamérica, entonces preterida. Así, Humboldt despertó la antropología y la arqueología del Nuevo Continente, lo que se llamó americanística, que culminó, en el siglo anterior, en los trabajos de Eduard Seler y Konrad Theodor Preuss.

Dice así el *Edda* de la Creación (recogido por Snorri): “En el tiempo primero y en el caos primero/ no hubo arenas ni mares ni salobres espumas, / no hubo tierra en lo hondo, ni hubo cielo en lo alto; / sólo abismo en el todo; ni una brizna de hierba”. Luego los dioses ordenaron el caos. El hombre de ciencia es semejante a esos dioses, ya que funda las leyes y controla el abismo. Humboldt ha de quedar para siempre grabado en la historia de las relaciones entre México y Alemania. Feliz de mí si he contribuido, en parte, a ello.

VARIA

DATOS OBTENIDOS POR LA SRITA. MARÍA DE LA LUZ LAZO
SOBRE LA CASA NÚMERO 66 DE LA CALLE DE DONCELES,
HOY PROPIEDAD Y SEDE DE LA ACADEMIA MEXICANA

En escritura número 486, otorgada ante la fe del notario señor licenciado don Francisco Lozano Noriega, con fecha 6 de agosto de 1956, el licenciado don Eustaquio Cortina Portilla en representación de la señorita María Luisa Saldívar y Saldívar, única y universal heredera y albacea de la sucesión testamentaria de la señora doña María Goríbar viuda de Saldívar, vendió a la Academia Mexicana la casa número 66 de la calle de Donceles.

Doña María Goríbar de Saldívar fue hija de don Faustino Goríbar y de la señora... Zabalza de Goríbar. Estuvo casada en primeras nupcias con el señor Isidoro de la Torre, de cuya unión procreó un hijo llamado Isidoro de la Torre Goríbar. En segundas nupcias estuvo casada con don José Agustín Saldívar, de cuya unión tuvo dos hijos: José Agustín Saldívar y Goríbar y María Saldívar y Goríbar. Esta última, o sea María Saldívar y Goríbar contrajo nupcias con su tío el señor don Alfredo Saldívar, de cuya unión procreó dos hijos: María Luisa Asunción Saldívar y Saldívar, religiosa del Sagrado Corazón, y Alfredo Saldívar y Saldívar.

Después de terminada la segunda guerra europea regresaron de Europa don José Agustín Saldívar y doña María Goríbar de Saldívar, habiendo fallecido poco después don José.

Ya viuda doña María obtuvo la desocupación de la casa y encomendó su reconstrucción al arquitecto don Luis H. Cuevas Barrera. Doña María vivió en la casa hasta su fallecimiento, parece que en 1954 (no se sabe con exactitud). Su sucesión testamentaria estuvo representada por doña María Luisa Asunción Saldívar y Saldívar, como única y universal heredera.

Don Manuel Romero de Terreros, en carta fechada el 19 de octubre de 1965, informó a la Academia lo siguiente: Que en el siglo XIX la casa pertenecía a don Faustino Goríbar: que en el año de 1889 la tomó en arrendamiento a don Isidoro de la Torre, esposo de doña María Goríbar, don

Pablo Martínez del Río, recién casado con la señora doña Bárbara Vinent, y que en diciembre de ese año, cuando murió la madre del señor Romero de Terreros, sus mencionados tíos, don Pablo y doña Bárbara, lo trajeron a vivir a esta casa de Donceles 66. Agrega el señor Romero de Terreros que a principios de 1891 los señores Martínez del Río se fueron a Europa y lo llevaron a Inglaterra y que en julio de 1891 fue internado en el famoso Colegio de Stonyhurst, en donde permaneció hasta marzo de 1900 en que regresó a México.

Por cierto, agrega el señor Romero de Terreros, que a su regreso a México encontró a sus tíos los señores Martínez del Río habitando la casa número 6 de la calle de Medinas, en la cual se celebró el 11 de septiembre de 1875 la sesión inaugural de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española. Dicha casa era propiedad del señor Alejandro Arango y Escandón.

ARRENDAMIENTOS

Se nos ha informado que por el año de 1910 o 1912 la casa no tenía el segundo piso y estaba ocupada por la Compañía Mexicana Molinera de Nixtamal; que los locales de la planta baja estaban destinados a bodega de maíz y que la pieza de la entrada, a la derecha, era el despacho de la masa.

Hemos sabido, igualmente, que vivió en esta casa la familia Solana Gutiérrez. (El señor Solana Gutiérrez que proporcionó estos datos fue pelotari conocido.) ¿No serían estos señores los propietarios o administradores de la Compañía Mexicana Molinera de Nixtamal?

El señor licenciado Cortina Portilla recuerda, y así se nos informó, que allá por 1940 la casa de Donceles 66 se encontraba ocupada por una mueblería.

México, D. F., 5 de noviembre de 1981.

María de la Luz Lazo.

Secretaria.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- ABD-AL-MALIK, 304
 ABREU GÓMEZ, Ermilo, 75, 78, 360
 ACOSTA, José de, 198, 204
 ACOSTA, Rodolfo, 366
 AGAMBEN, Giorgio, 395, 397, 398, 399
 AGUAYO SPENCER, Rafael, 74
 AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, 367, 377, 382
 AGUIRRE ESPINOSA, Pedro, 256
 AGUSTÍN, san, 54, 204, 274
 AHMAD, Aziz, 199
 ALAMÁN, Lucas, 306
 ALARCÓN, Alfonso G., 149, 157
 ALARCÓN, Juan Ruiz de, 455
 ALARCÓN, Pedro Antonio, 312
 ALARCÓN SEGOVIA, Donato, 149
 ALATORRE, Antonio, 14, 40
 ALCALÁ, Manuel, 20, 40, 46, 58
 ALEJANDRO MAGNO, 292
 ALEMÁN, Miguel, 311
 ALIGHIERI, Dante, 392
 ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, 104, 105
 ALTOLAGUIRRE, Manuel, 335, 360
 ALVAR, Manuel, 14, 436
 ALVARADO, Francisco de (fray), 371
 ÁLVAREZ, José Rogelio, 15, 207
 ÁLVAREZ, Walter, 147
 ÁLVAREZ DE LUGO USODEMAR, Pedro, 390
 ALZATE, José Antonio, 21, 22, 39
 AMARO, Joaquín (general), 346
 AMOR, Rosendo, 130, 133
 ANDA JACOBSEN, Miguel de, 14
 ANDRADE, Francisco de P., 79
 ANDRADE PRADILLO, Juan, 133
 ARAGÓN, Agustín, 357
 ARANGO Y ESCANDÓN, Alejandro, 502
 ARCADIO PAGAZA, Joaquín, 66, 69
 ARÉCHIGA, Hugo, 148
 ARENAS, Pedro de, 372
 ARISTÓTELES, 26, 27, 31, 165, 166, 395, 397, 398, 402, 405
 ARREOLA, Juan José, 74, 313
 AUERBACH, Erich, 455
 AVENDAÑO INESTRILLAS, Jorge, 424
 AVERROES, Ibn Rushd, 397, 399
 ÁVILA, Ignacio, 46
 ÁVILA CAMACHO, Manuel, 138
 AYALA GONZÁLEZ, Abraham, 133, 157
 AZAR, Héctor, 14, 45-49, 51-56
 AZUELA, Arturo, 14, 57, 76, 78, 350
 BACH, Johann Sebastian, 495
 BACHELARD, Gaston, 167-169, 177, 455
 BACON, Francis, 292
 BADIANO, Juan, 291
 BALBUENA, Bernardo de, 181, 363
 BALLI, Pedro, 371
 BANDALA, Octavio, 133
 BANINELLI (coronel), 117, 118
 BAPTISTA, Juan (fray), 371
 BAROJA, Pío, 419
 BARREDA, Gabino, 129, 379
 BARTLETT DÍAZ, Manuel, 51
 BARTOLACHE, José Ignacio, 21
 BATAILLON, Marcel, 455
 BAUDELAIRE, Charles, 169
 BAZ, Gustavo, 54, 134
 BEETHOVEN, Ludwig van 495
 BELMAR, Francisco, 379
 BERLIN, Isaiah, 455
 BERNAL, Ignacio, 36
 BERNAL JIMÉNEZ, Miguel, 48, 78, 416

- BERNARDINO DE SIENA, san, 302
 BEUCHOT, Mauricio, 15, 165
 BEUREN, 245, 246, 248
 BIAGI, Francisco, 148
 BISMARCK, Otto von, 160, 496
 BLACHÈRE, Régis, 308
 BLOCH, Jules, 199
 BLOOM, Harold, 94
 BONIFAZ NUÑO, Rubén, 91
 BONILLA, Alonso, 180, 184, 185, 192
 BORGES, Jorge Luis, 167
 BORN, Wolf-Ruthart, 491
 BRACHO, Julio, 366
 BRAHMS, Johannes, 495
 BRAMBILA, Antonio, 74
 BRAMBILA PELAYO, Alberto M., 208
 BRAVO, Francisco, 291
 BRICE HEATH, Shirley, 367, 375, 377
 BUBNOVA, Tatiana, 181
 BUCARELI, Antonio María de, 376
 BURILLO AZCÁRRAGA, Alejandro, 13
 BUSCHMANN, Johann Karl, 379
 BUSTAMANTE, Carlos María de, 21
 BUSTILLO ORO, Juan, 356

 CABRERA, Francisco José, 73
 CALDAS, Francisco José de, 446
 CALDERÓN, Bernardo, 372
 CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro, 97, 108, 199
 CALIXTO, Jorge, 304
 CALLEJA, Diego (jesuita), 390, 408
 CALZADA, Rómulo, 424
 CAMPOS, Haroldo de, 254
 CANGUILHEM, Georges, 403
 CANSINO CASAHONDA, Enoch, 420, 424
 CANTÚ, Arturo, 89, 92, 93, 94
 CANTÚ, Federico, 75, 78
 CAPISTRÁN, Miguel, 86
 CARDAILLAC, Louis, 303
 CARDANO, Gerolamo, 23
 CÁRDENAS, Consuelo, 148
 CÁRDENAS, Francisco, 326
 CÁRDENAS, Juan de, 291
 CÁRDENAS, Lázaro, 88, 155, 311, 382
 CÁRDENAS DE LA PEÑA, Enrique, 12, 15, 129, 131, 134, 135, 136, 138, 139, 140, 141, 143, 145, 147, 419
 CARDONA PEÑA, Alfredo, 424
 CARLOS III, 376
 CARLOS V, 495
 CARRANZA, Venustiano, 326, 332, 346
 CASO, Alfonso, 382, 452
 CASSIRER, Ernst, 496
 CASTAÑEDA, Gonzalo, 130
 CASTELLANOS, Rosario, 75, 424
 CASTREJÓN, Martín (general), 346
 CASTRO PALLARES, Alfonso, 46, 81, 82, 253, 254
 CASTRO PALLARES, Salvador, 81
 CATALINA de Rusia, 495
 CATARINA de San Juan, 199, 200
 CELIS, Alejandro, 149, 157
 CELORIO, Gonzalo, 11, 451
 CENDRERO, Luis, 209
 CERVANTES, Miguel de, 11, 13, 202, 203, 291, 295, 301, 305, 306, 307, 308, 323, 386, 441, 444
 CHAPELA, Rocío, 149
 CHAVERO, Alfredo, 36
 CHÁVEZ, Ignacio, 130, 133, 134, 136, 144, 146, 151, 157
 CHÁVEZ GARCÍA, Iris, 333
 CHOMSKY, Noam, 369
 CHUMACERO, Alí, 46, 48, 58, 73, 75, 86, 91, 315
 CICERÓN, 246
 CIGORONDO, Juan de (jesuita), 182
 CLEMENTE OROZCO, José, 69
 COMONFORT, Ignacio (general), 104
 CONTRERAS TORRES, Miguel, 356
 COPÉRNICO, Nicolás, 39, 288
 COQUET, Benito, 139
 COQUI, Carlos, 134, 157

- CÓRDOVA, Juan de (fray), 371
 CORRIPIO, Ernesto (cardenal), 47
 CORTÉS, Hernán, 113, 369, 495
 COSÍO VILLEGAS, Ismael, 147, 157
 COSMIEL (personaje de novela), 391, 397, 409, 410
 COUITOLENC CORTÉS, Gustavo, 12, 14, 15, 46, 61, 277
 COWAN, Rosa, 128
 CRESPO, José, 75
 CROIX, Carlos F. marqués de, 376
 CROIX, Teodoro de, 20
 CRUZ, Martín de la, 291
 CUAUHTÉMOC, 380
 CUERVO, Rufino José, 461
 CUESTA, Jorge, 91
 CUEVA, Juan de la, 182
 CUEVAS BARRENA, Luis H., 501
 CUVIER, Georges, 493

 DALÍ MAMÍ, el Cojo, 202
 DARWIN, Charles, 21, 493
 DE LA MADRID, Miguel, 141, 453
 DEMOMBYNES, Gaudetroy, 308
 DESCARTES, René, 29, 496
 DÍAZ, Porfirio, 79, 102, 104, 321
 DÍAZ CÍNTORA, Salvador, 12, 13, 15, 46, 75, 123, 197, 259, 265, 301
 DÍAZ DE GAMARRA, Juan Benito, 21
 DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, 113
 DÍAZ MIRÓN, Salvador, 91
 DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, 12
 DIDEROT, Denis, 288, 495
 DÍEZ-CANEDO, Enrique, 452
 DORANTES (general), 327
 DORBECKER, Narno, 157
 DRUCKER COLÍN, René, 149
 DUBOS, René, 148
 DUCLAS, Robert, 102, 105, 107
 DULCINEA (personaje de novela), 203
 DUMÉZIL, George, 494
 DUPEYROUX, J. J., 139

 DURERO, Alberto, 495

 ECHEVERRÍA, Max, 467, 468
 ELIZONDO, Salvador, 92, 93, 98
 ENGELS, Friedrich, 496
 ENNIO, Quinto, 445
 ESCALANTE, Salvador, 89, 320-325, 357
 ESCALONA, Genaro, 132
 ESCOBAR SALMERÓN Y CASTRO, J. de, 25
 ESCOBEDO TINOCO, Federico, 66
 ESOP, 261, 263
 ESPINOSA ALTAMIRANO, Horacio, 75
 ESPINOSA PÓLIT, Aurelio, 81
 ESTÉVEZ, Abilio, 419
 ESTEYNEFFER, Juan de, 291
 ESTRADA, Genaro, 358

 FARFÁN, Agustín, 291
 FARILL, Juan, 133
 FAURÉ, Gabriel, 246
 FELIPE II, 203, 238, 375
 FELIPE IV, 376
 FELIPE de Jesús, san, 74
 FERNÁNDEZ, Darío, 133, 134
 FERNÁNDEZ, Gaspar, 15, 179-195
 FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Diego, 187
 FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Francisco, 370
 FERNÁNDEZ DE LEÓN, Diego, 372
 FERNÁNDEZ DE LIZARDI, 124, 352
 FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, 291
 FERNÁNDEZ DE SANTA CRUZ, Manuel (obispo), 408, 410
 FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, Francisco, 143, 427
 FERNÁNDEZ MAC GREGOR, Genaro, 360, 361
 FERRER, Eulalio, 11, 123, 301
 FLORES ESPINOSA, Jorge, 149
 FOUCAULT, Michel, 455
 FOURNIER, Raoul, 157
 FRANCO, Francisco, 155
 FRANCO, Hernando, 183

- FRANKLIN, Benjamin, 150
 FRAZER, James George, 455
 FRENK, Margit, 15, 179, 270
 FRENK, Silvestre, 149
 FRIEDRICH, Caspar David, 495
 FROMM, Erich, 452, 455
 FUENTE, Juan Ramón de la, 142
 FUENTE, Julio de la, 382
 FUENTE, Ramón de la, 157
 FUENTES, Carlos, 14, 455
- GADAMER, Hans-Georg, 170, 171, 172
 GALDO Y GUZMÁN, Diego de (fray), 371, 376
 GALICIA CHIMALPOPOCA, Faustino, 306
 GALILEI, Galileo, 23, 29, 39
 GALVÁN Y GONZÁLEZ, Crescencio, 356
 GALVE, virrey conde de, 29
 GAMBOA, Federico, 349
 GAMIO, Manuel, 381, 382
 GAOS, José, 22, 394, 452
 GARCÍA, Cecilio (general), 346
 GARCÍA, H., 463
 GARCÍA DE DIEGO, Vicente, 198
 GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, 19, 36, 124, 264, 306, 372, 379
 GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, 201
 GARCÍA MÁYNEZ, Eduardo, 452
 GARCÍA MORENO, Alfonso, 431
 GARCÍA RIERA, Emilio, 356, 366
 GARCÍA TERRÉS, Jaime, 453
 GARCIDUEÑAS, José Rojas, 58, 74
 GARIBAY, Ángel María, 36, 57, 58, 72, 79
 GARIBAY, Ricardo, 71, 74
 GARZA CUARÓN, Beatriz, 368
 GARZA GONZÁLEZ (general), 327
 GASSENDI, Pierre, 29
 GEA GONZÁLEZ, Manuel, 130, 137
 GEORGE, Stefan, 171
 GILBERT, Grove Karl, 23
 GILBERTI, Maturino (fray), 208, 370
 GINER DE LOS RÍOS, Francisco, 452
- GLANTZ, Margo, 12, 15, 101, 105, 106, 109, 119, 389, 404
 GOETHE, Johann Wolfgang von, 174, 198, 493
 GÓMEZ, Federico, 157
 GÓMEZ DE SILVA, Guido, 11, 12, 243, 477
 GÓMEZ FARIÁS, Valentín, 377
 GÓMEZ HARO, Claudia, 13
 GÓMEZ PALACIO, Martín, 354
 GÓMEZ PIMIENTA, José Luis, 133
 GÓMEZ ROBLEDO, Antonio, 58, 64, 74
 GÓMEZ ROBLEDO, Ignacio (jesuita), 74
 GÓMEZ ROBLEDO, Javier (jesuita), 74
 GÓNGORA, Luis de, 84, 183, 184, 191
 GONZÁLEZ, Manuel, 102
 GONZÁLEZ ACOSTA, Alejandro, 305
 GONZÁLEZ CASANOVA, Henrique, 355
 GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, 75, 355
 GONZÁLEZ DE ESLAVA, Fernán o Hernán, 49, 181, 182, 185, 187, 191
 GONZÁLEZ HERREJÓN, Salvador, 133, 148
 GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique, 83, 87, 91
 GONZÁLEZ PEDRERO, Enrique, 453
 GONZÁLEZ ROJO, Enrique, 71, 87
 GORÍBAR, Faustino, 501
 GORÍBAR DE SALDÍVAR, María, 501
 GORLÉE, Dinda L., 172, 173
 GOROSTIZA, José, 14, 71, 83-89, 91-98, 284
 GRANADOS Y GÁLVEZ, José Joaquín, 21
 GRASS, Günter, 455
 GRASSIS, Oratio (padre), 28
 GUERRA, Juan (fray), 372
 GUERRA, Ricardo, 75
 GUIDICCI, Mario, 29
 GUILLÉN, Murguía, 313
 GUILLOT, François, 405
 GUTENBERG, Johannes, 448
 GUTIÉRREZ DE PADILLA, Juan, 184
 GUTIÉRREZ HERMOSILLO, Alfonso, 72, 87
 GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, 91, 311
 GUZMÁN BETANCOURT, Ignacio, 367, 368

- GUZMÁN Y CÓRDOVA, Sebastián de, 29
- HAEDO, Diego de (personaje de novela), 203, 305
- HÁFIZ, Ibn Farhun, 199
- HALLEY, Edmund, 23
- HAM CHANDE, R., 459, 463, 468
- HAY, Eduardo, 88
- HAYWARD, J. A., 129, 130
- HEGEL, Georg Wilhelm F., 455, 496
- HEIDEGGER, Martin, 166, 169, 496
- HENESTROSA, Andrés, 15, 16, 58, 74, 75, 76, 77, 78, 424
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, 452, 456
- HERMES TRIMEGISTO, 392
- HERNÁNDEZ, Francisco, 291
- HERNÁNDEZ, Miguel, 280
- HERNÁNDEZ CAMPOS, Jorge, 74
- HERNÁNDEZ XOCOYOTZIN, Natalio, 385, 437
- HERRERA ZAPIÉN, Tarsicio, 12, 14, 15, 45, 58, 71, 245, 251, 413
- HERVÁS Y PANDURO, Lorenzo, 372
- HIPÓCRATES, 153
- HITLER, Adolf, 155, 245
- HOBBS, Thomas, 455
- HOFMANN, Albert, 455
- HÖLDERLIN, Friedrich, 166, 171, 176
- HORACIO, 28, 59, 62-69, 75, 80, 150, 246, 371
- HOUSSAY, Bernardo, 288, 293
- HUBARD, Julio, 86
- HUERTA, Victoriano, 326
- HUGO, Victor, 332
- HUITZIMENGARI, Pedro de, 324
- HUMBOLDT, Alejandro de, 38, 54, 446, 491, 492, 493, 496, 497
- HUSSERL, Edmund, 496
- HUYGENS, Christiaan, 24
- IDUARTE, Andrés, 363
- IGNACIO, san, 187
- INCLÁN, Luis G., 103, 307
- INGENIEROS, José, 131
- JAEGER, Werner, 455, 496
- JAKOBSON, Roman, 173, 174, 175
- JAMMES, Robert, 190
- JERÓNIMO, san, 187
- JIMÉNEZ, José Alfredo, 309
- JINICH, Horacio, 150
- JUAN BAUTISTA, san, 303
- JUAN CRISÓSTOMO, san, 274
- JUANA INÉS DE LA CRUZ, sor, 12, 37, 39, 73, 75, 77, 84, 91, 265-275, 389-411, 455
- JUÁREZ, Benito, 104, 323, 378
- JUNG, Carl Gustav, 455
- KAFKA, Franz, 455
- KANT, Immanuel, 93, 166, 455, 496
- KEPLER, Johannes, 23, 39, 389
- KEYNES, John Maynard, 455
- KHAFAJA, Ben, 204
- KINO, Eusebio Francisco (jesuita), 25, 26, 27, 28, 29, 30, 33, 34, 38, 39
- KIRCHER, Atanasio, 27, 389, 390, 391, 395, 396, 404, 405, 409
- KUMATE, Jesús, 142
- LABASTIDA, Jaime, 11, 13, 15, 16, 19, 36, 91, 441, 491
- LACAN, Jacques, 92
- LAFARGA, Gastón, 360, 361
- LAMPORT, Guillén de, 73
- LANDÍVAR, Rafael, 59, 62, 65, 66
- LAPLACE, Pierre Simon, 493
- LARA, Luis Fernando, 463
- LAS CASAS, Bartolomé de (fray), 455
- LATAPÍ, Fernando, 133, 148
- LEAL AUDIRAC, Fernando, 75
- LEAL CORTÉS, Alfredo, 74
- LEDESMA, Alonso de, 184, 185, 190, 192
- LEIBNIZ, Gottfried W., 97, 496

- LELOIR, Luis, 288
 LEÓN, Nicolás, 199
 LEÓN-PORTILLA, Ascensión H. de, 372, 373
 LEÓN-PORTILLA, Miguel, 11, 12, 16, 36, 40, 367, 369, 370, 374, 387, 433
 LEÓN Y GAMA, Antonio de, 20
 LEONARDO, Lupercio, 402
 LERDO DE TEJADA, Miguel, 104
 LÉVI-STRAUSS, Claude, 455
 LICEAGA, Eduardo, 130, 142
 LICHTENBERG, Georg Christoph, 455
 LIDA, Raimundo, 452
 LIGUORI, Francisco, 74, 76, 79, 80, 82
 LIMÓN, Rodolfo, 149
 LINNEO, Carlos, 21
 LOPE DE VEGA, Félix, 184, 185, 187, 193
 LÓPEZ, J., 471
 LÓPEZ DE HINOJOSOS, Alonso, 291
 LÓPEZ DE SANTA ANNA, Antonio, 103, 107, 112
 LÓPEZ VELARDE, Ramón, 83, 86, 87, 91
 LORENZANA, Francisco A. de, 376, 435
 LOUREDA, Ignacio, 66
 LOYO, Mauro, 139
 LUDEWIG, Hermann, 372
 LUQUE, Juan de, 184
 LUQUÍN, Eduardo, 87
 LUTERO, Martín, 495

 MACEDO, Rita, 366
 MACÍAS SILVA, Desiderio, 432
 MADERO, Francisco I., 154, 321, 326, 348
 MADERO KONDRAT, Maribel, 11
 MADRAZO, Ignacio, 149
 MAGDALENO, Mauricio, 424
 MAILLEFERT, Alfredo, 69, 73
 MALASPINA, Alejandro, 446
 MALDA, Gabriel, 141
 MALLARMÉ, Stephane, 392
 MANCERA, virreyes de, 404
 MANCISIDOR, José, 361
 MANSOUR, Mónica, 86, 92, 93, 94

 MANTECÓN, José Ignacio, 20
 MARAÑÓN, Gregorio, 419
 MARAVELL, Víctor, 46
 MARÍN, Rubén, 427
 MARTÍN DE OLAÑETA, Pedro, 110, 118
 MARTÍNEZ, Henrico, 22
 MARTÍNEZ, José Luis, 12, 15, 73, 83, 129, 311, 453
 MARTÍNEZ, Maximino, 209
 MARTÍNEZ BÁEZ, Antonio, 75
 MARTÍNEZ BÁEZ, Manuel, 157
 MARTÍNEZ CORTÉS, Fernando, 143
 MARTÍNEZ DE LA TORRE, Rafael, 103
 MARTÍNEZ PEÑALOSA, Porfirio, 74
 MARTÍNEZ SAN MIGUEL, Yolanda, 393
 MARTÍNEZ SOTOMAYOR, José, 87
 MARX, Karl, 455, 496
 MASERA, Mariana, 181
 MASTACHE (general), 346
 MATEOS, Juan A., 103
 MAXIMILIANO de Habsburgo, 307, 318, 378
 MAZA, Francisco de la, 199
 MAZZOTTI, Luis, 149
 MCINTYRE, Alasdair, 176
 MEDEL, Manuel, 356
 MEDINA, Bartolomé de, 291
 MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto, 58, 74
 MELO, Gastón, 130
 MÉNDEZ, Luis, 139
 MÉNDEZ ARCEO, Sergio (obispo), 74
 MÉNDEZ PLANCARTE, Alfonso, 57, 58, 64, 69, 72, 77, 78, 182, 405
 MÉNDEZ PLANCARTE, Gabriel, 57, 58, 69, 72, 77, 78, 79
 MENDOZA, Eufemio, 263
 MILLÁN, Alfonso, 157
 MILLÁN, Francisco, 157
 MILSTEIN, César, 288, 289
 MINAYA, Bernardino (fray), 301
 MIRANDA, Francisco de P., 130, 134, 143
 MIRANDA Y GÓMEZ, Miguel Darío, 81

- MISTRAL, Gabriela, 55, 358
 MITRE, Bartolomé, 373
 MOCIÑO, José Mariano, 39, 446
 MOCTEZUMA, 113
 MOCTEZUMA II, 106
 MOCTEZUMA III, 106, 109, 117
 MOLINA, Alonso de, 21, 208, 369, 370
 MOLINA, Benjamín, 355
 MOLINA, Mario, 289, 370
 MONARDE, Nicolás, 291
 MONSIVÁIS, Carlos, 101, 119
 MONTAIGNE, Michel de, 197, 205, 304
 MONTAÑO, Guillermo, 133, 157
 MONTEMAYOR, Jorge de, 307
 MONTERDE, Francisco, 40, 46, 74
 MONTIEL, Sara, 128
 MORA, José María Luis, 377
 MORALES, A., 443
 MORALES, Pedro de, 183
 MORENO, Daniel, 74
 MORENO DE ALBA, José, 12, 459
 MORENO DE LOS ARCOS, Roberto, 20, 21, 22
 MORO, Tomás, 455
 MORONES, Samuel, 133
 MORTIZ, Joaquín, 207
 MOTA, Felipe, 149
 MOTOLINÍA, Toribio de (fray), 54, 291
 MOYA, Juan Bautista de (fray), 69
 MUÑOZ, Rafael F., 361
 MUÑOZ Y MANZANO, Cipriano, 372
 MUÑOZ ZURITA, Ricardo, 260
 MUSSOLINI, Benito, 155
 MUTIS, José Celestino, 446

 NANDINO, Elías, 420
 NAVARRO, Fernando A., 419
 NEBRJA, Elio Antonio de, 368, 369, 370
 NEPER, John, 23
 NERUDA, Pablo, 418
 NERVO, Amado, 154, 317
 NEWTON, Isaac, 23, 24, 32, 33

 NIETZSCHE, Friedrich, 175
 NORIEGA, Alfonso, 58, 68, 71, 73
 NOVO, Salvador, 87
 NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar, 312
 NÚÑEZ DE MIRANDA, Antonio, 408

 OBREGÓN, Álvaro, 311, 358
 OCARANZA, Fernando, 130
 OCHARTE, Melchor, 371
 OCHOA, Severo, 288
 O'GORMAN, Edmundo, 455
 OLARTE, Jorge, 149
 OLMOS, Andrés de (fray), 369
 ORFF, Carl, 12, 245, 246, 413-418
 ORFILA REYNAL, Arnaldo, 452
 OROZCO Y BERRA, Manuel, 36, 379
 ORTEGA Y GASSET, José, 68, 291, 460
 ORTIZ, Jorge Eugenio, 48
 ORTIZ DE MONTELLANO, Bernardo, 87
 ORTIZ MENA, Antonio, 139
 ORTIZ MONASTERIO, Fernando, 157
 ORTIZ RUBIO, Pascual, 311, 323, 324, 361
 OSORIO ROMERO, Ignacio, 405, 406
 OTHÓN, Manuel José, 91

 PACHECO, José Emilio, 102, 103
 PALLARES TORRES, Jesús, 81
 PARDO GARCÍA, Germán, 69
 PAREDES, virreina condesa de, 24
 PAREDES, virrey conde de, 26
 PARMÉNIDES, 176
 PARRA, Porfirio, 129
 PATTEE, Richard, 69
 PAYNO, Manuel, 101-121
 PAZ, Octavio, 89, 91, 92, 93, 176, 254, 389, 390, 391, 392, 397, 409, 455, 456
 PEDRO NOLASCO, san, 267, 275
 PEIMBERT ALCOCER, Gonzalo, 427
 PEIRCE, Charles S., 171, 172, 173
 PELLICER, Carlos, 87, 91, 424
 PEÑA, Ernesto de la, 58
 PEÑA, Margarita, 182

- PEÑALOSA SANTILLÁN, Joaquín Antonio, 12, 15, 74, 277-285
 PERELMUTER, Rosa, 392, 393
 PÉREZ DE CUÉLLAR, Javier, 385
 PÉREZ DE MONTORO, José, 403, 404
 PÉREZ GALLARDO, Ricardo, 143, 420, 427
 PÉREZ GAONA, Jesús, 352
 PÉREZ TAMAYO, Ruy, 12, 14, 15, 19, 51, 149, 153, 287
 PESQUEIRA, Raúl, 157
 PICÓN, Jacinto Octavio, 312
 PIMANDRO, 392
 PIMENTEL, Francisco, 379
 PIÑA Y CUEVAS, Manuel, 102
 PINO SUÁREZ, José María, 321
 PISCHEL, Richard, 199
 PLATÓN, 127, 175, 176, 281, 398, 405, 486, 487
 PLAZA, Luis M., 441
 PONCE, Manuel, 12, 15, 46, 47, 48, 78, 82, 123, 251-258, 413-418
 PREUSS, Konrad Theodor, 497
 PRIETO, Guillermo, 103, 107
 PROMETEO, 401, 403, 404, 410
 PUCCINI, Giacomo, 246
 PUIG SOLANES, Magín, 133, 157

 QUIJANO, Alejandro, 359, 361
 QUIJANO PITMAN, Fernando, 141, 148
 QUIROZ, Fernando, 133
 QUIRQUERIO, Atanasio, 407

 RÁBAGO, José, 133
 RAMÍREZ, Eliseo, 148
 RAMÍREZ, Ignacio, 103, 378
 RAMÓN Y CAJAL, Santiago, 147, 288, 293, 419
 RAMOS, Pedro, 131
 RAU, Johannes, 491, 493
 REGINO, Juan Gregorio, 385, 437
 RELUMBRÓN (personaje de novela), 107-112, 115-121
 RENARD, Jules, 358
 RENTERÍA LUVIANO, José (general), 346
 REYES, Alfonso, 69, 88, 91, 316, 452, 455
 REYES, Alicia, 360
 REYES, Gaspar de los, 184
 RICARD, 389, 391
 RICŒUR, Paul, 176
 RINCÓN, Antonio del (jesuita), 371
 RÍOS, Eduardo Enrique, 69
 RIVA PALACIO, Vicente, 103
 RIVERA, Agustín, 316
 ROA BÁRCENA, Rafael, 357
 ROBLES, Clemente, 133, 149, 157
 ROBLES CAHERO, José Antonio, 180
 ROBREÑO, Juan, 105, 107, 109
 ROCES, Wenceslao, 452
 RODRÍGUEZ, Diego (mercenario), 23
 ROJKIND, Marcos, 149
 ROMÁN, Adelaida, 441
 ROMANOTES, Juan de (fray), 66, 67
 ROMERO, José Rubén, 12, 311-366
 ROMERO, Manuel Antonio, 360
 ROMERO, Melesio, 311
 ROMERO DE TERREROS, Manuel, 501, 502
 ROSAS, Juventino, 337
 ROSENBLAT, Ángel, 460, 461
 RUBIO, Víctor, 149
 RUCK, Carl A., 455
 RUIZ, Consuelo, 441
 RUIZ DE MORGÁ, Gabriel, 179
 RULFO, Juan, 452, 455

 SABINES, Jaime, 257, 424
 SAHAGÚN, Bernardino de (fray), 205, 291
 SALAMANCA, Flavio, 53
 SALAZAR, Eugenio de, 182
 SALAZAR MALLÉN, Mario, 134
 SALAZAR VINIEGRA, Leopoldo, 134, 157
 SALDÍVAR Y SALDÍVAR, María Luisa, 501
 SAN BUENAVENTURA, Gabriel de (fray), 372
 SAN JUAN, Juan Huarte de, 403

- SÁNCHEZ, Gertrudis (general), 346
 SÁNCHEZ MEDAL, Luis, 149
 SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés, 390, 393
 SANÉN, Juan Alberto, 427
 SANTAMARÍA, Francisco J., 198, 201, 203, 208, 260
 SANTIAGO LÓPEZ, Ernesto, 75
 SANTO THOMÁS, Domingo de (fray), 370
 SAUSSURE, Ferdinand de, 92
 SAUZ, conde de, 106
 SCHILLER, Friedrich, 246, 493
 SCHINKEL, Karl Friedrich, 493
 SELER, Eduard, 379, 497
 SELIM II, 202
 SELMAN, Moisés, 149
 SEPÚLVEDA, Bernardo, 139
 SERRANO, Alfonso, 157
 SERVET, Miguel, 288
 SESSÉ, Martín de, 39, 446
 SHAKESPEARE, William, 294
 SHERIDAN, Guillermo, 87
 SHORRIS, Earl, 387
 SIERRA, Justo, 379
 SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, 13, 22, 23-39
 SIJÉ, Ramón, 280
 SILVA, Miguel, 324, 325, 326, 327, 346
 SIMÉON, Rémi, 208, 226, 260
 SMITH, Adam, 455
 SOBERÓN, Guillermo, 142, 157
 SÓCRATES, 175, 486, 487
 SODI PALLARES, Demetrio, 157
 SOLER, Fernando, 366
 SOLÓRZANO Y PEREYRA, Juan de, 375
 SOMOLINOS, Juan, 143, 148
 SONNESCHMIDT, Federico, 21
 SOTO Y CALVO, Nastasio de, 461
 STAINES, Enrique, 148
 STEVENSON, Robert, 179, 180-183, 186
 STRAUSS, Leo, 176
 STRAVINSKY, Igor, 246
 TABLADA, José Juan, 357
 TAKAGAKI, Toshiro, 465
 TAYBILI, Ibrahim, 204
 TELLO, Aurelio, 180, 181, 191
 TEMBLEQUE, Francisco (fray), 66
 TEODIDACTO (personaje de novela), 391, 396, 397, 398, 409, 410
 TERESA DE MIER, Servando (fray), 306
 TOMÁS, santo, 274, 275
 TORIBIO Medina, José, 372
 TORQUEMADA, Juan de (fray), 291
 TORRE, Ernesto de la, 40
 TORRE, Martín de la, 25
 TORRES BODET, Jaime, 87, 145
 TOUSSAINT, Manuel, 69
 TRABULSE, Elías, 13, 19, 36-39, 291
 TREJO, Pedro de, 182
 TREVIÑO ZAPATA, Norberto, 134
 TRILLO Y FIGUEROA, Francisco de, 392
 UEDA, Hiroto, 465, 476
 URIBE TRONCOSO, Manuel, 149
 VALDÉS, Octaviano, 14, 57-60, 61-69, 71-82
 VALDIVIELSO, José de, 184, 185, 188, 190, 193
 VALENCIA, Alba, 467, 468
 VALENCIA, Rafael, 323
 VALÉRY, Paul, 84, 91
 VALLE ARIZPE, Artemio de, 106, 114, 201, 203, 352, 359
 VALLE INCLÁN, Ramón María del, 45, 107
 VALLEJO DE VILLA, Augusto, 265
 VANDERCAMEN, Edmond, 336
 VÁZQUEZ, Mariano, 133
 VÁZQUEZ GASTELU, Antonio, 372
 VÉJAR LACAVE, Carlos, 427
 VELÁZQUEZ DE LEÓN, Joaquín, 20, 21
 VERDI, Giuseppe, 246
 VESALIO, Andreas, 52, 53, 288
 VETANCURT, Agustín de (fray), 372

VIDAL, Ignacio, 329
VILLA, Francisco (Doroteo Arango), 332
VILLA ROJAS, Alfonso, 382
VILLANUEVA, Aquilino, 133, 157
VILLAURRUTIA, Xavier, 56, 91
VILLEGAS, Cosío, 40, 147, 451, 452, 456
VINCENT, Juan, 318
VIRGEN DE GUADALUPE, 303, 327
VIRGILIO, 81, 392
VOLTAIRE (François Marie Arouet), 97
VOSSLER, Karl, 389
VRIES, Jan de, 494

WASSON, R. Gordon, 455
WEBER, Max, 455
WEBER DE KURLAT, Frida, 183
WIONZCEK, Miguel, 491
WITTGENSTEIN, Ludwig, 496

XIMÉNEZ, Francisco, 404
XIRAU, Joaquín, 452

YÁÑEZ, Agustín, 15, 40, 58, 69, 71, 73, 79,
207-244
YÁÑEZ, Juan (coronel), 107, 108, 109
YARZA, Alberto (general), 327

ZAID, Gabriel, 270
ZAMBRANO, María, 455
ZAMORA PLOWES, Leopoldo, 107
ZÁRRAGA, Ángel, 75
ZAVALA, Silvio, 36, 367, 452
ZERÓN-MEDINA, Fausto, 13
ZEUS, 404
ZUBIRÁN, Salvador, 134, 135, 157
ZULOAGA, Félix, 104

ÍNDICE GENERAL

ACADÉMICA

Vida académica: año 2001

Ingreso, 13; Nombramientos de académicos honorarios, 14; Fallecimientos, 14; Sesiones públicas solemnes, 14; Trabajos diversos leídos en sesiones ordinarias, 15; Premios y distinciones, 16

DISCURSOS DE INGRESO

Elías TRABULSE

La justa de los cometas. Don Carlos de Sigüenza y Góngora y la astronomía de su siglo, 1645-1700 19

Jaime LABASTIDA

Respuesta del discurso de ingreso de don Elías Trabulse a la Academia Mexicana de la Lengua 36

Antonio ALATORRE

Carta de aceptación al ser nombrado miembro honorario 40

SESIONES DE HOMENAJE

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Por Azar ante un baldaquino. Homenaje póstumo a don Héctor Azar 45

Ruy PÉREZ TAMAYO

Héctor Azar: In Memoriam 51

Arturo AZUELA

La tertulia de don Octaviano 57

Gustavo COUTTOLENC

In memoriam de Octaviano Valdés Valdés 61

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Medio siglo de paz octaviana, Plumas en torno al “mate” 71

José Luis MARTÍNEZ

José Gorostiza 83

Jaime LABASTIDA

- Una posible interpretación de Muerte sin fin (en el centenario del natalicio de José Gorostiza)* 91

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN SESIONES ORDINARIAS

Margo GLANTZ

- Payno: la utopía del robo* 101

Salvador DÍAZ CÍNTORA

- Mariguana, mota y grifa, tres arabismos mexicanos* 123

Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA

- Juicio crítico de la medicina mexicana en el siglo XX* 129

Ruy PÉREZ TAMAYO

- Evolución de la práctica médica en México durante el siglo XX* 153

Mauricio BEUCHOT

- Poesía y filosofía* 165

Margit FRENK

- El cancionero de Gaspar Fernández (Puebla-Oaxaca)* 179

Salvador DÍAZ CÍNTORA

- De algunos mexicanismos relativos a la embriaguez* 197

José Rogelio ÁLVAREZ

- Mexicanismos en la novela Las tierras flacas de Agustín Yáñez* 207

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

- Los Cármina Burana, coros latinos para multitudes* 245

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

- Composiciones poco conocidas de Manuel Ponce y de sus amigos* 251

Salvador DÍAZ CÍNTORA

- El huitlacoche insomne y otras etimologías* 259

Salvador DÍAZ CÍNTORA

- La loa de la infancia de sor Juana* 265

Gustavo COUTTOLENC

- La trascendencia en los sonetos de Joaquín Antonio Peñalosa Santillán* 277

Ruy PÉREZ TAMAYO

- Importancia de la lengua española en el desarrollo de la ciencia en México* 287

TRABAJOS DIVERSOS LEÍDOS EN OTROS FOROS

Diálogos de la lengua

Salvador DÍAZ CÍNTORA	
<i>España desde la óptica de Ricote</i>	301
José Luis MARTÍNEZ	
<i>José Rubén Romero, vida y obra</i>	311
Miguel LEÓN-PORTILLA	
<i>El náhuatl y el español, ¿lenguas en conflicto o en posible armonía?</i>	367
Margo GLANTZ	
<i>Sor Juana: los materiales afectos</i>	389
Tarsicio HERRERA ZAPIÉN	
<i>De Carl Orff a Manuel Ponce</i>	413
Enrique CÁRDENAS DE LA PEÑA	
<i>Tres poetas médicos mexicanos de la era moderna</i>	419
<i>II Congreso Internacional de la Lengua Española</i>	
Miguel LEÓN-PORTILLA	
<i>El español y el destino de las lenguas amerindias</i>	433
Jaime LABASTIDA	
<i>La edición del libro de pensamiento en el español actual</i>	441
Gonzalo CELORIO	
<i>El Fondo de Cultura Económica en el orbe de la lengua española</i>	451
José MORENO DE ALBA	
<i>Unidad y diversidad del español: el léxico</i>	459
Guido GÓMEZ DE SILVA	
<i>El Diccionario breve de mexicanismos</i>	477

APÉNDICE.

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN OCASIONES ESPECIALES

Jaime LABASTIDA	
<i>Palabras pronunciadas en la entrega de la Cruz al Mérito</i>	491

VARIA

<i>Datos obtenidos por la señorita María de la Luz Lazo sobre la casa número 66 de la calle de Donceles, hoy propiedad y sede de la Academia Mexicana</i>	501
Índice onomástico	503

M e m o r i a s
de la Academia Mexicana de
la Lengua, tomo XXIX [2001], se
terminó de imprimir en diciembre de
2009 en los talleres de Cargraphics, S.A.
de C.V., avenida Presidente Juárez 2004,
Fracc. Industrial Puente de Vigas, 54090
Tlalnepantla, estado de México. La edición
de doscientos ejemplares, estuvo al cuidado
de María Ocos y Alejandro Reza; el
diseño y la composición tipográfica
a cargo de Gabriela Parada.

